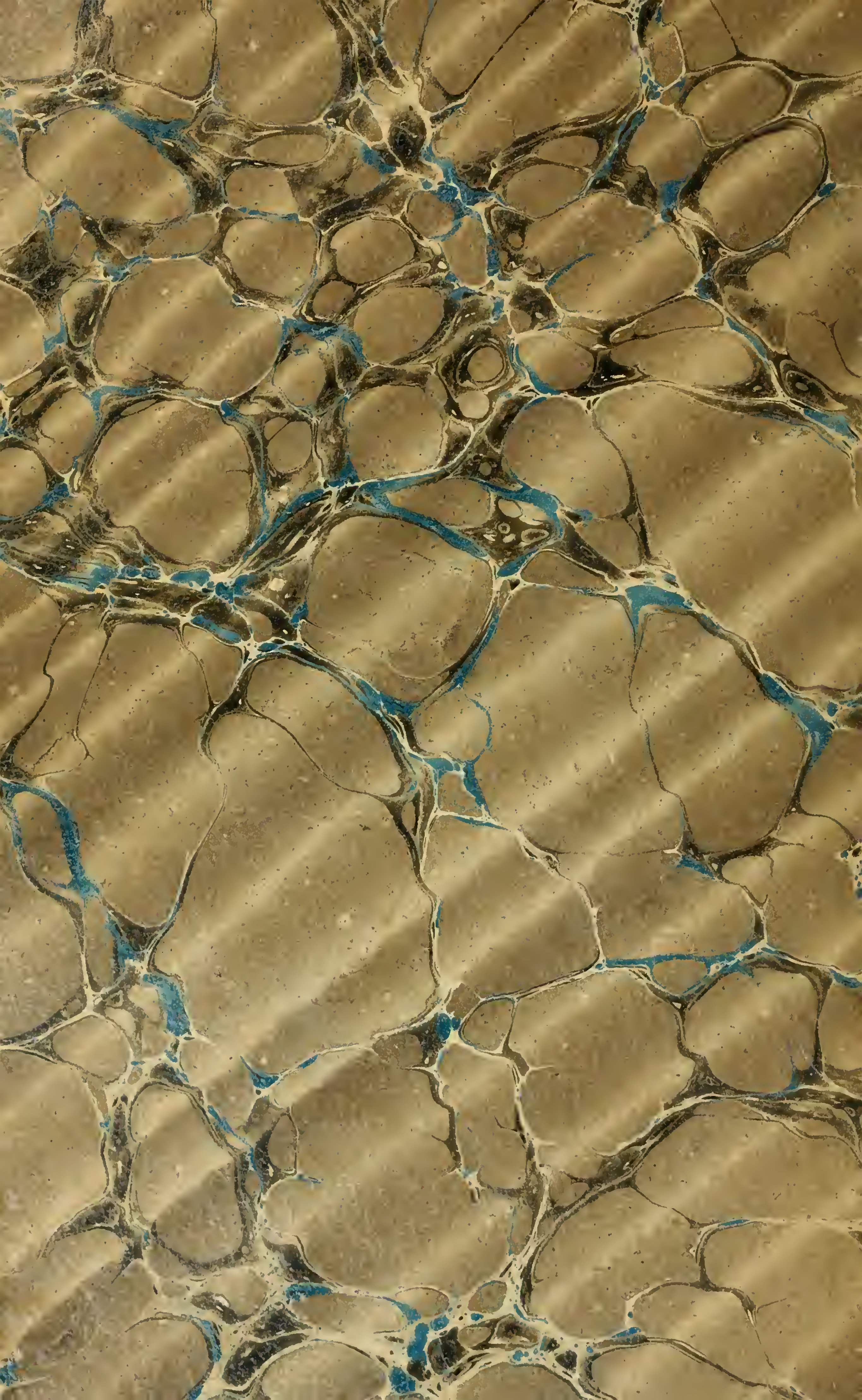
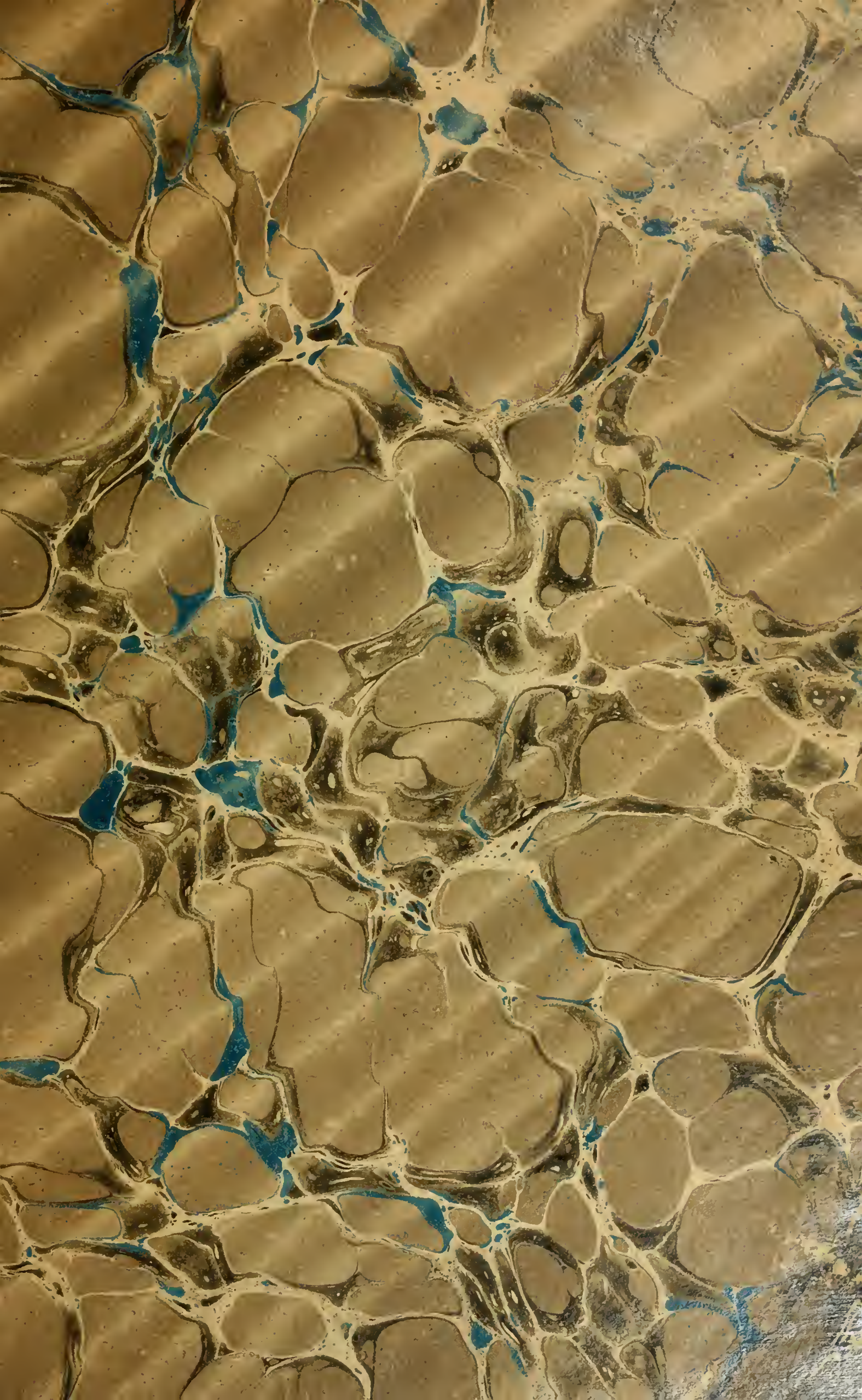

UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01646464 6





OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

—

XIV

Esta edición de las *Obras de Fr. Luis de Granada* consta de los tomos siguientes:

I. Guía de Pecadores.

II. Libro de la Oración y Meditación.

III. Memorial de la Vida Cristiana.

IV. Adiciones al Memorial de la Vida Cristiana.

V-IX. Introducción del Símbolo de la Fe.

X. Guía de Pecadores *(texto primitivo).*
Tratado de la Oración y Meditación *(compendio).*

XI. Manual de Oraciones.
Manual de Oraciones *(ampliado).*
Memorial de lo que debe hacer el cristiano.
Tratado de algunas Oraciones.
Vita Christi.
Tratado de Meditación.
Recopilación del Libro de la Oración.

XII. Imitación de Cristo.
Escala Espiritual.
Oraciones y Ejercicios Espirituales.

XIII. Compendio de Doctrina Cristiana *(trad. del P. Cuervo).*

XIV. Doctrina Espiritual.
Diálogo de la Encarnación.
Sermón de la Redención.
Vida del B. Juan de Ávila.
Vida del V. D. Fr. Bartolomé de los Mártires.
Vida del Cardenal D. Enrique, rey de Portugal.
Vida de Sor Ana de la Concepción, franciscana.
Vida de Doña Elvira de Mendoza.
Vida de Melicia Hernández.
Cartas.
Sermón en las Caídas Públicas.

Vida de Fr. Luis de Granada, *por el P. Fr. Justo Cuervo.*

Bibliografía Granadina, *por el mismo.*

OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO

EDICIÓN CRÍTICA Y COMPLETA

POR

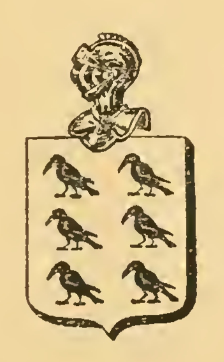
FR. JUSTO CUERVO

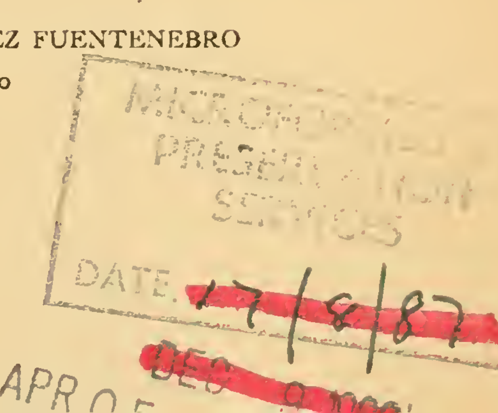
DE LA MISMA ORDEN

DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS

LECTOR DE TEOLOGÍA

TOMO XIV





MADRID

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJA DE GÓMEZ FUENTENEBRO

CALLE DE BORDADORES, NÚM. 10

1906

PRÓLOGO

En este volumen XIV y último el lector hallará obras de distintos géneros. La primera es la *Doctrina Espiritual*, publicada en 1587, donde Fr. Luis de Granada reunió algunos opusculitos impresos ya anteriormente, de 1554 á 1561. Como en ellos introdujo el autor modificaciones importantes, he preferido publicar íntegra la *Doctrina Espiritual* según la edición de Lisboa, 1589, doliéndome de no haber hallado un ejemplar de la primera, hecha en 1587, á juzgar por las fechas de las aprobaciones. Pero si el lector quisiere examinar el texto primitivo, en el tomo XI hallará los opúsculos de donde se formó la *Doctrina Espiritual*. Da ésta principio por una *Recopilación del Libro de la Oración*, redacción tercera del compendio que Fr. Luis de Granada hizo de una de sus mejores obras. La primera redacción fué publicada en Lisboa en casa de Juan Blavio de Colonia, sin año, pero indudablemente de 1557 á 1559, y está reproducida en el tomo X de esta edición. La redacción segunda se publicó en Salamanca, en casa de Domingo de Portonariis, 1574, con preámbulos reproducidos en el tomo XI. La redacción tercera es ésta que ofrece la *Doctrina Espiritual*. Las tres redacciones difieren bastante, y al pie de cada página están consignadas las variantes.

2. *Diálogo del Misterio de la Encarnación del Hijo de Dios*. Fr. Luis de Granada no vió impreso este hermoso *Diálogo*. Su amanuense Fr. Francisco Oliveira, pasando por Barcelona algunos años después de la muerte del venerable

autor, lo regaló al Maestro Fr. Francisco Diago, que se apresuró á publicarlo á continuación de su *Historia de la Vida ejemplar, libros y muerte del insigne y célebre Padre Maestro Fr. Luis de Granada*, impresa en Barcelona, en casa de Sebastián de Cormellas, 1605. Reproducimos la edición de Diago, pero corrigiendo las erratas y suprimiendo la división en §§, reñida con la naturaleza del diálogo. Esa división debió de ser hecha por Diago, no por Fr. Luis de Granada. Con el *Diálogo de la Encarnación* debió de salvar Oliveira el Sermón ó

3. *Discurso de la Redención*, inédito hasta hoy. Consérvase una copia en el Archivo del Colegio de Corpus Christi de Valencia, regalo sin duda de Oliveira al B. Juan de Ribera. Aunque no lleva nombre de autor, el estilo, la elocuencia, la materia y las tres biografías á que está unido, denuncian claramente á Fr. Luis de Granada. Las alusiones al discurso *pasado* (pág. 197) y al *precedente* (pág. 205) deben de referirse, por el asunto, al *Diálogo de la Encarnación*.

4. *Vida del B. Juan de Avila*. Es una de las obras que más sufrieron en manos de los editores. Escrita á ruegos del P. Diego de Guzmán, jesuíta, con datos enviados al autor por el P. Juan Díaz, discípulo del Santo, publicóse por vez primera en Madrid, en casa de Pedro de Madrigal, 1588, al frente de las *Obras del Padre Maestro Juan de Avila*. Las cartas de Fr. Luis de Granada á los PP. Guzmán y Díaz dan á entender claramente el amor y la admiración que le embargaban ante la grandeza del héroe (1), «cuyas grandes virtudes pierdo de vista, dice Fr. Luis, y me hallo insuficientísimo para escribir la vida de un hombre tan sobrenatural y todo divino, porque me parece que estaba tan transformado en Cristo, que todo lo humano estaba oprimido con la gloria del espíritu» (2). Con todo, Fr. Luis de Granada, reclamando oraciones de los amigos y sobreponiéndose á la edad, hizo un es-

(1) El lector puede ver estas cartas de la pág. 502 á la 508 de este tomo.
(2) Carta al P. Diego de Guzmán, pág. 504.

fuerzo supremo, y trazó en grandes y vigorosas líneas el retrato sublime del Apóstol de Andalucía.

5. *Vida de Don Fr. Bartolomé de los Mártires.* Obra póstuma, publicada primeramente en la *Cuarta Parte de la Historia General de Santo Domingo y de su Orden de Predicadores por Don Fray Juan López, obispo de Monópoli, de la dicha Orden, año 1615, con privilegio, en Valladolid, por Francisco Fernández de Córdova.* La primera edición es muy incorrecta, é incorrectas siguieron las hechas con las *Obras de Fr. Luis de Granada* , dándole además mayor extensión de la debida, pues el final de esta biografía bien señalado está en las últimas líneas del Capítulo X: «Aquí tienen los perlados impresa la imagen pastoral y de los medios y ejercicios que para eso les han de ayudar, para que siguiendo este ejemplo reciban del Príncipe de los pastores el premio de sus trabajos, con tantos grados de gloria cuantas ánimas encaminaron al cielo con su industria».

6. *Historia de las Virtudes y Oficio pastoral del Serenísimo Cardenal D. Enrique, arzobispo de Évora, que después fué gloriosísimo rey de Portugal.* Por vez primera sale hoy á luz esta *Historia*, según la copia que por fortuna hemos hallado en el Archivo del Colegio de Corpus Christi de Valencia, allí depositada por la piedad del B. Juan de Ribera. Impresa ya, tuvimos la suerte de hallar una segunda copia, corregida por el mismo Fr. Luis de Granada, en la Biblioteca Nacional de Víctor Manuel de Roma.

7. *Vida de Sor Ana de la Concepción.*

8. *Vida de la Muy Ilustre Señora Doña Elvira de Mendoza, mujer que fué del Muy Ilustre Señor D. Fernán Martínez Mascareñas.*

9. *Vida de una devota mujer por nombre Melicia Hernández.*

Estas tres biografías desaparecieron de entre los papeles de Fr. Luis de Granada el día de su muerte, y los biógrafos las daban perdidas para siempre. Por fortuna en el Archivo del Colegio de Corpus Christi de Valencia existe una copia,

procurada sin duda alguna por el santo Patriarca, amigo íntimo y admirador constante del gran ascético español.

10. *Cartas*. Son más de cincuenta las coleccionadas en este tomo, todas interesantísimas. Ofrecen la ventaja de estar tomadas casi todas de los autógrafos actualmente conservados en los archivos de Simancas, de San Pedro de los Naturales de Madrid, del Colegio de Corpus Christi de Valencia, y de los Padres Bernabitas de Milán, y en las bibliotecas de la Real Academia de la Historia, Madrid, y Ambrosiana de Milán, según se anota al pie de cada carta. Las relativas á Sor María de la Visitación, priora de la Anunciada de Lisboa, se insertarán en los apéndices de la *Vida de Fr. Luis de Granada*, por los datos históricos que encierran, y por salvar hasta la última línea salida de tan egregia pluma.

11. *Sermón en que se da aviso que en las caídas públicas de algunas personas, ni se pierda el crédito de la salud de los buenos, ni cese y se entibie el buen propósito de los flacos.*

Este *Sermón*, producción milagrosa de un anciano postrado en el lecho por la última enfermedad, es el testamento literario de Fr. Luis de Granada, y con él, como con broche de oro, hemos querido cerrar este tomo y esta edición de su obras inmortales.

Fr. Justo Cuervo

CATORCE CARTAS INÉDITAS

HALLADAS (1) DESPUÉS DE IMPRESO ESTE VOLUMEN

I. *Al Cardenal Riario, nuncio y legado en España* (2).

RMO. y Ilmo. Sr.=*Impetrata paterna benedictione.* Recibí una de V. Rma. Señoría con otra de Ilmo. Cardenal de Santa Práxede (3), y luego quisiera poner por obra lo que V. S. Rma. mandaba. Mas le escribí los días pasados que aquel cuarto tomo de nuestros Sermones no había aportado á esta cibdad por estar los caminos mal seguros. Mas agora tengo escrito á Salamanca por vía del Sr. Duque de Alba que se me envíe este libro. Y como fuere venido responderé con él á la carta y mandamiento del Ilmo. Cardenal, y enviaré la respuesta con el libro á manos de V. Rma. Señoría para que, ó por vía del Secretario de la Colectoría, ó por la que V. S. R. ordenare, sea encaminada. En otra carta me olvidé de escribir cómo los índices destos Sermones no están aun impresos. Mas agora los está un Padre haciendo en la provincia de Castilla, porque yo no puedo tanto. Cuando tuviere copia dellos, será V. R. S. servido, porque para mí es gran merced ocuparme en cosas de su servicio. Cuya Rma. y Ilma. persona Nuestro Señor prospere. Deste monesterio de Chelas, que está una legua de Lisboa y desimpedido, á 30 de Deciembre [1580].

Siervo menor de V. Rma. S.ª=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito:

Al Rmo. y Ilmo. Sr. el Señor Cardenal Legado, mi Señor.

---

(1) En el archivo de Padres Bernabitas de Milán.

(2) Las cartas I, IV, VI y IX son hológrafas, las demás autógrafas.

(3) San Carlos Borromeo.

II. *Al P. Carlos Bascapé.*

Muy Rdo. Señor=*Gratia et pax Xpisti.* Aunque V. m. me escribe en un latín tan elegante, mas ya que también entiende la lengua castellana, en ésa le quiero escrebir, dándole muchas gracias por la carta y por la memoria que tiene de mí, y devoción con mis borrones, siendo él parte para hacer cosas mucho mayores: mas la humildad de V. m. causa eso. Yo no sabía de la Congregación *Sancti Pauli decollati*, de que V. m. hace mención en su carta, y pide para sí y para ella mis pobres oraciones. Y acá me informé del instituto de esa sancta Congregación, y del autor della, que es el Ilmo. Cardenal Borromeo (1), el cual siempre anda buscando invenciones para servir á Nuestro Señor y procurar la salud de los prójimos. Por lo cual, sin haberle conocido, le tengo tan cordial amor, que todos los días le encomiendo dos veces á nuestro Señor para que le dé muchos mayores bienes de los que le ha dado, y le conserve en los recebidos. Y bástame para tener yo devoción á V. m. ser tan devoto y aficionado á ese Señor, cuya vida es lumbrera del mundo y espejo en que todos los perlados se habían de mirar.

Á lo que V. m. dice de juntar en un volumen las mismas materias que se tratan en diversos lugares en nuestros libros, no he advertido en esto: mas lo principal es en las Adiciones del Memorial, donde se trata más á la larga de los misterios de la vida de nuestro Salvador y del amor de Dios, porque esto se había tratado brevemente en el Memorial, en el cual quise recopilar la suma de lo que un cristiano ha de saber. Mas porque estos dos argumentos susodichos tenían necesidad de tratarse más copiosamente, escrebí estas Adiciones. Y aunque quisiese hacer lo que V. m. me dice, ya no hay fuerzas ni edad, y acabada nuestra *Sylva* y ese pedazo de Catecismo, que ya están acabados, no pienso escrebir más, pues es ya tiempo de aparejarme para cuando Nues-

(1) Non è stato lui (*S. Carlos Borromeo)* il p.º ma solo intervenne allo stabilimento delle Constitutioni come delegato apostolico, essendo la Congregazione stata fondata molti anni prima, come apparve dalle lettere apostoliche. *Nota al margen del autógrafo.*

tro Señor me llamare. El cual la muy reverenda persona de V. m. con toda esa sancta compañía y con el autor della (cuyos pies húmilmente beso) conserve siempre en su sancto temor y amor. De Lisboa, 8 de Abril, 1582.

Siervo de V. m.=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito:

Al muy Rdo. Sr. D. Carlos Bascapé, mi Señor en Xpo. Milán.

III. *Al mismo.*

Muy Reverendo Señor y Padre=*Gratia et pax Xpisti, etc.*= Una de V. m. recibí el mes de Deciembre, y muy gran caridad y consolación con ella por todo lo que en ella venía, y particularmente por darme nuevas de la salud del Ilmo. Cardenal de Santa Práxede, la cual suplico á Nuestro Señor conserve por muchos años para ejemplo y edificación del mundo, como yo todos los días pido á su Majestad de todo corazón, aunque mis oraciones sean tan flacas y pobres como lo soy, y aunque sea contra razón rogar un pobre por un rico y un pecador por un justo. Mas como la caridad no puede estar ociosa, ni tiene con que servir al que ama sino con pobres oraciones, eso que tiene, le ofrece. Y esto no es de poco tiempo acá, sino de años antes, por la afición entrañable que tomé á las virtudes de su Ilma. Señoría, que por todas partes se publicaban. Y agora junté con él al Ilmo. Cardenal Paleoto, por mandármelo su Señoría en una que me escribió por el mes de Mayo pasado.

También me consolé con darme V. m. cuenta de la escriptura en que está ocupado, que bien parece haber procedido de los intentos que su Señoría Ilma. tiene. Porque á lo menos servirá eso para confusión y vergüenza de nuestros tiempos, que tanto han degenerado del estilo y disciplina de aquéllos. Por donde se suele decir que en aquel tiempo *calices lignei sacerdotes habuerunt aureos, nunc autem calices aurei sacerdotes habent ligneos.* En aquel tiempo *facultates episcoporum erant patrimonia pauperum, nunc autem sunt variorum stipendia ministrorum.* De S. Exuperio escribe S. Hierónimo estas palabras: *Sanctus Exsuperius, Tolosanae urbis episcopus, esuriens pascit alios, et ore*

pallente jejuniis, fame torquetur aliena. Nihil illo ditius, quo corpus Domini canistro vimineo, et sanguinem portat vitro.

De mí, las nuevas que puedo dar á V. m. es que *confectus senio, scribendi finem feci.* Y hame hecho Nuestro Señor merced de haber acabado todo lo que deseaba, para que libre ya de toda ocupación pueda, si quisiere, entender en aparejarme para cuando Nuestro Señor me llamare. Mas la *Sylva Locorum Communium* (1) está ya en la Corte en poder de los examinadores, y asimismo la Introducción del Símbolo de la Fe. Lo cual todo, si el Señor diere vida, enviaré luego á su Ilma. Señoría. Y yo deseo ver esta Introducción en sus manos, porque se me figura que ha de tener gusto della. Y una de las cosas que más deseo, es dárselo. Á los Padres de ese sancto Colegio donde V. m. reside, beso las manos por la afición que tienen á mis escriptos, y pido el favor de sus santas oraciones y el de V. m. Cuya muy reverenda persona Nuestro Señor conserve siempre en su sancto temor y amor. De Lisboa y de Enero 14 de 1583.

Escribo á V. m. en esta lengua española, porque sé que la entiende, y no me atrevo á responder en latín á una carta tan elegante como la suya, mayormente que ya voy olvidando el latín por no usarlo.

No me atrevo á escribir al Ilmo. Cardenal porque no tengo otra cosa de que darle cuenta más de lo que en ésta va, aunque había mucho que decirle de la vida y muerte de un gran devoto suyo, que era el Duque de Alba, que siempre se confesó conmigo en este reino, y en espacio de un mes que estuvo enfermo, confesó y comulgó cuatro veces. Lo cual él solía hacer cada mes y las fiestas principales y todos los días que Nuestro Señor le había dado alguna victoria, teniendo su oración y meditación hora y media cada día.

Siervo de V. m. in Xpisto Jesu=*Fray Luis de Granada.*

Perdone V. m. á un medio ciego la mano ajena.

Sobrescrito:

Al Muy Reverendo Señor el Señor D. Carlos Bascapé, clérigo regular en el Colegio de Milán.

---

(1) De aquí en adelante esta carta está escrita de puño y letra de Fr. Luis de Granada.

IV. *Al mismo.*

Muy Rdo. Sr.=*Gratia et pax Xpisti.* Recibí una de V. m de seis de Julio, y tan gran caridad y edificación con ella, que no lo sabré decir. Porque no hay materia más dulce para mí que oir las virtudes dese tan gran perlado, y más tan nuevas y tan extraordinarias en nuestros tiempos. Sea Nuestro Señor loado, que en ellos ha levantado un tan claro espejo en que todos los perlados vean lo que deben ser y lo que les falta. Y así la mayor caridad que V. m. me puede hacer cuando acertare á escribirme, será entremeter algo de las virtudes dese Señor.

Del Duque de Alba había mucho que decir: solo esto digo, que era gran devoto de su Ilma. Señoría. Y holgó tanto del Breve de Su Sanctidad que su Rma. Señoría impetró en mi favor, que me dijo que le había de escribir dándole por ello las gracias. No sé si lo atajó la muerte.

Nuestro libro, á Dios gracias, está ya impreso, y ha tardado tanto, porque es mucha escritura. Ca es cuasi tanto como todos los otros libros que tengo escritos en nuestra lengua. Y he estado pasándolo, para notar algunos vicios que trae de la impresión, porque cuando segunda vez se imprima, salga más emendado, mayormente porque entiendo que este libro se ha de volver en lengua italiana, porque á mi juicio es más acomodado á los ingenios desa nación, que son muy señalados. Y como esta diligencia esté hecha, enviaré dos libros á su Ilma. Señoría, uno para él, y otro para el Ilmo. Cardenal Paleoto. Y han de ir por vía de Esteban del Caro á parar á Génova á casa del príncipe Joan Andrés de Oria, que es mucho mi Señor y hijo espiritual, para que él los envíe á su Ilma. S.ª al cual húmilmente beso los pies que en tan sanctos caminos y pasos andan ocupados. Y lo que V. m. pide á mi pobreza, pido yo á su caridad, para que con nuestras oraciones nos ayudemos unos á otros. Y nuestro Señor la muy reverenda persona de V. m. conserve siempre en su sancto temor y amor (1).

Siervo de V. m.=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito: Rdo. admodum Patri Carolo a Basilica Petri, clerico regulari S. Pauli decollati.=Mediolani.

(1) Esta carta no tiene lugar ni fecha, pero la etiqueta dice: *Di Lisbona, 20 di Aprile, 1583.*

V. *Al mismo.*

Muy Rdo. Señor.=*Gratia et pax Xpisti.* Una de V. m. recebí en 20 de Junio, con la cual recebí tan grande consolación, que no la sabré explicar, por la historia devotísima del clavo de Nuestro Redemptor, que en ella me refería, con la procesión y devoción de las cuarenta horas del día. Cosa es ésta digna del espíritu, celo y devoción de tal perlado, al cual Nuestro Señor guarde por muchos años para bien de su Iglesia. Esta carta me pareció tal, que la envío al Patriarca de Valencia (1), que es mucho mi Señor y gran siervo de Dios, con condición que me la torne á inviar para mostrar á nuestro Príncipe Cárdenal (2) que no menos holgará con ella por su mucha virtud y cristiandad. Hace V. m. mención del crucifijo que está levantado y expreso en el lado de aquella religiosa francisca. Sepa también que en el mesmo lado está expreso el nombre de Jesús con letras muy bien figuradas y un cerco casi cuadrado al derredor dél: y la relación de esto pienso que inviará el Patriarca al Ilmo. Cardenal de Sancta Práxede... Sea Nuestro Señor bendito que nos da á ver en nuestros tiempos cosas de tanta admiración y edificación, el cual more siempre en el ánima de V. m. con abundancia de su gracia. De Lisboa, 20 de Junio, 1584.

Grandísima caridad recibo de V. m. cuando me escribe algo de las virtudes y obras del Ilmo. Cardenal, y así la recibiré tanto mayor cuanto más cosas me refiriere dél, puesto caso que yo agora me atreví á escribille que moderase un poco el rigor de la abstinencia, porque no cayese enfermo, ó acortase la vida, tan necesaria á la Iglesia.

Acuérdese V. m. que viviendo S. Bernardo, algunos sus devotos escribieron su vida. Y pues Nuestro Señor dió á V. m. un estilo tan elegante, no sería mucho que comenzase á hacer algo desto. Y no respondo á V. m. en latín por estar ya muy remontado dél después que dejé de escribir los sermones, aunque el estilo dellos no tiene más que no ser del todo bárbaro...

(1) El Beato Juan de Ribera, arzobispo de Valencia y patriarca de Antioquía.
(2) El Cardenal D. Alberto de Austria, gobernador de Portugal.

Iterum in Xpisto vale.

Siervo de V. m.=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito: Reverendo admodum Patri Carolo a Basilica Petri, clerico regulari=Mediolani.

VI. *Al mismo.*

Reverendísimo Señor:=*Gratia et pax Xpisti.* No tengo palabras con que dar gracias á V. m. por haber tomado tanto trabajo de escribirme tan por extenso la historia del felicísimo tránsito del Ilmo. Cardenal (1), que cierto reina agora en el cielo, porque no lo merecía el mundo. Y tengo por especial providencia de Nuestro Señor haberse recogido aquellos diez días para ir á presentarse tan puro y tan purgado ante la presencia del Señor que él tanto amó. Yo no quise gozar á solas de esta historia de tanta edificación, sino comuniquéla á los Padres de la Compañía y á otras personas muy principales, y á nuestro Príncipe Cardenal, y luego al Patriarca de Valencia, que era todo suyo y le había escrito que remitiese algo del rigor de su abstinencia por no acortar la vida, que todo el mundo deseaba que fuese eterno. Yo también me había atrevido á escribirle lo mismo, y agora le tenía escrita una larga carta, cuando me dió el Señor Colector la triste nueva de su fallescimiento. Y si su antecesor S. Ambrosio lloraba cuando le daban cuenta del fallescimiento de algún sancto sacerdote, ¡qué lágrimas derramara agora si viviera! ¿Dónde amanecerá en la Iglesia otro lucero tan resplandesciente como éste? ¿Dónde tal celo de las ánimas, tales trabajos, tales sermones, tales ejemplos, tal abstinencia y amor de Cristo? Mas en esta tan grande pérdida no es pequeña consolación lo que V. m. promete en el fin de su carta, que es escribir su vida y este su felice tránsito. Porque con esto tendrá toda la cristiandad presente y vivo á este sancto pontífice, el cual en vida estaba arrinconado en sola su iglesia. Y como él era tan afamado y tan amado en el mundo, así lo será fructuosísima la historia de su vida por quien tan familiarmente lo trató, y cerró los ojos en su acabamiento. Lo cual debe

(1) Fr. Luis de Granada alude á la conocida carta latina que el P. Bascapé le escribió sobre la muerte de San Carlos Borromeo, traducida luego al italiano.

V. m. tener por especial favor de Nuestro Señor. Y no se contente con escribirla en ese tan elegante estilo latino que Nuestro Señor le dió, sino también en su lengua, para los quc no saben latín, que son los más, como lo hizo el Padre que escribió primero la vida del P. Ignacio en latín, y agora la tresladó en nuestra lengua. Y plega á Nuestro Señor dar á V. m. su espíritu y vida larga para acabar esta obra para edificación del mundo y enmienda de la vida de algunos perlados que tanto se han alejado de este camino. Y la muy Reverenda persona de V. m. conserve siempre en su sancto temor y amor. De Lisboa (1).

Admodum Reverendae Dominationis tuae studiosus = *Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito: Admodum Rdo. Dño. Carolo a Basilica Petri, clerico regulari S. Pauli decollati, apud=Mediolanum.

VII. *Al mismo.*

Muy Reverendo Señor:=*Gratia et pax Xpisti.* La carta de v. m. con la historia de nuestro sancto perlado (2) me dieron esta mañana, sábado 12 de Enero, y yo había recibido pocos días antes una carta del Patriarca de Valencia (3), que por no tenerla al presente aquí, no la envío á v. m. como yo quisiera. Toda ella era una grande lamentación sobre este azote que nuestro Señor nos envió, quitándonos este espejo de virtud y lucero clarísimo del mundo. Yo tenía tresladada la primera carta que antes désta v. m. me escribió, para enviársela, para consolarlo con ella, y en este puncto me llegó el recaudo de v. m. duplicado en ambas lenguas. Y en ambas se lo envié con esta postrera carta que v. m. me envió. Á la primera ya tengo respondido, donde le daba cuenta de cómo á los Padres de la Compañía y á otras personas insignes había dado copia de la carta de v. m. con que todos fueron en gran manera edificados y consolados. Y fué cierto providencia de nuestro Señor imprimirse esta historia en

(1) No hay fecha en el hológrafo, pero en la etiqueta se lee: *Di Lisbona, 1584' 20 Decembre.*
(2) San Carlos Borromeo.
(3) Beato Juan de Ribera.

ambas lenguas, para que todos gocen del ejemplo desta preparación de muerte que precedió la deste sancto Pontífice que de todo el mundo era conocido y amado, y así todos se habrán edificado con esta escritura...

Yo también escribo algunas cosas notables destas dos sanctas mujeres. Y digo esto porque v. m. se esfuerce á complir lo que promete de nuestro sancto Cardenal. Y nuestro Señor la muy reverenda persona de v. m. conserve siempre en su sancto temor y amor. De Lisboa á 12 de Enero de 1585.

Siervo y orador de V. m.=*Fray Luis de Granada.*

Perdone V. m. á un medio ciego la mano ajena.

Sobrescrito: Al muy Rdo. Señor Carlo a Basilica Petri, clerico regulari S. Pauli Decollati=en Milán.

VIII. *Al mismo.*

Muy Rdo. Señor = *Gratia et pax Christi.* He dilatado la respuesta de la carta y recaudo que V. m. me envió, esperando por la partida deste portador, que de día en día se ha dilatado por las causas que él podrá decir. Y aunque la respuesta pudiera ir por otra vía, quise que fuese por ésta, por ser este portador muy cierto, y muy hijo mío, y muy virtuoso...

Yo envié luego al Patriarca de Valencia la carta que v. m. me envió, y junto con ella la historia y preparación de la muerte del sancto Cardenal en ambas lenguas, como v. m. me la envió, porque este Prelado era devotísimo de su Ilustrísima Señoría, y se carteaba con él, y le suplicaba que moderase el rigor de su abstinencia, por prorogarle la vida, y agora no acaba de llorar y sentir la grandeza desta común pérdida de la Iglesia, porque de allí donde estaba, alumbraba á unos, y confundía y envergonzaba á otros con el resplandor de su virtud. Ya que Dios por nuestros pecados nos privó deste lucero, que es de su presencia corporal, hará v. m. un beneficio público á toda la Iglesia representándonos la imagen de su ánima en la historia de su vida, la cual no se acaba con la vida, mas durará su memoria eterna, no en sola Italia, sino en todos los lugares de la Cristiandad. Y pues v. m. en días pasados me significó que escrebía un libro *de antiqua Ecclesiae disciplina,* por respecto y mandamiento del sancto Car-

denal, será (1) justo que v. m. lleve adelante esta buena obra, pues Nuestro Señor le dió estilo y elocuencia para poder hacer esto. Lo cual también servirá para confusión de nuestros tiempos, que tanto han degenerado de la antigüedad...

De mí no tengo que escribir á v. m. sino que estoy ya tan viejo y tan inhábil para todo trabajo, que no entiendo en nada, si no es en reformar algo de lo que está escrito, con algunas adiciones. Sería gran merced de Nuestro Señor para mí si en este tiempo me diese una preparación tal cual dió al sancto Cardenal. V. m. me ayude con sus sanctas oraciones pidiendo á Nuestro Señor esta gracia. El cual la muy reverenda persona de v. m. conserve siempre en su sancto temor y amor. De Lisboa á 15 de Abril de 1585 años.

Ésta va de mano ajena, por estar al presente enfermo de un ojo.

Siervo de V. R.=*Fray Luis de Granada.*

Después de escrita ésta me pidió el P. León Henriques, confesor que fué de nuestro Cardenal, que después fué rey, escribiese su vida: porque fué gran perlado y gran sancto, y yo le traté familiarmente más de veinticinco años, y así me pareció hacer esto en latín y romance. Y parecióme que sería acertado imprimirse juntas las vidas destos insignes luceros, porque por tales habemos de nombrar estos dos Cardenales, el nuestro y el de V. R. Y á esto holgaré que me responda, *scilicet*, si le paresce bien imprimirse ambas juntas.

Sobrescrito: Rdo. admodum Dño. Carolo a Basilica Petri, clerico regulari S. Pauli decoll. apud=Mediolanum.

IX. *Al mismo.*

Muy Rdo. Señor.=*Gratia et pax Xpisti.* Nuestro Señor pague á V. m. la caridad que me hace con sus cartas y con estas Exhortaciones del Sor. Arzobispo, que me envió, las cuales declaran la solicitud, celo y prudencia de su autor. Y no ha sido poca parte para esto el ejemplo de su antecesor, *propter quod defunctus adhuc loquitur.* Y su memoria siempre hablará, por-

(1) *Y será* dice el manuscrito. Pero evidentemente la *y* sobra, y fué descuido del amanuense.

que no fueron sus cosas tales que la injuria del tiempo pueda poner olvido en ellas, mayormente siendo esclarecidas con el estilo y prudencia de V. m. Porque con esto hará que viva este sancto pastor en todo el mundo, pues su vida ha sido tal y tan extraordinaria de lo que se usa en nuestros tiempos, y aun en muchos de todos los pasados, que nadie la podrá leer sin grande admiración y edificación. Y ella misma será estímulo de virtud á los buenos perlados, y materia de vergüenza y confusión á los que no lo fueren. De S. Augustín y de su mesa se escribe *quod inter olera et legumina, carnes propter infirmos et hospites habebat.* Mas nuestro Cardenal contentábase muchos días con pan y agua. Bien se acordará V. m. de la contención que ponen los retóricos *in genere demonstrativo*, de que usó Gregorio Nacianceno en la Oración fúnebre de S. Basilio, comparándolo con todos los patriarcas, etc. y lo mismo hizo S. Crisóstomo *de Laudibus Pauli.* Para algo desto tiene v. m. materia en las virtudes de este Pastor. Porque en la abstinencia imitó los monjes antiguos: en la solicitud y vigilancia, la de los sanctos pontífices: en los trabajos continuos en tiempo de peste, á los mártires: en el celo de la salvación de las ánimas, á los Apóstoles: en la pobreza de su casa, á los profesores de la pobreza evangélica. En las obras de caridad ejercitó la vida activa, en el uso de la oración y contemplación la contemplativa, y en estas dos vidas, junto con el oficio de la predicación continua, imitó al Salvador, que en estas tres cosas entendía. Y paréceme muy bien que muchos escriban su vida, porque ella es tan rica de virtudes, que para todos hay materia en que poder emplear su buen estilo y espíritu. Espero que Nuestro Señor ha de ayudar á v. m. en esa obra, por ser toda ella para gloria de su gracia, que tales hombres cría. El cual la muy reverenda persona de v. m. conserve siempre en su sancto temor y amor. De Lisboa á 24 de Mayo de 1585.

Humilde siervo y hijo de v. m. in X.º=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito: Rdo. admodum Patri Carolo a Basilica Petri, clerico regulari S. Pauli decol. apud=Mediolanum.

X. *Al mismo.*

Muy Reverendo Señor=*Gratia et pax Christi.* Algunos días ha que recebí una de v. m. y esperando que las muchas ocupaciones me diesen lugar para hacer lo que V. m. mandaba, que es una carta para poner en la Vida del Ilustrísimo Cardenal, nunca la muchidumbre de las ocupaciones me han dado lugar para ello. Y también lo he deseado para escribir la Vida del Cardenal Don Enrique, que es [en] gloria, que fué un singular espejo de toda virtud, de que yo soy testigo, porque le traté muy familiarmente mucho tiempo. Y sería cosa monstruosa ir las Vidas destos dos luceros de la Iglesia tan resplandecientes en un mismo libro juntas. Y esto me haze desear vida para poder acabar esto, para que los Ilustrísimos Cardenales de la Iglesia tuviesen estos dos espejos en que mirasen. Placerá á nuestro Señor de encaminar esto por las oraciones de V. m. Con cuya carta recebí mucha consolación y merced por lo que [en] ella me escribe, y por decirme que están nuestros Sermones estampados en Milán: porque el provecho común de los prójimos es el premio de nuestros trabajos. Y V. m. no canse en ese cuidado que ha tomado, porque no quede el mundo defraudado de tal dechado de virtud como fué ese Ilustrísimo Perlado. Vale. De Lisboa, á 30 de Enero de 86.

Siervo de V. m.=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito: Al muy Rdo. Señor Cárolo Bascapé, chierico regolare di S. Paulo decollato.=En=Milán.

XI. *Al mismo.*

Muy R. Señor y Padre mío=*Gratia et pax Christi.* Razón tendrá V. m. para quejarse de mí por no haber escrito tanto tiempo, ni haber escrito la carta que V. m. me pedía para poner al principio de la historia del sancto Cardenal Borromeo. Y la causa ha sido muchas enfermedades que han cargado con la edad, y [haber] olvidado el estilo de escribir latín, porque como no lo había menester, helo dejado olvidar por falta del ojo. Y no es

razón tratar una materia como son las alabanzas de tal perlado, con tan flaca pluma como la mía, y más agora que no estoy para trabajo con las reliquias que quedaron de las enfermedades pasadas. Por esto me concederá v. m. perdón en esta parte.

Cuanto á lo que V. m. me escribe haberle dicho que esta sancta Priora de la Anunciada tuvo alguna particular revelación acerca del Ilmo. Cardenal Borromeo, no he sabido tal cosa, ni entiendo que la haya, porque bástanos por milagro la santidad de su vida, que V. m. sabrá muy bien amplificar con la erudición y estilo tan claro y elegante que Nuestro Señor le dió.

Y yo también he escrito en nuestra lengua la Vida y obras singulares del Cardenal Don Enrique, que después fué rey de Portugal, nuestro Señor: la cual envío este camino al Rmo. General de la Compañía de Jesús para que la mande volver en latín por el Padre Mafeo, que tiene muy elegante estilo, como creo que V. m. sabrá. Y porque la escritura de esta historia es pequeña, porque no llegará más que hasta diez ó doce pliegos de escritura, sería bien acompañarla con la que V. m. escribe de ese Ilustrísimo Cardenal, pues ambos son cardenales y ambos clarísimas lumbreras del mundo Y así ambas historias harán un honesto volumen. Yo escribo sobre esto al Rmo. General de la Compañía de Jesús para que él así lo ordene, y así lo escriba v. m. para que también dé orden en ello, y salgan juntos estos dos clarísimos luceros que alumbren la Iglesia: porque la Vida de nuestro Cardenal tiene cosas muy notables, como v. m. verá. Plegue á nuestro Señor ordene Él esto y que lo vea yo, antes que salga de este mundo, impreso de muy buenos caracteres, como son los de la Vida del sanctísimo Pío V. Y nuestro Señor dé á V. m. su espíritu y gracia para que pueda cumplir con la nueva carga que agora le han impuesto de esa sancta Congregación, y con esta escritura, que servirá para despertar á muchos prelados. Y Él more siempre en el ánima de v. m. De Lisboa y Enero 3 de 1587.

Siervo de V. m.=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito: Reverendo Patri ac Dño. Carolo a Basilica Petri, clerico regulari Sancti Pauli decollati.=Apud Mediolanum.

XII. *Al mismo.*

Muy Rdo. Señor y Padre mío.=*Gratia et pax Christi.* En otra tengo escrito á V. R. P. cómo yo tenía escrita en lengua española la Vida religiosísima del Cardenal Don Enrique, que después fué rey de Portugal, nuestro señor. La cual Vida envié agora al Reverendísimo General de la Compañía de Jesús, para que él mandase al Padre Mafeo que la pusiese en latín, ó á quien mejor le pareciese. Y porque la escritura desta Vida es pequeña, porque no tendrá más que siete ó ocho pliegos de letra de mano, deseo yo que se juntase con la que V. m. escribe del Ilustrísimo Cardenal Borromeo, porque ambas juntas harían un razonable volumen, y parece que viene muy á propósito juntarse dos vidas de dos sanctísimos Cardenales de nuestra edad, que fueron como dos lumbreras del mundo. Esto mismo escribo al Rmo. General de la Compañía de Jesús, para que lo trate con V. P. y con él correrá en este negocio, á cuyas manos va esta carta, para que él la envíe á V. P.

En lo que me escribe que escriba yo una carta de las virtudes heroicas del Ilustrísimo Cardenal Borromeo, confieso á V. m. que nunca me he atrevido, por ser la materia tan alta, y estar yo con la edad tan flaco, que no me atrevo á hacer cosa que haya menester mucha atención, como era necesario para tal argumento, mayormente que después que dejé de escribir los Sermones, y me di á escribir en romance, se me ha olvidado esto poco que sabía de latín.

V. P. me pregunta en una suya sobre una cosa de revelación de nuestra monja, que tocaba al Ilmo. Cardenal Borromeo. Lo que á esto respondo es que no ha habido acá memoria de esto, que yo sepa. Y nuestro Señor more siempre en el ánima de V. P. y le dé su gracia para esta nueva carga que le han puesto sobre los hombros, aunque sean ellos merecedores de cosas mayores. De Lisboa y Abril á 24 de 1587.

Siervo de V. muy Rda. Paternidad=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito: Al muy reverendo Señor y Padre Cárolo a Basilica Petri, clérigo regular S. Pauli decollati=En=Milán.

XIII. *Al mismo.*

Muy Rdo. Señor=*Gratia et pax Christi.* Este mes de Deciembre recibí una de V. R. en que responde á una mía muy antigua, en que hace mención de cómo yo deseaba que se imprimiese en un mismo libro con la Vida del Ilmo. Cardenal Borromeo, de gloriosa memoria, la del Serenísimo Cardenal Don Enrique, pues ambos fueron cardenales, y ambos religiosísimos príncipes y dos lumbreras desta nuestra edad. Y por ser tan conocidos y familiares los ejemplos de sus virtudes, no podrán dejar de mover mucho los corazones de las personas de su mismo estado y condición. Y porque yo estoy ya algo remoto del latín y del estilo que para esto es necesario, pedí al Rmo. General de la Compañía mandase al Padre Mafeo que pusiese esta historia en latín, para que así se imprimiese junto con la que V. R. escribe. Y agora en el mismo mes que la recibí la de V. R. recibí la del P. General, en la cual me dice que no podrá agora el P. Mafeo ocuparse en esta obra por tener otra en las manos, pero que no faltará otro que haga lo que él hiciera. Yo le escribí lo que tengo tratado con V. R. de que se junten estas dos Vidas y que cuando se acabare la de nuestro Cardenal Rey, dé cuenta á V. R. Y cuando V. R. acabare la suya, le dé á él cuenta, para que así salgan á luz juntas estas dos lumbreras de la Iglesia, cada una de las cuales resplandecerá con sus proprias virtudes. Y nuestro Señor dé á V. R su espíritu y gracia para que acabe una empresa tan gloriosa y que tan bien ha de ser recibida del mundo. De mi flaqueza confieso que no me atrevo á hacer lo que V. R. me mandaba, que es escribir una epístola comendaticia de las virtudes de este santo Cardenal, porque ya habrá leído lo que escribe S. Hierónimo: *Grandes materias ingenia parva non sustinent, et in ipso conatu ultra vires ausa succumbunt. Quantoque maius fuerit quod explicandum est, tanto magis obruitur qui magnitudinem rei verbis explicare non potest.* Y si en alguna materia esto se puede decir, sin duda es ésta una. *Itaque non sum ausus tantas laudes culpa deterere ingenii.*

Y more siempre nuestro Señor en el ánima de V. R. De Lisboa y Setiembre á 28 de 1587.

Siervo de V m por Xpisto=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito: Admodum Rdo. Patri Carolo a Basilica Petri. Sancti Pauli decollati.=apud=Mediolanum.

XIV. *Á Marco Antonio Belino.*

Muy Ilustre Señor.=Es tan latina la carta de V. R. que no me atrevo á responderle en latín, ni tengo en ésta más que decir que lo que el Padre agente de su Señoría escribirá á Vuestra Reverencia, que es haber dado orden como se escribiese de buena letra la Vida de nuestro Cardenal, que pide el Señor Cárolo. Y confieso á V. R. que ha de hallar en ella muchos defectos míos, pero más estimo hacer lo que V. R. manda, que estos puntos de honra. Pero con esta condición, que V. R. y el P. Cárolo emienden todo lo que les pareciere. Y porque el P. agente escribirá más largo, no alargo ésta más, suplicando á nuestro Señor more siempre en el ánimo de V. R. De Lisboa á 5 de deciembre de 1588.

Siervo de V. m.=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito: Al muy Ilustre Señor el Señor Marco Antonio Bellino, mi Señor [en casa?] del Sr. Arzobispo de Évora=Évora.

EXPLICACIÓN DE LOS SIGNOS EMPLEADOS

en las notas del tratado siguiente.

A=Edición de Lisboa (1557-9).
B=Edición de Salamanca, 1574
C=Edición de Lisboa, 1589.

DOCTRINA ESPIRITUAL

REPARTIDA EN SEIS TRATADOS

QUE SE SEÑALAN EN LA VUELTA DESTA HOJA

RECOPILADOS

POR EL R. P. F. LUIS DE GRANADA

DE SUS MISMAS OBRAS



IMPRESO CON LICENCIA DEL SANTO OFICIO Y ORDINARIO
POR ANTONIO RIBERO
1589
A costa de Juan Despaña y Miguel Darenas Libreros.

LO CONTENIDO EN ESTE LIBRO

LICENCIA Y APROBACION

Por mandado de S. A. vi esta Doctrina Spiritual, & me parece digna da impressaô, por naô ter cousa contra a fee & bons costumes, & poderá fazer muito proveito ás almas.

Frey Bertholameu Ferreira.

Vista a informaçam, podese imprimir este livro, & despois de impresso tornará a esta mesa com o proprio original, pera se conferir com elle & se lhe dar licença pera correr.

Em Lixboa, 17 de Março de 87.

Jorge Sarrâo. *Antonio de Mendoça.*

¶ Imprimase. 25 de Abril de 87.

Christophorus.

AL LECTOR

CONOSCIDA cosa es, cristiano lector, que no es tan necesario el pan de la boca para sustentar la vida natural, como la doctrina de la palabra de Dios para conservar la vida espiritual. Esta doctrina nos enseña dos cosas principales, á las cuales se reducen todas las demás, que son, orar y obrar. Destas dos cosas están escritos infinitos libros. Mas por ser esta doctrina tan necesaria á cada paso (por los continuos peligros y tentaciones de nuestra vida) quise *yo* aquí resumir en pocas palabras (recogidas de todos nuestros libros) lo que más necesario me pareció para este propósito: para que se pudiese fácilmente traer en el seno lo que ha de estar siempre escrito en nuestro corazón. Para lo cual recopilé aquí cinco breves tratados, uno de la oración mental, sacado de nuestro Libro de la Oración y Meditación, con todas las catorce meditaciones abreviadas que allí se ponen. Y puse éste en el primer lugar, porque estas meditaciones (demás de darnos copiosa materia en que meditar) son también las mejores persuasiones *y* estímulos que hay para inducir los hombres á bien vivir. Por donde si luego á los principios no sirvieren para el ejercicio de la meditación, servirán de persuasión, que es, de inducir los hombres al temor de Dios *y* mudanza de la vida. Y porque no todos se aplican tanto al ejercicio de la meditación (ó por sus muchas ocupaciones, ó por otras causas que puede haber) porque no falte á éstos el socorro de la oración, añadí otro tratado de la oración vocal, donde se ponen muchas oraciones que sirven para alcanzar las virtudes más necesarias á la edificación de nuestras ánimas.

La necesidad que tenemos de estos dos ejercicios, toda la Escriptura sancta á cada paso nos lo declara, por ser éstas las armas más manuales que hay contra nuestros adversarios, de los cuales andamos siempre cercados. Y por esto, mientras dura la vida, habemos de andar armados con ellas. Porque con la oración armó nuestro Señor á sus discípulos la noche de su pasión,

diciéndoles: Velad y orad, porque no entréis en tentación. Y con la meditación se armaba David, cuando decía: Si no tuviera, Señor, vuestra ley por continua meditación, por ventura cayera en la tribulación que me sobrevino. Y pues éstas son dos armas tan ciertas y tan probadas para nuestra milicia, convenía recopilarlas en este breve manual, para tenerlas siempre á la mano.

Y porque al principio repartimos la suma de la doctrina cristiana en orar y obrar, habiendo ya tratado de la oración así mental como vocal, síguese que tratemos luego del obrar, que es, de la instrucción y orden de nuestra vida, teniendo aquí respecto señaladamente á los que de nuevo comienzan á servir á nuestro Señor. Y porque unos comienzan esta vida viviendo en el mundo, y otros entrando en religión, para éstos también añadimos otro tratado, en el cual se arrancan las espinas y zarzas de nuestras malas inclinaciones y pasiones, y en su lugar se ponen las plantas de las virtudes, que ordenan y perficionan nuestras ánimas. Y aunque estos dos postreros tratados parezcan en los títulos diferentes, mas con todo esto los documentos que en ellos se contienen (mayormente lo que se escribe de las virtudes) no menos sirve para el un tratado que para el otro, pues todos los que desean salvarse, no tienen otro camino para esto sino proceder de virtud en virtud, hasta ver el Dios de los dioses en Sión, que es en la gloria advenidera.

Y porque nada faltase para la instrucción cuotidiana de nuestra vida, añadí aquí otro breve tratado, que es del aparejo para la sagrada Comunión y para la confesión que ha de preceder antes della. Esto baste para preámbulo deste librillo.

DEL FRUCTO QUE SE SACA DE LA ORACIÓN Y MEDITACIÓN (1).

CAPÍTULO PRIMERO.

PORQUE este tratado breve (2) habla de la oración y meditación, será bien al principio decir en pocas palabras el fructo que deste (3) sancto ejercicio se puede sacar, porque con más alegre corazón se ofrezcan los hombres á él.

Notoria cosa es que uno de los mayores impedimentos que el hombre tiene para alcanzar su última felicidad y bienaventuranza, es la mala inclinación de su corazón y la dificultad y pesadumbre que tiene para bien obrar: porque á no estar ésta de por medio, facilísima cosa le sería correr por el camino de las virtudes y (4) alcanzar el fin para que fué criado. Por lo cual dijo el Apóstol: Huélgome con la ley de Dios según el hombre interior, pero siento otra ley é (5) inclinación en mis miembros, que contradice á la ley de mi espíritu y me lleva tras sí captivo á la ley del pecado. Ésta es, pues, la causa más universal que hay de todo nuestro mal. Pues para quitar esta pesadumbre y dificultad, y facilitar este negocio, una de las cosas que más aprovechan, es la devoción. Porque (como dice Sancto Tomás) no es otra cosa devoción sino una promptitud y ligereza para bien obrar, la cual despide de nuestra ánima toda esta dificultad y pesadumbre, y nos hace promptos y ligeros para todo bien. Porque ella (6) es una refección espiritual, un refresco y rocío (7) del cielo, un soplo y aliento del Espíritu Sancto y un afecto sobrenatural, el cual de tal manera regala, esfuerza y transforma (8) el corazón del hombre, que le pone nuevo gusto y aliento para las cosas espirituales, y nuevo desgusto y aborrescimiento de

(1) De los grandes fructos y provechos del ejercicio de la oración y meditación (B). (2) breve tratado (AB). (3) de este (A). (4) y (om.A). (5) y (AB). (6) ella (om.A). (7) roscío (AB). (8) trasforma (A).

las sensuales. Lo cual nos muestra la experiencia de cada día: porque al tiempo que una persona espiritual sale de alguna profunda y devota oración, allí se le renuevan todos los buenos propósitos, allí son los fervores y determinaciones de bien obrar, allí el deseo de agradar y amar á un Señor tan bueno y tan dulce como allí se le ha mostrado, y de padecer nuevos trabajos y asperezas, y aun derramar sangre por Él, y allí finalmente reverdesce (1) y se renueva toda la frescura de nuestra alma.

Y si me preguntas por qué medios se alcanza este tan poderoso y tan noble afecto de devoción, á esto respondió (2) el mismo Sancto Doctor, diciendo que por la meditación y contemplación de las cosas divinas: porque de la profunda meditación y consideración de ellas redunda este afecto y sentimiento en la voluntad (que llamamos devoción) el cual nos incita y mueve á todo bien. Y por eso es tan alabado y encomendado este sancto y religioso ejercicio de todos los Sanctos, porque es medio para alcanzar la devoción, la cual aunque no es más que una sola virtud, nos habilita y mueve á todas las otras virtudes, y es como un estímulo general para todas ellas. Y si quieres ver cómo esto es verdad, mira cuán abiertamente lo dice Sant Buenaventura por estas palabras:

Si quieres sufrir con paciencia las adversidades y miserias desta vida, seas hombre de oración. Si quieres alcanzar virtud y fortaleza para vencer las tentaciones del enemigo, seas hombre de oración. Si quieres mortificar tu propria voluntad con todas sus aficiones y apetitos, seas hombre de oración. Si quieres conoscer las astucias de Satanás y defenderte de sus engaños, seas hombre de oración. Si quieres vivir alegremente y caminar con suavidad por el camino de la penitencia y del trabajo, seas hombre de oración. Si quieres ojear de tu ánima las moscas importunas de los vanos pensamientos y cuidados, seas hombre de oración. Si la quieres sustentar con la grosura de la devoción y traerla siempre llena de buenos pensamientos y deseos, seas hombre de oración. Si quieres fortalecer y confirmar tu corazón en el camino de Dios seas hombre de oración. Finalmente, si quieres desarraigar de tu ánima todos los vicios y plantar en su lugar las virtudes, seas hombre de oración: porque en ella

(1) reverdece (AB). (2) responde (AB).

se recibe la unción y gracia del Espíritu Sancto, la cual enseña todas las cosas. Y demás desto, si quieres subir á la alteza de la contemplación y gozar de los dulces abrazos del Esposo, ejercítate en la oración, porque éste es el camino por do sube el ánima á la contemplación y gusto de las cosas celestiales. ¿Ves, pues, de cuánta virtud y poder sea la oración? Y para prueba de todo lo dicho (dejado aparte el testimonio de las Escrituras divinas) esto baste agora por suficiente probanza, que habemos oído y visto y vemos cada día muchas personas simples, las cuales han alcanzado todas estas cosas susodichas, y otras mayores, mediante el ejercicio de la oración. Hasta aquí son palabras de S. Buenaventura. ¿Pues qué tesoro, qué tienda se puede hallar más rica ni más llena de todos los bienes que ésta? Oye también lo que dice á este propósito otro muy religioso y sancto Doctor, hablando de esta misma virtud.

En la oración (dice él) se alimpia el ánima de los pecados, apaciéntase la caridad, certifícase la fe, fortaléscese la esperanza, alégrase el espíritu, derrítense las entrañas, pacifícase el corazón, descúbrese la verdad, véncese la tentación, huye la tristeza, renuévanse los sentidos, repárase la virtud enflaquescida (1), despídese la tibieza, consúmese el orín de los vicios, y en ella saltan centellas vivas de deseos del cielo, entre las cuales arde la llama del divino amor. Grandes son las excelencias de la oración, grandes son sus privilegios. Á ella están abiertos los cielos, á ella se descubren los secretos, y á ella están siempre atentos los oídos de Dios.

Esto baste agora para que en alguna manera se vea el fructo deste (2) sancto ejercicio.

DE LA MATERIA DE LA MEDITACIÓN.

CAPÍTULO II.

Visto de cuánto fructo sea la oración y meditación, veamos agora cuáles sean las cosas que debemos meditar. Á lo cual se responde que por cuanto este sancto ejercicio se ordena á criar en nuestros corazones amor y temor de Dios y guarda de

(1) enflaquecida (A). (2) de este (A).

sus mandamientos, aquélla será más conveniente materia deste ejercicio, que más hiciere á este propósito. Y aunque sea verdad que todas las cosas criadas y todas las Escrituras (1) sagradas nos muevan á esto, pero generalmente hablando, los misterios de nuestra fe (que se contienen en el Símbolo, que es el Credo) son los más eficaces y provechosos para esto. Porque en él se trata de los beneficios divinos, del juicio final, de las penas del infierno y de la gloria del paraíso (que son grandísimos estímulos para mover nuestro corazón al amor y temor de Dios) y en él también se trata la vida y pasión de Cristo nuestro Salvador, en la cual consiste todo nuestro bien. Estas dos cosas señaladamente se tratan en el Símbolo, y éstas son las que más ordinariamente rumiamos en la meditación. Por lo cual con mucha razón se dice que el Símbolo es la materia propriísima deste (2) sancto ejercicio, aunque también lo será para cada uno lo que más moviere su corazón al amor y temor de Dios.

Pues según esto, para introducir á los nuevos y principiantes en este camino (á los cuales conviene dar el manjar como digesto y mastigado) señalaré aquí brevemente dos maneras de meditaciones para todos los días de la semana, unas para la noche y otras para la mañana, sacadas por la mayor parte de los misterios de nuestra fe: para que así como damos á nuestro cuerpo dos refecciones cada día, así también las demos al ánima, cuyo pasto es la meditación y consideración de las cosas divinas. De estas meditaciones, las unas son de los misterios de la sagrada pasión y resurrección de Cristo, y las otras de los otros misterios que ya dijimos. Y quien no tuviere tiempo para recogerse dos veces al día, á lo menos podrá una semana meditar los unos misterios, y otra los otros, ó quedarse con solos los de la pasión y vida de Jesucristo (que son los más principales) aunque los otros no conviene que se dejen al principio de la conversión, porque son más convenientes para este tiempo, donde principalmente se requiere temor de Dios, dolor y detestación de los pecados.

(1) Escripturas (A). (2) de este (AB).

SÍGUENSE LAS PRIMERAS SIETE MEDITACIONES

para los días de la semana.

EL LUNES EN LA NOCHE (1)

ESTE día podrás entender en la memoria de los pecados y en el conoscimiento (2) de ti mesmo (3), para que en lo uno veas cuántos males tienes, y en lo otro cómo ningún bien tienes que no sea de Dios, que es el medio por do se alcanza la humildad, madre de todas las virtudes.

Para esto debes primero pensar en la muchedumbre de los pecados de la vida pasada, especialmente en aquellos que heciste en el tiempo que menos conoscías (4) á Dios. Porque si lo sabes bien mirar, hallarás que se han multiplicado sobre los cabellos de tu cabeza, y que viviste en aquel tiempo como un gentil que no sabe qué cosa es Dios. Discurre, pues, brevemente por todos los diez mandamientos y por los siete pecados mortales, y verás que ninguno dellos hay en que no hayas caído muchas veces por obra, ó por palabra, ó por pensamiento.

Lo segundo, discurre por todos los beneficios divinos y por los tiempos de la vida pasada, y mira en qué los has empleado, pues de todos ellos has de dar cuenta á Dios. Pues dime agora: ¿en qué gastaste la niñez, en qué la mocedad, en qué la juventud, en qué finalmente todos los días de la vida pasada? ¿En qué ocupaste los sentidos corporales y las potencias del ánima, que Dios te dió para que lo conoscieses (5) y sirvieses? ¿En qué se emplearon tus ojos sino en ver la vanidad, en qué tus oidos sino en oir la mentira, y (6) en qué tu lengua sino en mil maneras de juramentos y murmuraciones, y en qué tu gusto y tu oler y tu (7) tocar, sino en regalos y blanduras sensuales?

¿Cómo te aprovechaste de los sanctos (8) sacramentos que Dios ordenó para tu remedio? ¿Cómo le diste gracias por sus beneficios? ¿Cómo respondiste á sus inspiraciones? ¿En qué empleaste la salud, y las fuerzas, y las habilidades de naturaleza, y los bienes que dicen de fortuna, y los aparejos y oportunidades para bien vivir? ¿Qué cuidado tuviste de tus prójimos (9) que

(1) En la noche (om.AB). (2) conocimiento (A) (3) mismo (AB). (4) conocías (A). (5) conocieses (A). (6) y (om.AB). (7) tu (om.AB). (8) sanctos (om.AB). (9) del prójimo (AB).

Dios te encomendó, y de aquellas obras de misericordia que te señaló para con ellos? Pues ¿qué responderás en aquel día de la cuenta, cuando Dios te diga: Dame cuenta de tu mayordomía y de la hacienda (1) que te entregué, porque ya no quiero que trates más en ella?

Oh árbol seco y aparejado para los tormentos eternos, ¿qué responderás en aquel día, cuando te pidan cuenta de todo el tiempo de tu vida, y de todos los puntos y momentos della?

Lo tercero, piensa en los pecados que has hecho, y haces cada día, después que abriste más los ojos al conoscimiento de Dios, y hallarás que todavía vive en ti Adam con muchas de las raíces y costumbres antiguas. Mira cuán desacatado eres para con Dios, cuán ingrato á sus beneficios, cuán rebelde á sus inspiraciones, cuán perezoso para las cosas de su servicio, las cuales nunca haces, ni con aquella presteza y diligencia, ni con aquella pureza de intención que debrías, sino por otros respectos é (2) intereses del mundo.

Considera otrosí cuán duro eres para con el prójimo y cuán piadoso para contigo, cuán amigo de tu propria voluntad, y de tu carne, y de tu honra, y de todos tus intereses. Mira cómo todavía eres soberbio, ambicioso, airado, súbito, vanaglorioso, envidioso, malicioso, regalado, mudable, liviano, sensual, amigo de tus recreaciones y conversaciones y risas y parlerías. Mira otrosí cuán inconstante eres en los buenos propósitos, cuán inconsiderado en tus palabras, cuán desproveído en tus obras, y cuán cobarde y pusilánime para cualesquier graves negocios.

Lo cuarto, considerada ya por esta orden la muchedumbre de tus pecados, considera luego la gravedad dellos, para que veas cómo por todas partes es crecida (3) tu miseria. Para lo cual debes primeramente considerar estas tres circunstancias en los pecados de la vida pasada, conviene á saber, contra quién pecaste, por qué pecaste, y en qué manera pecaste. Si miras contra quién pecaste, hallarás que pecaste contra Dios, cuya bondad y majestad es infinita, y cuyos beneficios y misericordias para con el hombre sobrepujan las arénas (4). ¿Por qué causa pecaste? Por un punto de honra, por un deleite de bestias, por un cabello de interese, y muchas veces sin interese, por sola costumbre y des-

(1) cuenta (C). (2) y (AB). (3) crescida (AB). (4) de la mar. Mas (añ. AB).

precio de Dios. Mas ¿en qué manera pecaste? Con tanta facilidad, con tanto atrevimiento, tan sin escrúpulo, tan sin temor, y á veces con tanta facilidad y contentamiento, como si pecaras contra un Dios de palo, que ni sabe ni ve lo que pasa en el mundo. Pues ¿ésta era la honra que se debía á tan alta Majestad? ¿Éste es el agradescimiento de tantos beneficios? ¿Así se paga aquella sangre preciosa que se derramó en la cruz, y aquellos azotes y bofetadas que se recibieron por ti? ¡Oh miserable de ti por lo que perdiste, y mucho más por lo que heciste, y muy mucho más, si con todo esto no sientes tu perdición!

Después de esto, es cosa de grandísimo provecho detener un poco los ojos á la consideración en pensar tu nada, esto es, cómo de tu parte no tienes otra cosa más que nada y pecado, y cómo todo lo demás es de Dios. Porque claro está que así los bienes de natura (1) como los de gracia (que son los mayores) son todos suyos.

Porque suya es la gracia de la predestinación (que es la fuente de todas las otras gracias) y suya la de la vocación, y suya la gracia concomitante, y suya la gracia de la perseverancia, y suya la gracia de la vida eterna. Pues ¿qué tienes de que te puedas gloriar, sino nada y pecado? Reposa, pues, un poco en la consideración de esa nada, y pon esto solo á tu cuenta, y todo lo demás á la de Dios, para que clara y palpablemente veas quién eres tú y quién es Él, cuán pobre tú y cuán rico Él, y por consiguiente, cuán poco debes confiar en ti y estimar á ti, y cuánto confiar en Él, amar á Él y gloriarte en Él.

Pues consideradas todas estas cosas arriba dichas (2), siente de ti lo más bajamente que te sea posible. Piensa que no eres más que una cañavera que se muda á todos vientos, sin peso, sin virtud, sin firmeza, sin estabilidad y sin ninguna manera de ser. Piensa que eres un Lázaro de cuatro días muerto, y un cuerpo hediondo y abominable, lleno de gusanos, que todos cuantos pasan, se tapan las narices y los ojos por no verlo. Parézcate que desta manera hiedes delante de Dios y de sus ángeles, y tente por indigno de alzar los ojos al cielo, y de que te sustente la tierra, y de que te sirvan las criaturas, y del mismo pan que comes, y del aire que recibes.

(1) naturaleza (AB). (2) susodichas (AB).

Derríbate con aquella pública pecadora á los pies del Salvador, y cubierta tu cara de confusión, con aquella vergüenza que paresceria una mujer delante de su marido cuando le hobiese hecho traición, y con mucho dolor y arrepentimiento de tu corazón pídele perdón de tus yerros, y que por su infinita piedad y misericordia haya por bien de volverte á recebir en su casa.

EL MARTES EN LA NOCHE (1)

ESTE día pensarás en las miserias de la vida humana, para que por ellas veas cuán vana sea la gloria del mundo y cuán digna de ser menospreciada, pues se funda sobre tan flaco cimiento como es (2) esta miserable (3) vida. Y aunque los defectos y miserias desta vida sean cuasi innumerables, tú puedes agora señaladamente considerar estas siete.

Primeramente considera cuán breve sea esta vida, pues el más largo tiempo della es de setenta ó ochenta años, porque todo lo demás (si algo queda, como dice el Profeta) es trabajo y dolor: y si de aquí se saca el tiempo de la niñez, que más es vida de bestias que de hombres, y el que se gasta durmiendo, cuando no usamos de los sentidos ni de la razón (que nos hace hombres) hallaremos ser aun más breve de lo que paresce. Y si sobre todo esto la comparas con la eternidad de la vida advenidera, apenas te parecerá un punto. Por do verás cuán desvariados son los que por gozar deste soplo de vida tan breve, se ponen á perder el descanso de aquella que para siempre ha de durar.

Lo segundo, considera cuán incierta sea esta vida (que es otra miseria sobre la pasada) porque no basta ser de suyo tan breve como es, sino que eso poco que hay de vida, no está seguro sino dudoso (4). Porque ¿cuántos llegan á esos setenta ó ochenta años que dijimos? ¡Á cuántos se corta la tela en comenzándose á tejer! ¡Cuántos se van en flor (como dicen) ó en agraz! No sabéis (dice el Salvador) cuándo vendrá vuestro Señor, si á la mañana, si al medio día, si á la media noche, si al canto del gallo.

Aprovecharte ha, para mejor sentir esto, acordarte de la muerte de muchas personas que habrás conoscido en este mundo, es-

(1) en la noche (om.AB). (2) es (om.AB). (3) tan miserable (AB). (4) dubdoso (AB).

pecialmente de tus amigos y familiares y de algunas personas ilustres y señaladas, á las cuales salteó la muerte en diversas edades y dejó burlados todos sus propósitos y esperanzas.

Lo tercero, piensa cuán fragil y quebradiza sea esta vida, y hallarás que no hay vaso de vidrio tan delicado como ella es, pues un aire, un sol, un jarro de agua fría, un vaho de un enfermo basta para despojarnos della, como parece por las experiencias cuotidianas de muchas personas, á las cuales en lo más florido de su edad bastó para derribar cualquier ocasión de las sobredichas.

Lo cuarto, considera cuán mudable es y cómo nunca permanesce en un mismo ser. Para lo cual debes considerar cuánta sea la mudanza de nuestros cuerpos, los cuales nunca permanescen en una misma salud y disposición: y cuánto mayor la de los ánimos, que siempre andan como la mar alterados con diversos vientos y olas de pasiones, y apetitos, y cuidados, que á cada hora nos perturban: y finalmente, cuántas sean las mudanzas que dicen de la fortuna, que nunca consiente mucho permanecer ni en un mismo estado ni en una misma prosperidad y alegría las cosas de la vida humana, sino siempre rueda de un lugar en otro. Y sobre todo esto considera cuán continuo sea el movimiento de nuestra vida, pues día y noche nunca pára, sino siempre va perdiendo de su derecho. Según esto, ¿qué es nuestra vida sino una candela que siempre se está gastando, y mientra (1) más arde y resplandesce, más se gasta? ¿Qué es nuestra vida sino una flor que se abre á la mañana, y al medio día se marchita, y á la tarde se seca?

Por razón (2) desta continua mudanza dice Dios por Isaías: Toda carne es heno, y toda la gloria de ella es como la flor del campo. Sobre las cuales palabras dice S. Hierónimo: Verdaderamente quien considerare la fragilidad de nuestra carne, y cómo en todos los puntos y momentos de tiempos crescemos y descrecemos, sin jamás permanecer (3) en un mismo estado, y cómo esto que ahora estamos hablando, trazando y escudriñando, se está quitando de nuestra vida, no dubdará llamar á nuestra carne heno, y toda su gloria como la flor del campo. El que agora es niño de teta, súbitamente se hace muchacho, y el muchacho

(1) mientras (AB). (2) Pues por raíz (AB). (3) permanescer (AB).

mozo, y el mozo muy aína llega á la vejez, y primero se halla viejo que se maraville de ver cómo ya no es mozo. Y la mujer hermosa, que llevaba tras sí las manadas de los mozuelos locos, muy presto descubre la frente arada con rugas (1): y la que antes era amable, de ahí á poco viene á ser aborrescible.

Lo quinto, considera cuán engañosa sea (que por ventura es lo peor que tiene, pues á tantos engaña, y tantos y tan ciegos amadores lleva tras sí) pues siendo fea nos parece hermosa, siendo amarga nos parece dulce, y (2) siendo breve á cada uno la suya le parece larga, y siendo tan miserable, parece tan amable, que no hay peligro ni trabajo á que no se pongan los hombres por ella, aunque sea con detrimento de la vida perdurable, haciendo cosas por do vengan á perderla (3).

Lo sexto, considera cómo demás de ser tan breve (4) (según está dicho) eso poco que hay de vida, está subjecto á tantas miserias, así del ánimo como del cuerpo, que toda ella (5) no es otra cosa sino un valle de lágrimas y un piélago de infinitas miserias. Escribe Sant Hierónimo que Jerjes, aquel poderosísimo rey que derribaba los montes y allanaba los mares, como se subiese á un monte alto á ver dende allí un ejército que tenía ayuntado de infinitas gentes, después que lo hubo bien mirado, dice que se paró á llorar. Y preguntado por qué lloraba, respondió: Lloro porque de aquí á cient (6) años no estará vivo ninguno de cuantos aquí veo presentes.

¡Oh, si pudiésemos (dice S. Hierónimo) subirnos á alguna atalaya, que dende ella (7) pudiésemos ver toda la tierra debajo de nuestros pies! Dende (8) ahí verías las caídas y miserias de todos el mundo, y gentes destruídas por gentes, y reinos por reinos. Verías cómo á unos atormentan, á otros matan: unos se ahogan en la mar, otros son llevados captivos. Aquí verías bodas, allí planto: aquí matar unos, allí morir otros: unos abundar en riquezas, otros mendigar. Y finalmente, verías no solamente el ejército de Jerjes, sino á todos los hombres del mundo que agora son, los cuales de aquí á pocos días acabarán.

Discurre por todas las enfermedades y trabajos de los cuer-

(1) arrugas (A). (2) y (om.A). (3) perder la vida perdurable (A). (4) &c. (añ.A). (5) todo ello (A). (6) cien (A). (7) dende la cual (B). (8) desde (B).

pos humanos, y por todas las aflicciones y cuidados de los espíritus, y por los peligros que hay así en todos los estados como en todas las edades de los hombres, y verás aun más claro cuántas sean las miserias desta vida, porque (1) viendo tan claramente cuán poco es todo lo que el mundo puede dar, más fácilmente menosprecies todo lo que hay en él.

Á todas estas miserias sucede la última, que es morir (2), la cual así para lo del cuerpo como para lo del ánima es la última de todas las cosas terribles, pues el cuerpo será en un punto despojado de todas las cosas, y del ánima se ha de determinar entonces lo que para siempre ha de ser.

Todo esto te dará á entender cuán breve y miserable sea la gloria del mundo (pues tal es la vida de los mundanos sobre que se funda) y por consiguiente cuán digna sea ella de ser hollada y menospreciada.

EL MIERCOLES EN LA NOCHE.

ESTE día pensarás en el paso de la muerte, que es una de las más provechosas consideraciones que hay, así para alcanzar la verdadera sabiduría como para huir el pecado, como también para comenzar con tiempo á (3) aparejarse para la hora de la cuenta.

Piensa, pues, primeramente cuán incierta es aquella hora en que te ha de saltear la muerte: porque no sabes en qué día, ni en qué lugar, ni en qué estado te tomará. Solamente sabes que has de morir, todo lo demás está incierto, sino que ordinariamente suele sobrevenir esta hora al tiempo que el hombre está más descuidado y olvidado de ella (4).

Lo segundo, piensa en el apartamiento que allí habrá, no sólo entre todas las cosas que se aman en esta vida, sino también entre el ánima y el cuerpo, compañía tan antigua y tan amada. Si se tiene por grande mal el destierro de la patria y de los aires en que el hombre se crió, pudiendo el desterrado llevar consigo todo lo que ama, ¿cuánto mayor será el destierro universal de

(1) para que (AB). (2) el morir (AB). (3) á (om.AB). (4) della (AB).

todas las cosas, de las casas (1), y de la hacienda, y de los amigos, y del padre, y de la madre, y de los hijos, y desta luz y aire común, y finalmente de todas las cosas? Si un buey da bramidos cuando lo apartan de otro buey con quien araba, ¿qué bramido será el de tu corazón, cuando te aparten de todos aquéllos con cuya compañía trajiste á cuestas el yugo de las cargas desta vida?

Considera también la pena que el hombre allí recibe, cuando se le representa en lo que han de parar el cuerpo y el ánima después de la muerte. Porque del cuerpo ya sabe que no le puede caber otra suerte mejor que un hoyo de siete pies en largo, en compañía de los otros muertos: mas del ánima no sabe cierto lo que será, ni qué suerte le ha de caber. Ésta es una de las mayores congojas que allí se padescen, saber que hay gloria y pena para siempre, y estar tan cerca de lo uno y de lo otro, y no saber cuál destas dos suertes tan desiguales nos ha de caber.

Tras esta (2) congoja se sigue otra no menor, que es la cuenta que allí se ha de dar, la cual es tal, que hace temblar, y (3) aun los muy esforzados. De Arsenio se escribe que estando ya para morir, comenzó á temer. Y como sus discípulos le dijesen: Padre, ¿y tú agora temes? respondió: Hijos, no es nuevo en mí este (4) temor, porque siempre viví con él. Allí, pues, se le representan al hombre todos los pecados de la vida pasada como un escuadrón de enemigos que vienen á dar sobre él, y los más graves (5) y en que mayor deleite recibió, ésos se representan mas vivamente y son causa de mayor temor. ¡Oh, cuán amarga es allí la memoria del deleite pasado, que en otro tiempo parecía (6) tan dulce! Por cierto con mucha razón dijo el Sabio: No mires al vino cuando está rubio y cuando resplandesce en el vidrio su color, porque aunque al tiempo del beber paresce blando, mas á la postre muerde como culebra y derrama su ponzoña como basilisco.

Éstas son las heces de aquel brebaje (7) ponzoñoso del enemigo, éste es el dejo que tiene aquel cáliz (8) de Babilonia por defuera dorado. Pues entonces el hombre miserable, viéndose cercado de tantos acusadores, comienza á temer la tela deste juicio, y á decir entre sí: ¡Miserable de mí, que tan engañado he vivido y por tales caminos he andado! ¿Qué será de mi agora en este jui-

(1) la casa (AB). (2) desta (AB). (3) y (om.AB). (4) ese (AB). (5) grandes (AB). (6) parescía (AB). (7) bevraje (AB). (8) calix (B).

cio? Si Sant Pablo dice que lo que el hombre hobiere sembrado, eso cogerá, yo que ninguna otra cosa he sembrado sino obras de carne, ¿qué espero coger de aquí sino corrupción? Si Sant Juan dice que en aquella soberana ciudad, que es toda oro limpio, no ha de entrar cosa sucia, ¿qué espera quien tan sucia y tan torpemente ha vivido?

Después desto suceden los sacramentos de la Confesión y Comunión y de la Extrema-Unción, que es el último socorro con que la Iglesia nos puede ayudar en aquel trabajo: y así en éste como en los otros debes considerar las ansias y congojas que allí el hombre padescerá por haber vivido mal, y cuánto quisiera haber llevado otro camino, y qué vida haría entonces si le diesen tiempo para eso, y cómo allí se esforzará á llamar á Dios, y los dolores y la priesa de la enfermedad apenas le darán lugar.

Mira también aquellos postreros accidentes de la enfermedad, que son como mensajeros de la muerte, cuán espantosos son y cuán para temer. Levántase el pecho, enronquécese la voz, muérense los pies, hiélanse las rodillas, afílanse las narices, húndense los ojos, párase el rostro defuncto (1), y luego la lengua no acierta (2) á hacer su oficio, y finalmente, con la gran (3) priesa del ánima que se parte, turbados todos los sentidos, pierden su valor y su virtud. Mas sobre todo, el ánima es la que allí padesce los (4) mayores trabajos: porque allí (5) está batallando y agonizando, parte por la salida, y parte por el temor de la cuenta que se le apareja: porque ella naturalmente rehusa la salida, y ama la estada, y teme la cuenta.

Salida ya el ánima de las carnes, aun te quedan dos caminos por andar, el uno acompañando el cuerpo hasta la sepultura, y el otro siguiendo el ánima hasta la determinación de su causa, considerando lo que á cada una de estas (6) partes acaescerá. Mira, pues, cuál queda el cuerpo después que su ánima lo desampara, y (7) cuál es aquella noble vestidura que le aparejan para enterrarlo, y cuán presto procuran echarlo de casa. Considera su enterramiento con todo lo que en él pasará, el doblar de las campanas, el preguntar todos por el muerto, los oficios y cantos dolorosos de la Iglesia, el acompañamiento y sentimiento de los amigos, y

(1) difuncto (A). (2) acierta ya (AB). (3) gran (om.AB). (4) los (om.AB). (5) allí (om.AB). (6) destas (AB). (7) y (om.AB).

finalmente todas las particularidades que allí suelen acaescer hasta dejar el cuerpo en la sepultura, donde quedará sepultado en aquella tierra de perpetuo olvido.

Dejado el cuerpo en la sepultura, vete luego en pos del (1) ánima, y mira el camino que llevará por aquella nueva región, y en lo que finalmente parará, y cómo será juzgada. Imagina que estás ya presente á este juicio, y que toda la corte del cielo está aguardando el fin desta sentencia, donde se hará el cargo y el descargo de todo lo recebido, hasta el cabo de una agujeta (2). Allí se pedirá cuenta de la vida, de la hacienda, de la familia, de las inspiraciones de Dios, de los aparejos que tuvimos para bien vivir, y sobre todo, de la sangre de Cristo. Y allí será cada uno juzgado según la cuenta que diere de lo recebido.

EL JUEVES EN LA NOCHE.

ESTE día pensarás en el juicio final, para que con esta consideración se despierten en tu ánima aquellos dos tan principales afectos que debe tener todo fiel cristiano, conviene saber, temor de Dios y aborrescimiento (3) del pecado.

Piensa, pues, primeramente cuán terrible será aquel día, en el cual se averiguarán las causas de todos los hijos de Adam, y se concluirán los procesos de nuestras vidas, y se dará sentencia difinitiva de lo que para siempre ha de ser. Aquel día abrazará en sí los días de todos los siglos presentes, pasados y venideros, porque en él dará el mundo cuenta de todos estos tiempos, y en él derramará Dios (4) la ira y saña que tiene recogida en todos los siglos. Pues ¡qué tan arrebatado saldrá entonces aquel tan caudaloso río de la indignación Divina, teniendo tantas acogidas de ira y saña cuantos pecados se han hecho dende el principio del mundo!

Lo segundo, considera las señales espantosas que precederán este día: porque (como dice el Salvador) antes que venga este día, habrá señales en el sol, y en la luna, y en las estrellas, y finalmente en todas las criaturas del cielo y de la tierra. Porque todas ellas sentirán su fin antes que fenezcan, y se estremescerán y comenzarán á caer primero que caigan. Mas los hom-

(1) el (B). (2) del agujeta (A): de la (B). (3) aborrecimiento (A). (4) Dios (om.AB).

bres dice que andarán secos y ahilados de muerte, oyendo los bramidos espantosos de la mar, y viendo las grandes olas y tormentas que levantará, barruntando por esto (1) las grandes calamidades y miserias que amenazan al mundo tan (2) temerosas señales. Y así andarán atónitos y espantados, las caras amarillas y desfiguradas, antes de la muerte muertos y antes del juicio sentenciados, midiendo los peligros con sus proprios temores, y tan ocupados cada uno con el suyo, que no se acordará del ajeno, aunque sea padre ó hijo. Nadie habrá para nadie, porque nadie bastará para sí solo.

Lo tercero, considera aquel diluvio universal de fuego que vendrá delante del Juez, y aquel sonido temeroso de la trompeta que tocará el Arcángel para convocar todas las generaciones del mundo á que se junten en un lugar y se hallen presentes en juicio, y sobre todo, la majestad espantable con que ha de venir el Juez.

Después desto (3), considera cuán estrecha será la cuenta que allí (4) á cada uno se pedirá. Verdaderamente (dice Job) no podrá ser el hombre justificado si se compara con Dios. Y si se quisiere poner con Él en juicio, de mil cargos que le haga, no le podrá responder á solo uno. Pues ¿qué sentirá entonces cada uno de los malos, cuando éntre Dios con él en este examen, y allá dentro de su consciencia diga así: Ven acá, hombre malo, ¿qué viste en mí, porque así me despreciaste y te pasaste al bando de mi enemigo? Yo te crié á mi imagen y semejanza. Yo te di la lumbre de la fe, y te hice cristiano, y te redemí con mi propria sangre. Por ti ayuné, caminé, velé, trabajé y sudé gotas de sangre. Por ti sufrí persecuciones, azotes, blasfemias, escarnios, bofetadas, deshonras, tormentos y cruz. Testigos son esta cruz y clavos que aquí parecen (5), testigos estas llagas de pies y manos que en mi cuerpo quedaron, testigos el cielo y la tierra delante quien padecí (6). Pues ¿qué heciste desa ánima tuya, que yo con mi sangre hice mía? ¿En cúyo servicio empleaste lo que yo compré tan caramente? Oh generación loca y adúltera, ¿porqué quesiste (7) más servir á ese enemigo (8) tuyo con trabajo, que á mí, tu Redemptor y Criador, con alegría? Llaméos tantas veces, y no me

(1) por aquí (AB). (2) con tan (A). (3) de esto (A). (4) así (C). (5) parescen (AB). (6) padescí (AB). (7) quisiste (A). (8) enimigo (A).

respondistes: toqué á vuestras puertas, y no despertastes: extendí mis manos en la cruz, y no las mirastes: menospreciastes mis consejos y todas mis promesas y amenazas. Pues decid agora vosotros, ángeles, juzgad vosotros, jueces, entre mí y mi viña, ¿qué más debía (1) yo hacer por ella de lo que hice?

Pues ¿qué responderán aquí los malos, los burladores de las cosas divinas, los mofadores de la virtud, los menospreciadores de la simplicidad, los que tuvieron más cuenta con las leyes del mundo que con las de Dios, los que á todas sus voces estuvieron sordos, á todas sus inspiraciones insensibles, á todos sus mandamientos rebeldes, y á todos sus azotes y beneficios ingratos y duros? ¿Qué responderán los que vivieron como si creyeran que no había Dios, y los que con ninguna ley tuvieron cuenta, sino con solo su interese? ¿Qué haréis los tales (dice Isaías) en el día de la visitación y calamidad que os vendrá de lejos? ¿Á quién pediréis socorro, y qué os aprovechará la abundancia de vuestras riquezas?

Lo quinto, considera después de todo esto la terrible sentencia que el Juez fulminará contra los malos, y aquella temerosa palabra que hará reteñir (2) las orejas de quien la oyere. Sus labios (dice Isaías) están llenos de indignación, y su lengua es como fuego que traga. ¿Qué fuego abrasará tanto como aquellas palabras: Apartaos de mí, malditos, al fuego perdurable, que está aparejado para Satanás y para sus ángeles? En cada una de las cuales palabras tienes mucho que sentir y que pensar en el apartamiento, en la maldición, en el fuego, en la compañía y sobre todo en la eternidad.

EL VIERNES EN LA NOCHE.

ESTE día meditarás en las penas del infierno, para que con esta meditación también se confirme más tu ánima en el temor de Dios y aborrecimiento del pecado.

Estas penas dice Sant Buenaventura que se deben imaginar debajo de algunas figuras y semejanzas corporales que los Sanctos nos enseñaron. Por lo cual será cosa conveniente imaginar el lugar del infierno (según él mismo dice) como un lago escuro y tenebroso puesto debajo de la tierra, ó como un pozo profun-

(1) debí (A). (2) retiñir (AB).

dísimo lleno de fuego, ó como una ciudad espantable y tenebrosa que toda se arde en vivas llamas, en la cual no suena otra cosa sino voces y gemidos de atormentadores y atormentados, con perpetuo llanto y crujir de dientes.

Pues en este malaventurado lugar se padecen (1) dos penas principales, la una que llaman de sentido, y la otra de daño. Y cuanto á la primera, piensa cómo no habrá allí sentido alguno dentro ni fuera del ánima, que no esté penando con su proprio tormento. Porque así como los malos ofendieron á Dios con todos sus miembros y sentidos, y de todos hicieron armas para servir al pecado, así ordenará Él que cada uno dellos pene con su proprio tormento y pague su merescido. Allí los ojos adúlteros y deshonestos padescerán con la visión horrible de los demonios. Allí las orejas que se dieron á oir mentiras y torpezas (2), oirán perpetuas blasfemias y gemidos. Allí las narices amadoras de perfumes y olores sensuales serán llenas de intolerable hedor. Allí el gusto que se regalaba con diversos manjares y golosinas, será atormentado con rabiosa hambre y sed. Allí la lengua murmuradora y blasfema será amargada con hiel (3) de dragones. Allí el tacto (4) amador de regalos y blanduras andará nadando en aquellas heladas (5), que dice Job, del río Cocito, y entre los ardores y llamas del (6) fuego. Allí la imaginación padecerá con la aprehensión de los dolores presentes, la memoria con la recordación de los placeres pasados, el entendimiento con la representación de los males advenideros, y la voluntad con grandísimas iras y rabias que los malos ternán contra Dios. Finalmente, allí se hallarán en uno todos los males y tormentos que se pueden pensar: porque (como dice Sant Gregorio) allí habrá frío que no se pueda sufrir, fuego que no se pueda apagar, gusano inmortal, hedor intolerable, tinieblas palpables, azotes de atormentadores, visión de demonios, confusión de pecados y desesperación de todos los bienes. Pues dime agora, si el menor de todos estos males que hay acá (7), se padeciese (8) por muy pequeño espacio de tiempo, sería tan recio de llevar, ¿qué será padescer allí en un mismo tiempo toda esta muchedumbre de males en todos los miembros y sentidos interiores y exteriores, y

(1) padescen (AB). (2) torpedades (AB). (3) la hiel (A). (4) sentido del tocar (B). (5) olas (B). (6) de (AB). (7) aquí hay (AB). (8) padesciese (AB).

esto no por espacio de una noche sola ni de mil, sino de una eternidad infinita? ¿Qué sentidos, qué palabras, qué juicio hay en el mundo, que pueda sentir ni encarecer esto como es?

Pues no es ésta la mayor de las penas que allí se pasan: otra hay sin comparación mayor, que es la que llaman los teólogos pena de daño, la cual es haber de carecer para siempre de la vista de Dios y de su gloriosa compañía. Porque tanto es mayor una pena, cuanto priva al hombre de mayor bien, y pues Dios es el mayor bien de los bienes, así carecer de Él será el mayor mal de los males, cual de verdad es éste (1).

Éstas son las penas que generalmente competen á todos los condenados. Mas allende destas penas generales, hay otras particulares que allí padescerá cada uno conforme á la calidad de su delicto. Porque una será allí la pena del soberbio, y otra la del envidioso, y otra la del avariento, y otra la del lujurioso, y así las demás. Allí se tasará el dolor conforme al deleite recebido, y la confusión conforme á la presumpción y soberbia, y la desnudez conforme á la demasía y abundancia, y la hambre y sed conforme al regalo y á la hartura pasada.

Á todas estas penas sucede la eternidad del padecer (2), que es como el sello y la llave de todas ellas: porque todo esto aun sería tolerable, si fuese finito, porque ninguna cosa es grande si tiene fin. Mas pena que no tiene fin, ni alivio, ni declinación, ni diminuición (3), ni hay esperanza que se acabará jamás ni la pena, ni el que la da, ni el que la padesce, sino que es como un destierro preciso y como un sambenito irremisible, que nunca jamás se quita, esto es cosa para sacar de juicio á quien atentamente lo considera.

Ésta es, pues, la mayor de las penas que en aquel malaventurado lugar se padecen: porque si estas penas hobieran de durar por algún tiempo limitado, aunque fuera mil años ó cien mil años, ó como dice un doctor, si esperasen que se habían de acabar en agotándose toda el agua del mar Océano sacando cada mil años una sola gota del mar, aun esto les sería algún linaje de consuelo. Mas esto no es así, sino que sus penas compiten con la eternidad de Dios, y la duración de su miseria con la duración de la divina gloria. En cuanto Dios viviere, ellos morirán,

(1) éste es (AB). (2) padescer (AB). (3) diminución (AB).

y cuando Dios dejare de ser el que es, dejarán ellos de ser lo que son. Pues en esta duración, en esta eternidad querría yo, hermano mío, que hincases un poco los ojos de la consideración, y que (como animal limpio) rumiases agora este paso dentro de ti, pues clama en su Evangelio aquella eterna Verdad diciendo: El cielo y la tierra faltarán, mas mis palabras no faltarán (1).

EL SÁBADO EN LA NOCHE.

Este día pensarás en la gloria de los bienaventurados, para que por aquí se mueva tu corazón al menosprecio del mundo, y deseo de la compañía dellos. Pues para entender algo de este (2) bien, puedes considerar estas cinco cosas, entre otras que hay en él, conviene saber, la excelencia del lugar, el gozo de la compañía, la visión de Dios, la gloria de los cuerpos y finalmente el cumplimiento de todos los (3) bienes que allí hay.

Primeramente considera la excelencia del lugar, y señaladamente la grandeza dél, que es admirable: porque cuando el hombre lee en algunos graves autores que cualquier de las estrellas del cielo es mayor que toda la tierra, y aun que hay algunas dellas (4) de tan notable grandeza, que son noventa veces mayores que toda ella, y con esto alza los ojos al cielo, y (5) ve en él tanta muchedumbre de estrellas y tantos espacios vacíos, donde podrían caber otras muchas (6) más, ¿cómo no se espanta, cómo no queda atónito y fuera de sí, considerando la inmensidad de aquel lugar, y mucho más la de aquel soberano Señor que lo crió?

Pues la hermosura dél no se puede explicar con palabras: porque si en este valle de lágrimas y lugar de destierro crió Dios cosas tan admirables y de tanta hermosura, ¿qué habrá criado en aquel lugar, que es aposento de su gloria, trono de su grandeza, palacio de su majestad, casa de sus escogidos y paraíso de todos los deleites?

(1) Este párrafo sustituye á otro de A, completamente distinto, según puede verse en el tomo X, pág. 459: el cual B compendia así: «De aquí nasce aquel odio rabiosísimo que los malaventurados tienen contra Dios, y aquellos reniegos y blasfemias que fulminarán contra su justicia. Éstas serán sus perpetuas canciones noche y día, y éstos sus perpetuos maitines y psalmos en los siglos de los siglos».

(2) deste (AB). (3) los (om.B). (4) de ellas (A). (5) y (om.C). (6) tantas (A).

Después de la excelencia del lugar, considera la nobleza de los moradores dél, cuyo número, cuya sanctidad, cuyas riquezas y hermosura excede todo lo que se puede pensar. Sant Juan dice que es tan grande la muchedumbre de los escogidos, que nadie basta para poder contarlos. Sant Dionisio dice que es tan grande el número de los ángeles, que excede sin comparación al de todas cuantas cosas materiales hay en la tierra. Sancto Tomás, conformándose con este parescer, dice que así como la grandeza de los cielos excede á la de la tierra sin proporción, así la muchedumbre de aquellos espíritus gloriosos excede á la de todas las cosas materiales que hay en este mundo, con esta misma ventaja. Pues ¿qué cosa puede ser más admirable? Por cierto cosa es ésta, que si bien se considerase, bastaba para dejar atónitos á (1) todos los hombres. Y si cada uno de aquellos bienaventurados espíritus (aunque sea el menor dellos) es más hermoso de ver que todo este mundo visible, ¿qué será ver tanto número de espíritus tan hermosos, y ver las perfecciones y oficios de cada uno dellos? Allí discurren los ángeles, ministran los arcángeles, triunfan los principados, alégranse (2) las potestades, enseñorean las dominaciones, resplandescen las virtudes, relampaguean los tronos, lucen los querubines y arden los serafines, y todos cantan alabanzas á Dios. Pues si la compañía y comunicación de los buenos es tan dulce y amigable, ¿qué será tratar allí con tantos buenos, hablar con los apóstoles, conversar con los profetas, comunicar con los mártires y con todos los escogidos?

Y si tan grande gloria es gozar de la compañía de los buenos, ¿qué será gozar de la compañía y presencia de Aquél á quien alaban las estrellas de la mañana, de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, ante cuyo acatamiento se arrodillan los ángeles y todos aquellos espíritus soberanos? ¿Qué será ver aquel bien universal en quien están todos los bienes, y aquel mundo mayor en quien están todos los mundos, y á Aquél que siendo uno, es todas las cosas, y siendo simplicísimo, abraza las perfecciones de todas? Si tan grande cosa fué oir y ver al rey Salomón, que decía la reina Sabá: Bienaventurados los que asisten

(1) á (om. AB). (2) y alégranse (C).

delante ti (1) y gozan de tu sabiduría, ¿qué será ver aquel sumo Salomón, aquella eterna sabiduría, aquella infinita grandeza, aquella inestimable hermosura, aquella inmensa bondad, y gozar della para siempre? Ésta es la gloria esencial de los Sanctos, éste el último fin y puerto de todos nuestros deseos.

Considera después desto la gloria de los cuerpos, los cuales gozarán de aquellos (2) cuatro singulares dotes, que son, subtileza, ligereza, impasibilidad y claridad, la cual será tan grande, que cada uno dellos (3) resplandescerá (4) como el sol en el reino de su padre. Pues si no más de un sol que está en medio del (5) cielo, basta para dar luz y alegría á todo este mundo, ¿qué harán tantos soles y lámparas como allí resplandecerán? (6) Pues ¿qué diré de todos los otros bienes que allí hay? Allí habrá salud sin enfermedad, libertad sin servidumbre, hermosura sin fealdad, inmortalidad sin corrupción, abundancia sin necesidad, sosiego sin turbación, seguridad sin temor, conoscimiento sin error, hartura sin hastío, alegría sin tristeza, y honra sin contradicción. Allí será (dice S. Augustín) verdadera la gloria, donde ninguno será alabado por error ni por lisonja. Allí será verdadera la honra, la cual ni se negará al digno, ni se concederá al indigno. Allí será verdadera la paz, donde ni de sí ni de otro será el hombre molestado. El premio de la virtud será el mismo que dió la virtud, y se prometió por galardón della, el cual se verá sin fin, y se amará sin hastío, y se alabará sin cansancio. Allí el lugar es ancho, hermoso, resplandeciente (7) y seguro, la compañía muy buena y agradable, el tiempo de una manera, no ya distinto en tarde y mañana, sino continuado con una simple eternidad. Allí habrá perpetuo verano, que con el frescor y aire del Espíritu Sancto siempre floresce. Allí todos se alegran, todos cantan y alaban á aquel sumo Dador de todo, por cuya largueza viven y reinan para siempre. ¡Oh ciudad celestial, morada segura, tierra donde se halla todo lo que deleita, pueblo sin murmuración, vecinos quietos y hombres sin ninguna necesidad! ¡Oh, si se acabase ya esta contienda! ¡Oh, si se concluyesen los días de mi destierro! ¿Cuándo llegará este día? ¿Cuándo vendré y paresceré ante la cara de mi Dios?

(1) delante de ti (B). (2) aquellas (AB). (3) de ellos (A). (4) resplandecerá (A). (5) de el (A). (6) resplandescerán (AB). (7) resplandesciente (AB).

EL DOMINGO EN LA NOCHE

ESTE día pensarás en los beneficios divinos, para dar gracias al Señor por ellos y encenderte más en el amor de quien tanto bien te hizo. Y aunque estos beneficios sean innumerables, mas puedes tú á lo menos considerar estos cinco más principales, conviene saber, de la creación, gobernación, redempción, vocación, con los otros beneficios particulares y ocultos.

Y primeramente, cuanto al beneficio de la creación, considera con mucha atención lo que eras antes que fueses criado, y lo que Dios hizo contigo y te dió ante todo merescimiento, conviene saber, ese cuerpo con todos sus miembros y sentidos, y esa tan excelente ánima con aquellas tres tan notables potencias, que son, entendimiento, memoria y voluntad. Y mira bien que darte esta tal ánima fué darte todas las cosas, pues ninguna perfección hay en alguna criatura, que el hombre no la tenga en su manera. Por do paresce que darnos esta pieza sola fué darnos de una vez todas las cosas (1) juntas.

Cuanto al beneficio de la conservación, mira cuán colgado está todo tu ser de la Providencia divina: cómo no vivirías un punto, ni darías un paso, si no fuese por Él: cómo todas las cosas del mundo crió para tu servicio, la mar, la tierra, las aves, los peces (2), los animales, las plantas, hasta los mismos ángeles del cielo. Considera con esto la salud que te da, las fuerzas, la vida, el mantenimiento, con todos los otros socorros temporales. Y sobre todo esto pondera mucho las miserias y desastres en que cada día ves caer los otros hombres, en los cuales pudieras tú también haber caído, si Dios por su piedad no te hobiera preservado.

Cuanto al beneficio de la redempción puedes considerar dos cosas: la primera, cuántos y cuán grandes hayan sido los bienes que el Salvador (3) nos dió mediante el beneficio de la redempción, y la segunda, cuántos y cuán grandes hayan sido los dolores (4) que padesció en su cuerpo y ánima sanctísima para ganarnos estos bienes. Y para sentir más lo que debes á este Señor

(1) todas estas perfecciones (B). (2) pesces (AB). (3) el Salvador (om.A). (4) males (A).

por lo que por ti padesció, puedes considerar estas cuatro principales circunstancias en el misterio de su sagrada pasión, conviene saber, quién padesce, qué es lo que padesce, por quién padesce (1), por qué causa lo padesce. ¿Quién padesce? Dios. ¿Qué padesce? Los mayores tormentos y deshonras que jamás se padescieron. ¿Por quién padesce? Por criaturas infernales, y abominables, y semejantes á los mismos demonios en sus obras. ¿Por qué causa padesce? No por su provecho ni por nuestro merescimiento, sino por las entrañas de su infinita caridad y misericordia.

Cuanto al beneficio de la vocación, considera primeramente cuán grande merced de Dios fué hacerte cristiano, y llamarte á la fe por medio del santo (2) baptismo, y hacerte también participante de los otros sacramentos. Y si después deste llamamiento, perdida ya la inocencia, te sacó de pecado, y volvió á su gracia, y te puso en estado de salud, ¿cómo le podrás alabar por este beneficio? ¡Qué tan grande misericordia fué aguardarte tanto tiempo, y sufrirte tantos pecados, y enviarte tantas inspiraciones, y no cortarte (3) el hilo de la vida, como se cortó á otros en ese mismo estado, y finalmente llamarte con tan poderoso llamamiento (4) que te (5) resuscitases de muerte á vida, y abriéses los ojos á la luz! ¡Qué misericordia fué, después de ya convertido, darte gracia para no volver al pecado, y vencer al enemigo, y perseverar en lo bueno!

Éstos son los beneficios públicos y conocidos (6): otros hay secretos, que no (7) conoce (8) sino el que los ha recebido (9): y aun otros hay tan secretos, que el mismo que los recibió, no los conosce, sino solo Aquél que los dió (10). ¡Cuántas veces habrás en este mundo merescido por tu soberbia, ó negligencia, ó desagradescimiento, que Dios te desamparase, como habrá desamparado á otros muchos por alguna destas causas, y no lo ha hecho! ¡Cuántos males y ocasiones de males habrá prevenido el Señor con su providencia, deshaciendo las redes del enemigo, y acortándole los pasos, y no dando lugar á sus tratos y consejos! ¡Cuántas veces habrá hecho con cada uno de nosotros aquello que Él dijo á Sant Pedro: Mira que Satanás andaba muy nego-

(1) y (añ AB). (2) santo (om A). (3) cortar (A). (4) poderosa gracia (A): ayuda (B) (5) te (om. AB). (6) conoscidos (AB). (7) no los (A). (8) conosce (AB). (9) rescebido (AB). (10) hizo (AB).

ciado para aventaros á todos como á trigo, mas yo he rogado por ti que no desfallezca tu fe! Pues ¿quién podrá saber estos secretos sino Dios? Los beneficios positivos bien los puede á veces conoscer el hombre: mas los privativos, que no consisten en hacernos bienes, sino en librarnos de males, ¿quién los conoscerá? Pues así por éstos como por los otros es razón que demos siempre gracias al Señor y que entendamos cuán alcanzados andamos de cuenta y cuánto más es lo que le debemos, que (1) lo que le podemos pagar, pues aun no lo (2) podemos entender.

§. I.

Y para entender mejor la grandeza destos beneficios divinos, hace mucho al caso considerar cada beneficio con las circunstancias que tiene, que son: ¿Quién lo da? ¿A quién se da? ¿Por qué causa y en qué manera se da? Cuanto á la primero, mira cuán grande sea el que te hace estos beneficios, que es Dios, Considera la grandeza de su omnipotencia, la cual declara toda la máquina deste mundo con toda la universidad de las criaturas que hay en él. Considera también la grandeza de su sabiduría, la cual se conosce por el orden, concierto y providencia maravillosa que hay en todas ellas. Porque si consideras esto, no digo yo tan grandes beneficios, sino una manzana que te enviara este tan grande Rey, había de ser muy estimada, por la dignidad de quien la da.

Y no menos cresce la grandeza del beneficio con la otra circunstancia, que es con la bajeza del que lo recibe, que con la excelencia del que lo da. Por lo cual decía David: Señor, ¿quién es el hombre, para que tú te acuerdes dél, ó el hijo del hombre, para que tú le visites? Porque si todo este mundo apenas es una hormiga delante la majestad de Dios, ¿qué será el hombre, que tan pequeña parte es dél? Pues ¿cómo no será grande misericordia y maravilla, que un tan alto y tan soberano Señor tenga tan especial cuidado de hacer tan grandes bienes á una tan pequeña hormiga? Pues ¿qué será, si consideras la causa del beneficio? Claro está que nadie hace bien, ni da un paso, sin esperar ó pretender algún interese. Solo este Señor nos hace todos estos bienes sin pretender ni esperar de nosotros cosa que redunde en

(1) de (AB). (2) le (AB).

provecho suyo. De manera que todo lo que hace, puramente lo hace de gracia, por sola su bondad y amor.

Si no, dime: si eres predestinado, ¿por qué otra cosa te predestinó, y después te crió, y te redimió, y te hizo cristiano, y te llamó á su servicio? ¿Qué cosa pudo haber aquí para tan grandes beneficios sino sola su bondad y amor? Ni hace menos para esto considerar el modo y manera con que nos hace todos estos beneficios, que es, el corazón y voluntad con que los hace. Porque todo cuanto bien nos ha hecho en tiempo, dende *ab æterno* lo determinó hacer, y así dende *ab æterno* con perpetua caridad nos amó, y por esta caridad y amor que nos tuvo, se determinó de hacernos todos estos bienes y tener tan especial cuidado de nuestra salud. En la cual entiende con tanta providencia y recaudo, como si desocupado de todos los otros negocios no tuviera otro en que entender, sino en la salud de cada uno. Aquí pues tiene el alma devota en que rumiar, como animal limpio, noche y día: donde hallará pasto abundantísimo y suavísimo para toda la vida (1).

DEL TIEMPO Y FRUCTO DESTAS MEDITACIONES SUSODICHAS.

CAPÍTULO III.

Estas son, cristiano lector, las primeras siete meditaciones en que puedes filosofar y ocupar tu pensamiento por los días de la semana, no porque no puedas también pensar en otras cosas y en otros días allende de éstos: porque (como ya dijimos) cualquiera (2) cosa que induce nuestro corazón á amor y temor de Dios y guarda de sus mandamientos, es materia de meditación. Pero señálanse estos pasos que tengo dichos, lo uno, porque son los principales misterios de nuestra fe y los que (cuanto es de su parte) más nos mueven á lo dicho, y lo otro, porque los principiantes (que han menester leche) tengan aquí cuasi mastigadas (3) y digestas las cosas que pueden meditar, porque no anden como peregrinos en extraña región discurriendo por lugares inciertos, tomando unas cosas y dejando otras, sin tener estabilidad en alguna.

(1) AB omiten todo este § I. (2) cualquier (AB). (3) masticadas (A).

También es de saber que las meditaciones desta (1) semana son muy convenientes (como ya dijimos) para el principio de la conversión (que es cuando el hombre de nuevo se vuelve á Dios) porque entonces conviene comenzar por todas aquellas cosas que nos puedan mover á dolor y aborrescimiento del pecado, y (2) temor de Dios, y menosprecio del mundo, que son los primeros escalones deste (3) camino. Y por esto deben los que comienzan, perseverar por algún espacio de tiempo en la consideración destas (4) cosas, para que así se funden más en las virtudes y afectos susodichos.

DE LAS OTRAS SIETE MEDITACIONES DE LA SAGRADA PASIÓN Y DE LA MANERA QUE HABEMOS DE TENER EN MEDITARLA

DESPUÉS de estas meditaciones susodichas se siguen otras siete de la sagrada Pasión. Y para antes de entrar en ellas, pondremos aquí dos breves preámbulos que para este sancto ejercicio son necesarios.

El primero es declarar cuán grandes hayan sido los dolores que el Salvador padesció, para que así se mueva más nuestro corazón á dolor y compasión de ellos. Pues para esto es de saber que según sentencia de los sanctos Doctores estos dolores fueron los mayores que jamás en esta vida se han padescido. Lo cual fundan en tres principales razones. La primera es la delicadeza de su sacratísimo cuerpo, que era el más perfecto y delicado de todos los cuerpos humanos, como formado por sola virtud y artificio del Espíritu Sancto, y más en las entrañas virginales de nuestra Señora, y así su carne era toda virginal y muy delicada. La segunda es haber padescido este Señor sus dolores sin ningún linaje de consolación, ni del cielo, ni de la tierra, ni del Padre eterno, ni de sí mismo: el cual desamparo declaró Él estando en la cruz, cuando dijo: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste? La tercera fué la grandeza de su caridad: porque cuanto mayores dolores padescía, tanto más perfectamente satisfacía á la divina Majestad y tanto más copiosamente redemía al hombre. Y por eso quiso padescer mayores

(1) de esta (A). (2) y (om. AB). (3) de este (A). (4) de estas (A).

dolores, porque así Dios fuese más glorificado y el hombre más copiosamente redimido. En estas tres razones fundan los sagrados Doctores la grandeza de los dolores de la sagrada Pasión. Mas no sólo intervinieron en ella tantos dolores, sino también tantas invenciones y maneras de injurias, que (como dice el Catecismo Tridentino) compiten ya con la grandeza de sus dolores: como fué ser ignominiosamente preso y maniatado, ser escupido, abofeteado, azotado, escarnecido, vestido ya de blanco como loco, ya de púrpura como rey fingido, y coronado con espinas, y pregonado por las calles públicas, y crucificado entre ladrones desnudo, y sobre todo tenido en menos que Barrabás. Y si se espantare alguno que este soberano Hijo de Dios haya padescido tantas invenciones y maneras de injurias, acuérdese que padescía por todos los pecados de todos los hombres, que es de todos los siglos presentes, pasados y venideros, que se cometieron dende el principio del mundo hasta la fin de él, que es por todas las idolatrías, y blasfemias, y desacatos cometidos contra la divina Majestad, y por todas las invenciones de maldades y carnalidades y crueldades que ha habido entre los hombres. Y quien tan grande carga había tomado sobre sí para satisfacer en todo rigor de justicia por tantas ofensas cometidas contra tan grande Majestad, no extrañará que tales cosas padesciese quien por tales hombres y tales maldades padescía.

Ni menos te escandalices y espantes, viendo que era Dios todo poderoso, criador de cielos y tierra, quien tales injurias y bofetadas y vituperios padescía: porque no padescía en cuanto Dios, sino en cuanto hombre: porque como era perfecto Dios, así era perfecto hombre, y el más sancto y sanctificador de los hombres. Y no era razón que al más sancto de los hombres faltase la mayor gloria y excelencia que hubo en muchos dellos, que es padecer muerte por la obediencia y gloria de Dios.

Ésta es, pues, la primera causa de haber sido tan grandes los dolores y injurias de la sagrada Pasión. Otra causa después desta es el esfuerzo y consuelo de los mártires. Para lo cual es de saber que la mayor y la más alta gloria con que una criatura puede glorificar y engrandecer á su Criador, es ofrecer la sangre y vida por su obediencia, mayormente padesciendo muerte con exquisitas invenciones de tormentos, como la padescieron los mártires. Pues con esta lealtad y obediencia dellos fué Dios

tan glorificado, que aunque no se siguiera otro provecho de la la creación y gobernación de todo este mundo sino sola esta gloria, fuera todo esto muy bien empleado por este tan alto y tan glorioso fin. Y porque el Hijo de Dios deseaba y procuraba la gloria de su eterno Padre con un inefable y incomprehensible deseo, de aquí procedió haber querido Él padescer tantos y tan extraños dolores y injurias, para que los mártires tuviesen este tan grande esfuerzo y consuelo, viendo lo que por ellos padesció su mismo Dios y Señor. Y así es de creer que al tiempo que el Salvador padescía, tenía ante los ojos, por una parte, todos nuestros pecados, por los cuales ofrescía aquel sacrificio, y por otra, los tormentos de los sanctos mártires, á los cuales esforzaba y consolaba con este ejemplo. Y ¿quién quita que no se le representasen allí los diez mil mártires que por su amor fueron sacrificados, y el esfuerzo que recibirían considerando que su Salvador lo fué por ellos?

Mas cuando aquí digo mártires, no sólo entiendo los que derramaron su sangre por Dios, sino también los que crucificaron su carne con todos sus vicios y apetitos. Porque á éstos también S. Bernardo en su manera llama mártires, por durar esta batalla toda la vida.

Pues quien estas dos cosas considerare, no extrañará ver al Salvador padescer tantos dolores y injurias como en su sagrada muerte padesció: aunque otras muchas después de éstas se refieren entre los fructos del árbol de la sancta cruz, de que tratamos en nuestro Símbolo.

SEGUNDO PREÁMBULO.

DE SEIS COSAS QUE PODEMOS MEDITAR EN LA SAGRADA PASIÓN.

Y descendiendo más en particular á tratar esta materia, conviene avisar que seis cosas entre otras se pueden considerar en la pasión de nuestro Salvador, conviene saber, la grandeza de sus dolores, para compadescernos dellos: la grandeza de nuestro pecado, que es la causa della, para aborrecerlo: la grandeza del beneficio, para agradescerlo: la excelencia de la divina bondad y caridad que allí se descubre, para amarla: la conveniencia del misterio, para maravillarnos dél: y la muchedumbre de las virtudes de Cristo que allí resplandescen, para imitarlas.

Pues conforme á esto, cuando vamos meditando, debemos ir inclinando nuestro corazón unas veces á compasión de los dolores de Cristo, pues fueron los mayores del mundo, así por la delicadeza del cuerpo, como por la grandeza de su amor, como también por padescer sin ninguna manera de consolación, como en otra parte está declarado.

II. Otras veces debemos tener respecto á sacar de aquí motivos de dolor de nuestros pecados, considerando que ellos fueron la causa de que Él padesciese tantos y tan grandes dolores como padesció.

III. Otras veces debemos sacar de aquí motivos de amor y de agradescimiento, considerando la grandeza del amor que por aquí nos descubrió, y la grandeza del beneficio que nos hizo, redimiéndonos tan copiosamente con tanta costa suya y tanto provecho nuestro.

IV. Otras veces debemos levantar los ojos á pensar la conveniencia del medio que Dios tomó para curar nuestra miseria, esto es, para satisfacer por nuestras deudas, para socorrer á nuestras necesidades, para merescernos su gracia, para humillar nuestra soberbia y inducirnos al menosprecio del mundo, al amor de la cruz, de la pobreza, de la aspereza, de las injurias y de todos los otros virtuosos y honestos trabajos.

V. Otras veces debemos poner los ojos en los ejemplos de virtudes que en su sacratísima vida y muerte resplandescen, en su mansedumbre, paciencia, obediencia, misericordia, pobreza, caridad, humildad, benignidad, modestia y en todas las otras virtudes que en todas sus obras y palabras más que las estrellas en el cielo resplandescen, para imitar algo de lo que en él vemos, porque desta manera caminamos á Él por Él. Ésta es la más alta y la más provechosa manera que hay de meditar la pasión de Cristo (que es por vía de imitación) para que por la imitación vengamos á la transformación, y así podamos ya decir con el Apóstol: Vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo.

Demás desto conviene en todos estos pasos tener á Cristo ante los ojos presente, y pensar que le tenemos delante cuando padesce, y tener cuenta no sólo con lo que de fuera padesce, sino mucho más con el amor interior con que lo padesce. Y quien quisiere entender algo de la grandeza deste amor, sepa que él no se funda en las cosas que de nuestra parte hay para ser ama-

dos, sino en la obediencia de Cristo para con su eterno Padre. Para lo cual es de saber que en el punto que el ánima sanctísima de Cristo fué criada y unida con el Verbo divino, conoció la grandeza de su dignidad, y amó tanto y deseó tanto servir y agradar á quien así le había engrandecido, que no hay entendimiento criado que esto pueda comprehender. Y allí también entendió que la voluntad del Padre Eterno era encargarle la reparación y redempción del mundo, mediante el sacrificio de su sagrada pasión, y que para esto era su voluntad que amase tanto á los hombres y desease tanto su salvación, que muriese por ellos. De aquí procedió revolver su amor tanto sobre los hombres y amarlos con tan grande amor, que no hay lenguas ni de ángeles ni de hombres que esto puedan explicar. Éste es, pues, el origen y causa de la grandeza deste amor, que se reduce á la inmensa bondad de nuestro Criador y á la obediencia de su unigénito Hijo nuestro Salvador. Ésta es, pues, la principal cosa que en este santo ejercicio debemos considerar para corresponder con nuestro amor á este tan grande amor.

Presupuestos agora estos breves avisos, comenzaremos á repartir y poner por orden los misterios de la sagrada Pasión (1).

SÍGUENSE LAS OTRAS SIETE MEDITACIONES DE LA SAGRADA PASIÓN.

EL LUNES (2).

ESTE día, hecha la señal de la cruz, con la preparación que adelante se pone, se ha de pensar la entrada del Salvador en Hierusalem con los ramos, y el lavatorio de los pies, y la institución del Sanctísimo Sacramento.

Acabados los discursos y el oficio de la predicación del Evangelio, y llegándose ya el tiempo de aquel grande sacrificio de la pasión, quiso el Cordero sin mancilla llegarse al lugar donde había de dar cabo á la redempción del género humano. Y porque se viese con cuánta caridad y alegría de ánimo iba á beber por nosotros este cálix, quiso ser recebido este día con grande fiesta, saliéndole á recebir todo el pueblo con grandes voces y alabanzas, con ramos de olivas y palmas en las manos,

(1) Estos dos preámbulos están muy reducidos en AB, según puede verse en el tomo X, pág. 465. (2) El lunes (om. C).

y con tender muchos sus vestiduras por tierra, clamando todos á una voz y diciendo: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, sálvanos en las alturas. Junta pues, hermano mío, tus voces con estas voces y tus alabanzas con estas alabanzas, y da gracias al Señor por este tan grande beneficio como aquí te hace, y por el amor con que lo hace. Porque aunque le debes mucho por lo que por ti padesció, mucho más le debes por el amor con que lo padesció. Y aunque fueron tan grandes los tormentos de su pasión, mucho mayor fué el amor de su corazón, y así más amó que padesció, y mucho más padesciera si nos fuera necesario. Sale, pues, al camino á recebir este nuevo triunfador, y recíbelo con voces de alabanzas, y con ramos de olivas, y con palmas en las manos, con tender tus proprias vestiduras por tierra, para celebrar la fiesta desta entrada. Las voces de alabanza son oración y el hacimiento de gracias, las olivas son las obras de misericordia, y las palmas la mortificación y victoria de las pasiones, y el tender las ropas por tierra el castigo y mal tratamiento de tu carne. Persevera, pues, en oración para glorificar á Dios, y usa de misericordia para socorrer al prójimo, y con esto mortifica tus pasiones y castiga tu carne, y desta manera rescibirás con esto en ti al Hijo de Dios. Aquí también tienes un grande argumento y motivo para despreciar la gloria del mundo, tras que los hombres andan tan perdidos, y por cuya causa hacen tantos excesos. ¿Quieres pues ver en qué se debe estimar esa gloria? Pon los ojos en esta honra que aquí hace el mundo á este Señor, y verás que el mismo mundo que hoy le recibió con tanta honra, de ahí á cinco días lo tuvo por peor que Barrabás, y le pidió la muerte, y dió contra Él voces diciendo: Crucifícalo, crucifícalo. De manera que el que hoy predicaba por hijo de David (que es, por el más sancto de los sanctos) mañana le tiene por el peor de los hombres y por más indigno de la vida que Barrabás. Pues ¿qué ejemplo más claro para ver lo que es la gloria del mundo, y en lo que se deben estimar los testimonios y juicios de los hombres? ¿Qué cosa más liviana, más antojadiza, más ciega, más desleal y más inconstante en sus paresceres que el juicio deste mundo? Hoy dice, y mañana desdice: hoy alaba, y mañana blasfema: hoy livianamente os levanta sobre las nubes, y mañana con mayor liviandad os sume en los abismos: hoy dice que sois hijo de David, mañana dice que sois

peor que Barrabás. Tal es el juicio desta bestia de muchas cabezas y deste engañoso monstruo que ninguna fe ni lealtad ni verdad guarda con nadie, y ninguna virtud ni valor mide sino con su proprio interese. No es bueno sino quien es para con él pródigo, aunque sea pagano, y no es malo sino el que le trata como él meresce, aunque haga milagros: porque no tiene otro peso para medir la virtud sino solo su interese. Pues ¿qué diré de sus mentiras y engaños? ¿Á quién jamás guardó fielmente su palabra? ¿Á quién dió lo que prometió? ¿Con quién tuvo amistad perpetua? ¿Á quién conservó mucho tiempo lo que le dió? ¿Á quién jamás vendió vino, que no se lo diese aguado con mil zozobras? Solo esto tiene de fiel, que á ninguno fué fiel. Éste es aquel falso Judas que besando á sus amigos, los entrega á la muerte: éste aquel traidor de Joab que abrazando al que saludaba como amigo, secretamente le metió la daga por el cuerpo. Pregona vino, y vende vinagre: promete paz, y tiene de secreto armada la guerra. Malo de conservar, peor de alcanzar, peligroso para tener y dificultoso de dejar. ¡Oh mundo perverso, prometedor falso, engañador cierto, amigo fingido, enemigo verdadero, lisonjeador público, traidor secreto, en los principios dulce, en los dejos amargo, en la cara blando, en las manos cruel, en las dádivas escaso, en los dolores pródigo, al parescer algo, de dentro vacío, por defuera florido, y debajo de la flor espinoso! (1)

Del lavatorio de los pies.

ACERCA deste misterio considera, oh ánima mía, en esta cena á tu dulce y benigno Jesú. Mira (2) el ejemplo de (3) inestimable humildad que aquí te da, levantándose de la mesa y lavando los pies de (4) sus discípulos. Oh buen Jesú, ¿qué es eso que haces? Oh dulce Jesú, ¿por qué tanto se humilla tu Majestad? ¿Qué sintieras, ánima mía, si vieras allí á Dios arrodillado ante los pies de los hombres y ante los pies de Judas? Oh cruel, ¿cómo no te ablanda el corazón esa tan grande humildad? ¿Cómo no te rompe las entrañas esa tan grande mansedumbre? ¿Es posible que tú hayas ordenado de vender este mansísimo Cor-

(1) AB omiten toda esta meditación de la entrada del Salvador en Jerusalén con los ramos. (2) y mira (AB). (3) inestimable de (AB). (4) á (AB).

dero? ¿Es posible que no te hayas agora compungido con este ejemplo? Oh blancas y hermosas manos, ¿cómo podéis tocar pies tan sucios y abominables? Oh purísimas manos, ¿cómo no tenéis asco de lavar los pies enlodados en los caminos y tratos de vuestra sangre? Oh Apóstoles bienaventurados, ¿cómo no tembláis viendo esa tan grande humildad? Pedro, ¿qué haces? ¿Por ventura consentirás que el Señor de la majestad te lave los pies?

Maravillado y atónito Sant Pedro como viese arrodillado al Señor delante sí, comenzó á decir: ¿Tú, Señor, lavas á mí los pies? ¿No eres tú hijo de Dios vivo? ¿No eres tú el criador del mundo, la hermosura del cielo, el paraíso de los ángeles, el remedio de los hombres, el resplandor de la gloria del Padre, la fuente de la sabiduría de Dios en las alturas? Pues ¿tú me quieres (1) lavar los pies? Tú, Señor de tanta majestad y gloria, ¿quieres entender en oficio de tan gran bajeza?

Considera también cómo acabando de lavar los pies, los alimpia con aquel sagrado lienzo con (2) que estaba ceñido. Y sube más arriba con los ojos del ánima, y verás allí representado el misterio de nuestra redempción. Mira cómo aquel lienzo recogió en sí toda la inmundicia de los pies sucios, y (3) así allí ellos quedaron limpios, y el lienzo quedaría manchado y sucio después de hecho este oficio. ¿Qué cosa más sucia que el hombre concebido en pecado, y qué cosa más limpia y más hermosa que Cristo concebido de Espíritu Sancto? Blanco y colorado es mi amado (dice la Esposa) y escogido entre millares. Pues este tan hermoso y tan limpio quiso recebir en sí todas las manchas y fealdades de nuestras ánimas, y dejándolas limpias y libres dellas, Él quedó (como lo ves en la cruz) amancillado y afeado con ellas.

Después desto considera aquellas palabras con que dió fin el Salvador á esta historia diciendo: Ejemplo os he dado, para que como Yo lo hice, así vosotros lo hagáis. Las cuales palabras no sólo se han de referir á este paso y ejemplo de humildad, sino también á todas las obras y vida de Cristo: porque ella es un perfectísimo dechado de todas las virtudes, especialmente de las (4) que en este lugar se nos representan (5), que son humildad y caridad (6).

(1) quieres á mí (AB). (2) con (om.A). (3) y (om.AB). (4) la (AB). (5) representa (AB) (6) que son humildad y caridad (om.AB).

De la institución del Sanctísimo Sacramento.

PARA entender algo deste misterio has de presuponer que ninguna lengua criada puede declarar la grandeza del amor que Cristo tiene á su esposa la Iglesia, y por consiguiente á cada una de las ánimas que están en gracia: porque cada una dellas es también esposa suya. Pues queriendo este Esposo dulcísimo partirse desta vida y ausentarse de su esposa la Iglesia (porque esta ausencia no le fuese causa de olvido) dejóle por memorial este Sanctísimo Sacramento (en que se quedaba Él mismo) no queriendo que entre Él y ella hubiese otra prenda que despertase su memoria, sino solo El.

Quería también el Esposo en esta ausencia tan larga dejar á su Esposa compañía, porque no se quedase sola, y dejóle la de este (1) Sacramento, donde se queda Él mismo, que era la mejor compañía que le podía dejar.

Quería también entonces ir á padescer muerte por la Esposa, y redemirla, y enriquecerla con el precio de su sangre. Y porque ella pudiese (cuando quisiese) gozar deste tesoro, dejóle las llaves dél en este Sacramento: porque (como dice S. Crisóstomo) todas las veces que nos llegamos á él, debemos pensar que llegamos á poner la boca en el costado de Cristo, y bebemos de aquella preciosa sangre, y nos hacemos participantes dél. Deseaba otrosí este celestial Esposo ser amado de su Esposa con grande amor, y para esto ordenó este misterioso bocado con tales palabras consagrado, que quien dignamente lo recibe, luego es tocado y herido deste amor.

Quería también aseguralla y darle prendas de aquella bienaventurada herencia de la gloria, para que con la esperanza deste bien pasase alegremente por todos los otros trabajos y asperezas desta vida. Pues para que la Esposa tuviese cierta y segura la esperanza deste bien, dejóle acá en prendas este (2) inefable tesoro, que vale tanto como todo lo que allá se espera, para que no desconfiase que se le dará Dios en la gloria, donde vivirá en espíritu, pues no se le negó en este valle de lágrimas, donde vive en carne.

Quería también á la hora de la muerte hacer testamento y

(1) deste (AB). (2) ese (A).

dejar á la Esposa alguna manda señalada para su remedio: y dejóle ésta, que era la más preciosa y provechosa que le pudiera dejar, pues en ella se deja Dios (1).

Quería finalmente dejar á nuestras ánimas suficiente provisión y mantenimiento con que viviesen: porque no tiene menor necesidad el ánima de su proprio mantenimiento para vivir vida espiritual, que el cuerpo del suyo para la vida corporal. Pues para esto ordenó este tan sabio médico (el cual tan bien tenía tomados los pulsos de nuestra flaqueza) este Sacramento, y por eso lo ordenó en especie de mantenimiento, para que la misma especie en que lo instituyó (2), nos declarase el efecto que obraba, y la necesidad que nuestras ánimas dél tenían, no menor que la que los cuerpos tienen de su proprio manjar.

EL MARTES.

ESTE día pensarás en la Oración del Huerto, y en la prisión del Salvador, y en la entrada y afrentás de la casa de Anás.

Considera pues, primeramente, cómo acabada aquella misteriosa cena, se fué el Señor con sus discípulos al monte Olivete á hacer oración antes que entrase en la batalla de su pasión, para enseñarnos cómo en todos los trabajos y tentaciones desta vida habemos siempre de recorrer á la oración (como á una sagrada áncora) por cuya virtud, ó nos será quitada la carga de la tribulación, ó se nos darán fuerzas para llevarla, que es otra gracia mayor.

Para compañía deste camino tomó consigo aquellos tres más amados discípulos San Pedro y Sanctiago y San Juan, los cuales habían sido testigos de su transfiguración, para que ellos mismos viesen cuán diferente figura tomaba agora por amor de los hombres el que tan glorioso se les había mostrado en aquella visión. Y porque entendiesen que no eran menores los trabajos interiores de su ánima, que los que por defuera se (3) comenzaban (4) á descubrir, díjoles aquellas tan dolorosas palabras: Triste está mi ánima hasta la muerte: esperadme aquí, y velad comigo.

Acabadas estas palabras, apartóse el Señor de los discípulos

(1) le deja á Dios (AB). (2) instituía (AB). (3) se (om.AB). (4) comenzaba (AB).

cuanto un tiro de piedra, y prostrado en tierra con grandísima reverencia comenzó su oración diciendo: Padre, si es posible, traspasa de mí este cáliz: mas no se haga como yo lo quiero, sino como tú. Y hecha esta oración tres veces, á la tercera fué puesto en tan grande agonía, que comenzó á sudar gotas de sangre, que iban por todo su sagrado cuerpo hilo á hilo hasta caer en tierra. Considera, pues, al Señor en este paso tan doloroso, y mira cómo representándosele allí todos los tormentos que había de padescer, y aprehendiendo perfectísimamente tan crueles dolores como se aparejaban para el más delicado de los cuerpos, y poniéndosele delante todos los pecados del mundo (por los cuales padescía) y el desagradescimiento de tantas ánimas que no habían de reconoscer este beneficio ni aprovecharse de tan grande y tan costoso remedio, fué su ánima en tanta manera angustiada, y sus sentidos y carne delicadísima tan turbados, que todas las fuerzas y elementos de su cuerpo se destemplaron, y la carne bendita se abrió por todas partes, y dió lugar á la sangre que manase por toda ella en tanta abundancia, que corriese hasta la tierra. Y si la carne, que de sola recudida padescía esos dolores, tal estaba, ¡qué tal estaría el ánima, que derechamente los padescía!

Mira después cómo acabada la oración, llegó aquel falso amigo con aquella infernal compañía, renunciado ya el oficio del apostolado y hecho adalid y capitán del ejército de Satanás. Mira cuán sin vergüenza se adelantó primero que todos, y llegado al buen Maestro lo vendió con beso de falsa paz.

En aquella hora dijo el Señor á los que le querían prender: Así como á ladrón salistes á mí con espadas y lanzas, y habiendo Yo estado con vosotros cada día en el templo, no extendistes las manos en mí: mas ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas. Éste es un misterio de grande admiración. ¿Qué cosa de mayor espanto que ver al Hijo de Dios tomar imagen, no solamente de pecador, sino también de condenado? Ésta es (dice Él) vuestra hora y el poder de las tinieblas. De las cuales palabras se saca que por aquella hora fué entregado aquel inocentísimo Cordero en poder de los príncipes de las tinieblas, que son los demonios, para que por medio de sus ministros ejecutasen en Él todos los tormentos y crueldades que quisiesen. Piensa tú aho-

ra (1) hasta dónde se abajó aquella alteza divina por ti, pues llegó al postrero de todos los males, que es á ser entregado en poder de los demonios. Y porque la pena que tus pecados merecían, era ésta, Él se quiso poner á esta pena, porque tú quedases libre della.

Dichas estas palabras, arremetió luego toda aquella manada de lobos hambrientos con aquel manso Cordero, y unos lo arrebataban por una parte, otros por otra, cada uno como más podía. ¡Oh, cuán inhumanamente le tratarían! ¡Cuántas descortesías le dirían! ¡Cuántos golpes y estirones le darían! ¡Qué de (2) gritos y voces alzarían, como suelen hacer los vencedores cuando se ven ya con la presa! Toman aquellas sanctas manos, que poco antes habían obrado tantas maravillas, y átanlas muy fuertemente con unos lazos corredizos, hasta desollarle los cueros de los brazos y hasta hacerle reventar la sangre, y así lo llevan atado por las calles públicas con grande ignominia. Míralo muy bien cuál va por este camino, desamparado de sus discípulos, acompañado de sus enemigos, el paso corrido, el huelgo apresurado, la color mudada, y el rostro ya encendido y sonroseado con la priesa del camino (3). Y contempla en tan mal tratamiento de su persona tánta mesura en su rostro, tánta gravedad en sus ojos, y aquel semblante divino, que en medio de todas las descortesías del mundo nunca pudo ser escurecido.

Luego puedes ir con el Señor á la casa de Anás, y mira cómo allí respondiendo el Señor cortésmente á la pregunta que el pontífice le hizo sobre sus discípulos y doctrina, uno de aquellos malvados que presentes estaban, dió una gran bofetada en su rostro diciendo: ¿Así has de responder al pontífice? Al cual el Salvador benignamente respondió: Si mal hablé, muéstrame en qué: y si bien, ¿porqué me hieres? Mira pues aquí, oh anima mía, no solamente la mansedumbre desta respuesta, sino también aquel divino rostro señalado y colorado con la fuerza del golpe, y aquella mesura de ojos tan serenos y tan sin turbación en aquella afrenta, y aquella ánima sanctísima en lo interior tan humilde y tan aparejada para volver la otra mejilla, si el verdugo lo demandara.

(1) Piensa pues agora tú (AB). (2) de (om. AB). (3) caminar (AB).

EL MIÉRCOLES.

ESTE día pensarás en la presentación del Señor ante el pontífice Caifás, y en los trabajos de aquella noche, y en la negación de S. Pedro y azotes á la columna.

Primeramente considera cómo de la primera casa de Anás llevan al Señor á la del pontífice Caifás, donde será razón que lo vayas acompañando, y ahí verás eclipsado el Sol de justicia, y escupido aquel divino rostro, en que desean mirar los ángeles. Porque como el Salvador, siendo conjurado por el nombre del Padre que dijese quién era, respondiese á esta pregunta lo que convenía, aquéllos que tan indignos eran de tan alta respuesta, cegándose con el resplandor de tan grande luz, volviéronse contra Él como perros rabiosos, y allí descargaron sobre Él todas sus iras y rabias. Allí todos á porfía le dan bofetadas (1) y pescozones, allí le escupen con sus infernales bocas en aquel divino rostro, allí le cubren los ojos con un paño y (2) dándole bofetadas en la cara, juegan con Él, diciendo: Adivina (3) quién te dió. ¡Oh maravillosa humildad y paciencia del Hijo de Dios! ¡Oh hermosura de los ángeles! ¿Rostro era ése para escupir en él? Al rincón más despreciado suelen volver los hombres la cara cuando quieren escupir: ¿y en todo ese palacio no se halló otro lugar más despreciado que tu rostro para escupir en él? ¿Cómo no te humillas cou este ejemplo, tierra y ceniza?

Después de esto considera los trabajos que el Salvador pasó toda aquella noche dolorosa: porque los soldados que lo guardaban, escarnecían dél (como dice San Lucas) y tomaban por medio para vencer al (4) sueño de la noche, estar burlando y jugando con el Señor de la Majestad. Mira pues, oh ánima mía, cómo tu dulcísimo (5) esposo está puesto como blanco á las saetas de tantos golpes y bofetadas como allí le daban. ¡Oh noche muy (6) cruel! ¡Oh noche desasosegada, en la cual, oh mi (7) buen Jesú, no dormías, ni dormían los que tenían por descanso atormentarte! La noche fué ordenada para que en ella todas las criaturas tomasen reposo, y los sentidos y miembros cansados de los trabajos del día descansasen: y ésta toman ahora (8) los malos para ator-

(1) de bofetones (AB). (2) y (om.ABC). (3) adevina (AB). (4) el (AB). (5) dulce (AB). (6) muy (om. AB). (7) mi (om.AB.) (8) agora (AB).

mentar todos tus miembros y sentidos, heriendo (1) tu cuerpo, afligiendo tu ánima, atando tus manos, abofeteando tu cara, escupiendo tu rostro y atormentando tus oídos, porque en el tiempo en que todos los miembros suelen descansar, todos ellos en ti penasen y trabajasen. ¡Qué maitines éstos tan diferentes de los que en aquella hora te cantarían los coros de los ángeles en el cielo! Allá dicen: Sancto, Sancto. Acá dicen: muera, muera, crucifícalo, crucifícalo. Oh ángeles del paraíso, que las unas y las otras voces oíades, ¿qué sentíades (2) viendo tan mal tratado en la tierra Aquél que (3) vosotros con tanta reverencia tratáis en el cielo? ¿Qué sentíades viendo que Dios tales cosas padescía por los mismos que tales cosas hacían? ¿Quién jamás oyó tal manera de caridad, que padezca uno muerte por librar de la muerte al mismo que se la da?

Crecieron (4) sobre esto los trabajos de aquella noche dolorosa con la negación de San Pedro. Aquel tan familiar amigo, aquel escogido para ver la gloria de la transfiguración, aquel entre todos honrado con el principado de la Iglesia, ése primero que todos, no una sino tres veces, en presencia del mismo Señor, jura y perjura que no lo conosce ni sabe quién es. Oh Pedro, ¿tan mal hombre es ése que ahí está, que por tan gran vergüenza tienes aun haberlo conoscido? Mira que eso es condenarlo tú primero que los pontífices, pues das á entender que Él sea persona tal, que tú mismo te deshonras de conoscerlo. Pues ¿qué mayor injuria (5) que ésa?

Volvióse entonces el Salvador, y miró á Pedro, y vánsele (6) los ojos tras aquella oveja que se le había perdido. ¡Oh vista de maravillosa virtud! ¡Oh vista callada, mas grandemente significativa! Bien entendió Pedro el lenguaje y las voces de aquella vista, pues las del gallo no bastaron para despertarlo, y éstas sí. Mas no solamente hablan, sino también obran los ojos de Cristo, y las lágrimas de Pedro lo declaran, las cuales no manaron tanto de los ojos de Pedro cuanto de los ojos de Cristo.

Después de todas estas injurias, considera los azotes que el Salvador padesció á la columna: porque el juez, visto que no podía aplacar la furia de aquellas infernales fieras, determinó hacer

(1) hiriendo (AB). (2) sintíades (B). (3) á quien (A): quien (B). (4) crescieron (AB). (5) puede ser (añ.A). (6) íbansele (B).

en El un tan famoso castigo, que bastase para satisfacer á la rabia de aquellos tan crueles corazones, para que contentos con esto dejasen de pedirle la muerte. Entra pues agora, ánima mía, con el espíritu en el pretorio de Pilato, y lleva contigo las lágrimas aparejadas, que serán bien menester para lo que allí verás y oirás. Mira cómo aquellos crueles y viles carniceros desnudan al Salvador de sus vestiduras con tanta inhumanidad (1), sin abrir Él (2) la boca ni responder palabra á tantas descortesías como allí le harían. Mira cómo luego atan aquel sancto cuerpo á una columna, para que así lo pudiesen herir á su placer donde y como ellos más quisiesen. Mira cuán solo estaba el Señor de los ángeles entre estos crueles (3) verdugos, sin tener de su parte ni padrinos ni valedores que hiciesen por Él, ni aun siquiera ojos que se compadesciesen dél. Mira cómo luego comienzan con grandísima crueldad á descargar sus látigos y disciplinas sobre aquellas delicadísimas carnes, y cómo se añaden azotes sobre azotes, llagas sobre llagas, heridas (4) sobre heridas. Allí vieras (5) luego teñirse (6) aquel sacratísimo cuerpo de cardenales, rasgarse los cueros, reventar la sangre y correr á hilos por todas partes. Mas sobre todo esto, ¡qué sería ver aquella tan grande llaga que en medio de las espaldas estaría cubierta, adonde (7) principalmente caían todos los golpes!

Considera luego, acabados los azotes, cómo el Señor se cubriría, y cómo andaría por todo aquel pretorio buscando sus vestiduras en presencia de aquellos crueles carniceros, sin que nadie le sirviese, ni ayudase, ni proveyese de ningún lavatorio ni refrigerio de los que se suelen dar á los que así quedan llagados. Todas estas cosas son (8) dignas de grande sentimiento, agradescimiento y consideración.

EL JUEVES.

Este día se ha de pensar la coronación de espinas, y el Ecce Homo, y cómo el Salvador llevó la cruz á cuestas. Á la consideración destos pasos tan dolorosos nos convida la Esposa en el libro de los Cantares, por estas palabras: Salid, hijas de

(1) y cómo Él se deja desnudar dellos con tanta humildad (añ.AB). (2) Él (om.AB). (3) tan crueles (AB). (4 y heridas (A). (5) verías (AB). (6) ceñirse (AB). (7) donde (AB). (8) son cosas (AB).

Sión, y mirad al rey Salomón con la corona que lo (1) coronó su madre en el día de su desposorio y en el día del alegría de su corazón. Oh (2) ánima mía, ¿qué haces? Oh (3) corazón mío, ¿qué piensas? Lengua mía, ¿cómo has enmudescido? Oh dulcísimo Salvador mío, cuando yo abro los ojos, y miro este retablo tan doloroso que (4) se me pone delante, el corazón se me parte de dolor. Pues ¿cómo, Señor, no bastaban ya los azotes pasados, y la muerte venidera, y tanta sangre derramada, sino que por fuerza habían de sacar las espinas la sangre de la cabeza, á quien los azotes perdonaron?

Pues para que sientas algo, anima mía, deste paso tan doloroso, pon primero ante tus ojos la imagen antigua deste Señor y la excelencia de sus virtudes, y luego vuelve á mirar de la manera que aquí está. Mira la grandeza de su hermosura, la mesura de sus ojos, la dulzura de sus palabras, su autoridad, su mansedumbre, su serenidad y aquel aspecto suyo de tanta veneración. Y después que así le hubieres (5) mirado y deleitádote de ver una tan acabada figura, vuelve los ojos á mirarlo (6) tal cual lo ves, cubierto con aquella púrpura de escarnio, la caña por cetro real en la mano, y aquella horrible diadema en la cabeza, aquellos ojos mortales, aquel rostro difuncto (7) y aquella figura toda borrada con la sangre y afeada con las salivas que por todo el rostro estaban tendidas. Míralo todo dentro (8) y fuera, el corazón atravesado con dolores, el cuerpo lleno de llagas, desamparado de sus discípulos, perseguido de los judíos, escarnecido de los soldados, despreciado de los pontífices, desechado del rey inicuo, acusado injustamente, y desamparado de todo favor humano.

Y no pienses esto como cosa ya pasada sino como presente, no como dolor ajeno sino como tuyo proprio. Á ti mismo te pon (9) en lugar del que padesce, y mira lo que sintieras (10) si en una parte tan sensible como es la cabeza, te hincasen muchas y muy agudas espinas, que penetrasen hasta los huesos. Y ¿qué digo espinas? Una sola punzada de un alfiler que fuese, apenas

(1) le (A) (2) Oh (om.AB). (3) Oh (om.AB). (4) que aquí (AB). (5) lo hobieres (A). (6) mirallo (A). (7) defuncto (AB). (8) de dentro (AB). (9) pone en el (B). (10) sentirías (A).

podrías (1) sufrir. Pues ¿que sintiría (2) aquella delicadísima cabeza con este linaje de tormento?

Acabada la coronación y escarnios del Salvador, tomólo el juez por la mano así como estaba maltratado (3), y sacándolo á vista del pueblo furioso, díjoles: Ecce Homo. Como si dijera: Si por envidia (4) le procurábades la muerte, veislo aquí tal, que no está para tenerle envidia sino lástima. ¿Temíades no se hiciese rey? Veislo aquí tan desfigurado (5), que apenas parece (6) hombre. Destas manos atadas, ¿qué os teméis? Á este hombre azotado, ¿qué más le demandáis? Por aquí puedes entender, ánima mía, qué tal saldría entonces el Salvador, pues el juez creyó que bastaba la figura que allí traía, para quebrantar (7) el corazón de tales enemigos. En lo cual puedes bien entender cuán mal caso sea no tener un cristiano compasión de los dolores de Cristo, pues ellos eran tales, que bastaban (según el juez creyó) para ablandar unos tan fieros corazones.

Pues como Pilato viese que no bastaban las justicias que se habían hecho en aquel sanctísimo (8) Cordero, para amansar el furor de sus enemigos, entró en el pretorio y asentóse en el (9) tribunal para dar final sentencia en aquella causa. Estaba ya á las puertas aparejada la cruz y (10) asomaba por lo alto aquella temerosa bandera, amenazando á la cabeza del Salvador. Dada pues ya y promulgada la sentencia cruel, añaden los enemigos á una crueldad (11) otra, que fué, cargar sobre aquellas espaldas tan molidas y despedazadas con los azotes pasados el madero de la cruz. No rehusó con todo esto el piadoso Señor esta carga, en la cual iban todos nuestros pecados, sino antes la abrazó con suma caridad y obediencia por nuestro amor.

Camina pues el inocente Isaac al lugar del sacrificio con aquella carga tan pesada sobre sus hombros tan flacos, siguiéndolo mucha gente y muchas piadosas mujeres que con sus lágrimas le acompañaban. ¿Quién no había de derramar lágrimas, viendo al Rey de los ángeles caminar paso á paso con aquella carga tan pesada, temblando las rodillas, inclinado el cuerpo, los ojos mesurados, el rostro sangriento, con aquella guirnalda en la

(1) lo podrías (A). (2) sentiría (AB). (3) tan maltratado (AB). (4) invidia (AB). (5) disfigurado (B). (6) paresce (A). (7) quebrar (AB). (8) sancto (AB). (9) su (AB). (10) ya (B). (11) una crueldad á otra (AB).

cabeza y con aquellos tan vergonzosos clamores y pregones que daban contra Él?

Entretanto, anima mía, aparta un poco los ojos deste cruel espectáculo, y con pasos apresurados, con aquejados gemidos, con ojos llorosos, camina para el palacio de la Virgen, y cuando allá (1) llegares, derribado ante sus pies, comienza á decirle con dolorosa voz: ¡Oh Señora de los ángeles, Reina del cielo, puerta del paraíso, abogada del mundo, refugio de los pecadores, salud de los justos, alegría de los sanctos, maestra de las virtudes, espejo de limpieza, título de castidad, dechado de paciencia y suma de toda perfección! ¡Ay de mí, Señora mía! ¿Para qué se ha guardado mi vida para esta hora? ¿Cómo puedo yo vivir, habiendo visto con mis ojos lo que vi? ¿Para qué son más palabras? Dejo á tu unigénito Hijo y mi Señor en manos de sus enemigos, con una cruz á cuestas, para ser en ella justiciado.

¿Qué sentido puede aquí alcanzar hasta dónde llegó este (2) dolor á la Virgen? Desfallesció (3) aquí su ánima, y cubrióse la cara y todos sus virginales miembros de un sudor de muerte, que bastara para acaballe la vida, si la dispensación divina no la guardara para mayor trabajo y (4) para mayor corona.

Camina pues la Virgen en busca del Hijo, dándole el deseo de verle (5) las fuerzas que el dolor le quitaba. Oye dende lejos el ruido de las armas, y el tropel de la gente, y el clamor de los pregones con que lo iban pregonando. Ve luego resplandescer (6) los hierros de las lanzas y alabardas que asomaban por lo alto (7). Acércase más y más á su amado Hijo, y tiende sus ojos escurecidos (8) con el dolor (9), para ver (si pudiese) al que tanto amaba su ánima. ¡Oh amor y temor del corazón de María! Por una parte deseaba verlo, y por otra rehusaba de ver tan lastimera figura. Finalmente, llegada ya donde lo pudiese ver, míranse aquellas dos lumbreras del cielo una á otra, y atraviésanse los corazones con los ojos, y hieren con su vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas estaban enmudecidas: mas al corazón de la Madre hablaba el del Hijo dulcísimo y le decía: ¿Para

(1) á ella (AB). (2) ese (A). (3) Desfalleció (AB). (4) y también (A). (5) ver (C). (6) resplandecer (A) (7) Halla en el camino las gotas y el rastro de la sangre, que bastaban ya para mostrarle los pasos del Hijo y guiarla sin totro guía (añ.A). (8) escurescidos (AB), (9) y sombra de la muerte (añ.AB).

qué veniste aquí, paloma mía, querida mía y madre mía? Tu dolor acrecienta (1) al mío, y tus tormentos atormentan á mí. Vuélvete, madre mía, vuélvete á tu posada, que no pertenesce á tu vergüenza y pureza virginal compañía de homicidas y de ladrones.

Estas y otras más lastimeras palabras se hablarían en (2) aquellos piadosos corazones, y desta manera se anduvo aquel trabajoso camino hasta el lugar de la cruz.

EL VIERNES.

Este día se ha de contemplar el misterio de la cruz y las siete palabras que el Señor habló.

Despierta pues agora, ánima mía, y comienza á pensar el misterio de la (3) sancta cruz, por cuyo fructo se reparó el daño del (4) venenoso fructo del árbol vedado. Mira primeramente cómo llegado ya el Salvador á este lugar, aquellos perversos enemigos (porque fuese más vergonzosa su muerte) lo desnudan de todas sus vestiduras, hasta la túnica interior, que era toda tejida de alto á bajo sin costura alguna. Mira pues aquí con cuánta mansedumbre se deja desnudar (5) aquel inocentísimo Cordero, sin abrir su boca ni hablar palabra contra aquéllos que así lo trataban. Antes de muy buena voluntad consentía ser despojado de sus vestiduras, y quedar á la vergüenza desnudo, porque por el mérito desta desnudez y (6) con ella (7) se encubriese (8) mejor que con las hojas de higuera la desnudez en que por el pecado caímos.

Dicen algunos doctores que para desnudar al Señor esta túnica, le quitaron con grande crueldad la corona de espinas que tenía en la cabeza, y después de ya desnudo se la volvieron á poner y á hincalle otra vez las espinas por el celebro, que sería cosa de grandísimo dolor. Y es de creer cierto que usarían desta crueldad los que de otras muchas y muy extrañas usaron con Él en todo el proceso de su pasión, mayormente diciendo el Evangelista que hicieron en él todo lo que quisieron. Y como la túnica estaba pegada á las llagas de los azotes, y la sangre

(1) acrescienta (AB). (2) en (om.AB). (3) desta (A). (4) de aquel (AB). (5) desollar (AB). (6) por el mérito desta desnudez y (om.AB). (7) ellas (AB). (8) cubriese (AB).

estaba ya helada y abrazada con la misma vestidura, al tiempo que se la desnudaron (como eran tan ajenos de piedad aquellos malvados) despegáronsela de golpe y con tanta fuerza, que (1) renovaron todas las llagas de los azotes, de tal manera, que aquella grande llaga de las espaldas por todas partes manaría sangre (2).

Considera pues aquí, ánima mía, la alteza de la divina bondad y misericordia que en este misterio tan claramente resplandesce (3). Mira cómo Aquél que viste los cielos de nubes y los campos de flores y hermosura, es aquí despojado de todas sus vestiduras. Considera el frío que padescería aquel sancto cuerpo estando como estaba despojado (4) y desnudo, no sólo de sus vestiduras, sino también de los cueros y (5) de la piel, y con tantas puertas de llagas abiertas por todo él. Y si estando San Pedro vestido y calzado, la noche antes padescía frío, ¿cuánto mayor lo padescería (6) aquel delicadísimo cuerpo estando tan llagado y desnudo?

Después desto considera cómo el Señor fué enclavado en la cruz, y el dolor que padescería al tiempo que aquellos clavos gruesos y esquinados entraban por las más sentibles y más delicadas partes del más delicado de los (7) cuerpos. Y mira también lo que la Virgen sentiría cuando viese con sus ojos y oyese con sus oídos los crueles y duros golpes que sobre aquellos miembros divinales tan á menudo caían: porque verdaderamente aquellas martilladas y clavos al Hijo pasaban las manos, mas á la Madre herían el (8) corazón.

Mira cómo luego levantaron la cruz en alto, y la fueron á hincar en un hoyo que para esto tenían hecho, y cómo (según eran crueles los ministros) al tiempo del asentar la dejaron caer de golpe, y así se estremecería aquel sancto cuerpo en el aire, y se rasgarían más los agujeros de los clavos, que sería cosa de intolerable dolor.

Pues, oh Salvador y Redempor mío, ¿qué corazón habrá tan de piedra que no se parta de dolor (pues en este día se partie-

(1) que le desollaron y (AB). (2) que el sancto cuerpo quedó por todas partes abierto y como descortezado y hecho una grande llaga, que por todas partes manaba sangre (AB). (3) resplandece (A). (4) despedazado (AB). (5) y (om.B). (6) padescía (C). (7) de todos los (AB). (8) al (B).

ron las piedras) considerando lo que padeces (1) en esa (2) cruz? Cercádote han, Señor, dolores de muerte, y envestido han sobre ti todos los vientos y olas de la mar. Atollado has en el profundo de los abismos, y no hallas sobre qué estribar. El Padre te ha desamparado, ¿qué esperas, Señor, de los hombres? Los enemigos te dan grita, los amigos te quiebran el corazón, tu ánima está afligida y no admites consuelo por mi amor. Duros fueron cierto mis pecados, y tu penitencia lo declara. Véote, Rey mío, cosido con un madero, no hay quien sostenga tu cuerpo sino tres garfios de hierro, dellos cuelga tu sagrada carne, sin tener otro refrigerio. Cuando cargas el cuerpo sobre los pies, desgárranse las heridas de los pies con los clavos que tienen atravesados. Cuando lo cargas sobre las manos, desgárranse las heridas de las manos con el peso del cuerpo. Pues la sancta cabeza atormentada y enflaquescida (3) con la corona de espinas, ¿qué almohada la sosternía? (4). ¡Oh, cuán bien empleados fueran allí vuestros brazos, serenísima Virgen, para este oficio! Mas no servirán agora allí los vuestros, sino los de la cruz. Sobre ellos se reclinará la sagrada cabeza cuando quisiere descansar, y el refrigerio que dello (5) rescibirá, será hincarse más las espinas por el celebro.

Crescieron los dolores del Hijo con la presencia de la Madre, con los cuales no menos estaba su corazón crucificado de dentro que el sagrado cuerpo lo estaba de fuera. Dos cruces (6) hay para ti, oh buen Jesú, en este día: una para el cuerpo y otra para el ánima: la una es de pasión, la otra de compasión: la una traspasa el cuerpo con clavos de hierro, y la otra tu ánima sanctísima con clavos de dolor. ¿Quién podrá, oh buen Jesú, declarar lo que sentías, cuando considerabas las angustias de aquella ánima sanctísima, la cual tan de cierto sabías estar contigo (7) crucificada (8): cuando veías aquel piadoso corazón traspasado y atravesado con cuchillo de dolor: cuando tendías los ojos (9) y mirabas aquel divino rostro cubierto de amarillez de muerte, y aquellas angustias de su ánima (10) sin muerte ya más que muerta (11), y aquellos ríos de lágrimas que de sus purísimos ojos sa-

(1) padesces (AB). (2) esta (A). (3) enflaquecida (A). (4) sostenía (B). (5) dellos (AB). (6) cruezas (C). (7) crucificada contigo (B). (8) en la cruz (añ.AB). (9) ojos sangrientos (AB). (10) ánimo (AB). (11) muerto (AB).

lían, y oías los gemidos que se arrancaban de aquel sagrado pecho, expremidos (1) con el peso de tan gran dolor?

Pues ¿qué pecho (dice San Bernardo) puede ser tan de hierro, qué entrañas tan duras, que no se muevan á compasión, oh dulcísima Madre, considerando las lágrimas y dolores que padesciste al pie de la cruz, cuando viste á tu dulcísimo Hijo sufrir tan grandes, tan largos y tan vergonzosos tormentos? ¿Qué corazón puede pensar, qué lengua puede explicar tu dolor, tus llantos y sospiros, y el quebrantamiento de tu corazón, cuando estando en este lugar viste á tu amado Hijo tan mal tratado, y no le pudiste socorrer: vístelo desnudo, y no le pudiste vestir: vístelo transido de sed, y no le pudiste dar de beber: vístelo injuriado, y no le pudiste defender: vístelo infamado de malhechor, y no pudiste responder por Él: viste escupido su rostro, y no lo pudiste limpiar: finalmente viste sus ojos corriendo lágrimas, y no los pudías enjugar, ni recoger aquel postrer huelgo que de su sagrado pecho salía, ni juntar en uno los rostros tan conoscidos y tan amados, y morir así abrazada con Él? Bien sentiste en aquella hora el cumplimiento de la profecía que aquel sancto Simeón te pronosticó antes que muriese, diciendo que un cuchillo de dolor traspasaría tu corazón (2).

Pues, oh piadosísima Virgen, ¿por qué, Señora, quisistes acrecentarle este dolor con la vista de vuestros ojos? ¿Por qué quisistes hallaros hoy presente en este lugar? No es de vuestro recogimiento parecer en lugares públicos: no es de corazón de madre ver á los hijos morir, aunque sea con su honra y en su cama. Y ¿Vos venís á ver el Hijo morir por justicia y entre ladrones en una cruz? Ya que determináis de vencer el corazón de madre y queréis honrar el misterio de la cruz, ¿para qué os ponéis tan cerca della que hayáis de llevar en vuestro manto perpetua memoria deste dolor? Remedio no se lo podéis dar, sino antes con vuestra presencia acrescentarle su tormento. Porque solo esto le faltaba para acrescentamiento de sus dolores, que en el tiempo de su agonía, en el último trance y contienda de la muerte, cuando ya los postreros gemidos levantaban su pecho atormentado, bajase sus ojos desmayados y os viese al pie de la cruz. Y porque estando al fin de la vida, enflaquescidos los sentidos y escureci-

(1) exprimidos (AB) (2) AB omiten todo este párrafo y el siguiente.

dos los ojos con la sombra de la muerte, no podía divisar de lejos, os pusistes tan cerca, para que claramente os conociese, y viese esos brazos en que fué recebido y llevado á Egipto, tan quebrantados, y esos pechos virginales (con cuya leche fué criado) hechos un piélago de dolor. Mirad, ángeles, estas dos figuras, si por ventura las conoscéis. Mirad, cielos, esta crueldad, y cubríos de luto por la muerte de vuestro Señor: escureced el aire claro, porque el mundo no vea las carnes desnudas de vuestro Criador. Echad con vuestras tinieblas un manto sobre su cuerpo, porque no vean los ojos profanos el arca del testamento desnuda. Oh cielos, que tan serenos fuistes criados, oh tierra de tanta variedad y hermosura vestida, si vosotros escurecistes vuestra gloria en esta pena, si vosotros que érades insensibles, la sentistes á vuestro modo, ¿qué harían las entrañas y pechos virginales de la Madre? ¡Oh vosotros (dice ella) que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor semejante á mi dolor! Verdaderamente no hay dolor semejante á tu dolor, porque no hay en todas las criaturas amor semejante á tu amor.

Después desto puedes considerar aquellas siete palabras que el Señor habló en la cruz, de las cuales la primera fué: Padre, perdona á éstos, que no saben lo que se hacen. La segunda al ladrón: Hoy serás comigo en el paraíso. La tercera á su Madre sanctísima: Mujer, cata ahí á tu Hijo. La cuarta: Sed he. La quinta: Dios mío, Dios mío, ¿porqué me desamparaste? La sexta: Acabado es. La séptima: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Mira pues, oh ánima mía, con cuánta caridad en estas palabras encomendó sus enemigos al Padre, con cuánta misericordia recibió al ladrón que le confesaba, con qué entrañas encomendó la piadosa Madre al amado discípulo, con cuánta sed y ardor mostró (1) que deseaba la salud de los hombres, con cuán dolorosa voz derramó su oración y pronunció su tribulación ante el acatamiento divino, cómo llevó hasta el cabo tan perfectamente la obediencia del Padre, y cómo finalmente le encomendó su espíritu y se resignó todo en sus benditísimas manos.

Por do parece (2) cómo en cada una (3) destas palabras está encerrado un singular documento de virtud. En la primera se nos encomienda la caridad para con los enemigos: en la segunda, la

(1) deseó (B) (2) paresce (A). (3) Pues en cada una (B).

misericordia para con los pecadores: en la tercera, la piedad para con los padres: en la cuarta, el deseo de la salud de los prójimos: en la quinta, la oración en las tribulaciones y desamparos de Dios: en la sexta, la virtud de la obediencia y perseverancia: y en la séptima, la perfecta resignación en las manos de Dios, que es la suma de toda nuestra perfección.

EL SABADO.

ESTE día se ha de contemplar la lanzada que se dió al Salvador, y el descendimiento de la cruz, con el llanto de Nuestra Señora y oficio de la sepultura.

Considera, pues, cómo habiendo ya expirado el Salvador en la cruz, y cumplídose el deseo de aquellos crueles enemigos, que tanto deseaban verle muerto, aun después de esto no se apagó la llama de su furor: porque con todo esto se quisieron más vengar y encarnizar en aquellas sanctas (1) reliquias que quedaron (2), partiendo y echando suertes sobre sus vestiduras, y rasgando su sagrado pecho con una lanza cruel.

Oh crueles ministros, oh corazones de hierro, ¿y tan poco os paresce lo que ha padescido el cuerpo vivo, que no le queréis perdonar aun después de muerto? ¿Qué rabia de enemistad hay tan grande, que no se aplaque cuando ve al enemigo muerto delante sí? Alzad un poco esos crueles ojos, y mirad aquella cara mortal, aquellos ojos defunctos, aquel caimiento de rostro, aquella (3) amarillez y sombra de muerte, que aunque seáis más duros que el hierro, y que el diamante, y que vosotros mismos, viéndolo os amansaréis.

Llega pues el (4) ministro con la lanza en la mano, y atraviésala con grande fuerza por el pecho desnudo del Salvador. Estremecióse la cruz en el aire con la fuerza del golpe, y salió de allí agua y sangre, con que se lavan los pecados del mundo. ¡Oh río que sales del Paraíso y riegas con tus corrientes toda la sobrehaz de la tierra! ¡Oh llaga del costado precioso, hecha más con el amor de los hombres que con el hierro de la lanza cruel! ¡Oh puerta del cielo, ventana del paraíso, lugar de refugio, torre

(1) santas (A). (2) que habían quedado (B), omitiendo las cláusulas que siguen hasta: Llega, pues. (3) y aquella (A). (4) un (B).

de fortaleza, sanctuario de los justos, sepultura de los (1) peregrinos, nido de las palomas sencillas y lecho florido de la esposa de Salomón! ¡Dios te salve, llaga del costado precioso, que llagas los devotos corazones, herida que hieres las ánimas de los justos, rosa de inefable hermosura, rubí de precio inestimable, entrada para el corazón de Cristo, testimonio de su amor y prenda de la vida perdurable!

Después desto considera cómo aquel mesmo (2) día en la tarde llegaron aquellos dos sanctos varones Josef y Nicodemus, y arrimadas sus escaleras á la cruz, descendieron en brazos el cuerpo del Salvador. Como la Virgen vió que acabada ya la tormenta de la pasión, llegaba el sagrado cuerpo á tierra, aparéjase ella para darle puerto seguro en sus pechos y recebirlo de los brazos de la cruz en los suyos. Pide pues con grande humildad á aquella noble gente que pues no se había despedido de su Hijo ni recebido (3) dél los postreros abrazos en la cruz al tiempo de su partida, que la dejen agora llegar á Él y no quieran que por todas partes crezca su desconsuelo, si habiéndoselo quitado por un cabo los enemigos vivo, agora los amigos se lo quitan (4) muerto.

Pues cuando la Virgen lo (5) tuvo en sus brazos, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? Oh ángeles de la paz, llorad con esta sagrada Virgen, llorad, cielos, y (6) llorad, estrellas del cielo, y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de María. Abrázase la Madre con el cuerpo despedazado, apriétalo fuertemente en sus pechos (para solo esto le quedaban fuerzas) mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza, júntanse rostro con rostro, tíñese la cara de la Madre con la sangre del Hijo, y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre. Oh dulce Madre, ¿es éste (7) por ventura vuestro dulcísimo Hijo? ¿Es ése el que concebistes con tanta gloria y paristes con tanta alegría? Pues ¿qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿Dónde se fueron vuestras alegrías antiguas? ¿Dónde está aquel espejo de hermosura en que os mirábades?

Lloraban todos los que presentes estaban, lloraban aquellas sanctas mujeres, lloraban aquellos nobles varones, lloraba el cie-

(1) los (om.A). (2) mismo (AB). (3) recibido (A): recibió (B). (4) quiten (BC). (5) le (A). (6) y (om.AB). (7) ¿y es ése (A): ése (B).

lo y la tierra, y todas las criaturas acompañaban las lágrimas de la Virgen.

Lloraba otrosí el sancto Evangelista, y abrazado con el cuerpo de su Maestro decía: Oh buen Maestro y Señor mío, ¿quién me enseñará ya de aquí adelante? ¿Á quién iré con mis dudas? ¿En cúyos pechos descansaré? ¿Quién me dará parte de los secretos del cielo? ¿Qué mudanza ha sido ésta tan extraña? Antenoche me tuviste en tus sagrados pechos, dándome alegría de vida: ¡y agora te pago aquel tan grande beneficio teniéndote en los míos muerto! ¿Éste es el rostro que yo vi transfigurado en el monte Tabor? ¿Ésta (1) aquella figura más clara que el sol de medio día?

Lloraba también aquella sancta pecadora, y abrazada con los pies del Salvador decía: Oh lumbre de mis ojos y remedio de mi ánima, si me viere (2) fatigada de los pecados, ¿quién me recibirá? ¿Quién curará mis llagas? ¿Quién responderá por mí? ¿Quién me defenderá de los fariseos? ¡Oh, cuán de otra manera tuve yo estos pies, y los lavé, cuando en ellos me recebiste! (3) ¡Oh amado de mis entrañas, quién me diese agora que yo muriese (4) contigo! Oh vida de mi ánima, ¿cómo puedo decir que te amo, pues estoy viva, teniéndote delante de mis ojos muerto?

Desta manera lloraba y lamentaba (5) toda aquella sancta compañía, regando y lavando con lágrimas el cuerpo sagrado. Llegada pues ya la hora de la sepultura, envuelven al (6) sancto cuerpo en una sábana limpia, atan su rostro con un sudario, y puesto encima de un lecho, caminan al lugar del monumento, y allí depositan aquel precioso tesoro. El sepulcro se cubrió con una losa, y el corazón de la Madre con una escura tiniebla de tristeza. Allí se despide otra vez de su Hijo, allí comienza de nuevo á sentir su soledad, allí se ve ya desposeída de todo su bien, allí se le queda el corazón sepultado, donde quedaba su tesoro.

(1) ¿Esta es (AB). (2) viera (A). (3) recibiste (A). (4) moriese (C). (5) lloraban y lamentaban (A). (6) el (AB).

EL DOMINGO.

ESTE día podrás pensar la descendida del Señor al limbo, y el aparecimiento (1) á Nuestra Señora y á la sancta Magdalena y á los discípulos, y después el misterio de su gloriosa Ascensión.

Cuanto á lo primero, considera qué tan grande sería el alegría que aquellos sanctos Padres del limbo recibirían este día con la visitación y presencia de su libertador, y qué gracias y alabanzas le darían por esta salud tan deseada y esperada (2). Dicen los que vuelven de las Indias Orientales en España, que tienen por bien empleado todo el trabajo de la navegación pasada, por el alegría que reciben el día que llegan (3) á su tierra. Pues si esto hace la navegación y destierro de un año ó de dos años, ¿qué haría el destierro de tres ó cuatro mil años el día que recibiesen tan gran salud y viniesen á tomar puerto en la tierra de los vivientes?

Considera también el alegría que la sacratísima Virgen recibiría este día con la vista del Hijo resuscitado, pues es cierto que así como ella fué la que más sintió (4) los dolores de su pasión, así fué la que más gozó del alegría de su resurrección. Pues ¿qué sintiría (5) cuando viese ante sí su Hijo vivo y glorioso, acompañado de todos aquellos sanctos Padres que con Él resucitaron? ¿Qué haría? ¿Qué diría? ¿Cuáles serían sus abrazos y besos, y las lágrimas de sus ojos piadosos, y los deseos de irse tras Él, si le fuera concedido?

Considera el alegría de aquellas sanctas Marías, y especialmente de aquélla que perseveraba llorando par del sepulcro, cuando viese al amado de su ánima, y se derribase á sus pies, y hallase resucitado (6) y vivo al que buscaba y deseaba ver siquiera muerto. Y mira bien que después de la Madre á aquélla primero apareció, que más amó, más perseveró, más lloró y (7) más solícitamente lo buscó: para que así tengas por cierto que hallarás á Dios si con estas mismas lágrimas y diligencias (8) lo buscares.

(1) aparescimiento (AB). (2) B omite de aquí al final del período. (3) vuelven (A). (4) sentiría (A). (5) sentió (A)· (6) resuscitado (AB). (7) y (om.AB). (8) diligencia (AB).

Considera de la manera que aparesció á los discípulos que iban á Emaús, en hábito de perigrino (1), y mira cuán afable se les mostró, cuán familiarmente los acompañó, cuán dulcemente se les disimuló, y en cabo cuán amorosamente se les descubrió, y los dejó con toda miel y suavidad en los labrios (2). Sean, pues, tales tus pláticas cuales eran las déstos (3), y trata con dolor y sentimiento lo que trataban éstos (que eran los dolores y trabajos de Cristo) y ten por cierto que no te faltará su presencia y compañía, si tuvieres siempre esta memoria.

Acerca del misterio de la Ascensión considera primeramente cómo dilató el Señor esta subida á los cielos por espacio de cuarenta días, en los cuales aparesció muchas veces á sus discípulos, y los enseñaba y platicaba con ellos del reino de Dios. De manera que no quiso subir á los cielos, ni apartarse dellos, hasta que los dejó tales, que pudiesen con el espíritu subir al cielo con El. Donde verás que aquéllos desampara muchas veces la presencia corporal de Cristo (esto es, la consolación sensible de la devoción) que pueden ya con el espíritu volar á lo alto y están más seguros del peligro. En lo cual maravillosamente resplandesce (4) la providencia de Dios y la manera que tiene en tratar á los suyos en diversos tiempos: esto es (5), regala los flacos, y (6) ejercita los fuertes: da leche á los pequeñuelos, y desteta á los grandes: consuela á (7) los unos, y prueba los otros, y así trata á cada uno según el grado de su aprovechamiento. Por donde ni el regalado tiene por qué presumir, pues el regalo es argumento de flaqueza, ni el desconsolado por qué desmayar, pues esto es muchas veces indicio de fortaleza.

En presencia de los discípulos, y viéndolo (8) ellos, subió al cielo: porque ellos habían de ser testigos de estos (9) misterios, y ninguno es mejor testigo de las obras de Dios, que el que las sabe por experiencia. Si quieres saber de veras cuán bueno es Dios, cuán dulce y cuán suave para con los suyos, cuánta sea la virtud y eficacia de su gracia, de su amor, de su providencia y de sus consolaciones, pregúntalo á los que lo han probado, que ésos te darán dello suficientísimo testimonio.

Quiso también que le viesen subir á los cielos, para que le

(1) peregrino.(AB). (2) labios (AB). (3) de estos (A). (4) resplandece (A). (5) como (AB) (6) y (om.C). (7) á (om.AB). (8) viendo (A). (9) destos AB).

siguiesen con los ojos y con el espíritu, para que sintiesen su partida, para que les hiciese soledad su ausencia: porque éste era el más conveniente aparejo para recebir (1) su gracia. Pidió (2) Eliseo á Elías su espíritu, y respondióle el buen maestro: Si vieres cuando me parto de ti, será lo que pediste. Pues aquéllos serán herederos del espíritu de Cristo, á quien el amor hiciere sentir la partida de Cristo, los que sintieren su ausencia y quedaren en este destierro sospirando por su presencia (3). Así lo sentía aquel sancto varón que decía: Fuístete (4), consolador mío, y no te despediste de mí. Yendo por tu camino bendijiste los tuyos (5), y no lo vi. Los ángeles prometieron que volverías, y no lo oí.

Pues ¡cuál sería la soledad, el sentimiento, las voces y las lágrimas de la sacratísima Virgen, del amado discípulo y de la sancta María Magdalena, y de todos los Apóstoles, cuando viesen írseles y desparecer de sus ojos Aquél que tan robados tenía sus corazones! Y con todo esto se dice que volvieron á Hierusalem con grande gozo, por lo mucho que le amaban. Porque el mismo amor que les hacía sentir tanto su partida, por otra parte les hacía gozarse de su gloria: porque el verdadero amor no se busca á sí, sino al que ama.

Resta considerar con cuánta gloria, con qué alegría y con qué voces y alabanzas sería recebido (7) aquel noble triunfador en la ciudad soberana, cuál sería la fiesta y el recibimiento (8) que le harían. ¡Qué sería ver allí ayuntados en uno hombres y ángeles, y todos á una caminar á aquella noble ciudad, y poblar aquellas sillas desiertas de tantos años, y subir sobre todos aquella sacratísima Humanidad, y asentarse á la diestra del Padre! Todo es mucho de considerar, para que se vea cuán bien empleados son los trabajos por amor de Dios, y cómo el que se humilló y padesció más que todas las criaturas, es aquí engrandecido (9) y levantado sobre todas ellas: para que por aquí entiendan los amadores de la verdadera gloria el camino que han de llevar para alcanzarla, que es descender para subir, y ponerse debajo de todos para ser levantado (10) sobre todos.

(1) recibir (A). (2) B omite esta cláusula, y principia así la siguiente: «De manera que aquéllos serán particioneros del espíritu de Cristo...» (3) B omite las cláusulas que siguen en este párrafo. (4) fuiste (A). (5) á los tuyos (A). (6) santa (A). (7) recibido (A), rescebido (B). (8) recebimiento (A), rescebimiento (B). (9) engrandescido (AB). (10) levantados (A).

DE SEIS COSAS QUE PUEDEN ENTERVENIR (1) EN EL EJERCICIO DE LA ORACIÓN

CAPÍTULO IV.

Estas son, cristiano lector, las meditaciones en que te puedes ejercitar los días de la semana, para que así no te falte materia en que pensar. Mas aquí es de notar que antes desta meditación pueden preceder algunas cosas y seguirse otras, que están (2) anejas y son como vecinas dellas.

Porque primeramente, antes que entremos en la meditación, es necesario aparejar el corazón para este sancto ejercicio, que es como quien tiempla la vihuela para tañer.

Después de la preparación se sigue la lición del paso que se ha de meditar en aquel día, según el repartimiento de los días de la semana, como arriba lo tratamos. Lo cual sin duda es necesario á los principios, hasta que el hombre sepa lo que ha de meditar.

Después de la meditación se puede seguir un devoto hacimiento de gracias por los beneficios recebidos, y un ofrecimiento de toda nuestra vida y de la de Cristo nuestro Salvador, en recompensa dellos (3).

La última parte es la petición, que propriamente se llama oración, en la (4) cual pedimos todo aquello que conviene así para nuestra salud como para la de nuestros prójimos y de toda la Iglesia.

Estas seis cosas pueden entrevenir en la oración, las cuales entre otros provechos tienen también éste, que dan al hombre más copiosa materia de meditar, poniéndole delante todas estas diferencias de manjares, para que si no pudiere comer de uno, coma de otro, y para que si en una cosa se le acabare el hilo de la meditación, éntre luego en otra, donde se le ofrezca otra cosa en qué meditar.

Bien veo que ni todas estas partes ni esta orden es siempre necesaria: mas todavía servirá esto para los que comienzan, para que tengan alguna orden y hilo por donde se puedan al principio regir. Y por esto de ninguna cosa que aquí dijere, quiero que se

(1) entrevenir (AB). (2) son (B). (3) de ellos (4) lo (B).

haga ley perpetua ni regla general: porque mi intento no fué hacer ley, sino introducción, para emponer á los nuevos en este camino, en el cual después que hubieren entrado, el uso, y la experiencia, y mucho más el Espíritu Sancto les enseñará lo demás.

DE LA PREPARACIÓN QUE SE REQUIERE PARA ANTES DE LA ORACIÓN.

CAPÍTULO V.

AGORA será bien que tratemos en particular de cada una de estas partes susodichas, y primero de la preparación, que es la primera de todas.

Puesto en el lugar de la oración de rodillas, ó en pie, ó en cruz, ó prostrado, ó sentado (si de otra manera no pudiere estar) hecha primero la señal de la cruz, recogerá su imaginación, y apartarla ha de todas las cosas desta vida (1), y levantará su entendimiento arriba considerando que lo mira Nuestro Señor. Y estará allí con aquella atención y reverencia como que realmente le tuviese presente, y con un general arrepentimiento de sus pecados (si es la oración de la mañana) dirá la confesión general, y si es la oración de la noche, examinará su consciencia de todo lo que aquel día ha pensado, hablado, y obrado, y oído, y del olvido que de nuestro Señor ha tenido: y doliéndose de los defectos de aquel día y de todos los de la vida pasada, y humillándose delante de la divina Majestad, ante quien está, dirá aquellas palabras del sancto Patriarca: Hablaré á mi Señor, aunque sea polvo y ceniza. Y con el fundamento destas dos palabras se puede un poco detener pensando quién es él y quién Dios, para humillarse profundamente ante tan grande Majestad. Porque él es un abismo de infinitos pecados y miserias, y Dios un abismo infinito de riquezas y grandezas: y con esta consideración le hará una grande reverencia, y se humillará delante de tan grande Majestad (2).

Y junto con esto suplique á este (3) Señor le dé gracia para que esté allí con aquella atención y devoción, y con

(1) de esta (A). (2) Estas dos cláusulas últimas sustituyen á otras de A. Véase el tomo X, pág. 487. B. «y luego podrá decir», omitiendo el ver. res. y oración. (3) Dicho esto, suplicará luego á nuestro... (AB).

aquel recogimiento interior, y con aquel temor y reverencia que conviene para estar ante tan soberana Majestad, y que así (1) gaste aquel tiempo de la oración, que salga della con nuevas fuerzas y aliento para todas las cosas de su servicio. Porque la oración que no pare luego este fructo, muy imperfecta es y de muy bajo valor.

DE LA LICIÓN.

CAPÍTULO VI.

ACABADA la preparación, se sigue luego la lición de lo que se ha de meditar en la oración. La cual no ha de ser apresurada ni corrida, sino atenta y sosegada, aplicando á ella no sólo el entendimiento para entender lo que se lee, sino mucho más la voluntad, para gustar lo que se entiende. Y cuando hallare algún paso devoto, deténgase más en él, para mejor sentirlo. Y no sea muy larga la lición, porque se dé más tiempo á la meditación, que es tanto de mayor provecho cuanto rumia y penetra las cosas más de espacio y con más afectos (2). Pero cuando tuviere el corazón tan distraído que no pueda entrar en la oración, puédese detener algo más en la lición, ó ayuntar en uno la lición con la meditación, leyendo un paso y meditando sobre él, y luego otro y otro de la misma (3) manera. Porque yendo desta manera atado el entendimiento á las palabras de la lición, no tiene tanto lugar de derramarse por diversas partes como cuando va libre y suelto. Aunque mejor sería pelear en desechar los pensamientos, y perseverar y luchar (como otro Jacob toda la noche) en el trabajo de la oración. Porque al fin, acabada la batalla, se alcanza la victoria, dando nuestro Señor la devoción, ó (4) otra gracia mayor, la cual nunca se niega á los que fielmente pelean.

DE LA MEDITACIÓN.

CAPÍTULO VII.

DESPUÉS de la lición se sigue la meditación del paso que habemos leído. Y ésta unas veces es de cosas que se pueden figurar con la imaginación, como son todos los pasos de la vida

(1) ansí (A). (2) afecto (AB). (3) mesma (A). (4) y (B).

y pasión de Cristo, el juicio final, el infierno, el paraíso: otras es de cosas que pertenescen más al entendimiento que á la imaginación, como es la consideración de los beneficios de Dios, de su bondad (1) y misericordia, ó cualquier otra de sus perfecciones. Esta meditación se llama intelectual, y la otra imaginaria. Y de la una y de la otra solemos usar en estos ejercicios, según que la materia de las cosas lo requiere. Y cuando la meditación es imaginaria, habemos de figurar cada cosa destas de la manera que ella es, ó de la manera que pasaría, y hacer cuenta que en el proprio lugar donde estamos, pasa todo aquello en presencia nuestra: porque con esta representación de las cosas sea más viva la consideración y sentimiento de ellas (2). Mas ir á meditar las cosas que allí pasaron en sus proprios lugares, es cosa que suele enflaquecer y hacer daño á las cabezas. Y por esta mesma razón no debe el hombre hincar mucho la imaginación en las cosas que piensa, por no fatigar en esto la cabeza (3).

§. I.

Y porque la principal materia de la meditación es de la sagrada Pasión, advertimos aquí que en este misterio se pueden considerar cinco principales puntos ó circunstancias que en él entrevinieron, conviene saber, quién es el que padesce, qué es lo que padesce, por quién padesce, de qué manera padesce, y por qué causa padesce.

1. Pues cuanto á lo primero, que es, quién padesce, digo que padesce el criador del cielo y tierra, el Hijo de Dios, suma bondad y sabiduría, el inocentísimo y sanctísimo Hijo de la Virgen.

2. Cuanto á lo segundo, qué es lo que padesce, digo que padesce gravísimos dolores así en el ánima como en el cuerpo. Porque en el ánima padesció una incomprensible angustia, considerando la ingratitud de los hombres acerca deste sumo beneficio, la compasión de su inocentísima y sanctísima Madre, los pecados del mundo presentes, pasados y venideros, por los cuales padescía.

Mas en el cuerpo padesció frío, calor, hambre, cansancio, vi-

(1) y de su bondad, justicia..... (AB). (2) dellas. Y aun imaginar que..... Véase el tomo X, pág. 489. (3) con esta vehemente aprehensión la naturaleza (AB).

gilias, injurias, traiciones, fué vendido de su discípulo, sudó gotas de sangre, fué escupido, abofeteado, desamparado, calumniado, falsamente acusado, azotado, escarnecido, vestido con vestidura de loco, coronado de espinas, tenido en menos que Barrabás, inicuamente condenado, crucificado entre dos ladrones, bebió hiel y vinagre, y al cabo murió muerte afrentosa en el monte Calvario en día de la mayor solenidad.

3. Lo tercero se debe considerar por quién padesció. Y cónstanos haber padescido por el hombre desobediente y ingrato, criado de nada, que de sí no puede ni sabe ni vale nada, por una criatura de la cual Él jamás había tenido ni había de tener necesidad alguna, por una criatura que le había ofendido y que le había de ofender y desobedecer tantas veces.

4. Lo cuarto se debe considerar cómo padesció. Y hallaremos que padesció con tanta paciencia y mansedumbre, que jamás se indignó contra nadie: con tanta humildad, que escogió la más ignominiosa muerte de aquel tiempo: con tanta promptitud, que salió al encuentro á sus contrarios: con tanta caridad, que sanó la oreja de quien le prendía, y miró con ojos de misericordia al que lo negaba, y rogó por los que le crucificaban.

5. Lo quinto se debe considerar por qué causa padesció. Y cónstanos haber padescido por satisfacer á la justicia divina y aplacar la ira del Padre, por librarnos del infierno y hacernos capaces del paraíso, para mostrarnos el camino del cielo con su perfecta obediencia (1).

DEL HACIMIENTO DE GRACIAS.

CAPÍTULO VIII.

Después de la meditación se sigue el hacimiento de gracias: para lo cual se debe tomar ocasión de la meditación pasada, haciendo gracias á nuestro Señor por el beneficio que en aquello nos hizo. Como si la meditación fué de la Pasión, debemos dar gracias á nuestro Señor porque nos redimió con tantos trabajos: y si fué de los pecados, porque nos (2) esperó tanto tiempo á penitencia: y si de las miserias desta vida, por las muchas de que nos (3) ha librado: y si del paso de la muerte, porque nos (4) libró de los

(1) AB omiten todo este §. I. (2) lo (AB). (3) lo (AB). (4) lo (AB).

peligros della y esperó á penitencia: y si de la gloria del paraíso, porque nos (1) crió para tanto bien: y así de lo demás.

Con estos beneficios juntará todos los otros de que arriba tratamos, que son, el beneficio de la creación, conservación, redempción, vocación, &c. Y así dará gracias á nuestro Señor porque le (2) hizo á su imagen y semejanza, y le dió memoria para que se acordase dél, y (3) entendimiento para que lo conosciese, y (4) voluntad para que lo amase: y porque le dió un ángel que lo guardase de tantos trabajos y peligros, y (5) de tantos pecados mortales, y de la muerte, cuando estaba en ellos, que no fué menos que librarle (6) de la muerte eterna: y porque (7) le hizo nascer de padres cristianos, y le dió el sagrado baptismo, y en él le dió su gracia, y prometió su gloria, y le recibió por hijo (8).

Y con estos beneficios juntará (9) los demás beneficios generales y particulares que conoce (10) haber recebido (11) de nuestro Señor, y por éstos y por todos los otros, así públicos como secretos, le dará (12) todas cuantas gracias pudiere, y convidará (13) á todas las criaturas, así del cielo como de la tierra, para que le ayuden á este oficio, y con este espíritu podrá decir (14) aquel Cántico: *Benedicite omnia opera Domini Domino, laudate & superexaltate* &c. (15).

DEL OFRECIMIENTO.

CAPÍTULO IX.

DADAS de todo corazón al Señor las gracias por todos estos beneficios, luego naturalmente prorrumpe el corazón en aquel afecto del profeta David, diciendo: ¿Qué daré yo al Señor por todas las mercedes que me ha hecho? A este deseo satisface el hombre en alguna manera dando y ofreciendo á Dios de su parte todo lo que tiene y puede ofrecerle.

Y para esto primeramente debe ofrescer á sí mismo por perpetuo esclavo suyo, resignándose y poniéndose en sus manos,

(1) lo (AB). (2) lo (AB). (3) y (om.AB). (4) y (om AB). (5) y (om.B). (6) librarlo (AB). (7) tuvo por bien de tomar nuestra naturaleza y morir por nosotros: y porque le hizo... (AB). (8) hijo adoptivo: y porque le dió armas... etc. (AB). Véase tomo X, pág. 490. (9) junte (AB). (10) conosce (AB). (11) rescibido (A), recebido (B). (12) dé (AB). (13) convide (AB). (14) decir (si quisiere) (AB). (15) ó el Psalmo: *Benedic...* (añ.AB).

para que haga dél todo lo que quisiere (1), y ofrescer (2) juntamente todas sus palabras, obras, pensamientos y trabajos, que es todo lo que hiciere y padesciere, para que todo sea para (3) gloria y honra de su sancto nombre.

Lo segundo, ofrezca al Padre los méritos y servicios de su Hijo, y todos los trabajos que en este mundo por su obediencia padesció dende el pesebre hasta la cruz, pues todos ellos son hacienda nuestra y herencia que Él nos dejó en el Nuevo Testamento, por el (4) cual nos hizo herederos de todo este tan gran tesoro. Y (5) así como no es menos mío lo dado de gracia que lo adquerido (6) por mi lanza, así no son menos míos los méritos y el derecho que Él me dió, que si yo los hubiera sudado y trabajado por mí. Y por esto no menos puede ofrescer (7) el hombre esta segunda ofrenda que la primera, recontando por su orden todos estos servicios y trabajos y todas las virtudes de su vida sanctísima, su obediencia, su paciencia, su humildad (8), su caridad (9), con todas las demás: porque ésta es la más rica y más preciosa ofrenda que le podemos ofrescer (10).

DE LA PETICIÓN.

CAPÍTULO X.

OFRESCIDA (11) esta (12) tan rica ofrenda, seguramente podemos luego pedir mercedes por ella. Y primeramente pidamos con gran afecto de caridad y con celo de la honra de nuestro Señor que todas las gentes y naciones del mundo le conozcan, alaben y adoren como á su único y verdadero Dios y Señor, diciendo de lo íntimo de nuestro corazón aquellas palabras del Profeta: Confiésente los pueblos, Señor, confiésente los pueblos.

Roguemos también por los perlados (13) de la Iglesia, como son Papa, Cardenales, Obispos, con todos los otros ministros y perlados inferiores, para que el Señor los rija y alumbre de tal manera, que lleven todos los hombres al conoscimiento y obediendia de su Criador. Y asimismo (14) debemos rogar (como lo acon-

(1) en tiempo y en eternidad (añ. AB). (2) ofrecer (A). (3) para (om. A), á (B). (4) lo (B). (5) B omite esta cláusula. (6) adquirido (A). (7) ofrecer (A). (8) su fidelidad (añ. A): liberalidad (B). (9) su misericordia (añ. AB). (10) ofrecer (AB). (11) ofrecida (A). (12) esta (om. A). (13) las cabezas (AB). (14) asimesmo (A).

seja S. Pablo) por los reyes (1) y por todos los que están constituídos en dignidad, para que mediante su providencia vivamos vida quieta y reposada: porque esto es acepto delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres se salven y vengan al conoscimiento de la verdad.

Roguemos también por todos los miembros de su cuerpo místico: por los justos, que el Señor los conserve, y por los pecadores, que los convierta, y por los defunctos, que los saque misericordiosamente de tanto trabajo y los lleve al descanso de la vida perdurable. Roguemos también por todos los pobres, enfermos, encarcelados, captivos, &c. que Dios por los méritos de su Hijo los ayude y libre de mal.

Y después de haber pedido para nuestros prójimos, pidamos luego para nosotros. Y qué sea lo que le habemos de pedir, su misma necesidad lo enseñará á cada uno, si bien se conosciere. Y con esto pidamos (2) por los méritos y trabajos deste Señor perdón de todos nuestros pecados y emienda dellos, y especialmente pidamos favor contra todas aquellas pasiones y vicios á que somos más inclinados y más tentados, descubriendo todas estas llagas á aquel médico celestial para que Él las sane y (3) cure con la unción de su gracia (4).

Después desto, acabe con la petición del amor de Dios, y en ésta se detenga y ocupe la mayor parte del tiempo, pidiendo al Señor esta virtud con entrañables afectos y deseos (pues en ella consiste todo nuestro bien) y podrá decir así.

Petición especial del amor de Dios.

SOBRE todo esto (5) dame, Señor, gracia para que te ame yo con todo mi corazón, con toda mi ánima, con todas mis fuerzas y con todas mis entrañas, así como tú lo mandas. ¡Oh toda mi esperanza, toda mi gloria, todo mi refugio y alegría! (6) ¡Oh el más amado de los amados! ¡Oh esposo florido, Esposo suave, Esposo melifluo! ¡Oh dulzura de mi corazón! ¡Oh vida de mi ánima y descanso alegre de mi espíritu!

(1) y príncipes (añ. AB). (2) Mas para mayor facilidad desta doctrina podemos pedir las mercedes siguientes. Primeramente pidamos... (AB). (3) y las (A). (4) AB añaden dos párrafos que pueden verse en el tomo X, pág. 492 y 493. (5) todas estas virtudes (AB). (6) B omite lo siguiente, hasta: Apareja.

Apareja, Dios mío, apareja, Señor, una agradable morada para ti en mí, para que según la promesa de tu sancta palabra vengas á mí y reposes en mí. Mortifica en mí todo la que desagrada á tus ojos, y hazme hombre según tu corazón. Hiere, Señor, lo más íntimo de mi ánima con las saetas de tu amor, y embriágala con el vino de tu perfecta caridad.

¡Oh! ¿Cuándo será esto? ¿Cuándo te agradaré en todas las cosas? ¿Cuándo estará muerto en mí (1) todo lo que hay contrario á ti? ¿Cuándo seré del todo tuyo? ¿Cuándo dejaré de ser mío? ¿Cuándo ninguna cosa fuera de ti vivirá en mí? ¿Cuándo ardentísimamente te amaré? ¿Cuándo me abrasará todo la llama de tu amor? ¿Cuándo estaré todo derretido y traspasado con la fuerza de (2) tu eficacísima suavidad? (3) ¿Cuándo me arrebatarás, y (4) anegarás, y transportarás, y esconderás en ti, donde nunca más parezca? ¿Cuándo quitados todos los impedimentos y estorbos, me harás un espíritu contigo, para que nunca (5) me pueda apartar de ti?

¡Oh amado, amado, amado (6) de mi ánima! ¡Oh dulzura (7) de mi corazón! Óyeme, Señor, no por mis merescimientos, sino por tu infinita bondad. Enséñame, alúmbrame, enderézame y ayúdame en todas las cosas, para que ninguna cosa haga ni diga sino lo que fuere á tus ojos agradable. ¡Oh Dios (8) mío, amado mío, entrañas mías, bien de mi ánima! ¡Oh amor mío dulce! ¡Oh deleite mío grande! ¡Oh fortaleza mía (9), valedme, luz mía, y guiadme á Vos! (10)

Oh Dios de mis entrañas, ¿porqué no te das al pobre? Hinches los cielos y la tierra, ¿y mi corazón dejas vacío? Pues vistes los lirios del campo, y das de comer (11) á las avecillas, y mantienes los gusanos, ¿porqué te olvidas de mí, pues á todos olvido por ti? Tarde te conoscí, bondad infinita: tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva. ¡Triste del tiempo que no te amé! ¡Triste de mí, pues no te conoscía! ¡Ciego de mí, que no te veía! Estabas dentro de mí, y yo andaba á buscarte por de fuera. Pues

(1) «En mí» al final de la cláusula en AB. (2) «la fuerza de» (om.A): B omite esta cláusula. (3) ¿Cuándo abrirás á este pobre mendigo y le descubrirás el hermosísimo reino tuyo, que está dentro de mi, el cual eres tú con todas tus riquezas? (añ.AB). (4) y anegarás (A). (5) nunca ya me pueda más(A): nunca más ya (B). (6) amado (*una vez* B). (7) dulzura, dulzura (A). (8) B omite hasta el fin del párrafo. (9) oh vida mía (añ.A). (10) á Vos (om. A). (11) guisas (A).

aunque te hallé tarde, no permitas, Señor, por tu divina clemencia, que jamás te deje.

Y porque una de las cosas que más te agradan y más hieren tu corazón, es tener ojos para saberte mirar, dame, Señor, esos ojos con que te mire, conviene á (1) saber, ojos de paloma sencillos, ojos castos y vergonzosos, ojos humildes y amorosos, ojos devotos y llorosos, ojos atentos y discretos para entender tu voluntad y cumplirla, para que mirándote yo con estos ojos, sea de ti mirado con aquellos ojos con que miraste á San Pedro cuando le heciste llorar su pecado: con (2) que miraste al hijo pródigo cuando le recebiste (3) y le diste beso de paz: con (4) que miraste al publicano cuando (5) no osaba alzar los ojos al cielo: con (6) que miraste á la Magdalena cuando ella (7) lavaba tus pies con las lágrimas de sus ojos (8): finalmente, con aquellos ojos con que miraste á la Esposa en los Cantares, cuando le dijiste: Hermosa eres, amiga mía, hermosa eres, tus ojos son de paloma: para que agradándote de los ojos y hermosura de mi ánima, le des aquellos arreos de virtudes y gracias con que siempre te parezca hermosa.

¡Oh altísima, clementísima, benignísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Sancto, un solo Dios verdadero! Enséñame, enderézame, ayúdame (9), Señor, en todo. Oh Padre todopoderoso, por la grandeza de tu infinito poder asienta y confirma mi memoria en ti, y hínchela de sanctos y devotos pensamientos. Oh Hijo sanctísimo, por la eterna sabiduría tuya clarifica mi entendimiento y adórnalo con el conoscimiento de la suma verdad y de mi extremada vileza. Oh Espíritu Sancto, amor del Padre y del Hijo, por tu incomprehensible bondad traspasa en mí toda tu voluntad, y enciéndela con un tan grande fuego de amor, que ningunas aguas lo puedan apagar! ¡Oh Trinidad sagrada, único Dios mío y todo mi bien! ¡Oh, si pudiese yo alabarte y amarte como te alaban y aman todos los ángeles! ¡Oh, si tuviese yo el amor de todas las criaturas, cuán de buena gana te lo daría y traspasaría en ti, aun-

(1) á (om. A). (2) con aquellos ojos con (AB). (3) saliste á recebir (AB). (4) con aquellos ojos con (AB). (5) cuando él (AB). (6) con aquellos ojos con (A). (7) ella (om. B). (8) los suyos (A): B, los suyos, para que mirándote yo con tales ojos, sea siempre mirado con los de tu infinita piedad y misericordia: tú que vives y reinas en los siglos de los siglos. Amén. Y concluye la oración. (9) y ayúdame (A).

que ni éste bastaría para amarte como tú meresces! Tú solo te puedes dignamente amar y dignamente alabar, porque tú solo comprehendes tu incomprehensible bondad, y así tú solo la puedes amar cuanto ella meresce: de manera que en solo ese divinísimo pecho se guarda justicia de amor.

¡Oh María, María, María, Virgen sanctísima, Madre de Dios, Reina del cielo, Señora del mundo, sagrario del Espíritu Sancto, lirio de pureza, rosa de paciencia, paraíso de deleites, espejo de castidad, dechado de inocencia! Ruega por este pobre desterrado y peregrino, y parte con él de las sobras de tu abundantísima caridad. Oh vosotros, bienaventurados Sanctos y Sanctas, y vosotros, bienaventurados espíritus, que así ardéis en el amor de vuestro Criador, y señaladamente vosotros, Serafines, que abrasáis los cielos y la tierra con vuestro amor, no desamparéis este pobre y miserable corazón, sino alimpialdo (1) como los labios (2) de Esaías de todos los pecados, y abrasaldo (3) con la llama de ese vuestro ardentísimo amor, para que solo á este Señor ame, á Él solo busque, en Él solo repose y more en los siglos de los siglos. Amén.

DE ALGUNOS AVISOS

QUE SE DEBEN TENER EN ESTE SANCTO EJERCICIO.

CAPÍTULO XI.

TODO lo que hasta aquí se ha dicho, sirve para darnos materia de consideración, que es una de las principales partes deste ejercicio (4): porque la menor parte de la gente tiene suficiente materia de consideración, y así por falta della (5) faltan muchos en él (6). Agora diremos sumariamente de la manera y forma que en esto se podrá tener. Y aunque desta (7) materia el principal maestro sea el Espíritu Sancto, pero todavía la experiencia nos ha mostrado ser necesarios algunos avisos en esta parte, porque el camino para ir á Dios es arduo y tiene necesidad de guía, sin la cual muchos andan mucho tiempo (8) descaminados.

(1) alimpiadlo (A). (2) labrios (A). (3) abrasadlo (A). (4) negocio (AB) (5) de ella (A). (6) en este ejercicio (AB). (7) de esta (A). (8) perdidos y (añ. A).

Primero aviso (1).

SEA pues el primer aviso éste, que cuando nos pusiéremos á considerar alguna cosa de las susodichas en sus tiempos y ejercicios determinados, no debemos estar tan atados á ella, que tengamos por mal hecho salir de aquella á otra, cuando halláremos en ella más devoción, más gusto, ó más provecho: porque como el fin de todo esto sea la devoción, lo que más sirviere para este fin, eso se ha de tener por lo mejor. Aunque esto no se debe hacer por livianas causas, sino con ventaja conoscida (2).

Segundo (3).

SEA el segundo, que trabaje el hombre por excusar en este ejercicio la demasiada especulación del entendimiento, y procure de tratar este negocio más con afectos y sentimiento (4) de la voluntad, que con discursos y especulaciones del entendimiento. Porque sin dubda no aciertan este camino los que de tal manera se ponen en la oración á meditar los misterios divinos, como si los estudiasen para predicar (5). Pues para acertar en este negocio, lléguese el hombre con corazón de una vejecica ignorante y humilde, y más con voluntad dispuesta y aparejada para sentir y aficionarse á las cosas de Dios, que con entendimiento despabilado y atento para escudriñarlas: porque esto es proprio de los que estudian para saber, y no de los que oran y piensan en Dios para llorar.

Tercero (6).

EL aviso pasado nos enseña cómo debemos sosegar el entendimiento y entregar todo este negocio á la voluntad: mas el presente pone también su tasa y medida á la misma voluntad, para que no sea demasiada ni vehemente en su ejercicio. Para lo cual es de saber que la devoción que pretendemos alcanzar, no es cosa que se ha de alcanzar á fuerza de brazos (como algunos piensan, los cuales con demasiados ahincos y tristezas forzadas y como hechizas procuran alcanzar lágrimas y compasión,

(1) §. I. (A). (2) AB añaden aquí dos claúsulas. (3) §. II. (A). (4) sentimientos (AB). (5) AB añaden aquí unas cláusulas, que pueden verse en el tomo X, pág. 497. (6) §. III. (A).

cuando piensan en la pasión del Salvador) porque esto suele secar más el corazón y hacerlo más inhábil para la visitación del Señor, como enseña Casiano. Y demás desto suelen estas cosas hacer daño á la salud corporal, y á veces dejan al ánimo tan atemorizado (1) con el sinsabor que allí recebió (2), que teme tornar otra vez al ejercicio, como á cosa que experimentó haberle dado mucha pena. Conténtese, pues, el hombre con hacer buenamente lo que es de su parte, que es hallarse presente á lo que el Señor padesció, mirando con una vista sencilla y sosegada y con un corazón tierno y compasivo y aparejado para cualquier sentimiento que el Señor le quisiere dar, lo que por él padesció, más dispuesto para recebir (3) el afecto que su misericordia le diere, que para exprimirlo él (4) á fuerza de brazos. Y esto hecho no se congoje por lo demás, cuando no le fuere dado.

Cuarto (5).

De todo lo susodicho podremos colegir cuál sea la manera de atención que debemos tener en la oración: porque aquí principalmante conviene tener el corazón no caído ni flojo, sino vivo, atento y levantado á lo alto. Mas así como es necesario estar aquí con esta atención y recogimiento del corazón, así por otra parte conviene que esta atención sea templada y moderada, porque no sea dañosa á la salud, ni impida á (6) la devoción: porque algunos hay que fatigan la cabeza con la demasiada fuerza que ponen para estar atentos en (7) lo que piensan (como ya dijimos). Y otros hay, que por huir deste inconveniente, están allí muy flojos y remisos y muy fáciles para ser llevados de todos vientos. Para huir destos extremos conviene llevar tal medio, que ni con la demasiada atención fatiguemos la cabeza, ni con el mucho descuido y flojedad dejemos andar vagueando el pensamiento (8). De manera que así como solemos decir al que va sobre una bestia maliciosa, que lleve la rienda tiesa, conviene saber, ni muy apretada ni muy floja, porque ni vuelva atrás ni camine con peligro, así debemos procurar que vaya nuestra aten-

(1) ánima tan atemorizada (AB). (2) recibió (AB). (3) recibir (A). (4) él (om. AB). (5) §. IV. (A). (6) á (om. AB). (7) á (AB.) (8) por do quisiere (añaden AB).

ción moderada (1), no forzada con cuidado ni con fatiga congojosa.

Mas particularmente conviene avisar que al principio de la meditación no fatiguemos la cabeza con demasiada atención: porque cuando esto se hace, suelen faltar para adelante las fuerzas, como faltan al caminante, cuando al principio de la jornada se da mucha priesa á caminar.

Quinto (2).

MAS entre todos estos avisos, el principal sea que no desmaye el que ora, ni desista de su ejercicio, cuando no siente luego aquella blandura de devoción que él desea. Necesario es con longanimidad y perseverancia esperar la venida del Señor, porque á la gloria de su Majestad, y á la bajeza de nuestra condición, y á la grandeza del negocio que tratamos, pertenece (3) que estemos muchas veces esperando y aguardando á las puertas de su palacio sagrado.

Pues cuando desta manera hayas aguardado nn poco de tiempo, si el Señor viniere, dale gracias por su venida: y si te pareciere (4) que no viene, humíllate delante dél, y conosce que no meresces lo que no te dieron (5), y conténtate con haber hecho allí sacrificio de ti mismo y negado tu propria voluntad, y crucificado tu apetito, y luchado (6) contigo mismo, y hecho á lo menos eso que era de tu parte.

Y si no adoraste al Señor con la adoración sensible que deseabas, baste (7) que lo adoraste en espíritu y en verdad, como El quiere ser adorado. Y créeme cierto que éste es el paso más peligroso desta navegación y el lugar donde se prueban los verdaderos devotos, y que si deste sales bien, en todo lo demás te irá prósperamente (8).

Sexto (9).

Y no es diferente documento del pasado, ni menos necesario, avisar que el siervo de Dios no se contente con cualquier gustillo que halla en su oración, como hacen algunos que en de-

(1) Moderada y no forzada, con cuidado y no con fatiga congojosa (AB). (2) §. V. (A). (3) pertenesce (AB). (4) paresciere (AB). (5) dan (B). (6) con el demonio y (añaden AB). (7) basta (A). (8) AB añaden un periodo que puede verse en el tomo X, página 499. (9) §. VI. (AB).

rramando una lagrimilla y (1) sintiendo alguna ternura de corazón, piensan que han ya cumplido con su ejercicio. Esto no basta para lo que aquí pretendemos. Porque así como no basta para que la tierra fructifique (2) un pequeño rocío (3) de agua, que no hace más que matar el polvo y mojar la tierra de fuera, sino (4) es menester tanta agua, que cale hasta lo íntimo de la tierra y la deje harta de agua para que pueda fructificar, así también es acá (5) necesaria la abundancia deste rocío (6) y agua celestial para dar fructo de buenas obras. Pues por esto con mucha razón se aconseja que tomemos para este sancto ejercicio el más largo espacio que pudiéremos. Y mejor sería un rato largo que dos cortos, porque si el espacio es breve, todo él se gasta en sosegar la imaginación y quietar el corazón, y después de ya quieto levantámonos del ejercicio cuando lo hubiéramos (7) de comenzar. Y descendiendo más en particular á limitar este tiempo, paréceme (8) que todo lo que es menos de hora y media ó dos horas, es corto plazo para la oración, porque muchas veces se pasa más que media hora en templar la vihuela, que es (9), en quietar (como dije) la imaginación, y todo el otro espacio es menester para gozar del fructo della. Verdad es que cuando el ejercicio se tiene después de algunos otros santos (10) ejercicios (11), más dispuesto se halla el corazón para este negocio, y (así como en leña seca) muy más presto se enciende este fuego celestial. También el tiempo de la madrugada sufre ser más corto, porque es el más aparejado de cuantos hay para este oficio. Mas el que fuere pobre de tiempo por sus muchas ocupaciones, no deje de ofrecer (12) su cornadillo con la pobre viuda en el templo, porque si esto no queda por su negligencia, Aquél que todas las criaturas provee conforme á su necesidad, proveerá también (13) á él.

(1) ó (AB). (2) frutifique (A). (3) roscío (B) (4) sino que (A). (5) roscío (AB). (6) aquí (B). (7) hobiéramos (AB) (8) parésceme (AB). (9) y (AB). (10) sanctos (AB). (11) como es después de maitines, ó después de alguna devota lición ó oración vocal (añ. AB). (12) ofrescer (B). (13) á él también según la suya (AB).

Séptimo aviso (1).

CONFORME á este documento se da otro semejante (2), y es, que cuando el ánima fuere visitada en la oración ó fuera della con alguna particular visitación del Señor, que no la deje pasar en vano, sino que se aproveche de aquella ocasión que se le ofrece: (3) porque es cierto que con este viento navegará el hombre más en una hora, que sin él en muchos (4) días. Así se dice que lo hacía nuestro Padre Santo Domingo, de quien se escribe (5) que era tan particular el cuidado que en esto tenía, que si andando camino lo visitaba nuestro Señor con alguna particular visitación, hacía ir delante los compañeros, y él estábase quedo hasta acabar de rumiar y digerir aquel bocado que le venía del cielo. Los que ansí (6) no lo hacen, suelen comúnmente ser castigados con esta pena, que no hallen á Dios cuando lo buscaren, pues cuando Él los buscaba no los halló (7).

(1) §. VII. (AB). (2) á él (añaden AB). (3) ofresce (AB). (4) muy muchos (A). (5) lo hacía S. Francisco, de quien escribe S. Buenaventura (AB). (6) así (AB). (7) AB añaden un aviso VIII, que puede verse en el tomo X, pág. 501.

SEGUNDA PARTE

DESTE TRACTADO

QUE HABLA DE LA DEVOCIÓN

QUÉ COSA SEA DEVOCIÓN

CAPÍTULO XII (1).

EL mayor trabajo que padescen las personas que se dan á la oración, es la falta de devoción que muchas veces en ella sienten: porque cuando ésta no falta, ninguna cosa hay más dulce ni más fácil que orar. Por esta razón (ya que habemos tratado de la materia de la oración y del modo (2) que en ella se podrá tener) será bien tratemos (3) ahora (4) de las cosas que ayudan á la devoción, y también de las que la impiden, y de las tentaciones más comunes de las personas devotas, y de algunos avisos que para este ejercicio serán necesarios. Mas primero hará mucho al caso declarar qué cosa sea devoción, porque sepamos antes qué tal sea la joya por que militamos.

Devoción dice Sancto Tomás que es una virtud, la cual hace al hombre prompto y hábil para toda virtud, y le despierta y facilita para (5) el bien obrar. La cual difinición manifiestamente declara la necesidad y utilidad grande desta (6) virtud, porque en ella está encerrado más de lo que algunos pueden pensar. Para lo cual es de saber que el mayor impidimiento (7) que tenemos para bien vivir, es la corrupción de la naturaleza, que nos vino por el pecado, de la cual procede una grande inclinación que tenemos para el mal, y una grande dificultad y pesadumbre para el bien. Y estas dos cosas nos hacen dificultoso el (8) cami-

(1) I (AB). (2) fructo (B). (3) que tratamos (A): que tractemos (B). (4) agora (AB). (5) todas las cosas del servicio de nuestro Señor (B). (6) de esta (AB). (7) impedimento (AB). (8) dificultosísimo (A).

no de la virtud, siendo ella de suyo la cosa más dulce, más hermosa, más amable (1) del mundo. Pues contra esta dificultad y pesadumbre proveyó la divina Sabiduría de convenientísimo remedio, que es la virtud y socorro de la devoción. Porque así como el viento cierzo esparce las nubes y deja el cielo sereno (2), así la verdadera devoción sacude de nuestra ánima toda esta pesadumbre y dificultad y la deja por entonces habilitada (3) para todo bien: porque esta virtud de tal manera es virtud, que también es un especial don del Espíritu Sancto, un rocío (4) del cielo, un socorro y visitación de Dios, alcanzado por la oración, cuya condición es pelear contra esta dificultad, despedir (5) esta tibieza, dar esta promptitud (6), alumbrar el entendimiento, esforzar la voluntad (7), causar hastío del mundo y aborrescimiento del (8) pecado, y dar al hombre por entonces otro fervor, otro espíritu y otro esfuerzo y aliento para bien obrar. De manera que así como Sansón, cuando tenía cabellos, tenía mayores fuerzas que todos los otros hombres del mundo, y cuando éstos le faltaban, era tan flaco como (9) los otros, así lo es también el ánima del cristiano cuando tiene esta devoción, y así está flaca (10) cuando no la tiene. Ésta (11) es, pues, la mayor alabanza que se puede dar á (12) esta virtud, que siendo una sola, es como un estímulo y aguijón de todas las otras. Y por esto, el que de verdad desea caminar por el camino de las virtudes, no vaya sin estas espuelas, porque no podrá sacar de harona á su mala bestia, si va sin ellas.

De lo dicho parece claro qué cosa sea la verdadera y esencial devoción. Porque no es devoción aquella ternura de corazón ó consolación que sienten algunas veces los que oran, sino esta promptitud y aliento para bien obrar: de (13) donde muchas veces acaesce hallarse lo uno sin lo otro, cuando el Señor quiere probar los suyos. Verdad es que por (14) esta devoción y promptitud muchas veces meresce (15) aquella consolación, y por el contrario, esta mesma consolación y gusto espiritual acrecien-

(1) más honrosa (añ.AB). (2) y escombrado (añ.AB). (3) y desembarazada (añ AB). (4) roscío (AB). (5) dispedir (C). (6) hinchir el ánima de buenos deseos (añ.AB). (7) encender el amor de Dios, apagar las llamas de los malos deseos (añ.AB). (8) de (A) (9) todos (añ.AB.) (10). así está flaca (om.AB). (11) Esto es, pues, lo que Sancto Tomás quiso significar en aquella definición, y esto es sin dubda... (AB). (12) decir de (AB). (13) por (B). (14) de (AB). (15) nasce (AB).

ta la devoción esencial (1). Y por esta causa los siervos de Dios pueden con mucha razón desear y pedir estas alegrías y consolaciones, no por el gusto que en ellas hay, sino porque son causa del acrescentamiento desta devoción que nos habilita para bien obrar (2). Y así dice David: Por el camino de tus mandamientos, Señor, corrí, cuando dilataste mi corazón: conviene saber, con el alegría de tu consolación, que fué causa desta ligereza. Pues de los medios por do se alcanza esta devoción, pretendemos agora aquí tratar (3): y porque esta virtud es estímulo de todas las otras virtudes, por eso, tratar de los medios por do se alcanza la devoción, es tratar de los medios por do se alcanzan todas las virtudes (4).

DE NUEVE COSAS QUE AYUDAN Á ALCANZAR LA DEVOCIÓN.

CAPÍTULO XIII.

LAS cosas pues que ayudan á la devoción, son muchas. Porque primeramente (5) hace mucho al caso tomar estos sanctos ejercicios muy de veras y muy á pechos, con un corazón muy determinado y ofrecido á todo lo que fuere necesario para alcanzar esta preciosa margarita, por arduo y dificultoso que sea: porque es cierto que ninguna cosa grande hay, que no sea (6) dificultosa (7), y así también lo es ésta, á lo menos á los principios.

2. Ayuda también la guarda del corazón de todo género de pensamientos ociosos y vanos, y de todos los afectos y amores peregrinos, y de todas las turbaciones y movimientos apasionados, pues está claro que cada cosa déstas (8) impide la devoción, y que no menos conviene tener el corazón templado para orar y meditar, que la vihuela para tañer.

3. Ayuda también la guarda de los sentidos, especialmente de los ojos, y de los oídos, y de la lengua: porque por ella se derrama el corazón, y por los ojos y oídos se hinche de diversas imaginaciones de cosas, con que se perturba la paz y sosiego del ánima. Por donde con razón se dice que el contemplativo ha de

(1) que es aquella promptitud y aliento para bien obrar (AB). (2) como lo significó el Profeta cuando dijo (AB) (3) y porque con esta virtud andan juntas todas las otras que tienen especial familiaridad con Dios (AB). (4) AB añaden unas cláusulas en este final, como puede verse en el tomo X, pág. 506. (5) para esto (añ.B). (6) sea ardua y (B) (7) muy dificultosa (A). (8) de éstas (A).

ser sordo y ciego y mudo, porque cuanto menos se derrame (1) por defuera, tanto más recogido estará de dentro.

4. Ayuda para esto mismo la soledad, porque no sólo quita las ocasiones de distraimiento á los sentidos y al corazón, y las ocasiones de los pecados, sino también convida al hombre á que more dentro de sí mismo y trate con Dios y consigo, movido con la oportunidad del lugar, que no admite otra compañía que ésta.

5. Ayuda otrosí la lición de los libros espirituales y devotos, porque dan materia de consideración, y recogen el corazón, y despiertan la devoción, y hacen que el hombre de buena gana piense en aquello que le supo dulcemente, y con esto (2) siempre se (3) representa á la memoria lo que abunda en el corazón.

6. Ayuda la memoria continua de Dios, y el andar siempre en su presencia, y el uso de aquellas breves oraciones que S. Augustín llama jaculatorias: porque éstas guardan la casa del corazón y conservan el calor de la devoción, como arriba se platicó. Y así se halla el hombre cada (4) hora prompto para (5) allegarse á la oración. Éste es uno de los principales documentos de la vida espiritual, y uno de los mayores remedios para aquéllos que ni tienen tiempo ni lugar para darse á la oración. Y el que trajere siempre este cuidado, en poco tiempo aprovechará mucho (6).

7. Ayuda también la continuación y perseverancia en (7) los buenos ejercicios en sus tiempos y lugares ordenados, mayormente á la noche ó á la madrugada, que son los tiempos más convenibles para la oración, como toda la Escritura nos enseña.

8. Ayudan las asperezas y abstinencias corporales, la mesa pobre, la cama dura, el cilicio y la disciplina y otras cosas semejantes: porque todas estas cosas, así como nascen de devoción, así también despiertan, conservan y acrecientan la raíz de donde nascen, que es esa misma devocion (8).

9. Ayudan, finalmente, las obras de misericordia, porque nos dan confianza para parescer delante de Dios, acompañan (9) nuestras oraciones con servicios, porque no se puedan llamar del todo ruegos secos, y merescen que sea misericordiosamente recebida (10) la oración, pues procede de misericordioso corazón.

(1) derramare (B). (2) mas antes (AB). (3) se (om.AB). (4) á cada (AB). (5) llegarse (AB). (6) muy mucho (AB). (7) de (B). (8) que es esa misma devoción (om.AB). (9) y acompañan (AB) (10) recibida (A).

DE NUEVE (1) COSAS QUE IMPIDEN LA DEVOCIÓN.

CAPITULO XIV.

Y ASÍ como hay cosas que ayudan á la devoción, así también hay otras que la impiden: entre las cuales la primera es los pecados, no sólo los mortales, sino también los veniales: porque éstos, aunque no quitan la caridad, quitan el fervor de la caridad, que es cuasi lo mismo que devoción: por donde es razón evitallos (2) con todo cuidado, ya que no fuesen por el mal que nos hacen, á lo menos por el bien (3) que nos impiden.

2. Impide también el remordimiento de la (4) consciencia, que procede de los mismos pecados (cuando es demasiado) porque trae el ánima inquieta y (5) caída (6), desmayada y (7) flaca para todo buen ejercicio (8).

3. Impide también cualquier amargura, y desabrimiento de corazón, y tristeza desordenada, porque con esto muy mal se puede compadescer el gusto y suavidad de la buena consciencia y de la (9) alegría espiritual.

4. Impiden otrosí los cuidados demasiados, los cuales son aquellos mosquitos de Egipto que inquietan al (10) ánima y no la dejan dormir este sueño espiritual que se duerme en lo oración, antes allí más que en otra parte la inquietan y divierten de su ejercicio.

5. Impiden también las ocupaciones demasiadas, porque ocupan el tiempo y ahogan el espíritu, y así dejan al hombre sin tiempo y sin corazón para vacar á Dios.

6. Impiden los regalos y consolaciones sensuales (11), porque éstas hacen desabridos los ejercicios espirituales. Y allende desto, el que se da mucho á las consolaciones del mundo, no meresce las del Espíritu Sancto, como dice S. Bernardo.

7. Impide el regalo en el demasiado comer y beber, mayormente las cenas largas: porque éstas hacen muy mala cama á los espirituales ejercicios y á las vigilias sagradas, porque con el cuerpo pesado y harto de mantenimiento muy mal aparejado está el espíritu (12) para volar á lo alto.

(1) diez (AB). (2) evitarlos (AB). (3) grande bien (AB). (4) la (om.B). (5) y (om.AB). (6) y (añ.B). (7) y (om.A). (8) AB añaden un párrafo (sobre los escrúpulos). (9) del (AB). (10) el (A). (11) (cuando el hombre es demasiado en ellas) porque el que se da... (AB). (12) ánimo (A).

8. Impide el vicio de la curiosidad, así de los sentidos como del entendimiento, que es, querer oir y ver y saber (1) nuevas: porque todo esto ocupa el tiempo (2), inquieta al (3) ánima y (4) déjala (5) llena de las imágines de las cosas que oyó.

9. Impide, finalmente, la interrupción de todos estos sanctos ejercicios, si no es cuando se dejan por causa de alguna piadosa ó justa necesidad: porque (6) es muy delicado el espíritu de la devoción, el cual después de ido, ó no vuelve, ó á lo menos con dificultad (7). Y por esto, así como los árboles (8) quieren sus riegos (9) ordinarios, y en faltando esto, luego desfallecen y desmedran, así también lo hace la devoción, cuando le falta el riego (10) de la devota (11) consideración.

Todo esto se ha dicho así sumariamente, para que mejor se pudiese tener en la memoria, la declaración de lo cual podrá ver quien quisiere (12) con el ejercicio y larga experiencia.

DE LAS TENTACIONES MÁS COMUNES QUE SUELEN FATIGAR Á LOS QUE SE DAN Á LA ORACIÓN Y DE SUS REMEDIOS.

CAPÍTULO XV (13).

AGORA será bien tratar de las tentaciones más comunes de las personas que se dan á la oración, y de sus remedios: las cuales por la mayor parte son las siguientes: la falta de las consolaciones espirituales, la guerra de los pensamientos importunos, los pensamientos de blasfemia y infidelidad (14), la desconfianza de aprovechar, la presumpción de estar ya muy aprovechado (15). Éstas son las más comunes tentaciones que hay en este camino, los remedios de las cuales son los siguientes.

---

(1) saber muchas cosas, y desear cosas polidas, curiosas y bien labradas (AB). (2) embaraza los sentidos (añ.AB). (3) el (AB). (4) y derrámala en muchas partes, y así impide la devoción (AB). (5) déjanla (C). (6) como dice un Doctor (añ.AB). (7) mucha dificultad (AB). (8) y los cuerpos humanos (añ.AB). (9) y mantenimientos (añ.AB). (10) y mantenimiento (añ.AB). (11) devota (om.AB). (12) en la primera y segunda parte del Libro de la Oración y Meditación, adonde remitimos al cristiano lector (AB). (13) IV (A). (14) el temor desordenado, el sueño demasiado (añ.AB). (15) el apetito demasiado de saber, el indiscreto celo de aprovechar (añ.AB).

Primera (1).

PRIMERAMENTE, al que le faltaren las consolaciones espirituales, el remedio es que no por eso deje el ejercicio de la oración acostumbrada, aunque le parezca desabrida y de poco fructo, sino póngase en la presencia de Dios como reo (2) culpado, y examine su consciencia, y (3) mire si por ventura perdió su gracia por su culpa, y suplique al Señor con entera confianza le perdone y declare las riquezas inestimables de su paciencia y misericordia en sufrir y perdonar á quien otra cosa no sabe sino pecar (4). Desta manera sacará provecho de su sequedad, tomando ocasión para más se humillar, viendo lo mucho que peca, y para más amar á Dios, viendo lo mucho que le perdona. Y aunque no halle gusto en estos ejercicios, no desista dellos, porque no se requiere que sea siempre sabroso lo que ha de ser provechoso. Á lo menos esto se halla por experiencia, que todas las veces que el hombre persevera en la oración con un poco de atención y cuidado, haciendo buenamente lo poco que puede, al cabo sale de allí consolado y alegre, viendo que hizo de su parte algo de lo que era en sí (5). No es mucho durar mucho en la oración, cuando es mucha la consolación. Lo mucho es que cuando la devoción es poca, la oración sea mucha, y mucho mayor la humildad, y la paciencia, y la perseverancia en el bien obrar.

También es necesario en estos tiempos andar con mayor solicitud y cuidado que en los otros, velando sobre la guarda de sí mismo, examinando con mucha atención sus pensamientos y palabras y obras. Porque como entonces nos falte el alegría espiritual (que es el principal remo desta navegación) es menester suplir con cuidado y diligencia lo que falta de gracia. Cuando así te vieres, has de hacer cuenta (como dice S. Bernardo) que se te han dormido las velas que te guardaban, y que se te han caído los muros que te defendían. Y por eso toda la esperanza de salud está en las armas, pues ya no te ha de defender el muro, sino la es-

(1) §. I. (AB). (2) reo y (AB). (3) y (om.C). (4) ofenderle (AB). (5) Mucho hace en los ojos de Dios quien hace todo lo que puede, aunque pueda poco. No mira nuestro Señor tanto al caudal del hombre, cuanto á su posibilidad y voluntad. Mucho da quien desea dar mucho, quien da todo lo qne tiene, quien no deja nada para sí (añ.AB).

pada y la destreza en el pelear. ¡Oh, cuánta es la gloria del alma (1) que desta manera batalla, que sin escudo se defiende, y (2) sin armas pelea, y sin fortaleza es el (3) fuerte, y hallándose en la batalla sola, toma el (4) esfuerzo y ánimo por compañía! (5)

Éste es el toque principal en que se prueba la fineza de los amigos, si son verdaderos ó no (6).

Segunda (7).

CONTRA la tentación de los pensamientos importunos que nos suelen combatir en la oración, el remedio es pelear varonilmente y perseverantemente contra ellos: aunque esta resistencia no ha de ser con demasiada fatiga y congoja de espíritu, porque no es este negocio tanto de fuerza cuanto de gracia y humildad. Y por esto, cuando el hombre se hallare desta manera, debe volverse á Dios sin congoja (pues esto no (8) es culpa, ó es muy liviana) y con toda humildad y devoción le diga:

Veis aquí, Señor mío, quién yo soy: ¿qué se esperaba deste muladar, sino semejantes olores? ¿Qué se esperaba desta tierra que Vos maldijistes, sino zarzas y espinas? Éste es el fructo que ella puede dar, si vos, Señor, no la alimpiáis. Y dicho esto, torne á atar su hilo como de antes, y espere con paciencia la visitación del Señor, que nunca falta á los humildes. Y si todavía te inquietaren los pensamientos, y tú todavía perseverantemente les resistieres y hicieres lo que es en ti, debes tener por cierto que mucho más tierra ganas en esta resistencia, que si estuvieras gozando de Dios á todo sabor.

Tercera (9).

PARA remedio de las tentaciones de blasfemias (10), es de saber que así como ningún linaje de tentación es más penoso que éste, así ninguno hay menos peligroso. Y así el remedio es no hacer caso destas tentaciones, pues el pecado no está en el sentimiento, sino en el consentimiento y en el deleite: el cual aquí no hay, sino antes lo contrario, y así más se puede llamar ésta

(1) ánima (AB). (2) y que (AB). (3) el (om. AB). (4) el (om. AB). (5) AB añaden unas cláusulas, como se ve en el tomo X, pág. 510 y 511. (6) lo son (añ. AB). (7) §. II. (AB). (8) ó no (AB). (9) §. III. (AB). (10) blasfemia (AB).

pena que culpa, porque cuan lejos está el hombre de recebir alegría con estas tentaciones, tan lejos está de tener culpa en ellas. Y por eso el remedio (como dije) es menospreciarlas y no temerlas: porque cuando demasiadamente se temen, el mismo temor las despierta y (1) levanta.

Cuarta (2).

CONTRA las tentaciones de infidelidad el remedio es que acordándose el hombre por un cabo de la pequeñez humana, y por otro de la grandeza divina, piense en lo que Dios le manda, y no sea curioso en querer escudriñar sus obras, pues vemos que muchas dellas exceden á (3) nuestro saber. Y por tanto el que quiere entrar en este sanctuario de las obras divinas, ha de entrar con mucha humildad y reverencia, y llevar consigo ojos de paloma sencilla y no de serpiente maliciosa, y corazón de discípulo y no de juez temerario. Hágase como niño pequeño, porque á los tales enseña Dios sus secretos. No cure de saber el porqué de las obras divinas: cierre el ojo de la razón, y abra sólo el de la fe: porque éste es el instrumento con que se han de tantear las obras de Dios. Para mirar las obras humanas muy bueno es el ojo de la razón humana: mas para mirar las divinas, no hay cosa más desproporcionada que él. Mas porque ordinariamente esta tentación es al hombre penosísima, el remedio es el de la pasada, que es el (4) no hacer caso della, pues más es ésta pena que culpa: porque no puede haber culpa en lo que la voluntad es (5) contraria, como allí se declaró (6).

Quinta (7).

CONTRA las tentaciones de la desconfianza y de la presumpción, que son vicios contrarios, es forzado que haya diversos remedios. Para la desconfianza el remedio es considerar que este negocio no se ha de alcanzar por solas tus fuerzas, sino por la divina gracia, la cual tanto más presto se alcanza, cuanto más el hombre desconfía de su propria virtud y confía en sola la bon-

(1) y las (AB) (2) §. IV. (AB). (3) todo (AB). (4) el (om AB). (5) está (AB). (6) AB añaden dos §§. enteros, que pueden verse en el tomo X, pág. 512 y 513. (7) § VII. (AB).

dad de Dios, en (1) quien todo es posible. Para la presumpción el remedio es considerar que no hay más claro indicio de estar el hombre muy lejos, que creer que está muy cerca (2). Mírate también (3) pues como en un espejo en la vida de los Sanctos y en las de otras personas señaladas que agora viven en carne, y verás que eres ante ellos como un enano en presencia de un gigante, y ansí (4) no presumirás (5).

Otra tentación es deseo demasiado de las consolaciones y gustos espirituales, y desprecio de los otros que no las tienen. Pues para remedio desta tentación quiero declarar cuál sea el fin que se debe tener en estos espirituales ejercicios. Para lo cual es de saber que como esta comunicación con Dios sea una cosa tan dulce y tan deleitable (6) (según que dice el Sabio) de aquí nasce que muchas personas atraídas con la fuerza desta maravillosa suavidad (que es sobre todo lo que se puede decir) se llegan á Dios y se dan á todos los espirituales ejercicios, así de la (7) lición como de la (8) oración y uso de sacramentos, por el gusto grande que hallan en ellos, de tal manera que el principal fin que á esto los lleva, es el deseo desta (9) maravillosa suavidad. Éste es un grande (10) y universal engaño, en que caen muchos. Porque como el principal fin de todas nuestras obras haya de ser amar á Dios y buscar á Dios, esto más es amar á sí y buscar á sí, conviene saber, su proprio gusto y contentamiento, que (11) buscar y agradar á Dios.

Y lo que más es, que deste (12) mismo engaño se sigue otro no menor, que es juzgar el hombre á sí y á los otros por estos gustos y sentimientos, creyendo que tanto tiene cada uno más ó menos de perfección, cuanto más ó menos gusta (13) de Dios: que es un engaño muy grande. Pues contra estos dos engaños sirve este aviso y regla general, que cada uno entienda que el

(1) á (AB). (2) porque en este camino los que van descubriendo más tierra, ésos se dan mayor priesa por ver lo mucho que los falta, y por eso nunca hacen caso de lo que tienen, en comparación de lo que desean (añ.AB). (3) también (om.AB). (4) así (AB). (5) AB añaden otros dos §§. enteros y el principio del cap. V. Véase t. X, pág. 514 y 515. (6) delectable (B). (7) la (om.AB). (8) la (om.AB). (9) de esta (A). (10) muy grande y muy (AB). (11) que es el fin que los filósofos pretendían en su contemplación. Y esto es también (como dice un doctor) un linaje de avaricia, lujuria y gula espiritual que no es menos peligrosa que la otra sensual (AB). (12) de este (AB). (13) ó no gusta (añ.AB).

fin de todos estos ejercicios y de toda la vida espiritual es la obediencia de los mandamientos de Dios y el cumplimiento de su voluntad, para lo cual es necesario que muera la voluntad propria, para que así viva y reine la divina, pues es tan contraria á ella.

Y porque tan gran victoria como ésta no se puede alcanzar sin muy grandes favores y regalos de Dios, por esto principalmente se ha de ejercitar la oración, para que por ella se alcancen estos favores y se sientan estos regalos, para salir con esta empresa al cabo. Y desta manera y para tal fin se pueden pedir y procurar los deleites de la oración (según que arriba dijimos) (1) como los pedía David cuando decía: Vuélveme, Señor, el (2) alegría de tu salud, y confírmame con espíritu principal. Pues conforme á esto, entenderá el hombre cuál ha de ser el fin que ha de tener en estos ejercicios, y por aquí también entenderá por dónde ha de estimar y medir su aprovechamiento y el de los otros, que es, no por los gustos que hubiere recebido (3) de Dios, sino por lo que por Él hubiere padescido, así por hacer la voluntad divina como por negar la suya (4) propria (5). Por lo cual dicen muy bien los Sanctos que la verdadera prueba del hombre no es el gusto de la oración, sino la paciencia de la tribulación, la abnegación de sí mismo y el cumplimiento de la divina voluntad: aunque para todo esto aprovecha grandemente así la oración como los gustos y consolaciones que en ella se dan.

Pues conforme á esto, el que quisiere ver qué tanto ha aprovechado en este camino de Dios, mire cuánto cresce cada día en la humildad interior y exterior, cómo sufre las injurias de los otros, como sabe dar pasada á las flaquezas ajenas, cómo acude á las necesidades de sus prójimos, cómo se compadece (6) y no se indigna contra los defectos ajenos, cómo sabe esperar en Dios en el tiempo de la tribulación, cómo rige su lengua, cómo guarda su corazón, cómo trae domada su carne con todos sus apetitos y sentidos, cómo se sabe valer en las prosperidades y adversidades, cómo se repara y provee en todas las cosas con gravedad y discreción. Y sobre todo esto, mire si está muerto al amor

(1) según que arriba dijimos (om. AB). (2) la (B). (3) recibido (A). (4) suya (om. AB). (5) AB añaden unas cláusulas que pueden verse en el t. X, p. 516. (6) compadesce (AB).

de la honra y del regalo y del mundo, y según lo que en esto hubiere (1) aprovechado ó desaprovechado, así se juzgue, y no según lo que gusta ó no gusta (2) de Dios. Y por esto siempre ha de tener un (3) ojo, y el más principal, en la mortificación, y el otro en la oración, porque esa misma mortificación no se puede perfectamente alcanzar sin el socorro de la oración (4).

(1) hobiere (A). (2) siente ó no siente (AB). (3) el un (AB). (4) AB añaden siete §§. enteros, como se puede ver en el tomo X, p. 517 y siguientes.

FIN DEL TRACTADO DE LA ORACIÓN MENTAL.

TRACTADO SEGUNDO

DE LA ORACIÓN VOCAL

CAPÍTULO I.

DE LA UTILIDAD Y NECESIDAD DE LA ORACIÓN VOCAL.

AUNQUE la oración vocal sea de grande fructo y provecho para todos los tiempos y para todo género de estados y personas, mas particularmente sirve para los que no se aplican bien al ejercicio de la meditación, de que se escribe en el tractado precedente. Para los cuales (como ya dijimos) sirven grandemente las oraciones vocales, y más particularmente para los que no saben latín. Para los cuales servirá este tractado como de un devocionario en que ejerciten y despierten su devoción. Y para esto también servirá la doctrina del tractado precedente, en el cual se trata de las cosas que ayudan á la devoción y de las que la impiden, procurando las unas y despidiendo de sí las contrarias, para que con lo uno y con lo otro crezca su devoción. Y después que hubiere algunos días continuado estas oraciones, si tuviere tiempo conveniente podrá ejercitarse en la oración mental, que es, en las consideraciones que se tratan en las meditaciones del tractado precedente: porque desta manera vamos poco á poco subiendo de lo más fácil á lo más dificultoso.

Presupuesto pues agora este pequeño preámbulo, comenzaremos á poner aquí diversas oraciones, entre las cuales tendrán el primer lugar estas siete que se siguen: cada una de las cuales sirve para alcanzar alguna particular virtud y gracia de nuestro Señor, como por ellas se verá. Y puédense estas siete oraciones repartir por los días de la semana, para cada día la suya, si así le pareciere.

SÍGUENSE SIETE ORACIONES DEVOTAS

EN LAS CUALES SE EJERCITAN LOS ACTOS DE MUCHAS NOBILÍSIMAS VIRTUDES.

Preámbulo para antes destas oraciones, que trata de la preparación y ánimo con que se han de hacer.

CUANDO te asentares (dice el Sabio) á la mesa del poderoso, diligentemente considera lo que se te pone delante, para que por ahí entiendas lo que por tu parte debes aparejar. Pues conforme á este documento,el que se llegare á tratar con Dios en la oración, ponga primero los ojos en el Señor con quien va á tratar, y considere atentamente quién El es: porque tal corazón y tales afectos conviene que tenga para con Él, cual es el que se le pone delante. Levante pues húmilmente los ojos á lo alto, y mírelo asentado en el trono de su Majestad sobre todo lo criado, y considere cómo Él es el que tiene en su vestidura y en su muslo escrito, Rey de los reyes y Señor de los señores: y también cómo El es infinitamente perfecto, hermoso, glorioso, bueno, misericordioso, justo, terrible y admirable, y cómo también es benignísimo padre, y liberalísimo bienhechor, y clementísimo Redemptor y Salvador. Y después que así lo hubiere mirado, entienda luego con qué virtudes y afectos debe por su parte corresponder á estos títulos, y hallará que por la parte que es Dios, meresce ser adorado: por la que es infinitamente perfecto y glorioso, alabado: por la que es bueno y hermoso, amado: por la que es terrible y justo, temido: por la que es Señor y Rey de todas las cosas, obedescido: por razón de sus beneficios meresce infinitas bendiciones y gracias: y por ser nuestro Criador y Redemptor meresce que le ofrezcamos todo lo que somos, pues todo es suyo: y por ser nuestro ayudador y Salvador, conviene que á Él solo pidamos remedio de todas nuestras necesidades. Estos y otros semejantes actos de virtudes debe la criatura racional á estos títulos y grandezas de su Criador. Éstas son las virtudes y éstos los afectos con que de nuestra parte habemos de corresponder y honrar este Señor, que así como es todas las cosas, así quiere ser venerado y acatado con todos estos afectos

y sentimientos: los cuales aunque virtualmente se ejerciten y entrevengan en todas las obras que se hacen por su amor, pero señaladamente se ejercitan en la oración. Y ésta es una de las mayores excelencias que ella tiene (haciéndose como conviene) que entrevengan en ella los actos de todas estas nobilísimas virtudes, fe, esperanza y caridad, humildad, religión, temor de Dios, y otras tales, como claramente se verá en las oraciones siguientes (que todo esto contienen) las cuales por esto conviene que sean muy estimadas y con mucha devoción y sosiego ejercitadas.

PRIMERA ORACIÓN

la cual sirve para despertar en el ánima un sancto temor de Dios, considerando las cosas que á esto nos pueden inducir.

Si aquel publicano del Evangelio no osaba levantar los ojos al cielo, sino dende lejos hería sus pechos diciendo: Señor, apiádate de mí pecador: y si aquella sancta pecadora no osó parescer ante la cara del Señor, sino rodeando por las espaldas, se derribó á sus pies y con las lágrimas de sus ojos alcanzó perdón de sus pecados: y si aquel sancto patriarca Abraham, queriendo hablar con Dios, decía: Hablaré con mi Señor, aunque sea polvo y ceniza: si éstos así estaban derribados y humillados cuando se presentaban ante vuestra Majestad, siendo quien eran, ¿qué hará un tan pobre y miserable pecador? ¿Qué hará la podre y la ceniza? ¿Qué hará el abismo de todos los pecados y miserias? Mas porque no puedo yo, Señor, alcanzar aquel temor y reverencia que se debe á vuestra Majestad, sino poniendo los ojos en ella, dadme licencia para que ose yo levantar estos mis ojos lagañosos á Vos sin que el resplandor de vuestra gloria reverbere la flaqueza de mi vista. Y porque el principio de la verdadera sabiduría es el temor de vuestro sancto nombre, déste, Señor mío, quiero yo ahora comenzar.

Dadme pues, Señor Dios mío, gracia y habed por bien infundir en mi ánima el don del temor, mediante vuestro Sancto Espíritu: porque sin él poco me pueden aprovechar todas estas consideraciones que aquí puedo yo alegar. Porque á este temor nos exhortáis Vos cuando decís: No queráis temer los que matan el cuerpo, y no tienen más que hacer, sino temed Aquél que después de muerto el cuerpo, puede enviar el ánima al infierno: éste

os digo yo que es para temer. Esto mismo nos enseña la Iglesia cuando dice: En presencia de las gentes no tengáis temor, mas vosotros en vuestro corazón adorad al Señor, porque su ángel anda con vosotros para libraros. Témaos pues, Señor, mi ánima y mi corazón, pues en Vos (que sois todas las cosas) no menos hay razón para ser temido que para ser amado. Porque como sois infinitamente misericordioso, así sois infinitamente justo, y como son innumerables las obras de vuestra misericordia, así lo son también las obras de vuestra justicia: y (lo que es más para temer) sin comparación son muchos más los vasos de ira que los de misericordia, pues tantos son los condenados y tan pocos los escogidos. Témaos pues yo, Señor, por la grandeza desta justicia, y por la profundidad de vuestros juicios, y por la alteza de vuestra majestad, y por la inmensidad de vuestra grandeza, y por la muchedumbre de mis pecados y atrevimientos, y sobre todo por la resistencia continua á vuestras sanctas inspiraciones. Témaos yo y trema delante de Vos, ante cuyo acatamiento tremen las potestades, tiemblan las columnas del cielo y toda la redondez de la tierra. Pues ¿quién no os temerá, Rey de las gentes? ¿Quién no temblará de aquellas palabras que Vos mismo decís por vuestro Profeta: Pues ¿cómo? ¿A mí no me temeréis, y delante de mi cara no os doleréis, que puse las arenas por término de la mar, y les puse mandamiento eterno que no quebrantarán? Y embravescerse han y levantarse han sus olas, y no lo traspasarán. Pues si todas las criaturas del cielo y de la tierra desta manera os obedescen y temen por la grandeza de vuestra Majestad, ¿qué haré yo, vilísimo pecador, polvo y ceniza? Si los ángeles tremen cuando os adoran y cantan vuestras alabanzas, ¿porqué no tremen mis labios y mi corazón, cuando me atrevo yo á hacer este mismo oficio? ¡Miserable de mí, cómo se ha endurecido mi alma! ¡Cómo se han secado las fuentes de mis ojos, para no derramar muchas lágrimas, cuando habla el siervo con su señor, la criatura con su criador, el hombre con Dios, el que fué hecho de lodo con Aquél que todo lo hizo de nada! Quiero, mas no puedo, porque no puedo todo lo que deseo. Vos, Señor, enclavad con vuestro temor mis carnes, alégrese mi corazón, para que tema vuestro sancto nombre.

Témaos también, Señor, por la grandeza de vuestros juicios que dende el principio del mundo hasta hoy habéis obrado. Gran

juicio fué la caída de aquel ángel tan principal y hermoso. Gran juicio fué la caída de todo el género humano por la culpa de uno. Gran juicio fué el castigo de todo el mundo con las aguas del diluvio. Gran juicio fué la elección de Jacob y la reprobación de Esaú, el desamparo de Judas y la vocación de San Pablo, la reprobación del pueblo de los judíos y la elección de los gentiles, con otras maravillas semejantes que sin que lo sepamos, pasan de secreto cada día sobre los hijos de los hombres. Y sobre todo esto es espantable juicio ver tantas naciones sobre la haz de la tierra estar en la región y sombra de la muerte y en las tinieblas de la infidelidad, caminando por unas tinieblas á otras tinieblas, y por trabajos temporales á tormentos eternos. Témaos pues yo, Señor, por la grandeza destos juicios, pues aun no sé yo si seré como uno déstos. Porque si el justo apenas se salvará, el pecador y perverso ¿dónde parecerá? Si tiembla el inocentísimo Job del furor de vuestra ira como del ímpetu de las olas hinchadas, ¿cómo no temblará quien tan lejos está desta inocencia? Si tiembla el profeta Hieremías dentro del vientre sanctificado, y no halla rincón donde se esconda, por estar lleno del temor de vuestra ira, ¿qué hará quien salió del vientre de su madre con pecado, y después ha hecho tantos pecados? Témaos también, Señor, por la muchedumbre innumerable de mis pecados, con los cuales tengo de parescer ante vuestro juicio, cuando delante de vuestra presencia vendrá aquel fuego abrasador, y al rededor de Vos una grande tempestad, cuando juntaréis el cielo y la tierra para juzgar á vuestro pueblo. Pues allí delante de tantos millares de gentes se descubrirán mis maldades, delante de tantos coros de ángeles se publicarán todos mis pecados, no sólo de palabras y obras, sino también de pensamientos. Donde tantos tendré por jueces, cuantos me precedieron en las buenas obras, y tantos serán contra mí testigos, cuantos me dieron ejemplos de virtudes. Y con esperar tal juicio, no acabo de poner freno á mis vicios: antes todavía me estoy pudriendo en las heces de mis pecados, todavía me envilece la gula, y me envanesce la soberbia, y me estrecha la avaricia, y me consume la envidia, y me despedaza la murmuración, y me levanta la ambición, y me perturba la ira, y me derrama la liviandad, y me entorpece la pereza, y me abate la tristeza, y me levanta el favor. Veis aquí los compañeros con que he vivido dende el día de mi nascimiento has-

ta agora: éstos son los amigos con quien he conversado, éstos los maestros á quien he obedecido, éstos los señores á quien he servido. Pues no entréis, Señor, en juicio con vuestro siervo, porque no será justificado delante de Vos ninguno de los vivientes: porque ¿á quién hallaréis justo, si lo juzgáredes sin piedad y misericordia? Pues por esto, derribado á vuestros pies con espíritu humilde y atribulado, lloraré con vuestro Profeta y diré:

Señor, no me arguyáis en vuestro furor, ni me castiguéis en vuestra saña. Habed misericordia, Señor, de mí, porque soy enfermo: sanadme, Señor, porque todos mis huesos están conturbados, y mi ánima está grandemente turbada: mas Vos, Señor, ¿hasta cuándo? Convertíos, Señor, y librad mi ánima, y hacedme salvo por vuestra misericordia. Porque no hay en la muerte quien se acuerde de Vos: y en el infierno ¿quién os alabará? Trabajé en gemido, y lavaré cada una de las noches mi cama, y con lágrimas regaré mi estrado. Turbado se me ha la vista de los ojos con el amargura del dolor, y envejecido he entre todos mis enemigos. *Gloria Patri, &c. Sicut erat.*

SEGUNDA ORACIÓN.

De las alabanzas divinas.

En este ejercicio de temor y penitencia me convenía, Señor, gastar toda la vida, pues tanto tengo por qué temer y por qué llorar. Mas con todo esto la grandeza de vuestra gloria, como nos obliga á adoraros y reverenciaros, así también á alabaros y glorificaros: porque á Vos solo se debe el himno y la alabanza en Sión, por ser (como sois) un piélago de todas las perfecciones, un mar de sabiduría, de omnipotencia, de hermosura, de riquezas, de grandezas, en quién están todas las perfecciones y hermosuras de cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra, y todas en sumo grado de perfección. En cuya comparación toda hermosura es fealdad, toda riqueza es pobreza, todo poder es flaqueza, toda sabiduría es ignorancia, toda dulzura amargura, y finalmente, todo cuanto en el cielo y tierra resplandesce, mucho menos es delante de Vos que una pequeña candelica delante del sol. Vos sois sin deformidad perfecto, sin cuantidad grande, sin cualidad bueno, sin flaqueza fuerte, sin lugar dondequiera todo, en la grandeza infinito, en la virtud omnipotente, en la bondad sumo, en la

sabiduría inestimable, en los consejos terrible, en los juicios justo, en las palabras verdadero, en las obras sancto, en las misericordias copioso, para con los pecadores pacientísimo y para con los penitentes piadosísimo. Pues por tal, Señor, os confieso y por tal os alabo, y glorifico vuestro sancto nombre. Dadme Vos lumbre en el corazón y palabras en la boca, para que mi corazón piense vuestra gloria y mi boca sea llena de vuestras alabanzas. Mas porque no es hermosa la alabanza en la boca del pecador, pido yo á todos los ángeles del cielo y á todas las criaturas del mundo que ellas juntamente comigo os alaben y suplan en esta parte mis faltas, convidándolas á esto con aquel glorioso Cántico que aquellos sanctos mozos en medio de las llamas del fuego de Babilonia os cantaban, diciendo:

Bendito seáis Vos, Señor Dios de nuestros padres, y alabado y ensalzado en todos los siglos. Y bendicto sea el nombre de vuestra gloria, que es sancto, y alabado y ensalzado en todos los siglos. Bendicto seáis, Señor, en el sancto templo de vuestra gloria, y alabado y ensalzado en todos los siglos. Bendicto seáis en el trono de vuestro reino, y alabado y ensalzado &c. Bendicto seáis Vos que estáis asentado sobre los querubines, mirando los abismos, y alabado y ensalzado en todos los siglos. Bendicto seáis en el firmamento del cielo, y alabado y ensalzado en todos los siglos. Todas las obras del Señor bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo, &c.

Ángeles del Señor, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Cielos, bendicid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Todas las aguas que estáis sobre los cielos, bendicid al Señor, y alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Sol y luna, bendecid al Señor, alabadlo y enzalzadlo en todos los siglos. Agua, lluvia y rocío de la mañana, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Todos los espíritus de Dios, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Fuego y estío, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Frío y verano, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Heladas y nieves, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Noches y días, bendecid al Señor, y alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Luz y tinieblas, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Relámpagos y nubes, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en to-

dos los siglos. Bendiga la tierra al Señor, alábelo y ensálcelo en todos los siglos. Montes y collados, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo, &c. *Gloria Patri, &c.*

TERCERA ORACIÓN

que es hacimiento de gracias por los beneficios.

También, Señor, vos doy gracias por todos los beneficios y mercedes que me habéis hecho dende el día que fuí concebido, hasta este día de hoy, y por el amor *ab æterno* que me tuvistes, cuando dende entonces determinastes de criarme, y redemirme, y hacerme vuestro, y darme todo lo que hasta agora me habéis dado, pues todo cuanto tengo y espero, vuestro es. Vuestro es mi cuerpo con todos sus miembros y sentidos, vuestra mi ánima con todas sus habilidades y potencias, y vuestras todas las horas y momentos que hasta aquí he vivido, vuestras las fuerzas y la salud que me habéis dado, vuestro el cielo y la tierra que me sustentan, vuestro el sol, y la luna, y las estrellas, y los campos, y las aves, y los peces, y los animales, y todas las otras criaturas que por vuestro mandamiento me sirven. Todo esto, Señor mío, es vuestro, y por ello os doy todas cuantas gracias os puedo dar. Pero mucho mayores os las doy porque Vos quisistes ser mío, pues todo os ofrecistes y expendistes en mi remedio, pues para mí os vestistes de carne, para mí nacistes en un establo, para mí fuistes reclinado en un pesebre, para mí envuelto en pañales, para mí circuncidado al octavo día, para mí desterrado en Egipto, para mí en tantas maneras tentado, y perseguido, y maltratado, y azotado, y coronado, y deshonrado, y sentenciado á muerte, y en una cruz enclavado. Para mí ayunastes, y orastes, y velastes, y llorastes, y padescistes los mayores tormentos y deshonras que se padescieron jamás. Para mí ordenastes y confeccionastes las medicinas de vuestros sacramentos con el licor de vuestra sangre, y señaladamente el mayor de los sacramentos (que es el de vuestro Sanctísimo Cuerpo) donde estáis Vos, mi Dios, para mí reparo, para mi mantenimiento, para mi esfuerzo, para mis deleites, para prenda de mi esperanza y para testimonio de vuestro amor. Por todo esto os doy cuantas gracias os puedo dar, diciendo de todo corazón con el sancto rey David.

Bendice, oh ánima mía, al Señor, y todas cuantas cosas hay dentro de mí, bendigan á su sancto nombre. Bendice, oh ánima mía, al Señor, y no eches en olvido las mercedes que te ha hecho. Porque El se apiada de todas tus maldades, y sana todas tus enfermedades. El libró tu vida de la muerte, y El te corona con misericordia y misericordias. El cumple todos tus buenos deseos, y con esto se renovará tu juventud como la del águila. El Señor usa de misericordia, y hace justicia á todos los que padescen agravio. El enseñó sus caminos á Moisén, y declaró á los hijos de Israel su voluntad. Misericordioso y piadoso es el Señor, y largo de corazón y muy piadoso. No se ensañará para siempre, ni para siempre amenazará. No lo hizo con nosotros según nuestros pecados, ni nos dió nuestro merescido según nuestras maldades. Cuan grande es la altura que hay del cielo á la tierra, tanto ensalzó su misericordia sobre los que le temen. Cuanto dista el Oriente del Occidente, tan lejos apartó nuestros pecados de nosotros. De la manera que el padre se compadesce de sus hijos, así se compadesce el Señor de los que le temen: porque El conosce la masa flaca de que somos compuestos. Acordóse que éramos polvo, y que el hombre es como heno, y que sus días se pasan como la flor del campo. Porque saliendo el espíritu de su cuerpo, luego desfallecerá y no tornará más á su lugar. Mas la misericordia del Señor persevera dende los siglos hasta los siglos para con aquéllos que le temen. Y la justicia y sanctidad dél para con los hijos de los hijos déstos que guardan su testamento y se acuerdan de sus mandamientos para cumplirlos. El Señor aparejó en el cielo su silla, y su reino tendrá señorío sobre todos. Bendecid al Señor todos sus ángeles, que sois poderosos en virtud, y cumplís sus mandamientos, y obedecéis á la voz de su palabra. Bendecid al Señor todas sus virtudes y sus ministros que hacéis su voluntad. Bendecid al Señor todas sus obras, y en todos los lugares de su señorío bendice, oh ánima mía, al Señor. *Gloria Patri, &c.*

CUARTA ORACIÓN.

Del amor de Dios.

Y si tanta obligación tenemos á los bienhechores por razón de los beneficios, si cada beneficio es como un tizón y un incentivo de amor, y si según la muchedumbre de la leña así es

grande el fuego que se enciende en ella, ¿qué tan grande ha de ser el fuego de amor que ha de arder en mi corazón, si tanta es la leña de vuestros beneficios y tantos los incentivos que tengo de amor? Si todo este mundo visible y invisible es para mí, ¿qué tan grande es razón que sea la llama de amor que se ha de levantar dél, sino tan grande como él, mayormente, hallándose en Vos solo todas las razones y causas de amor que hay en todas las criaturas, y todas en sumo grado de perfección? Porque si por bondad va, ¿quién más bueno que Vos? Si por hermosura va, ¿quién más hermoso que Vos? Si por suavidad y benignidad va, ¿quién más suave y más benigno que Vos? Si por riquezas y sabiduría va, ¿quién más rico y más sabio que Vos? Si por amistad va, ¿quién más amó que el que tanto por nosotros padesció? Si por beneficios va, ¿cúyo es todo lo que tenemos, sino vuestro? Si por esperanza va, ¿de quién esperamos todo lo que nos falta, sino de vuestra misericordia? Si á los padres naturalmente se debe tan grande amor, ¿quién más padre que Aquél que dice: No llaméis á nadie padre sobre la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, que está en los cielos? Si los esposos son amados con tan grande amor, ¿quién es el esposo de mi ánima sino Vos? Si el último fin dicen los filósofos que es amado con infinito amor, ¿quién es mi principio y mi último fin sino Vos? ¿De dónde procedí y adónde voy á parar sino á Vos? ¿Cúyo es lo que tengo, y de quién tengo de recebir lo que me falta, sino de Vos? Finalmente, si la semejanza es causa de amor, ¿á cúya imagen y semejanza fué criada mi ánima sino á la vuestra? Pues si este título, y cada uno de todos estotros, por sí solo es tan suficiente motivo de amor, ¿cuál conviene que sea el amor que de todos estos títulos procede? Ciertamente la ventaja que hace la mar á cada uno de los ríos que en ella entran, ésta convenía que hiciese este amor á todos los otros amores.

Pues si tantas razones tengo yo, Señor Dios mío, para amaros, ¿porqué no os amaré yo con todo mi corazón y con todas mis entrañas? ¡Oh toda mi esperanza! ¡Oh el más amado de los amados! ¡Oh esposo florido, Esposo suave, Esposo melifluo! ¡Oh amable principio mío y suma suficiencia mía! ¿Cuando os amaré con todas mis fuerzas y con toda mi ánima? ¿Cuándo os agradaré en todas las cosas? ¿Cuándo estará muerto todo lo que hay en mí contrario á Vos? ¿Cuándo seré del todo vuestro?

¿Cuándo dejaré de ser mío? ¿Cuándo ninguna cosa fuera de Vos vivirá en mí? ¿Cuándo me abrasará todo la llama de vuestro amor? ¿Cuándo me arrebataréis, anegaréis y trasportaréis en Vos? ¿Cuándo, quitados todos los impedimentos y estorbos, me haréis un espíritu con Vos, para que nunca me aparte de Vos? Ah Señor, ¿qué os cuesta hacerme tanto bien? ¿Qué quitáis de vuestra casa? ¿Qué perdéis de vuestra hacienda? Pues ¿porqué, Señor, siendo Vos un piélago de infinita liberalidad y clemencia detenéis en vuestra ira vuestras misericordias para comigo? ¿Porqué han de vencer mis maldades á vuestra bondad? ¿Porqué han de ser más parte mis culpas para condenarme, que vuestra bondad para salvarme? Si por dolor y penitencia lo habéis, á mí me pesa tanto por haberos ofendido, que quisiera más haber padescido mil muertes, que haber hecho una ofensa contra Vos. Si por satisfación lo habéis, veis aquí este cuerpo miserable: ejecutad, Señor, en él todos los furores de vuestra saña, con tanto que no me neguéis vuestro amor. No os pido oro ni plata, ni aun os pido cielo, ni tierra, ni otra cosa criada: porque todo eso no me hartará sin Vos, y todo me es pobreza sin vuestro amor. Amor quiero, amor os pido, amor os demando, por vuestro amor sospiro: dadme vuestro amor, y bástame. ¿Porqué, Señor, me dilatáis tanto esta merced? ¿Porqué me veis penar día y noche, y no me socorréis? ¿Hasta cuándo, Señor, me olvidaréis? ¿Hasta cuándo apartaréis vuestro rostro de mí? ¿Hasta cuándo andará mi ánima fluctuando con tan grandes ansias y deseos? Miradme, Señor mío, y habed misericordia de mí. No os pido la ración copiosa que se da á los hijos: con una sola migajuela de las de vuestra mesa me contentaré. Aquí, pues, me presento como un pobre y hambriento cachorrillo ante vuestra rica mesa: aquí estoy mirándoos á la cara, viendo cómo coméis y dais de comer á vuestros hijos con el pasto de vuestra gloria. Aquí estoy mudando mil semblantes y figuras en este corazón, para inclinar el vuestro á que hayáis misericordia de mí. No me hartan, Señor, las cosas desta vida: á Vos solo quiero, á Vos busco: vuestro rostro, Señor, deseo, y vuestro amor siempre os pediré, y con vuestro Profeta cantaré:

Ámeos yo, Señor, fortaleza mía: el Señor es mi firmeza, y mi refugio, y mi librador, y mi Dios, y mi ayudador: esperaré en Él. Él es mi amparo y defensor de mi salud y mi recibidor. Alabando invocaré al Señor, y seré salvo de mis enemigos. *Gloria Patri, &c.*

QUINTA ORACIÓN.

De la esperanza en Dios.

Y no sólo me obliga todo esto á amaros, sino también á poner toda mi esperanza en solo Vos. Porque ¿en quién tengo yo de esperar, sino en quien tanto me ama, y en quien tanto bien me ha hecho, y en quien tanto por mí ha padescido, y en quien tantas veces me ha llamado, y esperado, y sufrido, y perdonado, y librado de tantos males? ¿En quién tengo yo de esperar sino en Aquél que es infinitamente misericordioso, piadoso, amoroso, benigno, sufridor y perdonador? ¿En quién tengo yo de esperar sino en Aquél que es mi Padre, y Padre todopoderoso, Padre para amarme, y poderoso para remediarme, Padre para quererme bien, y poderoso para hacerme bien, el cual tiene mayor cuidado y providencia de sus espirituales hijos, que ningún padre carnal de los suyos? ¿En quién finalmente tengo yo de esperar sino en Aquél que cuasi en todas sus Escrituras ninguna cosa más repite que mandarme que me llegue á Él, y espere en Él, y me promete mil favores y mercedes si así lo hiciere, dándome en prendas su verdad y palabra, y los beneficios hechos, y los tormentos padescidos, y la sangre derramada en confirmación desta verdad? Pues ¿qué no esperaré yo de un Dios tan bueno y tan verdadero, de un Dios que tanto me amó, que se vistió de carne por mí, y sufrió azotes y repelones y bofetadas por mí, y finalmente, de un Dios que se dejó morir en cruz por mí, y se encerró en una hostia consagrada para mí? ¿Cómo huirá de mí cuando lo buscare, el que así me buscó cuando yo le huía? ¿Cómo me negará el perdón cuando se lo pidiere, el que me mandó que yo se lo pidiese? ¿Cómo me negará el remedio cuando ya no le cuesta nada, el que así me lo procuró cuando tanto le costaba? Pues por todas estas razones confiadamente esperaré yo en Él, y con el sancto Profeta en todas mis tribulaciones y necesidades esforzadamente cantaré: El Señor es mi luz y mi salud, ¿á quién temeré? El Señor es defensor de mi vida, ¿de quién habré miedo? Si se asentaren contra mí reales de enemigos, no temerá mi corazón, y si se levantare batalla contra mí, en Él esperaré yo. *Gloria Patri, &c. Sicut, &c.*

SEXTA ORACION.

De la obediencia.

MAS porque no está segura la esperanza sin la obediencia (según aquello del Psalmista, que dice: Sacrificad sacrificio de justicia, y esperad en el Señor) dadme Vos, Dios mío, que con esta esperanza en vuestra misericordia junte yo la obediencia de vuestros sanctos mandamientos, pues no menos os debo yo esta obediencia que todos los otros afectos virtuosos, pues Vos sois mi Rey, mi Señor, mi Emperador, á quien el cielo, y la tierra, y la mar, y todas las criaturas obedescen, cuyos mandamientos y leyes hasta agora han guardado y guardarán para siempre. Pues obedézcaos yo, Señor, más que todas ellas, pues os soy más obligado que ellas. Obedézcaos yo, Rey mío, y guarde enteramente todas vuestras leyes sanctísimas. Reinad Vos, Señor, en mí, y no reine más en mí el mundo, ni el príncipe deste mundo, ni mi carne, ni mi propria voluntad, sino la vuestra. Vayan fuera de mí todos estos tiranos, usurpadores de vuestra silla, ladrones de vuestra gloria, pervertidores de vuestra justicia, y solo Vos, Señor, mandad y ordenad, y Vos solo y vuestro sceptro sea reconocido y obedescido, para que así se haga vuestra voluntad en la tierra como se hace en el cielo. ¡Oh! ¿Cuándo será este día? ¡Oh! ¿Cuándo me veré libre destos tiranos? ¡Oh! ¿Cuándo no se oirá en mi ánima otra voz sino la vuestra? ¡Oh! ¿Cuándo estarán tan rendidas las fuerzas y lanzas de mis enemigos, que no haya contradición en mí para el cumplimiento de vuestra sancta voluntad? ¿Cuándo estará tan sosegado este mar, cuándo tan sereno y escombrado este cielo, cuándo tan calladas y mortificadas mis pasiones, que no haya alteración ni clamor, ni otra alguna perturbación que altere esta paz y obediencia y que impida este vuestro reino en mí? Dadme Vos, Señor, esta obediencia, ó (por mejor decir) dadme este señorío sobre mi corazón, para que de tal manera me obedezca él á mí que del todo lo subjecte yo á Vos, y puesto en esta subjección, diga de todo mi corazón con el Profeta: Ponme, Señor, por ley el camino de tus mandamientos, y yo procuraré por guardarlos. Dame entendimiento, y escudriñaré tu ley, y guardarla he con todo mi corazón. Guíame, Señor, por la senda de tus mandamientos,

porque ésa es la que yo deseo. Inclina mi corazón á la guarda de tus leyes, y no á la cobdicia del dinero. Cierra mis ojos para que no vean la vanidad, y esfuérzame en tus caminos.

Gloria Patri, & Filio, & Spiritui Sancto, &c.

SÉPTIMA ORACIÓN

En que el hombre ofrece á sí y á todas sus cosas á Dios y le pide su gracia.

ASÍ como estoy obligado, Señor, á obedeceros, así también lo estoy á entregarme y ofrecerme á Vos y resignarme en vuestras manos, pues soy todo vuestro, y vuestro por tantos y tan justos títulos: vuestro, porque me criastes y distes este ser que tengo: vuestro, porque me conserváis en él con los beneficios y regalos de vuestra providencia: vuestro, porque me sacastes de captivo y me comprastes, no con oro ni plata, sino con vuestra sangre: y vuestro, porque tantas otras veces me habéis redemido cuantas me habéis sacado de pecado. Pues si por tantos títulos soy vuestro, y si Vos por tantos títulos sois mi Rey, mi Señor y mi Redemptor, y mi librador, aquí os vuelvo á entregar vuestra hacienda, que soy yo: aquí me ofrezco por vuestro esclavo y captivo, aquí os entrego las llaves y homenaje de mi voluntad, para que de aquí adelante no sea más mío ni de nadie, sino vuestro, para que ya no viva sino para Vos, ni haga más mi voluntad sino la vuestra, de tal manera, que ni coma, ni beba, ni duerma, ni haga otra cosa que no sea según Vos y para Vos. Aquí me presento á Vos para que dispongáis de mí como de hacienda vuestra á vuestra voluntad. Si queréis que viva, que muera, que esté sano, que enfermo, que rico, que pobre, que honrado, que abatido, para todo me ofrezco y resigno en vuestras manos y me desposeo de mí, para que no sea ya mío sino vuestro, para que lo que es vuestro por justicia, lo sea por mi voluntad. Mas ¿quién podrá, Señor, hacer nada desto sin Vos? ¿Quién podrá dar un paso sin Vos? Por tanto, Señor, dadme poder para hacer lo que mandáis, y mandad lo que quisiéredes. Acordaos, Señor, que Vos mismo nos mandastes instantísimamente que os pidiésemos, diciendo: Pedid, y recebiréis: buscad, y hallaréis: llamad, y abriros han. Vos mismo también dijistes por vuestro Profeta: Dios justo y salvador nó lo hay sino

yo. Convertíos á mí todos los fines de la tierra, y seréis salvos. Pues si Vos mismo, Señor, nos llamáis, nos convidáis y nos abrís los brazos para que nos alleguemos á Vos, ¿porqué no confiaremos que nos recibiréis en ellos? No sois Vos, Señor, como los hombres, que se empobrecen dando, y por eso se importunan cuando les piden. No sois Vos así, porque como no os empobrecéis en lo uno, no os importunáis en lo otro. Y por eso pediros no es importunaros sino obedeceros (pues Vos mandáis que os pidamos) y también honraros y glorificaros, porque con esto protestamos que Vos sois Dios y universal señor y dador de todo, á quien todo se ha de pedir, pues de Vos depende todo. Y así Vos mismo nos pedís este linaje de sacrificio sobre todos los otros, diciendo: Llámame en el día de la tribulación, y librarte he, y honrarme has. Pues movido yo por este tan piadoso mandamiento, me llego á Vos y os pido tengáis por bien darme todo esto que os debo yo, conviene saber, que así os adore, así os tema y reverencie, y así os alabe, así os dé gracias por todos vuestros beneficios, así os ame con todo mi corazón, así tenga toda mi esperanza puesta en Vos, así obedezca á vuestros sanctos mandamientos, y así me ofrezca y resigne en vuestras manos, y así os sepa pedir estas y otras mercedes, como conviene para vuestra gloria y para mi salvación. Pídoos también, Señor, me otorguéis perdón de mis pecados y verdadera contrición y confesión de todos ellos, y me déis gracia para que no os ofenda más en ellos ni en otros: y señaladamente os pido virtud para castigar mi carne, enfrenar mi lengua, mortificar los apetitos de mi corazón y recoger los pensamientos de mi imaginación, para que estando yo así todo renovado y reformado, merezca ser templo vivo y morada vuestra. Dadme también todas aquellas virtudes con que sea no sólo purificada, sino también adornada esta morada vuestra, que son, temor de vuestro sancto nombre, firmísima esperanza, profundísima humildad, perfectísima paciencia, clara discreción, pobreza de espíritu, perfecta obediencia, continua fortaleza y diligencia para todos los trabajos de vuestro servicio, y sobre todo, ardentísima caridad para con mis prójimos y para con Vos. Y porque yo nada desto merezco, acordaos, Señor, de vuestra misericordia, que presupone nuestra miseria para haber de ejecutarse. Acordaos que no queréis la muerte del pecador (como Vos mismo dijistes) sino que se convierta y viva.

Acordaos que vuestro unigénito Hijo no vino á este mundo (como Él mismo lo dice) á buscar justos, sino pecadores. Acordaos que cuanto en este mundo hizo y padesció, dende el día que nasció, hasta que expiró en la cruz, no lo padesció por sí, sino por mí: lo cual todo os ofrezco en sacrificio por mis necesidades y pecados, y por Él, y no por mí, os pido esta misericordia. Porque pues de Vos se dice que honráis al padre en los hijos, honrad á Él, haciéndome bien á mí. Acordaos que me socorro á Vos, y me entro por vuestras puertas, y como á verdadero médico y Señor os presento mis necesidades y llagas, y con este espíritu os llamaré con aquella oración que el profeta David compuso diciendo:

Inclina, Señor, tus orejas, y óyeme, porque pobre y necesitado soy yo. Guarda mi ánima, porque á ti estoy ofrecido: salva, Dios mío, á este tu siervo que espera en ti. Ten misericordia de mí, Señor, porque á ti clamé todo el día: alegra el ánima de tu siervo, porque á ti, Señor, la levanté. Porque tú, Señor, eres suave, manso y de mucha misericordia para todos los que te llaman. Recibe, Señor, en tus oídos mi oración, y atiende á la voz de mi suplicación. En el día de mi tribulación clamé á ti, porque me oíste. No hay quien sea semejante á ti entre los dioses, Señor, no hay quien haga las obras que haces tú. Todas las gentes que heciste, vendrán, y adorarán delante de ti, Señor, y glorificarán tu sancto nombre. Porque grande eres tú, y obrador de maravillas: tú solo eres Dios. Guíame, Señor, por tu camino, ande yo en tu verdad, alégrese mi corazón, para que tema tu sancto nombre. Alabarte he, Señor Dios mío, de todo mi corazón, y tu nombre para siempre glorificaré. Porque tu misericordia ha sido grande para conmigo, y libraste mi alma del infierno más bajo.

Gloria Patri, & Filio, &c. Sicut erat, &c.

ORACIÓN AL ESPÍRITU SANCTO.

OH Espíritu Sancto consolador, que en el día sancto de Pentecostés descendiste sobre los Apóstoles, y hinchiste aquellos sagrados pechos de caridad, de gracia y de sabiduría, suplícote, Señor, por esta inefable largueza y misericordia hinchas mi ánima de tu gracia, y todas mis entrañas de la dulzura inefable de tu amor. Ven, oh Espíritu Sanctísimo, y envíanos dende el

cielo un rayo de tu luz. Ven, oh Padre de los pobres. Ven, dador de las lumbres y lumbre de los corazones. Ven, consolador muy bueno, dulce esposo de las ánimas y dulce refrigerio dellas. Ven á mí, limpieza de los pecados y médico de las enfermedades. Ven, fortaleza de flacos y remedio de caídos. Ven, maestro de los humildes y destruídor de los soberbios. Ven, singular gloria de los que viven, y salud única de los que mueren. Ven, Dios mío, y aparéjame para ti con la riqueza de tus dones y misericordias. Embriágame con el don de la sabiduría, alúmbrame con el don del entendimiento, rígeme con el don del consejo, confórtame con el don de la fortaleza, enséñame con el don de la sciencia, hiéreme con el don de la piedad, y traspasa mi corazón con el don del temor.

Oh dulcísimo amador de los limpios corazones, enciende y abrasa todas mis entrañas con aquel suavísimo fuego de tu amor, para que todas ellas así abrasadas sean arrebatadas y llevadas á ti, que eres mi último fin y abismo de todos los bienes. Oh dulcísimo amador de las ánimas limpias, pues tú sabes, Señor, que yo de mí ninguna cosa puedo, extiende tu piadosa mano sobre mí, y hazme salir de mí, para que así pueda pasar á ti. Y para esto, Señor, derriba, mortifica, aniquila y deshace en mí todo lo que quisieres, para que todo me hagas á tu voluntad, para que toda mi vida sea un sacrificio perfecto, que todo se abrase en el fuego de tu amor. ¡Oh, quién me diese que á tan grande bien me quisieses admitir! Mira que á ti sospira esta pobre y miserable criatura tuya día y noche. Tuvo sed mi ánima de Dios vivo, ¿cuándo vendré y paresceré ante la cara de todas las gracias? ¿Cuándo entraré en el lugar de aquel tabernáculo admirable hasta la casa de mi Dios? ¿Cuándo hinchirás mi ánima de alegría con tu divino rostro? ¿Cuándo se verá ella harta con tu divina presencia? ¡Oh fuente de resplandores eternos! Tórname, Señor, á encerrar en aquel abismo de donde procedí, donde te conozca como tú me conosciste, y te ame como tú me amaste, y te vea para siempre en compañía de todos los sanctos. Amén.

ORACIÓN PARA MIENTRAS SE DICE LA MISA

Y PARA OTRO CUALQUIER TIEMPO

TOMADA DE MUCHAS PALABRAS DE S. AUGUSTÍN.

CLEMENTÍSIMO y soberano Criador de cielos y tierra, yo el más vil de todos los pecadores, juntamente con la Iglesia te ofrezco este preciosísimo sacrificio de tu unigénito Hijo por todos los pecados del mundo. Mira, clementísimo Rey, al que padesce, y acuérdate benignamente por quién padesce. ¿Por ventura no es éste, Señor, el Hijo que entregaste á la muerte por remedio del siervo desagradecido? ¿Por ventura no es éste el auctor de la vida, el cual, llevado como oveja al matadero, no rehusó padescer un tan cruel linaje de muerte? Vuelve, Señor Dios mío, los ojos de tu majestad sobre esta obra de inefable piedad. Mira el dulce Hijo extendido en un madero, sus manos inocentísimas corriendo sangre, y ten por bien perdonar las maldades que cometieron las mías. Considera su pecho desnudo, herido con un cruel hierro de lanza, y renuévame con la sagrada fuente que de ahí creo haber salido. Mira esos sacratísimos pies (que nunca anduvieron por el camino de los pecadores) atravesados con duros clavos, y ten por bien enderezar los míos en el camino de tus sanctos mandamientos. ¿Por ventura no consideras, piadoso Padre, la cabeza descaescida del amantísimo Hijo, su blanca cerviz inclinada con la presencia de la muerte? Mira, clementísimo Criador, cuál está el cuerpo del Hijo tan amado, y ten misericordia del siervo redimido. Mira cómo está blanqueando su pecho desnudo, cómo bermejea su sangriento costado, cómo están secas sus entrañas estiradas, cómo están descaídos sus ojos hermosos, cómo está amarilla su real figura, cómo están yertos sus brazos tendidos, cómo están colgadas sus rodillas de alabastro, y cómo riegan sus atravesados pies los arroyos de aquella sangre divina. Mira, glorioso Padre, los miembros descoyuntados del amantísimo Hijo, acuérdate de las miserias de tu vil criado. Mira el tormento del Redemptor, y perdona las culpas del redemido. Este es nuestro fiel abogado delante de ti, Padre todopoderoso. Éste es aquel sumo Pontífice que no tiene necesidad de ser sanctificado con la sangre ajena, pues Él resplandece rociado con la suya propria. Éste es el sacrificio sancto, agradable y per-

fecto, ofrecido y aceptado en olor de suavidad. Éste es el Cordero sin mancilla, enmudecido ante los que le trasquilaban: el cual herido con azotes, afeado con salivas, injuriado con oprobrios, no abrió su boca. Éste es el que no habiendo hecho pecados, padesció por nuestros pecados, y sanó nuestras heridas con las suyas.

Pues ¿qué heciste tú, oh dulcísimo Señor, porque así fueses juzgado? ¿Qué cometiste, inocentísimo Cordero, porque así fueses tractado? ¿Qué fueron tus culpas, y qué la causa de tu condenación? Verdaderamente, Señor, yo soy la llaga de tu dolor, yo la ocasión de tu muerte y la causa de tu condenación. ¡Oh maravillosa dispensación de Dios! Peca el malo, y es castigado el bueno: ofende el reo, y es herido el inocente: comete la culpa el siervo, y págala su Señor. ¡Hasta dónde, oh hijo de Dios, hasta dónde descendió tu humildad! ¡Hasta dónde se extendió tu caridad! ¡Hasta dónde procedió tu amor! ¡Hasta dónde llegó tu compasión! Yo cometí la maldad, y tú sufres el castigo: yo hice los pecados, y tú padesces los tormentos: yo me ensoberbecí, y tú eres humillado: yo soy el desobediente, y tú hecho obediente hasta la muerte, pagas la culpa de mi desobediencia. Cata aquí, Rey de gloria, cata aquí tu piedad y mi impiedad, tu justicia y mi maldad. Mira pues agora, Padre Eterno, cómo hayas de haber misericordia de mí, pues devotamente te he ofrecido la más preciosa ofrenda que se te podía ofrecer. Hete presentado á tu amantísimo Hijo, y puesto entre ti y mí este fiel abogado. Recibe con serenos ojos al buen Pastor, y mira la oveja descarriada que Él trae sobre sus hombros. Ruégote, Rey de los reyes, por este Sancto de los sanctos, que sea yo uñido con Él en espíritu, pues Él no tuvo asco de juntarse comigo en carne. Y suplícote húmilmente que por esta oración le merezca yo tener por ayudador, pues de gracia, sin que yo te lo meresciese, me lo diste por Redemptor.

SÍGUESE UNA DEVOTÍSIMA ORACIÓN

á Nuestra Señora.

OH Virgen gloriosa, bienaventurada, más pura que los ángeles, más resplandeciente que las estrellas, ¿cómo parecerá mi oración delante de ti, pues la gracia que merescí por la pasión

de quien me redimió, perdí por la maldad de mi culpa? Mas aunque yo sea tan grande pecador, viendo mi demanda ser justa, osaré rogarte que me oyas. Oh Reina y Señora mía, suplícote ruegues á tu sagrado Hijo que por su infinita bondad y misericordia me perdone lo que contra su voluntad y mandamiento hice. Y si esto por mi indignidad no me fuere concedido, séame otorgado porque no perezca lo que Él crió á su imagen y semejanza. Tú eres luz de las tinieblas, tú eres espejo de los sanctos, tú eres esperanza de los pecadores. Todas las generaciones te bendicen, todos los tristes te llaman, todos los buenos te contemplan, todas las criaturas se alegran en ti: los ángeles en el cielo con tu presencia, las ánimas en el purgatorio con tu consuelo, los hombres en la tierra con tu esperanza. Todos te llaman, y á todos respondes, y por todos ruegas. Pues ¿qué haré yo, pecador indigno, para alcanzar tu gracia, que mi pecado me turba, y mi desmerescer me aflige, y mi malicia me enmudece? Ruégote, Virgen preciosísima, por aquel tan grave y mortal dolor que sentiste, cuando viste tu amado Hijo caminar con la cruz á cuestas al lugar de la muerte, quieras mortificar todas mis pasiones y tentaciones, porque no se pierda por mi maldad lo que Él redimió por su sangre. Aquellas piadosas lágrimas que derramaste cuando las llagas y sangre de tu bendito Hijo viste, pon siempre en mi pensamiento, porque contemplando en ellas, salgan tantas de mis ojos, que basten para lavar las máculas de mis pecados. Porque ¿cuál pecador osará parescer sin ti ante aquel eterno Juez, que aunque es manso en el sufrimiento, es justo en el castigo, pues ni el galardón por el bien se niega, ni la pena por el mal se excusa? Pues ¿quién será tan justo, que para este juicio no tenga necesidad de tu ayuda? ¿Qué será de mí, Virgen bienaventurada, si lo que perdí por mi pecado, no gano por tu intercesión? Gran cosa te pido según mis yerros, mas muy pequeña según tu virtud. Nada es lo que yo te puedo pedir, según lo que tú me puedes dar. Reina de los ángeles, emienda mi vida y ordena todas mis obras de tal manera, que merezco yo (aunque malo) ser de ti oído con piedad. Muestra, Señora, tu misericordia en mi remedio, porque desta manera los buenos te alaben, y los malos esperen en ti. Los dolores que pasaste en la pasión de tu amantísimo hijo y redemptor mío Jesucristo, estén siempre ante mis ojos, y tus penas sean manjar de mi corazón. No me desampare tu ámparo, no me falte tu piedad, no me olvide

tu memoria. Si tú, Señora, me dejas, ¿quién me sosterná? Si tú me olvidas, ¿quién se acordará de mí? Si tú, que eres estrella de la mar y guía de los errados, no me alumbras, ¿qué será de mí? No me dejes tentar del enemigo: y si me tentare, no me dejes caer: y si cayere, ayúdame á levantar. ¿Quién te llamó, Señora, que no le oyeses? ¿Quién te sirvió, que no le galardonases con mucha magnificencia? Haz, Virgen gloriosísima, que mi corazón sienta el traspasamiento que tenías, cuando después de bajado de la cruz tu preciosísimo Hijo, lo tomaste en tus brazos, no teniendo fuerzas para más llorar, mirando á aquella imagen preciosísima de los ángeles adorada y entonces de los malos escupida, y viendo la extraña crueldad con que pagó la inocencia del justo por la desobediencia del pecador. Contemplo yo, Reina mía, cuál estabas entonces, los brazos abiertos, los ojos mortales, inclinada la cabeza, sin color en el rostro, sintiendo mayor tormento en el ánima, que nadie pudiera sentir en su proprio cuerpo. Estén siempre en mis oídos estas dolorosas palabras que entonces decías á los que te miraban: Oh vosotros que pasáis por el camino, ved si hay dolor semejante á mi dolor, porque por ellas merezca yo ser oído de ti. Hinca, Señora, en mi ánima aquel cuchillo de dolor que traspasó la tuya, cuando pusiste en el sepulcro aquel descoyuntado cuerpo de tu preciosísimo Hijo, porque me acuerde que soy de tierra, y que al cabo he de volver lo que della recebí, porque no me engañe la gloria perecedera deste siglo. Pon, Señora, en mi memoria cuántas veces volvías á mirar el monumento donde tanto bien dejabas encerrado, porque alcance yo tal gracia de ti, que quieras volver á mirar mi petición. Sea mi compañía la soledad en que estuviste aquella noche dolorosa, donde no tenías otra cosa más viva que tus dolores, bebiendo el agua de tus piadosas lágrimas y comiendo el manjar de tus lastimeras contemplaciones: porque llorando yo el angustia que padesciste en la tierra, me hagas ver la gloria que mereciste en el cielo. Amén.

ORACIÓN DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

para pedir todas las virtudes.

TODOPODEROSO y misericordioso Señor Dios, dadme gracia para que las cosas que son agradables á vuestra divina voluntad, con grande ardor las desee, prudentemente las busque,

verdaderamente las conozca y perfectamente las cumpla, para gloria y honra de vuestro sancto nombre. Ordenad, Señor, el estado de mi vida, y lo que me mandáis que haga, dadme luz para que lo entienda, y fuerzas para que los ponga por obra, así como conviene para la salud de mi ánima. Séame, Señor, el camino para Vos seguro, derecho y perfecto, y tal que entre las prosperidades y adversidades desta vida no desfallezca, para que en las prosperidades os alabe, y en las adversidades no desmaye, y ni me ensoberbezca en las unas, ni desconfíe en las otras.

De ninguna cosa tenga tristeza ni alegría, sino de lo que me llegare á Vos ó me apartare de Vos. A nadie desee contentar sino á solo Vos, ni tema descontentar á otro que á Vos. Séanme viles todas las cosas transitorias por amor de Vos, y muy caras y preciosas todas las vuestras, y Vos, Dios mío, sobre todas ellas. Séame, Señor, molesto todo gozo sin Vos, y no desee alguna cos fuera de Vos: séame alegre cualquier trabajo por Vos, y enojoso cualquier descanso sin Vos.

Dadme que á menudo levante á Vos mi corazón, y si alguna vez desto faltare, recompense esta falta con pesarme della y proponer de emendarla. Hacedme, Señor Dios, humilde sin fingimiento, alegre sin distraimiento, triste sin descaescimiento, maduro sin pesadumbre, verdadero sin doblez, casto sin corrupción, temeroso sin desesperación, confiado sin presumpción y paciente sin indignación. Concededme que ame al prójimo sin fingimiento y le edifique con obras y con palabras sin soberbia. Dadme gracia para que obedezca á los mayores sin contradicción, y que sufra voluntariamente los trabajos sin murmuración. Dadme, dulcísimo Díos mío, un corazón velador que ningún pensamiento lo aparte de Vos, un corazón noble que ningún bajo deseo lo captive, un corazón valeroso que ningún trabajo lo quebrante, un corazón libre que ninguna pasión lo lleve tras sí, y un corazón derecho que ninguna mala intención pueda doblarle. Dadme, dulcísimo y suavísimo Señor, entendimiento que os conozca, cuidado que os busque, sabiduría que os halle, y vida que siempre os agrade, y perseverancia que confiadamente os espere, y esperanza que felizmente os abrace. Dadme que merezca yo ser enclavado en vuestra cruz por penitencia, y que use de vuestros beneficios en este mundo por gracia, y goce de vuestras alegrías en el cielo por gloria.

TRACTADO TERCERO

EL CUAL CONTIENE UNA INSTRUCCIÓN

Y REGLA DE BIEN VIVIR

GENERAL PARA TODOS.

EL mayor de todos los negocios del mundo (para el cual solo el hombre fué criado, y para el cual fueron criadas todas las cosas del mundo, y por el cual el mismo Criador y Señor de todo vino al mundo, y murió, y predicó en el mundo) es la salvación y sanctificación del hombre. Pues el que de veras y de todo corazón desea cumplir con este tan gran negocio (en cuya comparación es nada cuanto hay de los cielos abajo) la suma de todo lo que para esto debe hacer, consiste en una sola cosa, que es, en tener el hombre en su ánima un muy firme y determinado propósito de nunca jamás cometer pecado mortal por cosa del mundo, que sea hacienda, que sea honra, que sea vida, ó cosa semejante. De manera que así como la buena mujer y el buen capitán están determinados de morir antes que hacer traición, la una á su marido y el otro á su rey, así el buen cristiano ha de estar determinado de nunca hacer este linaje de traición á Dios, la cual se comete por un pecado mortal. Y pecado mortal llamamos aquí brevemente cualquiera cosa que se comete contra alguno de los mandamientos de Dios ó de la sancta madre Iglesia.

Y como haya muchas maneras destos pecados, los más ordinarios y en que más veces suelen caer los hombres, son cinco, conviene saber, odios, carnalidades, juramentos en vano, tomar lo ajeno y detraer ó infamar al prójimo, y otros tales. El que déstos se apartare, fácilmente podrá evitar todos los otros. Ésta es la suma de todo lo que el buen cristiano debe hacer, comprehendida en pocas palabras, y esto basta para su salvación. Mas porque cumplir con esta obligación enteramente es cosa que tie-

ne dificultades, por las grandes lazos y peligros del mundo, y por la mala inclinación de nuestra carne, y por los combates continuos del enemigo, por esto debe el hombre ayudarse de todas las cosas que para esto le pueden servir: y aquí está la llave deste negocio.

Entre las cuales cosas la primera es considerar profundamente qué tan grande mal sea un pecado mortal, para provocarse con esto al aborrecimiento dél. Y para esto debe considerar dos cosas entre otras muchas: la primera, qué es lo que por el pecado mortal se pierde, y la segunda, qué tanto es lo que Dios lo aborrece. Cuanto á lo primero, por el pecado mortal se pierde la divina gracia y junto con ella todas las virtudes infusas que della proceden, aunque no se pierde la fe ni la esperanza. Piérdese también por entonces el derecho de la vida eterna, que se da por las obras hechas en gracia. Piérdese el amistad de Dios y la adopción y título de hijos de Dios, y el tractamiento y regalo de hijos, y la providencia paternal que Dios tiene de todos aquéllos que toma por hijos. Piérdese también el fructo y mérito de todas las buenas obras que el hombre ha hecho dende que nasció hasta aquella hora, y piérdese el mérito de los bienes que el hombre hace de presente: y finalmente, por el pecado se pierde Dios (que es bien infinito) y gánase el infierno (que es mal infinito) pues priva de Dios y dura para siempre. De donde viene á ser que el ánima que hasta entonces era templo vivo de Dios y esposa del Espíritu Sancto, queda hecha esclava del demonio y cueva de Satanás. Esto es en suma lo que por el pecado se pierde.

Mas cuánto sea lo que Dios lo aborrece, conoscerse ha esto por los castigos espantables que contra él tiene hechos dende el principio del mundo, especialmente por el castigo de aquel grande ángel, y de aquel primer hombre, y de todo el mundo con las aguas del diluvio, y de aquellas cinco ciudades que ardieron con llamas del cielo, y de la destruición de Hierusalem, y de Babilonia, y de otras muchas ciudades, reinos, imperios: y sobre todo, por el castigo que se da en el infierno por un pecado: y mucho más por aquel tan grande y tan espantoso castigo y sacrificio que se hizo en las espaldas de Cristo, el cual quiso Dios que muriese por matar y desterrar del mundo una cosa que Él tanto aborrecía, como es el pecado. Quien estas cosas profunda-

mente considerare, no podrá dejar de quedar atónito de ver la facilidad con que los hombres el día de hoy hacen un pecado. Ésta es, pues, la primera cosa que sirve grandemente para evitarlo y aborrecerlo.

2. Lo segundo, ayuda también para esto huir prudentemente las ocasiones de los pecados, como son, juegos, malas compañías, y conversaciones de hombres con mujeres, y señaladamente vistas peligrosas de ojos, y otras cosas semejantes. Porque si el hombre quedó tan flaco por el pecado, que él mismo de su proprio estado se cae y peca, ¿qué hará si la ocasión le tira por la halda, convidándole con la presencia del objecto y con la oportunidad y facilidad para pecar, mayormente siendo verdad lo que comúnmente se dice, que en el arca abierta el justo peca?

3. Lo tercero, ayuda también á esto examinar cada día, antes que el hombre se acueste, su consciencia, y mirar en lo que ha pecado aquel día, y acusarse dello ante nuestro Señor, y pedirle perdón y gracia para la emienda dello: y á la mañana (cuando se levanta) armarse y apercebirse con nueva oración y determinación contra aquel pecado, ó contra aquellos pecados á que se siente más inclinado, y poner allí mayor recaudo, donde siente mayor peligro.

4. Lo cuarto, ayuda también para esto evitar cuanto sea posible los pecados veniales, porque éstos disponen para los mortales. Por donde así como los que temen muy mucho la muerte, trabajan todo lo posible por excusar las enfermedades, que disponen para ella, así también los que desean evitar los pecados mortales (que son muerte del ánima) deben todo cuanto sea posible evitar también los veniales, que son enfermedades que disponen para ella. Y demás desto, el que fuere solícito y fiel en lo poco, de creer es que lo será también en lo mucho, y que quien anda con cuidado de evitar los males menores, más seguro estará de los mayores. Y por pecados veniales entendemos aquí palabras ociosas, risas desordenadas, comer, beber, dormir demasiado, tiempo mal gastado, mentiras livianas y otras cosas tales que aunque no quitan la caridad, apagan el hervor della.

5. Lo quinto, ayuda también para esto la aspereza y mal tratamiento de la carne, así en el comer como en el dormir y vestir, y en todo lo demás: la cual como sea un manantial y in-

centivo de los pecados, cuanto más flaca y debilitada estuviere, tanto más débiles y flacos serán los apetitos y pasiones que della procederán. Porque así como la tierra seca y flaca lleva también flacas las plantas que en ella nascen, pero si es tierra gruesa y está bien regada y estercolada, las lleva por el contrario muy verdes y muy poderosas, así también lo hace esta nuestra carne acerca de las pasiones que della proceden, según estuviere mal tractada ó bien tractada.

Verdad es que todo esto se ha de hacer con discreción y moderación: mas esto á pocos es menester aconsejarse el día de hoy. Y para acertar en esto, debe el hombre todas cuantas veces se llega á la mesa, demás de la bendición della, levantar el corazón á Dios, y pedirle esta templanza, y procurar él cuando come por tenerla.

6. Lo sexto, ayuda también para esto traer siempre grande cuenta con la lengua: porque ésta es la parte con que más fácilmente y más veces pecamos: porque la lengua es un miembro muy deleznable, que fácilmente desvara en mil maneras de palabras feas, airadas, jactanciosas, vanas, y asimismo en mentiras, juramentos, maldiciones, murmuraciones, lisonjas y otras tales. Por donde dijo el Sabio que en el mucho hablar no podía faltar pecado, y que la muerte y la vida están en manos de la lengua. Por lo cual es muy buen consejo que todas cuantas veces hubieres de hablar en materias y con personas donde puedes recelar algún peligro, ó de murmuración, ó de jactancia, ó de mentira, ó de vanagloria, que primero levantes los ojos á Dios y te encomiendes á Él, y le digas con el Profeta: *Pone, Domine, custodiam ori meo, & ostium circumstantiæ labiis meis.* Y junto con esto, mientra hablares, lleva grande tiento en las palabras (como lo lleva el que pasa un río por algunas piedras que están en él atravesadas) para que no desvares en algunos destos peligros.

7. Lo séptimo, ayuda el no dejar pegar el corazón con demasiado amor á ninguna cosa visible, sea honra, sea hacienda, sean hijos ó cualquier otra cosa temporal. Porque este amor es un gran motivo cuasi de cuantos pecados, cuidados, enojos, pasiones y desasosiegos hay en el mundo. Por lo cual dijo el Apóstol que la codicia (que es la demasiada afición de las cosas temporales) era raíz de todos los males. Por esto debe el hombre vivir siempre con atención y cuidado de no dejar pe-

gar el corazón demasiadamente á estas cosas: antes debe siempre tirarle del freno (cuando viere que se va de boca) y no querer las cosas más de como ellas merescen ser queridas, que es como bienes pequeños, frágiles, inciertos y momentáneos, desviando el corazón dellos, y traspasándole á aquel sumo, único y verdadero bien.

El que desta manera amare las cosas temporales, no se despereseerá por ellas cuando le faltaren, ni se ahogará cuando se las quitaren, ni cometerá otras infinitas maneras de pecados que cometen los amadores destas cosas, ó por alcanzarlas, ó por acrecentarlas, ó por defenderlas. Aquí está la llave deste negocio: porque sin dubda el que este amor ha templado, señor es ya del mundo y del pecado.

8. Lo octavo, ayuda también para esto la virtud de la limosna y misericordia, por la cual meresce el hombre alcanzarla delante de Dios, y ella es una de las grandes armas que hay contra el pecado. Por lo cual dijo el Eclesiástico: La limosna del hombre es como bolsa de dineros que lleva consigo, y ella es la que conserva su gracia como la lumbre de los ojos, y ella le defenderá y peleará contra sus enemigos más que la lanza y que el escudo del poderoso. Acuérdese también que todo el fundamento de la vida cristiana es caridad, y que es la señal por donde habemos de ser conoscidos por discípulos de Cristo: y la señal desta caridad es la limosna y misericordia para con enfermos, pobres, atribulados, encarcelados, y para con todos los miserables, á los cuales debemos ayudar y socorrer, según nuestra posibilidad, con obras piadosas, y con palabras blandas, y con oraciones devotas, rogando al Señor por ellos y ayudándolos con lo que tuviéremos.

9. Lo nono, ayuda mucho para esto la lición de los buenos libros (así como daña mucho la de los malos) porque la palabra de Dios es nuestra luz, nuestra medicina, nuestro mantenimiento, nuestro maestro, nuestra guía, nuestras armas y todo nuestro bien, pues ella es la que hinche nuestro entendimiento de luz, y nuestra voluntad de buenos deseos, y con esto ayuda á recoger el corazón cuando está más distraído, y á despertar la devoción cuando está más apagada y más dormida.

10. Lo décimo, ayuda también para esto andar siempre en la presencia de Dios, y traerlo ante los ojos presente (en cuanto

nos sea posible) como testigo de nuestras obras, y juez de nuestra vida, y ayudador de nuestra flaqueza, pidiéndole siempre como á tal con devotas y humildes oraciones el socorro de su gracia. Mas esta continuada atención no sólo ha de ser á Dios, sino también al regimiento y gobierno de nuestra vida, de tal manera, que el un ojo traigamos siempre puesto en Él para reverenciarlo y pedirle misericordia, y el otro en lo que hubiéremos de hacer y decir, para que en ninguna cosa salgamos del compás de la razón. Y esta manera de atención y vigilancia es el principal gobernalle de nuestra vida. Y si no pudiéremos continuar esta manera de atención á Dios, á lo menos procuremos levantar el corazón á Él muchas veces entre día y noche con algunas breves oraciones, las cuales para esto debemos tener diputadas. Y entre ellas es muy alabado de Casiano aquel verso de David que dice: *Deus, in adjutorium meum intende: Domine, ad adjuvandum me festina.* Otros tales como éste se hallarán á cada paso en el mismo profeta. Cuando nos acostamos dice San Juan Clímaco que nos pongamos como estaremos en la sepultura, y que por esta manera de postura pensemos en la hora que esperamos. Y será bien decir el hombre sobre sí un responso, como sobre un defuncto. Cuando despertáremos de noche, sea diciendo un *Gloria Patri,* ó cosa semejante. Y cuando abriéremos los ojos por la mañana, sea diciendo: *Deus, Deus meus ad te de luce vigilo &c.* ó *Diligam te, Domine, fortitudo mea, Dominus firmamentum meum & refugium meum & liberator meus,* ó cosa semejante. Todas las veces que el reloj diere la hora, diga: Bendicta sea la hora en que mi Señor Jesucristo nasció y murió por mí. Señor mío, á la hora de mi muerte acuérdate de mí. Y piense entonces cómo ya tiene una hora menos de vida, y que poco á poco se acabará de andar esta jornada.

Cuando se asentare á la mesa, piense cómo Dios es el que le da de comer, y el que crió todas las cosas para su servicio, y déle gracias por la comida que le da, y mire á cuántos falta lo que á él sobra, y con cuánta facilidad posee lo que otros alcanzaron con tantos trabajos y peligros.

Cuando fuere tentado del enemigo, el mayor remedio es correr con grandísima ligereza á la cruz y mirar allí á Cristo descoyuntado y disfigurado, manando ríos de sangre, y acordarse que la principal causa por que allí se puso, fué por destruir el pe-

cado: y suplicarle ha con toda devoción no permita Él que reine en nuestros corazones una cosa tan abominable y que Él con tantos trabajos procuró destruir. Y así dirá de todo corazón: Señor, ¡qué os pusiésedes Vos ahí porque yo no pecase, y que no baste eso para apartarme de pecar! No lo permitáis, Señor, por esas sacratísimas llagas: no me desamparéis, mi Dios, pues me vengo á Vos. Si no, mostradme otro mejor puerto donde me pueda guarecer. Si Vos me desamparáis, ¿qué será de mí? ¿Adónde iré? ¿Quién me defenderá? Ayudadme, Señor Dios mío, y defendedme deste dragón, pues yo no puedo sin Vos. Y será muy bien á veces hacer á mucha priesa la señal de la cruz encima del corazón, si estuviere en parte que lo pueda hacer sin nota de nadie. Desta manera las tentaciones le serán ocasión de mayor corona y de que más veces levante el corazón á nuestro Señor, y desta manera el demonio que venía por lana, volverá (como dicen) tresquilado.

11. Lo undécimo, ayuda la frecuencia de los sacramentos, que son unas celestiales medicinas que Dios instituyó contra el pecado, remedios de nuestra flaqueza, incentivos de nuestro amor, despertadores de nuestra devoción, estribos de nuestra esperanza, socorros de nuestra miseria, tesoros de la divina gracia, prendas de su gloria y testimonios de su amor. Y por esto debe el siervo de Dios darle siempre gracias por este beneficio, y aprovecharse deste tan grande remedio, usando dél á sus tiempos, unos más á menudo y otros menos, según el gusto de su devoción, y el fructo de su aprovechamiento, y el consejo de sus padres espirituales.

12. Lo duodécimo, ayuda la oración, que es la que tiene por oficio pedir gracia (como los sacramentos lo tienen de darla) y así le corresponde por premio alcanzarla, cuando se hace como se debe hacer. Pues por ésta pida el hombre al Señor entre todas sus peticiones principalmente ésta, que lo libre de los lazos del enemigo y que nunca le permita caer en pecado mortal.

Éstos son los principales remedios que tenemos contra todo género de vicios. Y á estos doce sobredichos añadiré aquí otros tres más breves, que no menos ayudarán que muchos de los pasados. Entre los cuales el primero es huir la ociosidad, raíz cuasi de todos los vicios: porque (como está escrito) muchas malicias enseñó al hombre la ociosidad. La tierra ociosa se hin-

che de espinas, y el agua estantía, de sapos y de otras inmundicias: y así también la ánima del ocioso se hinche de vicios y se hace inventora de nuevas maldades.

El segundo remedio es la soledad, que es madre y guarda de la inocencia, pues nos quita de un golpe las ocasiones casi de todos los pecados. Éste es un linaje de remedio que fué enviado del cielo al santo Arsenio, el cual oyó de lo alto una voz que le dijo: Arsenio, huye, calla y reposa. Por esto debe el siervo de Dios despedir de sí y dar de mano (en cuanto le sea posible) á todas las visitaciones, conversaciones y cumplimientos del mundo: porque en éstos ordinariamente nunca faltan murmuraciones, escarnios, malicias, y otras cosas tales. Y si desto algunos se agraviaren, traguen esto por amor de la virtud: porque menos inconveniente es tener á los hombres quejosos que á Dios.

El tercero (que vale así para esto mismo como para otras muchas cosas) es romper con el mundo, no haciendo caso del qué dirán (no habiendo escándalo activo) porque todos estos miedos y respectos, examinados bien y pesados en una balanza, al cabo son vientos y espantajos de niños y de bestias espantadizas que de nada se asombran. Y finalmente, el que tuviere mucha cuenta con el mundo, no puede ser siervo de Cristo.

Éstas son, cristiano lector, las cosas que ayudan á conservar el ánima libre y limpia de todo pecado mortal: en cuya limpieza consiste la salvación de nuestras ánimas, como al principio propusimos. Y si le parecieren muchas, acuérdese qué tal quedó nuestra ánima por la corrupción del pecado, que todas estas medicinas son menester, cada cual en su grado, para curarnos dél. Y cuando te pareciere ésta grande carga, acuérdate de aquellas cuatro cosas que al principio deste tractado propusimos, que son muerte y juicio, paraíso y infierno. Porque por éstas dijo el Sabio: Acuérdate de tus postrimerías, y nunca jamás pecarás. Y sobre todo te acuerda de lo que el Hijo de Dios padesció por satisfacer por los pecados, y trabaja por no hacer cosa que tan caro costó al Hijo de Dios. Y por aquí podrá ver lo que debe temer el siervo malo cargado de pecados proprios, pues tales cosas padesció el inocentísimo Hijo de Dios por los ajenos.

TRACTADO CUARTO

EL CUAL CONTIENE UNA INSTRUCCIÓN

Y REGLA DE BIEN VIVIR

PARA LOS QUE COMIENZAN Á SERVIR Á DIOS
MAYORMENTE EN LAS RELIGIONES.

AL LECTOR

AUNQUE el tractado que se sigue, principalmente sirva para los que comienzan á servir á Dios en las Religiones, pero cuasi todo lo contenido en él sirve tambíén para todos los que quieren de veras y de todo corazón servir á este Señor, como en el principio deste libro dijimos. Mas lo que aquí se debe advertir es, que el fin de la vida cristiana (al cual se enderezan todos los mandamientos y consejos divinos y todos los estatutos y votos de las Religiones) es la caridad, como el Apóstol dice. Mas en el principio deste tractado no tratamos luego deste fin, sino del que ha de tener el que toma á cargo la instrucción de un novicio recién salido del mundo con las inclinaciones y malos hábitos que trae dél. Porque el que tiene á cargo este oficio, principalmente ha de atender á destruir y mortificar todos estos malos hábitos y inclinaciones, y plantar en su lugar todas las virtudes contrarias á ellas. Porque así como el oficial que quiere enmaderar un palacio de un señor, la primera cosa que hace, es quitar la corteza que el madero trae del monte, y después lo acepilla y hace en él las labores que quiere, así entienda el criador de novicios, y el que quiere ser templo y morada de Dios, que primero ha de despidir de su ánima todos estos malos hábitos y siniestros que trae del mundo, y después debe adornarla y hermosearla con las labores de las virtudes: y esto (que es como fin del que cría un novicio) es medio para alcanzar el verdadero fin de la ley, que es la caridad, como dijimos. Porque mortificadas las pasiones y plantadas las virtudes,

queda la caridad reina y señora de todo el hombre. Porque como nuestra ánima sea substancia espiritual, así es amiga de las cosas espirituales: pero las aficiones desta vida tiran de ella para bajo y le impiden la subida á lo alto, donde tiene su ñido. Por donde así como una piedra que está detenida en un lugar alto, quitándole los apoyos que allí la detienen, luego descendería á lo bajo, que es su proprio lugar, así también mortificadas en nuestra ánima las aficiones desordenadas que tiene á las cosas de la tierra, luego ella ayudada con la gracia se levantaría á lo alto, que es el lugar proprio de su morada. Y para eso se hace aquí tanto caso de la mortificación de nuestras pasiones, porque éstas son las cadenas que tienen presa nuestra ánima y le impiden esta subida.

Son también necesarias las virtudes junto con esta mortificación, porque éstos son los instrumentos de que la caridad se sirve para sus obras, de la manera que nuestra ánima se sirve de sus potencias para las suyas.

COMIENZA LA INSTRUCCIÓN

Y

REGLA DE BIEN VIVIR

ANTES que comencemos á tratar de los ejercicios y virtudes que ha de tener el que comienza á servir á Dios, es necesario declarar el fin de todo este negocio, porque la ignorancia dél es la que hace á muchos errar este camino.

El fin pues deste negocio es corregir y mortificar todos los resabios y siniestros de naturaleza, y hacer un hombre espiritual y virtuoso, para que así consiga el fin para que fué criado, que es Dios. El fin es criar un hombre nuevo, no de la tierra, sino del cielo: no de carne, sino de espíritu: no conforme á la imagen del Adán terreno, sino conforme á la del celestial: no según los afectos y condiciones de la primera generación de naturaleza, sino conforme á los de la segunda, que es por gracia. Finalmente, el fin es hacer aquello que mandó Dios al profeta Hieremías, cuando le dijo: Yo te he puesto para que arranques, y destruyas, y descepes, y edifiques, y plantes: conviene saber, para arrancar del ánima todos los apetitos y resabios que sacamos del vientre de la madre y de la corrupción del pecado, y plantar en su lugar las plantas de las virtudes, que son conformes á la nueva regeneración y adopción de hijos de Dios.

Por do paresce que así como el que quiere hacer un jardín en un monte bravo, la primera cosa que hace, es arrancar todo el monte, y luego plantar en la tierra limpia todos los fructales que quiere, así el que quiere hacer su ánima huerto cerrado y paraíso de deleites de Dios, la primera cosa que ha de hacer es arrancar della todas las malas yerbas y todas las espinas de vicios y siniestros de naturaleza, y luego plantar en su lugar todas las flores y plantas de virtudes y gracias. Semejantemente hacen los que quieren pintar un hermoso retablo, que primero

labran la madera y le quitan toda la corteza y fealdad que la tabla saca del monte, y después de acipillada y labrada pintan en ella todas las figuras que quieren. Pues esta misma diligencia es agora necesaria en este estado en que la naturaleza quedó por el pecado (la cual antes no lo era) para destruir las reliquias de aquella primera generación y adornar el ánima con las virtudes de la segunda.

Por donde así como entre las fructas hay unas que en cogiéndolas del árbol se pueden luego comer, y otras que primero es menester darles algún cocimiento, ó echarlas en conserva muchos días para corregir y matar el verdor y amargura natural con que nascen, así debemos de entender que en el hombre hubo dos estados, uno antes de la culpa, y otro después: y en el primero estaba tan sazonado y maduro, que no había en él cosa que corregir ni que desechar: mas en el segundo tiene tanto que desechar y que corregir, que apenas hay en él cosa que no sea menester pasar primero por el fuego del Espíritu Sancto para que por él pierda toda la malicia que tiene.

Éste es, pues, uno de los principales punctos y avisos deste negocio: por do paresce cuán gran yerro es el de los criadores de novicios, que ocupados y embarazados en otras cosas menores, no emplean todas sus fuerzas en este negocio de la mortificación: porque de aquí nasce quedarse los hombres en el andar de la madre (que es en solo lo natural, bueno ó malo) lo cual no es menor inconveniente que poner un madero en un edificio hermoso así como se corta del monte, ó poner en la mesa unas aceitunas verdes así como se cogen del árbol.

§. I.

Y pues el fin deste negocio es hacer un hombre bueno y virtuoso, porque no te engañes con cualquier manera de bondad, has de saber que hay dos maneras de bondad, una natural (que es la de aquéllos que naturalmente son bien acondicionados y mansos) y otra espiritual, que procede de la gracia y del temor y amor de Dios, cual es la de todos los justos. Entre estas dos maneras de bondad hay tanta diferencia, que con aquélla no se meresce gracia ni gloria, mas con ésta se alcanza uno y otro. Y por esto el principal cuidado del buen maestro ha de atender á

que se infunda este espíritu de amor y temor de Dios en el ánima de su novicio, procurándolo por todos los medios que para esto sirven, cuales son, oración, y consideración, y uso de sacramentos, &c. Porque de otra manera todo lo que hiciere, será un cuerpo sin alma, un Adán de barro sin espíritu de vida, que es cosa de muy poco provecho para la religión. Porque por experiencia se ve que los que en las religiones no tienen más que esta bondad natural, no son más que un Juan de buen alma, que quienquiera los torcerá á lo que quisiere, que no saben decir de no á nadie, ni son para tener mano en cosa que se les encomiende. Por donde mucho más vale un hombre mal inclinado *a natura,* que con el temor de Dios pelea siempre con sus inclinaciones, que otro muy bien inclinado, si carece deste temor. Porque como dijo el Sabio, más vale el perro vivo que el león muerto: porque sin espíritu de vida ninguna cosa (por grande que sea) es agradable á Dios.

De lo dicho parece claro cómo este fin susodicho comprehende dos cosas: la una, desterrar del ánima todos los vicios, y la otra, plantar todas las virtudes, pues lo uno necesariamente precede á la otro. Porque así como en las cosas naturales no puede haber generación sin corrupción, así no pueden en nuestra ánima engendrarse las virtudes, si no mueren primero los vicios, ni puede reinar libremente el espíritu, si no muere primero la carne.

Estos dos fines había conseguido el Apóstol, cuando decía: Con Cristo estoy crucificado en la cruz. Vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo. Porque en decir que estaba crucificado en la cruz, y que no vivía él, da á entender la muerte del hombre viejo con todos sus resabios y siniestros, que con el favor de la cruz de Cristo había vencido: y en decir, vive en mí Cristo, da á entender la resurrección y vida del hombre nuevo, que no era ya conforme á los afectos de carne y de sangre, sino á las virtudes y ejemplos de Cristo.

Estos mismos dos fines comprehendió el Señor en aquellas palabras que dijo: Si alguno quisiere venir en pos de mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque en decir niegue á sí mismo, puso delante el primero y inmediato fin, que es negar su propria voluntad y naturaleza con todos sus afectos y apetitos, y no tener ley con ellos ni conoscerlos para hecho de abra-

zarlos y obedecerlos. El segundo y último fin declaró cuando dijo: Sígame, esto es, siga todos los pasos y ejemplos de mi vida y todas las virtudes que en mí hallará. Y en lo que dice: Tome su cruz (conviene saber, de trabajo y aspereza) declaró el principal medio y instrumento que para lo uno y para lo otro se requería: porque ni el desterrar los vicios y vencer la naturaleza se puede hacer sin gran trabajo, ni tampoco el plantar las virtudes, porque así en lo uno como en lo otro hay dificultad.

§. II.

De dónde claramente se colige cuál sea la condición desta nueva milicia y profesión á que el hombre es llamado: porque no es llamado á vida regalada y descansada (como algunos imaginan) sino á la cruz, al trabajo, á la lucha contra sus pasiones, á la pobreza y desnudez, al sacrificio de sí mismo y de su propria voluntad, y finalmente á aquella mortificación que dijo el Señor: Si el grano de trigo que cae en la tierra, no muere, solo él permanece: mas si muere, da mucho fructo. El que ama á su vida, ése la destruye, y el que la pierde por amor de mí, ése la guarda para la vida eterna. No es pequeña cosa vencer la naturaleza, y hacer de la carne espíritu, y de la tierra cielo, y del hombre ángel. Pues si para hacer lienzo de una yerba verde, son menester tantos martirios y tanto trabajo (por razón de la distancia que hay entre lo uno y lo otro) ¿cuánto más para hacer esta mudanza del hombre en ángel? Dicen que cuando la culebra quiere mudar el pellejo, entra por un agujero muy estrecho, para que así pueda despedir la piel. Pues el que quiere desnudarse del hombre viejo y vestirse del nuevo, ¿cómo podrá hacer esto en una vida ancha y regalada? No puede haber generación sin corrupción, ni puede el hombre llegar á ser lo que no es, si no deja de ser lo que es, lo cual no se puede hacer sin trabajo. La vida cristiana se ordena á fin sobrenatural y presupone fuerzas sobrenaturales, y por eso ella también ha de ser sobrenatural, adonde no pueda llegar carne ni sangre. ¡Ay de la religión, cuando la manera de vivir es ancha y larga, porque así andará el hombre con la petrina floja, y vivirá vida larga y regalada, y una largueza pedirá otra largueza, y un regalo otro regalo! Tal había de ser la vida religiosa, que así como la mar echa de sí to-

dos los cuerpos muertos, y la olla que hierve, á la espuma que dentro tiene, así ella misma dispidiese de sí toda la espuma y todos los muertos que tuviese. Esfuércese pues el siervo de Dios, y ponga haldas en cinta, y haga cuenta que le dice Dios también á él: Levántate y come, que gran camino te queda por andar.

Pues tornando al propósito, como sean dos cosas las que habemos de tener ante los ojos en este negocio, que son extirpar vicios y plantar virtudes, conforme á esto tendrá este tractadillo dos partes principales. La una tratará de la mortificación de los vicios y siniestros de naturaleza, y la otra de las virtudes y de toda la renovación del hombre interior. No porque estas partes en la práctica y uso sean entre sí distinctas (porque no se pueden plantar las virtudes sin arrancar los vicios) sino para que mejor se entienda la materia de que tratamos, porque más claro conoscemos los vicios que nos combaten, que las virtudes que nos faltan, y así lo que no alcanzáremos por una vía, alcanzaremos por otra.

PRIMERA PARTE

DE LA MORTIFICACIÓN DE LOS VICIOS Y PASIONES Y DE LOS MEDIOS QUE PARA ESTO SIRVEN.

SIGUIENDO pues esta orden, la primera cosa que se ha de pretender, es echar fuera deste reino todos los jebuseos, y alimpiar esta tierra maldita de todas sus espinas y zarzas: quiero decir, trabajar por vencer la naturaleza, y extirpar todos los resabios y siniestros que parte por la condición natural de cada uno y parte por la mala costumbre se nos han pegado.

Pues según esto, la primera cosa que ha de hacer el que desea mudarse en otro hombre, es conoscer los resabios del primer hombre, que es conoscer los enemigos con que ha de traer guerra inmortal. Mire muy bien todos los rincones de su consciencia, examine todos los vicios á que se siente más inclinado, si á odio, si á ira, si á gula, si á pereza, si á invidia, si á parlería, si á lisonjería, si á jactancia, si á vanagloria, si á liviandad y facilidad de corazón, si á regalo y buen tractamiento de su cuerpo, si á soberbia, si á presumpción, si á lujuria, si á pusilanimidad y flaqueza de corazón, si á avaricia y escaseza, y así de todos los otros vicios: y determínese de tomar esta tan gloriosa

empresa en las manos, como es vencer á sí mismo, y desterrar todos estos monstruos de su ánima, y no descansar ni dar sueño á sus ojos hasta salir al cabo con ella. Y las malas inclinaciones y vicios por ninguna vía los entenderá mejor que trabajando por alcanzar las virtudes contrarias: porque al abrazar de la virtud se declara la contradición del vicio que le repugna. Porque nunca el hombre conosce bien sus naturales vicios, hasta que quiere salir dellos: así como el ave que ha caído en un lazo, nunca se siente que está enlazada, hasta que quiere salir dél.

Y porque en esto había mucho que decir (discurriendo en particular por cada uno de los vicios y por cada una de nuestras pasiones) y la brevedad deste librillo no sufre tanta largueza, contentarme he al presente con remitir al estudioso lector á las fuentes desta materia, que es á los doctores que della tratan. Para esto le ayudará también el examen ordinario de la propria consciencia (que á lo menos se debe hacer una vez al día) en el cual debe entrar el hombre en juicio consigo, y sacar á plaza todos sus malos afectos y siniestros, y examinar todas sus palabras, obras y pensamientos, y la intención que tiene en lo que hace, y el fervor y devoción con que lo hace, y castigarse y penitenciarse por lo que mal hiciere, con algunas maneras de penitencias que para esto debe tener señaladas, y pedir á Dios instantemente gracia para salir vencedor. Conoscí yo una persona que cuando al examen de la noche hallaba que había excedido en alguna palabra, se echaba una mordaza en la lengua, en penitencia de lo que habló: y otra que tomaba una disciplina por esto y por cualesquier otros defectos. Y así puede cada uno trazar su manera de penitencias para castigo de los yerros de cada día.

Aprovecha también á semanas tomar á pechos la victoria de algunos particulares vicios, y traer para esto algún despertador consigo, que le traiga á la memoria esta empresa, como es ceñir á las carnes alguna cosa que le dé pena, ó cosa semejante, para que aquello le esté siempre amonestando y estimulando á que ande sobre aviso en aquel negocio y no se duerma. Aprovecha también, y muy mucho, negar el hombre á menudo su propria voluntad, aun en las cosas lícitas, para que así esté diestro para negarla en las ilícitas. Y no descanse en este negocio hasta tener muerta y sepultada su propria voluntad (si fuese posible)

para que no haya lanza enhiesta ni cosa que resista á la voluntad de Dios y de aquéllos que están en su lugar. El instrumento general que para todos estos ejercicios se requiere, es una general fortaleza, para vencer con ella todas las dificultades que trae consigo este negocio, pues aquí han de ser vencidas las dos más poderosas cosas del mundo (que son, la naturaleza y la costumbre) lo cual no se puede hacer sin este ánimo y esfuerzo general que dicho es. Por lo cual dijo el Señor que el reino de los cielos padescía fuerza, y que los esforzados eran los que lo arrebataban. Por donde así como el que labra en materia de hierro, nunca ha de soltar el martillo de las manos (por razón de la dureza de la materia que labra) así el que trata en materia de los vicios y virtudes, no ha de dar paso sin esta fortaleza, por razón de la perpetua dificultad que hay en esta materia. Y téngase por dicho que se le han de ofrecer aquí muchas ocasiones de aflojar y desmayar en lo comenzado, y que ha de dar muchas caídas, y derramar muchas lágrimas por ellas, y tener grandes descontentos y desconfianzas de sí mismo. Pero tenga entendido que éste es el camino real de todos los sanctos, y que ésta es la verdadera prueba y ejercicio de la virtud, y ésta la verdadera penitencia y la lima con que se limpia todo el orín de los vicios, y que no hay otro camino más acertado así para el conoscimiento de Dios como para el conoscimiento y desprecio de sí mismo. Y ni desmaye por muchas veces que caya (antes si mil veces al día cayere, mil veces se levante, confiando en la superabundante bondad de Dios) ni se turbe por ver que de todo punto no puede vencer algunas pasiones: porque muchas veces se vence á cabo de algunos años lo que en mucho tiempo antes no se venció, para que por aquí claramente vea el hombre cúya sea esta victoria. Y á veces quiere el Señor que se guarde algún jebuseo en nuestra tierra, así para ejercicio de la virtud como para guarda de la humildad.

Sobre todo esto ayudará mucho á esta mortificación la diligencia del buen maestro: porque á éste principalmente pertenece tener conoscidas las malas inclinaciones del discípulo y andar siempre buscando medicinas y remedios para ellas. Entre las cuales una de las principales es enristrar la lanza y encontrarle en aquellas pasiones y siniestros que tiene, ocupándole en ejercicios humildes, si es altivo, y en obras ásperas, si regalado, y des-

pojándole de lo que tiene, si le sintiere proprietario, y sobre todo haciéndole en muchas cosas negar su propria voluntad, aun en las cosas lícitas, para que esté muy fácil (cuando sea menester) en negarla en las ilícitas. De manera, que así como el buen jinete para hacer un caballo revuelto y obediente al freno, no se contenta con llevarlo la carrera derecha, sino dale mil vueltas á una parte y á otra, para que así al tiempo de la necesidad pueda fácilmente revolverse en él, así el buen maestro ha de ejercitar tantas veces á su discípulo en negar sus apetitos, que ya la voluntad habituada y hecha á doblarse no esté bronca, ni yerta, ni intractable, sino blanda, flexible y obediente para lo que della quisieren hacer. Porque de otra manera vendrá á estar hecha un roble, cuando la quisiéredes doblar en algo, cual estaba la de aquel pueblo á quien dijo Dios por Esaías: Sé yo muy bien que tú eres duro y tiesto, y tu cerviz es como un niervo de hierro, y así dende el vientre de tu madre fuiste quebrantador de mi voluntad por hacer la tuya. Éste es el principal punto desta crianza, sin el cual todo lo demás es de muy poco valor. Porque para ir al coro á sus tiempos y hacer los oficios que todos hacen, cualquier virtud (por pequeña que sea) basta, y no se nos da aquí materia para ejercitar las virtudes más altas, que son, paciencia, obediencia, caridad, humildad, discreción, subjeción y otras tales. Las cuales más perfectamente se descubren en los trabajos, en los abatimientos, en los oficios, en los castigos y particularmente en las penitencias que se dan sin suficiente causa: porque aquí se da muestra de paciencia, que es grande descubridora de la fineza de la virtud. Por donde es muy buena prueba dar muchas veces al novicio esta manera de penitencias, porque allí se descubre el valor y la virtud de cada uno. Desta manera probaban y ejercitaban aquellos sanctos Padres antiguos á los discípulos que criaban: y si desta manera se criasen agora, las religiones estarían pobladas, no de hombres sino de ángeles, porque con esta manera de trilla aventarían la paja de la era, y quedaría solo el grano en la religión. Mas después que esta antigua disciplina cesó, están las cosas de la manera que vemos. Y la misma fortaleza y severidad que el discípulo ha de tener para consigo, ha de tener el maestro para con él, castigando severa y religiosamente las culpas, para ser temido, y avisándole y amonestándole en secreto, para ser amado, guardándose todo lo

posible de no tener ni mostrar tema con alguno, ni decir palabra airada ó injuriosa, porque el día que algo desto hubiere, se borrará todo el negocio, pues nos consta que el mejor instrumento que hay para acabar todas estas obras, es amor. Ni por ser algunos aviesos y flacos debe tener menos cuidado dellos, antes (como dice S. Bernardo) de los otros se debe tener por compañero, y déstos solos por padre y por perlado, tomando por empresa no descansar ni tomar reposo hasta ganarlos para Cristo. Y cuando alguna vez hubiere de castigar, procure guardar aquello de S. Gregorio, que la lengua sea blanda y la mano severa: y desta manera emendará los vicios y no escandalizará las personas.

Muchas cosas más había que decir á este propósito, mas basta para esto lo dicho: agora pasemos á lo que resta.

SEGUNDA PARTE DESTA INSTRUCCIÓN

QUE TRATA DE LAS VIRTUDES.

DESMONTADA ya la tierra de nuestro corazón de todas las espinas y malezas de vicios y pasiones que hay en ella, resta plantar agora diversas flores y plantas de virtudes, para que así se acabe este jardín cerrado y paraíso de deleites en que more Dios.

Pues la primera planta (que es como el árbol de vida) que se ha de plantar en medio deste paraíso, es la caridad, que es amar y preciar á Dios sobre todas las cosas. Á la cual pertenesce poner la primera piedra deste edificio, que es un propósito firme de no hacer cosa por donde se pierda este tesoro, el cual se pierde por un pecado mortal. Sea pues éste el primer fundamento y presupuesto del cristiano, estimar á Dios en tanto, y preciarle tanto, y procurar tanto de mantenerle esta manera de lealtad y fidelidad, que antes quiera padescer todos los tormentos del mundo (como los padescieron los mártires) que hacer un pecado mortal. Esto ha de traer siempre ante los ojos, esto ha de temer en todos sus negocios, y esto ha de pedir en todas sus oraciones: antes ésta ha de ser la mayor y más continua de todas sus peticiones.

Á esta misma caridad pertenesce purificar el ojo de la intención en todas nuestras obras, pretendiendo en ellas, no nuestro

interese, sino solo el beneplácito y contentamiento de Dios. De manera que todo lo que hiciéremos (ó por nuestra voluntad, ó por la ajena) hagamos, no por cumplimiento, no por ceremonia, no por necesidad y por fuerza, no por agradar á los ojos de los hombres, no por interese de la tierra, sino puramente por amor de Dios, como sirve la buena mujer á su marido, no por el interese que dél espera, sino por el amor que le tiene. Y no sólo al principio ó fin de las obras debe tener esta intención, sino también al tiempo que las hace, de tal manera las debe hacer por Dios, que en ellas esté actualmente amando á Dios. De suerte que cuando estuviere obrando, más parezca que está amando que obrando, y desta manera no se distraerá en lo que hiciere: porque así obraban los sanctos, y por esto no se distraían. Vemos que cuando una madre, ó una mujer, está haciendo algún servicio á su hijo, ó á su marido (que viene de fuera) que juntamente le está sirviendo y le está amando, gozándose y tomando particular servicio y contentamiento en aquel servicio que le hace. Pues desta manera se había de haber nuestro corazón cuando entiende en hacer algún servicio á su Criador.

Á esta misma caridad pertenece no sólo amar á Dios, sino también á todas sus cosas, especialmente á las criaturas racionales hechas á su imagen y semejanza, que son hijos suyos y miembros de su cuerpo místico: y así con un mismo hábito de caridad debemos amar á Él y á ellos, á Él por sí y á ellos en Él y por Él, por cuyo amor es razón que sean mirados y estimados, aunque por sí no lo merezcan. Este amor nos pide no hacer mal á nadie, no decir mal de nadie, no juzgar á nadie, tener en gran secreto la fama del prójimo, y dar siete ñudos á la boca antes que tocar en su fama.

Y no basta no hacer mal á nadie, sino es menester hacer bien á todos, socorrer á todos, aconsejar á todos, perdonar á quien te ofendió, y pedir perdón á quien ofendiste, y sobre todo, sufrir las cargas, injurias, simplezas y condiciones de todos, según aquello del Apóstol, que dice: Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo. Esto es lo que pide la caridad, en la cual está la ley y los profetas, sin la cual el que quisiere fundar religión, no hará más que el que quisiese fundar un cuerpo sin ánima, el cual será palo ó piedra, mas no verdadera criatura.

La segunda virtud, hermana de la caridad, es la esperanza, á la cual pertenesce mirar á Dios como á padre, teniendo para con Él corazón de hijo, pues que realmente así como no hay bueno en la tierra que merezca llamarse bueno comparado con Él, así no hay padre en ella que tenga tales entrañas de padre para con aquéllos que ha tomado por hijos, como Él. Y así todas cuantas cosas en el mundo le sucedieren, prósperas ó adversas, tenga por cierto que todas le vienen para su bien y por su mano (pues ni un pájaro cae en el lazo sin su providencia) y en todas ellas acuda luego á Él con entera confianza, manifestando todas sus tribulaciones delante dél, confiando en la inmensidad de su largueza, y en la fidelidad de sus promesas, y en las prendas de los beneficios recebidos, y sobre todo en los merescimientos de su Hijo, que aunque él sea pecador y miserable, habrá misericordia dél y lo encaminará todo para su bien. Y para esto tenga siempre en la memoria aquel verso de David: *Ego autem mendicus sum & pauper, Dominus sollicitus est mei.* Y si mirare atentamente la Escritura de los Psalmos, de los Profetas y de los Evangelios, toda la hallará llena desta manera de providencia y esperanza, con la cual cada día cobrará más ánimo para confiar en Dios. Y tenga por cierto que nunca tendrá verdadera paz ni reposo de corazón, hasta que tenga esta manera de seguridad y confianza: porque sin ella todas las cosas le turbarán, y con ella no tiene de qué turbarse, pues tiene á Dios por padre y por tutor y defensor (como lo es Él de todos los que esperan en Él) á cuya potencia y fortaleza no hay brazo que pueda resistir.

La tercera virtud es humildad interior y exterior, que es raíz y fundamento de todas las virtudes, á la cual pertenece que el hombre se tenga por una de las más viles y ingratas criaturas del mundo, y más indigna del pan que come, y de la tierra que huella, y del aire con que alienta: y no sienta más de sí que de un cuerpo hediondo, y abominable, y lleno de gusanos, cuyo hedor él mismo no puede comportar: y de aquí venga á desear ser despreciado y deshonrado de todos, pues él así deshonró y despreció á su Criador. Ame los oficios más bajos y viles, el fregar, el barrer, el lavar y alimpiar las inmundicias de los otros así enfermos como sanos, y esto tenga por suma gloria, venir á ser es-

tropajo de todos por amor de Dios, pues él se hizo menos que todo esto cuando ofendió á Dios.

La cuarta virtud es la paciencia, que como dice Sanctiago, es obra de perfección, y como dice el Apóstol, es señal de probación: porque ésta es (como ya dijimos) una grande descubridora de la fineza de la virtud, y señaladamente de la prudencia y discreción. Esta virtud tiene tres grados: el primero, sufrir las tribulaciones y injurias sin murmuración y querella: el segundo, no sólo sufrirlas, sino también desearlas por amor de Dios: el tercero, alegrarse en ellas, como se dice de los Apóstoles, que iban alegres delante el concilio por haber sido merecedores de padescer injurias por Cristo. Y aunque ésta sea obra de muy grande perfección, mas el novicio que en el principio de su conversión (cuando más abundan los fervores de la caridad y las consolaciones del Espíritu Sancto) no llega aquí, tenga por cierto que aun no es buen novicio, ni ha comenzado prósperamente este camino.

La quinta virtud es la pobreza de espíritu, á la cual pertenece, no sólo el no poseer nada proprio, sino despreciar todas las riquezas por Cristo, como cosas que son materia de soberbia, de invidia, de avaricia, de ira, de pleitos y de todos los cuidados y desasosiegos del mundo. Á este virtud pertenesce, no sólo ser pobre, sino también amar la pobreza, y no sólo amar la pobreza, sino también todos los compañeros della, que son, hambre, sed, frío, cansancio, pobre casa, pobre cama, pobre mesa, pobre vestidura, pobres alhajas, y todo pobre, para ser semejante á aquel Señor que tuvo tan pobre nascimiento, tan pobre vida, tan pobre muerte y tan pobre sepultura. Y el novicio ó religioso que no ha llegado á este punto, no ha llegado á lo fino de la pobreza ni al fervor del espíritu, y así ni en Dios ni en sí mismo hallará la perfecta paz que desea.

La sexta virtud es la castidad, á la cual pertenesce tener un cuerpo y corazón de ángel (si fuese posible) y huir cielo y tierra de todas las pláticas, vistas y conversaciones ó amistades que á esto le puedan prejudicar, aunque sea á veces de personas espirituales, porque (como singularmente dijo Santo Tomás) muchas veces el amor espiritual viene á mudarse en carnal, por la semejanza que hay entre uno y otro amor. Y trabaje en esta parte por ser tan casto y tan fiel á Dios, que tenga los ojos quebrados

(si fuese posible) para no ver cosa con que se pueda ofender el dador dellos, y cuando algo se ofreciere que mirar, diga dulcemente en su corazón: Señor mío, no tengo yo ojos para ver cosa con que pueda ofender á los vuestros. No plega á vuestra bondad que de los ojos que Vos me distes, y que agora estáis alumbrando con vuestra luz, haga yo armas contra Vos. El que esta honestidad y guarda tuviere en sus ojos, tenga cierto que Dios le guardará, y que con esto ahorrará de muchas batallas y peligros, y vivirá en grande paz.

La séptima virtud es mortificación de todos los apetitos y proprias voluntades, la cual no es particular virtud, sino general, que comprehende todas las virtudes que tienen por oficio templar y domar las pasiones de nuestro corazón. A esta virtud pertenesce contradecir y mortificar, no sólo aquellos apetitos y deseos que se extienden á cosas ilícitas, sino también á las que son lícitas, para que con el ensayo y ejercicio de las unas esté el hombre más diestro para las otras. Y por esto es muy loable ejercicio, cuando el hombre tiene gana de comer, de beber, de hablar, de recrearse, de salir de casa, de ver esto ó lo otro, contradecir en esto su voluntad y quebrantar la naturaleza, para que con este ejercicio esté más hábil para sufrir el freno de la razón en los otros apetitos más desordenados, cuales son los de la honra, del interese, del deleite y otros semejantes. Y en esto también conviene que ejerciten muchas veces y cuasi siempre los maestros á sus novicios (como arriba dije) para que con esto se quebrante la dureza natural de nuestras proprias voluntades, y se haga el hombre más obediente y más tractable, y no venga después á quebrar como palo duro cuando lo quisieren doblar. Y cada vez que el siervo de Dios en algo desto se venciere, piense que ha ganado una gran corona, y que ha hecho á Dios un tal servicio como aquel que hizo David cuando no quiso beber el agua de la cisterna de Betlem, que él tanto había deseado, sino antes resistiendo á su deseo, la sacrificó á Dios.

La octava virtud, hermana désta, es el rigor y la aspereza en todas las cosas, en la mesa, en la cama, en las disciplinas y en todas aquellas cosas que significó el Apóstol, cuando dijo: En trabajos y molestias, en vigilias, en hambre, en sed, en ayunos, en frío y desnudez, &c. Entre las cuales cosas es grandemente provechosa para todo ejercicio la virtud de la abstinencia, porque

ella castiga la carne, levanta el espíritu, doma las pasiones, satisface por los pecados y (lo que más es de maravillar) corta la raíz de todos los males, que es la cobdicia, pues el hombre que se contenta con poco, no tiene para qué haya de desear lo mucho. Y no sólo lo libra esta virtud de los otros males, sino también de todos los discursos, cuidados y desasosiegos á que están obligados los que quieren regalarse y tratarse bien: y así queda el hombre libre y desocupado para darse todo á Dios. Por la cual causa fueron aquellos sanctos Padres de Egipto tan dados á esta virtud, y no fué otro el espíritu de San Francisco, que tanto encomendó la pobreza de cuerpo y de espíritu: porque al fin todo viene á parar en una misma cuenta, la aspereza de los unos y la pobreza y desnudez del otro. Cuando esta virtud faltare en las religiones, en ese punto serán destruídas: porque el vicio contrario á esta virtud (que es comer, beber y regalo del cuerpo) no se contenta con quebrantar la ley sola de los ayunos, mas todas las otras leyes quebranta: porque para buscar y procurar los regalos que pide el vientre, no ha de quedar en pie ninguna ley de la religión, mayormente que un regalo pide otro regalo, y un vicio otro vicio, así como una virtud otra virtud. Pues el que de tan grandes males quisiere ser libre, asiente en su corazón aquellas palabras del Apóstol que dice: Muchos andan (como yo muchas veces os decía, y agora llorando lo digo) hechos enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin será la muerte, y cuyo Dios es su vientre. Por las cuales palabras verás que no puede ser mal pequeño el que el Apóstol llora con tantas lágrimas.

La nona virtud es el silencio, llave de la devoción, de la discreción, de la castidad, de la vergüenza, de la inocencia y de todas las virtudes, pues dijo el Sabio: La muerte y la vida están en manos de la lengua. Cuyas alabanzas quienquiera que quisiere ver, lea los Libros Sapienciales, y ahí hallará maravillas desta virtud. Haga pues el cristiano siempre oración á Dios por ella, diciendo con el Profeta: *Pone Domine custodiam ori meo &c.* Y tenga por cierto que no es más posible conservar las otras virtudes sin esta virtud, que guardar un gran tesoro sin llave y sin cerradura.

Aquí conviene avisar de las circunstancias que se han de guardar al tiempo del hablar, conviene saber, quién habla, ante quién habla, de qué habla, cómo habla, con qué intención habla,

con otras semejantes, para que así se desvíe el hombre de todas las rocas que hay en esta navegación.

La décima virtud, hermana y compañera del silencio, es la soledad, que es como antemuro del silencio, la cual debe amar y procurar con toda diligencia el que desea guardar la inocencia, y conservar la paz, y ocupar bien el tiempo, y gozar de los regalos del Espíritu Sancto, y subir y bajar por los grados de aquella escala que describe San Bernardo para los encerrados, que son, leción, meditación, oración y contemplación. Para alcanzar esta virtud, conviene quebrantar la naturaleza y hacerse el hombre fuerza, hasta que venga á hacer hábito de huir la compañía, y amar el recogimiento y la soledad, y hacer vida con ella.

Y señaladamente conviene huir la compañía de los distraídos y livianos, porque ésta es una de las mayores pestilencias que hay en el mundo. Porque no daña tanto un perro rabioso ni una vívora ponzoñosa cuanto una mala compañía, pues es cierto (como dice el Apóstol) que las malas palabras corrompen las buenas costumbres. Escriba pues el siervo de Dios en su corazón aquello del Sabio: El que anda con sabios será sabio, y el amigo de los locos será uno dellos. Item, aquello del mismo: El que toca á la pez ensuciarse ha con ella, y el que trata con soberbios no carecerá de soberbia. Esta virtud han de celar mucho los maestros de novicios, si no quieren que se pierda en muy pocas horas el trabajo y crianza de muchos años.

La undécima virtud es la mesura y composición del hombre exterior, á la cual pertenesce aquello que dice Sant Augustín: En vuestro andar, estar y vestir, y en todos vuestros movimientos, no se haga cosa que ofenda á los ojos de nadie, sino lo que convenga á vuestra sanctidad: porque lo contrario es indicio de liviandad de corazón y de poca virtud, y poco ser, y poca devoción.

Por tanto uno de los cuidados del buen maestro ha de ser enseñar á su novicio cómo ha de andar, y hablar, y vestir, y conversar, y disputar, y reir, y menear los brazos, y recoger los ojos, con todo lo demás. Item, con cuánta templanza se ha de haber en la mesa, con cuánta honestidad ha de estar en la cama, con cuánta mesura y devoción en la iglesia, y con cuánta reverencia interior y exterior ante el altar, y así en todos los otros lugares semejantes. Y cuando tratare con los hombres, de tal manera se

ha de haber con ellos, que los deje edificados con su ejemplo, y sea para con todos una imagen y dechado de sanctidad. De tal manera, que así como el que tocó una cosa olorosa, queda oliendo á lo que tocó, y así como el que tocaba en la Ley una cosa sancta, quedaba sanctificado, así es también razón que quede el que hubiere comunicado con el siervo de Dios.

La duodécima virtud es el amor entrañable á todas las ceremonias y observancias de su profesión, no sólo á las grandes y esenciales, sino también á todas las otras, por muy pequeñas que parezcan. Porque ninguna cosa se puede llamar pequeña, de las que se ordenan á tan alto fin como es amar á Dios. Acuérdese que está escrito que el que menospreciare las cosas pequeñas, vendrá á caer en las mayores, y que el que es fiel en lo poco, también lo será en lo mucho. Quiero decir que el que teme de caer en las cosas menores, estará más seguro de caer en las mayores. Y por el contrario, de los males menores vienen poco á poco los hombres á dar muy grandes caídas. Sabida cosa es lo que dice el proverbio, que por un clavo se pierde una herradura, y por una herradura un caballo, y por un caballo un caballero. Y así vemos que por una descosedura pequeña se descose toda una vestidura, y por un ripio que se caiga de una pared, se cae una piedra grande, y por ahí se va arruinando todo el edificio. Nunca nadie del primer salto fué muy malo, sino poco á poco van subiendo los hombres de menores males á mayores. No hay cosa en la religión que se pueda llamar pequeña, porque por pequeña que sea (por razón del voto hecho) ya es acto de religión y de obediencia, que son dos altísimas y excelentísimas virtudes. Porque la religión es la más excelente de todas las virtudes morales, y con todo esto la obediencia es tal virtud, que dijo della el Profeta que valía más que el sacrificio. Sobre todo esto te acuerda que el religioso está obligado so pena de pecado mortal á caminar á la perfección que profesó, y que no está muy lejos deste peligro el que no hace caso de las cosas menores.

Y aunque todas las observancias y ceremonias merezcan este aprecio y reverencia, señaladamente la merescen las que traen consigo dificultad y aspereza, como es el ayuno, el silencio, la abstinencia de carnes, las vigilias de la media noche, el encerramiento, las diciplinas, y otras semejantes: porque éstas hacen que la religión sea imitación y cruz de Cristo, y éstas nos dife-

rencian principalmente de los hombres del mundo, y éstas doman la soberbia de la carne y nos provocan y llaman á los ejercicios del espíritu: y con ser esto así ningunas rehusa más nuestra naturaleza, que es amiga de regalos y enemiga de trabajos, y por esto aquí conviene poner mayores estribos, donde el edificio es más pesado, así por la importancia del negocio como por la grandeza del peligro.

La décimatercia virtud es la imitación del padre debajo de cuya bandera militan, como los franciscos de San Francisco y los dominicos de Sancto Domingo. En el cual tienen sus hijos que imitar la grandeza de su caridad, el celo de la salvación de las ánimas, la perseverancia en las vigilias, la continuación en las oraciones, el rigor de su abstinencia, el amor de la pobreza, el andar á pie, el dormir vestido para levantarse más ligero á la media noche, y otras cosas semejantes, las cuales deben imitar los que son sus verdaderos hijos, para que así se parezcan en el espíritu y costumbres á su padre.

La décimacuarta virtud es la discreción, que es como gobernadora de todas estas otras, y es como una candela que va delante señalando los pasos de todas las otras virtudes. De la cual dijo el Sabio: Tus ojos vean siempre lo que fuere justo, y tus párpados vayan delante de tus caminos. Ésta tiene por ayudadoras y compañeras á la gravedad, al silencio, al secreto, al consejo, á la oración, al reposo y asiento del hombre interior y exterior, y á la profunda consideración de todo lo que ha de hacer y decir, para que todo vaya medido y compasado con la razón, pospuesta toda otra pasión y afición.

La última virtud es la obediencia, la cual pongo al fin, no como á la postrera de todas, sino como á sumario de todas las virtudes, tomándola en cuanto es virtud general, á la cual pertenesce tener el hombre del todo resignada y muerta su voluntad (en cuanto le sea posible) para que no haya en él cosa que contradiga ó resista á la divina voluntad.

En esta obediencia hay cinco grados, entre los cuales el primero es obedescer á los mandamientos de Dios: el segundo, á los consejos: el tercero, á las inspiraciones y llamamientos divinos, cuando entendiéremos que son suyos: el cuarto es conformarnos con la divina voluntad en todo lo que hiciere ó dispusiere de nos, por cualquier vía que nos venga, sea próspero, sea

adverso, confiando que todo viene de su mano y para nuestro bien, como ya dijimos: el quinto es obedescer á aquéllos que están en lugar de Dios como ministros y vicarios suyos, en todo lo que nos mandaren, acordándonos que está escrito: Quien á vosotros oye, á mí oye, y quien á vosotros desprecia, á mí desprecia. En la cual obediencia ponen tres grados, entre los cuales el primero es obedescer con sola la obra exterior, sin consentimiento de voluntad ni aprobación del entendimiento: el segundo, obedescer con la obra y con la voluntad: el tercero, con la obra y con voluntad y entendimiento, que es el más subido grado de la obediencia, el cual no se puede hallar sin grande humildad, resignación y discreción.

Éstas son, amado lector, las principales virtudes con que ha de adornar su ánima el que la desea hacer templo vivo de Dios y vaso de escogimiento, de quien se pueda decir aquello del Sabio: Como vaso de oro macizo, adornado de todo género de piedras preciosas. Todo esto se ha tractado aquí sumariamente, porque la dilatación de la materia quedase al enseñador desta doctrina, la cual pueda él acompañar con ejemplos de sanctos, y con testimonios de la Escritura, y con todo lo demás que la lición, y la experiencia, y el Espíritu Sancto le enseñare.

De las cosas que pueden ayudar á poner por obra todo lo dicho.

En todo lo que hasta aquí se ha tractado, no se puede negar sino que hay trabajo y dificultad, porque así el vencer la naturaleza y las costumbres viejas como el alcanzar las virtudes tiene dificultad, pues ésta es la común materia de la virtud. Resta pues agora, para cumplimiento de lo dicho, proveer de remedios para facilitar este negocio, porque sin éstos muy poco aprovecha conoscer el bien, si no hay fuerzas para obrarlo, así como aprovecha muy poco al enfermo tener el mantenimiento delante, si no tiene apetito para comerlo.

Pues para esto, uno de los principales medios que hay, es la devoción, porque á esta virtud señaladamente pertenesce hacer al hombre hábil para las obras de Dios. De manera que las otras virtudes son como la carga y yugo del Señor, mas ésta es como los hombros y alas que ayudan á llevarla.

Para cuyo entendimiento es de saber que la dificultad que hay en este negocio, no nasce de la condición del vicio ni de la virtud (porque el vicio es contra naturaleza, y la virtud conforme á ella, y así en el vicio había de haber dificultad, y en la virtud facilidad) sino nasce de la corrupción del subjecto, que es el corazón humano corrompido y estragado por el pecado. De donde así como al paladar no sano es desabrido el mantenimiento, que al sano es suave, y á los ojos enfermos es penosa la luz, que á los puros es amable, así la virtud viene á ser desabrida, y sabroso el vicio, no por lo que son en sí estas dos cosas, sino por la mala disposición del subjecto, que es nuestro corazón estragado.

Pues siendo esto así, necesario es proveer de alguna manera de emplasto y medicina para corregir esta malicia de nuestro corazón y para ponerlo en tal disposición, que ame lo bueno y aborrezca lo contrario: porque sin esto no será posible ni desterrar los vicios, ni menos alcanzar las virtudes. Pues esto es lo que propísimamente pertenesce á la devoción, que es un refresco y rocío del cielo, y un soplo del Espíritu Sancto, y una exhalación y emanación de su gracia, y una llamarada de la fe, esperanza y caridad, y un maravilloso resplandor y suavidad que nasce de la meditación y consideración de las cosas divinas, la cual de tal manera transforma el corazón del hombre, que le hace pesado para el mal y ligero para el bien, y le da gusto en las cosas de Dios y desgusto en las del mundo, como Sancto Augustín declara en el principio del nono libro de sus Confesiones, y como él mismo lo cuenta de sí, diciendo que le daban pena todas las cosas del mundo, por la dulzura que hallaba en Dios, y por la hermosura de su casa que él amó. Lo cual sienten cada día por experiencia las personas espirituales, las cuales el tiempo que están con alguna grande devoción, se hallan muy promptas y ligeras para todo lo bueno y muy desganadas para todo lo malo, y en lo uno hallan grande gusto, y en lo otro grande desgusto.

Pues por esto, uno de los principales cuidados del que desea aprovechar, ha de ser que procure de conservar y acrescentar este noble afecto de devoción por todos los medios que sea posible: porque tanto le será más fácil la mudanza de su corazón, cuanto le tuviere más devoto.

Por donde así como los que quieren labrar ó sellar alguna cera, primero la ablandan entre las manos, y luego le imprimen

la figura que quieren, así también el que quisiere labrar su corazón y imprimir en él la imagen de la virtud, trabaje por ablandarlo y enternecerlo con el calor de la devoción, y así hará dél todo lo que quisiere. Desta manera vemos que lo hacen generalmente todos los que quieren obrar algo en alguna materia dura y dificultosa. Así lo hacen los que quieren quebrantar una piedra dura, que primero la ablandan con vinagre y fuego, y después acuden con la herramienta para quebrarla. Y los que quieren enderezar una vara que está torcida, primero la ablandan al calor de la llama, y así la enderezan á su voluntad. Pues el herrero ¿cómo podría labrar el hierro sin el calor de la fragua? Con ella ablanda y enternesce el hierro duro, y así lo hace flexible y obediente como una cera á los golpes del martillo.

De manera que lo uno sin lo otro no bastaría para su oficio: porque martillo sin fragua, sería lo que suelen decir, martillar en hierro frío, y fragua sin martillo ablandaría el hierro, mas no mudaría su figura. Pues estas mismas dos cosas son en su manera necesarias en nuestro propósito, conviene saber, el martillo de la mortificación, para quebrantar y enderezar los siniestros de naturaleza, y el calor de la devoción, para enternescer el corazón y hacerlo obediente á los golpes deste martillo.

He dicho esto con tantas palabras y comparaciones, porque me paresce que aquí está la llave deste negocio, y por aquí clarísimamente se descubre cuánta necesidad tenemos desta devoción para esta mudanza de vida, y por consiguiente cuán errada va la criación de los nuevos, cuando no se tiene gran cuidado de criarlos en estos ejercicios.

§. I.

Resta decir agora de los medios por do se alcanza este buen afecto de devoción, entre los cuales el primero es el uso de los sacramentos, especialmente de la sagrada Comunión: porque el efecto proprio de este noble sacramento es la espiritual refección, que es una singular y excelente devoción, pues ella nos regala, esfuerza y alienta en este camino. Aquí tendrá el buen maestro mucho que decir, así de la virtud inestimable de los sacramentos, como de la manera en que nos habemos de aparejar para recebirlos: porque el que se llega como debe, no podrá dejar de recebir grandísimas visitaciones y resplandores de Dios. Y

especialmente antes de la comunión y después della conviene tener particular recogimiento y oración, porque á veces se recibe aquí un tan suave y admirable pasto, que dura después por muchos días. Y el que esta suavidad no ha probado, crea que no ha llegado á sentir el efecto nobilísimo deste sacramento, pues teniendo el panal de miel en la boca, y el pan de los ángeles, no ha sentido alguna cosa sobrenatural.

El segundo medio que para esto sirve, es la meditación y consideración de las cosas espirituales (como expresamente lo determina el Sancto Doctor) especialmente de los beneficios divinos y de la vida de Cristo, &c. Porque desta consideración del entendimiento resulta en la voluntad este buen afecto y sentimiento que llamamos devoción. Pues ésta es una de las primeras cosas en que debe el maestro imponer á su novicio, para que de tal manera se imprima la devoción, que nunca jamás la pueda olvidar: y así como la naturaleza comienza en el cuerpo del animal por el corazón (porque dél procede la vida á todos los otros miembros) así él comience la vida espiritual por la oración y consideración, porque por aquí atraerá el espíritu del amor y temor de Dios, con que dé vida á todas sus obras. Para esto le debe señalar sus tiempos y su manera de ejercicios, platicándole y instruyéndole en particular y muy de espacio lo que en esto debe hacer, y pidiéndole cada día cuenta de lo que oró y meditó, para que así poco á poco le vaya enseñando este camino.

El tercero medio es la lición de los libros espirituales y devotos, especialmente cuando se leen con atención y deseo de ser aprovechados con ellos. Porque esta manera de lición es muy semejante á la meditación (sino que ésta se detiene algo más en las cosas, rumiándolas y digiriéndolas más de espacio) lo cual también puede y debe hacer el que lee, y así poco menos fructo sacará de lo uno que de lo otro. Porque la lumbre del entendimiento que aquí se recibe, desciende á la voluntad y á todas las otras potencias del ánima, así como la virtud y movimiento del primer cielo á todos los otros orbes celestiales. Y es muy loable ejercicio leer cada día en común á los novicios algún libro espiritual que tenga avisos y documentos de bien vivir, como es el tractado de San Vicente de la Vida Espiritual, ó otros semejantes, y después de la lición hacer alguna plática espiritual con voz viva sobre lo leído.

Ayudan también mucho para esta misma devoción los oficios divinos, en los cuales muchas veces el ánima es arrebatada y embriagada con una maravillosa suavidad, si trabaja por asistir allí con la atención y devoción que se requiere. Y por esto uno de los cuidados del maestro ha de ser declarar la manera en que el novicio se ha de aparejar con tiempo para venir al coro, y de qué manera ha de asistir en él, no pesado, no tibio, no descaído, sino vivo, despiérto, atento y devoto, como persona que está entre ángeles, haciendo oficio de ellos. Porque destas dos cosas señaladamente depende el fructo que de aquí se saca, conviene saber, de la manera del aparejo antes del oficio, y de la atención en el mismo oficio. Y aquí le debe declarar la obligación que tiene á decir con atención el oficio divino, y cómo hay tres maneras de atención, una á las palabras, otra mejor al sentido dellas, y otra mucho mejor al mismo Dios, fijando en Él el corazón y reposando en Él. Y puédele también enseñar á tener atención á diversos misterios de la pasión de Cristo, repartidos por las siete horas canónicas, que es gran remedio para los que no entienden lo que cantan.

Otro ejercicio es también el servir ó asistir á la misa, considerando allí el misterio que ella nos representa, que es el sacrificio de la pasión de Cristo. Donde el hombre sirviendo ó asistiendo á la misa, hace oficio de los ángeles que ministran y asisten ante la divina Majestad. Asimismo todas las veces que asistiere ó entrare ante el Sanctísimo Sacramento, trabaje por estar allí con el temor y reverencia que conviene á tan gran Majestad, que es una cosa digna de ser muy encarescida y enmendada, por el descuido que en esto hay.

Á la mañana, en levantándose de la cama, haga tres cosas: la primera, dar gracias á nuestro Señor porque le dió aquella noche quieta, y por todos los otros beneficios: la segunda, ofrecer á sí y á todas las cosas que aquel día hiciere y padesciere, para gloria de su sancto nombre: la tercera, pedirle gracia para emplear todo aquel día en su servicio, y particularmente para resistir á aquellos vicios á que se sintiere más inclinado.

Todos los viernes, en memoria de la pasión de Cristo, debe hacer alguna cosa particular, ayunando, ó dando limosna, ó tomando alguna disciplina que duela, ó trayendo ceñida á las carnes alguna cosa áspera por su amor. Y las vísperas de comunión

es razón hacer también lo mismo, para mejor aparejarse para este misterio: y cuando tomare la disciplina, debe repartirla en tres partes, una por sí, otra por las ánimas del purgatorio, y la tercera por los que están en pecado mortal.

Éstos son los espirituales ejercicios que el buen maestro ha de enseñar á su discípulo: porque éstos son los principales medios y instrumentos con que el Espíritu Sancto suele espiritualizar los hombres, y descarnarlos de toda carne, y hacerlos hábiles para toda virtud. Y es muy buen medio para esto, los primeros días de la conversión desocuparlo todo cuanto sea posible de todos los negocios y trabajos exteriores, y puesto así en silencio y soledad, enseñarle la manera que en estos ejercicios ha de tener, mayormente en la oración y meditación. Y cada día á cierta hora tome cuenta á su novicio de cómo le ha ido en cada cosa de éstas, cómo en las meditaciones, y qué pensó en ellas, cómo en el coro y en la misa y en el examen de su propria consciencia, cómo en el leer libros espirituales, y cómo se recogió antes y después de la sagrada Comunión, y qué rezó ó meditó en estos tiempos, y cómo se ha con los pensamientos que allí le vienen, y qué paciencia y longanimidad tiene en esperar la visitación del Señor y el rocío de la devoción, aunque se tarde y aunque del todo se le niegue. Y así como él fuere dando cuenta de sí mismo, así le irá conosciendo y sabiendo lo que tiene en él, y por consiguiente cómo le ha de tratar.

Sumario de todo lo dicho.

RECOPILANDO pues en suma todo lo dicho, resta ser tres cosas necesarias para la orden y concierto de nuestra vida: la una, mortificar y despedir del ánima todas nuestras malas inclinaciones y vicios: la otra, adornarla y hermosearla con virtudes: y la tercera, procurar por todos estos medios y ejercicios la gracia de la devoción, para que mediante ella podamos acabar lo uno y lo otro. Entre las cuales cosas las dos primeras son como fines, y la tercera como un medio muy principal para conseguir este fin. Y esto hecho no subiremos al cielo sin escalera, como hacen aquéllos que sin ejercicio de devoción quieren subir á la cumbre de la perfección.

De las tentaciones de los nuevos.

AUNQUE este librillo no es más que un breve memorial de lo que el buen maestro ha de enseñar á su discípulo, donde no se hace más que apuntar las cosas de que ha de tratar, todavía me paresció demás de lo dicho señalar aquí al cabo con la misma brevedad las más comunes tentaciones que á los nuevos suelen combatir, para que á lo menos entiendan ser tentaciones: porque esto es una muy gran parte para vencerlas.

Para lo cual primeramente presuponga el que de nuevo se arma para esta caballería, que ha de padescer grandes encuentros y muchas tentaciones del enemigo: porque no en balde nos amonestó el Sabio, diciendo: Hijo, cuando te llegares á servir á Dios, vive con temor, y apareja tu ánima para la tentación. Entre estas tentaciones la primera es de la fe: porque como hasta entonces estaba el hombre como dormido para la consideración de las cosas de la fe, cuando de nuevo comienza á abrir los ojos y á ver los misterios della, luego (como peregrino en extraña región) comienza á vacilar en las cosas que se le ponen delante, por la poca luz y conoscimiento que tiene dellas, hasta que después con el uso, viendo el propósito de cada cosa de ellas, sosiega su corazón y viene á parescerle cosa muy conveniente lo que antes extrañaba.

Otra tentación es la de la blasfemia, representándosele cosas torpes y abominables cuando se pone á meditar las cosas divinas: porque como saca la imaginación del mundo llena de las imágines y figuras dél, no puede luego despegar de sí lo que de mucho tiempo tiene impreso, y así á vueltas de las especies y figuras espirituales represéntanse también las carnales, que dan gran tormento á la persona. Pero cuanto le dan mayor tormento, tanto tienen menor peligro, porque tanto están más lejos del consentimiento: y así el mejor modo que hay para vencer estas tentaciones, es no hacer caso dellas, pues á la verdad más son una manera de asombro y espanto del enemigo, que verdadero peligro.

Otra tentación es de escrúpulos, los cuales nascen de la ignorancia que los nuevos tienen de las cosas espirituales, y por eso andan como el que camina de noche, que á cada paso pien-

sa caer: y especialmente acaesce esto por no saber hacer diferencia del sentimiento al consentimiento, y por eso en cada cosa piensan que consienten. Mas esta tentación con el tiempo y conoscimiento de las cosas espirituales poco á poco se va curando, mayormente en los humildes y subjectos al parescer ajeno.

Otra tentación es escandalizarse fácilmente de cualquiera cosilla, por la poca experiencia que tienen de las cosas: porque como tienen aprendido que la religión es una perfectísima escuela de perfección y vida de ángeles, y no saben cuánta sea la flaqueza humana para llegar aquí, fácilmente se escandalizan y maravillan de cualquier cosa que vean.

Otra tentación es desear demasiadamente las consolaciones espirituales, y entristecerse y desconfiar demasiadamente cuando le faltan, y estimarse en más que los otros que no gozan dellas, midiendo la perfección por la consolación, como quiera que no sea ésta la medida cierta, sino la fineza de la mortificación y de la virtud.

Otra tentación es tener poco secreto en las visitaciones y mercedes que de Dios reciben, y publicar y manifestar á otros lo que debían callar, y querer hacerse predicadores y bachilleres antes de tiempo y comenzar á ser maestros ante que discípulos, y todo esto so color de bien y con una sombra de virtud, no mirando que el árbol fructuoso ha de dar fructo en su tiempo, y que el oficio proprio del que comienza es poner el dedo en la boca y tener silencio.

Otra tentación, y muy común, es inquietarse con deseos de mudanzas de lugares, paresciéndoles que en otra parte estarán más quietos, ó más aprovechados y recogidos. Y no miran que en la mudanza de lugares se mudan los aires y no los corazones, y que doquiera que el hombre vaya, lleva á sí consigo, esto es, un corazón dañado con el pecado, que es un perpetuo manantial de miserias y desasosiegos, y que éste no se cura con mudanza de los lugares, sino con ungüento de devoción. La cual (como arriba dijimos) de tal manera muda el corazón del hombre, que por el tiempo que ella reina, no se sienten tanto los malos olores que salen del seno de nuestra carne. Por donde, el mejor medio que hay para huir de sí, es llegarse á Dios y comunicar con Él: porque estando en Él por actual amor y devoción, luego está el hombre ausente de sí.

Otra tentación es entregarse demasiadamente con el nuevo gusto y fervor del espíritu á indiscretas vigilias, oraciones y abstinencias, con que vienen á perder la vista, la cabeza y el estómago, y quedar cuasi para toda la vida inhábiles para los espirituales ejercicios (como ya yo he visto á muchos) y otros con esto vienen á enfermar gravemente, y parte con el regalo de la enfermedad, parte con la falta de los espirituales ejercicios que se dejan por ella, vienen á crescer las tentaciones de tal manera, que fácilmente pueden derribar la virtud, desamparada del favor y fuerzas de la devoción. Otros, habituados al regalo de la enfermedad, quédanse con las malas mañas que en ella cobraron, y otros (como dice Sant Buenaventura) vienen en esta ocasión á amarse demasiadamente y á vivir no sólo más delicadamente, sino más disolutamente, haciendo cabeza de lobo de la enfermedad para dar vado á todos sus vicios y regalos.

Otros por el contrario pecan por demasiada discreción y flojedad, rehusando cualquier honesto trabajo por temor del peligro, y diciendo que basta para su salvación guardarse de pecado mortal, aunque no se guarden los otros rigores y cosas más menudas. Déstos dice S. Bernardo: El nuevo que siendo aun animal es discreto, y siendo novicio es sabio, y siendo aun principiante es ya prudente, no es posible que pueda perseverar mucho en la religión.

Pero la más común tentación de los novicios es dejar el camino comenzado y volverse otra vez al mundo. Para lo cual usa el demonio de mil mañas. Porque unas veces con tentaciones de pusilanimidad y flaqueza les hace en creyente que no podrán sufrir aquella aspereza de vida. Otras, con fortísimas tentaciones de carne les representa como un puerto seguro y vida quieta la de los casados (siendo á la verdad un golfo de continuas tribulaciones y tormentas) alegándole para esto el ejemplo de muchos patriarcas que siendo casados fueron sanctos, haciéndole creer que podrá para esto hallar compañía conveniente que sea de un mismo propósito con él, y que así criará sus hijos en temor de Dios. Y aquí le representa las limosnas que puede hacer en este estado, las cuales no puede hacer en la religión, que es una gran parte para tener seguro el cielo en el día del juicio. Otras veces por el contrario pretende engañarle con más altos pensamientos, poniéndole delante otras religiones más apretadas, especialmente

de la Cartuja. Lo cual hace él por sacarle una vez de la religión por este cabestro, y después que lo tenga fuera de la talanquera en medio del coso, embestir en él y llevárselo en los cuernos. Otras veces enamora demasiadamente los corazones de la soledad y de aquellos ejemplos y vida de los Padres del desierto, para que llevándolos sin compañía por este camino solitario y teniéndolos solos en la sombra y consejo de sus espirituales padres, fácilmente prevalezca contra ellos.

Éstas son las más comunes tentaciones de los que comienzan, para las cuales el buen maestro ha de tener proveídas y estudiadas sus medicinas: y muy gran parte de medicina es saber que son tentaciones, porque la principal astucia del enemigo es hacer creer que la tentación no es tentación sino razón. Esto baste agora para introducción y aviso de los que comienzan este camino del cielo: lo demás enseñarán la experiencia y el Espíritu Sancto, que es maestro de los humildes y da sabiduría á los pequeñuelos.

TRACTADO QUINTO

SÍGUESE UNA BREVE MANERA DE CONFESAR

PARA LAS PERSONAS QUE SE CONFIESAN Á MENUDO.

MUCHAS personas devotas padescen gran trabajo y escrúpulos, porque examinando su consciencia, no hallan á veces de qué echar mano para haberse de confesar. Porque como por una parte creen y saben cierto que no carescen de pecados, y por otra, al tiempo del confesar no los hallan, congójanse por esto demasiadamente y creen de sí que nunca jamás se confiesan á derechas.

Desto podríamos señalar dos causas. La una, que en hecho de verdad es dificultoso negocio conoscerse el hombre á sí mismo y entender muy bien todos los rincones de su consciencia. Porque no en balde dijo el Profeta: Los delictos ¿quién los entiende? De mis pecados ocultos líbrame, Señor. La otra causa es, que los pecados de los justos (los cuales dice el Sabio que caen siete veces al día) más son pecados de omisión que de comisión, los cuales son muy dificultosos de conoscer. Para cuyo entendimiento es de saber que todos los pecados se cometen por una de dos vías, conviene saber, ó por vía de comisión (que es haciendo algunas obras malas, como es hurtar, matar, deshonrar, &c.) ó por vía de omisión, que es, dejando de hacer algunas buenas obras, como es, dejando de amar á Dios, de ayunar, rezar, &c. Pues entre estas dos maneras de pecados los primeros (como consisten en hacer) son muy sensibles y fáciles de conoscer: mas los segundos (como no consisten en hacer, sino en dejar de hacer) son más dificultosos, porque lo que no es, no tiene tomo para echarse de ver. Por donde no es de maravillar que las personas espirituales (mayormente cuando son simples) no hallen á veces pecados de que acusarse: porque como las tales personas no caen tantas veces en aquellos pecados de comisión que decimos, y los otros que son por vía de omisión, no los entienden, de aquí nasce no hallar de qué confesarse, y afligirse por esto.

Pues para remedio de esto me paresció ordenar este memorial para las tales personas, en el cual principalmente se trata deste género de pecados. Y porque los tales pecados pueden ser, ó contra Dios, ó contra nos, ó contra nuestros prójimos, por eso va el memorial repartido en tres partes, que destas tres maneras de negligencias tratan. Para lo cual es de saber que hay diferencia entre imperfecciones y pecados veniales. Por donde algunas cosas serán imperfecciones, que no serán pecados, como acaesce dejando de hacer algunas obras virtuosas que podríamos hacer, á las cuales no siempre estamos obligados. Porque podría uno hacer más limosnas de las que hace, y rezar más de lo que reza, y ayunar más de lo que ayuna, y así otras cosas semejantes: y faltar en esto no es pecado, mas es desfallescimiento y imperfección, pues podría el hombre pasar adelante y aprovechar más, y no lo hace. Pero con todo esto, no deje la persona devota de acusarse deste linaje de cosas, lo uno, porque á las veces podrán ser pecados veniales, y lo otro, porque conozca sus imperfecciones y así se humille ante el vicario de Dios y trabaje por salir de ellas. Aunque esto no conviene que se haga siempre, sino algunas veces (especialmente en las fiestas señaladas) porque no se cansen los confesores con nuestra prolijidad. Mas las otras veces ordinarias podrá cada uno tomar de aquí lo que le pareciere que más hace para descargo de su consciencia.

Preámbulo antes de la confesión.

A la entrada de la confesión se acuse el hombre de las cosas siguientes.

Primeramente, de no venir á este sacramento de la penitencia con aquel dolor y arrepentimiento de sus culpas y con aquel propósito tan firme de apartarse de ellas como debiera, ni traer tan examinada su consciencia como era razón.

Acúsese que el día de la comunión pasada no tuvo aquella devoción y recogimiento que para tan alto huésped se requería, ni agora para haber de comulgar viene tan aparejado ni con tanto temor y reverencia como para tan alto sacramento se requiere.

Acúsese de la poca emienda de la vida, y de no aprovechar en el servicio de nuestro Señor un día más que otro.

Para con Dios.

Acúsese de no haber amado á Dios con todo su corazón y ánima y con todas sus fuerzas, así como era obligado.

De no haberle dado tantas gracias por los beneficios recebidos y por los que cada día recibe, mayormente por haberlo redemido y dádole conocimiento dél, como era obligado.

De no haber hecho las obras de su servicio, ni con aquella pureza de intención, ni con aquel fervor y devoción que debiera, sino pesada y tibiamente.

De no haber respondido por su parte á las inspiraciones de Dios, y á los buenos propósitos que le envía, y á los aparejos y oportunidades que le ha dado para bien vivir, con lo cual pudiera haber aprovechado mucho más, si no quedara por su grande negligencia.

De no haber asistido en la misa y en los oficios divinos y en los lugares sagrados en presencia del Sanctísimo Sacramento con aquella devoción y atención y con aquel temor y reverencia que pide la presencia de tan gran Majestad.

Para consigo.

El hombre tiene en sí muchas partes: porque tiene cuerpo con todos sus sentidos, y ánima con todos sus apetitos, y espíritu con sus potencias, que son entendimiento, memoria, voluntad, y así puede haber pecado contra la orden que había de haber en cada cosa déstas.

Acúsese pues primeramente de no tratar su cuerpo con aquel rigor y aspereza que debría, así en el comer, y beber, y vestir, y dormir, como en todas las otras cosas.

De no traer así la imaginación como los otros sentidos exteriores tan recogidos como debría, sino muy derramados, oyendo, viendo, hablando, imaginando muchas cosas ociosas y no necesarias.

De no tener tan mortificados sus apetitos y tan quebradas todas sus proprias voluntades como debiera.

De no ser tan humilde de corazón y de obra como debría, ni conoscídose por tan vil y tan miserable como es, ni tratádose como á tal.

De no haber procurado un poco de devoción, ni dádose tanto á la oración, ni estado en ella con tanto recogimiento y atención como debría, y haber sido perezoso en levantarse á sus tiempos á ella.

Para con el prójimo.

ACÚSESE de no haber amado á sus prójimos con aquel amor que él querría ser amado, como Dios manda.

De no les haber acudido en sus necesidades con el favor y socorro ó con el consejo que pudiera.

De no haber compadescídose tanto de sus miserias y rogado tanto á Dios por él como era obligado.

De las calamidades públicas de la Iglesia (como son guerras, herejías y captiverios, &c.) de no haber tenido aquel sentimiento que era razón, ni encomendádolas tanto á Dios como ellas lo piden.

Los que tienen superiores se acusen de no haberlos obedescido y reverenciado y socorrido como debieran.

Y los que tienen súbditos, hijos y criados, de no haberlos enseñado, castigado, proveído de lo necesario y tenido de ellos aquel cuidado que era razón.

De los pecados de comisión.

DESPUÉS que así se hubiere acusado de los pecados de omisión, puede luego acusarse de los que llaman de comisión, discurriendo por los diez mandamientos y siete pecados, acusándose de lo que la consciencia le remordiere en cada uno. Y si más brevemente quiere, puede discurrir por los pensamientos, palabras y obras en que puede haber pecado, y acusarse dellas.

Y después de todo esto se debe acusar de todas las culpas anejas al estado y oficio que tiene, declarando lo que ha hecho contra las leyes y obligaciones de su estado, como si es religioso, de los tres votos, de las cosas de su regla: si es juez, ó médico, ó mercader, &c. de las cosas de su oficio, si príncipe, del suyo, &c.

Acabadas todas estas acusaciones, concluya diciendo: De todas estas culpas y de todas las demás en que he caído por pensamiento, por palabra y por obra, me acuso gravemente y digo á Dios mi culpa, mi culpa, mi grande culpa, y ruego y pido por merced, &c.

SÍGUESE UNA BREVE DOCTRINA

EN LA CUAL SE DECLARA

LA REVERENCIA Y DEVOCIÓN

CON QUE LOS FIELES SE HAN DE APAREJAR

PARA RECEBIR EL

SACRATÍSIMO CUERPO DE NUESTRO SALVADOR

Así como el Sancto Sacramento del altar es el mayor de todos los sacramentos, así pide mayor pureza y aparejo para recebirse. Porque en los sacramentos obra la virtud de Dios, mas en éste está la real y verdadera presencia del mismo Dios: y por esto demás de la limpieza de consciencia que ha de preceder por el medio del sacramento de la confesión, pide también especial devoción. Para la cual sirven señaladamente tres cosas. La primera de las cuales es temor y reverencia de la divina Majestad que aquí está, pues creemos verdaderamente que en aquella pequeña hostia está Dios todopoderoso, está el Criador de cielos y tierra, el Señor del mundo, la gloria de los ángeles, el descanso de todos los bienaventurados, el juez de todos los siglos, á quien alaban los ángeles y arcángeles, querubines y serafines, y ante cuyo acatamiento tremen los poderes del cielo, no por haberle ofendido, sino porque considerando la majestad y alteza de aquella soberana Majestad, conoscen que no son ante ella más que unos gusanillos. Aunque este tremor no causa en ellos alguna pena, sino suma reverencia: porque entienden que como á aquella infinita bondad y hermosura se debe amor, así á la soberanía se debe temor. Cresce aun este mismo afecto en el hombre considerando la muchedumbre de sus pecados y negligencias cuotidianas: porque si los ángeles y principados del cielo lo temen, sin jamás haber hecho por qué dende que fueron criados, ¡cuánto más debe temer un vil gusanillo que tantas veces y por tantas vías ofende á su Criador!

Ésta es, pues, la primera cosa que el hombre debe considerar, cuando se allega á esta mesa, diciendo entre sí con grande reverencia: Á Dios voy á recebir, no sólo en mi ánima, sino también en mi cuerpo.

Mas este temor se ha de templar con la esperanza que el mismo Señor nos da, considerando que Él con entrañas de piedad y compasión de nuestrà flaqueza y miseria nos convida á su mesa y nos llama con aquellas suavísimas palabras que dicen: Venid á mí todos los que estáis trabajados y cargados con el peso de vuestra mortalidad y de vuestras pasiones, porque yo daré refección y refrigerio á vuestras ánimas. Y en otro lugar murmurando los fariseos de este Señor porque comía con los pecadores, respondió Él que no tenían necesidad los sanos del médico sino los enfermos, y que no había Él venido á llamar los justos sino los pecadores. Pues con estas palabras pueden cobrar ánimo y confianza los pecadores que están arrepentidos de sus pecados, para osar llegarse á este convite celestial.

Mas para despertar el deseo y hambre que este pan celestial nos pide, será gran motivo considerar los efectos dél y los grandes bienes que por él se comunican á los que devotamente lo reciben, los cuales son tantos, que nadie los podrá contar. Porque por él se nos da la divina gracia, por él somos uñidos y encorporados con nuestra cabeza, que es Cristo. Por él nos hacemos participantes de los méritos y trabajos de su sacratísima pasión, y por él se renueva la memoria della. Por él se enciende la caridad, y se esfuerza nuestra flaqueza, y se gusta la suavidad espiritual en su propria fuente, que es Cristo, y por él se despiertan en nuestra ánima nuevos propósitos y deseos para todo lo bueno. Por él se nos da una prenda preciosísima de la vida eterna. Por él se perdonan los pecados y negligencias de cada día, y por él también se hace el hombre de atrito contrito, que es resucitar de muerte á vida. Por él también se deminuye el ardor de nuestras pasiones y concupicencia, y (lo que más es) por él entra Cristo en nuestras ánimas para morar en ellas, y morando las hace semejantes á sí, como Él mismo lo significó cuando dijo que como su Padre estaba en Él, y por eso la vida suya era semejante á la de su Padre, así se hace semejante á Él en la pureza de la vida quien dignamente dentro de sí por medio deste Sacramento lo recebiere, para que pueda ya decir con el Apóstol:

Vivo yo, mas ya yo no, porque vive en mí Cristo. Pues si todos estos efectos obra este pan celestial en las ánimas de aquéllos que con limpia consciencia lo comen, ¿qué hombre habrá tan insensible y tan enemigo de sí mismo, que no tenga hambre de pan que tales efectos obra? Pues en la consideración destas cosas debe el hombre ocuparse el día y la víspera de la sagrada comunión, para despertar en ella estos tres afectos susodichos, en los cuales consiste la devoción actual, que para esta comida se requiere. Para lo cual le ayudarán mucho las dos oraciones siguientes, leídas atentamente con toda la devoción que le sea posible: porque en ellas hallará el ánima devota palabras y consideraciones para despertar en su ánima estos tres afectos y sentimientos susodichos.

SÍGUESE UNA DEVOTA MEDITACIÓN

para antes de la sagrada Comunión para despertar en el ánima amor y reverencia á este Sanctísimo Sacramento.

¿QUIÉN sois Vos, Señor mío, y quién soy yo, para que me ose llegar á Vos? ¿Qué cosa es el hombre, para que pueda recebir en sí á Dios su hacedor? ¿Qué es de sí el hombre sino un vaso de corrupción, hijo de ira, heredero del infierno, obrador de pecados, menospreciador de Dios y una criatura inhábil para todo lo que es santo y bueno, y poderosa para todo lo malo? ¿Qué es el hombre sino un animal en todo miserable, en sus consejos ciego, en sus obras vano, en sus apetitos sucio, en sus deseos desvariado, y finalmente en todas las cosas pequeño, y en sola su estima grande? Pues ¿cómo una tan vil y baja criatura se osará llegar á un Dios de tan grande majestad? Las estrellas no están limpias ante vuestro acatamiento, las columnas del cielo tiemblan delante de Vos, los más altos de los serafines encogen sus alas y se tienen por unos viles gusanillos en vuestra presencia: pues ¿cómo os osará recebir dentro de sí una tan vil y baja criatura? El sancto Baptista, dende las entrañas de su madre sanctificado, no osa tocar vuestra cabeza, ni se halla digno de desatar la correa de vuestro zapato. El Príncipe de los Apóstoles da voces y dice: Apartaos de mí, Señor, que soy hombre pecador. Y ¿osaré yo llegarme á Vos, tan cargado de pecados? Si aque-

llos panes que estaban sobre la mesa del templo (que no eran más que sombra de este misterio) no podía comer sino quien estuviese limpio y sanctificado, ¿cómo me atreveré yo á comer el pan de los ángeles, estando tan ajeno de sanctidad? Aquel cordero pascual (que no era más que figura de este Sacramento) mandaba Dios que se comiese con pan cenceño, con lechugas amargas, calzados los zapatos y ceñidas las renes: pues ¿cómo osaré yo llegarme al verdadero Cordero pascual sin tener nada deste aparejo? ¿Qué es de la pureza del pan cenceño sin levadura de malicia? ¿Qué es de las lechugas amargas de la verdadera contrición? ¿Dónde está la pureza de las renes y la limpieza de los pies, que son los buenos deseos? Temo, y mucho temo, cómo seré recebido en esta mesa, si me falta este aparejo. Desta manera fué desechado aquél que no se halló con ropa de bodas, que es la caridad, y atado de pies y manos fué mandado echar en las tinieblas exteriores. Pues ¿qué otra cosa espero yo, si desta manera me hallare en este convite? Oh divinos ojos, á los cuales están abiertos y desnudos todos los rincones de nuestras ánimas, ¿qué será de la mía si ante ellos paresciere sin esta vestidura? Tocar el arca del testamento, cuando se quería caer, fué cosa tan grave, que el sacerdote que la tocó, fué luego castigado con arrebatada muerte: pues ¿cómo no temeré yo el mismo castigo, si recibiere indignamente al que por aquella arca era figurado? No hicieron los Betsamitas más que mirar curiosamente esta misma arca, cuando pasaba por sus tierras, y por solo este atrevimiento fueron muy gravemente castigados. Pues, oh misericordioso y terrible Dios, ¡cuánto mayor cosa es vuestro Sacramento que aquella arca! Y ¡cuánto mayor cosa es recebiros que miraros! Pues ¿cómo no temblaré yo cuando me llegare á recebir un Dios de tan grande majestad y justicia?

Y si tanta razón tengo para temer, considerando vuestra grandeza, ¿cuánto más, considerando mis pecados y mi malicia? Tiempo hubo (y plega á vuestra misericordia no lo sea también agora) cuando la cosa más olvidada y menos amada de mi corazón érades Vos, hermosura infinita, y cuando el polvo de las criaturas tenía yo en más que el tesoro de vuestra gracia y la esperanza de vuestra gloria. La ley de mi vida eran mis deseos, la obediencia tenía dada á mis apetitos, y no tenía más cuenta con Vos que si nunca os conosciera. Yo soy aquel necio que

dijo en su corazón: No hay Dios: porque de tal manera viví un tiempo como si creyera que no lo había. Nunca por vuestro amor trabajé, nunca por vuestra justicia temí, nunca por vuestras leyes me aparté de lo malo, nunca por vuestros beneficios os di las gracias que debía, nunca por saber que Vos estábades en todo lugar presente, dejé de pecar delante de Vos. Todo lo que mis ojos desearon, les concedí, y no fuí á la mano á mi corazón para estorbarle sus deleites. ¿Qué género de maldades hay por donde no haya pasado mi malicia? ¿Qué otra cosa fué mi vida sino una contradicción y guerra contra Vos, y una renovación de los martirios que pasastes por mí?

Oh flor del campo y azucena de los valles, ¿cómo quieres tú agora ser hecho manjar de bestias? ¿Cómo se ha de dar ese divino manjar á los perros, y esa tan preciosa margarita á los puercos? Oh amador de las ánimas limpias, que te apacientas entre los lirios mientras dura el día y se inclinan las sombras, ¿qué pasto te podré yo dar en este corazón, donde no nascen estas flores, sino cardos y espinas de malos deseos? Tu lecho es de madera de Líbano, las columnas tiene de plata, el reclinatorio de oro, y la subida de púrpura. No hay en esta casa ninguno de estos colores: pues ¿qué silla te daré yo cuando entrares en ella? Tu sagrado cuerpo fué envuelto en una sábana limpia y sepultado en un sepulcro nuevo, donde nadie había sido sepultado. Pues ¿qué parte hay en mi ánima, que sea limpia y nueva, donde te pueda yo sepultar? ¿Qué ha sido mi boca sino sepultura abierta por donde salía el hedor y corrupción de mis pecados? ¿Qué mi corazón sino fuente de malos pensamientos y deseos? Pues ¿cómo osaré yo llegarme con estos labios sucios y con este aparejo á recebirte y á darte paz? Oh Redemptor mío, confúndome de verme tal. Avergüénzome de ver cuál voy á los brazos del Esposo celestial, que de nuevo me quiere recebir. ¡Hasta aquí ha llegado tu piedad, que no te afrentes, Rey de gloria, de recebir en tu casa y tomar por esposa á la que tantas veces cometió adulterio espiritual contra ti! Tú dices por Hieremías: Has fornicado con cuantos enamorados has querido, mas con todo eso vuélvete á mí, que yo te recibiré.

Conozco, Señor, mi indignidad, y conozco tu gran misericordia. Ésta es la que me da atrevimiento para llegarme á ti tal cual estoy, porque mientras más indigno fuere yo, más glorificado

quedarás tú en no desechar ni tener asco de tan sucia criatura. No desechas, Señor, los pecadores, antes los llamas y los traes á ti. Tú eres el que dijiste: Venid á mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os daré refrigerio. Tú dijiste: No tienen necesidad los sanos del médico, sino los enfermos. Y: No vine á buscar los justos, sino á los pecadores. De ti públicamente se decía que rescibías los pecadores y comías con ellos. No has mudado, Señor, la condición que tenías entonces, y por eso creo que agora también llamas dende el cielo á los que entonces llamabas en la tierra. Pues yo, movido por este piadoso llamamiento, vengo á ti cargado de pecados, para que me descargues, y trabajado con mis proprias miserias y tentaciones, para que me des refrigerio. Vengo como enfermo al médico, para que me sane, como pecador al justo, fuente de justicia, para que me justifique. Dicen que recibes los pecadores y comes con ellos y que tu manjar es la conversación de los tales. Si tanto te deleita ese convite, cata aquí un pecador con quien puedas comer de ese manjar. Bien creo, Señor, que te deleitaron más las lágrimas de aquella pública pecadora que el convite soberbio del Fariseo, pues no menospreciaste sus lágrimas ni la desechaste por pecadora, sino antes la recebiste, y la perdonaste, y la defendiste, y por unas pocas de lágrimas le perdonaste muchos pecados. Aquí se te pone, Señor, agora otra nueva ocasión de mayor gloria, que es un pecador con más pecados y menos lágrimas. No fué aquélla la última de tus misericordias, ni la primera. Otras muchas tales tenías hechas, y otras muchas te quedaban por hacer. Entre agora ésta en la cuenta dellas, y perdona á quien más te ha ofendido y menos llora porque te ofendió. No tiene tantas lágrimas que basten para lavar tus pies, mas tú tienes derramada tanta sangre, que basta para lavar todos los pecados del mundo. No te indignes, Dios mío, porque estando tal cual me ves, me oso llegar á ti. No has mudado, Señor, la condición ni el oficio que tenías en la tierra, aunque te subiste al cielo. Porque si así fuera, otro evangelio hubiéramos menester, que nos declarara la condición que tienes allá, si fuera diferente de la de acá.

Leo pues en tus Evangelios que todos los enfermos y miserables se allegaban á tocarte, porque de ti salía virtud que sanaba á todos: á ti se llegaban los leprosos, y tú extendías tu bendicta mano, y los alimpiabas. Á ti venían los ciegos, á ti los sordos,

á ti los paralíticos, á ti finalmente acudían todos los necesitados del mundo, y á ninguno te negaste. En ti solo está la salud, en ti la vida, en ti el remedio de todos los males. Tan piadoso eres para dar salud cuan poderoso para darla. Pues ¿dónde iremos los necesitados sino á ti?

Conozco, Señor, verdaderamente que este divino Sacramento no sólo es manjar de sanos sino también medicina de enfermos, no sólo es fortaleza de vivos sino resurrección de muertos, no sólo enamora y deleita los justos sino también sana y purifica los pecadores. Cada uno se llegue según pudiere, y tome de ahí la parte que le pertenezca. Lléguense los justos á comer y gozar en esta mesa, y suene la voz de su confesión y alabanza en este convite: yo me llegaré como pecador y enfermo á recibir este pan de vida. Por ninguna vía puedo pasar sin este remedio, y por ninguna parte me puedo excusar. Si estuviere enfermo, aquí me curarán, y si sano, aquí me conservarán. Si estuviere vivo, aquí me esforzarán, y si muerto, aquí me resucitarán. Si estuviere frío, aquí me abrasarán, y si estuviere tibio, aquí me calentarán. No desmayaré por verme ciego, porque el Señor alumbra los ciegos: no por verme caído, porque el Señor levanta los caídos. No huiré dél (como hizo Adam) por verme desnudo, porque Él es poderoso para cubrir mi desnudez: no por verme sucio y lleno de pecados, porque Él es fuente de misericordia: no por verme con tanta pobreza, porque Él es Señor de todo lo criado. No pienso que le hago en esto injuria, antes le doy ocasión (mientra más miserable fuere) para que resplandezca más su misericordia en mi remedio. Las tinieblas del ciego dende su nascimiento sirvieron para que resplandeciese más en él la gloria de Dios, y la bajeza de mi condición servirá para que se vea cuán bueno es Aquél que siendo tan alto no desdeña cosas tan bajas. Especialmente quo no se tiene aquí respecto á mí, sino á los méritos de mi Señor Jesucristo, por los cuales el eterno Padre ha por bien de tomarme por hijo y tratarme como á tal.

Pues por esto te suplico, clementísimo Padre de nuestro Salvador, que pues el sancto rey David asentaba á su mesa á un hombre tullido y lisiado, porque era hijo de aquel grande y muy preciado amigo suyo Jonatás, queriendo en esto honrar al hijo por los méritos de su padre, así tú, eterno Padre, tengas por bien asentar á este pobre y disforme pecador á tu sagrada mesa, no

por sí, sino por los merecimientos de aquel tan grande amigo tuyo Jesucristo nuestro verdadero Padre. El cual contigo vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

SÍGUESE OTRA ORACIÓN

para después de haber comulgado.

Oh Dios mío y misericordia mía, ¿qué gracias os podré yo dar porque Vos, Rey de los reyes y Señor de los señores, habéis querido hoy visitar mi ánima, y entrar en mi pobre casa, y haceros una misma cosa conmigo mediante la virtud inestimable de este sacramento? ¿Con qué os pagaré esta honra? ¿Con qué os serviré este beneficio? ¿Qué gracias os podrá dar una criatura tan pobre por una dádiva tan rica? Porque no os contentastes con hacernos aquí participantes de vuestra soberana Deidad, sino también nos hacéis de vuestra sancta Humanidad y de todos los merecimientos que nos ganastes con ella. Porque aquí nos dais vuestra carne, y con ella nos hacéis participantes de todos los tesoros y merecimientos que con esa misma carne nos ganastes. ¡Oh maravillosa comunicación! ¡Oh preciosa dádiva, mal conocida de los hombres y digna de ser agradecida con perpetuos loores! Oh clementísimo Reparador de nuestras ánimas, ¿con qué mayores riquezas las pudiérades enriquecer que con éstas? Bien dijistes, Señor, hablando en vuestra oración al Padre: Yo, Padre, me sanctifico por ellos, porque ellos sean sanctos de verdad. ¡Oh nueva manera de sanctificar, tan costosa para el santificador y tan fácil para el santificado! Porque vuestra es la sanctidad, y mío el fructo: vuestro el trabajo, y mío el provecho: vuestra la costa, y mía la ganancia: vuestra la disciplina, y mío el perdón: vuestra es la purga y la sangría, y mía la salud y la vida que se alcanza con ella. Por mí satisficieron aquellos vuestros dolores, aquellos clavos, y aquellas bofetadas y espinas, y aquella sangre preciosa que por mí se derramó! Á mí lavaron aquellas lágrimas, á mí sanaron aquellas heridas, y por mí pagaron aquellos azotes. ¡Oh dichosa comunicación! ¡Oh carta de maravillosa hermandad! ¡Oh compañía de inefables tesoros! ¿Qué caudal pusimos, Señor, nosotros de nuestra parte para esto? ¿Qué os dimos para que tal dádiva nos diésedes? Ninguna cosa hubo cierto de por medio más que sola vuestra bondad. ¿Porqué alumbra el sol?

¿Porqué calienta el fuego? ¿Porqué enfría la nieve? Claro está que porque es natural propiedad de estas criaturas producir estos efectos. Pues á Vos, Dios mío, es propio haber misericordia y perdonar, y (lo que más es) perdonar á los otros, y no perdonar á Vos. Vuestra misma naturaleza es bondad, y no cualquiera bondad, sino suma bondad. Pues así como á la bondad pertenece comunicarse, así á la suma bondad, sumamente comunicarse, y así lo hecistes Vos con nosotros, pues en todo os nos distes. Naciendo os distes por hermano, comiéndoos, por mantenimiento, muriendo os dais en precio, y reinando, en galardón.

Finalmente, si quieres, ánima mía, en una palabra comprehender los bienes que consigo trae este divino Sacramento, considera los que trajo este Señor al mundo, cuando á él vino. Pues así como cuando vino al mundo, dió al mundo vida de gracia, con todo lo demás que se sigue della, así cuando por este medio viene al ánima, le da esta misma vida. ¡Oh manjar divino, por quien los hijos de los hombres se hacen hijos de Dios, y por quien nuestra humanidad se mortifica para que Dios viva en ella! ¡Oh pan dulcísimo, digno de ser adorado, que mantienes el ánima y no el vientre, confirmas el corazón y no cargas el cuerpo, alegras el espíritu y no embotas el entendimiento, con cuya virtud muere nuestra sensualidad, y la voluntad propria es degollada, para que se cumpla en nosotros la divina!

Pues ¿qué gracias y qué alabanzas os daré yo, Señor, por este beneficio? Si el agradescimiento ha de responder á la dádiva, ¿qué linaje de agradecimiento bastará para esta dádiva? En el Éxodo leemos que dijistes á Moisén: Toma un vaso de oro, y hínchelo de maná, y ponlo dentro en el arca del testamento, y esté ahí guardado siempre, para que sepan las generaciones advenideras con qué linaje de mantenimiento sustenté yo á vuestros padres cuarenta años en el desierto. Pues si en tanto quesistes que se estimase aquel manjar corruptible, que lo mandastes guardar por memoria en lugar de tanta veneración, ¿en cuánto será razón que se tenga este manjar incorruptible, que da vida eterna á quien lo come? Veo claramente que lo que va de manjar á manjar, eso va de beneficio á beneficio, y eso ha de ir de agradecimiento á agradecimiento. Aquel manjar era de la tierra, éste es del cielo: aquél era manjar de cuerpos, éste de ánimas: aquél no daba verdadera vida á los que le comían, éste es

vida eterna de quien lo come. Mas ¿qué hay que hacer comparación de uno á otro, pues lo que va de Criador á criatura, eso va de manjar á manjar? Pues si tal memoria y agradecimiento pedistes por haber mantenido aquel pueblo con aquel manjar mortal y corruptible, ¿qué pediréis por habernos mantenido con tanto más excelente manjar, cuanto es Dios mejor que su criatura? ¡Oh manjar del cielo, pan de vida, fuente de deleites, venero de virtudes, muerte de vicios, fuego de amor, medicina de salud, refección de las ánimas, convite real de Dios, y gusto de la felicidad eterna! Pues ¿qué diré, Dios mío, qué gracia te daré, con que amor te amaré, si tengo de responder al mismo tono al amor que aquí me muestras? Si tú, siendo el que eres, así amas á mí, vilísimo y miserable gusano, ¿cómo no amaré yo á ti, Esposo altísimo y nobilísimo de mi ánima?

Admitido pues ya yo á esta compañía, asentado á esta mesa, recebido en estos brazos, regalado con tales deleites, obligado con tantos beneficios, y sobre todo preso con tan fuertes lazos de amor, dende aquí renunció todos los otros amores por este amor. Ya no haya más mundo para mí, ya no más deleites de mundo para mí, ya no más pompa del siglo para mí. Vayan, vayan lejos de mí todos estos falsos y lisonjeros bienes, que solo éste es el verdadero y sumo bien. El que come pan de ángeles, no ha de comer manjar de bestias: el que ha recibido á Dios en su morada, no es razón que admita en ella cosa vana. Porque ¿cómo abrirá la puerta de su corazón á pensamientos de mundo quien dentro de sí recibió al Señor del mundo? ¿Cómo dará lugar en su ánima á cosa profana, habiendo ya sido consagrada y sanctificada con la presencia divina? ¿Cómo recibirá pensamientos y deseos de mundo el pecho donde Dios moró? ¿Cómo hablará palabras torpes y vanas la lengua por donde Dios pasó? Si por haber ofrecido el rey Salomón sacrificio en el portal del templo dejó aquel lugar sanctificado, ¿cuánto más razón será que lo sea mi ánima, pues dentro della se recibió Aquél á quien todos los sacrificios y sacramentos de la ley significaban? Y pues tantos y tan grandes son los bienes que con este divino Sacramento se reciben, pídoos que no reciba este tan grande beneficio y tan grande medicina de las ánimas en balde, porque no sirva para mi condenación lo que Vos ordenastes para nuestro remedio: Vos que vivís y reinas en los siglos de los siglos. Amén.

TRACTADO

DE LAS TRES PRINCIPALES VIRTUDES

Y VOTOS DE LOS RELIGIOSOS

ESCRITO EN LENGUA ITALIANA

POR EL R. P. FR. HIERÓMIMO DE FERRARA

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO

Á UNA SEÑORA QUE QUERÍA ENTRAR EN RELIGIÓN.

Habiendo sabido *yo*, carísima Señora mía en el Señor, el deseo que tenéis de desamparar la vanidad del siglo y seguir la verdad del eterno Esposo......

Véase este tratado íntegro en el tomo X, de la página 183 á la 192.

LAUS DEO

DISCURSO DEL MISTERIO
DE
LA ENCARNACIÒN
DEL HIJO DE DIOS

POR VÍA DE DIÁLOGO

ENTRE S. AMBROSIO Y S. AUGUSTÍN RECIÉN CONVERTIDO

COMPUESTO POR

EL P. M. F. LUIS DE GRANADA

DE LA ORDEN DE PREDICADORES

Y AHORA NUEVAMENTE SACADO Á LUZ

POR EL M. F. FRANCISCO DIAGO

DE LA MESMA ORDEN

DIRIGIDO Á DOÑA JUANA FOLCH DE CARDONA
OLIM DE ARAGÓN
DUQUESA DE CARDONA Y SEGORBE

IMPRESO EN BARCELONA
EN CASA DE SEBASTIÁN DE CORMELLAS
AÑO 1605

EL MAESTRO FRAY FRANCISCO DIAGO

AL CURIOSO LECTOR

Entre todas las obras exteriores de Dios, que los teólogos llaman *ad extra*, la que más campea y se lleva la palma, es la del inefable misterio de la Encarnación de su soberano Hijo, cuando para redimirnos y salvarnos se vistió de carne humana y se hizo verdadero hombre. Porque siendo Dios sumo bien, y por consiguiente comunicable de sí mesmo, no solamente así como quiera, sino sumamente, también aquélla será la mayor de sus obras con que se comunicare á sus criaturas en sumo grado: y ésa es la de la Encarnación, por la cual recibe el Verbo divino y junta á sí en unidad de su persona á la naturaleza humana, comunicándole su divina personalidad y su increada existencia, y engrandeciendo en ella á todas las demás criaturas, como en cifra de todas ellas que encierra algo de todas: de las piedras el ser, de las plantas el crecer, de los animales el sentir, y de los ángeles el entender. Por eso el evangelista San Juan no supo decir el grado de la alteza del amor de Dios que en esta obra se encierra, sino que se remitió á la grandeza del don, diciendo: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret:* para que de la soberanía del don pudiésemos rastrear el inexplicable grado del amor. Y por lo mismo el santo profeta Zacarías dijo que esta obra salía de las entrañas de la divina misericordia: *Per viscera misericordiæ Dei nostri, in quibus visitavit nos oriens ex alto.* Que parece no correspondiera con la grandeza de la visita, decir que salía de la misericordia de nuestro Dios, si no añadiera que salía de las entrañas y más retirado dellas. Siendo pues tan inefable esta soberanísima obra, ¿quién será tan atrevido que pretenda explicarla según su merecido, por mucho y muchas veces que della hable ó escriba? ¿No quedará corta cualquier lengua, después que hubiere desplegado las velas al viento y navegado por el mar inmenso de tan profundo misterio? Entonces, como si no hubiese dado un paso, querrá emprender otra vez la propia na-

vegación, y siempre, por mucho que ayudada de la gracia del Señor vuele y penetre, habrá de aspirar á la misma carrera.

En el P. Fr. Luis de Granada se ve ello bastantemente. Escribió de aqueste misterio en el Memorial de la Vida Cristiana, y no satisfecho de lo que había escrito, quiso segundar y tratar otra vez de la mesma materia en las Adiciones al Memorial: y tan descontento como si no hubiera añadido palabra, escribió del mismo artículo tercera vez en la Introducción al Símbolo de la Fe: y aun con ser verdad que alargó mucho la pluma entonces, con todo eso, viéndose ya muy viejo, en los postreros días de su vida emprendió cuarta vez tratar del mesmo sujeto á modo de un diálogo entre S. Ambrosio y S. Agustín. Y parece que estos santos le fueron tan favorables en el diálogo, que muestra Fray Luis excederse en él á sí mesmo y dejar muy atrás lo que antes había escrito del proprio misterio en tres diferentes ocasiones. Por eso, llegando á mis manos el Diálogo por las del P. F. Francisco Oliveira, que lo escribió dictándolo el bendito viejo, no he podido dejar de sacarlo á luz, para que la dé y guíe, de la manera que la escura fe lo sufre, á los devotos de tan soberano misterio que lo leyeren.

AL LECTOR

CONSIDERANDO aquel insigne filósofo Séneca la fábrica admirable deste mundo, la grandeza de los cielos, el movimiento dellos, la hermosura de las estrellas, el curso de los planetas, la orden y sucesión de los tiempos, con todo lo demás que en este mundo se ve, maravillado de cosas tan grandes, vino á decir que la vida del hombre era muy mortal para entender las cosas inmortales, que son las obras admirables que el Autor de la naturaleza fabricó en este mundo visible. Pues si para la contemplación destas cosas naturales parecía á este sabio corta nuestra vida, ¿cuánto más lo será para la de las cosas sobrenaturales y divinas, y para la mayor de todas ellas, que es la obra de nuestra redención? Y por esto nos manda Dios por Esaías que dejemos de pensar en las otras obras suyas, y pongamos los ojos en ésta, la cual escurece con la grandeza de su resplandor todas las otras. Pues según esto, justa cosa es que lo poco que nos resta de la vida, empleemos en esta consideración, teniendo por cierto que antes se acabarán las vidas de todos los hombres, que se puedan agotar las grandezas y maravillas que hay en ella. Y para esto nos aprovechará representarlas debajo de diversos hábitos y figuras, como quien viste un hermoso cuerpo de diversas ropas para darle más gracia y mejor parecer. A los que toman agua del palo para alguna enfermedad, aconséjanles los médicos que no sólo al comer y cenar, sino que también todas las horas que tuvieren sed, beban della, por estar en ella el remedio de su mal. Y pues el remedio y medicina general de todos nuestros males es la pasión de nuestro Salvador, aprovechémonos de todas las ocasiones que se ofrecieren para pensar siempre en ella. Y por esta causa trataremos aquí della debajo de diversas figuras, declarando algunos lugares de la Santa Escritura que della tratan, para que todo esto nos dé motivo para nunca desviar nuestros ojos della, pues en ella está nuestra vida. Ni nos debe causar hastío tratar siempre

una misma materia: porque muchas veces se explican más á la larga algunas cosas que estaban brevemente tratadas, y así se entiende mejor, y despierta más nuestra devoción: otras veces se añade alguna consideración á lo que en otras partes está dicho, que entonces no se ofreció. Y haciéndose esto, es forzado repetir algo de lo que ya está en otras partes tratado, porque se entienda la consecuencia de las cosas y el lugar y propósito á que pertenece lo que se añade. Ahora me pareció tratar deste misterio debajo deste nombre que el Profeta significó, llamándolo invención de Dios, y mandando que prediquemos esta su invención al mundo: la cual fué ordenar que su unigénito Hijo viniese vestido de nuestra carne á remediar el género humano. Y dando el Profeta gracias á Dios por este beneficio, nos convida á que todos también las demos, y nos dice que es muy alto su nombre, y que tal es esta obra que de su altísimo pecho procedió.

Mas todas las veces que della tratáremos, siempre habemos de presuponer que pudiera nuestro Señor por otras muchas maneras remediar el mundo: mas como Él sea sumamente perfecto, escogió ésta, que era la más perfecta, en la cual más perfectamente se hallan las condiciones de las obras de Dios, que son misericordia y justicia, gloria suya y provecho del hombre.

Y parecióme tratar esta materia por vía de diálogo entre San Ambrosio y S. Augustín: porque cónstanos por las historias destos santos que S. Ambrosio convirtió á S. Augustín y lo sacó de la herejía de los maniqueos, los cuales confesando que Dios crió las cosas altas y invisibles, decían que el demonio había criado estas que vemos con los ojos. Mas desengañado ya S. Augustín deste yerro, estaba aun ignorante de los otros misterios de nuestra religión, mayormente del misterio inefable de la encarnación y pasión del Hijo de Dios. Y así se escribe dél: *Quid autem sacramenti haberet, Verbum caro factum est, nec suspicari quidem poterat*. Por tanto introduciremos ahora aquí á S. Ambrosio, para que le dé luz deste misterio, como se la había ya dado de los otros. Con cuya doctrina aprovechó tanto S. Augustín en el conocimiento dél, que (como él escribe de sí mismo) después de recibir el santo bautismo, no se hartaba en aquellos días de considerar con una maravillosa suavidad la alteza del consejo divino sobre la salud del género humano, esto es, cuán

excelente, y cuán conveniente, y cuán misericordioso medio fué la encarnación y pasión del Hijo de Dios para la cura de todos nuestros males.

ARGUMENTO DESTE DIÁLOGO

PRETENDE pues S. Ambrosio en este Diálogo declarar á San Augustín la excelencia deste medio que la divina Sabiduría inventó para la salud del género humano, sobre cualquier otro que la razón humana pudiera inventar. Y para esto pregunta San Ambrosio á S. Augustín (supuesto el conocimiento que tiene de la común dolencia del género humano por el pecado del primer padre) qué remedio le parece que podría haber para esta común dolencia, según el juicio de la razón humana. Á lo cual él responde que el remedio sería que algún hombre santísimo (como fué Abraham) ofreciese á Dios algún sacrificio que le fuese muy agradable, para que el daño que hizo la culpa del uno, deshiciese la santidad y justicia de otro. Haciendo pues S. Ambrosio comparación deste remedio al que Dios inventó, muestra claramente las ventajas que hace el un remedio al otro, de las cuales careciéramos si por otro medio fuéramos remediados.

DISCURSO DEVOTO

DEL SOBERANO MISTERIO

DE LA ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS

POR VÍA DE DIÁLOGO ENTRE S. AMBROSIO Y S. AUGUSTÍN

SOBRE AQUELLAS PALABRAS DE ESAÍAS:

Notas facite in populis adinventiones ejus, etc.

AMBROSIO, AUGUSTÍN.

AMBROSIO. Deseo saber, Augustino, cómo os va con la nueva luz y conocimiento que habéis recebido de la verdad de nuestra fe.

AUGUSTÍN. No podré explicar yo con palabras el alegría y paz de mi corazón y deseo que tengo de servir á nuestro Señor esta tan grande misericordia, y á vos también, por cuyo medio alcancé este bien. Porque considerando yo las angustias y perplejidades en que viví mucho tiempo, las cuales me hicieron caer en un tan grande despeñadero como es la secta de los Maniqueos, y viendo agora con la lumbre de la fe cuán grande ceguedad era ésta, y cuán grande injuria se hacía á Dios en quitarle el título de universal criador de todas las cosas y atribuir parte desta gloria al demonio su enemigo, no me harto de darle gracias por haberme librado de tan horribles tinieblas.

AMB. Hacéis muy bien en serle agradecido por este tan grande beneficio de la fe, que es especialísimo don de Dios y fundamento de todos los otros dones y gracias suyas, las cuales así como se alcanzan con la oración, así crecen con el agradecimiento. Mas deseo saber cómo (siendo vos hombre de tanto ingenio y tan ejercitado en los estudios de la filosofía) pudistes caer en tan gran ceguera como es atribuir al demonio la creación deste mundo visible, y más particularmente la del hombre.

AUG. Eso holgaré mucho de explicaros, porque la memoria de la confusión pasada me acrecienta el alegría de la paz en que vivo, como se alegra el marinero que escapó de la tormenta, cuando se ve en puerto seguro.

AMB. Si vos holgáis de renovar la memoria de vuestros males pasados, yo también me alegro con vos, así por haberos ayudado á salir dellos, como porque la caridad hace proprios los bienes ajenos. Por tanto comenzad ya á tratar esa materia.

AUG. Digo, pues, que la consideración de las grandes maldades que veía en el mundo, me hicieron caer en este despeñadero. Porque consideraba los robos, los adulterios, los homicidios, las blasfemias, los pecados nefandos de los hombres bestiales, y las guerras tan continuas y tan sangrientas con que los hombres se matan y destruyen unos á otros, sin haber ni en la mar ni en la tierra lugar que no esté teñido con sangre humana. Miraba las traiciones y conjuraciones y levantamientos de pueblos contra sus señores, y las tiranías y fuerzas de los poderosos contra los flacos. Veía desterrada del mundo la fe, la verdad, la paz, la humanidad, la castidad, la justicia y la lealtad, sin tenerse ni padres con hijos, ni hijos con padres, ni mujeres con maridos, ni hermanos con hermanos. Veía por otra parte las idolatrías y sectas y supersticiones de todas las naciones, y los sacrificios dellas, unos cruelísimos, y otros deshonestísimos, y otros vanísimos. Veía desterrado del mundo el conocimiento y temor de Dios, y en su lugar ser adorados y reverenciados los demonios sus enemigos. Pues ¿qué diré de los odios, rabiosos y extrañas crueldades y despedazamientos de miembros con que toman venganza unos hombres de otros? ¿Qué diré de las naciones bárbaras, donde los hombres comen carnes humanas, y pesan los hombres en las carnicerías como si fuesen carnes de animales? Mas porque esta materia de las desórdenes y males del mundo, y de la malicia del corazón humano, no tiene suelo ni cabo, basta para entender algo desto, ver que el mismo Dios confiesa que un solo justo halló en aquella edad (que precedió antes del Diluvio) que fué Noé, y que todos los demás de tal manera habían estragado y corrompido sus vidas, que indignado Él por tantos males, anegó todo el mundo con las aguas del Diluvio (1).

(1) Genes. 7.

Pues considerando yo por una parte la muchedumbre de tan horribles maldades como pasan en la vida humana, y por otra la perfección de las obras divinas, no me podía persuadir que de las manos de un artífice tan sabio (que todas sus obras hace con número, peso y medida) saliese una obra tan abominable como es el corazón humano, de donde todos estos males proceden. Esta consideración me trajo un tiempo tan fatigado, buscando la origen y causa de los males del mundo, y persuadido que no era posible ser Dios (que es la misma bondad) vine á caer en este despeñadero que tengo dicho.

AMB. Ahora que me habéis declarado la causa del engaño, querría me descubriésedes la del desengaño, para ver cómo habéis aprovechado con la doctrina que yo acerca deso os he dado.

AUG. Basta para esto el conocimiento del pecado original, por el cual entiendo el engaño de los maniqueos, que no supieron hacer diferencia entre la naturaleza humana y la malicia humana: porque si esto hicieran, atribuyeran á cada una de las partes su oficio, á Dios la fábrica de la naturaleza, y al demonio la malicia de la culpa. Porque verdaderamente no crió Dios al hombre con las malas inclinaciones que saca del vientre de su madre, sino con tan grande perfección y pureza, que no sale tan compuesta la desposada el día del tálamo, cuanto salió nuestra naturaleza de las manos de Dios el día que fué criada. Mas por el pecado de aquella primera desobediencia se perdió el mayorazgo de la justicia y de la gracia. Y perdida ésta, que conserva la naturaleza en su pureza, sucedió la malicia, así como quitada la sal, la carne se corrompe y se hinche de gusanos. Y lo mismo acaeció á nuestra naturaleza, quitada la sal de la gracia y de la justicia. Y de aquí sucedió la muchedumbre de los gusanos, que son todas aquellas obras de carne que el Apóstol refiere en la epístola á los de Galacia, que son, fornicación, torpezas, deshonestidades, lujurias, idolatrías, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, riñas, envidias, disensiones, sectas, homicidios, embriagueces, comeres. desordenados, y otros vicios semejantes. Y el mayor de todos estos males es nacer el hombre torcido y vueltas las espaldas á Dios, inclinado como bestia á las cosas de la tierra, y esto con una habitual inclinación de amar á sí más que á Dios y que á todas las otras cosas, que es la mayor monstruosidad que se puede pensar: y esto es lo que llamamos pecado original, por el cual

nace el hombre en desgracia de Dios, desterrado del paraíso y sentenciado á muerte. Ésta es pues la herencia que nos vino de aquellos primeros padres, los cuales por aquella desobediencia y traición que cometieron, queriendo usurpar la semejanza de Dios, de quien tantos bienes habían recebido, perdieron el mayorazgo de la justicia y de la gracia, no sólo para sí, sino también para todos sus hijos, y cuales ellos quedaron, tales engendraron á sus hijos.

Amb. Veo, Augustino, que estáis bien instruído en la doctrina del pecado original, y porque por ella habéis alcanzado lo que tanto deseábades saber, que es, la origen y causa de los males de la vida humana, que no es otra que este pecado de que el demonio fué autor, y no Dios, y tenéis tan bien entendida la dolencia de la naturaleza humana, estáis ahora muy bien dispuesto para que tratemos de la medicina y remedio della. Porque pues este mal nos vino por invidia del demonio, que quiso impedir el propósito y consejo de Dios, el cual pretendía reparar la caída de los ángeles con la creación de los hombres, no era razón que el demonio triunfase de Dios y se gloriase diciendo que había sabido más que Él, pues había impedido por arte y industria lo que Dios tenía asentado. Así que justísima cosa era que este común enemigo no prevaleciese contra Dios, y que Dios volviese por su honra, restituyendo al hombre en su primera dignidad, y habilitándolo con virtudes y gracias para que alcanzase el fin para que fuera criado.

Supuesto este fundamento, querría saber de vos, pues sois hombre de muy claro ingenio, y más estando ya tocado de Dios, me dijésedes qué medio os parece que podría haber para restituir al hombre en su primera dignidad, y de enemigo y hijo de ira hacerlo amigo de Dios y hijo de gracia.

Aug. Dificultosa cosa es la que me pedís, que siendo yo un hombrecillo ignorante, quiera adivinar los medios y caminos por donde la divina Sabiduría ha de proceder para remediar al hombre. Mas pienso de vos que me preguntáis eso por tomar ocasión de mi ignorancia para explicarme esa materia, la cual hasta agora no ha llegado á mi noticia. Mas por obedeceros diré como criatura racional lo que me dicta la razón, atento que hasta agora no ha llegado á mi noticia lo que la fe nos enseña acerca deste misterio.

Digo, pues, que el remedio para reconciliar con Dios al hombre caído, me parecía sería que así como aquel hombre desobediente y presumptuoso ofendió á Dios con su soberbia y desobediencia, así hubiese otro santo hombre que con su humildad y obediencia aplacase á Dios y lo reconciliase con Él. Así vemos que procede la medicina de los cuerpos, curando un contrario con otro contrario, lo caliente con lo frío, y lo frío con lo caliente, etc. Y así también procede la justicia, humillando al que se ensoberbeció, y desposeyendo de sus bienes al que robó los ajenos. Y pues en este negocio entreviene lo uno y lo otro, que es proveer de medicina para aquella común dolencia, y de castigo proporcionado á aquella culpa, parece que con lo uno y con lo otro se cumplía entreviniendo en esto un hombre (como dije) humilde y obediente, para que el daño que nos vino por un hombre culpado, se remediase por otro inocente. Y porque Dios instituyó en la ley cierta manera de sacrificio para el perdón de los pecados, convenía ofrecerle un sacrificio que le fuese muy agradable, para que por él diese perdón general al mundo.

Amb. Proponed vos ahora algún sacrificio de los pasados, para entender por ellos cuál había de ser ése de tanta eficacia.

Aug. El primero sacrificio que hubo en el mundo, fué el del inocente Abel (1), y éste agradó tanto á nuestro Señor, por razón de la sanctidad y devoción del que lo ofreció, que envió fuego del cielo que lo consumiese, en señal del agradecimiento que había recebido. Después deste hubo otro grande sacrificio, que fué el de Noé (2), hombre tan santo, que solo entre tanta infinidad de malos, pudo conservar su bondad. El cual sacrificio fué tan agradable á Dios, que por él prometió de nunca más enviar otro diluvio semejante al mundo. Mas sobre estos dos tan principales sacrificios hay otro mucho mayor, que fué el de Abraham (3) que no sólo fué sacrificio de sola obediencia, sino también de perfectísima fe. Porque por la obediencia estuvo aparejado para sacrificar un hijo que mucho amaba, y por la fe creyó que después de muerto y quemado, Dios lo resucitaría, para que se cumpliese la promesa que le había dado de multiplicar los hijos deste hijo. El cual sacrificio agradó tanto á Dios, que por este hijo prometió al Patriarca tantos hijos como las estrellas del cielo y

(1) Genes. 4. (2) Genes. 8. (3) Genes. 22.

como el polvo de la tierra, y que entre ellos le daría uno por quien todas las gentes fuesen benditas. Éste me parece haber sido el más excelente sacrificio del mundo, pues éste no fué de animales brutos, sino de un hijo tan amado, y más, ofrecido con tanta fe y obediencia. Digo pues que si hubiese otro hombre tan santo ó más que Abraham, el cual ofreciese otro tal sacrificio como él, parece que éste sería conveniente medio para que Dios (pues es tan magnífico y piadoso) perdonase al mundo. Éste parece el medio que la prudencia y la razón humana podría señalar para este efecto.

AMB. ¡Oh, con cuánta razón dijo Dios por Esaías (1): No son mis pensamientos como los vuestros, ni mis caminos como los vuestros, porque cuanta distancia hay del cielo á la tierra, tanta es la que hay entre mis caminos y los vuestros, y entre mis pensamientos y los vuestros! Esto veréis claramente, declarándoos yo una maravillosa invención que Dios escogió para encaminar este negocio. Mas vos agora que estáis en estado de catecúmeno, habéis de aparejar húmilmente la fe para creer, y no la razón para disputar. Porque en las otras materias que se tratan entre sabios, es menester primero entender para creer, mas en las cosas de Dios dice el Profeta que no las entenderemos, si no las creyéremos, y después de creídas veremos la conveniencia y consonancia admirable dellas. Y demás desto, porque vos agora estáis en estado de discípulo y aprendiz, bien se os acordará lo que dicen los filósofos, que al que aprende le conviene creer antes que el disputar.

Digo pues agora que el consejo de la divina Sabiduría fué que un tan grande negocio como era la redención y santificación del género humano (mediante la cual los hombres son hechos hijos de Dios y herederos de su reino) no se cometiese á un puro hombre, sino á otro que siendo verdadero hombre, fuese más que hombre: hombre, para que represente la condición del pecador, y más que hombre, para darle remedio. Éste fué un tan nuevo y tan extraordinario medio, que ni todos los entendimientos humanos, ni aun de los mismos ángeles (sacados algunos de los mayores á quien fué revelado) pudieran atinar ni pensar, y mucho menos desear un tan excelente y conveniente

(1) Esai. 55.

remedio como éste. Y por acortar palabras, declararos he la suma deste misterio. Para lo cual habéis primero de presuponer que como Dios sea sumamente perfecto, así quiere que lo sean todas sus obras, y más aquellas que son de más importancia, pues vosotros los filósofos soléis decir en vuestras escuelas que la naturaleza siempre pretende hacer lo que es más perfecto. Demás desto habéis de entender cuánto más excelente obra sea la obra de la redención que la de la creación. Lo cual se ve por la diferencia de los fines de la una obra y de la otra. Porque el fin de la creación es el ser natural de las cosas: mas el de la redención es la santificación de los hombres, con que los levanta á un ser sobrenatural y divino, mediante el cual se hacen participantes de la gloria y naturaleza divina. Digo pues que considerando aquel sapientísimo Gobernador cuánto más excelente obra era la redención del mundo que la creación dél, le pareció que no convenía á la alteza de su sabiduría que habiendo sido Dios el que crió el mundo, fuese una pura criatura la que lo redimiese, siendo como está dicho, mayor la obra de la santificación del mundo que la de la creación. Lo cual es en tanto grado verdad, que no digo yo la santificación del mundo, mas la de un solo pecador es habida por mayor cosa que la creación del mundo, como consta por la ventaja que hace el fin de la una al de la otra, según está dicho. Y pues Dios tiene ya testificado por sus profetas que á nadie ha de dar la gloria que á Él solo pertenece, y cónstanos ser mayor la gloria de redentor que de criador, no era justo dar la mayor gloria á su criatura, y tomar para sí la menor: de donde se seguía que el hombre criado y redimido diría á Dios: Gracias os doy, Señor, porque me criastes, y á una criatura: Gracias os doy porque me redimistes. No consintió pues aquella suma Bondad que repartiésemos nuestro amor entre criador y redentor, y por eso Él mismo, que fué nuestro criador, quiso ser nuestro redentor.

Añado á esta conveniencia otra muy principal. Si un pintor, el más famoso del mundo, hubiese empleado toda su arte en hacer una imagen perfectísima, y acaso viniese á caer un tan gran borrón de tinta en ella, que toda quedase estragada y escurecida, pregunto, ¿quién sería suficiente para restituir aquella tabla en su primera perfección y hermosura, sino el mismo que la pintó? Pues por este ejemplo entenderéis lo que tratamos: porque

claro está que el mismo Dios fué el artífice y el pintor de la hermosura de nuestra ánima, hecha á su misma imagen y semejanza, y adornada con los colores de todas las virtudes y gracias. Y cónstanos que por el borrón de aquel primer pecado quedó ella tan escurecida y borrada, que ninguna cosa quedó en ella de aquellas gracias con que fuera criada. Pues si Dios por su infinita bondad quería reformar esta imagen y restituirla en su antigua pureza y hermosura (cuanto lo sufre la condición del estado presente) ¿qué otro pintor había de ser el reformador desta imagen sino el mismo Criador? Y aun aquí os diré una cosa que nos viene á propósito, y es, que porque la segunda persona de la Santísima Trinidad, que es el Hijo de Dios, se llama imagen y palabra del Padre (porque representa su divina esencia) y conforme á esta imagen fué criado el hombre, por esto, entre las personas divinas se cometió más al Hijo que al Padre ó al Espíritu Sancto la obra de la redención y reformación del hombre, porque Aquél á cuya imagen fué criado el hombre, reformase la imagen borrada de este hombre.

AUG. Paréceme que hasta aquí va todo eso que habéis dicho muy conforme á toda razón y muy bien ordenado: mas deseo saber cómo pueda eso ser. Porque como aquí sea necesario satisfacer á Dios ofendido, para que así nos reciba en su primera amistad y gracia, y á Dios no es dado satisfacer ni merecer (porque ésas son obras de criatura y no de criador) ¿cómo podrá el que es verdadero Dios hacer esos oficios tan extraños de su naturaleza?

AMB. Para eso no había más que un solo medio, que es juntarse la naturaleza divina con la humana, para que de la humana tomase facultad para merecer y satisfacer, y de la divina se comunicase caudal para poder pagar.

AUG. Desa manera yo os confieso que sería eso posible.

AMB. Pues ésa fué, hermano, la invención que la inmensa bondad y sabiduría de nuestro Dios halló, para que en esta obra tan grande se hallase consumada y perfecta justicia.

AUG. Pues ¿de qué manera se pudieron juntar esas dos naturalezas tan distantes en una persona?

AMB. Escogió Dios ante todos los siglos una Virgen más pura que las estrellas del cielo, y más enriquecida con las virtudes y gracias y dones del Espíritu Sancto que todos los ángeles, y

quiso que su unigénito Hijo se encerrase en sus purísimas entrañas y fuese concebido, no por obra de varón, sino por la omnipotente virtud del Espíritu Sancto, y dese tálamo virginal saliese á este mundo perfecto Dios y perfecto hombre del linaje de Adán, y sin la culpa de Adán y hecho hombre, conversase con los hombres, atrayéndolos al temor y conocimiento de Dios con la doctrina de sus palabras, y animándolos con los ejemplos admirables de sus virtudes, y confirmándolos en la fe con la grandeza de sus milagros.

Aug. Atónito me hago con eso que decís, que es encerrarse aquel soberano Hijo de Dios en las entrañas de una mujer, y vestirse de carne, y hacerse hombre, y andar desconocido, disimulada la dignidad real de su Majestad, tratando y conversando familiarmente con los hombres, y comiendo con ellos. Cosa es ésta que me pone en grande espanto y admiración: porque como yo estoy criado con la leche y doctrina de los filósofos, y veo al príncipe dellos, que fué Aristóteles, decir que Dios es acto puro, en lo cual brevemente confiesa que en aquella altísima sustancia están todas las perfecciones que se pueden pensar, en tan alto grado, que no pueden crecer ni ser más de lo que son: y añade más, diciendo que es tan grande la pureza y alteza y simplicidad de su naturaleza, que no puede entender ni pensar en otra cosa que en su misma grandeza y hermosura, porque como todo lo que hay fuera dél sea menor que él, dice este filósofo que se apocaría si se abajase á pensar otra cosa fuera de sí, aunque no por eso deja de conocer todas las cosas en su misma esencia. Pues quien está habituado á sentir de Dios esta tan grande alteza y pureza, oir agora que Él se inclinase á á esta bajeza, es cosa que suspende y agota mi entendimiento. Porque me descubre una tan grande y tan incomprehensible bondad de Dios, cuanto lo es su misma esencia: porque no es menor la bondad divina que la esencia divina, y como ésta es incomprehensible, así también lo es su bondad.

Amb. Si deso os espantáis, mucho más os espantaréis de lo que después deso se siguió. Porque predicando este Señor al mundo, y reprehendiendo los vicios y maldades de los hombres, y en especial la hipocresía y avaricia de los sacerdotes y fariseos, movidos con odio y invidia de su gloria, se levantaron contra Él, y no descansaron hasta entregarle á la muerte, y muerte de

cruz, acompañada con otras muchas injurias y dolores, y permitiéndolo así la divina Bondad, y aprovechándose desta maldad para encaminar el remedio de nuestra salud. Porque en la muerte deste inocentísimo Cordero, que él no debía, fuimos librados de la que todos debíamos, y por el precio de su sangre fuimos rescatados del cautiverio del demonio, y por el sacrificio de su pasión se nos dió perdón general de todos los pecados. Veis aquí, hermano, en pocas palabras la resolución y suma deste grande misterio, en la cual tendréis vos después mucho en qué pensar.

AUG. A cosas tan grandes, tan nuevas y tan extraordinarias, ¿qué puedo yo, padre y señor mío, decir? Faltan las palabras, falta el sentido, el entendimiento se agota, la lengua se enmudece, las fuerzas del ánima desfallecen considerando la inmensidad de esa bondad y caridad de nuestro Dios. Mas quien se acordare de lo que acabé de decir de la incomprehensibilidad de la divina bondad, no extrañará haber padecido Él todo eso por hacernos este tan grande bien. Porque si es propio de la bondad hacer los hombres santos y buenos, y todo eso padeció Él por esta causa, cuantos mayores tormentos y injurias padeció, tanto mayor gloria de santo y bueno nos descubrió.

AMB. Esto entenderéis vos mejor, si consideráredes la muchedumbre innumerable de santos y santas que después desta muerte sagrada en todas las partes del mundo se siguió. Pues ¿qué cosa más propia y más digna de aquella suma bondad, que haber hecho una cosa de que tanta bondad se siguió en el mundo? Y si decís que costó mucho esa obra, pues costó la vida, digo que cuanto fué mayor la costa, tanto fué mayor la gloria de quien tanto padeció.

Mas agora, declarado ya este medio susodicho de nuestra salud, volvamos á lo que al principio propusimos, que es hacer comparación deste medio al que vos proponíades del sacrificio del patriarca Abraham, ó de otro más santo que él, y veréis claramente cuánto más excelente medio es éste que ése que vos imaginábades.

AUG. Eso es lo que mucho deseo entender, porque las trazas y invenciones de Dios y la disposición de sus consejos son dignísimos de ser sabidos.

AMB. Estad agora vos atento, y dejadme hablar un poco más largo. Primeramente hallaréis que en ese medio que vos apun-

tastes, falta una de las dos perpetuas compañeras de las obras de Dios, que son misericordia y justicia. Porque en ese medio hay misericordia perdonando los pecados, mas falta la justicia dejándolos sin castigo, que es contra la orden que Dios tiene puesta en todas sus obras, y contra la gloria suya, pues dice el Profeta que á la gloria del rey pertenece el juicio, que es hacer justicia, pues el rey que no la hace, no merece nombre de rey. Y es ésta cosa tan aneja á la gloria de Dios, que el mismo Profeta dice (1) que el aparejo y ornamento de la silla real en que Dios se asienta, es juicio y justicia. En las cuales palabras nos representa la majestad real de Dios, con que gobierna el mundo, dando á cada uno lo que merece, según las leyes de su justicia. Y para significar que el castigo de los pecados redunda en gloria suya, dijo Él después de la muerte de los dos hijos de Aarón: Seré glorificado en los que se allegan á mí, mostrando en el castigo dellos cuánto me desagrada su maldad. Y tratando del castigo de Faraón, dijo Él: Seré glorificado en la muerte de Faraón y de su ejército. En el cual hecho mostró Él, no sólo la gloria de su omnipotencia, sino también de su justicia, ahogando en las aguas al que mandaba ahogar en las aguas los niños inocentes. Leed los Profetas, y veréis los castigos espantosos con que Dios amenaza y castiga á los malos, los cuales os harán temblar las carnes. Pues ¿cuántas ciudades, cuántos reinos tiene Dios destruídos y asolados por pecados? Pues no teniendo un tiempo más que un solo altar en todo el mundo, en que se le ofreciese sacrificio, lo abrasó y asoló juntamente con su ciudad, como lo lamenta Hieremías, diciendo (2): Desechó Dios su altar y maldijo el lugar de su santificación. De modo que más quiso quedar en todo este mundo sin altar y sin templo, que dejar los pecados sin castigo. Mas ¿qué digo ciudades y reinos, pues todo el universo mundo que Él había criado en seis días, destruyó con las aguas del diluvio por los pecados dél? Y para mostrar la determinación que tiene de hacer justicia, cierra las puertas á las oraciones de los justos: y así manda al profeta Hieremías que no haga oración por su pueblo, porque no lo ha de oir, y no sólo á él, sino á otros santos no menores. Y así dice (3): Si se presentaren Moisén y Samuel delante de mí, no serán parte

(1) Psalm. 88. (2) Thren. 2. (3) Hier 14.

para reconciliarlos comigo. Quítalos de mi presencia, y váyanse. Y si te preguntaren adónde irán, respóndeles: Unos irán á morir á hierro, otros de hambre, otros á cautiverio. Y enviaré contra ellos cuatro géneros de plagas: espada que los mate, y perros que los despedacen, y aves del cielo, y bestias de la tierra que los traguen. Esto dice por Hieremías. Y no es menor el amenaza que les envía por Ecequiel, porque cuatro veces repite en el mismo capítulo estas palabras (1): Si estuvieren entre ellos estos tres varones, Noé, Daniel y Job, y enviare contra ellos hambre y pestilencia y bestias para asolar la tierra de modo que no quede en ella hombre ni bestia, estos tres varones no serán poderosos para librar sus hijos y hijas destos castigos, sino ellos solos por su justicia serán librados. Todas estas amenazas tan terribles nos declaran el rigor y entereza de la justicia de Dios, que es juez universal deste grande reino suyo, que es el mundo, á cuya gloria pertenece que la fealdad y mácula que los malos ponen con sus maldades en este reino, quite Él con castigo dellos. Porque no parece tan hermosa la cadena de oro en el cuello del rey, como el cuchillo ó la soga en el cuello del homicida y tirano. Porque, como el Profeta dice (2), justo es Dios y amador de justicias, y sus ojos tiene puestos en la igualdad. Porque como á la rectitud de su justicia pertenece que ningún bien quede sin galardón, así ningún mal sin castigo. Pues volviendo á nuestro propósito, en ese medio que vos, Augustino, señalábades, aunque se nos muestra la grandeza de la divina misericordia, no resplandece ahí la justicia, de que Dios tanto se precia.

AUG. Eso no se puede negar.

AMB. De lo dicho también se sigue faltar aquí otras dos compañeras de las obras de Dios, que son, gloria suya y provecho nuestro. Porque aquí se halla provecho del hombre, siendo perdonado, mas no gloria de Dios, pues las ofensas y injurias hechas á su Majestad quedan sin castigo. Porque la honra del ofendido es el castigo de quien le ofendió.

AUG. Bien veo eso: mas deseo saber cómo se excusan esos dos inconvenientes en el medio que nuestro Señor escogió.

AMB. Eso queda entendido por lo pasado: porque tomando el Hijo de Dios la naturaleza humana en su misma persona, y

(1) Ezech. 14. (2) Psal. 10.

padeciendo muerte de cruz, y ofreciéndola en satisfacción por la culpa que todos debíamos, queda Dios glorificado, y el hombre á costa de Él redimido. Porque mucho más quedó Él honrado con el sacrificio de su Hijo, que ofendido con todos los pecados del mundo. Véis aquí, pues, cómo en esta obra se hallan las condiciones de las obras de Dios, que son, misericordia y justicia, gloria suya y provecho nuestro.

AUG. Agora entiendo con cuánta razón el Profeta llama á esta obra invención de Dios, en la cual tan perfectamente se hallan juntas esas divinas perfecciones (que parecen contrarias) cuanto por ninguna otra se pudieran juntar. Pero tan grande obra como ésa mayores provechos y conveniencias ha de tener, y ésas quiero que me declaréis.

AMB. Á mucho me obliga vuestra petición. Porque son tantas las conveniencias deste misterio y tantos los frutos y provechos dél, que ni por lenguas de ángeles pueden ser bastantemente declarados. Porque ya vos podréis conjeturar que tan grande cosa como es hacerse Dios hombre y morir en cruz, no había de ser para cosas pequeñas, sino para tan grandes y tan extraordinarias como lo es hacerse Dios hombre.

Pues tomando esta materia dende sus principios, habéis de saber que tres cosas principales se requieren para el negocio de nuestra santificación, que son, conocer á Dios, amar á Dios, imitar la pureza y santidad de Dios: las cuales tres cosas son tan hermanas y vecinas entre sí, que de la una se sigue la otra. Ca del conocer á Dios venimos á amarle, y de aquí á imitarle. Pues para estas tres cosas veréis agora cuán grandemente nos ayuda este misterio. Porque comenzando por la primera, que es conocer á Dios, era cosa dificultosa antes deste misterio levantarse nuestro entendimiento al conocimiento dél. Porque como ya sabéis, no puede nuestro entendimiento, mientras mora dentro de la cárcel deste cuerpo, entender sino las cosas que le entran por estos sentidos corporales, que también son corporales, porque las espirituales no pueden entrar por ellos. Por la cual causa ningún filósofo hasta hoy ha llegado á conocer la sustancia de nuestra ánima, por ser ella espiritual, aunque conocemos los efectos della, pues mediante ella vivimos y sentimos, &c. Pues si es tanta la rudeza de nuestro entendimiento, que ni su propria ánima conoce, ¿cómo se levantará á conocer á Dios, que

es altísimo y purísimo espíritu? Hubo antiguamente unos herejes que ponían en Dios cuerpo y figura humana: por donde un devoto ermitaño, creyendo ser esto así, contemplaba á Dios en esta figura. Y siendo desengañado, y poniéndose á contemplar á Dios como puro espíritu sin cuerpo, no acertaba á pensar en Él, ni hallaba tomo en esta contemplación. Por lo cual lloraba y decía: Hanme quitado á mi Dios. Siendo pues esta la condición de nuestro entendimiento, que no se acomoda á contemplar las cosas espirituales sino envueltas en figuras corporales, grande beneficio de nuestro Dios fué hacerse hombre y vestirse de carne humana: porque si no nos aplicábamos á contemplarlo como á puro espíritu, le contemplásemos vestido de carne. Y así le contemplamos en todos los pasos y misterios de su vida santísima, y de su muerte acerbísima, y gloriosa resurrección y ascensión. Y desta manera vistiéndose Dios de nuestra humanidad, que es corporal y visible, nos levantó al conocimiento de las cosas espirituales y invisibles. Porque por las obras de esta sagrada Humanidad, ordenadas para nuestro remedio, nos levantamos al conocimiento de la bondad de Dios, que á tantos extremos llegó para hacernos santos y buenos, y de la caridad de quien tanto nos amó, que dió su vida por la nuestra, y de su grande misericordia, pues tomó sobre sí todas nuestras deudas para descargarnos dellas. Y no menos se conoce por aquí el rigor de la divina justicia, pues ni á su proprio Hijo perdonó el Padre Eterno, por haberse ofrecido á satisfacer por los pecados ajenos.

Mas no puedo dejar de detenerme un poco en la consideración de la divina bondad, pues ella fué la causa original de nuestro bien. Porque primeramente, antes que lleguemos á este misterio, gran bondad fué querer aquella soberana Majestad levantar un vil gusanillo sobre todos los cielos, y criarlo para hacerle participante de su misma bondad y pureza, y después, de su gloria, que es igualarlo (en lo que toca á este fin) con los querubines y serafines. Y es cosa notable ver en las Santas Escrituras con cuántas y cuán amorosas palabras nos llama él y convida á esta imitación de su bondad y pureza. Y pasó tan adelante este deseo, que viendo cuánto importaba para alcanzar esta pureza hacerse Él hombre y morir en cruz para ofrecérsenos por ayudador y ejemplo della, no dudó descender hasta aquí por esta causa. ¿Qué es esto, Dios mío? ¿Qué os va á Vos en eso? ¿Qué

ganáis si eso se hace, ó qué perdéis si no se hace, pues *ab æterno* antes que criásedes el mundo, érades tan bienaventurado como lo sois agora? ¿Qué amor es ése? ¿Qué bondad es ésa? Bastaba para argumento de vuestra bondad haber criado una criatura tan baja para fin tan alto: mas ¡que el deseo pasase tan adelante, que llegásedes á morir por hacerme bueno y bienaventurado como Vos lo sois! Cierto, Señor, obra de tal bondad como ésta no se halla en todo lo criado, sino en solo el Criador. Y esta sola viene proporcionada y compasada al tamaño de vuestra bondad.

Abierto pues este camino, podréis vos filosofar y conocer por este medio las otras perfecciones divinas que en este grande misterio resplandecen. Y entenderéis luego cuán acertada fué esta invención de la sabiduría de Dios, para darnos conocimiento de sus perfecciones, y cuán misericordiosa, pues así se disfrazó (si decir se puede) para acomodarse á nuestra rudeza. Y por esta causa llamándonos el Padre Eterno al conocimiento de su unigénito Hijo, al cual enviaba por nuestro maestro al mundo, dice que compremos dél sin plata y sin alguna otra mercaduría vino y leche, dándonos á entender que en este sagrado misterio hallan los simples y los sabios en qué poder ejercitarse y con qué aprovecharse. Porque leche es mantenimiento de niños, y vino es de los hombres. Para que entendamos que chicos y grandes, perfectos y imperfectos hallarán aquí pasto y mantenimiento proporcionado para sus ánimos.

AUG. Yo confieso que se nos descubren tanto esas divinas perfecciones por ese medio, que así como esa obra sobrepuja tanto á las otras obras divinas, como la lumbre del sol á la de las estrellas, así sola ella nos da más claro conocimiento desas perfecciones, que cuantas obras tiene hechas y puede hacer.

AMB. Ya pues por lo dicho entendéis cuánto nos ayuda este misterio para conocer á Dios: veamos agora cuánto nos ayuda para amarlo. Digo pues que si era grande impedimiento la rudeza de nuestro entendimiento para conocer á Dios, mucho mayor lo era la desemejanza de nuestra vida para amarlo: que (como vos mejor sabéis) la semejanza es causa de amor, pues el amor es unión de voluntades y corazones. Pregunto pues agora: ¿qué semejanza hay entre la alteza divina y la bajeza humana? Porque las cosas contrarias ó diferentes muy mal se pueden unir entre

sí. Siendo pues esto verdad, ¿qué cosa más diferente y más distante una de otra que Dios y el hombre? Dios, espíritu simplicísimo: el hombre, espíritu sumido en la carne: Dios altísimo, el hombre bajísimo: Dios riquísimo, el hombre pobrísimo: Dios purísimo, el hombre impurísimo: Dios inmortal y impasible, el hombre mortal y pasible: Dios exento de todas las miserias. el hombre sujeto á todas ellas: Dios inmudable, el hombre mudable: Dios en el cielo, el hombre en la tierra: y finalmente, Dios invisible, y el hombre visible, y como tal, apenas puede amar lo que es invisible. Veis pues agora cuán grandes impedimentos hay de parte del hombre para amar á Dios. Porque siendo la semejanza causa de amor y de la unión de los corazones, ¿qué semejanza hay entre Dios y el hombre, donde vemos tanta diferencia de parte á parte? Pues ¿qué remedio para que haya semejanza donde hay tantas diferencias? Ésta fué la invención admirable de la divina sabiduría, la cual de un golpe cortó á cercén todos estos impedimentos del amor, haciéndose hombre. Porque veis aquí á Dios, que era purísimo espíritu, vestido de carne: veislo abajado, veislo pobre, humilde, mortal y pasible, y sujeto á las mudanzas y cansancios de la vida humana, y sobre todo esto visible, para que el hombre que no podía amar sino lo que veía, vestido ya Dios desta ropa, no tenga excusa para dejar de amarle. Y porque es también grande impedimiento del amor la desigualdad de las personas, por donde se dice que no concuerdan bien ni moran en una casa majestad y amor, veis aquí también quitada la desigualdad, cuando desta manera se abajó la Majestad y se acomodó á nuestra poquedad. Lo cual divinamente nos representó el profeta Eliseo cuando resucitó el niño de su huéspeda, sobre el cual se acostó, encogiendo su cuerpo á la medida del niño, con lo cual se calentó la carne del niño muerto, y abrió los ojos, y resucitó (1). Pues ¿qué otra cosa nos representa esta tan extraña cerimonia del Profeta, sino haberse recogido aquel grande Dios que hinche cielos y tierra, compasándose con el hombre y estrechando su Majestad á la medida de nuestra humanidad por su grande caridad, con la cual el mismo hombre vino á encenderse en el amor de quien así lo amó? Ésta pues fué la invención que la divina Sabiduría inventó

(1) IV Reg. 4.

para ser amada de los hombres, acomodándose á la pequeñez y naturaleza dellos.

Aug. Como vais procediendo en esa materia, así voy abriendo los ojos, y viendo cuán admirable fué ese medio que la divina Sabiduría escogió para levantar nuestra bajeza al conocimiento y amor de cosa tan grande.

Amb. Mas no se contentó aquella soberana Majestad con quitarnos estos impedimientos de su amor, sino proveyónos también de grandes estímulos y incentivos de amor con la muestra de su bondad y de la grandeza de los beneficios que se encierran en este sumo beneficio. Porque dos propiedades señaladas tiene el verdadero amor. La una es querer bien y desear bien al que ama: y cuanto á esto no nos pudo el Hijo de Dios desear y procurarnos más bien, que darnos bienes de gracia y de gloria, los unos para esta vida, y los otros para la otra. La segunda propiedad es padecer trabajos y dolores por la persona amada. Pues esto vemos en la persona y vida de nuestro Salvador, y mucho más en la muerte y en los grandes dolores y tormentos que por librarnos de la muerte padeció. Y aquí interviene una cosa que suspende y arrebata las ánimas devotas en una grande admiración. Para lo cual habéis de presuponer que no solamente Dios, en cuanto Dios, no puede adquirir algo de nuevo, mas ni en cuanto hombre ganó ni mereció cosa que Él ya no tuviese. Ca su gracia y gloria nunca más creció de lo que le fué dada en el instante de su concepción, y la gloria de su cuerpo y de su santo nombre en ese mismo instante la mereció. Y así ninguna cosa adquirió de nuevo que ya no tuviese. Siendo pues esto así, ¿no es cosa que espanta haberse ofrecido á los mayores dolores que jamás se padecieron ni padecerán, sin caerle nada en casa ni adquirir nada de nuevo para sí? ¡Qué novedad es ésta! ¡Qué cosa tan nunca vista! Ca generalmente vemos que todos los hombres no dan paso sin algún interese, ni se ponen á grandes trabajos sin grandes pretensiones. Pues ¿no es cosa de admiración ver á este Señor en tan grande agonía y aflicción de espíritu, que bastó para hacerle sudar gotas de sangre, verle preso, maniatado, escupido, abofeteado, escarnecido, azotado, burlado de Herodes, coronado de espinas, pregonado por las calles públicas con la cruz sobre sus hombros quebrantados con los azotes pasados, jaropado con hiel y vinagre, y

después enclavado en una cruz entre dos ladrones, con su Madre presente: y que en todos estos trances, en todas estas batallas, en todos estos tormentos ejecutados en el más delicado de los cuerpos sin ningún linaje de consuelo ni del cielo ni de la tierra, y que en todos estos tragos y dolores ninguna cosa medrase para sí, sino para los hombres? Los mártires á cada azote que padecían, se consolaban, acordándose que á cada golpe que les daban correspondía un más alto grado de gracia y de gloria, de que eternalmente habían de gozar, y con esto se animaban y consolaban en sus dolores: mas nada desto había lugar en Cristo, pues ninguno de sus tormentos padeció para sí, sino para los hombres, y lo que más es, no sólo por los buenos, sino por los malos y enemigos suyos, para que á costa suya ellos pagasen, y padeciendo Él, ellos gozasen, y siendo Él humillado, ellos fuesen ensalzados y librados de todos sus males. Lo cual es como si un padre se pusiese á remar en las galeras porque no remase un su hijo condenado á ellas. Porque desta manera este celestial Padre, viéndonos sentenciados á muerte, se ofreció á esta muerte tan trabajosa por darnos eterna y gloriosa vida. ¿Veis pues, Augustino, qué grandes estímulos tenemos en esta sagrada Humanidad para amar á Dios? De los cuales careciéramos, si por algún grande santo, como vos apuntastes, fuéramos reparados.

Aug. Eso no se puede negar, y por ahí entiendo cuán larga y copiosa fué nuestra redención, pues tenemos tal redentor. Porque lo que va de Dios á hombre, eso va de redención á redención. Mas estoy deseando me declaréis la tercera cosa que propusistes, que es la imitación de Dios.

Amb. Fácilmente se puede entender por lo dicho, porque tal fué este medio que Dios inventó, que con ser uno solo, sirve tan perfectamente para cada una de las cosas que pertenecen á nuestra santificación, como si para sola ella fuera instituído, como lo veréis agora en ésta. Porque claro está que no hay persona que más perfecta sea y más digna de ser imitada que es Dios, pues Él es la primera regla y el primer dechado de toda virtud y santidad. Mas siendo necesario que veamos lo que habemos de imitar, fáltanos esta comodidad en Él, no por parte suya, sino por la nuestra, que no alcanza á ver la grandeza de su pureza. Mas al hombre podemos claramente ver, mas no le podemos seguramente imitar, por su grande imperfección. Por

donde no había otro más conveniente medio para esto, que juntarse Dios con el hombre, para que así tuviésemos á quien pudiésemos ver y seguramente imitar. ¿Veis cuán á propósito viene esta invención de Dios, para que tuviésemos un perfecto dechado y un clarísimo espejo en que nos pudiésemos mirar y humillar y emendar, pues ya sabéis que aun los espejos materiales así se hacen, juntando una cosa clara, que es el vidrio resplandeciente y trasparente, con una tela de plomo, que es escuro, y desta manera, juntando lo claro con lo escuro, se viene á hacer este espejo material? Y conforme á esto nos proveyó nuestro Señor por este medio deste espejo espiritual, en el cual todas las virtudes de Cristo resplandecen, como lo podréis ver discurriendo por todos los pasos de su vida santísima.

AUG. Ese discurso haced vos, pues tenéis tan perfecto conocimiento della.

AMB. Veréis pues primeramente en la vida deste Señor el celo de la gloria de Dios y de la salvación de las ánimas, por las cuales andaba por todas las villas y lugares de aquella tierra predicando y buscando las ovejas perdidas de la casa de Israel. Veréis de la manera que ordenaba su vida, perseverando las noches en oración, y gastando los días en doctrinar las ánimas. Veréis la piedad para con los enfermos y leprosos, tocándolos con sus benditas manos, y dando salud á todos cuantos dolientes y ciegos y paralíticos se la pedían, sin jamás negarla á nadie. Veréis la fidelidad para con su eterno Padre, atribuyendo á Él todas las obras que hacía, y las palabras que hablaba, refiriéndolo todo á la gloria dél, sin tomar nada para sí. Veréis la misericordia de que usó con la mujer adúltera, y con la pública pecadora, y con el publicano que hería sus pechos, y con San Pedro que le había negado, y finalmente con todos los que acudían á Él. Veréis aquella extremada pobreza del Señor de todo lo criado, pues como Él dijo, los pájaros tienen nidos y las raposas cuevas, y Él no tenía sobre qué reclinar su cabeza, ni con qué mantenerse, sino con las limosnas que unas piadosas mujeres le daban. Veréis la blandura de que usó con sus discípulos, pues habiéndole ellos al tiempo de la prisión desamparado, acabando de resucitar les envío aquella graciosa embajada con la Magdalena, diciendo: Ve á mis hermanos, y diles que subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios. Pues ¿qué diré

de aquella inefable humildad con que se abajó á lavar los pies de sus discípulos, y entre ellos á los de Judas, que lo tenía vendido? ¿Qué diré de la paciencia con que sufrió tantas injurias, llamándole samaritano, y endemoniado, y engañador del pueblo? ¿Qué de la benignidad con que trataba á los pecadores, comiendo con ellos para ganarlos y traerlos á Dios?

Estos y otros semejantes ejemplos de virtudes hallaremos en su vida. Pues ¿qué será si entramos en su dolorosa muerte y en el proceso de su sagrada Pasión? ¿Quién no quedará espantado considerando tantos ejemplos de humildad como se nos dan en toda ella? Porque toda ella parece haber sido una tela tejida de pasos de humildad. Pues ¿qué diré de aquella obediencia hasta la muerte, y muerte de cruz, y de aquella paciencia entre tantos dolores, y de aquella mansedumbre entre tantas injurias, y de aquel silencio entre tantos falsos testimonios, de que el mismo juez se espantó, y finalmente de aquella benignidad con que rogó al Padre por los mismos que lo crucificaban? Estos y otros semejantes ejemplos tenemos en todo el discurso de la vida, y mucho más de la muerte de nuestro Salvador, y ya vos veis de cuánta eficacia sean estos ejemplos, y cuán poderosos para movernos, pues son ejemplos de persona de tanta dignidad. Porque aunque el hombre santo que vos al principio proponíades, nos diera ejemplos de sus virtudes, pero ya vos veis cuánto va de ejemplo de criador á criatura. Porque que el hombre sea humilde y obediente, y sea paciente, y sea pobre de espíritu y de cuerpo, no es mucho: mas que el Señor de la majestad sea humilde, y que el Rey de los reyes sea obediente, y el que es gloria de los bienaventurados padezca dolores, y el piélago de todas las riquezas sea pobre, y el que es pan de los ángeles padezca hambre, y el que viste los cielos y los campos de hermosura esté desnudo en la cruz, bien veis cuánto más nos muevan estos ejemplos, que todos los de los santos, mayormente considerando que en todos estos trabajos (demás del ejemplo que nos daba) obraba nuestra salud.

Aug. Muy á la clara veo ser eso lo que decís, y resumiendo lo que está dicho, veo cuánto ayuda esa invención de Dios para aquellas tres cosas tan importantes y principales que propusistes, que son conocimiento de Dios, amor de Dios y imitación de la pureza del mismo Dios. Y de todo esto careciéramos si por otro

medio fuéramos redimidos. Y por eso con justa razón nos convida el Profeta á que alabemos á Dios y prediquemos al mundo esta invención que Él para hacernos todos estos bienes descubrió.

Amb. Alégrome porque vais entendiendo la excelencia deste medio y desta invención. Mas no es solo éste el fruto que por aquí se alcanza, sino otros muy principales que aquí apuntaremos. Entre los cuales es uno, que en todo este proceso de la vida de Cristo y en los misterios de su sagrada Humanidad tienen los fieles devotos copiosa materia de meditación con que se puedan ejercitar, y con que puedan cebar, y regalar, y edificar sus ánimas, y levantarlas al conocimiento de la alteza de su divinidad por medio de la sagrada Humanidad. Porque (si como está dicho) ella es un eficacísimo medio para levantarnos al conocimiento, amor y imitación de la pureza y santidad de Dios (de que arriba tratamos) todo esto y otras cosas más hallarán los que en esta santa meditación se ocuparen, y por experiencia conocerán que la vida de Cristo es aquel árbol que San Juan vió en su revelación que llevaba doce frutos, según los doce meses del año, y que las hojas deste árbol (que son las palabras y doctrina de Cristo) eran para salud de las gentes. Es otrosí un vergel y un paraíso de deleites, donde se hallan tantas flores y frescuras de inestimable suavidad y hermosura, cuantas obras y palabras hay deste Señor. Y tomando esta vida dende el principio hasta el fin della (que es dende la entrada en el mundo hasta la despedida dél) veremos que ella es un itinerario de todos los pasos y caminos que por nuestra causa anduvo el Hijo de Dios en este mundo, donde hallaremos tantas estaciones que visitar, cuantas cosas notables en todo el proceso de su vida hizo y padeció. Y entre estas estaciones la primera es el pesebre y el portalico de Belén, donde veremos al Señor de todo lo criado pobre, humilde, colgado de los pechos virginales de su santísima Madre. En este paso es donde los grandes y verdaderamente sabios se hacen niños y humildes con el Niño Jesús, y aquí se regalan y enternecen con él, y se compadecen dél, viéndole tan pobre y desabrigado, y de aquí aprenden á despreciar las vanidades y regalos del mundo. Luego pasan de aquí á la circuncisión, y miran cómo aquel Esposo de sangre comienza ya á dar aquella poquita de sangre en prendas de la mucha que adelante

había de derramar. De ahí se juntan con los santos Reyes, y le ofrecen ellos también sus dones, que son, oro de caridad, y encienso de devoción, y mirra de mortificación. Y caminan luego de Belén para Hierusalem, y alégranse de ver aquel santo Niño en los brazos de Simeón cantando loores á Dios y profetizando la conversión del mundo y la salvación de las gentes. Mas esta alegría duró poco, porque luego se levanta Herodes á perseguir el Niño, y es forzado huir con él la Madre á tierras extrañas para defenderlo deste tirano. Desta manera pues caminan las ánimas devotas por todo este itinerario, haciendo sus estaciones en estos y otros semejantes pasos de la vida y muerte deste Señor, y como espirituales abejas andan revoleando por este jardín de flores que nunca se marchitan, tomando dellas lo que sirve para fabricar el panal dulcísimo de la divina consolación.

AUG. Mucho me he alegrado de oir todo eso: porque con esos pocos ejemplos me habéis abierto camino para que sepa yo filosofar en los otros conforme á la luz que el Espíritu Santo me diere.

AMB. Pues otro singular beneficio se sigue déste. Porque haciéndose el Hijo de Dios verdadero hombre del linaje de Adam, forzadamente había de tener Madre dese mismo linaje, y con esto, teniendo de nuestra parte al Hijo, tenemos también la Madre, la cual hallaremos por compañera del Hijo, no sólo en los pasos de su santa niñez, sino también en los dolores de su pasión, pues se halló con Él al pie de la cruz. Y como se despierta nuestra devoción y compasión mirando en todos estos pasos al Hijo, también se despierta mirando á la Madre, que como persona conjunta se alegra con Él, y padece con Él, pues el amor todas las cosas hacía comunes, y así estuvo ella con el Hijo crucificado crucificada, y con Él sepultado sepultada, y también con Él resucitado resucitada. Y como en el Hijo tenemos un grande y fiel medianero para con el Padre, así en ella tenemos una grande medianera para con el Hijo. Porque ni el Padre negará nada á tal Hijo, ni el Hijo á tal Madre. La cual con ser Madre de Dios, es también Madre de misericordia y abogada de los pecadores, á los cuales ama, porque ve cuánto su Hijo los amó, y por cuán caro precio los compró. Y sobre todo esto ve que los pecadores fueron ocasión de que el Hijo de Dios tomase carne en sus entrañas, y ella fuese Madre dél. Y por esto los mira con ojos más

piadosos, y ellos con más confianza acuden á ella en sus necesidades. Porque en el Hijo veneran la alteza de su divinidad, mas en la Madre reconocen que es mujer, y que es propia de las mujeres la blandura y misericordia, pues la gracia no destruye, sino perfecciona la naturaleza. Y aunque la memoria desta Virgen santísima generalmente sea agradable á todos, mas particularmente lo es al devoto linaje de las mujeres, considerando que mujer como ellas era la que vino á ser Madre de Dios. Lo cual podréis notar viendo que en nombrándose en la Iglesia el nombre glorioso desta Virgen, luego sentiréis en las mujeres una ternura de corazón y unos devotos suspiros, con que muestran el amor que la tienen.

AUG. Sea para siempre bendito el autor de tanta maravilla, y el que por tantas vías procuró socorrer á nuestra miseria, pues con una sola obra nos proveyó de tantas ayudas para encender nuestro amor y esforzar nuestra esperanza. Porque los que recelan por sus culpas presentarse al Hijo, tomarán por remedio acogerse á la Madre, que no puede dejar de ser misericordiosa, pues tuvo por espacio de nueve meses encerrada en sus entrañas la misma misericordia.

AMB. Pues otra cosa quiero añadir á las pasadas, que se sigue dellas. Porque es tal la orden y consecuencia de nuestros misterios, que de unos se siguen otros, y así de lo dicho se siguen las principales fiestas que la santa madre Iglesia celebra en todos los años, para despertar con esto la memoria y agradecimiento de los beneficios divinos. Y en estas fiestas tan gloriosas se viste ella de fiesta, adornando sus templos y sus altares, haciendo alarde de sus riquezas y tesoros, componiendo oficios devotísimos que nos representen la historia de los misterios que celebra, atizando nuestra devoción con salmos, y cánticos, y himnos, y instrumentos musicales, como lo hacía el santo rey David en su tiempo. Y con esta solemnidad celebra las fiestas de Cristo nuestro salvador y de su santa Madre. Y desta manera nos alegra y renueva la memoria de los beneficios de aquel piadoso Señor, que por tantas vías ayudó al negocio de nuestra salvación. Y con la variedad destas fiestas y misterios enciende y despierta más nuestra devoción.

AUG. Cuanto más procedéis en esta doctrina, tanto más voy entendiendo los grandes bienes que nos vinieron por medio des-

ta sagrada Humanidad. Y agora voy más conociendo el consejo deste soberano Señor, el cual viendo la dolencia común de nuestra naturaleza y la muchedumbre de las heridas que de aquella primera culpa se siguieron, así nos proveyó de tantas maneras de ayudas como aquí habéis explicado.

AMB. Con mayor razón podéis decir eso, si consideráredes otro singular beneficio que nos vino por mano de ese Señor, que fueron los sacramentos de la nueva ley, los cuales son unos como emplastos ordenados por este Médico sapientísimo para la cura de esas heridas. Y éstos no los podía instituir algún puro hombre, por santo que fuese, sino solo Dios y hombre: porque como Dios, podía dar gracia, y como hombre merecerla. Mas para tratar agora de la excelencia destos sacramentos, y de la necesidad dellos, y de las ayudas y beneficios que recebimos por ellos, era menester muy largo tratado. Y por eso, dejando esta materia para otro tiempo, solamente tocaré en el santísimo Sacramento del Altar. Mas ¿qué podré decir yo, pobre y ignorante, de un tan grande misterio que ni por lenguas de ángeles puede ser dignamente manifestado? Tiemblo verdaderamente en hablar de cosa tan alta. Mas una sola cosa aquí diré, que cuantas personas han vivido en temor y amor de Dios después de la redempción de Cristo, á este divinísimo Sacramento lo deben. Porque éste es pan de vida que sustenta las ánimas en la vida espiritual, éste las esfuerza contra todas las tentaciones del enemigo, éste las hace crecer en toda virtud, éste les da gusto de las cosas del cielo, con el cual pierden el de las cosas del mundo, éste ayunta las ánimas con Cristo y las hace una cosa con Él, éste despierta la devoción, enciende la caridad y confirma la esperanza. Porque ¿qué no esperaré yo de un Dios que se me da en manjar, para que estando en mí me haga semejante á sí, y mi vida semejante á la suya? Por este sacramento nos hacemos participantes de los méritos de Cristo: porque no es otra cosa comer su carne y beber su sangre sino hacernos participantes de lo que Él con el sacrificio de esta carne y sangre nos mereció. Por Él se nos da prenda cierta de la gloria que esperamos, que es gozar de Dios, pues en este sacramento se nos da el mismo Dios. Este sacramento esforzó los mártires y santificó los confesores, purifica las vírgenes, consuela las viudas, emienda los casados, alegra los penitentes, y honra los sacerdotes. Pues ¿qué

diré de la suavidad de este pan celestial? Mas desta no gustan todos, sino aquéllos principalmente que arden en vivas llamas de amor de Dios. Para prueba desto dejemos los ejemplos del alegría que recibe la madre con el hijo, y la esposa con el esposo, después de muchos años de ausencia, y pongamos los ojos en el alegría que recibió el patriarca Jacob cuando supo que su hijo tan querido Josef, que tan amargamente había llorado, era vivo y señor de toda la tierra de Egipto. Pues cuando lo fué á ver á Egipto, y le abrazó y dió paz en su rostro, ¡qué tan grande sería el alegría que este buen padre recibiría con el abrazo de este hijo, y qué tan grande la de tal hijo cuando se vió abrazado con tal padre! Pues según esto, el ánima que tan verdaderamente merece nombre de esposa de Cristo, y le ama con mayor amor que este padre á su hijo, y este hijo á su padre, ¿qué tan grande será la alegría que recibirá cuando en la hora de la sagrada Comunión se ve abrazada, y lo recibe dentro de sí misma unida tan íntimamente con Él? Esto ¿quién lo podrá explicar? Porque esta alegría á veces es tan grande, que roba todos los sentidos y los lleva en pos de sí con la fuerza desta tan grande suavidad. Mas ¿qué digo cuando esto digo? Porque todo cuanto deste sacramento la lengua humana puede decir y el entendimiento comprender, es como nada en comparación de lo que Él merece. Y de todos estos tan grandes bienes careciéramos, Augustino, si por esotro modo que vos decíades fuéramos redemidos.

AUG. Veo, padre, y alabo y glorifico al que tal invención buscó para juntarse con el hombre y hacerlo participante de sus merecimientos, para que de lo que Él nos ganó con tantos dolores y amargura de hiel, gozásemos nosotros con la suavidad deste pan celestial.

AMB. Mas no sólo gozamos deste sacramento las veces que lo recibimos, sino también cuando en las misas lo adoramos, y cuando lo tenemos en nuestras iglesias: para que conozcamos el amor que nos tiene, pues quiere morar en la tierra con los hombres el que mora en el cielo entre los ángeles, para que su presencia acreciente nuestra devoción y reverencia, y para que cuando hiciéremos oración en las iglesias, entendamos que no hablamos al aire sino al mismo Dios que está presente y oye nuestras oraciones y gemidos.

Y en esto veréis la ventaja que hace nuestra Iglesia cristiana á la antigua Sinagoga. Porque en ésta no había en el templo otra cosa más sagrada que el propiciatorio de oro, y una arca de madera donde estaban las tablas de la ley: mas nosotros tenemos por vecino de nuestras casas al mismo Señor que por esa arca era figurado, con quien platicamos cara á cara, y á quien presentamos nuestras necesidades y peticiones, confiando que quien nos ama tanto que quiso estar tan cerca de nosotros, no estará lejos para remediarnos. Porque poco nos aprovechará estar cerca con su presencia, si no lo estuviera con su providencia.

AUG. Eso creo yo verdaderamente, pues no es nuestro Dios diferente de sí mismo, porque esto repugna á su verdad y simplicidad. Por donde lo que nos muestra en lo exterior, conserva Él en lo interior. Mas pasemos adelante, porque me parece que no paran aquí los beneficios de esa sagrada Humanidad.

AMB. El tiempo, y la vida, y las palabras faltarán, pero materia de que hablar en este misterio nunca faltará. Síguesenos otro singular beneficio desta sagrada Humanidad, que es tener un sacerdote eterno y un perpetuo abogado ante la cara del Padre para remedio de nuestras infinitas miserias así espirituales como corporales, que en esta vida nos tienen por todas partes cercados. En el tiempo de la ley no tenían los hijos de Israel otros abogados y valedores sino Abraham y Isaac y Jacob, y éstos presentaban por su parte en sus necesidades para aplacar á Dios. Mas en la ley de gracia tenemos por nuestra parte por fiel abogado, no á los siervos de Dios, sino al mismo Hijo de Dios. El cual, no con palabras, sino con obras aboga siempre por nosotros, representando ante la cara del Padre aquella sagrada Humanidad y aquellas preciosas llagas que por gloria dél y remedio nuestro recibió. Y por esto nos esfuerza San Juan (1), si alguna vez desfalleciéremos, para que no desconfiemos, pues tenemos de nuestra parte un tan fiel y poderoso abogado ante la cara del Padre, que amansa la ira debida á nuestros pecados.

AUG. Gran providencia fué ésa de nuestro Señor, y muy necesaria: porque estando el mundo tan lleno de pecados, ¿qué podríamos esperar de un Dios tan justo y tan enemigo dellos, sino otro segundo diluvio que nos destruyese á todos?

(1) 1 Joan. 2.

AMB. Ya es tiempo, Augustino, que ponga el silencio fin á esta nuestra plática, pues la materia no lo pone. Mas quiero concluirla con otro singular beneficio que desta sagrada Humanidad se siguió, que es el esfuerzo de los santos mártires. Para cuyo entendimiento acordaos de aquella sentencia de Salomón, el cual dice (1) que Dios crió todas las cosas por amor de sí mismo, esto es, para gloria suya. Y por esto se dice que los cielos y la tierra están llenos de su gloria: porque si hay ojos para saber mirar las cosas criadas y reducirlas á su principio, hallaremos que todas ellas predican la gloria, esto es, la sabiduría, la bondad y la providencia de su Hacedor. Mas como haya muchas maneras de glorificarle, la mayor es la de aquéllos que de todo su corazón le aman. Porque quien más le ama, más de verdad lo glorifica: y aquél más le ama, que mayores trabajos padece por su amor: y porque los mártires fueron los que mayores trabajos padecieron, ésos fueron los que más le glorificaron con esa tan grande fe, tan grande constancia, tan grande lealtad que conservaron entre tan crueles, tan fieros y tan horribles tormentos. Porque ¿qué cosa más gloriosa para Dios que tener siervos tan leales que se ofreciesen á padecer en unos cuerpos tan flacos y tan sentibles como son los nuestros, y señaladamente los de las mujeres y doncellas delicadas, tan grandes y tan terribles tormentos con tan grande ánimo y fortaleza? Cortábanles pies y manos, sacábanles los ojos, arracábanles los dientes, descoyuntábanles los miembros, quebrábanles las canillas de los huesos, echábanles plomo derretido en las bocas, rasgaban sus carnes con garfios y peines de hierro, freíanlos en sartenes, cocíanlos en calderas de aceite hirviendo, enterrábanlos vivos. Á algunos encoraban con culebras dentro de los cueros, á otros encerraban en un toro de metal, poniéndoles fuego por debajo.

¿Qué más diré? Invenciones buscaban para atormentar, jamás vistas ni leídas. Porque aquél que fué grande homicida desde el principio del mundo, con el odio rabioso del nombre de Cristo, les enseñaba estas y otras tales invenciones de tormentos, y muchas veces en un mismo cuerpo ejecutaban todas cuantas podían hasta que ni había más tormentos ni más fuerzas en los verdugos para atormentar, ni más carne en el mártir en que ejecutar

(1) Prov. 16.

su furor. Y faltando las fuerzas á los verdugos, no faltaba al mártir la fortaleza y constancia: y despedazadas ya las carnes, estaba entera la fe y lealtad para con su Dios y Señor. Ésta es pues la cosa con que nuestro Dios ha sido más glorificado en este mundo. La cual basta para poner admiración aun á los mismos ángeles, los cuales también en esta obra glorificaban á Dios, viendo la virtud y fortaleza que puso en una criatura de carne, y más en una flaca doncella.

AUG. Si esas batallas bastan para poner admiración á los ángeles, ¿cuánto más deben bastar para ponerla á los hombres? Y así os confieso que ese efecto han obrado en mi ánima. Y en esto reconozco la grandeza de la divina gracia, que tal fe y tal constancia dió á esos fidelísimos y fortísimos caballeros. Porque tener tal firmeza en cosas que se alcanzan por razón humana (como es creer que hay Dios) no fuera mucho: pero tenerla en cosa que la razón humana no alcanza (como son los artículos de nuestra fe) y que se deje el hombre hacer mil pedazos antes que negar un punto de ellos, ¿quién no ve ser ésta gracia divina, y no fortaleza humana?

AMB. Pues este tan grande esfuerzo que habéis oído, se debe á la sagrada Humanidad de Cristo: porque Él les mereció esa tan grande fortaleza con el sacrificio de su pasión, porque por eso dice San Juan que las vestiduras blancas de que él vió vestidos los santos mártires, fueron lavadas y blanqueadas en la sangre del Cordero: porque por el mérito de su preciosa sangre conservaron ellos la blancura y pureza de sus ánimas, que los tiranos pretendían amancillar con sus abominables sacrificios. Y demás desto esforzólos también con su ejemplo, yendo en la delantera con la bandera de la cruz en la mano, vestido de aquella preciosa púrpura de su sangre, para que como los elefantes se esfuerzan en la batalla cuando ven sangre, así se esforzasen los mártires en sus batallas, viendo que su Dios y Señor derramó la suya, no por sí ni para sí, sino por ellos.

AUG. Agora veo más clara mi ignorancia, porque de ese tan grande esfuerzo, y que tanto redunda en gloria de Dios (por ser los mártires innumerables) carecieran ellos, si por aquel medio que yo al principio propuse, fuera el mundo redimido. Porque en este trance tan riguroso, ¡cuánta falta les hiciera carecer de tal capitán y tal compañero de sus trabajos, como era su mismo Dios y Señor!

AMB. Pues junto con ese beneficio ponderad el esfuerzo que reciben todos los que anhelan á la perfección de la vida evangélica, para padecer otro linaje de martirio más blando que éste, pero más molesto, por durar toda la vida, que es la mortificación de nuestras pasiones y propias voluntades. Y juntad la cruz de los que como dice el Apóstol, crucifican su carne con todos sus apetitos y malos deseos, venciendo la naturaleza y negando á sí mismos, y veréis cuánto nos ayuda para todo esto ver de la manera que aquel inocentísimo Cordero trató su carne purísima, no por su provecho, sino por nuestro ejemplo. Y juntad con esto los amigos del rigor de la vida y enemigos de regalos y amigos de abstinencia y penitencia, y juntad también con éstos los tentados de diversas tentaciones y los injustamente perseguidos, los afligidos con enfermedades, necesidades y pobrezas y muertes de sus queridos. Porque ¿dónde acuden éstos á buscar ayuda en sus angustias, sino á las llagas de Cristo crucificado? Todos ellos se acogen á este puerto de salud, todos se consuelan con este ejemplo, todos beben desta fuente, todos acuden á esta general medicina de todos nuestros males, y para todos tiene este Señor los brazos abiertos y extendidos en la cruz.

AUG. Eso, con todo lo demás que habéis dicho, me hace ver claramente la alteza del consejo de Dios y la invención tan admirable que buscó para encaminar el negocio de nuestra salvación, obrando con una cosa sola tantos y tan grandes provechos. En lo cual veo cuán diferentes son (como dijistes) los consejos y caminos de Dios de los de los hombres. Porque ¿qué hombre ni qué ángel pudiera atinar á esa tan extraña invención, como fué encarnar aquel grande Dios, y encerrarse en el vientre de una doncella, y morir en cruz para redimir el mundo? Mas aquella infinita bondad y sabiduría (que mira siempre lo mejor y más perfecto) vió cuántos bienes de aquí se nos seguían, y en éstos puso sus divinos ojos. Lo cual manifiestamente declara aquel medio que yo por mi corta razón propuse al principio: porque por este ejemplo se ve palpablemente de cuántos y cuán grandes bienes careciéramos, si por este medio fuéramos redimidos, que son todos los que me habéis declarado.

AMB. Pues por esto con mucha razón dice Él por su profeta que demos al mundo noticia de esta invención de su bondad y sabiduría, y que nos acordemos que es muy alto su nombre, y que

así fué altísima y admirable esta obra que Él inventó para nuestro remedio.

Todo lo que hasta aquí se ha dicho, Augustino, principalmente sirve para confirmaros en la fe deste misterio: mas la fe se ordena á otra cosa más alta, que es la caridad, sin la cual está muerta la fe. Y no hay cosa con que esta caridad más se encienda que con la consideración deste sumo beneficio. Ca por él dijo nuestro Redentor que él había venido á poner fuego en la tierra: porque tales obras y maravillas obró en ella para nuestro remedio, que ha de tener corazón más que de piedra el que con ellas no se ablanda. Porque si en la ley antigua (1) mandó él á los hombres que lo amasen con todo su corazón, y con todo su entendimiento, y con todas sus fuerzas, no habiendo entonces padecido por la salud de los hombres, ¿con cuánta mayor razón pedirá agora este amor, pues cuantos azotes, y bofetadas, y heridas, y injurias por esta causa recibió, tantos estímulos y incentivos de amor nos dejó? Y sabemos cierto que cuantos beneficios hasta hoy tiene Él hechos al mundo y puede hacer, son como sombra comparados con éste. Por donde veréis, hermano Augustino, la obligación que tenéis á amar á este Señor con todas vuestras fuerzas, y gastar los días y las noches en la contemplación deste sumo beneficio, para crecer más en este sumo amor. Y pues este Señor no se cansó de trabajar por amor de vos, no os canséis vos de pensar en sus trabajos y dolores por amor dél.

Aug. No tengo aquí más que preguntar, sino reconocerme por obligado toda mi vida á dar gracias á nuestro Señor, el cual así como por vuestra doctrina me libró de la herejía de los maniqueos, y me dió conocimiento de la corrupción de la naturaleza humana por el pecado original, así agora me ha dado el remedio dél por la gracia de la redención de Cristo.

Amb. Esa gracia quiero que sepáis, Augustino, que aunque se ganó generalmente y mereció para todos, mas no gozan della todos, sino solos aquéllos que se aplican á usar de los remedios que Él para esto nos dejó, como lo hacen los fieles devotos y cuidadosos de su salud, no los perdidos y desalmados que apenas se acuerdan de Dios. Al cual sea honra y gloria en todos los siglos de los siglos. Amén.

LAUS DEO

(1) Deuter. 6.

SÍGUESE UN NOTABLE DISCURSO

SOBRE AQUELLAS PALABRAS DEL CAPÍTULO 53 DE ESAÍAS

EL CUAL TRATANDO

DE LA PASIÓN DEL SALVADOR

DICE ASÍ:

Él fué herido por nuestras maldades y quebrantado por nuestros pecados: la disciplina causadora de nuestra paz cargó sobre él, y con sus llagas fuimos curados. Porque el Señor puso sobre él los pecados de todos nosotros.

Como haya muchas cosas y cuasi infinitas que considerar en el misterio de la sagrada Pasión, en el cual resplandece, como el Apóstol dice, la sabiduría de Dios en muchas maneras, por las grandes conveniencias y frutos que della se siguieron, una de las que nuestro Señor quiere que más ponderemos, sintamos y agradezcamos y de que más nos maravillemos, es haber sido tan grande su caridad, que quiso tomar Él sobre sí las penas debidas á nuestros pecados, por librarnos dellos: que es como si estando un hombre culpado sentenciado á muerte, y otro se sujetase por él á la misma pena. Y que ésta sea una de las cosas que nuestro Señor más quiere que sintamos, demás de repetirse tantas veces en la sancta Escritura que Cristo padeció por nuestros pecados, en solo el Capítulo 53 de Esaías hallaremos que nueve veces en solo este Capítulo repite el Espíritu Sancto por boca del Profeta esta misma sentencia, para que entendamos cuánto quiere Él que sintamos esta obra de tanta caridad, pues tantas veces nos renueva aquí la memoria della.

Pues para que entendamos de raíz la orden deste misterio (presupuesto lo que se contiene en el discurso pasado, que tam-

bién sirve á este propósito) se debe notar que tres cautiverios ha habido en el mundo, de que nuestro Señor tuvo por bien libertar los hombres. El primero fué sacando su pueblo del cautiverio de Egipto y del poder de Faraón: el segundo fué librándolo del cautiverio de Babilonia y del poder de su rey: el tercero fué librando á los hombres del cautiverio del pecado y del infierno debajo del poder del príncipe de este mundo, que es el demonio. Y así como hubo tres cautiverios, así hubo tres caudillos y libertadores dellos. Ca el libertador del primero fué Moisén, que sacó el pueblo de Egipto: el segundo fué Esdras, que sacó el pueblo de Babilonia: el tercero fué Cristo nuestro Señor, que nos libró de la tiranía del pecado y del infierno.

Mas será necesario declarar las diferencias y conveniencias de la liberación destos tres cautiverios. De las cuales una es que la liberación de los dos primeros cautiverios fué de un solo pueblo, mas la tercera fué de todo el universo mundo, ó por mejor decir, de todos los mundos presentes, pasados y venideros. La segunda diferencia es que las dos primeras liberaciones fueron corporales: porque como el cautiverio era de los cuerpos, así la liberación fué de solos ellos: lo cual se ve en la liberación del primer cautiverio de Egipto, donde los hijos de Israel teniendo los cuerpos libres, quedaron con los espíritus tan cautivos y ciegos, que habiendo visto tan grandes maravillas de Dios como allí se obraron, no por eso desistieron de sus pecados. Mas la tercera liberación, que es de todo el género humano, fué liberación espiritual de la tiranía del pecado y de la subjección del príncipe deste mundo, que es el demonio: de la cual subjección han sido libres cuantos sanctos ha habido dende que Dios crió el mundo, porque se dispusieron por su parte á recibir este remedio.

Éstas, pues, son las diferencias: agora veamos las conveniencias, que son las condiciones destos tres caudillos y libertadores que proveyó Dios para estas tres liberaciones. Es pues la conveniencia que todos ellos fueron consumados y perfectos en todas las virtudes que para este ministerio se requieren. Porque como las obras de Dios sean perfectas, como Él lo es, así quiso que lo fuesen estos tres caudillos que Él instituyó. Porque primeramente quiso que fuesen perfectos y consumados en toda sanctidad y doctrina, para que con la doctrina desterrasen la ignorancia de los hombres y les diesen conocimiento de Dios, y con el buen

ejemplo y sanctidad de la vida los incitasen á toda virtud. Toda esta perfección tuvo Moisén, que fué el primero de estos tres caudillos, y túvola también Esdras, que fué el segundo, y túvola mucho más perfectamente Cristo, que fué el tercero.

Quiso también otra cosa, y es, que tuviesen tan grande liga y amor con el pueblo que tenían á su cargo, que todos los males y bienes dellos tuviesen por suyos proprios, y que así como la cabeza tiene por su proprio mal el de su cuerpo, y así trabaja por curarlo y remediarlo, así estos tres caudillos, pues eran cabezas destas tres maneras de gentes, sintiesen los males dellas como los suyos proprios y así les procurasen el remedio, aunque fuese á costa suya.

Esto pues vemos primeramente en el primer caudillo, que fué Moisén, el cual sentía tanto los pecados del pueblo, que él ponía todas sus fuerzas por aplacar á Dios y alcanzar perdón dellos: lo cual aun más claramente se ve en la adoración del becerro, que bajando del monte con las dos tablas de la ley escritas con el dedo de Dios, las arrojó á una peña y las hizo pedazos. Y después de haber castigado al pueblo por aquel pecado con muerte de tres mil hombres, no contento con esto volvió otra vez al monte donde hablaba con Dios, y allí estuvo cuarenta días sin comer ni beber, suplicándole con grandísima instancia que perdonase á su pueblo. Y llegó la instancia á tanto, que pidiendo á Dios este perdón, le dijo: Señor, habéis de perdonar á este pueblo, ó si no lo perdonáis, borradme á mí del libro en que me tenéis escrito. Extraña petición fué ésta, y muy digna de ser escudriñada. Parece, pues, que en pocas palabras quiso decir este profeta: Vos, Señor, me habéis puesto por caudillo y cabeza deste vuestro pueblo y me habéis mandado que lo traiga dentro de mi seno de la manera que una ama trae en los brazos á un niño chiquito. Y no sólo me habéis mandado que así lo ame, sino Vos también habéis infundido en mi ánima este tan grande amor, porque así lo amo como á mí mismo. Por donde, si yo estoy desta manera por amor unido y hecho una cosa con él, ¿cómo podré sufrir que yo esté en vuestra gracia y él en vuestra desgracia, que yo esté perdonado y él no lo esté, que yo sea vuestro amigo y él vuestro enemigo, que yo esté escrito en vuestro libro y él borrado dél? Por tanto, Señor, ó habéis de perdonar á él, ó borradme del libro en que me tenéis escrito, porque no

lo sufre mi corazón ni lo consiente mi caridad que me quepa á mí tan buena suerte, cabiéndole á él tan mala. ¡Oh verdadera caridad! ¡Oh singular vínculo de amor! ¡Oh verdadero padre! Tal pues era la unión y liga de amor deste profeta con sus súbditos, que ninguna cosa quería para sí que no la quisiese para ellos. Con ellos quería vivir y con ellos morir, la salud dellos tenía por suya y el mal dellos por suyo, y no teniendo ellos salud, él no la quería tener. Mas esta preeminencia y liga que Moisén pedía, que lo que fuese dél fuese dellos, para otro más privado se guardaba, como adelante veremos, y por eso el Señor le respondió: No ha de ser así, sino á quien pecare contra mí, borraré yo de mi libro.

§. I.

Dejemos agora el cautiverio de Egipto, y vengamos al de Babilonia. Para la liberación deste cautiverio escogió Dios otro varón de grande sanctidad y doctrina llamado Esdras, el cual vino con los cautivos de Babilonia hasta la Judea. Llegado á esta tierra, fué avisado cómo los cautivos que con él vinieron, se habían casado con mujeres hijas de gentiles contra la prohibición de la ley de Dios, lo cual era principio para pervertirse y venir á adorar los dioses dellas. Esto fué para este sancto varón una tan grande lanzada, que le atravesó el corazón de pura tristeza: y con el ímpetu desta tristeza rasgó el manto que traía vestido, y la túnica de dentro, pelóse las barbas y arrancóse los cabellos de la cabeza, y estuvo así llorando hasta la hora del sacrificio de la tarde. Y llegada esta hora, poniéndose de rodillas comenzó á decir: Dios mío, confúndome y avergüénzome y no oso levantar los ojos á ti, porque se han multiplicado nuestros pecados y crecido hasta el cielo. Y acabada una larga oración que sobre esto hizo, se fué á recoger á una casa, donde estuvo sin comer ni beber, ayunando por los pecados del pueblo. Oh sancto varón, ¿porqué te avergüenzas? ¿Porqué te confundes? ¿Porqué no osas levantar la cara al cielo? ¿Qué heciste tú? ¿En qué pecaste? Pues el pueblo es el que pecó y no tú, y con todo eso la vergüenza y confusión que hubiera de tener el pueblo culpado, tienes tú, que eres inocente, y no contento con esto, recogido á un rincón perseveras sin comer y sin beber ayunando y haciendo penitencia, no por lo que tú pecaste, sino por lo que el pueblo pecó.

Haciendo pues esta sancta oración, y llamando á Dios, y derramando muchas lágrimas, y postrado ante el templo del Señor, juntóse allí una grande compañía de hombres y mujeres y niños, reventando todos con lágrimas, y pidiendo á Dios misericordia, y ofreciéndose con juramento solemne á hacer una cosa la más memorable y dificultosa de cuantas se podían hacer, que fué repudiar todas las mujeres con que estaban casados, de linaje de gentiles, y los hijos que dellas habían nacido. Pues todo lo que de esta historia noto para mi propósito, es ver cuán por suyo tomó este sagrado caudillo el pecado de aquel pueblo, y cuán lastimera penitencia hizo por él.

§. II.

Vengamos al tercer cautiverio, que fué de todo el género humano debajo la tiranía del príncipe deste mundo. Dijimos al principio que para la liberación deste tan universal cautiverio proveyó nuestro Señor otro más excelente caudillo, que fué su unigénito Hijo, nuestro Salvador. Pues de la sanctidad, sabiduría y doctrina dél no hay que tratar, pues todo esto era conforme á quien Él era: mas de la caridad para con sus vasallos tratemos, la cual en alguna manera entenderemos por la de estos dos caudillos pasados, que fueron figura de Cristo, así como aquellos dos cautiverios fueron figura del nuestro. Digo, pues, que si la caridad destos sanctos pasados para sus encomendados fué tan grande, que tomaron por tan suyos los pecados de sus pueblos, que así los lloraron como si fueran suyos, y así se afligieron y ayunaron y hicieron penitencia por ellos, ¿qué podremos juzgar de la caridad de Cristo para con los hombres que le fueron encomendados, pues es cierto que cuanto excede la lumbre del sol á la de las estrellas, tanto excede la caridad y gracia de Cristo á la de todos los sanctos, así hombres como ángeles, pues á todos ellos se dió la gracia por la medida que Dios se la quiso repartir, mas á Cristo se dió sin tasa y sin medida, como dice San Juan Baptista alegado por Juan Evangelista?

Pues siendo tanto mayor la caridad y gracia de Cristo que la destos sanctos, ¡con cuánto mayor ardor y deseo tomaría Él á cargo la satisfacción y remedio de los pecados del mundo, que es de los vasallos que el Padre Eterno le había encomendado!

Esto ¿quién lo podrá con palabras declarar? Mas por algunos indicios y argumentos podremos conjeturar algo desto. Porque vió Cristo con la grandeza desta caridad y con las entrañas de misericordia que della proceden, la masa de todo el género humano corrompida y avinagrada con la levadura del pecado original y con la ponzoña de aquella antigua serpiente que enficionando la cabeza, enficionó todos los miembros della, que fueron todos los hijos que de aquel padre procedieron (porque desta manera consideramos aquel hombre sin la gracia de la redempción de Cristo). Vió pues el estado miserable en que los hombres estaban, viólos desterrados del paraíso, sentenciados á muerte, enemistados con Dios, ajenos de su gracia, hijos de ira, esclavos del pecado y sujetos á la perversidad y desorden de sus apetitos, imitadores de la soberbia y de todos los vicios del demonio, á quien obedecieron. Vióles las espaldas vueltas á Dios y totalmente inclinados á las cosas de la tierra, viólos del todo inhábiles para hacer una sola obra que le fuese agradable, y mucho menos bastante para satisfacer, no digo por todos los pecados del mundo, mas ni por uno solo. Vió que los mismos demonios se gloriaban de haber triunfado del hombre y prevalecido contra Dios, impediendo el consejo y determinación que tuvo de poblar con los hombres las sillas del cielo que ellos perdieron. Vió juntamente con esto que Él solo por la dignidad infinita de su persona podía remediar todos estos males, y que Él tenía suficientísimo caudal de gracia para pagar por todas estas deudas, pues no era menos suficiente la santidad del Hijo de Dios para remediar á los hombres, que había sido la culpa de uno para dañarlos, y así vió que con sola una muerte que Él padeciese, libraba á todos de la deuda general de la muerte, como luego se declara. Viendo pues todo esto, abrasado con el fuego de su ardentísima caridad, y movido con las entrañas de su misericordia, y encendido contra el demonio con el celo de la gloria de su eterno Padre, que él (cuanto era de su parte) había querido escurecer, de tal manera abrazó esta empresa de remediar al mundo y satisfacer á la eterna justicia por todas las ofensas hechas contra ella, que no una muerte sola sino mil muertes, si fueran menester, abrazara Él por la gloria de su Padre y por la salud y remedio de los hombres. Y por esto se alegró como gigante para pasar esta carrera, por la cual se hizo no solo fiador, sino principal pagador del hombre, poniéndose en

su lugar y tomando todas las deudas ajenas de los pecados por suyas, para satisfacer por ellos.

Y por esta causa en los Psalmos que tratan de su sagrada Pasión, llama pecados suyos los de aquéllos por quien pagaba. Y así en el Psalmo 21, que todo trata della, dice así: Dios, Dios mío, pon tus ojos en mí, ¿por qué me has desamparado? Las culpas de mis pecados son causa de los males que padezco. Y en el Psalmo 29, que de la misma Pasión trata, dice así: Cercado me han males sin cuento, y hanme comprehendido mis maldades, las cuales son tantas que no las puedo contar. En otro dice: Señor Dios, tú conoces mi ignorancia, y mis pecados no están escondidos delante de ti. Y poco antes dice: Hanse multiplicado sobre los cabellos de mi cabeza los que me aborrecen, sin haber yo hecho por qué. Y así dice: *quæ non rapui, tunc exsolvebam.* Quiere decir: Entonces pagaba yo por lo que no robé. ¿Cuándo, Señor, pagaste por lo que no debías? Cuando me prendieron, cuando me maniataron, cuando me escupieron, cuando me abofetearon, cuando amarrado á una columna cruelmente me azotaron, como si yo fuera un ladrón probado. Entonces, pues, pagué por lo que no había robado. ¡Oh espejo de inocencia! ¡Oh fuente de pureza divina! ¡Oh Cordero sin mancilla, que quitas los pecados del mundo! Vos sois el inocente que, como el Profeta dice, nunca cometiste pecado, ni en vuestra boca se halló engaño. Pues ¿por qué, Señor, padecéis? ¿Por qué pagáis lo que no robasteis? Nosotros somos los ladrones que robamos la reverencia y obediencia que debíamos á nuestro Criador, quebrantando sus leyes y mandamientos, y nos alzamos con la gloria que á Él solo se debía. Pues ¿por qué padecéis Vos? Claro está, Señor mío, que la grandeza de vuestra caridad y misericordia os pusieron en ese aprieto. Ésa os hizo beber el cáliz de tanta amargura: yo soy la causa de vuestros dolores, yo la ocasión de vuestra muerte. Míos son los pecados por que sois castigado, míos los hurtos por que sois azotado, mías las maldades por que pagáis. ¡Oh admirable dispensación y consejo de la divina bondad! Lo que merece el malo, padesce el bueno: lo que comete el siervo, padesce el Señor: lo que cometió el hombre, sufre Dios. ¡Hasta dónde, oh Hijo de Dios, hasta dónde llegó tu caridad! ¡Hasta dónde se extendió tu amor! ¡Hasta dónde procedió tu piedad, hasta dónde tu benignidad, hasta dónde la compasión de nues-

tros males! Yo cometí la maldad, y tú padeces el castigo: yo cometí la culpa, y tú pagas la pena: yo me ensoberbecí, y tú eres humillado: yo soy el que desobedecí, y tú pagas la pena de mi desobediencia: yo gusté la dulzura de la manzana, y tú gustas el amargura de la hiel: yo me regalo con mis deleites, y tú eres despedazado con clavos: á mí me hizo la cobdicia llegar al árbol vedado, á ti la perfecta caridad te puso en la cruz: conmigo se está riendo Eva, y contigo está llorando María.

Pues según esto, ¿qué justicia es ésta, que pague la inocencia del justo por la desobediencia del pecador? No es justicia, sino misericordia, y misericordia de Aquél que es abismo y piélago de misericordias, el cual por su inmensa caridad y por las entrañas de su compasión se ofreció á pagar y satisfacer por los pecados del mundo.

Lo cual abiertamente nos declaran las palabras que al principio propusimos del Profeta, que dicen: Él fué herido por nuestros pecados y quebrantado por nuestras maldades: la disciplina y el azote merecedor de nuestra paz cargó sobre Él, y con sus llagas fuimos curados. Porque el Señor puso sobre Él los pecados de todos nosotros para que Él por su gran caridad y por obediencia de su eterno Padre los tomase sobre sí y satisfaciese por ellos. Lo cual nos representa muy á la clara aquella serpiente que se hizo de la vara de Moisén, la cual se tragó todas las otras serpientes que los encantadores de Faraón habían hecho: para que por aquí entendamos que aquel Señor que por nuestra causa tomó imagen de serpiente (esto es, de pecador) tragó todas las otras serpientes, que fueron nuestros pecados, ofreciéndose á pagar por ellos. Y de aquí es que porque nosotros menospreciamos á Dios, quiso Él de los hombres ser menospreciado: y porque nosotros con nuestras desobediencias y desacatos (cuanto era de nuestra parte) le desacatamos, quiso Él por tantas maneras ser injuriado y desacatado: y porque todos estábamos sujetos á la ira y furor de la indignación divina, quiso Él también sujetarse á ella, como Él lo declara en el Psalmo 87: y porque nosotros estábamos por el pecado de la desobediencia sentenciados á dos muertes, una del cuerpo y otra del ánima, por eso padesció Él una muerte, para librarnos de ambas, la una en esta vida, que es la del pecado, y la otra en la resurrección

general, donde los justos resucitarán para la vida eterna, como los malos para la muerte eterna.

Y aunque salga un poco fuera del propósito principal, quiero responder aquí á los que se espantan de haber padescido el Salvador tantas invenciones y maneras de injurias y dolores. Á éstos pues respondo que los que extrañan esto, miran los dolores y trabajos de Cristo, y no la causa dellos, esto es, miran la sentencia de su muerte, y no miran el proceso, por el cual se dió la tal sentencia. Porque el proceso contenía todos los pecados, no de un pueblo ni de un solo mundo, sino de todos los mundos y de todos los siglos presentes y pasados y venideros. De modo que en esta cuenta entran todos los pecados que se hicieron antes del diluvio, por los cuales anegó Dios todo el mundo que había criado, y entran todos los que después acá se han hecho y harán y pueden hacerse. Y si un verdadero penitente, que fué el rey Manasés, dice que sus pecados exceden las arenas de la mar, ¿en qué número pondremos los de todos los hombres susodichos? Pues si consideramos la horribilidad y fealdad de todas las abominaciones, blasfemias y idolatrías, con todas las otras monstruosidades de pecados que ha habido y ha de haber, ¡qué espectáculo tan horrible! ¡Qué montañas, qué mares, qué infiernos se nos pondrán aquí delante!

Pues si este clementísimo Redemptor se había encargado de satisfacer perfectísimamente en todo rigor de justicia por la infinidad horrible de tantos males, ¿por qué nos maravillamos de haber padescido tanto quien por tales y tantos pecados padeció, mayormente sabiendo Él que cuanto más padescía, tanto más perfectamente satisfacía á la Majestad ofendida de su Padre, cuya gloria Él tanto deseaba?

Mas por qué causa haya ordenado la divina Sabiduría esta manera de satisfación de nuestros males, en parte queda declarado en el discurso precedente: á lo cual añadimos agora que viendo aquel soberano Padre de misericordia que ninguna pura criatura era suficiente para satisfacer en rigor de justicia por esta infinita muchedumbre de pecados, apiadándose de nuestra infinita miseria, determinó darnos un infinito reparador, que fué su unigénito Hijo, Dios y hombre verdadero: hombre para que debiese, y Dios para que pagase: hombre que pudiese morir, y Dios que pudiese resucitar: hombre que fuese capaz de salud, y

Dios para que fuese salvador: hombre para que nos diese ejemplo, y Dios para que nos diese remedio: finalmente, hombre que tuviese habilidad para merecer y satisfacer, y Dios para que tuviese caudal con que poder pagar. Porque ni Dios podía satisfacer, por ser ésta obra de criatura, ni el hombre podía pagar, por ser ésta deuda infinita. Esto baste por agora para responder á esta pregunta.

§. III.

Mas volviendo al negocio principal, quédanos agora por declarar á cuánto estamos obligados á nuestro libertador por este tan grande beneficio de nuestra redempción. Para lo cual hagamos comparación de lo que hicieron estos dos libertadores susodichos por los pecados de sus pueblos, y de lo que hizo el nuestro por los del suyo. Pues primeramente Moisén ayunó cuarenta días con sus noches en penitencia del pecado de su pueblo. Mas Cristo trabajó treinta y tres años por los pecados del mundo. Moisén perseveró en aquel monte todos estos días pidiendo á Dios perdón de aquel pecado. Mas Cristo estuvo crucificado en otro monte ofreciendo á sí mismo en sacrificio por los pecados del género humano. Pues ¿qué comparación tiene aquí la una satisfacción con la otra?

Vengamos al segundo libertador y caudillo, que fué Esdras, varón sanctísimo. Éste, viendo contaminado su pueblo y mezclado con mujeres de linaje de gentiles, sintió tanto este pecado, que estuvo dende la mañana hasta el sacrificio de la tarde postrado ante la divina Majestad, sumido en un profundo abismo de tristeza por aquel pecado. Mas Cristo, postrado en la oración del huerto ante la presencia de su Padre, padesció allí una tan grande tristeza, que le hizo sudar gotas de sangre. Esdras se peló las barbas y los cabellos de la cabeza por aquella culpa. Cristo quiso que la suya fuese coronada con espinas por los pecados del mundo. Esdras derramando muchas lágrimas de sus ojos alcanzó perdón de aquel común pecado. Mas Cristo derramando sangre de sus sacratísimos miembros, mereció perdón para todo el género humano. Pues ¿qué comparación hay aquí de una satisfacción á otra?

Veamos pues agora la obligación que nos queda para con

este clementísimo reparador. Si este sancto varón tanto pudo con la penitencia que hizo por aquel pueblo, que acabó con él la cosa más ardua y dificultosa del mundo, que fué despedir de sí los maridos á sus mujeres gentiles y los hijos dellas, ¿qué será razón que acaben con nosotros los dolores y sudores de Cristo y su muerte de cruz? Porque la penitencia de aquellos sanctos varones no llegó á perder la vida y derramar sangre, mas Cristo á costa de su sangre y de su vida nos alcanzó perdón de la culpa y de la pena de muerte merecida por ella. Pues ¿qué cosa de mayor obligación y admiración que librar el Criador á su criatura de la muerte con su propria muerte?

Para entender la grandeza deste beneficio repetiré aquí el ejemplo de un esclavo que Séneca refiere, digno de ser muchas veces á este propósito repetido: y éste fué, que en el tiempo de las guerras civiles de Roma entrando unos soldados á matar un senador, un su esclavo por el grande amor que á su señor tenía, se vistió de la ropa dél y se puso su anillo para que los soldados engañados con la apariencia del señor, matasen á él y dejasen al señor. Finjamos pues agora que el esclavo después de las heridas cobrase salud y vida. En este caso, ¿á cuanto quedaba obligado el señor por un oficio de tanta fidelidad y amor? Claro está de ver. Mas pasemos adelante y finjamos que lo que este esclavo hizo por su señor, hiciese el señor por el esclavo: y aun subamos más arriba el negocio, y pongamos que hiciese esto un rey por un esclavo que mucho quisiese. Diréis: ya eso sobrepuja todos los términos de humanidad y de razón. Pues deste escalón subamos al más alto grado que se puede imaginar, que es hacer Dios esto por el hombre, que es morir el Criador por dar vida á su criatura. ¿Cuánto mayor cosa es ésta, que morir un rey por su esclavo, que es un hombre mortal por otro mortal? Pues si esto nos pondría espanto y perderíamos de vista esta virtud por ser tan alta, ¿qué será razón que sientan nuestros corazones cuando confesamos y contemplamos que Dios murió porque el hombre eternalmente no muriese? Pues ¿qué será si con esto juntáremos todas las otras circunstancias que aquí intervinieron? Porque no fué cualquiera muerte la que este Señor padesció, sino la más dolorosa y amenguada que en aquellos tiempos había, que fué muerte de cruz. Y juntad con esto la delicadeza de su sacratísimo cuerpo, que era el más delicado y sensible de todos

los cuerpos, por ser su carne toda virginal tomada de las purísimas entrañas de su Madre. Juntad con esto que padescía sin ningún linaje de consolación, ni del cielo, ni de la tierra, ni de su Padre, ni de sí mismo. Añadid á esto el desamparo de sus discípulos y conoscidos, los escarnios de los príncipes de los sacerdotes, la compañía de los ladrones, la desnudez de su purísimo cuerpo en presencia de todo el mundo después del recebimiento pasado, y sobre todo la presencia de su sanctísima Madre, que era otra nueva cruz para su piadosísimo corazón.

Y si como el Apóstol dice, padesciera Él por hombres sanctos y buenos, no nos espantáramos tanto. Mas lo que espanta, es padescer esto por un hombre malo y enemigo suyo. Esto es lo que sobrepuja toda admiración. Aquí faltan las palabras, falta el juicio, desfallece el espíritu y desfallecen todos los sentidos y fuerzas interiores del ánimo, considerando la inmensidad desta divina bondad. Aquí salían de sí los sanctos, aquí perdían el uso de los sentidos, porque el espanto y la grandeza de su admiración los robaba y suspendía y llevaba tras sí, hallándose con esto sumidos en un profundísimo abismo de la divina bondad, que hasta aquí pudo llegar. Mas ¿qué otra bondad pudiera hasta aquí llegar, sino sola la de este tan grande Dios? Y verdaderamente si Él quería declarar al cielo y á la tierra, que es á hombres y ángeles, por medio de alguna obra la inmensidad de su bondad, ningún otro medio hallara para ello más eficaz que éste. Sancto Augustín llamó á Cristo ejemplar de la divina gracia, que es como si dijésemos, muestra y espejo en el cual se ve hasta dónde se extiende la liberalidad y magnificencia de Dios, pues llegó á dar al ánima sanctísima de Cristo lo último que se le podía dar, y esto de pura gracia ante todo merecimiento, porque en el instante que fué criada, fué desta manera enriquecida. Pues conforme á esto, digo que esta obra de la Pasión es otro ejemplar ó espejo en el cual se ve la grandeza de la divina bondad, la cual llegó á padescer tal muerte como está dicho, por un hombre malo y enemigo suyo, para hacerlo amigo y eternalmente bienaventurado.

Pues ¡qué incentivo se nos da aquí para amar, qué motivo tan grande para confiar, qué espuelas para correr por el camino de los mandamientos divinos, y qué estímulo tan grande para desear padescer mil muertes por este Señor! Y ni con esto pagare-

mos la deuda desta muerte, porque ¿qué va de muerte de puro hombre á muerte de Dios y hombre? Mas ya que esto no podemos, á lo menos trabajemos por corresponder á esta muerte con la mortificación de nuestra carne con todos sus apetitos y malas inclinaciones. Porque esto es lo que Él principalmente nos pide y por cuya causa tantos dolores padesció: porque para la satisfación de las culpas del mundo y de mil mundos bastaba la menor cosa de las que padesció. Mas lo que bastaba para nuestro remedio, no bastaba para nuestro ejemplo, no porque de sí no bastase, sino por el impedimento de nuestra malicia. Y pues no podemos corresponder á la deuda desta muerte con la nuestra, como los sanctos mártires hicieron, á lo menos sea con el espiritual martirio de nuestra mortificación, el cual como dice San Bernardo, aunque no es tan sensible como el que nos priva de la vida, pero es muy molesto, porque dura toda ella. Y pues como dice un sancto varón, nada es lo que nada cuesta, no descanse el verdadero cristiano hasta que haga por Él cosa que le duela, cosa que saque sangre y que le cueste mucho. Porque por aquí se prueba la fineza de la virtud, como nuestro Señor lo declaró en el sacrificio de Abraham, al cual después de estar aparejado para sacrificar á Isaac, le dijo: Agora conozco que temes á Dios, pues no perdonaste á tu hijo por amor de mí.

Vean pues los que este Señor con su muerte libró de la muerte y del cautiverio, no de Egipto ni de Babilonia, sino del pecado y del infierno que trajo al mundo el pecado, vean lo que deben al que con el sacrificio de su sangre alcanzó de su eterno Padre lo que Moisén pedía para su pueblo y no se le concedió, conviene á saber, qne lo que fuese dél, fuese dellos, porque esto se guardaba para nuestro libertador, el cual hablando con su eterno Padre dijo así: Quiero, Padre, que donde yo estuviere, allí estén los que me sirvieren, y que lo que fuere de mí, sea dellos. Lo cual el Padre le concedió, pues como dice el Apóstol, nos hizo gratos y amigos suyos por medio del gratísimo y amantísimo Hijo suyo y Señor nuestro, el cual vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

VIDA

DEL

B. JUAN DE AVILA

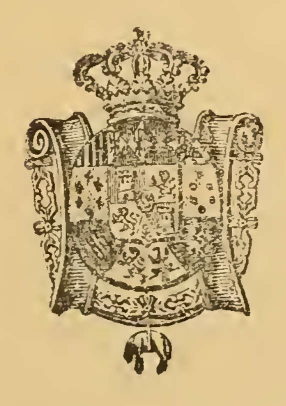
Y LAS PARTES QUE HA DE TENER

UN PREDICADOR DEL EVANGELIO

POR

EL P. FR. LUIS DE GRANADA

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO



EN MADRID

En casa de Pedro Madrigal

1588

APROBACIONES

Este libro espiritual que trata de los malos lenguajes del mundo, demonio y carne, compuesto por el Maestro Juan de Ávila, Predicador en el Andalucía, que se me cometió por orden del Consejo supremo del Rey nuestro señor, es libro católico, no contiene cosa contra nuestra fe ni buenas costumbres, antes es muy provechoso para todos los que trataren de espíritu y devoción. Lo que ahora se le añade á lo que antes estaba impreso de molde, que es la Vida del Autor, con otras vidas de personas señaladas en virtud, compuesto por el Padre Maestro Fray Luis de Granada, está tan fuera de contener cosa por donde no deba imprimirse, antes es digno de un autor que tanto ha ayudado con las demás obras suyas á la Iglesia de Dios, como todo el mundo sabe, y el Sumo Pontífice Gregorio XIII testifica en un Breve suyo escrito al mismo Autor. Á propósito de la vida del sobredicho Padre contiene un muy vivo modelo de predicador apostólico, dice cosas dignas de que se traigan en las manos de los muy curiosos, merece ser impreso: y así en el uno ni otro libro no siento otra cosa. Fecha en Villalpando en dos de Diciembre de 1587 años.=*Fray Bernabé de Xea.*

N. B. Omitimos las demás aprobaciones por sólo referirse á las *Obras del Padre* | *Maestro Ivan de Avila,* | *predicador en el* | *Andalvzia.* | *Aora de nueuo añadida la vida del Autor, y las partes que ha* | *de tener vn predicador del Euangelio, por el padre fray Luys* | *de Granada, de la Orden de Santo Domingo, y vnas* | *reglas de bien biuir del Autor.* | *Dirigidas al Serenissimo Principe y Reueren-* | *dissimo Cardenal Alberto, Archi-* | *duque de Austria.* | *En la quinta hoja se verán las materias contenidas en esta obra.* | (Escudo de España) | *Con privilegio.* | ——— | *En Madrid, en casa de Pedro Madrigal. 1588.* | *Está tassado á tres marauedis el pliego.*

A DON JUAN DE RIBERA

Arzobispo de Valencia

Y PATRIARCA DE ANTIOQUÍA

CUÁN anejo sea á los Perlados el oficio de la predicación, ya lo tendrá V. S. notado en lo que los Apóstoles hicieron, pues no quisieron ocuparse por sí en el cuidado de las viudas y de los pobres, porque esta ocupación (aunque santa y necesaria) no les fuese impedimento de otras más importantes, que era la predicación de la palabra de Dios. Y así encomendando este cargo á otros, tomaron para sí el oficio de la predicación y oración. Y conforme á este decreto Apostólico leemos en el Concilio Cartaginense cuarto ordenado que el Obispo encomiende á alguna de las principales personas eclesiásticas el cuidado de los pobres, y que él se ocupe en las mismas dos cosas que los Apóstoles tomaron para sí, añadiendo á éstas la tercera, que es la lección de las santas Escrituras, para que ellas le den materia de lo que ha de predicar: de la cual no tenían los Apóstoles necesidad, pues tenían al Espíritu Santo por maestro. Duró esta observancia mucho tiempo en la Iglesia. Porque en tiempo de San Augustín era estilo en la Iglesia Occidental que nadie predicase donde estaba el Obispo. Mas dispensó en esto el santo obispo Valerio, el cual contra este estilo hizo que San Augustín predicase en la iglesia, no haciendo caso de los dichos de los murmuradores, viendo que San Augustín hacía este oficio más perfectamente que él. Esto, Señor, se usaba en aquellos tiempos, en los cuales los Sumos Pontífices predicaban, como lo hacía San Gregorio, y San León Papa, y otros tales: mas como con los tiempos se mudan las cosas humanas, así ésta en parte se ha mudado. Porque muchos Perlados, contentos con administrar justicia en sus tribunales, cometen este oficio á otros ministros, siendo cierto que mucho más huelgan y reconocen las ovejas la voz

de su legítimo pastor, y mucho más fruto hace en ellas, que las de todos los otros. Mas con todo esto no tiene nuestro Señor tan desamparada su Iglesia, que no haya muchos Perlados que (acordándose de aquellos dichosos tiempos de la primitiva Iglesia, y de la obligación de su oficio) no trabajen por imitar aquellos Pontífices antiguos, dando por sus mismas personas pasto saludable de doctrina á sus ovejas. Y en este número no puedo dejar de contar á V. S. pues habiendo tantos años que tiene oficio de pastor, siempre procuró que por su mano recibiesen este pasto sus ovejas: y esto con tanta instancia y tan á la continua, que muchas veces se levantaba del confesionario, y se subía al púlpito á predicar, no teniendo por cosa indigna de su autoridad hacer el oficio que el Hijo de Dios hizo en la tierra, cuyos vicarios son todos los predicadores.

Por tanto habiendo escrito esta Vida del Padre Maestro Juan de Avila, en la cual se nos representa una perfecta imagen del predicador evangélico, no se me ofreció á quien con más razón la pudiese ofrecer, que á quien tantos años ha que ejercita este oficio, no con espíritu humano, sino con entrañable deseo de la salvación de los hombres, y de apartarlos de los pecados: el cual deseo manifestaba V. S. en sus sermones, diciendo algunas veces con grande afecto estas palabras: Hermanos, no pequemos agora por amor de Dios. Las cuales palabras, salidas de lo íntimo del corazón, herían más los corazones de los oyentes, que cualesquier otras más sutiles razones que para esto se pudieran traer. Porque cierto es que no hay palabra que más hiera los corazones, que la que sale del corazón; porque las que solamente salen de la boca, no llegan más que á los oídos. Destas palabras hallará V. S. muchas en la doctrina deste siervo de Dios, que aquí se escriben: y junto con esto verá una perfectísima imagen y figura de las partes, y virtudes, y espíritu que ha de tener el predicador evangélico. Y aunque haya cosas de mucha edificación y provecho en esta historia, una de las que yo tengo por muy principal, son los conceptos que este varón de Dios tenía de todas las cosas espirituales, explicados y declarados en las cartas suyas que andan impresas. Porque la lumbre del Espíritu Santo que lo escogió para ministro del Evangelio, le dió el conocimiento del valor y dignidad de las cosas espirituales, las cuales él estimaba y pesaba, no con el peso engañoso de Canaam, que es el juicio

falso del mundo, sino con el peso del Santuario, que nos declara el precio verdadero destas cosas. Reciba pues V. S. este pequeño presente con la caridad y rostro que suele recebir las cosas deste su siervo. Y por medio de V. S. recebirán mucha consolación todas las personas que aprovecharon con la doctrina deste Padre: entre las cuales no puedo dejar de contar á la Señora Condesa de Feria, que tanto aprovechó con su doctrina: la cual deseó mucho que yo tomase á cargo esta historia, á cuya santidad y méritos esto y mucho más se debía. Y more siempre nuestro Señor en el ánima de V. S. y la enriquezca con la abundancia de su gracia y dones del Espíritu Santo.

Siervo y Capellán de V. S.=*Fray Luis de Granada.*

AL CRISTIANO LECTOR

POR algunas personas devotas, que conocieron al Padre Maestro Juan de Ávila y se aprovecharon de su doctrina, he sido muchas veces importunado quisiese escribir algo de su vida, como persona que lo trató y conversó mucho tiempo. Y con ser esta petición muy justa, y entender yo que resultaría de aquí mucha edificación á sus devotos, todavía me pareció cosa que sobrepujaba á la facultad de mis fuerzas. Porque después que me puse á considerar con atención la alteza pe sus virtudes, parecióme cierto que ninguno podría competentemente escribir su vida, sino quien tuviese el mismo espíritu que él tuvo. Porque sus virtudes son tan altas, que claramente confieso que las pierdo de vista, y como me hallo insuficiente para alcanzarlas, así también para escribirlas. Mayormente que para esto tengo de desviar los ojos de las comunes virtudes que agora vemos en nuestros tiempos, y subir á otra clase más alta de otros nuevos hombres, en quien (por estar la carne muy mortificada) reina el espíritu de Dios más enteramente, el cual hace los hombres semejantes á sí y diferentes de los otros que de la alteza deste espíritu carecen. Y para decir algo de lo que siento, leyendo las vidas de los santos pasados, y mirando la deste siervo de Dios (que Él quiso enviar en nuestros tiempos al mundo) aunque confieso que en ellos habría más altas virtudes, pues están puestos por un perfectísimo dechado dellas en la Iglesia, me parece que trató de imitarlos con todas sus fuerzas. Porque vi en él una profundísima humildad, una encendidísima caridad, una sed insaciable de la salvación de las ánimas, un estudio continuo y trabajo para adquirirlas, con otras muchas virtudes suyas que adelante se verán.

Pues por exceder esta materia tanto mis fuerzas, quisiera (como dije) excusarme: mas venció la caridad y el deseo de aprovechar á los hermanos y especialmente á los que están dedicados al oficio de la predicación: porque en este predicador

evangélico verán claramente, como en un espejo limpio, las propiedades y condiciones del que este oficio ha de ejercitar.

Y porque la principal cosa que en las historias se requiere, es la verdad, diré luego de qué fuente cogí todo lo que aquí escribiré. Primeramente aprovechéme de los memoriales que me dieron dos Padres sacerdotes, discípulos muy familiares suyos, que hoy día son vivos, que fueron el Padre Juan Díaz y el Padre Juan de Villaras, que perseveró diez y seis años en su compañía, hasta la muerte: cuyas palabras que pasó con el dicho Padre, me será necesario referir aquí algunas veces, cuando la historia lo pidiere. Ayudarme he también de lo que yo supiere, por haber tratado muy familiarmente con este Padre (como dije) donde nos acaeció usar algún tiempo de una misma casa y mesa. Y así pude más de cerca notar sus virtudes y el estilo y manera de su vida. También ayudarán para lo mismo sus escrituras, las cuales estos Padres susodichos sacaron á luz, mayormente sus cartas, en las cuales descubre el espíritu y celo que tenía de la salvación de las ánimas. Y como sean muy diferentes las materias que en ellas se tratan, así descubre él más la luz y experiencia que en todas ellas tenía. Y porque no todos tendrán estas cartas, me será necesario engerir aquí algo de lo que en ellas sirviere para nuestro propósito.

También me pareció no escribir esta historia desnuda, sino acompañada con alguna doctrina no traída de fuera, sino nacida de la misma historia. Ca no es de todos los ingenios saber ponderar las cosas que leen, y sacar dellas la doctrina que sirve para la edificación de sus almas: en lo cual es razón que provea el historiador, pues es deudor á todos los hombres, sabios y ignorantes.

COMIENZA LA VIDA

DEL

PADRE MAESTRO JUAN DE AVILA

DE LOS PRINCIPIOS DE SU VIDA.

CAPÍTULO I.

Aquel solícito Padre de familias, que á todas las horas del día anda cogiendo obreros para cultivar su viña, jamás deja pasar edad alguna que no despierte algunos muy señalados obreros que con su trabajo y industria ayuden á esta labor. Entre los cuales fué Él servido de llamar este nuevo obrero, cuya vida comenzamos á escribir para gloria del mismo Padre de las familias y deste obrero que Él escogió, suplicando al mismo Padre que pues este siervo suyo con tantos trabajos procuró su gloria, me dé Él parte de su espíritu y palabras, con que yo pueda dignamente glorificar á este tan grande glorificador suyo, pues es justo que sea glorificado en la tierra el que tanto procuró todo el tiempo que vivió, por glorificar al que reina en el cielo.

Y aunque va poco en saber el origen de los padres que los siervos de Dios tuvieron en la tierra (pues tienen á Dios por Padre en el cielo) todavía se suele esto escribir para gloria de la tierra que este fruto produjo, y de los padres que lo engendraron. Fué, pues, este siervo de Dios natural de Almodóvar del Campo, que es en el Arzobispado de Toledo. Sus padres eran de los más honrados y ricos deste lugar, y lo que más es, temerosos de Dios: porque tales habían de ser los que tal planta habían de producir: y no tuvieron más que solo este hijo. Siendo él mozo de edad de catorce años, le envió su padre á Salamanca á estudiar leyes, y poco tiempo después de haberlas comenzado le hizo nuestro Señor merced de llamarle con un muy par-

ticular llamamiento. Y dejado el estudio de las leyes, volvió á casa de sus padres, y como persona ya tocada de Dios, les pidió que le dejasen estar en un aposento apartado de la casa: y así se hizo, porque era extraño el amor que le tenían. En este aposento tenía una celda muy pequeña y muy pobre, donde comenzó á hacer penitencia y vida muy áspera. Su cama era sobre unos sarmientos, y la comida era de mucha penitencia, añadiendo á esto cilicio y disciplinas. Los padres sentían esto tiernamente, mas no le contradecían, considerando (como temerosos de Dios) las mercedes que en esto les hacía. Perseveró en este modo de vida casi tres años. Confesábase muy á menudo, y su devoción comenzó por el Santísimo Sacramento, y así estaba muchas horas delante dél: y de ver esto y la reverencia con que comulgaba, fueron muy edificados así los clérigos como la gente del lugar. Pasando por allí un religioso de la Orden de San Francisco, y maravillado de tanta virtud en tal edad, aconsejó á él y á sus padres que lo enviasen á estudiar á Alcalá, porque con sus letras pudiese servir mejor á nuestro Señor en su Iglesia, y así se hizo.

Ido á Alcalá comenzó á estudiar las artes, y fué su maestro en ellas el P. Fr. Domingo de Soto, el cual vista la delicadeza de su ingenio, acompañada con mucha virtud, lo amaba mucho, y sus condiscípulos eran muy edificados con su ejemplo. Y en este tiempo se llegó á su amistad y compañía D. Pedro Guerrero, arzobispo que después fué de Granada, que en este estadofué siempre muy su devoto y favorecedor de sus cosas. Antes que acabase sus estudios, fallecieron sus padres: y después de acabados (y saliendo de los más aventajados de su curso, así por su buen ingenio como por la diligencia del estudio) siendo ya de edad competente, se ordenó de Misa: la cual, por honrar los huesos de sus padres, quiso decir en su lugar: y por honra de la Misa, en lugar de los banquetes y fiestas que en estos casos se suelen hacer (como persona que tenía ya más altos pensamientos) dió de comer á doce pobres, y les sirvió á la mesa, y vistió, y hizo con ellos otras obras de piedad.

Mas dejados aparte estos principios, comenzaremos á tratar de lo que toca al oficio de su predicación. Y porque es estilo de nuestro Señor, cuando escoge una persona para algún oficio, darle todas las partes y virtudes que para él se requieren, de-

clararemos aquí las que á este siervo suyo fueron concedidas: en las cuales verá el cristiano lector la imagen de un predicador evangélico, que es lo que yo en esta historia pretendo declarar con ayuda de aquel Señor que estas partes y gracias le concedió. Lo cual otros escritores hicieron, aunque en diferentes materias. Porque Jenofonte, clarísimo orador y filósofo de Grecia, escribe la historia de Ciro el Mayor (que es el que restituyó los judíos á su tierra después del cautiverio de Babilonia, cuyas victorias y triunfos escribe no solamente Heródoto, sino lo que más es, el profeta Isaías muchos años antes que él naciese) en la cual historia trabaja por dibujar las virtudes que un muy acabado y perfecto rey ha de tener. Y porque este rey (aunque muy valeroso) no las tenía todas, y ésas que tenía, no eran verdaderas virtudes sino aparentes, suple él y pone de su casa lo que á él le faltaba. Mas yo aquí entiendo formar un predicador evangélico con todas las partes y virtudes que ha de tener, mas no poniendo yo nada de mi casa, sino mostrándolo en la vida y ejercicios deste nuestro predicador. Y para llevar algún orden en esta historia, trataré primero de las virtudes y gracia que nuestro Señor le concedió para este oficio, y luego de las virtudes especiales de su persona, y después del oficio de su predicación y fruto della que de todo lo susodicho se siguió.

PRIMERA PARTE

DE CÓMO NUESTRO PREDICADOR PROCURÓ IMITAR AL APÓSTOL SAN PABLO EN EL OFICIO DE LA PREDICACIÓN, Y DE LAS PRINCIPALES PARTES QUE PARA ESTE OFICIO SE REQUIEREN.

CAPÍTULO II.

PUES habiéndose determinado este siervo de Dios de emplearse todo en el oficio de la predicación, para la cual tantos años había trabajado en las letras, deseando por este medio procurar, no honras ni dignidades, sino la salvación de las ánimas, la primera cosa que hizo fué procurar las expensas que para este oficio se requieren. Y éstas eran las que el Salvador declaró cuando dijo (1): Si alguno no renunciare todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo. Lo cual cumplió él tan enteramente, que venido á su patria repartió toda la herencia que de sus padres le había quedado, con los pobres, sin reservar más para sí que un humilde vestido de paño bajo: en lo cual cumplió lo que el mismo Señor dijo á sus discípulos (2) cuando los envió á predicar, mandándoles que no llevasen bolsa ni alforja, sino sola fe y confianza en Dios, porque con esta provisión nada les faltaría. Lo cual también se cumplió en nuestro predicador, porque todo el tiempo que vivió, ni tuvo nada, ni quiso nada, ni nada le faltó: mas antes siendo pobre, remedió á muchos pobres, y así pudo decir aquello del Apóstol (3): Vivimos como pobres, mas enriquecemos á muchos, y como quien nada tiene, y todas las cosas posee.

Asentado ya este fundamento, determinó buscar una guía á quien seguramente pudiese seguir, y no halló otra más conveniente que al apóstol San Pablo, dado por predicador de las gentes. Ni esto tuvo por soberbia, pues el mismo Apóstol á esto con-

(1) Luc. 14. (2) Luc. 9. (3) 2. Cor. 6.

vida á todos los fieles diciendo: Hermanos, sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo (1). Y aunque este ejemplo sea tan alto que nadie pueda llegar á él, mas (como dice un sabio) más alto subirán los que se esforzaren por subir á lo alto, que los que perdida la esperanza desto se quedaren en lo bajo. Y cuán bien haya sucedido á este Padre poner los ojos en este dechado, adelante se verá.

Del amor de Dios
que ha de tener el predicador, y el que tenía este Padre.

§. I.

Comenzando pues por las principales partes y virtudes que el perfecto predicador ha de tener (si alguno hay que llegue á serlo) la primera es amor grande de Dios. Lo cual se entiende por las palabras y ceremonia con que el Salvador encomendó á San Pedro (2) el oficio de apacentar sus ovejas, preguntándole si le amaba más que los otros sus compañeros, repitiendo tantas veces esta pregunta, que el mismo Apóstol se angustió con ella, y á cada una dellas añadía: Apacienta mis ovejas. Pues con la repetición destas preguntas del amor de Dios nos da el Salvador á entender que la primera y más principal parte que se requiere para la salvación de las ánimas, es el amor de Dios (cuando está muy encendido) por las grandes ayudas y fuerzas que para este oficio nos da. Lo cual por sus pasos contados iremos declarando en el proceso desta historia. Y por esto escogiendo el Salvador al apóstol San Pablo para este ministerio, le infundió una tan grande caridad y amor de Dios, que (como él dice) ninguna cosa de cuantas había criadas (que él allí cuenta por menudo) había de ser parte para apagar la llama deste divino amor que en su corazón ardía. Y éste fué el que le hizo salir vencedor en tantas batallas y contradiciones del mundo, y el que nunca le pudo atapar la boca ni atar la lengua, estando atado y preso, para dejar de predicar el nombre de Cristo.

Entendía también esta doctrina nuestro predicador, el cual siendo preguntado por un virtuoso teólogo qué aviso le daba

(1) 1. Cor. 11. (2) Joan. 21.

para hacer fructuosamente el oficio de la predicación, brevemente le respondió: Amar mucho á nuestro Señor. Esto dijo como quien tenía experiencia de cuántas ayudas nos da este amor para ejercitar este oficio. Porque deste amor primeramente nace una sed insaciable de la gloria de Dios: y porque Él es glorificado con la santidad y pureza de vida de sus criaturas, de aquí les nace un tan entrañable deseo de esta pureza, que de día y de noche otra cosa no piensan ni sueñan, y no hay trabajo ni peligro á que no se ofrezcan alegremente por ella, teniendo por ganancia perder la vida por salvar una ánima. Lo cual nos muestra el Apóstol en su persona, no sólo por los inmensos trabajos y persecuciones que padeció, sino más particularmente por aquellas palabras que escribe á los fieles de Corinto, donde dice (1): De muy buena voluntad me entregaré y ofreceré de todo corazón por vosotros á la muerte, aunque amándoos yo más, sea menos amado de vosotros. Y en otro lugar (2): Si yo, dice él, fuere sacrificado y padeciere muerte por haberos predicado el Evangelio, en esto me gozaré y alegraré juntamente con vosotros, y vosotros también os alegrad conmigo, dándome el parabién desta gloria. Tal es pues el amor para con los prójimos, que deste amor divino procede, y tal el deseo de la salvación dellos, que bastó para hacer que el Apóstol se ofreciese á ser anatema de Cristo por amor dellos. Y este mismo amor y deseo hizo que corriese por todo el mundo cercando la mar y la tierra, y se ofreciese á todos los peligros y trabajos por esta causa, como él lo declaró cuando dijo (1): Todas las cosas sufro por amor de los escogidos, porque ellos alcancen la heredad que Dios les tiene aparejada.

Éste es, pues, el principal instrumento que sirve para este oficio. Porque como el amor de los padres para con los hijos les hace trabajar y sudar para criarlos y sustentarlos, y á veces ir hasta el cabo del mundo, atravesando los mares por buscarles remedio de vida, así el amor sobrenatural que el Espíritu Santo infunde en los corazones de los que han de ser padres espirituales, les hace ofrecer aun á mayores trabajos y peligros con deseo de aprovecharles. Porque no es menor ni menos eficaz este amor espiritual que el carnal para este oficio. Lo cual testifica San Ambrosio por estas palabras: No es menor el amor espiritual

(1) 1. Cor. 12. (2) Philip. 2. (3) 2. Tim. 2.

que tengo á los hijos que engendré con la palabra del Evangelio, que si corporalmente los engendrara. Porque no es menos poderosa la gracia que la naturaleza.

Esto pues veremos agora verificado en nuestro predicador. Porque estaba tan encendido y transformado en este amor y deseo de salvar las ánimas, que ninguna cosa hacía ni pensaba ni trataba sino cómo ayudar á la salvación dellas. Lo cual hacía él con sus continuos sermones, y confesiones, y exhortaciones, y públicas lecciones, ayudando á los presentes con la doctrina y á los ausentes con sus cartas, y no sólo por su persona, sino por medio de los discípulos que había criado á sus pechos, enviándolos á diversas partes para que hiciesen esos mismos oficios. Y para esto determinaba de criar ministros que á su tiempo diesen fruto y pasto de doctrina al pueblo. Para lo cual procuraba que en las principales ciudades del Andalucía hubiese estudios de artes y teología, y él proveía de lectores adonde no los había. Y en otras partes donde se ofrecía más comodidad, procuraba que hubiese colegios de teólogos para lo mismo. Y no contento con esto, también se extendía su providencia á dar orden cómo se diese doctrina á los niños, para que juntamente con la edad creciese en ellos la piedad y el conocimiento de Dios. Todas estas obras y industria eran centellas vivas que procedían de aquel fuego de amor que ardía en su corazón y le causaba este deseo. De lo cual todo se trata adelante más en particular.

Del fervor y espíritu con que se ha de predicar, y el que tuvo este Padre.

§. II.

DESTE mismo amor y deseo procedía también el grande fervor y espíritu con que predicaba. Porque decía él que cuando había de predicar, su principal cuidado era ir al púlpito templado. En la cual palabra quería significar que como los que cazan con aves, procuran que el azor ó el falcón con que han de cazar, vaya templado, esto es, vaya con hambre, porque ésta le hace ir más ligero tras de la caza, así él trabajaba por subir al púlpito, no sólo con actual devoción, sino también con una muy viva hambre y deseo de ganar en aquel sermón alguna ánima para

Cristo, porque esto le hacía predicar con mayor ímpeto y fervor de espíritu. Este deseo es un especialísimo don del Espíritu Santo, sin cuya virtud nadie (por mucho que haga) lo podrá alcanzar. El cual deseo nos representan los dolores de parto que tenía aquella misteriosa mujer que San Juan vió en su revelación, de la cual dice (1) que padecía grandes tormentos por parir. Lo cual nos representa el ardor y deseo que los amadores de la honra de Dios tienen de engendrar hijos espirituales que lo honren y glorifiquen. Y este mismo deseo es el que les da, no sólo fervor y eficacia para predicar, sino también les enseña cosas con que prendan y hieran los corazones. Y porque somos tan de carne, que no entendemos la dignidad y peso de las cosas espirituales sino por ejemplo de las carnales, imaginemos agora lo que haría una madre si supiese cierto que un solo hijo que tenía, quisiese ir á desafiar á otro hombre y matarse con él. Pregunto pues: en este caso ¿qué haría? ¿qué diría? ¿con qué lágrimas, con qué ruegos, con qué razones procuraría revocar al hijo de tan mal camino, y cuán ingeniosa y elocuente la haría para esto el amor dél? Pues por aquí entenderemos lo que obra en los grandes amadores de Dios el deseo de la salvación de las ánimas y el dolor de su perdición, y cuántas y cuán eficaces razones les trae para esto á la memoria este mismo amor y dolor. Y quien quisiere entender algo deste espíritu, lea los Profetas, que fueron los predicadores que Dios escogió para reprehender los pecados del mundo, y señaladamente los primeros capítulos del profeta Hieremías, y verá en ellos tanta elocuencia divina, que ni Tulio ni Demóstenes supieran usar de tanta variedad de figuras y sentencias y exclamaciones para afear y encarecer la ingratitud y malicia de los hombres, como este Profeta lo hace. Porque la indignación y sentimiento que el Espíritu Santo criaba en sus corazones, le daba cosas que decir, con que confundiese los hombres desconocidos y rebeldes á Dios. Y este mismo espíritu y sentimiento tenía nuestro glorioso Padre Santo Domingo, de quien se escribe que ardía su corazón como una hacha encendida, por el dolor de las ánimas que perecían. Y este dolor le hacía decir cosas maravillosas cuando predicaba, para confundir y mover los corazones de los que lo oían. Y así, preguntándole una

(1) Apoc. 12.

vez dónde había leído aquellas cosas tan excelentes que predicaba, brevemente respondió que en el librico de la caridad. Porque el deseo tan encendido que tenía de la conversión de las ánimas, le enseñaba á decir estas maravillas para convertirlas.

Pues en este librico (que para todos está abierto) había también leído en su manera este siervo de Dios, y éste le hacía predicar con tan grande espíritu y fervor, que movía grandemente los corazones de sus oyentes. Porque las palabras, que salían como saetas encendidas del corazón que ardía, hacían también arder los corazones de los otros. Ca es tan grande la fuerza deste espíritu, y excede tanto el común estilo y lenguaje de los predicadores, que como los magos de Faraón, vistas las señales que hacía Moisén, entendieron que allí entrevenía el dedo de Dios, que es la virtud y fuerza sobrenatural suya, así cuando este Padre predicaba movido con este grande soplo y espíritu de Dios, luego entendían los hombres que aquellas palabras salían de otro espíritu más alto que el humano.

Pues el que de veras y de todo corazón desea aprovechar y mover los corazones de los otros, pida él á nuestro Señor le dé el afecto y sentimiento que quiere causar en ellos. Lo cual nos enseñan los mismos maestros de la elocuencia, aunque en diferente materia. Uno de los cuales, tratando de la manera que el orador ha de mover los corazones de los que le oyen, comprehende en pocas palabras cómo esto se ha de hacer, diciendo que la suma de todo este artificio consiste en que esté dentro de sí movido el que quiere mover á los otros (1): *Ut a tali, inquit, animo proficiscatur oratio, qualem facere judicem volet. An ille dolebit, qui audiet me, cum hoc dicam, non dolentem? irascetur, si nihil ipse, qui in iram concitat, idque exigit, simile patiatur? siccis agenti oculis, judex lacrymas dabit? Fieri non potest. Nec incendit nisi ignis, nec madescimus nisi humore, nec res ulla dat alteri colorem, quem ipsa non habet.* Quiere pues decir este maestro de la elocuencia que de tal corazón y sentimiento salgan las palabras cual es el que quiere imprimir en los ánimos de los otros: porque de otra manera, ¿cómo podrá mover á dolor quien no se duele con lo que me dice? Y ¿cómo podrá mover á ira y indignación el que me quiere mover á ella, si él no la tiene? ¿Cómo

(1) Fabius, l. 6. c. 5.

haré llorar á los otros, si yo que esto pretendo, tengo los ojos enjutos? No es posible, porque no calienta sino el fuego, ni nos moja sino el agua, ni cosa alguna da á otra el color que ella no tiene. Esto escriben los que enseñan de la manera que habemos de mover los corazones de los que nos oyen: sin lo cual (como este autor dice) nunca se moverán. Mas este afecto no se despierta en nosotros con las reglas que ellos dan: porque éste es (como dijimos) un especialísimo don del Espíritu Santo, el cual por ninguna arte ni regla se puede alcanzar. Porque no basta toda la facultad y industria humana para hacer lo que obra el Espíritu divino. Y porque no todos los predicadores tienen este Espíritu, ni mueven los corazones ni los apartan de los vicios. Ca por experiencia vemos cuán lleno está el mundo de predicadores, y no vemos esa mudanza de vida en los oyentes. Lo contrario de lo cual mostraremos adelante, cuando tratáremos del fruto de los sermones deste Padre.

Aquí es bien avisar que una de las cosas que más enciende este deseo de aprovechar, es haber ya aprovechado, sacando algunos de pecado ó haciéndolos mudar la vida de bien en mejor. Porque no se puede ofrecer lance de mayor ganancia que la salvación de una ánima, ni hay trabajo más bien empleado que el que obra lo que la sangre de Cristo obró. Pues cebado el predicador con este tan grande fruto de su trabajo, y alegre con ver un ánima librada de las gargantas del dragón infernal y restituída á su Criador, procura en sus sermones enderezar todas las cosas á este fin. Y concibe en su ánima una nueva alegría y confianza de su salvación, esperando que no permitirá nuestro Señor que se pierda quien á otros libró de la perdición. Lía, mujer del patriarca Jacob, después que se vió parida de tres hijos, se alegró mucho, diciendo (1): Agora me querrá más mi marido, porque le he parido tres hijos. Pues según esto, ¿cuánta alegría y confianza tendrá el que con el oficio de la predicación hubiera engendrado, no tres, sino muchos hijos espirituales para gloria de Cristo? Pues este cebo tan dulce animó tanto á nuestro predicador, que le hacía noche y día trabajar por esta caza, y éste le daba el fervor y espíritu con que predicaba, y le hacía encaminar todas las palabras y razones que predicaba á este fin.

(1) Genes. 29.

Del sentimiento que debe tener el predicador de los que caen en pecado, y el que tuvo este Padre.

§. III.

Mas porque como es cierto que no hay amor sin dolor, como el amor de los prójimos nos hace procurar con estas ansias la salud de sus ánimas y alegrarnos con el remedio dellas, así por el contrario sus caídas son á los tales amadores materia de tan gran dolor, que no los alegra tanto la salud de los que se convierten, cuanto los aflige la tristeza de los que caen. Con este dolor llora el Apóstol la caída de algunos de los fieles de Corinto por estas palabras (1): Con mucha tribulación y angustia de mi corazón os escribí, y con muchas lágrimas, no para daros pena, sino para que veáis el amor que os tengo, el cual me es causa deste dolor. Y más adelante en la misma carta renueva esta querella, diciendo (2): Tengo temor que no os hallaré de la manera que yo querría, y que cuando viniere á vuestra tierra, halle pasiones y disensiones entre vosotros, &c. y con esto me humille Dios, y llore los pecados de los que le han ofendido y no han hecho penitencia dellos. Desta manera lloraba y sentía este piadoso padre las caídas de sus hijos, teniéndolas por suyas propias, y por esto decía que le humillaba y afligía Dios con ellas. Pero aun más claramente muestra él este sentimiento en la carta que escribió á los de Galacia porque se habían desviado de la sinceridad del Evangelio. Lo cual fué para el santo Apóstol un intolerable tormento, y heridas sus piadosas entrañas con este golpe, parece que se estaba deshaciendo por sacarlos deste tan grande error. Y así les dice (3): Hijuelos míos, que os vuelvo agora de nuevo á engendrar con dolores de parto, para que sea formado y renovado Cristo en vuestros corazones. Y porque por carta no podía significar la grandeza deste su dolor, añade luego diciendo: Quisiera hallarme agora con vosotros y mudar mi voz, porque me confunde esta vuestra caída. Y decir mudar mi voz, es decir: Querría mudar mil semblantes y figuras, y usar de todos cuantos medios y razones pudiese, y tentar todas las vías po-

(1) 2. Cor. 2. (2) 2 Cor. 12. (3) Galat. 4.

sibles, ya con ruegos, ya con lágrimas, ya con temores y amenazas de la divina justicia, y finalmente querría deshacerme todo delante de vosotros, para libraros de tan grande mal. Todo esto comprehende aquella breve palabra, mudar mi voz.

Éste es, pues, el dolor y sentimiento que tienen los espirituales padres cuando ven que los hijos que ellos engendraron á Cristo, cayeron en alguna culpa, y con su caída entristecieron los ángeles y alegraron los demonios. Pues desta manera sentía este imitador y discípulo de San Pablo las caídas de sus espirituales hijos, como él lo declara en una carta que escribe á un predicador, cuyas palabras por ser mucho para notar, me pareció engerir aquí. Pues en esta carta, después de haber explicado los grandes trabajos que se pasan en la criación destos hijos para que no mueran, dice así: Porque si mueren, créame, Padre, que no hay dolor que á éste se iguale, ni creo que dejó Dios otro género de martirio tan lastimero en este mundo como el tormento de la muerte del hijo en el corazón del que es verdadero padre. ¿Qué le diré? No se quita este dolor con consuelo temporal ninguno, no con ver que si unos mueren, otros nacen: no con decir (lo que suele ser suficiente consuelo en todos los otros males) el Señor lo dió, el Señor lo quitó, su nombre sea bendito. Porque como sea el mal del ánima, y pérdida en que pierde el ánima á Dios, y sea deshonra del mismo Dios y acrecentamiento del reino del pecado (nuestro contrario bando) no hay quien á tantos dolores tan justos consuele. Y si algún remedio hay, es olvido de la muerte del hijo: mas dura poco, porque el amor hace que cada cosita que veamos y oyamos, luego nos acordemos del muerto, y tenemos por traición no llorar al que los ángeles lloran en su manera, y el Señor de los ángeles lloraría y moriría otra vez por él, si posible fuese. Cierto la muerte del uno excede en dolor al gozo de su nacimiento y bien de todos los otros. Por tanto, á quien quisiere ser padre, conviénele tener un corazón tierno y muy de carne para haber compasión de los hijos (lo cual es un gran martirio) y otro de hierro para sufrir los golpes que la muerte dellos da, porque no derriben al padre, ó le hagan del todo dejar el oficio, ó desmayar, ó pasar algunos días que no entienda sino en llorar. Lo cual es inconveniente para los negocios de Dios, en los cuales ha de estar siempre solícito y vigilante: y aunque esté el corazón traspasado destos dolores, no ha de aflo-

jar ni descansar, sino habiendo ganas de llorar con unos, ha de reir con otros, y no hacer como hizo Aarón, que habiéndole Dios muerto dos hijos, y siendo reprehendido de Moisén porque no había hecho su oficio sacerdotal, dijo él: ¿Cómo podía yo agradar á Dios en las cerimonias con corazón lloroso? Acá, Padre, mándanos que siempre busquemos el agradamiento de Dios y pospongamos lo que nuestro corazón querría: porque por llorar la muerte de uno, no corran por nuestra negligencia peligro los otros. De arte que si son buenos los hijos, dan un muy cuidadoso cuidado, y si salen malos, dan una tristeza muy triste. Y así, no es el corazón del padre sino un recelo continuo y una continua oración, encomendando al verdadero Padre la salud de sus hijos, teniendo colgada la vida de la vida dellos, como San Pablo decía (1): Yo vivo, si vosotros estáis en el Señor. Hasta aquí son las palabras de la dicha carta, tan sentidas y tan dignas de ser impresas en nuestros corazones, como ellas lo muestran. Las cuales bastantemente declaran el espíritu y el celo y deseo que este siervo de Dios tenía de la salvación de las ánimas, pues tanto sentía sus caídas.

Del amor que se ha de tener y mostrar á los prójimos, y del que tenía este Predicador.

§. IV.

Y no sólo imitaba al Apóstol en este doloroso sentimiento susodicho, sino también en otra cosa que grandemente ayuda á la edificación de los prójimos, que es en la ternura del amor que el santo Apóstol tenía y mostraba á sus hijos, con que robaba y cautivaba sus corazones, y hacía que amasen y estimasen la doctrina por ser de la persona que amaban y estimaban. Porque cuando la persona es agradable, todas sus cosas también lo son. Este amor muestra el Apóstol en todas las cartas que escribe á sus espirituales hijos. Y así, en la que escribe á los de Tesalónica, dice así (2): Habémonos hecho como niños entre vosotros, y como una ama que cría y regala sus hijos, amándoos con tan grande amor, que quisiéramos ofreceros no sólo el Evangelio sino también nuestras vidas, por la grandeza del amor que os

(1) I. Thes. 3. (2) I. Thes. 2.

tenemos. Y en otra que escribe á los fieles de la ciudad de Filipos, encendido con este amor, concluye su carta con estas palabras (1): Por tanto, hermanos míos amantísimos y muy deseados, gozo mío y corona mía, perseverad, carísimos míos, en el Señor. Y á los de Corinto, después de haber echado perlas preciosas por aquella boca santísima, en cabo dice así (2): Nuestra boca está abierta para enseñaros á vosotros los de Corinto, y nuestro corazón está dilatado y ensanchado con la caridad y amor que á todos vosotros tengo, y así todos cabéis en él, y no estrecha, sino holgadamente: mas vuestro corazón está para mí estrecho. En las cuales palabras este divino amador con unos santos celos se queja que no corresponden ellos con amor á la grandeza del amor que él les tenía: porque cabiendo todos ellos holgadamente en su corazón, él no cabía con esta anchura en el de todos ellos. Pues desta manera este amoroso Padre, así en estos lugares como en otros de sus cartas, mayormente á los principios dellas, trabaja como prudente ministro del Evangelio por aficionar los corazones de los fieles á su persona, porque desta manera los aficionase á su doctrina.

Pues siendo este cebo de amor un medio tan eficaz para cazar las ánimas, no era razón que á este nuestro cazador y tan solícito imitador del Apóstol faltase este mismo cebo. Y lo que desto puedo en suma decir, es que no sabré determinar con qué ganó más ánimas para Cristo, si con las palabras de su doctrina ó con la grandeza de la caridad y amor acompañado de buenas obras, que á todos mostraba. Porque así los amaba y así se acomodaba á las necesidades de todos, como si fuera padre de todos, haciéndose (como el Apóstol dice) (3) todas las cosas á todos por ayudar á todos. Consolaba los tristes, esforzaba los flacos, animaba los fuertes, socorría á los tentados, enseñaba los ignorantes, despertaba los perezosos, procuraba levantar los caídos, mas nunca con palabras ásperas sino amorosas, no con ira sino con espíritu de mansedumbre, como lo aconseja el Apóstol. Todas las necesidades de los prójimos tenía por suyas, y así las sentía y les procuraba el remedio que podía. Con esto se juntaba una singular humildad y mansedumbre (que son las dos virtudes que hacen á los hombres más amables) y sobre todo era tan

(1) Philip. 5. (2) II. Cor. 6. (3) I. Cor. 9.

señor de la ira, que no pienso (por cosas que acaeciesen) que jamás le viese nadie airado. Afligido sí, por los males ajenos, gozándose con los que se gozan, y llorando con los que lloran.

Esta caridad y amor para con todos muestra él en el principio de sus cartas, declarando el amor y memoria que tiene de aquéllos á quien escribe, y el deseo de su aprovechamiento y cuidado de encomendarlos á nuestro Señor. Mas no aprendió él esto de los preceptos de los retóricos (que así mandan que se haga cuando quieren algo persuadir) sino aprendiólo del espíritu de la caridad que en su corazón ardía, la cual hacía saltar estas centellas de amor á fuera: porque lo que abundaba en el corazón, salía por la boca. En lo cual también imitaba á su maestro San Pablo, que lo mismo hace al principio de sus cartas, como ya dijimos. Porque el Espíritu Santo, que enseñaba al Apóstol comenzar sus cartas declarando la memoria y el cuidado y amor que tenía á aquéllos á quien escribía, enseñó á este su imitador y discípulo á hacer lo mismo. Desta manera, pues, mostraba este siervo de Dios á los presentes con palabras y á los ausentes con cartas el amor entrañable que á todos tenía. Lo cual de tal manera se persuadían los que con él familarmente trataban, que cada uno pensaba que él era el más privado de todos, ó singularmente amado. Porque así amaba á todos, como si para cada uno tuviera un corazón, lo cual es propio del amor que se funda en Dios: porque lo que se ama por interese, cesando éste, cesa el amor: mas lo que se ama por Dios, que es por hacer su santa voluntad, mientras ésta dura, siempre se ama.

Pues con estas muestras y obras de amor aficionaba á sí los ánimos de aquéllos con quien trataba: porque como no hay cosa que encienda más un fuego que otro fuego, así no hay cosa que encienda más un amor que otro amor. Y aficionados á sí los corazones, se aficionaban también á todas sus palabras y obras, y desta manera leían sus cartas. Por donde el que recebía una suya la apreciaba más que un gran tesoro. Desta manera, pues, el prudente ministro con este amor ablandaba la cera de los corazones, y con la palabra de Dios imprimía el sello de la doctrina en ellos.

De la elocuencia y lenguaje de nuestro predicador.

§. V.

CON todo lo que hasta aquí está dicho, no habemos aun llegado á lo que más de cerca sirve al oficio de la predicación, que es la sciencia y elocuencia que para este oficio son necesarias: la una, para saber las cosas que se han de predicar, y la otra, para saber cómo se han de explicar. Y si dijéremos que estas dos facultades nos da también la caridad, como todo lo demás que hasta aquí se ha dicho, no erraremos en ello: porque cuanto á la primera, que es la sciencia, también ésta en su manera nos enseña la caridad, como el Apóstol lo significa, cuando escribiendo á los fieles de la ciudad de Filipos, dice así (1): Esto pido, hermanos, á nuestro Señor, que vuestra caridad más y más abunde en toda sabiduría y en todo buen sentido y juicio, para que sepáis escoger lo mejor y lo que más os conviene. En las cuales palabras vemos cómo el Apóstol atribuye á la caridad el conocimiento de las cosas que pertenecen á nuestra salud. Mas yo aquí, demás de la virtud de la caridad, añado que este ministro de Dios tuvo particular don de sciencia y elocuencia para este ministerio. Y en declarar lo que toca á la elocuencia, no me detendré mucho, porque bastará decir que los que entienden en qué consiste la suma de la verdadera elocuencia, no la echarán menos en las escrituras deste Padre. Porque no consiste la fuerza desta facultad en multiplicar muchas palabras que signifiquen lo mismo, ni en algunas florecicas de metáforas y vocablos exquisitos. Porque como dice un gran maestro deste artificio (2), *Majori animo aggredienda est eloquentia, quæ si toto corpore valet, ungues polire, & capillum reponere, ad curam suam non existimabit pertinere.* Quiere decir: Con mayor ánimo ha de abrazar el hombre la elocuencia, la cual si tuviere el cuerpo esforzado y valiente, no hará caso de tener cortadas las uñas y el cabello muy peinado. Pues esta manera de verdadera y sólida elocuencia se verá en muchos lugares de las escrituras deste Padre, mayormente en sus cartas. En las cuales unas veces consuela los

(1) Philip. 1. (2) Fab. l. 8.

tristes, otras esfuerza los pusilánimes, otras exhorta á padecer por Dios trabajos, otras mueve los ánimos al menosprecio del mundo, al dolor de los pecados, á poner toda su confianza en Dios, y otras á otros afectos y virtudes semejantes. Lo cual hace con tanta fuerza de razones, y consideraciones, y testimonios, y ejemplos de la santa Escritura, que deja al hombre consolado, y esforzado, y persuadido en lo que él pretende. Y para prueba desto no quiero alargar los plazos, sino véase la segunda carta del primer tomo de su Epistolario, en la cual esfuerza á un predicador á no hacer caso de las persecuciones de los malos. Lo cual le persuade con tanta fuerza de razones, que bastarían para persuadir y convencer un corazón de piedra. Pues ¿cuál otro es el fin de la verdadera elocuencia sino éste? Porque como el fin de la medicina es sanar, así el de la elocuencia es persuadir. De donde se sigue que como aquél será mejor médico que más enfermos sanare, así aquél será más elocuente que con mayor eficacia persuadiere. Y los que esto pretenden hacer con solas palabras, sin los niervos de las razones, son como árboles cargados de hojas y de flores sin fruto alguno, y por eso podría ser que éstos deleiten los oídos, mas no moverán los corazones.

Ni tampoco en el lenguaje de las palabras con que explica sus conceptos (que es la menor parte de la elocuencia) carece della. Para prueba desto alegaré el ejemplo de Demóstenes, príncipe de los oradores de Grecia, el cual es alabado entre todos los oradores porque siendo sus razonamientos y oraciones muy estudiadas, no mostraba algún linaje de artificio y estudio, por ser su lenguaje tan propio y tan natural, que si la naturaleza hablara, parece que de aquella manera hablara. Pues este lenguaje ajeno de toda afectación y artificio, que basta para explicar el predicador sus conceptos, es el que más conviene para persuadir y mover los corazones. Y si algunas veces usa de metáforas, son de las que más al propio explican las cosas que quiere declarar, nacidas de las mismas cosas que trata, y no acarreadas de fuera. Porque los predicadores que hacen lo contrario y pretenden mostrarse elegantes y buenos romancistas, sepan que muy poco aprovecharán. Porque los oyentes que tienen algún juicio, entienden que el que así predica, se va escuchando, y saboreando, y floreando en lo que dice, pretendiendo más mostrarse muy buen hablador, que deseoso de aprovechar. Y cuanto más elegante fue-

re, menos aprovechará, porque verdadera es aquella sentencia de los retóricos, que dice (1): *Iacent sensus in oratione, in qua verba laudantur.* Quiere decir que pierden los hombres la atención á las cosas cuando son muy elegantes las palabras, porque éstas hurtan la atención á las sentencias, y no miran lo que se les dice, por mirar cómo se les dice. Lo bueno que tienen los tales predicadores, es que siempre salen con lo que pretenden. Ca su intención principal es agradar más á los oídos que herir los corazones, y desear más las alabanzas del pueblo que la gloria de Cristo. Mas el que desea cumplir con él, y no pende del decir de los hombres apasionados, sino del testimonio de Dios y de su conciencia, procure que su lenguaje sea como el deste Padre, ajeno de toda curiosidad y vanidad y artificio, y así obrará más con sus buenas razones que con elegantes y polidas palabras.

Y el que quisiere ver algunos lugares de sus escritos tratados con grande elocuencia, lea en el *Audi filia*, en el capítulo 32, el cual va impreso con este tratado, de la manera que amplifica la divina misericordia y la facilidad con que perdonó al rey Ecequías, revocando la sentencia que estaba ya promulgada. Y lea también en este mismo libro el capítulo 68, donde trata este lugar de los Cantares (2): Salid, hijas de Sión, y veréis al rey Salomón con la corona que le coronó su madre, &c. y no deseará más elocuencia que la que aquí verá. Mas ésta no salía de los preceptos y reglas de los retóricos (aunque muy conforme á ellos) sino de la caridad y de las entrañas de compasión que este amador de Cristo le tenía. Porque propiedad es de todos los afectos y pasiones (cuando son vehementes) hacer á los hombres elocuentes, mayormente el amor y el dolor. Y destas dos fuentes procedió aquí la elocuencia deste lugar, en el cual la pluma escribía lo que el amor y el dolor, ó por mejor decir, el Espíritu Santo le dictaba.

(1) Fab. l. 8. (2) Cant. 3.

DE LA ESPECIAL LUMBRE
Y CONOCIMIENTO QUE Á ESTE SIERVO DE DIOS FUÉ DADO.

CAPÍTULO III.

HASTA aquí habemos tratado de la elocuencia de nuestro Predicador: agora será razón tratar de lo que importa más, que es la sciencia y la especial lumbre de nuestro Señor, que para este oficio le fué dada. Y porque desto no tenemos revelación, mostrarse ha por las conjecturas y indicios que esto nos testifican.

Entre los cuales el primero es el fruto admirable y extraordinario sobre todo lo que se puede explicar, que hizo con sus sermones en muy gran parte del Andalucía, sacando muchas ánimas de pecado, y esforzando á otras á mudar la vida: de lo cual trataremos adelante. Porque siendo propio de la palabra de Dios no volver á él vacía (como el Profeta dice (1) mas antes acabar prósperamente todo lo que pretende, argumento es que eran palabras de Dios dadas á este su siervo las que este tan excelente efecto hacían.

Mas pasemos á otro mayor indicio desta gracia, que es la facilidad y presteza que tenía así en el estudio de los sermones como en las cartas que escribía. Porque él me decía que la noche que precedía el día del sermón, le bastaba para estudiarlo. Y con ser tales los sermones, y frecuentados de tantos oyentes, que las más veces duraban dos horas, no le costaban más que el estudio de una noche (de modo que más tiempo se gastaba en predicarlos que en estudiarlos) costando á otros el trabajo de una semana y el revolver unos y otros libros. Mas como se dice del grande Antonio que tenía la memoria por libros, así él tenía por libros en su pecho la lumbre del Espíritu Santo, que le enseñaba todo lo que había de decir. Mas en un tiempo, determinando ser más breve en los sermones, me decía que estudiaba más para esto. En lo cual entenderemos que eran tantas

(1) Esai. 55.

las riquezas y tanta la afluencia de las cosas que su buen espíritu le ofrecía, que tenía necesidad de más estudio, no para hallar qué decir, sino para acortar lo que se le ofrecía que decir. Mas de la eficacia de sus sermones ya dije que trataríamos adelante: agora diremos de sus cartas, en las cuales no es menos admirable que en las sermones.

De la excelencia de sus cartas.

§. I.

Y PRIMERAMENTE, como este siervo de Dios (según que al principio dijimos) determinó cumplir lo que el Apóstol nos pide (1), que seamos imitadores suyos como él lo era de Cristo, viendo él cómo el santo Apóstol no sólo con palabras en presencia, sino con cartas en ausencia pretendía atraer todos los hombres á Cristo, así este humilde discípulo y imitador suyo de ambas cosas se aprovechaba para que presente y ausente siempre tratase este mismo negocio. Y así entre cuantos predicadores hubo en su tiempo, él solo se señaló en esta diligencia, escribiendo tantas maneras de cartas para diversas necesidades, como vemos agora impresas. Las cuales nunca él imaginó que saliesen á luz como agora han salido por industria y diligencia de sus fieles discípulos, que de diversas partes las recogieron. Y así, como hombre transformado en este deseo de salvar las ánimas, en todo tiempo y lugar trataba dél, en casa y fuera de casa, predicando en público y escribiendo en secreto.

Pues en estas cartas veremos la especial facultad y gracia que nuestro Señor le había dado. Porque siendo tantas y tan diferentes las materias sobre que escribía, cuantas eran las necesidades que se le ofrecían, á todas acudía tan de propósito como si en solas aquéllas estuviera resoluto. Desta manera consuela los tristes, anima los flacos, despierta los tibios, esfuerza los pusilánimes, socorre á los tentados, llora á los caídos, humilla á los que de sí presumen. Y es cosa de notar ver cómo descubre las artes y celadas del enemigo. ¡Qué avisos da contra él! ¡Qué señales para conocer los hombres su aprovechamiento ó desfallecimiento! ¡Cómo abate las fuerzas de la naturaleza! ¡Cómo levan-

(1) I Cor. 11.

ta las de la gracia! ¡Con qué palabras declara la vanidad del mundo, y la malicia del pecado, y los peligros de nuestra vida! ¡Cuán copioso y continuo es en exhortarnos á la confianza en la providencia paternal de Dios y en los méritos y sangre de Cristo!

Y como sea verdad lo que el Apóstol dice (1) que todas las Escrituras santas sirven para nuestra doctrina, para que por la paciencia y consolación que nos dan, se esfuerce nuestra esperanza, es cosa para notar cuánta eficacia tienen sus palabras para movernos á la paciencia en los trabajos, para alegrar los tristes y para consolar los desconsolados. En las cuales cosas es tan extremado, que puede él en su manera decir aquellas palabras del Profeta (2): *Dominus dedit mihi linguam eruditam, ut sciam sustentare & eum qui lapsus est, verbo.* Quiere decir: El Señor me ha dado una lengua discreta, para que sepa yo con mis palabras sustentar á los flacos, para que no cayan.

Y no contento con esto, avisa también á las personas de diversos estados lo que deben hacer, imitando al Apóstol, que al fin de sus cartas hace lo mismo: y conforme á esto da sus documentos á los señores de vasallos para cumplir con la obligación de sus estados. Así también da sus avisos á los sacerdotes para que dignamente celebren, y á los predicadores para que fructuosamente prediquen, y á las vírgines desposadas con Cristo para que guarden con todo estudio el tesoro de su pureza virginal, y así á todos los demás. En lo cual parece que el pecho deste Padre era una espiritual botica donde el Espíritu Santo había depositado las medicinas necesarias para la cura de tantas enfermedades como padecen nuestras ánimas, que sin duda son más que las de los cuerpos.

Y aunque lo dicho sea cosa notable, mas á mi rudeza confieso que espanta más la facilidad y presteza con que estas cartas se escribían. Porque con ser ellas tales y tan acomodadas, y (si decir se puede) armadas con razones tan fuertes para persuadir lo que pretende, era tan fácil en escribirlas, que sin borrar ni enmendar nada (porque no le daban sus ocupaciones lugar) como salían de la primera mano las enviaba. Los hombres de ingenio cuando quieren escribir una cosa bien escrita, le dan mil vuel-

(1) Rom. 15. (2) Esai. 50.

tas, leyéndola y releyéndola, quitando y poniendo y pesando cada palabra: del cual trabajo no estaba libre Demóstenes, maestro de la elocuencia, porque por esto se decía que sus oraciones olían á candil. Y con ser esto así, siendo las cartas deste Padre tales cuales habemos dicho, no le costaban más trabajo que el de la primera mano. Por donde pudiera él en su manera decir aquello del profeta David (1): Mi lengua es pluma de un escribano que escribe muy apriesa. Lo cual dice, porque así él como los otros profetas (que escribían inspirados por el Espíritu Santo) no estaban deliberando ni pesando las palabras, sino como órganos suyos abrían su boca, y Él meneaba la lengua como le placía. Lo cual en su manera vemos en este siervo de Dios, pues así le corría la vena de lo que había de escribir, con la facilidad que está dicho.

En las cuales cartas se debe también notar que como muchas dellas se escriban á grandes señores, y otras á otros medianos, también hay otras escritas muy de propósito á personas bajas, á las cuales con la misma caridad escribía él muy largo y muy de propósito, según que la necesidad lo pedía, reconociendo con el Apóstol (2) que era deudor á sabios y ignorantes. Y siendo condición natural de los hombres avisados y discretos holgar de hablar con otros tales, y no con personas bajas y de groseros entendimientos, este siervo de Dios tan de propósito y tan largo escribía á éstos como á los discretos y grandes señores, como persona que no miraba en los hombres más que á solo Cristo, que los redimió con su sangre, de donde les viene la verdadera nobleza, en cuya comparación toda otra nobleza es nada.

Concluyendo pues esta materia, digo que cualquier hombre prudente que leyere estas cartas, y notare lo que aquí habemos apuntado, que es la variedad de las materias, la alteza de la sentencias, la fuerza de las razones y lugares de la Escritura con que se tratan, y sobre todo la facilidad y presteza con que se escribieron, luego entenderá que el dedo de Dios entrevenía aquí.

Y lo que entre estas cosas más nos maravilla, es que no sólo tenía esta facultad y gracia en la materia de las cosas espirituales, de que él tenía experiencia, sino también en las que pertenecen al buen gobierno de una república cristiana, como clara-

(1) Psalm. 44. (2) Rom. 1.

mente se ve en una larga carta que escribió al Asistente de Sevilla, en la cual le da tantos avisos y documentos para el buen gobierno della como si toda la vida hubiera gastado en negocios de república. Los cuales si se guardasen, tendríamos una república más bien ordenada que la que trazó Platón. Ni se espante desto nadie, porque del espíritu que este Padre tenía, se escribe (1) que es *unicus & multiplex*. Esto es, que con ser sencillo es multíplice, porque todas las cosas entiende y penetra por su pureza y sutileza. Y es de creer que esta facultad y conocimiento alcanzó él por medio de su oración, que él tenía luego por la mañana, como adelante trataremos. Y así vemos cumplido en él lo que el Eclesiástico dice (2), que el varón justo luego por la mañana entrega su corazón al Señor que lo crió, y que abrirá su boca en la oración y pedirá perdón de sus pecados. Y añade luego el fruto desta oración, diciendo: Porque si el gran Dios y Señor quisiere, henchirlo ha de espíritu de sabiduría, y él así lleno deste espíritu derramará como lluvia las palabras de su sabiduría. Y alabarán muchos esta sabiduría, y eternalmente nunca será olvidada. Vemos, pues, los que hoy somos vivos, el cumplimiento destas palabras y favores de Dios, pues oímos, cuando él vivía, su doctrina, y agora cuán alegre y suave es la memoria dél en los corazones de los que con ella aprovecharon cuando la oyeron, y agora aprovechan, y aprovecharán siempre, cuando la leyeren.

De la alteza de sus conceptos.

§. II.

SOBRE estos indicios tenemos otro mucho mayor y más digno de ser advertido que los pasados, que es la alteza de los conceptos que tenía de las virtudes y de todas las cosas espirituales. Por donde un insigne teólogo que había leído algo de sus obras, se maravillaba de ver cuán bien había entendido este varón de Dios el negocio de la cristiandad. Y pensando yo en la causa desto, hallo que la vida muy alta y muy extraordinaria del común de los otros hombres virtuosos necesariamente ha de tener los conceptos de las virtudes y de las cosas divinas más altos que

(1) Sap. 7. (2) Eccli. 39.

ellos, porque haya proporción y correspondencia entre las virtudes y los conceptos de donde ellas proceden, como la que hay entre la imagen que dibuja el pintor, y la forma que él tiene concebida en su entendimiento: porque desta interior (como de causa formal) procede la figura exterior que él dibujó. Pues para la inteligencia desto (que grandemente nos importa) será necesario referir aquí algunos conceptos suyos sacados de sus mismas escrituras, y especialmente de sus cartas, en las cuales veremos lo que él sentía de todas estas cosas. Y éste es á mi juicio uno de los mayores frutos que desta historia se pueden sacar, si trabajare el deseoso de la perfición por tener los mismos conceptos y pareceres en todas las cosas espirituales que este varón de Dios tenía. Por esta causa no se espante el cristiano lector que me detenga algo en esta parte engiriendo aquí mayores pedazos de sus cartas, porque demás del fruto susodicho, las cosas que aquí entremetemos, contienen sentencias dignísimas de ser leídas.

Para la inteligencia desto se ha de presuponer que una de las principales partes de la filosofía cristiana es saber estimar y ponderar la dignidad y quilates de todas las cosas espirituales, pesándolas, no con el peso de Canaán, que es el juicio engañoso de los hombres del mundo, que dicen de lo bueno mal y de lo malo bien, sino con el peso del Santuario, que es el juicio de Dios y de sus Santos, los cuales dan á cada cosa su peso, y conforme á él su amor y afición. Desta gracia se gloría la Esposa en los Cantares, diciendo (1) que el Esposo había ordenado en ella la caridad, esto es, que supiese guardar orden en el amor, amando cada cosa como ella merecía ser amada. Lo cual no podía ser sino dándole conocimiento del valor y precio de las cosas, para que así las preciase y graduase el amor que á cada una se debe dar. Lo cual importa tanto para el estudio de la virtud, que dijo Séneca: *Quid tam necessarium, quam pretia rebus imponere?* Esto es: ¿Qué cosa hay tan necesaria como saber el precio y valor de cada cosa?

Pues volviendo al propósito, digo que uno de los mayores indicios que tenemos de haber recebido este siervo de Dios especial lumbre del Espíritu Santo, es la alteza de los conceptos y pareceres que tenía así de las virtudes como de todas las cosas

(1) Cant. 2.

espirituales. Lo cual veremos á la clara, notando algunos conceptos que él tenía destas cosas, explicados por las mismas palabras que leemos en sus escrituras, que aquí referiremos.

Lo que sentía del oficio de la predicación.

§. III.

Pues comenzando por la estima y concepto que él tenía del oficio de la predicación, léase la primera carta del primer tomo de su Epistolario, y en ella se verá la estima que él tenía de la alteza deste oficio y de la pureza de la intención que en él se debe tener, y las oraciones y lágrimas de que el predicador se ha de ayudar, pidiendo á nuestro Señor la conversión de las ánimas (haciendo más caso déstas que de sus palabras) y el cuidado, y trabajo, y paciencia que ha de tener en criar y conservar los hijos espirituales que con la semilla de la palabra de Dios hubiere engendrado, y el sentimiento y dolor entrañable que ha de tener cuando algunos déstos viere caídos. Pues quien esta carta leyere y notare, verá cuán lejos están deste espíritu muchos de los que ejercitan este oficio. Los cuales aunque cuando están para subir al púlpito, hacen oración para que les suceda bien el negocio, mas Dios sabe de qué espíritu procede esta oración, si del amor propio y temor del mundo, ó del amor de Dios y deseo de salvar las ánimas. Porque este amor propio que dentro de nuestro pecho traemos, es tan sutil, que en todas las cosas se entremete, y tan escondidamente, que apenas hay quien lo conozca, y muchas veces miente y engaña á su mismo dueño, como dice San Gregorio.

Pues el predicador que quisiere entender muy de raíz la alteza deste oficio que sirve á la salvación de las ánimas, para la cual crió Dios todas las cosas, y Él mismo se hizo hombre, y murió por ellas, y ejercitó en la tierra este mismo oficio (cuyo sustituto y como vicario es el predicador) lea y pondere esta primera carta, y tendrá el concepto y juicio, que deste tan alto oficio se debe tener: porque cierto ella es dignísima de ser leída.

Lo que sentía de la dignidad del sacerdocio.

§. IV.

PASEMOS de la dignidad del predicador á la del sacerdote, y veremos cuán diferente concepto y estima tiene este Padre de la dignidad sacerdotal, de la que el común de los hombres tiene. Lo cual declara él muy bien en la séptima carta del dicho tomo, respondiendo á un mancebo que le pedía consejo sobre si tomaría órdenes de misa: cuyas palabras quise referir aquí, que son las que se siguen.

En otros tiempos, cuando se estimaba el sacerdocio en algo de lo mucho que es, no lo recebía nadie, sino era para ser obispo ó tener cura de ánimas, ó alguna persona eminente en la predicación de la palabra de Dios: y los demás que eran eclesiásticos, quedábanse en ser diáconos ó subdiáconos, ó de los otros grados más bajos. Y entonces tenían grados bajos y vida altísima: todo lo cual está agora al revés, que los que tienen el grado supremo del sacerdocio, no tienen vida para buenos lectores ó ostiarios. Creed, hermano, que no otro sino el diablo ha puesto á los hombres destos tiempos en tan atrevida soberbia de procurar tan rotamente el sacerdocio, para que teniéndolos subidos en lo más alto del templo, de allí los derribe: ca la enseñanza de Cristo no es ésta, sino hacer vida que merezca la dignidad, y huir de la dignidad, y buscar más santa y segura humildad (aun en lo de fuera) que ponerse en lo alto, adonde más y mayores vientos combaten. ¡Oh, si supiésedes, hermano, qué tal había de ser un sacerdote en la tierra, y qué cuenta le han de pedir cuando salga de aquí! No se puede explicar con palabras la santidad que se requiere para ejercitar oficio de abrir y cerrar el cielo con la lengua, y al llamado della venir el Hacedor de todas las cosas, y ser el hombre hecho abogado por todo el mundo universo á semejanza de nuestro maestro y redemptor Jesucristo en la cruz. Hermano, ¿para qué os queréis meter en tan hondo piélago y obligaros á cuenta estrecha para el día postrero, pues por bajo estado que tengáis, aun os parecerá aquel día gran carga, cuanto más si os cargáis de carga que los hombros de los ángeles temblarían della? Buscad aquel modo de vivir que más segura tenga vuestra salvación, y no que más honra os dé en los

ojos de los hombres, que al fin este consejo os ha de parecer bien algún día á vos y á cuantos lo contrario os dijeren. Los cuales como no saben qué cosa es ser sacerdote, y como tienen los ojos puestos, no en la cuenta que se ha de pedir, sino en cómo vean un poco honrado en los ojos del mundo á su hermano, primo, pariente ó amigo, meten al pobre en lazo tan temeroso, y paréceles que quedan ellos en salvo y que el otro allá se lo haya con Dios. Consejo es, hermano, éste averiguadamente de carne. Y de aquí vienen muchos á tomar y hacer tomar este sacrosanto oficio, por tener un modo con que mantenerse, y hacerse entender que lo quieren para servir á Dios. ¡Oh abusión tan grande de evangelizar y sacrificar por comer, ordenar el cielo para la tierra, y el pan del alma para el del vientre! Quéjase desto Jesucristo nuestro redemptor (1), porque no le buscan por Él, sino por el vientre dellos: y castigarles ha como á hombres despreciadores de la Majestad divina. Cierto mejor sería aprender un oficio de manos, como muchos santos de los pasados lo hicieron, ó entrar en un hospital á servir á los enfermos, ó hacerse esclavo de algún sacerdote, y así mantenerse, que con osadía temeraria atreverse á hollar el cielo para pasar á la tierra, estándonos mandado por nuestro Dios y Señor lo contrario. Veis aquí, hermano, lo que os aconsejo que hagáis, si queréis agradar á Dios y permanecer en su santo servicio. Y esto es lo que siento del santo sacerdocio, al cual querría más que reverenciásedes de lejos que no abrazásedes de cerca, y que quisiésedes más esta dignidad por señora que por esposa. Y si algo hubiéredes de hacer, sea tomar grado de Epístola, y después de dos ó tres años, de Evangelio, y quedaos allí, si no hubiere unas grandes conjeturas del Espíritu Santo que es Dios servido á levantaros al grado más alto. Y estáis muy bien donde estáis sin blanca de renta, mucho mejor que en Roma con cuanto tiene el que os convida con ella. Sabed conocer la dignidad de los enfermos á quien servís, y sabed llevar las condiciones de aquéllos con quien tratáis, y haced cuenta que estáis en escuela de aprender paciencia y humildad y caridad, y saldréis más rico que con cuanto el Papa os puede dar.

Hasta aquí son palabras de la carta, en las cuales se ve claro

(1) Joan. 6.

cuán diferente concepto y estima tenía este Padre de la dignidad sacerdotal de la que los hombres agora tienen: los cuales tan sin escrúpulo y aparejo procuran esta dignidad, como si fuese algún oficio mecánico, más para buscar mantenimiento para sus cuerpos, que remedio para sus ánimas. Y cual es la entrada en este santuario, tal es la devoción y reverencia con que lo tratan. Á algunos por ventura parecerá riguroso este parecer, tomando para esto por argumento la costumbre de los tiempos presentes: mas este Padre pesa las cosas con el peso del Santuario (que dijimos) esto es, con lo estima que desta dignidad tuvieron los santos antiguos, por cuyo parecer él se regía, y no por el que la malicia ó la mudanza de los tiempos tiene. San Cipriano en una de sus Epístolas declaró al pueblo que había hecho lector á un mancebo, porque había sido muy constante en la confesión de la fe en medio de los tormentos, y por esto se excusa de no haber tomado su parecer para esto, como era costumbre, diciendo que no era necesario el testimonio y aprobación de los hombres donde entrevenía el de Dios. Digo, pues, que si para dar á uno grado de lector (que es de las órdenes más bajas) tanto consejo era menester, ¿qué será necesario para la dignidad de sacerdote, la cual recusó San Marcos Evangelista, y el glorioso Padre San Francisco, y aceptó San Augustín, mas no por su voluntad sino forzado por obediencia de su Obispo? Pues por el parecer déstos se gobernaba este Padre, y no por el juicio y estilo de los tiempos.

Lo que sentía del aparejo para celebrar.

§. V.

Visto cuán altamente siente este siervo de Dios de la dignidad sacerdotal, síguese que veamos lo que siente del aparejo para celebrar. En lo cual también podremos entender cómo él se aparejaba para este oficio, pues es cierto que un tal varón no había de enseñar á otros lo que él no hacía, antes es de creer que excedía él mucho en lo que á los otros aconsejaba. Y esta consideración pertenece á la historia de las virtudes y vida deste religioso Padre, de que aquí tratamos, y así con las mismas palabras que él enseñaba á otros, entenderemos lo que él tomaba para sí. Y en este ejemplo verán los sacerdotes temerosos de

Dios de la manera que se han de aparejar para celebrar. Pues en la séptima carta del primer tomo de su Epistolario entre otras cosas enseña á un sacerdote de la manera que se debe aparejar para decir misa, por estas palabras.

Sea (dice él) la primera regla, que en recordando de noche del sueño, le parezca que oye en sus orejas aquella voz: *Ecce sponsus venit, exite obviam ei.* Y pues el haber de recebir á un amigo, especialmente si es gran señor, tiene suspenso y cuidadoso al que lo ha de recebir, ¿cuánto más razón es que del todo nos ocupe el corazón este Huésped que aquel día hemos de recebir, siendo tan alto y tan á nosotros conjunto, que es adorado de ángeles y hermano nuestro? Y con esta consideración rece sus horas, y después póngase de reposo, á lo menos por hora y media, á más profundamente considerar quién es el que ha de recebir, y espántese de que un gusano hediondo haya de tratar tan familiarmente á su Dios, y pregúntele: Señor, ¿quién te ha traído á manos de un tal pecador, y otra vez al portal y pesebre de Betlem? Acuérdese de San Pedro, que no se halló digno de estar en una navecica con el Señor. El Centurión no le osa meter en su casa: y otras semejantes consideraciones, por las cuales aprenda á temer hora y obra tan terrible, y á reverenciar á tan gran Majestad. Piense que esto es un traslado de la vida y muerte del Salvador y de aquella obra cuando el Padre Eterno envió á su Hijo al vientre virginal para que salvase el mundo, y así viene agora á aplicarnos la medicina y riquezas que entonces nos ganó en la cruz. Luego suplique á nuestra Señora por el gozo que hubo en la Encarnación, que le alcance gracia para bien recebir y tratar al Señor que ella recibió en sus entrañas. Acabada la misa, recójase media hora, ó una, y dé gracias al Señor por tan gran merced de haber querido venir á establo tan indigno. Pídale perdón del ruin aparejo, y suplíquele le haga mercedes, pues suele Él dar gracia por gracia.

Hasta aquí son las palabras de la primera carta: mas en otra antes désta prosigue la misma materia, enseñando á un sacerdote la manera deste aparejo. Y así le dice que la primera cosa que debe considerar, es mirar que aquel Señor con quien vamos á tratar, es Dios y hombre, y junto con esto considerar la causa por que al altar viene. Cierto, señor, eficacísimo golpe es para despertar á un hombre considerar de verdad: Á Dios voy á consa-

grar, y á tenerlo en mis manos y hablar con él, y á recebirlo en mi pecho. Miremos esto, y si con espíritu del Señor esto se siente, basta y sobra para que de allí nos resulte lo que hemos menester para según nuestra flaqueza hacer lo que en este oficio debemos. ¿Quién no se enciende en amor con pensar, al bien infinito voy á recebir? ¿Quién no tiembla con amorosa reverencia de Aquél, de quien tiemblan los poderes del cielo, y no de ofenderle, sino de hablarle y servirle? ¿Quién no se confunde y gime por haber ofendido á aquel Señor que presente tiene? ¿Quién no confía con tal prenda? ¿Quién no se esfuerza á hacer penitencia por el desierto con tal viático? Y finalmente esta consideración, cuando anda en ella la mano de Dios, totalmente muda y absorbe al hombre y le saca de sí, ya con reverencia, ya con amor, ya con otros afectos poderosísimos causados de la consideración de su presencia: los cuales aunque no se sigan necesariamente desta consideración, nos son fortísima ayuda para ello, si el hombre no quiere ser piedra, como dicen. Y enciérrese dentro de su corazón, y ábralo para recebir aquello que de tal relámpago suele venir. Y pida al mismo Señor que por aquella bondad misma que tal merced le hizo de ponerse en sus manos, por aquella misma le dé sentido para saber estimarlo, y reverenciarlo, y amarlo como es razón. Y luego más abajo dice: ¡Oh señor, y qué siente una ánima cuando ve que tiene en sus manos al que tuvo nuestra Señora, elegida y enriquecida con celestiales gracias para tratar á Dios humanado, y coteja los brazos della y sus manos y sus ojos con los proprios! ¡Qué confusión le cae! ¡Por cuán obligado se tiene con tal beneficio! ¡Cuánta cautela debe tener en guardarse todo para Aquél que tanto le honra en ponerse en sus manos y venir á ellas por las palabras de la consagración! Estas cosas, señor, no son palabras secas, no consideraciones muertas, sino saetas arrojadas del poderoso arco de Dios, que hieren y trasmudan el corazón y le hacen desear que en acabando la misa se fuese el hombre á considerar aquella palabra del Señor (1): *Scitis quid fecerim vobis?* ¡Oh señor, quién supiese *quid fecerit nobis Dominus* en esta hora! ¡Quién lo gustase con el paladar del ánima! ¡Quién tuviese balanzas no mentirosas para lo pesar! ¡Cuán bienaventurado sería

(1) Joann. 13.

en la tierra, y cómo en acabando la misa le sería gran asco ver las criaturas y gran tormento tratar con ellas, y su descanso sería estar pensando *quid fecerit ei Dominus,* hasta otro día que tornase á decir misa!

Concluyamos ya esta plática tan buena y tan propia de ser obrada y sentida, y supliquemos al mismo Señor que nos hace una merced, nos haga otra, pues dádivas suyas sin ser estimadas, agradecidas y servidas, no nos serán provechosas. Antes, como San Bernardo dice, el ingrato *eo ipso pessimus, quo optimus.* Miremos todo el día cómo vivimos, para que no nos castigue el Señor en aquel rato que en el altar estamos. Y traigamos todo el día este pensamiento: al Señor recebí, á su mesa me asenté, y mañana estaré con Él: y con esto huiremos todo mal y esforzarémonos al bien.

Hasta aquí son palabras de la carta, las cuales nos declaran por una parte lo que este varón de Dios sentía del aparejo para tratar este tan alto Sacramento, y por otra nos da materia para llorar, considerando con cuán diferente aparejo celebra el día de hoy la mayor parte de los sacerdotes. Y pues por falta deste aparejo y reverencia dice el Apóstol que castigaba Dios á los fieles de Corinto (1), no es maravilla que por esta misma culpa castigue hoy Dios con tantos azotes al pueblo cristiano, pues los que tienen por oficio aplacar á Dios y ofrecerle sacrificio por los pecados del pueblo, lo hacen de tal manera, que han menester quien aplaque á Dios por ellos: y así viene á cumplirse lo que amenaza Dios por su Profeta, diciendo (2): Busqué entre ellos algún varón que entreviniese por ellos y me fuese á la mano para que no destruyese la tierra, y no le hallé, y por eso derramé sobre ellos mi ira.

De la caridad y amor para con Dios.

§. VI.

MAS porque el fin así desta historia como de todas las escrituras católicas es inducir los hombres al aborrecimiento de los vicios y amor de las virtudes, de algunas déstas comencemos agora á tratar, declarando los conceptos que este siervo de

(1) 1. Cor. 11. (2) Ezech. 22.

Dios tenía dellas, estimándolas diferentemente de lo que el común de los hombres las estiman. Lo cual tratamos aquí, no sólo por entender los conceptos y pareceres deste Padre, sino para imitalle, sintiendo de las cosas lo que él sentía. Dice que en la caridad consiste la suma de toda la ley. Pues para cumplir con lo que nos pide esta virtud, nos provee este Padre de dos consideraciones en el libro de *Audi filia:* la una de las cuales procede de mirar el hombre á sí, y la otra de mirar á Cristo. La primera se funda en aquella palabra del Eclesiástico, que dice (1): De lo que quieres para ti, entiende lo que debes hacer para con tu prójimo. Pues desto que pasa en el hombre, así en sentir sus trabajos como en desear los remedios, aprenda y conozca lo que el prójimo siente, pues es de la misma naturaleza dél, y con aquella misma compasión los mire, remedie y sufra, con que mira á sí mismo y desea ser remediado. Porque de otra manera ¿qué cosa puede ser más abominable que querer misericordia en sus yerros, y venganza en los ajenos, querer que todos le sufran con mucha paciencia, pareciéndole sus yerros pequeños, y no querer él sufrir á nadie, haciendo de la pequeña mota del defecto ajeno una grande viga? Hombre que quiere que todos miren por él y le consuelen, y él ser desabrido y descuidado para con los otros, no merece llamarse hombre, pues no mira á los hombres con ojos humanos, que deben ser piadosos. La Escritura dice (2): Tener peso y peso, medida y medida, abominación es delante de Dios. Para dar á entender que quien tiene una medida grande para recebir, y otra pequeña para dar, que es desagradable ante los ojos divinos: y su castigo será que pues él no mide á su prójimo con la misericordia que quiere que midan á él, que mida Dios á él con la crueldad y estrecha medida que él midió á su prójimo. Porque de otra manera, oirá lo que la Escritura dice (3): Quien cerrare el oído á la voz del pobre, él llamará, y no será oído. Pobre es todo hombre, y no hay quien no tenga alguna necesidad: miremos pues, si nos hacemos sordos á ella, que así se hará Dios á la nuestra. Ni piense nadie que le medirá Cristo con otra medida que con la que á su prójimo midiere: no piense alcanzar perdón quien no da perdón. Desgracia hallará el desgraciado, y pesadumbre el pesado, y injuria el injuriador, y caridad

(1) Eccli. 31. (2) Prov. 20. (3) Prov. 21.

el caritativo. Porque sembrar espinas en el prójimo, y querer coger de Dios higos, no es posible. Y porque muchos no miran esto, hay pocos que suavemente sean tratados de Dios, y muchos quejosos que Dios se olvida de remediar sus penas: maravíllanse cómo Dios les envía trabajos de dentro y de fuera, mayormente llamándose misericordioso, los cuales llaman, piden, buscan y no hallan remedio, y de ahí les viene la queja: mas si no fuesen sordos á la ley que Dios en su Evangelio tiene publicada, diciendo (1): Con la medida que midiéredes seréis medidos, verían que ellos son los que faltan á Dios, y no Dios á ellos. Quéjense pues de sí que no tienen caridad con su prójimo, que Dios muy mucha tiene, y no es razón, ni quiere hacerla con quien á su prójimo no la hace.

Después deste motivo de amor que nace de mirar el hombre á sí mismo, añade dos cristianísimas consideraciones que proceden de mirar á Cristo, de las cuales trata en el capítulo 95 y 96 del dicho libro. Pues cuanto á la primera destas consideraciones dice así:

Poned los ojos en Cristo, y pensad con cuánta misericordia se hizo el Hijo de Dios hombre por amor de los hombres, y con cuánto cuidado procuró en toda su vida el bien dellos, y con cuán excesivo amor y dolor ofreció en la cruz su vida por ellos. Y así como mirándoos á vos mirastes á los prójimos con ojos humanos, así mirando á Cristo los miraréis con ojos cristianos: quiero decir, con los ojos que él los miró, &c. cap. 95.

Después desta consideración primera, que procede de mirar á Cristo, añade otra no menos admirable que la pasada, sacada también de mirar al mismo Cristo, en la cual dice así:

Aunque sea verdad que de los bienes que nuestro Señor hace á un hombre, no busca ni quiere retorno (pues Él de nada tiene necesidad, y por pura bondad hace todo lo que hace) mas el retorno que quiere, es para los prójimos que tienen necesidad de ser estimados, amados y socorridos. Esta consideración prosigue aun más altamente, á mi juicio, que la pasada, en el capítulo 96 del dicho libro, adonde remito al cristiano lector, el cual va impreso con este tratado, por haber parecido de testimonio de nuestro Predicador, como obra tan admirable suya.

(1) Matth. 7.

De la virtud de la penitencia y dolor de los pecados.

§. VII.

DESPUÉS de la caridad se sigue que tratemos del dolor de los pecados, que son muerte desa misma caridad. Porque como la sombra sigue al cuerpo, así el dolor de la ofensa viene del amor del ofendido, y crece y descrece con él. Porque mientra uno más ama, más le pesa por haber ofendido al que ama. Pues como haya muchas cosas que nos muevan al dolor y aborrecimiento de los pecados, una de las más principales es considerar que ellos pusieron al Hijo de Dios en la cruz: porque si no hubiera pecados, no padeciera Él lo que padeció. Mas para la inteligencia desto se debe presuponer que el Padre Eterno por las entrañas de su infinita bondad y misericordia, pudiendo remediar al mundo por otros muchos medios, si quisiera, escogió el mejor de todos, que fué determinar que su unigénito Hijo fuese nuestro redemptor y suficientísimo reparador y remediador de todos nuestros males. El mayor de los cuales era estar enemistados con él. Pues la primera y principal obra deste reparador era reconciliarnos con su Padre, y esta reconciliación había de ser satisfaciéndole en rigor de justicia con el sacrificio de su pasión por todas las deudas y ofensas del linaje humano. Y porque estas deudas, demás de ser gravísimas por ser contra Majestad infinita, eran también ellas (cuanto es de parte de la especie humana, por tantos beneficios obligada) gravísimas, quiso él padecer gravísimos dolores y injurias, para que fuese más copiosa esta satisfación. Supuesto este fundamento, procede la fuerza desta consideración, como este Padre la escribió á un señor, exhortándole al dolor y arrepentimiento de los pecados por estas palabras.

Y si V. S. pregunta, ¿qué pensaré para que me dé gana de llorar mis pecados? dígole yo que lo principal sea que por lo que él hizo, mataron á su Padre, que es Cristo. No se yo qué hijo habría que por una cosa que hubiese hecho, viniese tanto mal á su padre, que le quitasen la hacienda, y la casa, y la ropa, dejándole desnudo en camisa, y después le deshonrasen y disfamasen con extremo abatimiento, y no parase en esto el negocio, mas le azotasen, y atormentasen, y después matasen: y todo esto

por lo que el hijo hizo. No sería el hijo tan malo, por malo que fuese, que no le penase en el corazón lo que había hecho, pues pudiera ligeramente excusar donde tanto mal le vino á su padre. Dígame, señor: ¿quién empobreció á Cristo? ¿Quién lo deshonró? ¿Quién lo azotó? ¿Quién lo coronó y crucificó? ¿Por ventura hízolo otro que nuestro pecado? Yo le afligí y entristecí con mis malos placeres, yo le deshonré por ensalzarme malamente, los deleites que yo en mi cuerpo tomé, pararon tal á Él su cuerpo, atado á una columna: y porque yo quise vivir vida mala, perdió Él su vida buena. Pues ¿cómo ternemos alegría habiéndose hecho tan mala obra á quien tantas buenas nos hizo? ¿Por qué toda criatura no había de vengar los males que contra el criador hicimos? No se puede echar, señor, más carga ni mayor sobre nuestros hombros para hacernos llorar y aborrecer los pecados, que decirnos que padeció Cristo por ellos lo que padeció. No hay cosa que así nos humille y nos haga estimar en poco, como saber que fuimos causa de la muerte de nuestro Señor. ¡Oh, quién lo supiera antes que hubiera pecado, para morir antes que pecar! Pensábase el hijuelo que no hacía nada en lo que hacía. Después vino á pesar tanto, que el mismo Dios se puso en la cruz por el contrapeso que el pecado hacía. ¿Cómo podemos mirar al Padre que nosotros pusimos por nuestras locuras en tan grandes trabajos? ¿Y cómo este Padre nos quiere mirar y no nos aborrece como á deshonradores dél y verdaderos parricidas, y que merecen no cualesquier tormentos, mas muy crueles? ¡Oh divinal bondad, y hasta dónde llegas! Espantámonos que estando en la cruz rogaste por quien en ella te puso, y deseaste el bien de quien tantos males te hacía. Yo digo que no sólo con éstos te mostraste benigno, mas con todos los del mundo hiciste lo que con aquéllos. Porque si por los que te crucificaron rogaste, todos te crucificamos, y aquellos pocos y todos te debemos aquella oración, y quizá algunos más que los ignorantes sayones que presentes allí estaban crucificándote. Todos, Señor, conspiramos en tu muerte, y á todos conviene lo que dices, que no saben lo que hacen. ¿Quién, Señor, tan mal te quisiera, que si supiera que el fruto de sus malos placeres tan caro habían de costar á tu Real Majestad, no reventara antes que ponerte en aprieto tan grande? Perdona, Señor, perdona, que no supimos lo que hicimos, y agora que nos lo has declarado enseñándonos en

tu santa Iglesia que por pecados moriste, y que lo que burlando yo hice, tú lo pagas tan de veras, con todo eso, ¡á sabiendas reiteramos la causa de tu muerte penosa! No es razón, Señor, que queramos bien á quien á nuestro Padre mató: y pues los pecados le mataron, aborrecellos tenemos, si amamos á ti. David dice (1): Los que amáis al Señor, aborreced la maldad. Y tiene razón: porque pecado y Dios bandos son contrarios, y es imposible contentar á entrambos. Escoja el hombre de cuál quiere ser, que es imposible ser de entrambos. Porque cualquiera dellos quiere servidores leales y que por ellos mueran. ¿Qué escogeremos, Señor? ¿El cieno de los algibes rotos, ó la venta de las aguas vivas? Señor, ¿qué escogeremos? ¿Ser malos con el mundo, ó buenos con Dios? ¿Qué escogeremos? ¿Buscar privanzas de criaturas, ó del Criador? ¿Arder con los demonios en el infierno, ó reinar con Dios en el cielo? Oh hijos de Adán, ¿hasta cuándo seréis de corazón pesado? Y convidándoos Dios con la verdad, que para siempre ha de durar y hace durar á los de su bando, ¿queréis seguir la vanidad, que hace parar en nada á los de su bando? ¿Hasta cuándo cosqueareis á una parte y á otra, ya siendo de un bando, ya de otro? Seguid el uno, y sea el de Dios, porque Él solo basta á hacer dichosos á los que le sirven. Ya Cristo ha muerto al pecado: ¿por qué seguís bando de muerto, y queréis dar vida á vuestro capital enemigo? No améis al pecado, y no vivirá, mas trabajad de lo deshacer con dolor y penitencia, para que se deshaga el mal que hecistes amándolo.

Hasta aquí son palabras de la carta, en las cuales hallará el verdadero penitente un poderoso motivo para aborrecer el pecado y tener entrañable dolor dél.

Otro motivo no menos eficaz escribe él á un sacerdote, diciéndole que suplique á nuestro Señor le haga merced de descubrirle los deméritos de su proceso, y le haga entender quién ha sido él en la vida pasada para con Dios, y quién Dios para con él: esto es, qué bienes ha recebido de Dios, comenzando desde que nació, y cuán mal ha respondido á ellos. El cual pensamiento, cuando viene del espíritu humano, solamente hace entristecerse el hombre un poco: mas cuando viene del espíritu de Dios, es tan lúcido y hace ver al hombre en sí tal indignidad, que le

(1) Psalm. 96.

parece milagro sufrirlo la tierra, y cáusale grande admiración, creyendo lo que la fe enseña: y tiene tan grande enojo contra sí mismo por haber así vivido, que si no fuese por ofender al Señor, pondría las manos en sí mismo: y desea que todas las criaturas venguen la injuria hecha al Criador. Lo que aquí se siente, cuando Dios descubre al hombre en qué quilates debe estimar lo que ha hecho, no se puede decir, porque es por espíritu sobrehumano.

Hasta aquí son palabras de la carta, en las cuales se debe notar que este sentimiento y dolor de los pecados unas veces viene del espíritu humano y otras del espíritu divino: porque es muy familiar doctrina deste Padre en muchos lugares explicada, que los sentimientos y afectos devotos que tenemos, unas veces proceden de nuestro buen espíritu, cuando hacemos lo que es de nuestra parte, mas otras veces proceden de un especialísimo auxilio y tocamiento del Espíritu Santo, el cual es de tan grande virtud y eficacia, que sobrepuja tanto todos los otros sentimientos que por otra parte vienen, que no lo podrá entender sino quien lo ha experimentado.

De la verdadera humildad y conocimiento de sí mismo.

§. VIII.

Son muy hermanas entre sí la humildad y la penitencia, y así lo son los humildes y los penitentes: porque los humildes reconocen sus pecados, mas los penitentes los lloran: aquéllos se humillan ante Dios por ellos, mas éstos piden húmilmente el perdon dellos. Y por esta causa (aunque no estoy en esta escritura obligado á guardar orden en las materias que se tratan, sino declarar lo que este siervo de Dios siente en ellas) después de haber declarado lo que él siente de la virtud de la penitencia y dolor de los pecados, apuntaré en breve lo que siente de la virtud de la humildad, según lo pude colegir de sus escrituras. Y tiene él esta virtud por tan esencial y tan necesaria para nuestra vida, que viene á determinar que casi todas las tentaciones y ceguedades espirituales, y ausencias y desamparos de nuestro Señor, y aun algunas caídas, son por Él permitidas ó enderezadas á fin de hacernos verdaderos humildes, no teniendo por cosa indig-

na comprar esta joya por tan caro precio. Y es tan propia esta virtud de la religión cristiana, y estuvo tan lejos de ser conocida de los filósofos, que ni el nombre della se halla en sus escrituras

Mas este siervo de Dios, que tenía otra lumbre más alta, ninguna otra virtud más veces (como dije) encomienda en sus escrituras. Donde veremos la contradicción que hay entre la doctrina de los filósofos y la deste Padre. Porque los filósofos y los herejes pelagianos, discípulos dellos, ensalzan cuanto pueden las fuerzas y virtud de la naturaleza humana: mas por el contrario, todo el estudio deste Padre es abatirlas, declarando la flaqueza y malicia del corazón humano, llamándolo un abismo profundísimo que sólo lo conoce aquel soberano Señor, de quien se escribe que estando sobre los querubines, desde este lugar tan alto alcanza á ver lo más profundo de todas las cosas criadas, y señaladamente la malicia de nuestros corazones, como Él lo declaró por Hieremías, diciendo (1): Malvado es el corazón del hombre, ¿y quién lo conocerá? Yo que soy Dios, y escudriño lo íntimo y más secreto dellos. Lo mismo nos declara el Eclesiástico, el cual tratando de la profundidad de la sabiduría de Dios, entre otras alabanzas suyas dice (2) que penetró y entendió lo que había en el abismo y en el corazón del hombre. En la cual combinación del abismo y corazón humano comprendió en estas dos palabras la profundidad de la flaqueza y malicia de nuestro corazón, comparándolo con el abismo. Y en otro lugar, declarando más la grandeza desta malicia, dice: ¿Qué cosa más mala que lo que piensa la carne y la sangre? Esto es, ¿qué cosa peor que los pensamientos y deseos del corazón humano, desamparado de la divina gracia, que es donde no hay más que carne y sangre? Y en consecuencia desto, dice en otro lugar: ¿Qué cosa hay entre todo lo criado más mala que el ojo del hombre? Esto dice porque éste es el portero de nuestro corazón y el que le da materia para todas las codicias y maldades que en él se forjan.

Pues volviendo á nuestro propósito, en el conocimiento desta flaqueza y miseria de nuestro corazón se funda en parte la virtud de la humildad: la cual (como San Bernardo dice) es desprecio de sí mismo, el cual procede del verdadero conocimiento de sí mismo. Esta virtud faltó á aquel ángel que fué criado tan

(1) Hier 17. (2) Eccli. 42.

hermoso. Por lo cual dice dél nuestro Salvador (1) que no estuvo en la verdad, que es en la verdadera estima y conocimiento de sí mismo, y por eso dió tan gran caída, que del mayor de los ángeles (según la opinión de San Gregorio) fué hecho el mayor de los demonios. Y escarmentando en la cabeza déste, nos aconseja este Padre que estemos en espíritu de verdad: y cuál sea este espíritu, declara él en una carta suya por estas palabras.

¿Cuál es el espíritu de verdad, sino el que hace que el hombre se descontente y se parezca mal, y de entrañas y de corazón se parezca feo y abominable, y se espante cómo Dios lo sufre sobre la tierra? Y ésta es la verdad en que habemos de vivir, y sin esto en mentira vivimos. Y algunas veces, cuanto más bien parece que tenemos, estamos peores, faltándonos esto. Porque confiando en esto y en otras cosas, parécenos que somos algo, y no es así delante los ojos de Aquél que mira los corazones, y dice (2): Nombre tienes de vivo, y estás muerto. Nombre tiene de vivo quien no cae en los pecados que el mundo condena por malos; mas si cae en los que el juicio de Dios condena, ¿qué aprovecha que el mundo absuelva al que el juicio de Dios condena? No sabe el mundo tener por malo ni castiga á uno que se parece bien á sí mismo y se contenta de sí con soberbia. Mas en el juicio de Dios es tenido por soberbio y ciego el que no se hiede á sí mismo, como si llegase un perro muerto á sus narices, y tiene entrañable vergüenza delante los ojos de su Criador, como quien estuviese delante un juez de acá, habiendo hecho un feo delito.

Hasta aquí son palabras desta carta, en la cual no trata de propósito, sino como de paso, de la virtud de la humildad. Mas en estas pocas, junto con las que antes déstas precedieron de la virtud de la penitencia y dolor de los pecados, verá el cristiano lector cuán altamente sentía este varón de Dios lo que pertenece á la fineza desta virtud. Mas es aquí de saber que aunque lo propio de la humildad sea despreciarse el hombre y tenerse en nada, pues cuanto es de su parte, nada es, mas este desprecio y desestima de sí mismo, que está en la voluntad, procede del conocimiento de su bajeza y vileza, que está en el entendimiento. Y por-

(1) Joan. 8. (2) Apoc. 3.

que desta raíz nace la flor hermosísima desta virtud, síguese que veamos cuán perfectamente siente este Padre desta bajeza y miseria del hombre: porque cuanto mayor fuere este conocimiento, tanto será más profunda la raíz y fundamento de la humildad. Pues en una carta suya por un singular modo declara primeramente la necesidad que tenemos deste propio conocimiento, lo uno para la reverencia que á Dios debemos, al cual habemos de mirar con vergüenza, teniéndonos por indignos dello: lo otro, porque cuando un hombre se olvida de sí, luego se engríe, y como no ve sus faltas, pierde el peso del temor santo y hácese liviano como nao sin lastre que pierde las áncoras en tiempo de tempestad, cuyo fin es ser llevada acá y acullá hasta ser perdida. Nunca vi seguridad de ánima sino en el conocimiento de sí misma. No hay edificio seguro, si no es hecho sobre hondo cimiento. Y es tiempo muy bien empleado el que se gasta en reprehenderse á sí mismo. Cosa muy provechosa para nuestra enmienda examinar nuestros yerros. ¿Qué cosa es el hombre que no se conoce y examina, sino casa sin luz, hijo de viuda mal criado que por no ser castigado, se hace malo, medida sin medida y sin regla, y por eso es falsa, y finalmente hombre sin hombre? Pues quien no se conoce, ni se puede regir como hombre, ni se sabe ni se posee á sí mismo, y como sepa dar cuenta de otras cosas, de sí mismo no sabe parte ni arte. Éstos son los que olvidados de sí tienen mucho cuidado de mirar vidas ajenas, olvidando las suyas: porque como las ajenas sean dellos más de continuo y más de cerca miradas, parecen mayores que las suyas, que las miran de lejos, y así aunque grandes, parécenles pequeñas: de lo cual vienen á ser rigurosos y mal sufridos, porque como no miran su propia flaqueza, no han compasión de la ajena. Nunca vi persona que se mirase, que no le fuese ligero sufrir cualquier falta ajena. Quien maltrata al que cae, testimonio da que no mira sus propias caídas. De manera que si queremos huir desta ceguedad tan dañosa, conviénenos mirar y remirar lo que somos, para que viéndonos tan miserables, caminemos por el remedio al misericordioso Jesú: porque Él se dice Jesús, que es Salvador, no de otros por cierto, sino de los que conocen sus propias miserias y las gimen, y reciben ó, no pudiendo, desean recebir los santos sacramentos, y así son curados y salvos. Y aunque para conocer á nosotros mismos hayan hablado muchas y muchas cosas Dios y

los sanctos, mas quien quisiere mirar lo que en sí mismo pasa, hallará tantas para desestimarse, que de espanto de su abismo diga: No tienen cabo mis males. ¿Quién hay que no haya errado en lo que más quisiera acertar? ¿Quién no ha pedido cosas, y aun buscádolas, pensando de serle provechosas, que después no haya visto que le han traído daño? ¿Quién podrá presumir de saber, pues innumerables veces ha sido engañado? ¿Qué cosa más ciega que quien aun no sabe lo que ha de pedir á Dios? Como dice San Pablo, que pidiendo á Dios le quitase un trabajo, pensando que pedía bien, le fué dado á entender que no sabía lo que pedía ni lo que le cumplía. ¿Quién se fiará de su deseo y parecer, pues aquél en quien moraba el Espíritu Santo, pide lo que no le cumple alcanzar? Grande por cierto es nuestra ignorancia, pues innumerables veces erramos en lo que nos conviene acertar. Y ya que una vez Dios enseñe lo bueno, ¿quién no verá cuán flaca es nuestra naturaleza, y cómo damos de rostro en lo que vemos que era razón que no cayéramos? ¿A quién no ha acaecido proponer muchas veces el bien, y haberse caído y vencido en lo que pensó más verse en pie? Hoy lloramos nuestros pecados con intención de los evitar, y si estando las lágrimas en las mejillas, se nos frece alguna ocasión, llorando porque caímos, hacemos de nuevo por qué llorar, recibiendo el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo con mucha vergüenza de los desacatos que le hemos hecho: y aun habiendo poco que lo tuvimos en nuestro pecho, nos acaece algunas veces por algún pecado echar su gracia de nos. ¡Qué caña tan vana, que á tantos vientos se muda! Ya alegre, ya triste, ya devoto, ya tibio, ya tiene deseo del cielo, ya del mundo, ya aborrece, y luego ama lo aborrecido, vomita lo que comió, porque le hacía mal estómago, y luego torna á comer como si nunca lo hubiera vomitado. ¿Qué cosa puede haber de más variedad de colores, que un hombre desta manera? ¿Qué imagen pueden pintar con tantas haces, con tantas lenguas como este hombre? ¡Cuán de verdad dijo Job que nunca el hombre estaba en un estado! Y la causa es porque al hombre le llaman ceniza y á su vida viento. Muy necio sería el que buscase reposo entre viento y ceniza. No pienso que habrá cosa más espantable de mirar, si mirarlo pudiésemos, que ver cuántas formas toma un hombre en lo de dentro de sí en un solo día. Toda su vida es mudanza y flaqueza, y conviénele bien lo que la Escri-

tura dice (1): El necio es mudable como la luna. ¿Qué remedio ternemos? Por cierto conocernos por lunáticos, y como en tiempos pasados llevaron un lunático á nuestro Señor Jesucristo para que lo curase, ir nosotros al mismo Jesús, para que nos cure como á aquél curó. Aquél dice la Escritura que lo atormentaba el espíritu malo, que ya lo echaba en el fuego, ya en el agua de carnalidad, de tibieza y de malicia. Y si miramos cuántas deudas debemos á Dios de la vida pasada, cuán poca enmienda hay en la presente, diremos, y con verdad: Rodeádome han dolores de muerte, peligros de infierno me han cercado. ¡Oh peligro de infierno tan para temer! ¿Quién es aquél que no mira con cien mil ojos no resbale en aquel hondo lago, donde para siempre llore lo que temporalmente rió? ¿Quién no endereza su camino, porque no le tomen por desencaminado de todo el bien? ¿Dónde están los ojos de quien esto no ve, las orejas de quien esto no oye, el paladar de quien esto no gusta? Verdaderamente señal es de muerto no tener obras de vida. Nuestros pecados son muchos, nuestra flaqueza grande, nuestros enemigos fuertes, astutos, y muchos, y que mal nos quieren. Lo que en ello nos va, es perder ó ganar á Dios para siempre. ¿Porqué entre tantos peligros estamos seguros, y entre tantas llagas sin dolor dellas? ¿Porqué no buscamos remedio antes que anochezca y se cierren las puertas de nuestro remedio, cuando las doncellas locas den voces (2) y les sea dicho: No os conozco? Conozcámonos, pues, y seremos conocidos de Dios. Juzguémonos y condenémonos, y seremos absueltos por Dios. Pongamos los ojos sobre nuestras faltas, y luego todo nos sobrará. Consideremos nuestras miserias, y aprenderemos á ser piadosos en las ajenas. Porque según la Escritura dice, de lo que hay en ti aprenderás lo que hay en tu prójimo.

Hasta aquí son las palabras de las cartas, en las cuales verá el hombre como en un claro espejo sus faltas y miserias, para que así se conozca, y conocido se humille, y después de humillado pida socorro al ayudador de los humildes, que es Cristo Jesús.

---

(1) Eccli. 27. (2) Matth. 25.

De la virtud de la confianza, y de la grandeza del beneficio de nuestra Redempción, en que ella se funda.

§. IX.

Después destas virtudes, diremos también de la esperanza y confianza en Dios, que es una de las tres virtudes teologales. Digo, pues, que aunque sea grande la estima que este varón de Dios tiene de todas las virtudes, y la facultad y gracia para exhortarnos á ellas, pero mucho más en estas cartas se señala en alabar la virtud de la confianza en Dios y exhortarnos á tenerla. Esto se verá en sus cartas, las cuales como por la mayor parte son consolatorias, necesariamente había de aprovecharse desta virtud para esforzar á los flacos y desmayados con la carga de sus pasiones y pecados, con las sequedades espirituales y ausencias de nuestro Señor, con las cuales quiere probar la firmeza de su fe y constancia. Y aunque para animar á esta virtud haya muchos motivos en las santas Escrituras, pues (como el Apóstol dice) (1) todas ellas sirven para fundar esta esperanza, pero el principal motivo que para esto hay, es el beneficio de la pasión de nuestro Redemptor, pues nos consta que todo cuanto Él padeció y mereció, fué para nosotros, pues Él de nada tenía necesidad. Solos los trabajos y dolores fueron suyos, mas el fruto dellos todo es nuestro, y con tales prendas seguramente podemos esperar el remedio de nuestros males. Pues deste tan grande motivo se aprovecha este Padre en todas las cartas consolatorias que escribe, con tanta fuerza y eficacia de razones para esforzar corazones flacos, que puede él en su manera decir aquellas palabras del Profeta (2): El Señor me ha dado una lengua sabia y discreta, para que sepa yo consolar con mis palabras á los que están caídos y desmayados. Lo cual señaladamente hace él en una carta, que aquí me pareció engerir: porque es tanta la fuerza de verdadera elocuencia que en ella muestra, y es tan copiosa y tan rica la vena de los misterios que aquí descubre para animarnos á confiar, que ningún hombre habrá tan desmayado, aunque sea como una piedra, que no se esfuerce y cobre espíritu con esta carta. En la cual también verá el cristiano lector la especial lum-

(1) Rom. 15. (2) Isai. 50.

bre que este Padre había recebido de nuestro Señor para entender la grandeza del beneficio y misterio de nuestra redempción, de que luego trataremos. Y esta carta tan notable y tan consolatoria no fué escrita para consolar á algún gran señor, para que sospechemos que había él adelgazado más la pluma que para las otras personas: porque no se escribió sino á una persona de mediano estado. Y para la consolación désta le dió nuestro Señor todas estas perlas preciosas, corriendo la pluma por el papel con tanta presteza y facilidad como si fuera otro el que dictara y él el que escribiera. Y aquí también se verá claramente cumplida aquella notable sentencia de Salomón que dice (1): Los pensamientos del varón robusto y esforzado serán siempre en abundancia: mas todos los flojos y perezosos viven en pobreza. En la cual sentencia nos da á entender que los que se esfuerzan á andar con fervor y diligencia por el camino de la perfición, cuanto más aprovecharen en este propósito, tanto mayor luz y mayor conocimiento se les da, como lo podremos notar en esta carta, la cual contiene grande copia de sentencias y piadosas consideraciones para nuestro esfuerza y edificación. Comienza pues la carta así.

No tengáis por ira lo que es verdadero amor: que así como la malquerencia suele halagar, así también el amor reñir y castigar, y mejores son, dice la Escritura (2), las heridas dadas por quien ama, que los falsos besos de quien aborrece: y grande agravio hacemos á quien con amorosas entrañas nos reprehende, en pensar que por querernos mal nos persigue. No olvidéis que entre el Padre Eterno y nosotros es medianero nuestro Señor Jesucristo, por el cual somos amados y atados con tan fuerte lazo de amor, que ninguna cosa lo puede soltar, si el mismo hombre no lo corta por culpa de pecado mortal. ¿Tan presto habéis olvidado que la sangre de Jesucristo da voces pidiendo para nosotros misericordia, y que su clamor es tan alto, que hace que el clamor de nuestros pecados quede muy bajo y no sea oído? ¿No sabéis que si nuestros pecados quedasen vivos, muriendo Jesucristo por deshacerlos, su muerte sería de poco valor, pues no los podía matar? Nadie, pues, aprecie en poco lo que Dios apreció en tanto, que lo tiene por suficiente y sobrada paga (cuanto es de su parte) de todos los pecados del mundo, y de mil mundos

(1) Prov. 21. (2) Prov. 23.

que hubiera. No por falta de paga se pierden los que se pierden, sino por no querer aprovecharse de la paga por medio de la fe y penitencia y sacramentos de la santa Iglesia. Asentad una vez con firmeza en vuestro corazón que el negocio de nuestro remedio Cristo lo tomó á su cargo como si fuera suyo, y á nuestros pecados llamó suyos por boca de David, diciendo (1): *Longe a salute mea:* y pidió perdón dellos sin los haber cometido, y con entrañable amor pidió que los que á él se quisiesen llegar, fuesen amados como si para él lo pidiera: y como lo pidió, lo alcanzó. Porque según ordenanza de Dios somos tan uno él y nosotros, que ó hemos de ser él y nosotros amados, ó él y nosotros aborrecidos: y pues él no puede ser aborrecido, tampoco nosotros, si estamos encorporados en él con fe y amor: antes por ser él amado, lo somos nosotros, y con justa causa, pues que más pesa él para que nosotros seamos amados, que nosotros pesamos para que él sea aborrecido, y más ama el Padre á su Hijo, que aborrece á los pecadores que se convierten á él: y como el muy amado dijo á su Padre: Quiero, Padre, que donde yo estuviere, estén los míos, porque yo me ofrezco por el perdón de sus pecados y porque sean encorporados en mí, venció el mayor amor al menor aborrecimiento, y somos amados, perdonados y justificados, y tenemos grande esperanza que no habrá desamparo donde hay ñudo tan fuerte de amor. Y si la flaqueza nuestra estuviere con demasiados temores congojada, pensando que Dios la ha olvidado, como la vuestra lo está, provee el Señor de consuelo, diciendo en el profeta Isaías desta manera (2): ¿Por ventura puédese olvidar la madre de tener misericordia del niño que parió de su vientre? Pues si aquélla se olvidare, yo no me olvidaré de ti, porque en mis manos te tengo escrito. ¡Oh escritura tan firme, cuya pluma son duros clavos, cuya tinta es la misma sangre del que escribe, y el papel su propia carne, y la sentencia de la letra dice (3): Con amor perpetuo te amé, y por eso con misericordia te atraje á mí! Tal pues escritura como ésta no debe ser tenida en poco, especialmente sintiendo en sí ser el ánima atraída con dulcedumbre de propósitos buenos, que son señales del perpetuo amor con que el Señor la ha escogido y amado. Por tanto no os escandalicéis ni turbéis por cosa déstas que os vienen,

(1) Psalm. 21. (2) Isai. 49. (3) Hier. 31.

pues que todo viene dispensado por las manos que por vos (y en testimonio de amaros) se enclavaron en cruz.

Y un poco más abajo dice así:

Y pues nos está mandado de parte de Dios que en ninguna cosa desmayemos, vamos á Él fiados de su palabra, y pidámosle favor, que verdaderamente nos lo dará. ¡Oh hermana, si viésemos cuán caros y preciosos somos delante los ojos de Dios! ¡Oh, si viésemos cuán metidos nos tiene en su corazón, y cuando á nosotros nos parece que estamos alanzados, cuán cercanos estamos á Él! Sea para siempre Jesucristo bendito, que éste es á boca llena nuestra esperanza, que ninguna cosa tanto me puede atemorizar, cuanto Él asegurar. Múdeme yo de devoto en tibio, de andar por el cielo á escuridad y abismo de infierno, cérquenme pecados pasados, temores de lo por venir, demonios que acusen y me pongan lazos, hombres que espanten y persigan, amenácenme con infierno y pongan diez mil peligros delante, que con gemir mis pecados y alzar mis ojos pidiendo remedio á Jesucristo, el manso, el benigno, el lleno de misericordia, el firmísimo amador mío hasta la muerte, no puedo desconfiar, viéndome tan apreciado, que fué Dios dado por mí. ¡Oh Cristo, puerto de seguridad para los que acosados de las ondas tempestuosas de su corazón huyen á ti! ¡Oh fuente de vivas aguas para los ciervos heridos y acosados de los perros espirituales, que son demonios y pecados! Tú eres descanso entrañable, fiucia que á ninguno de su parte faltó, amparo de huérfanos y defensor de las viudas, firme casa de piedra para los erizos llenos de espinas de pecados, que con gemidos y deseo de perdón huyen á ti. Tú defiendes de la ira de Dios á quien á ti se sujeta, tú aunque mandas algunas veces á tus discípulos que entren en la mar sin ti y que se desteten de tu dulce conversación, y estando tú ausente se levanten en la mar tempestades que ponen en aprieto de perder el ánima, mas tú no los olvidas. Dícesles que se aparten de ti, y vas tú á orar al monte por ellos: piensan que los tienes olvidados y que duermes, y estás las rodillas hincadas rogando por ellos (1). Y cuando son ya pasadas las cuatro partes de la noche, cuando á tu infinito saber parece que basta ya la penosa ausencia tuya para los tuyos que andan en la tempestad,

(1) Matth. 14.

desciendes del monte, y como señor de las ondas mudables, andas sobre ellas (que para ti todo es firme) y acércaste á los tuyos cuando ellos piensan que están más lejos de ti, y dícesles estas palabras de confianza: Yo soy, no queráis temer. ¡Oh Cristo, diligente y cuidadoso pastor, cuán engañado está quien en ti y de ti no se fía de lo más entrañable de su corazón, si quiere enmendarse y servirte! ¡Oh, si dijeses tú á los hombres cuánta razón tienen de no desmayar con tal capitán los que quieren entrar á servirte, y cómo no hay nueva que tanto pueda entristecer ni atemorizar al tuyo, cuanto la nueva de quien tú eres basta para lo consolar! Si bien y perfectamente conocido fueses, Señor, no habría quien no te amase y confiase, si muy malo no fuese. Y por esto dices: Yo soy, no queráis temer. Yo soy aquél que mato y doy vida, meto en los infiernos y saco dellos. Quiere decir que atribulo al hombre (hasta que le parece que muere) y después le alivio, y recreo, y doy vida. Meto en desconsolaciones que parecen infierno, y después de metidos no los olvido, mas sácolos, y por eso los mortifico para vivificarlos. Para eso los meto, para que no se queden allá, mas para que la entrada en aquella sombra de infierno sea medio para que después de muertos no vayan allá, mas al cielo. Yo soy el que de cualquier trabajo os puedo librar, porque soy omnipotente: y os querré librar, porque todo soy bueno: y os sabré librar, porque todo lo sé. Yo soy vuestro abogado, que tomé vuestra causa por mía, yo vuestro fiador, que salí á pagar vuestras deudas, yo Señor vuestro, que con mi sangre os compré, no para olvidaros, mas engrandeceros, si á mí quisiésedes servir, porque fuistes con grande precio comprados. Yo aquél que tanto os amé, que vuestro amor me hizo transformarme en vosotros, haciéndome mortal y pasible, el que de todo esto era muy ajeno. Yo me entregué por vosotros á innumerables tormentos de cuerpo y mayores de ánima, para que vosotros os esforcéis á pasar algunos por mí y tengáis esperanza de ser librados, pues tenéis en mí tal librador. Yo vuestro padre, por ser Dios, y vuestro primogénito hermano, por ser hombre. Yo vuestra paga y rescate: ¿qué teméis deudas, si vosotros con la penitencia y confesión pedís suelta dellas? Yo vuestra reconciliación: ¿qué teméis ira? Yo el lazo de vuestra amistad: ¿qué teméis enojo de Dios? Yo vuestro defensor: ¿qué teméis contrarios? Yo vuestro amigo: ¿qué teméis que os falte

cuanto yo tengo, si vosotros no os apartáis de mí? Vuestro es mi cuerpo y mi sangre: ¿qué teméis hambre? Vuestro mi corazón: ¿qué teméis olvido? Vuestra mi divinidad: ¿qué teméis miseria? Y por accesorio son vuestros mis ángeles, para defenderos: vuestros mis santos, para rogar por vosotros: vuestra mi Madre bendita, para seros madre cuidadosa y piadosa: vuestra la tierra, para que en ella me sirváis: vuestro el cielo, para donde vendréis: vuestros los demonios y infiernos, porque los holléis como á esclavos y cárcel: vuestra la vida, porque con ella ganáis la que nunca se acaba: vuestros los buenos placeres, porque á mí los referís: vuestras las penas, porque por mi amor sufrís: vuestras las tentaciones, porque son mérito y causa de vuestra corona: vuestra es la muerte, porque os será el más cercano paso para la vida. Y todo esto tenéis en mí y por mí: porque ni lo gané para mí solo, pues que cuando tomé compañía en la carne con vosotros, la tomé en haceros participantes en lo que yo trabajase, ayunase, sudase y llorase, y en mis dolores y muerte, si por vosotros no queda. No sois pobres los que tantas riquezas tenéis, si vosotros con vuestra mala vida no las queréis perder á sabiendas. No desmayéis, que no os desampararé, aunque os pruebe. Vidrio sois delicado, mas mi mano os tendrá. Vuestra flaqueza hace parecer más fuerte mi fortaleza. De vuestros pecados y miserias saco yo manifestación de mi bondad y de mi misericordia. No hay cosa que os pueda dañar, si me amáis y de mí os fiáis. No sintáis de mí humanamente según vuestro parecer, mas en viva fe con amor, no por las señales de fuera, mas por el corazón, el cual se abrió en la cruz por vosotros, para que no pongáis duda en ser amados (en cuanto es de mi parte) pues veis tales obras de amor de fuera y corazón tan herido de vuestro amor de dentro. ¿Cómo negaré á los que me buscáis para honrarme, pues salí al camino á los que me buscaban para maltratarme? Ofrecíme á sogas y cadenas que me lastimaban, y ¿negarme he á los brazos y corazón de cristianos, donde descanso? Dime á azotes y columna dura, y ¿negarme he al ánima que me está sujeta? No volví la faz á quién me la hería, y ¿volverla he á quien se tiene por bienaventurado en la mirar para adorarla? ¡Qué poca confianza es ésta, que viéndome de mi voluntad despedazado en manos de perros por amor de los hijos, estar los hijos dudosos de mí si los amo, amándome ellos! Mirad, hijos de

los hombres, y decid. ¿A quién desprecié, que me quisiese? ¿Á quién desamparé, que me llamase? ¿De quién huí, que me buscase? Comí con pecadores, llamé y justifiqué á los apartados y sucios: importuno yo á los que no me quieren, ruego yo á todos conmigo. ¿Qué causa hay para sospechar olvido para con los míos, donde tanta diligencia hay en amar y enseñar el amor? Y si alguna vez lo disimulo, no lo pierdo, mas encúbrolo por amor de mi criatura, á la cual ninguna cosa le está tan bien como no saber ella de sí, sino remitirse á mí. En aquella ignorancia está su saber, en aquel estar colgada su firmeza, en aquella sujeción su reinar. Y bastarle debe que no está en otras manos sino en las mías, que son también suyas, pues por ella las di á clavos y cruz, y más son que suyas, pues hicieron por el provecho della más que las propias suyas. Y por sacarla de su parecer y que siga el mío, le hago que esté como en tinieblas y que no sepa de sí. Mas si se fía y no se aparta de mi servicio, librarla he, y glorificarla he, y cumpliré lo que dije: Sey fiel hasta la muerte, y darte he la corona de vida.

Hasta aquí son las palabras de la carta, las cuales declaran muy bien lo que arriba della dijimos.

Del singular conocimiento que el Padre tenía del misterio de Cristo.

§. X.

En todo lo que hasta aquí se ha dicho, vemos los conceptos que este siervo de Dios tenía así de la confianza que debemos tener en nuestro Señor como de la grandeza del beneficio de nuestra redempción, en que ella principalmente se funda, como en esta carta se ha visto. Y como en otras muchas cosas procuraba este varón de Dios imitar en su manera al apóstol San Pablo (que él había tomado por ejemplo y maestro) así también procuraba imitarle en este conocimiento del misterio de Cristo. Del cual conocimiento se preciaba tanto el Apóstol, que llegó á decir que ninguna otra cosa sabía sino á Cristo, y ése crucificado. Y con haber él sabido las maravillas y secretos del tercero cielo, y haber allí oído palabras que no era lícito hablar á hombre mortal, con todo eso dice que no sabía más que á Cristo crucificado: no porque más no supiese, sino porque todo lo demás que sabía

era poco en comparación desta sabiduría: ó por mejor decir, porque en este misterio sabía todo cuanto para nuestra salvación se puede saber, que es todo lo que comprehende y trata la teología cristiana. Porque esta sciencia tiene dos partes, una especulativa, que principalmente trata del conocimiento de Dios, y otra que llaman práctica, que trata de las virtudes y de los vicios sus contrarios: y todo cuanto comprehenden estas dos partes, nos enseña más perfectamente el misterio de la cruz que todos cuantos libros hoy están escritos. Porque ¿qué cosas me pueden dar mayor conocimiento así de la bondad de Dios como de las otras perfecciones suyas, que haber querido Él morir en cruz por la salud de los hombres? Y siendo verdad lo que el Apóstol dice (1) que Cristo se ofreció á la muerte por librarnos de toda maldad y fundar un pueblo agradable á Dios, seguidor de buenas obras (que es ser enemigo de los pecados y amador de las virtudes) ¿qué cosa se puede escribir más eficaz para aborrecer los pecados y amar las virtudes, que haber el mismo Dios bajado del cielo á la tierra y padecido en cruz por esta causa? Por lo cual con mucha razón dice el Apóstol que no sabía más que á Cristo crucificado: porque en esto sabía perfectamente todo cuanto para nuestra salvación y santificación era necesario.

Pues cuán grande haya sido la luz y conocimiento que este varón de Dios tuvo deste misterio, no sé con qué palabras lo pueda explicar. Mas quien notare con atención todo lo contenido en esta carta que acabamos agora de referir, no podrá dejar de entender algo deste misterio, esto es, de la bondad y caridad y misericordia de nuestro Señor, que en él resplandece, y la grandeza del remedio y consolación y salud que por él nos vino, y los motivos grandes que en él se nos dan para amar y servir y confiar en él. Pero otro indicio más notable hay que éste, el cual es que en todas las cartas que hasta agora se han impreso, que pasan de ciento y cuarenta, no creo que se hallará alguna en la cual no sean las principales razones y consideraciones dellas fundadas en este misterio: y así podrá este Padre en su manera decir con el Apóstol que no sabía otra cosa sino á Cristo crucificado. Y como sea verdad que lo que abunda en el corazón, sale por la boca, argumento es que estaba su pecho muy lleno de

(1) Tit. 2.

Cristo, pues así le salía por la boca. Por donde algunas veces le oí decir que él estaba alquilado para dos cosas, conviene saber, para humillar al hombre y glorificar á Cristo. Porque realmente su principal intento, y su espíritu, y su filosofía, era humillar al hombre hasta darle á conocer el abismo profundísimo de su vileza, y por el contrario, engrandecer y levantar sobre los cielos la gracia, y el remedio, y los grandes bienes que nos vinieron por Cristo. Y así muchas veces después de haber abatido y casi desmayado al hombre con el conocimiento de su miseria, revuelve luego y casi lo resuscita de muerte á vida, esforzando su confianza con la declaración deste sumo beneficio, mostrándole que muchos mayores motivos tiene en los méritos de Cristo para alegrarse y confiar, que en todos los pecados del mundo para desmayar. Mas cuándo nuestro Señor le concedió la luz y conocimiento deste misterio, adelante lo apuntaremos en su lugar.

Del don que tenía de consejo y de discreción de espíritus.

§. XI.

A LA facultad y oficio del perfecto predicador (que aquí describimos) conviene tener (demás de lo dicho) don de consejo y de discreción de espíritus, por las muchas cosas desta calidad que ocurren á él. Y éstos también tuvo este nuestro predicador muy enteramente. Por lo cual de muchas partes acudían á él á pedirle consejo y determinación de las dudas de sus conciencias.

Y por no faltar á tantas cartas que sobre estas materias se le escribían, usaba desta providencia, que tenía en su aposento un ovillo hincado con clavos á trechos en la pared, con los títulos de las personas y ciudades de donde le escribían, y así trabajaba por satisfacer á todos. Otros también acudían á él por oir alguna palabra de edificación: y por este concurso tan continuo de diversas personas dijo una persona discreta que este Padre entre los siervos de Dios era como señor de salva, por la mucha gente que con él negociaba y pendía de su consejo: porque de más de cien leguas venían á él para determinarse en el estado y manera de vida que tomarían, y él á unos aconsejaba que fuesen religiosos de tal ó tal Orden, á otros que se casasen, á otros que to-

masen órdenes sacros, y así á otros de otras maneras, según la información que le daban. Y con todas estas importunidades no sólo no se cansaba, mas antes (como solícito obrero) decía que ésta era la gloria del predicador, ofrecérsele materia en que pueda aprovechar. Y á veces, cuando acertaba á venir alguna persona (aunque fuese de baja suerte) estando él comiendo, se levantaba de la mesa á oirla, y á los que desto se maravillaban decía que él no era suyo, sino de aquéllos que lo habían menester.

Mas aquí se ha de notar que ordinariamente en todas las preguntas de cosas graves siempre acudía á la oración, y la pedía también á la persona que pedía consejo: porque como prudente y visto en las santas Escrituras, se acordaba que está escrito que los pensamientos de los mortales son temerosos, y sus providencias inciertas y dudosas. Y acordábase también de lo que Salomón dice, que es grande la aflición del hombre, porque ignora las cosas pasadas, y por ningún mensajero puede tener noticia de las venideras. Pues como el prudente varón entendía esto, y conocía que el suceso de los negocios que se esperan, está por venir, y éste nadie sabe cuál será sino solo Dios, por esto tenía por cosa peligrosa dar parecer en esto sin encomendarlo mucho á nuestro Señor así por su parte como del que este consejo pedía. Y para esto alegaba aquella muy celebrada sentencia del rey Josafat, el cual viéndose en aprieto, hablando con Dios, decía: Como no sabemos, Señor, lo que nos conviene hacer, solo este remedio nos queda, que es levantar nuestros ojos á Vos. Acordábase también del yerro en que cayó Josué y los príncipes del pueblo, cuando recibieron en su tierra los Gabaonitas, y la causa del yerro señala la Escritura diciendo que ésta fué haberse guiado por su propio parecer, sin haber consultado á nuestro Señor. Pues como entendía esto el siervo de Dios, siempre quería que en negocios graves precediese el socorro de la oración.

Acaeció, pues, que un hombre le consultó sobre cierto negocio, y no le agradó su respuesta. Mas el día siguiente este hombre confesó y comulgó, y acabando de comulgar, estando recogido, sintió que interiormente le decían: Á mí tu voluntad, y á mi siervo tu parecer, y esto no es engaño. Entendió el hombre esto, y otro día fué al Padre á pedirle se determinase en lo que le había de aconsejar, porque él venía determinado de cumplirlo;

y no le dijo por entonces nada de aquel movimiento que había sentido en su corazón, mas después se lo vino á declarar.

Y como le había dado nuestro Señor don de consejo, así le dió discreción de espíritus: de lo cual pudiera referir aquí algunos ejemplos, en los cuales declaró no ser cosas de Dios las que por tales eran tenidas: y así entendió que las cosas de Magdalena de la Cruz eran del demonio, y esto determinó en tiempo que volaba su fama por todo el mundo, y estando en Córdoba nunca se pudo acabar con él que la fuese á ver.

Acaeció también que una gran religiosa, por nombre Teresa de Jesús, muy conocida en esta nuestra edad por grande sierva de Dios (aunque al principio perseguida de muchos que no conocían su espíritu) viéndose tan acosada de algunos, acudió á uno de los señores Inquisidores, dándole cuenta de sus cosas, para que él las examinase. Mas él respondió que al Santo Oficio principalmente pertenecía castigar las herejías que se les proponían: mas que la avisaba que en el Andalucía había un gran siervo de Dios (que era el Padre Avila) y de grande experiencia en las cosas espirituales, que le diese por escrito cuenta de toda su vida, y que se quietase con lo que él respondiese. Ella lo hizo así: y él, después de haber sido muy bien informado del caso, le respondió en una carta que se quietase y entendiese que no había en sus cosas engaño alguno, porque todas eran de Dios. Esta carta vi yo, y no se pone aquí por ser cosa larga y tratar de materias muy espirituales y delicadas, que no son para todos.

SEGUNDA PARTE DESTA HISTORIA

EN LA CUAL SE TRATA

DE LAS VIRTUDES PERSONALES Y PARTICULARES DESTE PADRE.

CAPÍTULO IV.

HASTA aquí habemos tratado, según nuestra rudeza, de las virtudes y facultades que dió nuestro Señor á este su siervo para el oficio de la predicación. Agora será razón tratar de las virtudes particulares de su persona. Y bien se me entiende que esta segunda parte había de ser la primera, pues la orden de las cosas pide que primero se trate de las virtudes de la persona, que de las que pertenecen á su oficio. Porque desta manera procede la naturaleza en la procreación de las plantas, las cuales no dan fruto hasta estar crecidas y medradas en sí: ni los animales engendran luego en naciendo, sino después que han llegado á perfecta edad. Mas con todo esto no guardamos aquí esta orden, por ver que estas virtudes personales de que aquí queremos tratar, penden mucho de las que pertenecen al oficio: aunque, para decir la verdad, también éstas en su manera pertenecen á él.

De su oración.

§. I.

ENTRE los dones y gracias que nuestro Señor reparte á sus siervos, se cuenta la de la oración, como lo declara el mismo Señor por el profeta Zacarías, diciendo que derramaría sobre la casa de David y sobre los moradores de Hierusalén (que es la Iglesia) espíritu de gracia y de oración. Tuvo pues nuestro Predicador este don, y fué maestro y predicador y encarecedor desta virtud y de la necesidad que tenemos della. La cual tenía por tan necesaria para alcanzar las virtudes, como la tierra de agua para fructificar: y por tal se juzgaba el Profeta cuando se halla-

ba sin ella, y así hablando con Dios decía: Mi ánima, Señor, está como tierra sin agua delante de ti. Por tanto, Señor, óyeme muy apriesa, porque desfallece mi espíritu. Pues quien quisiere saber cuán encarecidamente encomienda nuestro Predicador esta virtud, lea el capítulo 70 del *Audi filia*, y verá lo que este Padre sentía della. Porque realmente ella es el fundamento de toda la vida espiritual, por tener por oficio pedir siempre la divina gracia, que es el ánima desta vida. Y aunque los santos sacramentos, especialmente el del altar, sean tan poderosos para dar gracia, pero esto hacen cuando se reciben, que es á sus tiempos debidos: mas la oración es de todos los tiempos y horas, así del día como de la noche, y de todos los lugares. Y por esta causa, y por otros muchos frutos que se siguen desta virtud, la encomendaba este Padre así en sus sermones como en sus cartas muy encarecidamente.

Y lo que él encomendaba á otros, mucho más lo tomaba para sí: y así tratando yo con él familiarmente esta materia, me vino á decir que en el mismo tiempo que predicaba, cercado de tantos negocios, tenía cada día dos horas de oración por la mañana y otras dos en la noche. Mas esto pagábalo el sueño, porque se acostaba á las once y despertaba á las tres de la madrugada, y así tenía tiempo para esto. Mas después que por las muchas enfermedades (que luego contaremos) no continuaba tanto el oficio de predicador, el tiempo que quitaba á la predicación, acrecentaba á la oración: porque en esta disposición tenía esta orden, que toda la mañana hasta las dos de la tarde gastaba con Dios y en la misa, cuando la podía decir. Y en este tiempo no admitía negocio alguno, por importante que fuese: mas desde las dos hasta las seis daba audiencia á los que á él venían. Y desde esta hora hasta las diez se recogía y trataba con Dios los negocios de su ánima y de las ajenas, y así eran sus vigilias muy continuas, llenas de dolores y gemidos por los pecados del mundo. Y decía muchas veces, y aun lloraba, viendo cuán pocas viudas había en Naim que llorasen los hijos muertos: esto es, cuán pocos sacerdotes que gimiesen por tantas ánimas muertas en pecado. Y en estas vigilias entraban las del jueves y viernes. Ca decía él que quien se acostaba y podía acabarlo consigo de dormir toda la noche del jueves, habiendo sido preso en este día nuestro Salvador, y pasado tal noche, y el viernes estando muerto, que

no correspondía á la obligación de la grandeza deste beneficio. Exhortaba también á la meditación desta sagrada Pasión, de la cual trató divinamente en el sobredicho libro de *Audi filia,* escribiendo allí cosas de grande ternura y devoción y declarando los grandes y inestimables frutos que desta santa meditación se coligen.

Acudían á él también muchas personas religiosas y otros de diversos estados á tratar con él cosas particulares desta virtud. Y era cosa muy notable ver la satisfación con que se apartaban de su presencia, glorificando á nuestro Señor por haberle dado tanta luz y discreción en estas materias, dando consejos, y enseñando caminos de grande seguridad, y avisando de los peligros que en ellos puede haber.

Y es familiar consejo y doctrina suya que nos lleguemos á la oración más para oir que para hablar, y más para ejercitar los afectos de la voluntad que la especulación del entendimiento: antes me dijo él una vez que lo ataba como á loco para que no fuese parlero en la oración. Por donde, en una carta que escribe á un sacerdote, le declara esto por una comparación, diciendo que una cosa es hablar con el rey, y otra estar con acatamiento y reverencia en presencia dél. Y así decía que una cosa es hablar con Dios, y otra estar con este acatamiento y reverencia y una voluntad amorosa y temerosa delante dél, que es un modo fácil y devoto y aparejado para recibir particulares favores de nuestro Señor, poniéndose el hombre como aquel hidrópico del Evangelio delante de nuestro Salvador, esperando húmilmente el beneficio de su salud.

De la modestia en su conversación.

§. II.

COMO nunca un vicio anda solo, así no hay virtud que no traiga consigo otra virtud. Y así de la oración tan continua deste Padre procedía la mesura y composición de su hombre exterior y el modo de tratar de su persona: porque no se podía hallar reloj más concertado y que más á punto diese sus horas, que lo era su vida. Antes me parece que había llegado en esto á tener una participación de la inmutabilidad de los bienaventurados.

Porque entre tanta variedad de negocios y de personas con quien trataba, nunca mudaba aquel semblante y serenidad de su rostro, la cual manifiestamente procedía del recogimiento y composición del hombre interior, que redundaba en el exterior. Porque á no tener tan firmes raíces dentro, fácilmente se alterara y mudara con la variedad de los negocios que se le ofrecían. Acaeció estar una vez diez ó doce días en el Colegio de los Padres de la Compañía de Jesús en Montilla, y nunca en todo este tiempo perdió esta su acostumbrada mesura y serenidad, imitando aquella modestia que el santo Job muestra que tenía, cuando dice que la luz de su rostro no caía en tierra, queriendo significar que nunca perdía la gravedad y mesura de su persona por cosas que acaeciesen. Y como esto notase uno de los Padres de aquel Colegio, pensó que esta mesura y gravedad conservara allí por darles buen ejemplo, y así lo dijo á uno de sus familiares discípulos. Mas él le desengañó, diciéndole que esto era perpetuo en aquel Padre en todo tiempo y lugar, de modo que aun andando por casa (y lo que más es) estando enfermo en cama, siempre conservaba esta misma serenidad: tan grande era el hábito que desto tenía adquirido. Pues ¿qué diré de la mesura de sus ojos? San Vicente en el tratado de la Vida Espiritual aconseja al religioso que no extienda la vista más de cuanto ocupa la estatura de un crucifijo. Esto parece que había leído este Padre, á lo menos así lo guardaba, porque poco más que esto extendía comúnmente la vista de los ojos.

Acaeció también, estando en Córdoba, entrar con un Padre amigo suyo en un jardín muy hermoso, donde había muchas cosas que mirar: mas como él no mudase el semblante y sosiego que solía tener, díjole el Padre que con él iba: Mire V. R. esto, y mire lo otro. Al cual él respondió con su acostumbrada mansedumbre: No hace eso á mí caso. Esto dijo, porque cuando quería levantar el corazón á Dios, no se ayudaba desta consideración de las criaturas, teniendo el misterio de Cristo por más excelente motivo para esto. Porque si no podemos en esta vida conocer á Dios sino por sus obras, ¿qué obra más excelente que la sagrada Humanidad, para venir por ella en conocimiento de la soberana Deidad? Mas los que no han recebido aun lumbre para conocer la alteza deste misterio, ayúdanse de la hermosura de las criaturas para levantar sus corazones al amor y conocimiento

del Criador. Y así aconsejaba él á los que se dan á leer las sagradas Escrituras, que señaladamente se diesen á la parte della que trata deste divino misterio, por la gran ventaja que ésta hace á todas las otras.

Mas volviendo á nuestro propósito, pensando yo cómo podría representar con palabras el semblante y honestidad que éste Padre tenía en su rostro, se me ofreció una comparación de los pintores, los cuales teniendo una tablica en la mano donde están diversos colores, algunas veces juntan tres ó cuatro colores, y hacen un tercero de todos, proporcionado á lo que quieren pintar. Pues así me parece que el semblante y mesura deste Padre no representaba una sola virtud, sino una como mixtura de otras: porque en él se veía una gravedad no sola, sino acompañada con humildad, mansedumbre y blandura natural. Porque todo esto pudiera notar cualquier hombre prudente que lo mirara, pues está escrito: Por la manera de la vista se conoce el hombre, y por la figura del rostro el que es cuerdo y sesudo. Y en otro lugar dice Salomón (1) que como resplandecen en el agua los rostros de los que en ella se miran, así ven los varones prudentes los corazones de los hombres. Porque son nuestros ojos unas como vidrieras por donde se traslucen mucho los afectos interiores de nuestro corazón.

Y no menos guardaba él esta modestia en sus palabras que en lo demás. Porque palabra de donaire nunca se vió en su boca. Y así entendía él aquello del Apóstol, que dice: *Scurrilitas, quæ ad rem non pertinet.* La cual palabra glosaba él, diciendo que palabras de chocarrería no pertenecían á la gravedad del instituto de la vida cristiana. Su risa también era tal, que como se escribe de San Bernardo, más necesidad tenía de espuelas que de freno.

De lo dicho puedo yo ser buen testigo: porque si no le conociera más que por algunas visitaciones, pudiera engañarme con lo que de presente veía: mas como la comunicación fué por muchos días, como al principio dije, usando de una misma casa y mesa, no pude dejar de maravillarme, viendo que en todo tiempo nunca vi en él en una hora más que en otra. Suelen los hombres comúnmente acabando de comer soltar la lengua en pala-

(1) Prov. 27.

bras alegres ó risas. Mas yo nunca vi en él otro semblante que el que se ve en un hombre que sale de una larga y devota oración. Lo cual no pudiera perpetuamente conservarse, si no fuera por el recogimiento y unión interior que tenía siempre con Dios, con la cual procuraba tener siempre el horno de su corazón caliente, para que al tiempo del recogimiento no fuese menester mucha leña de consideraciones para meterlo en calor.

Pues esta mesura y composición del hombre exterior hacía que todos los que con él trataban, le tuviesen una singular reverencia y acatamiento. Y no sólo éstos, sino todos los señores y perlados con quien trataba, le tenían un grande respeto, porque su rostro era un como sobre escrito que declaraba lo que en el hombre interior estaba secreto. Por lo cual algunos decían: Este hombre con sólo verlo nos edifica.

De la virtud de la pobreza.

§. III.

CUÁN aneja sea la virtud de la pobreza á los predicadores evangélicos, claramente lo mostró el Salvador cuando envió sus discípulos á predicar. Por lo cual (como al principio dijimos) la primera cosa que nuestro Predicador hizo, cuando se dedicó á este oficio, fué dar toda la hacienda que de sus padres había heredado, á los pobres. Y demás desto, ninguna cosa tuvo ni tomó todo el tiempo que vivió, sino unos pocos de libros y un recaudo para decir misa. Y acordándose que aquel Señor que él tanto amaba, murió en la cruz desnudo, desto solo que tenía, hizo donación á un discípulo suyo por escritura pública seis años antes que falleciese. Y ofreciéndole canongías, y rogándole con ellas, y siendo llamado á la Corte, por la fama que corría de su vida y doctrina, siempre se excusó con toda humildad. Y aunque entendía que en la Corte se podía hacer más fruto, por estar allí la fuente de la justicia y de todo el gobierno, pero él de tal manera quería servir al provecho común, que no quería poner á peligro su recogimiento con el ruido de los muchos negocios que en la Corte lo inquietarían, tomando él para sí el consejo que daba á sus predicadores, á los cuales solía decir: No más hijos que leche, ni más negocios que fuerzas.

La hacienda con que se sustentaba, era la fe y confianza muy firme que tenía en la providencia paternal de nuestro Señor. Y así leyendo una vez en Córdoba á los clérigos, mostró una Biblia pequeña que consigo traía, y llegando á aquel paso del Evangelio en que nuestro Señor dice: Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás os será dado, dijo que había echado una raya en este lugar, y fiándose desta palabra y promesa del Salvador, que jamás le había faltado cosa de las necesarias para la vida. Y en confirmación desto me dijo una vez que si un ginovés le diera una cédula en que esto le prometiera, se tuviera por bien proveído y seguro que nada le faltaría. Pues ¿cuánto más se debía fiar de la palabra y promesa del mismo Hijo de Dios, la cual es tan cierta, que como él dice, antes faltará el cielo y la tierra que alguna de sus palabras?

Decía él también á un familiar discípulo suyo que había nuestro Señor cumplido con él á la letra aquella palabra en que promete al que por Él dejare su hacienda, ciento tanto más en esta vida, pues no solamente nada le había faltado, mas antes le había dado mucho más para ayudar y socorrer á muchas necesidades. Y así pudo él decir con el Apóstol: Vivimos como pobres, pero enriquecimos á muchos. Porque era grande el cuidado que tenía de acudir á las necesidades de los pobres y de los hospitales. Y así fué el que dió calor á aquel solemne hospital que se hizo en Granada junto al monasterio de San Hierónimo. Y demás desto, todas las personas que se querían convertir ó entregar al servicio de nuestro Señor, hallaron en él abrigo y remedio, no sólo para sus ánimas, sino también para sus cuerpos, cuando era necesario. Y me acuerdo haberle enviado yo á Granada una destas personas que se quería apartar de pecado, y él la recibió benignamente y la proveyó de lo necesario: porque para todo le favorecía nuestro Señor, enriqueciendo aquella pobreza voluntaria que por Él había escogido.

Y no contento con esto, con ser pobre de espíritu, quería también ser pobre de cuerpo. Y por eso holgaba con la ropa pobre y vieja, y pesábale con la nueva. Por donde el arzobispo de Granada Don Gaspar mandaba á sus criados que le hurtasen el bonete ó el manto viejo, y le pusiesen otro nuevo. Y una señora devota suya tuvo manera con que le hurtasen el manto viejo y le pusiesen otro nuevo. Y como él se levantase por la mañana y

no hallase su manto, comenzó á decir: Denme mi manto, denme mi manto. No hubo nadie que en esto le obedeciese, esperando vencerle con la necesidad: mas ni esto bastó. Y siendo víspera de Navidad, se vistió una sobrepelliz sobre la sotana vieja que traía, y desta manera fué á las vísperas de la fiesta. Y como esto vieron, finalmente le volvieron su manto.

Preguntóle uno de sus familiares discípulos cómo lo pasaba en Sevilla cuando comenzó á predicar y no era tan conocido como después lo fué. Á esto respondió que moraba en unas casillas con un Padre Sacerdote, sin tener nadie que le sirviese. Y cuando iba á decir misa, pedía á alguno de los que allí se hallaban que le ayudase á la misa. Y cuanto á la comida, dijo que comía de lo que pasaba por la calle, leche, granadas y fruta, sin haber cosa que llegase al fuego: mas algunas personas devotas le hacían á veces limosna, con que compraba lo dicho. Su celda, y cama, y todo lo que había para su servicio, estaba todo dando olor de pobreza. Y tan amigo era desta virtud, por acordarse de la pobreza en que el Salvador (que él tanto amaba) nació, vivió y murió, que deseaba grandemente pedir limosna de puerta en puerta como verdadero pobre, si no le fueran á la mano. Decíale yo una vez que el bienaventurado San Francisco amó y encomendó tanto la pobreza por dos grandes bienes que hay en ella. El uno es cortar la raíz de todos los males, que es la codicia: y lo otro, porque contentándose el religioso con lo que es puntualmente necesario (lo cual á pocas vueltas se halla) queda libre y desocupado para emplearse todo en la contemplación de las cosas del cielo, como quien no tiene ya trato ni comercio con la tierra. A esto me respondió que no era ésta la principal razón deste glorioso Padre, sino el amor grande y muy tierno que tenía á Cristo, y por esto viéndole nacer y vivir tan pobre, que no tenía sobre qué reclinar su cabeza, y sobre todo morir desnudo en cruz, que no podía él acabar consigo de vivir y morir sino de la manera que su querido y amado Señor vivió y murió.

De la virtud de su abstinencia.

§. IV.

Hermana muy conjunta y familiar de la pobreza es la abstinencia: porque ni el pobre tiene manjares ricos, ni la abstinencia los consiente, y así se ayudan estas dos virtudes una á otra. La abstinencia deste Padre era la que el Apóstol escogía para sí, cuando dijo: Teniendo alimentos y con qué nos cubramos, estamos contentos. Pues así él tomaba lo necesario para sustentar la vida, mas no para irritar la gula. Y cuando era convidado á comer fuera de su casa, y veía algún manjar curioso, decía luego: Traigan cocina, traigan cocina: porque no quería más que el comer ordinario, que bastase para sustentar las fuerzas que pide el oficio de la predicación. Y aun en esto faltaba muchas veces, esperando más las fuerzas de la providencia de nuestro Señor que de los medios humanos. Por lo cual estando en Granada algo flaco y con necesidad de comer carne, la señora Marquesa de Mondéjar, viendo por una parte el fruto de sus sermones, y por otra el impedimento de su flaqueza, decía que le habían de obligar á comer carne en Cuaresma, porque no se perdiese lo más por lo menos. Á lo cual él respondió (estando yo presente) diciendo que el predicador testificaba y predicaba que hay favores y socorros de Dios sobrenaturales, que es razón que testifique por la obra lo que dice con la palabra, fiándose en muchos casos de Dios, cuando de los remedios humanos se siguen algunos inconvenientes que tienen aparencia de mal, como es comer carne en Cuaresma quien predica la abstinencia della.

Ni en las comidas ordinarias decía, quiero esto ó lo otro, sino tomaba lo que le ponían delante, no siendo cosa muy curiosa, como ya dijimos. Acaeció una vez, estando cenando en un monasterio nuestro, que le pusieron primero un cierto manjar y junto con él unas sardinas que él holgara de comer acabado el primer plato: mas un niño que servía á la mesa, ignorantemente levantó este plato. Acudió entonces el Padre con su acostumbrada mansedumbre, diciéndole: Sea así como vos queréis. Esta palabra tan simple da bien en qué filosofar, porque declara cuán resignado estaba este Padre, y cuán sin voluntad y tan ajeno de

tener querer y no querer, pues no se atrevió á decir á un niño: deja el plato. Porque á ser hombre el que servía, no me maravillara tanto de no querer él dar nota de que tenía apetito de algo: mas guardar esta moderación con un niño, esto es lo que más admira.

Bebía el vino muy templado, y probábalo primero, para ver si estaba bastantemente aguado, acordándose que San Augustín se acusa, como verdadero humilde, que estando muy lejos de toda embriaguez, alguna vez había excedido los términos de la templanza. Por lo cual este siervo de Dios examinaba primero lo que había de meter en casa, para quedar perfectamente señor de sí y no faltar en sus estudios y ejercicios, porque (como aconseja San Hierónimo) después de comer pueda el hombre leer y orar. Mas en este tiempo, que es después de la refección ordinaria de cada día, aconsejaba él tener silencio, considerando que suelen los hombres desmandarse en palabras ó porfías con el calor de la comida.

De la paciencia en las enfermedades.

§. V.

PASEMOS destas virtudes á otras de mayor dificultad y merecimiento, cual es la paciencia en las cosas arduas y dificultosas, en la cual se prueba la fineza de la virtud. Pues no quiso nuestro Señor que saliese su siervo deste mundo sin corona de paciencia, ni que caminase por otro camino que el que Él caminó, que fué de cruz. Y así diremos primero de la paciencia en las enfermedades, y después de la que tuvo en las injurias, que es aun de mayor perfición.

Comenzaron, pues, sus enfermedades poco después de los cincuenta años de su edad. Porque uno de los frutos que cogió del continuo trabajo de predicar, y más tan largos sermones, y predicados con tan grande fervor y espíritu, que hacía estremecer los corazones, fué estragársele todos aquellos miembros interiores que gobiernan nuestros cuerpos. Porque tenía el estómago muy perdido, y con esto dolores de ijada y de riñones, y gota artética, con dolores agudísimos en las conjunturas de los brazos y piernas, y junto con esto recias calenturas. Dijo él á un fami-

liar discípulo que lo curaba, que le iba mejor con los dolores, con ser tan recios, que con las calenturas. Lo uno, y más principal, porque nuestro Salvador padeció dolores: y lo otro, porque la calentura le ocupaba muchas horas del día, y lo recio de los dolores duraba como seis horas, y pasadas éstas, podía rezar y leer y dar audiencia á los prójimos que venían á aconsejarse con él. Y por esto solía él llamar á las calenturas impedimentos ó estorbos, no haciendo caso del trabajo que daban, sino del tiempo que ocupaban, con que impedían los buenos ejercicios, teniendo esto por mayor mal que el dolor. Y solía él decir en lo más recio de los dolores y de las enfermedades: Señor, más mal y más paciencia. Un día estuvo apretadísimo y muy angustiado con los dolores, y decía :¡Ah, Señor, que no puedo! En este tiempo se le aplicaban remedios de medicina, y rezaban los que allí estaban la Letanía, y el dolor no cesaba. Y decía á los que presentes estaban: Hermanos, esto ha de ser así hasta que nuestro Señor quiera. Pasado este aprieto, dijo él á uno de sus familiares discípulos que una noche tuvo un aprieto como éste, y los hermanos que le servían andaban muy cansados, y así estaban durmiendo, y la lumbre se había apagado, y creciendo todavía el angustia, por no despertar á los que le servían, pasaba su trabajo á solas. Y vencido de la fuerza del dolor, pidió á nuestro Señor se lo quitase, y luego durmió un poco y despertó sin dolor y sin angustia. Dijo entonces á uno de sus discípulos: ¡Oh, qué bofetada me ha dado nuestro Señor esta noche! Palabra es ésta mucho para notar, y lenguaje que no entenderá la carne y la sangre: mas entendíalo este varón de Dios, porque conocía el valor y mérito de la paciencia en los dolores, y veía que con su petición había perdido parte deste merecimiento, y junto con esto reconocía que nuestro Señor le había humillado y dado conocimiento de su flaqueza, pues rehusó como flaco llevar la carga. Y filosofando sobre esta materia, dijo un día, cuando le apretaban estas enfermedades: Tan admirable es Dios con el enfermo al rincón como con el predicador en el púlpito.

Y quien quisiere saber qué tanto tiempo duraron estas tan graves enfermedades, sepan que duraron por espacio de diez y siete años. Cosa es ésta que me ha puesto en grande admiración y dádome á entender cuánto agradan los trabajos llevados con paciencia á nuestro Señor, pues habiendo este siervo suyo tra-

bajado tantos años en oficio tan agradable á Dios como es la predicación, y ganado tantas ánimas, y criado y enseñado tantos discípulos, y fundado tantos estudios, trabajando días y noches, y ganado tantas coronas cuantas ánimas sacó de pecado, á cabo de tantos merecimientos, cuando en su vejez hubiera de descansar de tantos trabajos, le proveyó nuestro Señor de otros muchos mayores que los pasados, pues en aquéllos había gustos y consolaciones, y en éstos gravísimos dolores. Por lo cual entiendo cuán grande sea el mérito de los dolores, pues tan á manos llenas hinchió nuestro Señor á este su siervo dellos. Séneca prueba que los trabajos y infortunios desta vida no son malos, por haberlos padecido Catón, que él tenía por hombre virtuoso. Pues según esto, ¿con cuánta mayor razón probaremos lo mismo, pues tanta parte de trabajos dió nuestro Señor á este tan grande siervo suyo? No consiente Dios que su gracia y sus dones estén ociosos. Los mercaderes no quieren tener su dinero muerto en la arca (donde nada gana) sino negocian y tratan con él para acrecentarlo. Pues conforme á esto, donde nuestro Señor ve que hay mucho caudal de gracia, procura darle materia en que se emplee, y no hay materia de mayor ganancia que las tribulaciones llevadas con paciencia, pues (como el Apóstol dice) las tribulaciones desta vida, que duran un momento, nos son materia de un eterno y incomprehensible galardón.

Y entre innumerables ejemplos que desto hay, no es el menor el de San Lorenzo Mártir, el cual después de tres veces azotado con cruelísimos y diversos azotes, diciendo él: Oh buen Jesú, recibe mi espíritu, oyó una voz de lo alto que le dijo: Aun muchas batallas te quedan para pelear. Dijo esto el Señor porque entendía tener el santo mártir fortaleza y gracia para padecer más: y porque no perdiese él este acrecentamiento de su corona, le ofreció materia de más paciencia. Y el argumento y prueba de ser ésta la causa de los trabajos que nuestro Señor envía á sus siervos, es la paciencia y contentamiento que tienen con ellos: porque el piadoso Señor que provee lo uno, provee también lo otro, como lo vemos en este su siervo.

Mas sobre todo lo dicho es de notar que en medio de tantas enfermedades no dejaba él de ayudar las ánimas en todo lo que podía, haciendo exhortaciones en monasterios de monjas, de quien tenía particular cuidado, por ser esposas del Señor, con-

solando y enseñando á muchas personas las cosas necesarias á su salud, escribiendo muchas veces cartas espirituales, en que le dió nuestro Señor tanta gracia y discreción de espíritu, que era única medicina para cualquier suerte de necesidades espirituales y trabajos una carta de su mano: tanta era la gracia y espíritu y eficacia con que sabía consolar y dar ánimo á quien tenía necesidad de consuelo.

Éstas, pues, eran sus ocupaciones en medio de sus enfermedades y dolores: ni se contentaba con esto, mas también cuando venía alguna fiesta grande, particularmente del Santísimo Sacramento ó de nuestra Señora (de las cuales solemnidades era devotísimo) luego se levantaba de la cama, dándole fuerzas aquel Señor que le daba la enfermedad. Y predicaba de ordinario ocho sermones, uno en cada día de la octava del Santo Sacramento, y esto con tan buena disposición corporal, que parecía del todo sano: mas luego pasados los ocho días, volvía como de antes á la misma enfermedad: y esto duró muchos años, y en particular fué más notable su fervor y eficacia en los sermones en lo último de su vida.

De su paciencia en las injurias.

§. VI.

Y AUNQUE este linaje de paciencia sea de grande merecimiento, otro hay de mucho mayor, que es la paciencia en las injurias. Y por esto no quiso nuestro Señor que este su siervo perdiese esta segunda corona de más alta paciencia. Y así lo quiso sellar con su sello, dándole á beber del cáliz que Él bebió cuando dijo: No es mayor el siervo que su señor. Si á mí persiguieron, á vosotros perseguirán, y si calumniaron mis palabras, también calumniarán las vuestras. Y así acaeció á este Padre, pues sus palabras fueron calumniadas y denunciadas en el Santo Oficio, diciendo dél que cerraba la puerta de la salvación á los ricos, y otras cosas desta calidad. Por lo cual los señores Inquisidores de Sevilla mandaron que estuviese recogido hasta averiguarse su causa. Era entonces vivo el Maestro Párraga, regente del nuestro Colegio de Santo Tomás, persona á quien autorizaban muchas letras, edad y santidad. Éste, pues, conociendo la virtud y santidad deste Padre y el grande fruto que hacía con su doc-

trina, me contó que le aconsejaba muy ahincadamente que tachase los testigos que habían depuesto contra él, alegando que como un hombre en su legítima defensión puede matar á su agresor, así puede tachar los testigos que le infaman. Mas ni con esta razón ni con otras pudo acabar con él esto, alegando que estaba muy confiado en Dios y en su inocencia, y que ésta le salvaría, pues Dios nuestro Señor (como dijo S. Augustín) no ama y desampara, mayormente en el tiempo de la tribulación: antes dice Él en el Psalmo, hablando con el justo: Con él estoy en la tribulación, librarlo he y glorificarlo he. Lo cual á la letra cumplió con este su siervo, el cual salió de aquella calumnia más probado y acreditado, ordenando los señores Inquisidores que predicase un día de fiesta en la misma iglesia donde antes predicaba, que era en San Salvador, iglesia grande y colegial de Sevilla: y en apareciendo en el púlpito, comenzaron á sonar las trompetas con grande aplauso y consolación de la ciudad. Mas él, por cumplir lo que el Salvador nos aconseja, comenzó el sermón exhortando á los oyentes á que hiciesen oración por los que le habían calumniado.

Mas en el tiempo deste entretenimiento, ni este Padre estuvo ocioso, ni nuestro Señor olvidado dél, pues es tan cierta condición suya consolar á los que por su amor padecen trabajos, de tal manera que á la medida de las tribulaciones reparte las consolaciones, como dice el Psalmo.

Y así tratando una vez familiarmente conmigo desta materia, me dijo que en este tiempo le hizo nuestro Señor una merced que él estimaba en gran precio, que fué darle un muy particular conocimiento del misterio de Cristo: esto es, de la grandeza desta gracia de nuestra redempción y de los grandes tesoros que tenemos en Cristo para esperar, y grandes motivos para amar, y grandes motivos para alegrarnos en Dios y padecer trabajos alegremente por su amor: y por eso tenía él por dichosa aquella prisión, pues por ella aprendió en pocos días más que en todos los años de su estudio. En lo cual vemos haber hecho nuestro Señor con este su siervo una gracia muy semejante á la que hizo al profeta Hieremías. Porque estando, por la verdad que predicaba, preso, le consoló nuestro Señor en la cárcel con una gloriosísima y muy alegre revelación, diciéndole: Llámame, y oirte he, y revelarte he muy grandes y verdaderos misterios

que tú no sabes. Porque allí le reveló la reparación de Hierusalem después del cautiverio de Babilonia, y la renovación del mundo por la venida de Cristo, declarándole todo esto en todo el capítulo 33 por grandes y magníficas palabras. Pues desta manera consoló nuestro Señor á este su siervo estando preso, dándole especial lumbre y conocimiento del misterio de nuestra redempción, que es la más alta filosofía de la religión cristiana.

Ni faltaron después désta otras persecuciones y emulaciones: porque no de balde dijo el Salvador: Si al padre de la familia llamaron Bercebub, ¿cuánto más á los de su casa? Y si la envidia tanto persiguió á este Señor, que lo trajo á la muerte (como Pilato lo entendió) ¿qué maravilla es perseguir ella á los suyos? No sin causa dijo Séneca: *Si nullos tibi inimicos facit injuria, multos faciet invidia.* Quiere decir: Si estás libre de enemigos, porque á nadie heciste injuria, no faltarán otros que lo sean por envidia. Así pues le sucedió á este siervo de Dios. Ca viendo algunos predicadores la fama y el grande concurso con que sus sermones eran oídos, y viéndose á sí más olvidados, teniendo por injuria propia la prosperidad ajena, eran muy molestados deste gusano, el cual roe las entrañas de donde procede, como víbora que rompe los ijares de la madre de donde nace. Destas contradiciones padeció este Padre muchas, mayormente en el principio de su predicación, hasta que finalmente con la prueba y fineza de su virtud venció la envidia. Mas nunca por estas contradiciones perdió la paz y serenidad de su ánima, que siempre conservaba, y no sólo no habló palabra alguna contra sus émulos, mas antes procuraba por todos los medios que podía, aplacarlos y sacarles aquella espina del corazón. Mas con esto que ellos hacían para dañar, daban á este Padre materia para merecer. Porque sabía él (como quien tantas veces lo había escrito y predicado) ser propio de los hijos de Dios hacer de las piedras pan, y medicina de la ponzoña, y crecer en la virtud con lo que otros descrecen. Y así declaró él á uno de sus familiares discípulos el provecho que estas contradiciones habían causado en su ánima.

De la devoción que tenía á Nuestra Señora.

§. VII.

Como este Padre era tan amigo del Cordero, así también lo era de la Oveja que lo parió y crió. Quiero decir que como era tan amigo del Hijo, así lo era de la Madre. Ca es tan grande la unión y liga que hay entre Hijo y Madre, que quien ama mucho al uno, ha de amar mucho al otro, pues la carne del Hijo es tomada de la misma sustancia y carne de la Madre, que forzadamente, quien mucho ama al Hijo, ha de amar mucho á la Madre. Y por aquí entendía la alteza y dignidad desta Señora, filosofando y haciendo argumento de la dignidad del Hijo para conocer la de la Madre. Porque engrandece la fe católica y toda la teología la Humanidad de Cristo nuestro Señor sobre todo lo que pueden hombres y ángeles comprehender. Porque ya que Dios se quiso abajar á tomar nuestra humanidad, tal había de ser ella, que no fuese deshonra, sino grandísima gloria hacerse tal hombre cual se hizo. Pues por aquí también entendemos la dignidad y excelencia de la Madre: porque ya que este Señor quiso tener madre de que naciese, tal había de ser la madre, que no fuese deshonra, sino grandísima gloria suya ser hijo de tal madre. Entendía pues esto muy bien nuestro Predicador, y así era grande la devoción que á esta Señora tenía. La cual se le parecía bien en la ternura y devoción de los sermones que della predicaba. Y aquí cabe decirse una cosa que declara más en particular esta su devoción. Pidiéronle, estando en Granada, que en un sermón encomendase al pueblo ayudase con sus limosnas á la fábrica de la iglesia mayor, que entonces se comenzaba con advocación de nuestra Señora. Y entre otras razones y persuasiones dijo: Yo iré allí, y tomaré una piedra sobre mis hombros para poner en la casa que se edifica á honra de la Madre de Dios. Y dió nuestro Señor tanta eficacia á esta y otras palabras que sobre esto dijo, que se allegó una copiosísima limosna, mayor de lo que se puede encarecer. Y los pobres que no tenían dinero, vendían en almoneda sus cosas para dar limosna á esta obra. Y todas las veces que la encargó, fué ayudada de muchos con mucha largueza. Aconsejaba siempre y predicaba con maravilloso fervor esta devoción á las doncellas, aconsejando virginidad y

pureza: y así muchas por su medio dejaron el mundo, siendo grandes en estado, y hicieron voto de castidad, y otras entraron en religión. Aconteció en Sevilla que un hombre principal, estando muy tentado de matar á su mujer por celos que tenía, fué á hablar con este varón de Dios y á tomar con él parecer, y fuéronse á una iglesia que estaba cerca, y oyóle todo lo que tenía que decir en este caso, y después de muchas razones, no estando esta persona convencida, le dijo: Mucho me duele que os aprovechen tan poco los consejos que os doy, y pues todavía quedáis tan fatigado, os ruego os vais delante de aquella imagen de nuestra Señora que está allí, y le supliquéis os remedie en tan gran aflición como tenéis. Y esta persona lo hizo así, y sintió luego en su corazón remedio y alivio en su trabajo, y fué luego á decírselo á este Padre, y ambos glorificaron á Dios por esta merced que les había hecho en habelle librado desta tan grande aflición y engaño que tenía de su mujer.

De la devoción que tenía al Santísimo Sacramento del altar.

§. VIII.

DECLARAMOS poco antes el especial lumbre y conocimiento que este Padre tenía del misterio de Cristo. Pues la misma luz y gracia que nuestro Señor le dió para este misterio, le dió para el conocimiento del Santísimo Sacramento del altar. Y no es esto de maravillar, por ser tan vecinos entre sí estos dos misterios, pues el mismo Señor que fué sacrificado en el monte Calvario, es el que se sacrifica en la Misa. Y así era admirable la devoción y reverencia que este varón de Dios tenía á este divinísimo Sacramento, la cual crecía con las consolaciones y gustos que con este pan celestial recibía. Y aunque ambos misterios eran para él de grande edificación y consolación, pero del primero tenía fe, aunque muy viva, mas del segundo juntamente con la fe tenía gusto y experiencia, por las grandes y cotidianas consolaciones y favores que con él recebía. Los cuales eran tales, que predicando una vez dijo que por la gran experiencia que tenía de la virtud y efectos que este divino Sacramento obra en las almas, no sólo no le era dificultosa la fe deste divino misterio, sino antes muy fácil y suave. Y como sea verdadero el co-

mún proverbio, que cada uno cuenta de la feria como le va en ella, como á él iba tan bien con el uso deste Sacramento, así predicaba dél cosas altísimas y con grande espíritu. Y no contento con las alabanzas de la viva voz, escribió también más de cien pliegos de escritura sobre el Evangelio desta fiesta tan gloriosa, los cuales están en poder de uno de sus muy familiares discípulos. Mas no se contentó él con comer este bocado á solas, sino partiólo con todos sus hermanos. Quiero decir que predicó muchas veces encomendando la frecuencia de la sagrada Comunión, y esto en tiempo que no la había en la tierra. Por lo cual padeció muchas persecuciones y contradiciones así de los perlados como de otras personas que extrañaban este negocio, no porque él fuese nuevo (pues nació con el mismo Evangelio en tiempo de los Apóstoles) sino porque la malicia y negligencia de los hombres había hecho nueva la cosa más antigua y más provechosa de toda la religión cristiana. Mas como él no se movía por el sentido del mundo, sino por el espíritu de la verdad que en su corazón moraba, fiado dél se opuso contra todo el torrente del mundo, teniendo por dichosas las tempestades que por esta causa contra él se levantaron. Y demás desto, para despertar la devoción de los fieles, predicaba todos los ocho días de las octavas de su fiesta, como arriba dijimos, y procuraba que la procesión deste día se hiciese con mucha solemnidad. Y demás desto, estando en Granada, predicaba todos los jueves en el Sagrario de la iglesia mayor, á donde acudía mucha gente, con ser día de trabajo. Y para mayor acrecentamiento desta devoción escribió cartas á los Sumos Pontífices, suplicándoles ordenasen que todos los jueves del año se rezase del Santo Sacramento. Y á los sacerdotes hacía pláticas familiares, declarándoles la devoción y reverencia con que se habían de aparejar para celebrar. Y á los que desto eran predicadores, ó discípulos suyos, aconsejaba que exhortasen en sus sermones á la frecuencia deste Sacramento, y por este medio se vinieron á ganar y remediar muchas almas. Y así á él como á todos los suyos hizo nuestro Señor por aquí grandes mercedes. Mas de tal manera exhortaba él á esta frecuencia, que se tuviese respeto á la vida y costumbres y aprovechamiento de los que lo frecuentaban, y que conforme á esto el prudente confesor alargase ó estrechase la licencia para comulgar, como parece por las cartas que él escribió á algunos predicadores sobre

esta materia, llenas de prudencia y discreción, como quien tanta experiencia tenía destas cosas.

Decía él misa con tantas lágrimas y devoción, que la ponía á los que la oían. Y con decirla desta manera, dijo una vez á uno de sus discípulos: Deseo decir bien misa un día. Y otra vez dijo al mismo que cuando acababa de recebir á nuestro Señor en la misa, no quisiera abrir la boca. Esto puede interpretar cada uno como le pareciere. San Bernardo dice que la boca es un instrumento muy aparejado para vaciar el corazón: y por ventura lo diría por esto, deseando atapar la boca del horno para que el fuego de amor que con este Sacramento se enciende, no saliese á fuera: ó también diría esto por parecer á su devoción ser cosa indigna que entrase otra cosa por la boca por donde Dios entró. Decía también que toda su vida deseó morar en una casa que tuviese una ventana para el Santísimo Sacramento. Este deseo era efecto propio del amor, el cual en ninguna parte huelga más que donde está la presencia de la cosa amada. Agora le habrá nuestro Señor cumplido más enteramente este deseo, pues le verá faz á faz. Y si tanto se alegraba viéndolo debajo del velo que acá se nos muestra, ¿qué será mirarlo sin velo en su misma gloria y hermosura?

Decíale una vez uno de sus familiares discípulos: Señor, si fuera Hierusalem de cristianos, para que nos fuéramos poco á poco allá á vivir y morir en aquellos lugares santos, donde el Salvador obró nuestra redempción. Oyendo él esto, con su acostumbrada serenidad respondió: ¿No tenéis ahí el Santísimo Sacramento? Cuando yo dél me acuerdo, se me quita el deseo de todo cuanto hay en la tierra.

Este lenguaje no es para todos, sino para aquéllos á quien nuestro Señor ha dado especial gusto deste pan celestial y particular lumbre para conocer la grandeza de la caridad que el Savador nos mostró en él, queriendo aquella soberana Majestad que beatifica los ángeles en el cielo, morar con los pecadores en la tierra y aposentarse dentro de nuestros cuerpos y ánimas para santificarlas y hacerlas semejantes á sí en la pureza de la vida y después en la alteza de la gloria. Pues el que esto conoce, no sólo por fe viva, sino también por experiencia y particular lumbre del Espíritu Santo, no se maravilla que el tal hombre

dijese que acordándose deste divinísimo Sacramento, se le quitase el deseo de cuanto hay en la tierra.

Y como era tan grande el deseo que tenía de recebir cada día este pan de los ángeles, y como por las grandes enfermedades y flaqueza que padecía, tenía necesidad de comer algo á las dos ó á las tres de la mañana, procuró Breve de Su Santidad para poder comulgar antes destas horas. Y este Breve le alcanzó el P. Salmerón del papa Paulo IV año de 1558, informando á Su Santidad de los méritos y enfermedades deste siervo de Dios: en el cual le concedió que después de las doce de la media noche que pudiese decir misa, ó comulgar de mano de otro que la dijese.

Finalmente, era tan grande la devoción que tenía á este divinísimo Sacramento, que tomó por un linaje de recreación y alivio de su enfermedad escribir cosas devotísimas dél. Y como tenía singular devoción á este Sacramento, así la tenía al misterio de Cristo y á su santísima Madre (como ya dijimos) diciendo que aunque toda la vida quisiese escribir de estas tres cosas, nunca le faltaría materia para ellas. Y lo mismo decía del Espíritu Santo: porque como él experimentaba tan á la continua los efectos y influencias dél en su ánima, de aquí también le procedía grande devoción para con Él, y que ésta también le daría motivo para que nunca le faltase qué decir, así deste divino Espíritu como de las otras cosas susodichas. Porque la devoción (como dicen los Santos) es lengua del ánima: y así vemos que cuando ella está devota, sabe decir mil cosas muy devotas y cordiales á nuestro Señor: lo cual no sabe hacer cuando no lo está. Por donde no es maravilla que teniendo este Padre tan grande devoción á estas cosas susodichas, ella le diese siempre materia que poder decir dellas.

TERCERA PARTE

DE LA PREDICACIÓN DESTE SIERVO DE DIOS Y DEL FRUTO QUE CON ELLA HIZO.

CAPÍTULO V.

DEL varón justo se escribe que será como el árbol plantado par de las corrientes de las aguas, el cual dará su fruto en su tiempo, y nunca le faltarán las hojas, y en todo lo que hiciere será prosperado. Veamos pues agora qué fruto dió nuestro árbol plantado par de las corrientes de las aguas de las santas Escrituras, y criado con la lluvia de la gracia y con el aire y soplo del Espíritu Santo, y cultivado con la labor y ejercicio de las virtudes. Porque llegado á esta perfeción, y aprovechado en sí, es razón que comience á dar fruto y aprovechar á los otros. Y tomando este negocio desde el principio de su predicación, es de saber que deseando este Padre emplear sus fuerzas y letras en servicio de nuestro Señor y edificación de las ánimas, parecióle escoger para esto el lugar donde hubiese más trabajo y más necesidad, y menos honra y aplauso del mundo, y así le pareció que debía navegar á las Indias. Para lo cual se le ofreció comodidad, juntándose con el Obispo de Trascala, que lo quería llevar consigo á las Indias. Vino pues para esto á Sevilla, y estaba allí esperando tiempo y aparejándose para la navegación. Mas nuestro Señor, que lo tenía escogido para otro lugar y que muchas veces declara su voluntad imposibilitando la nuestra, impidió esta jornada por una nueva manera. Porque los días que estaba aguardando por tiempo para su viaje, yendo cada día á decir misa á una iglesia, decíala con tanta devoción y reverencia y con tantas lágrimas, que oyéndola el Padre Contreras (persona de mucha reputación y virtud) movido con esta ocasión, comenzó á comunicarle y querer saber dél el intento que tenía. Y conocido su propósito, trabajó por apartarle dél, diciéndole que harto había que hacer en el Andalucía sin pasar la mar. Mas como él no quería desistir de su propósito ni faltar á la com-

pañía, acudió el dicho Padre al Señor Don Alonso Manrique, arzobispo de Sevilla y inquisidor general, dándole noticia de la persona y del fruto que podía della esperar en este su arzobispado, persuadiéndole que le mandase llamar y obligase por obediencia á quedar en él. Llamado pues el Padre, alegando lo que arriba está dicho y excusándose todo lo posible, después de muchas razones finalmente el Espíritu Santo, que por los Pontífices declara muchas veces su voluntad, de tal manera le aficionó á este Padre, que le mandó por precepto de santa obediencia que se quedase en su arzobispado, y así se quedó. Y luego le mandó que predicase, y aunque él se excusó como nuevo en aquel oficio, todavía lo hubo de hacer. Y el sermón fué en la iglesia de San Salvador, día de la Magdalena, asistiendo allí el Arzobispo con otra gente principal. Y fué este el primer sermón que predicó. Contó después el Padre á uno de sus discípulos que se había hallado muy apretado antes que subiese al púlpito, y muy ocupado con vergüenza. Y como así se viese, levantó los ojos á un Crucifijo que allí estaba, diciendo estas palabras: Señor mío, por aquella vergüenza que Vos padecistes cuando os desnudaron para poneros en la cruz, os suplico me quitéis esta demasiada vergüenza, y me deis vuestra palabra para que en este sermón gane alguna ánima para gloria vuestra. Y así le fué concedido. Y dijo después el Padre á uno de sus discípulos que había sido éste uno de los grandes sermones que había predicado, y de más provecho: y así dejó á los oyentes grandemente maravillados, viendo el espíritu y fervor con que predicó. Comenzó, pues, á predicar con este mismo fervor (como siempre solía) y así movía grandemente los corazones de los que le oían. Aquí se allegó á él el Padre Contreras, de que arriba hecimos mención, y algunos clérigos virtuosos que trataron familiarmente con él y se aprovecharon de su doctrina. Predicaba también en los hospitales, y seguíale mucha gente. Comenzó también á dar orden en las escuelas de los niños y á predicar la doctrina cristiana por las plazas, y en este oficio perseveró en Sevilla por algún tiempo. Mas porque los predicadores son nubes (como los llama Esaías) que andan regando diversas tierras, doquiera que la voluntad del sumo gobernador los encamina, como se escribe en Job, de Sevilla pasó á otros lugares del mismo arzobispado, como fué Alcalá de Guadaira, Jerez, Palma y Écija, y gastaría nueve años pre-

dicando en estos lugares, comenzando él su predicación de los veinte y ocho ó treinta años de su edad, y en todos ellos con notable fruto y aprovechamiento y llamamiento de muchos, por muy duros que fuesen. Un día oíle yo encarecer en un sermón la maldad de los que por un deleite bestial no dudaban de ofender á nuestro Señor, alegando para esto aquel lugar de Hieremías: *Obstupescite cœli super hoc, &c.* Y es verdad cierto que dijo esto con tan grande espanto y espíritu, que me parecía que hacía temblar las paredes de la iglesia. Y sería larga cosa de explicar el fruto que con sus sermones se hacía, aunque adelante trataremos algo desto en particular.

Después destos lugares susodichos vino á Córdoba en tiempo del obispo Don Fr. Juan de Toledo, y continuó allí su predicación por muchos días con grande concurso de oyentes y satisfación de todos. Y tendida la red del Evangelio, entraron muchos peces en ella de diversas personas, así caballeros y clérigos, y de otras personas de menor calidad. Y estuvo también allí en tiempo del obispo Don Cristóbal de Rojas, y por su consejo ordenó allí un Colegio de clérigos virtuosos, para que de allí saliesen á predicar por los lugares vecinos.

En este tiempo se celebró un Sínodo en esta ciudad, en el cual predicó á solos los clérigos apartadamente, á los cuales deseaba él más aprovechar que á todos los otros, por ser ellos los ministros de los sacramentos y de la palabra de Dios: y con este ardor y deseo les predicó con tan grande fervor y espíritu, que hubo entre ellos muchas mudanzas. Porque unos se determinaron de mudar la vida, y otros de seguir á él y entregarse á él por sus discípulos, y á otros que parecían personas de ingenio, envió á estudiar á Salamanca. Los cuales, acabados sus estudios, y volviendo al Padre (después de aprovechados con su doctrina y compañía) enviaba á predicar y confesar á diversas partes. Y éstos fueron muchos y de mucho provecho. En este tiempo ordenó él que en aquella insigne ciudad de Córdoba, afamada de grandes ingenios, hubiese lección de artes y teología, y él proveyó de lectores, de los discípulos que tenía. Y duró esto hasta que los Padres de la Compañía de Jesús fundaron allí un colegio, los cuales sucedieron en este oficio. Y en este tiempo él leía en las tardes una lección de la sagrada Escritura con grande concurso y aprovechamiento de los oyentes. Y era muy notable lo

mucho que en esta ciudad trabajaba, y lo mucho que lucían sus trabajos.

De cómo predicó en Granada.

§. I.

De Córdoba fué á Granada en tiempo de D. Gaspar de Avalos, arzobispo que era de Granada, gran perlado y siervo de Dios. En esta ciudad parece que le renovó Dios su espíritu, porque cebado con el fruto que se había hecho en Córdoba y en otros lugares, y cobrando nueva esperanza con la virtud y santidad del Perlado de aquella ciudad, se ofreció de nuevo al trabajo de la predicación. Al principio della, entendiendo el buen Pastor la excelencia y eficacia de su doctrina, se alegraba de cómo Dios le había dado tal ayudador para descargo de su obligación. Y luego lo aposentó en un cuarto apartado de su misma casa, y de su consejo se ayudaba en todas las cosas de importancia. Comenzó pues aquí este Padre á predicar con nuevo fervor y espíritu, y así respondió el fruto al trabajo: porque aquí se ofrecieron muchos á ser sus discípulos, y particularmente se hizo gran provecho en los maestros y doctores del Colegio desta ciudad, del cual hubo muchos que trataron familiarmente con él, aprovechándose de su doctrina y profesando nueva vida. Y como la ciudad de Granada es tan grande, y hay en ella mucha clerecía y muchos estudiantes, así hubo muchos déstos aprovechados con su doctrina. Á lo cual también ayudaba la religión y santidad del Perlado, que favorecía mucho todas las cosas de virtud. Y ayudaba también el ejemplo de muchas personas que se habían señalado en la virtud con la doctrina que oían. Y florecía con esto la frecuencia de los sacramentos. Y de los discípulos había algunos más familiares que comían con él á su mesá en un pequeño refitorio que tenía. Y hízose también aquí un Colegio de clérigos recogidos para servicio del arzobispado, y otro de niños para enseñar la doctrina cristiana. Y pudiera referir aquí las personas insignes que fueron tocadas de nuestro Señor, que después fueron doctores en teología, y muy útiles á la Iglesia con su ejemplo y doctrina: y por ser muchos dellos vivos, no me pareció referir aquí los nombres dellos. Y porque en esta ciudad

sucedieron prósperamente estas y otras cosas semejantes, alegrándose el Padre del fruto de sus trabajos, cuando nombraba esta ciudad, la llamaba él mi Granada, por haber allí lucido tanto su trabajo: porque parece que la mano de Dios entrevenía en este negocio favoreciendo á este su fiel siervo que día y noche no pensaba ni trataba sino de amplificar su gloria. Viendo pues el religiosísimo Arzobispo el fruto que se hacía en su Iglesia con la doctrina deste Padre, insistía mucho en tenerlo siempre consigo, así para su consejo como para el bien de las ánimas, y así le decía: Hermano Maestro, estaos aquí con nos, mirad que aquí servís mucho á nuestro Señor. Á lo cual él respondió: Reverendísimo Señor, todo lo que nuestro Señor fuere servido haré, como es razón. Mas no contento el Arzobispo con esta respuesta general, le apretó mucho para que le diese palabra dello. Mas ni toda esta importunidad, ni ofrecerle la canongía magistral, que entonces vacó, bastaron para obligarle á disponer algo de sí, como hombre que no era suyo, sino del Señor que lo había escogido para aquel oficio. Y entendía él que los que este oficio tienen, han de atender á la voluntad del Señor y por ella han de disponer de su asiento y de sus caminos. Por lo cual este siervo de Dios no se quiso prendar ni dar palabra de estar en un lugar, como hacen muchos, y por esto es su predicación de poco fruto: porque en un lugar sobra la doctrina, y en otros falta, ahitando á los unos con la continuación della, y dejando á otros perecer de hambre con su falta. Á los cuales, demás de la caridad, debía inclinar á mudar lugar el nuevo gusto y fruto que reciben los nuevos oyentes con el nuevo predicador.

Predicó en Baeza.

§. II.

CULTIVADA ya en Granada según sus fuerzas esta viña del Señor, fué á Baeza á predicar y fundar un insigne colegio, para el cual una persona principal y rica dejó renta suficiente. Y viendo que en la ciudad había bandos antiguos y muy sangrientos entre Benavides y Carvajales, por haber intervenido muerte y sangre en ellos, tal gracia y fuerza dió nuestro Señor á la palabra de su siervo (que tan agramente se dolía del perdimiento

de las ánimas) que allanó mucha parte destos bandos, y lo que no había podido hasta entonces el brazo del Rey, pudo el deste pobre clérigo, ayudado de Dios. Y junto con este fruto tan señalado hubo también particulares llamamientos de caballeros, y de señores principales, y de otra gente popular: porque la palabra de Dios en la boca deste su siervo, doquiera que predicase, era fuego que encendía los corazones, y martillo que quebrantaba la dureza de muchos: porque por esto le puso Dios estos dos nombres en Hieremías. Y así sucedió aquí una cosa notable, que en una casa principal donde se hacían las juntas de los que traían bandos, y se forjaban las enemistades, vino á fundarse un colegio muy formado, el cual se hizo después Universidad con gran facultad para poder allí graduarse. Y como este Padre fué siempre tan devoto de que en la primera edad, antes que resucitase la malicia, fuesen los niños instruídos en doctrina cristiana y buenas costumbres, dió orden cómo se hiciese allí colegio de niños para este efecto. Y porque esta Universidad no sólo fuese escuela de letras, sino también de virtudes (sin las cuales aprovechan poco las letras) trajo el Padre para la fundación desta Universidad los discípulos señalados que había dejado en Granada. Y porque (como el Salvador dice) el reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, que con ser el más pequeño de las semillas, viene á hacerse árbol, así se ha visto en la fundación deste colegio: porque de colegio particular se hizo Universidad, á la cual acuden de aquella tan poblada tierra gran número de estudiantes. Y lo que más es, los maestros fundadores de la Universidad eran hijos legítimos y muy familiares del P. Ávila, criados con la leche de su doctrina y instruídos en su manera de predicar, y con esto han hecho mucho fruto en aquella tierra, y tales han procurado hacer á sus discípulos. Y así han salido desta Universidad hombres señalados en letras y virtud, los cuales con su doctrina y ejemplo han hecho mucho fruto en diversos lugares de aquel obispado de Jaén. Y así el grano de mostaza, que era tan pequeño, vino á hacerse árbol y extender sus ramas por todas aquellas partes.

Éste fué uno de los negocios más deseados y procurados deste Padre: porque desde el principio de su predicación siempre entendió que convenía haber doctrina, así para enseñar á mozos como para criar clérigos virtuosos. Y tratando desto y viendo que

del mundo no se podía esperar este beneficio, solía él decir: Tengo de morir con este deseo. Mas después que en aquel tiempo llegó á su noticia el instituto de los Padres de la Compañía de Jesús, que era conforme á lo que él deseaba, alegróse grandemente su espíritu, viendo que lo que él no podía hacer sino por poco tiempo y con muchas quiebras, había nuestro Señor proveído quien lo hubíese ordenado tan perfectamente y con perpetua estabilidad y firmeza.

Predicó también en Montilla.

§. III.

PREDICÓ también una cuaresma en Montilla con tan grande fervor y aprovechamiento, que como contó la señora doña Teresa, hermana de la señora Marquesa, se hicieron más de quinientas confesiones generales. Y confirmaba lo dicho, añadiendo que esto sabía porque acudían muchos á ella para que les procurase confesores: tanta era la priesa que había de confesar, y no por vía de jubileo, sino por la impresión que habían hecho las palabras deste siervo de Dios en los corazones de las gentes. De allí volvió á Córdoba, y de allí partió para Zafra, año de mil y quinientos y cuarenta y seis, y allí predicó con el fruto acostumbrado de las ánimas y de los señores de aquel estado, que aunque eran cristianísimos, todavía recibieron grande edificación con la doctrina y ejemplo deste Padre. Y el señor conde Don Pedro, que es en gloria, trataba muy familiarmente con él, y concibió tan grande estima de su discreción y entendimiento, que decía muchas veces que ningún oficio público tratara este Padre, que no fuera consumado y aventajado en él, por ser su entendimiento universal en todo género de materia: porque tal convenía que fuese el sujeto donde nuestro Señor había de infundir el tesoro de sus gracias. Y vivía este señor tan cuidadoso de su salvación, que ofreciéndole el cargo de mayordomo mayor del Príncipe, que después fué y es el Rey nuestro Señor (cargo principal que tuvo el Duque de Alba) no lo aceptó, aunque fué muy importunado de amigos y deudos. Lo cual hizo, no sólo por sus indisposiciones, sino por recelo de los peligros del ánima que hay en la vida cortesana, y más en semejantes cargos.

Y no menos aprovechó la señora Condesa de Feria con la doctrina deste siervo de Dios, y así platicaba muchas veces con ella en las confesiones y fuera dellas, dándole todos los documentos y avisos que se requieren para una vida perfecta. De modo que en estado de casada ya la encaminaba nuestro Señor á la perfición de la vida que pensaba tener de monja, si nuestro Señor dispusiese de la vida del Conde antes de la suya, lo cual amenazaban sus continuas enfermedades: por las cuales esta señora, mientra fué casada, más fué enfermera que casada.

Perseveró pues el Padre algún tiempo en esta villa, por la gran devoción que estos señores le tenían, y por ver cuán rendidos estaban á su parecer y consejo en todo lo que tocaba al gobierno de su estado y de sus ánimas: y por eso no dejaba de predicar todos los domingos y fiestas. Y aquí procuró que se enseñase la doctrina á los niños: porque en todos los lugares que podía ordenó esto, y así lo encomendaba á sus discípulos, cuando los enviaba á algunos lugares á predicar y confesar. Y en este mismo tiempo leía cada día una lección de la Epístola Canónica de San Juan Evangelista en la iglesia del monesterio de Santa Catalina: y á esta lección (entre otros oyentes) acudían la señora Marquesa y la señora Condesa, la cual iba más alegre á oir esta lección, que si fuera á todas las fiestas del mundo.

Después desto acordaron estos señores de irse al marquesado de Pliego, y en esta ciudad de Pliego creció tanto la enfermedad del señor Conde, que lo llegó á lo postrero: y á este trabajo, como fiel amigo, acudió el P. Avila, que se halló presente á este dolor: el cual fué tan grande, cuanto yo nunca vi otro mayor, por ser tan grande la pérdida que se perdió en aquel señor de tanto valor, virtud y entendimiento, como á todo el mundo es notorio, y querido de su madre sobre todos los señores sus hermanos.

Quedó pues la señora Condesa (que á la sazón estaba enferma con calentura continua) viuda de veinte y cuatro años, determinada en el propósito (que arriba dijimos) de ser monja en Santa Clara de Montilla, que es un muy principal y solemne monesterio: y tomó aquel estado y hábito con tanta voluntad y devoción, que después de haberlo vestido me dijo que su ánima había vestido aquel hábito tan de corazón, y con tanta alegría lo recibió, por verse despedida del mundo y aposentada en compañía de las esposas de Cristo.

Mas cuando la señora Marquesa la vió vestida del hábito, enternecióse en gran manera: porque allí se le tornó á representar el fallecimiento del hijo tan querido, y la mudanza de la señora Condesa no menos amada, que no podía contener las lágrimas. Y acudió luego al Padre Ávila, para que deshiciese lo hecho. Mas como él no se movía por lágrimas de carne, y tenía conocido el intento y propósito desta señora, después de haberle hablado, la confirmó en su santo propósito, y consoló cuanto pudo á la señora Marquesa.

Y aquí se me ofrece ocasión para decir algo desta señora monja, no por lo que á ella toca, sino al Padre Ávila (cuya historia escribo) por la parte que él tuvo en el propósito y vida desta señora. Séneca escribe á Lucilio su familiar amigo, á quien él había instruído y animado á la virtud (y para quien escribe todas sus cartas) estas palabras: *Assero te mihi meum opus es*. En las cuales da á entender que la virtud de aquel su amigo era obra suya y él era todo suyo, pues su doctrina le había dado aquel tan honroso ser que tenía de hombre virtuoso. Pues conforme á esto digo que aunque la alteza del linaje y nobleza de condición haya esta señora recebido de sus progenitores, mas el ser espiritual, que es sobrenatural y divino, recibió en muy gran parte de la doctrina y documentos deste siervo de Dios, el cual visto cuán aparejada era la tierra de su corazón para sembrar en ella la palabra de Dios, hizo aquí el oficio de buen labrador, y acudió la mies de las virtudes con tanta abundancia, como á todo el mundo es notorio. De aquí procedió que considerando ella cómo todo aquel ser espiritual y todos los favores y consolaciones que del Espíritu Santo recibía, le habían venido por la doctrina deste Padre, era tan grande la devoción y reverencia que le tenía, y el deseo que nuestro Señor se lo conservase en la vida, que en cuantas cartas me escribía, esto era lo principal; porque á los deudos amaba como á deudos de carne, mas á éste como á Padre de su buen espíritu. Á aquéllos amaba con tasa y medida, mas á éste como á ministro de Dios con toda devoción. La comunicación y afición para con éstos excusaba y templaba, porque no le ocupasen el corazón, que ella quería tener desocupado para solo Dios: mas la déste procuraba, porque en él amaba al mismo Dios. De donde vino á ser que naciendo un hijo á la señora Marquesa su hija, y estando todos alegres con el nuevo he-

redero que Dios había dado á aquellos señores, me escribió una carta diciendo: El idolillo es ya nacido, pida V. R. á nuestro Señor que no tenga él demasiado lugar en mi corazón.

Por este ejemplo podrá entender el cristiano lector la alteza y dignidad del ser espiritual. Para cuyo entendimiento conviene saber que en el varón justo hay dos maneras de ser, uno natural y otro sobrenatural: el uno procede de la naturaleza, el otro de la gracia: el uno recebimos de nuestros padres, el otro del Espíritu Santo: el uno nos hace hijos de hombres, semejantes á ellos en la vida natural y herederos de sus bienes, mas el otro nos hace hijos de Dios, semejantes á él en la pureza de la vida y herederos de su gloria. Bien se ve pues aquí la ventaja que hace el un ser al otro ser, pues el uno es humano y el otro divino. Siendo pues esto así, no es maravilla que la persona que por la doctrina y ejemplo y oraciones de algún Padre ha recebido este ser espiritual, le tenga mayor devoción y respeto que al padre carnal: pues déste recibió mayor beneficio, y así es justo que le corresponda con mayor devoción y agradecimiento.

Desta señora no puedo decir más, sino sólo lo que pertenece á la vida del Padre Avila, pues lo que se dice de los efectos, redunda en gloria de su causa. Mas esto no puedo dejar de decir, que la Emperatriz nuestra señora, estando en esta ciudad de Lisboa, me preguntó si conocía á esta señora monja. Yo respondí que sí, y de mucho tiempo. Entonces Su Majestad me dió una carta escrita de su mano para ella y una preciosísima reliquia del sagrado leño ricamente engastada y labrada y puesta en un grande rosario de cuentas, mandándome que le enviase esto y le pidiese que ella enviase á Su Majestad alguna cosa suya. Yo lo hice así, y la señora monja me escribió que todo esto había recebido: mas la respuesta de lo que Su Majestad pedía, me parece que la había de poner en confusión, porque excusarse y no obedecer á mandamiento de tal Señora, era cosa dura, mas darle algo de lo que se pedía como por reliquias de mujer santa, era peligro de vanagloria. Mas en esta perplejidad halló un discretísimo medio con que quitó la gloria de sí y la puso en su Padre Ávila. Porque en lugar de lo que Su Majestad pedía della, le envió un excelentísimo sermón que el dicho Padre había hecho el día de su profesión treinta años había. Y desta manera la prudentísima señora hurtó el cuerpo á la honra y satisfizo á la demanda. Por lo

dicho podremos entender cuánto es mayor el precio de la virtud que la alteza del linaje, pues por la virtud mereció esta señora tan gran favor y honra de Su Majestad.

De algunos señalados llamamientos de personas principales por la doctrina deste Padre.

§. IV.

Hasta aquí habemos tratado de los lugares en que este Padre predicó, y de la eficacia de su doctrina, y de muchas personas de diversos estados que se ofrecieron á nuestro Señor por ella: porque la palabra de Dios en su boca era (como el Apóstol la llama) espada de dos hilos, la cual hería muy poderosamente los corazones de los que le oían. Porque los hombres prudentes que lo oían, decían que era nuevo lenguaje el suyo, muy diferente de los otros. Y aunque contando los lugares en que predicó, apuntamos en común los llamamientos de personas á quien nuestro Señor con sus palabras tocó, mas aquí me pareció escribir algunos más señalados que hubo entre ellos, que serán como espirituales triunfos de la palabra de Dios, que se apoderó, no de los cuerpos, sino de los corazones de los hombres, librándolos del cautiverio del príncipe deste mundo.

De la señora doña Sancha.

§. V.

Entre éstos pondremos en el primer lugar á la señora doña Sancha, hija legítima del Señor de Guadalcázar. Esta señora residía en Écija, y estaba para ir á ser dama de la Reina, por tener la discreción y las otras partes que el mundo precia para este estado. Mas nuestro Señor la tenía ojeada para otro más alto, que era hacerla esposa suya. Y el principio desto fué determinar ella de confesarse con este Padre. Y entrada en el confesionario, comenzó á crugir el manto de tafetán que traía: por lo cual el Padre la reprehendió tan agramente porque viniendo á confesarse y llorar sus pecados, venía tan galana, que después andando el tiempo decía ella por donaire á este Padre: ¡Cuál me parastes aquel manto! Fué esta confesión de tan admirable efi-

cacia, que totalmente derribó todo cuanto el mundo en aquel corazón con tan hondos cimientos había fabricado. Y cierto, según fué tan grande y tan súbita la mudanza, podemos con razón decir que fué miraculosa. El bienaventurado San Bernardo, predicando en Flandes, convirtió á un gran señor de aquella tierra, por nombre Landulfo, á que dejase el mundo y se hiciese monje en el monesterio de Claravalle, y cuando le vino á dar el hábito, dijo el Santo que no era menos admirable entre las obras de Dios la conversión de Landulfo que la resurreción de Lázaro. Y esto mismo podemos con razón decir de la mudanza desta señora. La cual recogida en un lugar apartado de la casa de sus padres, hizo una religiosísima vida, perseverando en continua oración, y acompañándola con grandes ayunos, cilicios y disciplinas que después de su fallecimiento se hallaron, haciéndose un holocausto vivo, que todo entero se quema para gloria de Dios. Y porque es estilo infalible deste Señor comunicar su gracia conforme al aparejo y disposición que halla en el ánima, como el aparejo era tan grande, así eran grandes los favores y consolaciones y regalos con que nuestro Señor la visitaba. Y decía el mismo Padre muchas veces cosas muy señaladas de su grande humildad, obediencia y caridad: en confirmación de las cuales virtudes contaba el mismo Padre las grandes mercedes que nuestro Señor le había hecho, manifestándole secretos admirables y revelándole su muerte y lo que había de acontecer en su enfermedad.

Y no será razón callar yo aquí una cosa notable que pasé con ella estando muy enferma en casa de sus padres: por lo cual se verá la fortaleza y alteza de su espíritu. Díjome, pues, que tenía escrúpulo si por ventura ella había sido causa culpable de aquella grande y larga enfermedad que padecía. Yo respondí que me diese cuenta de la causa, y vista ésta, se entendería si tenía culpa en esta materia. Ella me respondió que de una de dos causas le pareció haber procedido aquella enfermedad. La una fué que viendo que en aquel año que corría de treinta y tantos, se detenía mucho el agua lluvia (la cual amenazaba grande esterilidad y hambre) ella se afligió en tanto grado por la compasión de los pobres, que ofreció á nuestro Señor su salud y vida por ellos, suplicándole que le diese cualquiera enfermedad que fuese servido, á cuenta de remediar aquella presente necesidad. Esto

decía que podría por ventura ser la causa de la enfermedad gravísima que padecía. Otra causa me dijo, dignísima de ser oída para gloria de la gracia de Cristo y de la fe y religión cristiana que tanto aborrece el pecado. Y ésta fué, que siendo poderosamente tentada del espíritu de la fornicación con aquel soplo infernal con que él hace arder las brasas de nuestras pasiones, viendo ella que esto tocaba á la fe y pureza virginal que ella había ofrecido á su Esposo, concibió en su ánima tan grande indignación contra su carne y contra el espíritu malo, que no contenta con los remedios ordinarios de la señal de la cruz y de la oración, acometió otro más poderoso y más extraordinario. Porque acordándose que San Benito en otra batalla semejante venció al enemigo desnudándose y arrojándose en un zarzal, curando con las heridas del cuerpo las del ánima, y acordándose también que el glorioso Padre San Francisco en otro semejante conflicto triunfó del enemigo por una nueva manera, que fué desnudándose de noche en medio del invierno y haciendo una gran pella de nieve, con otras más pequeñas, y diciendo: Francisco, estas pellas chiquitas son tus hijos, y esta grande es tu mujer, por tanto abrázala como á tal. Y desta manera el santo varón con el gran frío del cuerpo apagó el fuego que había encendido el enemigo. Considerando pues nuestra virgen estos hechos heroicos, esforzada con el mismo espíritu, se metió en un grande tinajón de agua fría, y desta manera con la frialdad de la carne apagó la llama que el enemigo en ella había encendido, dejándolo avergonzado y confuso por verse por tan alta manera vencido, considerando que había dado materia de esclarecida victoria á quien pensaba vencer en aquella batalla. Pues por este ejemplo verá el cristiano lector la alteza del espíritu desta esposa de Cristo, y verá también cuán grande es el temor que los perfectos cristianos tienen de ofender á Dios y cuán extraño el aborrecimiento del pecado, pues á tales trances se ponen por no caer en él. Porque sin duda ésta parece haber sido la causa de la enfermedad desta virgen de Cristo: porque uno de los accidentes della era que cargándole cuanta ropa podía sufrir en la cama, no podía entrar en calor: por do parece que aquella grande frialdad de tal manera penetró y se apoderó de todo su cuerpo, que ninguna ropa bastaba para metello en calor.

Á esta esposa de Cristo escribió el Padre Ávila aquel exce-

lente tratado de *Audi filia, & vide, &c.* que es muy acomodado al estado del propósito virginal: el cual estimaba ella en tanto, que lo llamaba mi tesoro. Mas después de los días della lo acrecentó el Padre y enriqueció con tantas y tan graves y devotas sentencias, que con mucha razón se puede llamar un gran tesoro. Esto baste desta virgen.

De doña Leonor de Inestrosa.

§. VI.

En la misma ciudad de Écija hubo una señora principal, grande discípula deste Padre, mujer casada con Tello de Aguilar, que es un mayorazgo noble en aquella ciudad: el nombre desta señora era Doña Leonor de Inestrosa, noble alcuña de aquel linaje. Mas ella trocó ésta por otra más noble. Ca escribiéndome algunas cartas, se firmaba Doña Leonor del Costado, por ser ella devotísima desta rosa hermosísima. Posaba en casa desta señora el Padre Ávila, y cumplióse en ella lo que el Salvador promete diciendo que si en la casa donde fueren recebidos, hubiere algún hijo de paz, descansará sobre él vuestra paz: quiere decir, hacerse ha participante de vuestros bienes y gracias. Dos cosas notables diré desta señora. La una fué que falleciendo una hijica suya de once ó de doce años á medio día, dije yo (que presente me hallé) que se debía llevar á enterrar aquella tarde, recelando la pena que ella como madre recibiría teniendo toda la noche el cuerpo difunto de la hija en casa. Á esto respondió ella: Padre, ¿por qué tengo yo de recelar de tener toda la noche un cuerpo santo en mi casa, como lo era el desta niña? Y díjome después que fué tan grande la consolación que su ánima recibió considerando que aquella niña iba á gozar de Dios, que con ningunas palabras lo podía explicar. Y añadió más, que recibió grande pena con las señoras que en aquel tiempo acudieron á visitarla, porque le impedían algún tanto el gusto de aquella grande consolación, en la cual quisiera ella estar ocupada noches y días. Este lenguaje ¿cómo lo entenderá el mundo? Mas entendíalo el Apóstol, el cual aconseja á los cristianos que no imiten á los gentiles, que lloran sus muertos, porque no esperan otra vida: mas el cristiano que participa el espíritu desta señora, alégrese con la esperanza firme de la vida advenidera.

Otra cosa notable me contó ella, y fué ésta, que estando con dolores de parto, no se halló presente el Padre Ávila, que en estos tiempos la socorría (como huésped agradecido) con el favor de sus oraciones. Y como ella se vió desamparada deste socorro, presentóse con el espíritu á nuestro Señor con una profundísima humildad. Y aquel Señor que sabe agradecer la huespedería que se hace á sus siervos, asistió en lugar del buen huésped: y me certificó ella en toda verdad que en el punto del mayor dolor que se tiene en los partos, ninguno sintió, porque el Señor por su especial providencia y amor que tenía á esta buena ánima, dispensó con ella en la pena á que están sentenciadas todas las mujeres en sus partos. Era esta señora muy temerosa de conciencia: porque aunque era lenguaje suyo muy usado decir que nuestro Señor la amaba, dudaba ella de su amor para con Él. Y así este Padre le escribía muchas cartas para templar estos demasiados temores y esforzarle su confianza: las cuales cartas andan impresas con las otras suyas, y entre ellas es una excelentísima, que está en el fin del primer tomo de su Epistolario, muy eficaz para esforzar á personas desmayadas y desconfiadas. Comulgaba esta señora con mucha devoción, y decía muy discretamente que tenía gran reverencia el día de la comunión á sus pechos, por haber recebido en ellos tan grande Majestad.

Y con ser tantas sus virtudes, no quiso nuestro Señor que saliese desta vida sin una gran corona de paciencia. Porque cinco años antes que falleciese, le nació un cancro en el pecho, el cual todo este tiempo iba siempre labrando poco á poco con un humor tan maligno, que le carçomía hasta los mismos huesos del pecho, y en llegando al corazón, le acabó la vida. Y la causa por donde nuestro Señor visita algunas veces sus grandes siervos desta manera, es por no privarlos de la gran corona de la paciencia, cuando la persona tiene virtud y gracia para poder con la carga.

De otra señora.

§. VII.

SALGAMOS de Écija y vengamos á Córdoba, donde este Padre entre otras cosas que en su lugar apuntamos, hizo una de las mayores hazañas que se han visto en nuestros tiempos: por-

que predicaba en sus sermones algunas palabras enderezadas á sacar algunas mujeres que por pobreza estaban en pecado, y repetía aquellas palabras con que los hijos de los profetas daban voces á Eliseo, diciendo: *Mors in olla, vir Dei, mors in olla.* Y así clamaba él diciendo: Pobrecita miserable, la muerte está en la olla, la muerte está en esa olla de que te sustentas. Rejalgar es eso que comes, que trae consigo no muerte temporal, sino muerte eterna. Con estas palabras y con otras semejantes, que herían de agudo los corazones, se movió entre otras personas una mujer noble, á la cual su pobreza había traído á un estado tan miserable, que estaba envuelta años había con un personaje de quien tenía ya tres hijos. Mas nuestro Señor (cuya misericordia no tiene cabo) tocó el corazón desta mujer con un tan grande tocamiento, que se determinó de todo corazón de salir de aquel estado miserable: mas no hallaba manera para esto por su pobreza y por ser el personaje poderoso y estar muy apoderado della con la posesión de tantos años. Siendo desto sabidor el Padre Ávila y certificado de la firmeza y propósito della, confiado en Dios, se determinó de sacar esta ánima de pecado. Para lo cual era menester mucha industria y fortaleza y mucha costa para acabar este negocio, por tener un tan poderoso contrario: el cual bramaba como la osa cuando le hurtan los hijos, y amenazaba muertes y otras cosas; y con todo esto el Padre llevó adelante su propósito, y de primera instancia la mujer se salió de su casa y se fué al Monesterio de Santa Marta, y de ahí la hizo el Padre llevar á Montilla, para asegurarla con la autoridad y sombra de la Marquesa de Pliego. Y porque se temían que el personaje (que estaba siempre en espía) saldría con mano armada á saltearla en el camino, fué menester que el Padre hiciese oficio de buen capitán y proveyese de gente de á caballo y de un alguacil de justicia, para sacarla de Córdoba y llevarla al lugar susodicho. Y porque ni allí estaba bien segura del enemigo, dió orden cómo de allí fuese llevada á Granada, adonde con la doctrina del Padre caminando por sus pasos contados, llegó á tanta perfición, que por consejo del mismo Padre (con ser tan limitado en las licencias para comulgar) comulgaba cada día con grande aprovechamiento de su ánima. Y así podemos decir que donde abundó el delito, abundó la gracia. Y en esta vida perseveró treinta años acabándola santísimamente: y en todo este tiempo el Padre la

proveyó de todo lo necesario mientra vivió, llevando hasta la fin con grande constancia y perseverancia y fidelidad lo que había comenzado, sin jamás faltar á aquella ánima que fiada de su palabra se puso en sus manos, desamparando el regalo en que vivía y (lo que más es) el amor de las hijas y de un hijico que ella muy tiernamente amaba.

Y aunque en este hecho se ofrecieron al principio grandes dificultades, y peligros, y recelos de murmuraciones y juicios del mundo, y mucha costa que para llevar esto adelante era menester, mas el Padre, lleno de confianza en Dios, ni paró en la costa, ni receló la infamia, ni temió el peligro, ni rehusó el trabajo, sino cerrados los ojos á todos los juicios del mundo y abiertos á solo Dios, acometió esta hazaña tan gloriosa, por sacar una ánima del cautiverio miserable en que vivía, por la cual Cristo diera su sangre, si la pasada no bastara. Y el suceso deste negocio y la santidad y perseverancia desta nueva Magdalena declaran haber sido ésta obra de Dios.

Ni rehusará mi buen amigo y señor Don Antonio de Córdoba, hijo de la cristianísima señora Marquesa de Pliego, que lo ponga yo en la lista destos triunfos, aunque otros también tienen parte en él: porque estudiando él en Salamanca y tratando familiarmente con los Padres de la Compañía de Jesús, le comenzó nuestro Señor á abrir los ojos para ver la vanidad y engaño del mundo. Y junto con esto comenzó también á recogerse y darse á la oración y ejercicios de penitencia. Fué desto avisada la señora Marquesa por los criados que le servían, que muy tiernamente lo amaba por su mucha discreción y virtud. Y refiriéndome esto su señoría, me dijo que había respondídoles por carta: Dejadle hacer lo que hace, porque eso es medio para que él sea más virtuoso. Porque os digo, Padre Fray Luis, que no hay mayor contentamiento en el mundo que ver virtud en quien bien queréis. Vió esta señora la hermosura de la virtud con los ojos que dicen que la miraba Platón (porque ella realmente es la más hermosa cosa del mundo) y por eso dijo estas palabras tan de notar. En este mismo tiempo se vió este señor con el Padre Francisco (espejo de toda virtud y santidad y menosprecio del mundo) y le dijo que le quería tomar cuenta de la lumbre que nuestro Señor le había dado. Viendo pues el Padre Ávila la disposición grande que en este señor había, le aconsejó que entrase en la

Compañía de Jesús, por donde nuestro Señor le había comenzado á llamar. Y no fueron menester muchas persuasiones, según él estaba ya movido, y así lo hizo, renunciando todas las esperanzas que el mundo ofrecía á quien tantas partes y tanta nobleza tenía, por seguir la humildad y pobreza de Cristo. Y esto fué en tiempo que el Papa Julio III lo había ya nombrado para Cardenal. Y como la entrada fué tan privilegiada de Dios, así lo fué la estada y perseverancia hasta la muerte. Y entre otras virtudes suyas era grande amigo de la oración y predicador della. Y así encomendando esta virtud en un sermón, se maravillaba cómo los hombres en vida tan acosada de trabajos y de necesidades y tentaciones podían vivir sin el socorro desta virtud. Y discurriendo por todos los estados, decía: Mujercica, ¿cómo puedes vivir sin oración? Labradorcico, ¿cómo puedes vivir sin oración? Y repitiendo estas mismas palabras, discurría por todas las otras cualidades de personas. Y tenía él cierto mucha razón de maravillarse, pues no tenemos otro remedio después de aquella desnudez en que nuestros padres nos dejaron, sino recorrer con la oración á la misericordia de nuestro Reparador.

Y no dejaré de decir aquí una cosa que parecerá menuda entre tantas otras virtudes, pero es digna de que sea sabida de los que están obligados á rezar el oficio divino. Díjome pues una vez que rezásemos maitines, y puesto de rodillas añadió diciendo: Algunos convidan á rezar á otros como á oficio de muy poca importancia, con estas palabras: Andad acá, digamos *Pater noster,* por prima ó por tercia, &c. No me parece (dijo él) que se debe comenzar la hora sin alguna preparación interior del ánima, y así lo hagamos agora. Y desta manera estuvimos ambos de rodillas un razonable espacio, recogiendo el corazón. Y esto hecho, comenzamos á rezar muy pausada y devotamente. Pluguiese á Dios que con este mismo espíritu y aparejo rezasen todos los clérigos el oficio divino, porque desta manera serían sus ánimas muy aprovechadas: mas de otra manera es poco el fruto que de aquí se saca, porque es pequeño ó ninguno el aparejo con que se reza.

Y por no salir de la Compañía de Jesús, me pareció poner aquí al Padre Don Diego de Guzmán, hijo según la carne, del Conde de Bailén, y según el espíritu, del Padre Ávila, y tan devoto suyo y tan agradecido al beneficio de su llamamiento, que por ruegos suyos tomé yo el trabajo de escribir esta historia, pro-

metiéndome el ayuda de sus oraciones y misas por él. Y así confío en nuestro Señor que sus oraciones habrán suplido mis faltas. Y con todo esto no diré dél más que lo que sé por vista de ojos. Y esto es, que antes que entrase en la Compañía, se juntó con un Padre muy virtuoso y docto, y ambos andaban juntos por diversos lugares sin algún aparato de criados, aprovechando á la salud de las ánimas en todo lo que podían, repartiendo entre sí los oficios: porque el otro, que era teólogo, predicaba con grande fervor y espíritu, mas él tomaba á cargo enseñar la doctrina á los niños, y ayudando con su buen ejemplo y consejo á todos. Y después de haber ejercitádose en este oficio evangélico, ambos entraron en la Compañía de Jesús. Y el uno, después de haber trabajado muchos años en la viña del Señor con mucha edificación de las ánimas, está ya gozando del denario diurno, que es del premio que el Señor de la viña le prometió por concierto, por ser de los que comenzaron á trabajar á la hora de prima, y sufrió todo el peso del calor y del día. Mas estotro Padre hoy día vive, y según entiendo persevera en el mismo oficio de enseñar la doctrina á los niños.

También el bendito Padre Juan Ramírez fué de los llamados á la hora de prima: porque de muy pequeña edad comenzó á servir á nuestro Señor, guiado por el Padre Avila, por cuyo consejo entró en la Compañía después de haber predicado muchos años fuera della, en la cual perseveró hasta la muerte, habiendo cuarenta años que predicaba en España en diversas provincias y ciudades con grandísimo fruto y consolación de las ánimas. Y cual fué la vida, tal fué el fin della. Porque estando muy al cabo de una grave enfermedad por la Semana Santa, y trayéndole el miércoles della el Santísimo Sacramento, alegróse tanto de verlo, que dijo estas palabras muy suyas: Oh amado, amado, ¿es posible, es posible que yo haya de morir el día que Vos moristes por mí? Así lo dijo, y así lo pidió á nuestro Señor, y así se lo concedió, sacándole desta vida con este regalo á la misma hora que el Salvador expiró en la cruz, como todos los que se hallaron presentes lo testifican. Y así su enterramiento fué tan acompañado y tan glorioso como fué la hora de su acabamiento.

Al fin de todos estos llamamientos pondré el de Juan de Dios, del cual había mucho que decir, si no estuviera escrita su vida, y bien escrita. Este hermano fué de nación portugués, na-

tural de Monte Mayor el Nuevo. Y fué mucho tiempo pastor de ganado, y después soldado, y al fin trabajador. Venido á Granada, y oyendo un sermón al Padre Avila día de San Sebastián, de tal manera le tocó nuestro Señor y de tal manera hirió su corazón, que hizo tan grandes extremos, que todos lo juzgaron por loco: pero no creó que lo era, por la razón que diré. Para lo cual es de saber que hay dos maneras de contrición y dolor de pecados: una común y ordinaria, y otra extraordinaria, cual fué la de la Magdalena, que entró en medio del día al tiempo que el Salvador estaba comiendo con sus discípulos y otros convidados, sin hacer caso de tantas cosas como había allí que mirar, porque la violencia del dolor cerró los ojos á todo esto. Y en la Vida de nuestro Padre San Vicente Ferrer se escribe que predicando él con aquel grande espíritu que el Señor le había dado, hubo hombres que heridos con la fuerza de sus palabras, daban voces en presencia del pueblo, confesando sus pecados. Y en el capítulo quinto de San Juan Clímaco, en que trata de la penitencia, cuenta cosas espantosas de las penitencias de aquellos monjes. Y por esto no me escandalizan estos extremos que se vieron en Juan de Dios, mayormente siguiéndose después desto una tan grande santidad como fué la de su vida, testificada con la solemnidad admirable con que toda la ciudad de Granada y todas las Órdenes se juntaron á celebrar su enterramiento. Pues como el principio de la conversión deste hermano fué por la doctrina del Padre Avila, así también lo fué el proceso de su vida: en la cual veremos á la letra cumplido lo que el Apóstol dice, que escoge Dios los estropajos y heces del mundo para hacer obras muy grandes, como lo vemos en este hermano, el cual quiso nuestro Señor que habiendo sido pastor y trabajador y soldado, fuese autor de una nueva Religión para remedio de enfermos y pobres, que se va cada día extendiendo por el mundo, confirmada ya por autoridad de la Santa Sede Apostólica.

DE LOS MEDIOS

CON LOS CUALES SE CONSIGUIÓ EL FRUTO Y APROVECHAMIENTO DE LAS ÁNIMAS, DE QUE HASTA AQUÍ SE HA TRATADO.

CAPÍTULO VI.

VISTO este fruto tan señalado, ó por mejor decir, estos tan gloriosos triunfos que se siguieron de la doctrina deste evangélico predicador, su historia está pidiendo que declaremos por qué medios alcanzó estos triunfos, para que los que así desean triunfar de nuestro común adversario y del pecado que él trajo al mundo, sepan el camino. Y aunque esto en parte está ya declarado con los ejemplos de las virtudes deste Padre, que aquí habemos referido, todavía añadiremos algo á lo que está dicho.

Pues entre las ayudas de que él se aprovechó para este efecto, la primera y más principal era la oración, suplicando íntimamente á nuestro Señor diese virtud y eficacia á su palabra, acordándose que como la red de San Pedro trabajando toda la noche con fuerzas humanas, ningún pece había prendido, mas ayudada con las divinas, hinchió ambas las navecicas dellos, entendió este varón de Dios que esto mismo acaece á los predicadores en esta pesquería espiritual de las ánimas. Y por esto acudía él á nuestro Señor en la oración, diciéndole que en su nombre tendería la red. Ésta era la primera y más principal ayuda de que este pescador se valía para este oficio, afirmando que los hijos espirituales que con la predicación se ganaban, más eran hijos de lágrimas que de palabras.

La segunda cosa que hacía era ordenar todas las sentencias y razones de su predicación á fin de sacar las ánimas que estaban caídas y muertas en pecado, y también á dar doctrina para conservar las que estaban ya en pie. Mas lo primero era lo que señaladamente pretendía. Y así de la manera que cuando un pescador va á pescar, su intento es trabajar por volver á su casa con ganancia, así lo pretendía este Padre en sus sermones, y esto le

hacía tener por cosas impertinentes las que para este propósito no servían. Y esto mismo le hacía hablar siempre al corazón, sin divertirse á otras materias sutiles ó curiosas.

Tenía también otra cosa, que aunque llevaba el sermón muy bien enhilado, como persona de letras y ingenio, mas yendo de camino y prosiguiendo su intento principal, iba sacando de lo que decía algunos breves avisos y sentencias para diversos propósitos: ó para esfuerzo de los tentados, ó para consuelo de los tristes, ó para confusión de los soberbios, ó para personas de diversos estados, de modo que de un camino hacía muchos mandados. Por donde estando yo asentado oyendo un sermón suyo par del Licenciado Vargas (que después fué embajador en Venecia) considerando él lo que tengo dicho, acudió él muy bien diciendo que su predicación era red barredera, porque iba dando avisos á todo género de personas. Mas por esta razón yo la comparaba con esta invención que agora la malicia humana ha inventado, encerrando muchas pelotillas en los arcabuces, para hacer más mal; pero este siervo de Dios buscaba esta invención para más aprovechar.

Y porque es común sentencia de los doctores que la doctrina moral predicada en común aprovecha menos, y por eso conviene descender á tratar en particular así de las obras virtuosas para ejercitarlas, como de las viciosas para evitarlas, por tanto, este sabio predicador descendía muchas veces á tratar destas obras. Y para declaración desto pondré aquí un ejemplo de San León Papa, en el cual desciende á tocar en particular lo uno y lo otro por estas palabras: Sean, hermanos, nuestras delicias las obras de piedad y el uso de los manjares que nos crían para la eternidad. Alegrémonos en dar de comer á los pobres, y deleitémonos en vertir la desnudez ajena con las ropas necesarias. Sientan nuestra ayuda y humanidad los enfermos, y la flaqueza de los dolientes, y los trabajos de los desterrados, y el de las viudas desconsoladas: en las cuales cosas ninguno hay tan pobre, que no pueda ejercitar alguna parte de caridad: porque no es pequeña la hacienda del que tiene el corazón grande, ni el mérito de la piedad se mide con la grandeza de la dádiva, porque nunca carece de merecimiento en el que poco tiene, la riqueza de la buena voluntad. Mayores son las dádivas de los ricos, y menores las de los medianos: mas no es diferente el fruto de las

obras, donde no se diferencia el afecto de los que las hacen. Y en esta oportunidad de ejercitar estas virtudes hay otras que se ejercitan sin menoscabo de nuestros tesoros y sin diminución de nuestra hacienda, si despedimos de nosotros los vicios deshonestos, si huímos de demasiados comeres y beberes, si se doma la concupiscencia de la carne con las leyes de la castidad, si los odios se mudan en caridad, si las enemistades se convierten en paz, si la paciencia apaga á la ira, si la mansedumbre perdona la injuria, si de tal manera se ordenan las costumbres de los señores y de los criados, que el poder de aquéllos sea más blando, y la disciplina déstos más devota. Hasta aquí son palabras de San León Papa, las cuales bastan para que se entienda este documento susodicho (que es descender á estos actos particulares) el cual sirve grandemente para que la doctrina del predicador sea más provechosa.

Tenía también nuestro predicador otra cosa, que no se contentaba con mover los corazones al temor y amor de Dios y aborrecimiento del pecado, sino también proveía de avisos y receptas espirituales contra todos los vicios, y especialmente contra el pecado mortal, que comprehende á todos. Lo cual es contra algunos predicadores que contentos con mover los corazones, no proceden á dar avisos y remedios particulares, conformes á lo que piden estos movimientos. Los cuales compara muy bien Plutarco, diciendo que los que exhortan á la virtud y no enseñan los medios para alcanzarla, son semejantes á los que atizan un candil y no le proveen de aceite para que arda. Lo contrario de lo cual hacen los predicadores, cuyo intento es aprovechar de veras y guiar casi con la mano á los que desean enmendar, como este nuestro predicador lo hacía: el cual trabajaba con todas las fuerzas de su espíritu por sacar los hombres de pecado y instruirlos como un maestro de novicios en la carrera de la virtud.

Y para declarar qué manera de remedios eran los que él tomaba contra el pecado, saldré un poco de la historia para declarar esto más de raíz. Es pues agora de saber què no nacen los pecados de la ignorancia que los cristianos tienen de lo bueno y de lo malo. Porque (demás de la lumbre natural con que Dios crió al hombre) esto nos enseña la fe que tenemos y la ley que profesamos: mas procede esto de la corrupción de nuestro apetito sensual, que rehuye lo que la ley le manda: porque como dice

el Apóstol, la ley es espiritual, mas yo soy carnal, aficionado á las cosas de carne, que son contrarias á las del espíritu. De modo que está el hombre carnal como un hombre que tiene postrado el apetito del comer, el cual sabe que le va la vida en comer, y con todo eso no puede arrostrar al manjar. Pues así este hombre, por la parte que tiene fe, entiende que su salvación consiste en guardar la ley de Dios: mas el apetito desordenado de su carne no arrostra á ese manjar, y así se deja morir perseverando en sus pecados. Esta dolencia procede de la corrupción del pecado original, en que somos concebidos. Porque aquella ponzoña que imprimió la antigua serpiente con su infernal soplo en los corazones de nuestros primeros padres, se derivó también en los de sus hijos, y ésta es la que de tal manera estragó y pervirtió nuestro corazón, que le hace aborrecer todo lo que le ha de aprovechar, y apetecer todo lo que le ha de dañar, como acaece también á los enfermos que tienen el paladar estragado.

Pues ¿qué remedio? Vemos que contra la ponzoña de las víboras y serpientes inventaron los hombres la medicina que llaman del atriaca, la cual dicen que se compone de gran número de materiales acomodados á este remedio. Pues conforme á esto digo que la doctrina de la religión cristiana (que es perfectísima, como enseñada por el mismo Dios) entendiendo que el origen de todo nuestro mal nace deste soplo de aquella antigua serpiente, nos provee de otra finísima atriaca contra ella, compuesta de todas las cosas que sirven para remedio desta ponzona, que es para contrastar á la corrupción de nuestro apetito, y con esto nos preserva de la muerte del pecado. Preguntaréis: Pues ¿qué cosas son ésas? Respondo que éstas son: el huir las ocasiones de los pecados, el examen cotidiano de la conciencia, los ayunos, el silencio, la soledad, la guarda de los sentidos, especialmente de los ojos y de la lengua, y la del corazón, resistiendo con toda presteza á la primera entrada y acometimiento del mal pensamiento. Mas entre todos estos remedios los más principales son los sacramentos de la confesión y de la sagrada comunión, la oración, la lección de la palabra de Dios, la meditación de la muerte y del juicio divino que se sigue después della, y del misterio y beneficio de la sagrada Pasión, que es único remedio contra el pecado, pues por desterrarlo del mundo padeció y murió el Hijo de Dios.

Destos postreros seis remedios trata nuestro predicador divinamente en el libro de *Audi filia,* y destos mismos se aprovechaba él en sus sermones como de remedios y medicinas eficacísimas contra el pecado y para movernos á todo género de virtud y santidad.

Pues volviendo al propósito, éstos son los materiales que entran en la composición desta espiritual triaca que dijimos, con la cual se remedia el daño que de la ponzoña de aquella antigua serpiente se derivó en todos los hijos de Adam. Desta medicina, con todas las partes de que ella se compone, procuraron siempre usar los grandes Santos: la cual aplicaron al remedio desta ponzoña, y con ella de tal manera sanaron, que no sólo se libraron de todos los pecados mortales, sino también de muchos veniales, y no solamente no sentían contradición y repugnancia en la guarda de los mandamientos divinos, sino tan grande suavidad, que podía cada uno decir con el Profeta: En el camino de tus mandamientos, Señor, me deleité como en todas las riquezas.

Mas porque no es de todos usar de todos aquellos materiales que dijimos, use cada uno de los más que pudiere; porque cuanto más tomare dellos, tanto más perfectamente sanará, y tanto más libre estará de todo pecado, y más aventajado y medrado en toda virtud.

Ésta es, pues, la medicina que se halla en sola la religión cristiana, donde se enseñan y platican los remedios contra la dolencia de la naturaleza humana y contra la tiranía y malicia del pecado. De los cuales casi nada supieron los filósofos y sabios del mundo, y por eso, aunque escribieron altamente de los vicios y de las virtudes, y se vendieron por maestros dellas, mas ni ellos fueron virtuosos, ni hicieron tales á sus discípulos, ni tuvieron más de la virtud que la barba prolija y el hábito diferente, con que engañaban al mundo. Porque aunque sabían mucho de la naturaleza de las virtudes, pero faltábales esta medicina, sin la cual la carne prevalece contra el espíritu, y el apetito sensual contra la razón.

Esto me pareció referir aquí sumariamente que eran los medios más ordinarios de que este Padre usaba para encaminar las ánimas á nuestro Señor. Mas querer declarar todos los otros modos de que usaba para este fin, nadie sería poderoso para explicarlos, porque éstos eran infinitos, como de hombre enseñado

por Dios y que siempre andaba todo absorto en este pensamiento: porque como un muy diestro capitán que tiene puesto sitio sobre un castillo muy fuerte y muy proveído de defensores, anda siempre ocupado en pensar por qué vía lo podrá mejor entrar, así este ministro de Dios andaba siempre ocupado en pensar diversos medios con que pudiese apoderarse del corazón humano, que es el castillo más inexpugnable del mundo, mayormente cuando es defendido por aquel fuerte armado del Evangelio, que tan á recaudo tiene lo que posee.

Ya es tiempo que lleguemos al fin de la jornada, en la cual quiso nuestro Señor sacar á su fiel siervo deste destierro y darle la corona merecida por tanto número de ánimas como encaminó á su servicio, y por tantos trabajos con tantas enfermedades de tantos años padecidas, de que tratamos arriba en la segunda parte. Mas no quiso este tan largo remunerador de trabajos que la muerte careciese de nuevos merecimientos con los dolores que en ella padeció. Porque año de 1569, por el mes de Marzo, estuvo este siervo de Dios muy apretado con recios dolores de la ijada y de los riñones, y al principio de Mayo siguiente, día de la Aparición del Arcángel San Miguel, su grande devoto, le comenzó un dolor en el hombro y espalda izquierda. Y pareció entonces á un Padre que tenía cargo dél, que esta indisposición era muy peligrosa y muy diferente de las pasadas. Y así le preguntó: ¿Siente vuestra merced que nuestro Señor lo quiere llevar para sí? Respondió que no. Otro día por la mañana vino el físico, y después de haberle visitado, entendió que estaba muy al cabo, y así lo dijo al Padre susodicho, añadiendo que si tenía de qué hacer testamento, lo hiciese. El Padre respondió que no tenía de qué hacerlo, porque como había siempre vivido pobre, así moría pobre. Y llegándose el médico al enfermo, le dijo: Señor, agora es tiempo en que los amigos han de decir las verdades. Vuestra merced se está muriendo: haga lo que es menester para la partida. Entonces el Padre levantó los ojos al cielo y dijo: *Recordare, Virgo Mater, dum steteris in conspectu Dei, ut loquaris pro nobis bona.* Y dijo luego: Quiérome confesar. Y añadió: Quisiera tener un poco de más tiempo para aparejarme mejor para la partida. Estaba ahí presente la señora Marquesa, y parecióle que debía decir misa el Padre susodicho que tenía cargo dél: el cual preguntó al siervo de Dios de quién quería que dijese

misa, si del Santísimo Sacramento, ó de nuestra Señora, que eran sus especiales devociones. Respondió que no, sino de la Resurección, como hombre que comenzaba ya á consolarse con la esperanza della. Entonces mandó la señora Marquesa traer hachas para darle el Santísimo Sacramento. Y cuando se lo traían, dijo: Denme á mi Señor, denme á mi Señor. Esto sería á las ocho ó nueve de la mañana: y el dolor que había comenzado la tarde antes, se pasó á la ijada izquierda, y subió al pecho y al corazón.

Pasada casi media hora después que recibió la sagrada Comunión, pidió la Extremaunción: y diciéndole que aun no era tiempo, que podía esperar algo más, respondió todavía que fuese luego, porque él quería estar en todo su acuerdo para oir y ver lo que en este sacramento se decía y hacía. Y así se hizo: y esto fué á la hora del medio día, y el dolor iba creciendo y apretándole el pecho: porque ni este tan breve espacio quería nuestro Señor que careciese de merecimiento, pues no había de carecer de galardón eterno. Preguntóle entonces la señora Marquesa qué quería que hiciese por él. Respondió: Misas, señora, misas. Llegó entonces el Padre Rector del colegio de la Compañía, y díjole: Muchas consolaciones tendrá agora V. R. de nuestro Señor. Respondió él: Muchos temores por mis pecados. No es razón que pasemos de corrida por todas estas palabras, pues todas son de mucha consideración. Porque sin duda gran jornada debe ser esta postrera, pues un tal varón que tan aparejado estaba (pues cada día confesaba y comulgaba) dice que quisiera tener más tiempo para aparejarse: y gran juicio debe ser el desta hora, pues este tan grande siervo de Dios teme la tela dél, y pide socorro de misas, que sirven para alivio de las penas del purgatorio. Porque ya que tuviese algo que purgar (lo cual no se debe creer de tales virtudes y tal vida) ¿no bastaban diez y siete años de tan grandes enfermedades como está dicho, mayormente valiendo más un día de los trabajos padecidos voluntariamente en esta vida, que muchos de las penas del purgatorio, que tienen más de necesidad que de voluntad? Y si nos espantan estos temores en tal persona, no menos lo deben hacer los de otros grandes santos que así temían la cuenta desta hora. Aquel grande Arsenio, grande en el mundo y mayor entre los monjes del desierto, como mostrase mucho temor en esta hora, y sus discípulos maravillados le dijesen: Padre, ¿y tú agora temes?

respondió el santo varón: Hijos, no es nuevo en mí este temor, porque siempre viví con él. Lo mismo preguntaron los discípulos en la misma hora al santo monje Agatón, y él respondió que temía porque sabía que eran muy altos los juicios de Dios y muy diferentes de los nuestros. San Hilarión, espejo de toda santidad, viendo que su ánima recelaba la partida, la esforzaba diciendo: Sal, ánima, sal, ¿qué temes? Setenta años ha que sirves á Cristo, y ¿temes la muerte? Pues ¿qué diré del pacientísimo y inocentísimo Job, que no tenía par ni semejante en la tierra? ¡Cuánto muestra que temía la tela deste juicio, cuando decía: Qué haré cuando se levantare Dios á juzgar? Y cuando me hiciere cargo de mis culpas, ¿qué le responderé? Pues por estos ejemplos entenderá el cristiano que los temores deste Padre no sólo no son argumento de imperfección, mas antes lo son de grande prudencia y perfección. Porque por esto dijo el Eclesiástico: Conserva el temor de Dios y envejécete en él. Esto es, aunque seas criado viejo y antiguo en la casa de Dios, no por eso dejes este temor. Y Salomón: Bienaventurado (dice él) es el hombre que está siempre temeroso. Justo era el santo Simeón: mas con toda su santidad y justicia era temeroso: porque (como dice una glosa) cuanto más tenía que perder, tanto más tenía por qué temer. Mas en este siervo de Dios (demás de lo dicho) había otra causa para temer, que era una profundísima humildad, en la cual había él echado muy profundas raíces: la cual virtud, cuanto hace al hombre tener mayor descontento de sí, tanto más le hace temer mirándose á sí, donde no ve sino defectos y flaquezas. Y con este santo temor acabó la vida este siervo de Dios, dejándonos con este clarísimo ejemplo de su temor la razón que todos tenemos de vivir y morir con él.

Preguntó luego la señora Marquesa dónde quería que se sepultase su cuerpo. Porque su Señoría y la señora Soror Ana, que lo tenían por Padre de sus ánimas (como arriba declaramos) quisieran que se sepultara en Santa Clara. Mas él respondió que no, sino en el Colegio de los Padres de la Compañía: á los cuales como había amado en vida, quísoles dejar esta prenda en su muerte.

Era ya la tarde, y el dolor iba subiendo al pecho: y uno de sus discípulos, que tenía un Crucifijo en las manos, se lo entregó, y él lo tomó con ambas manos, y besóle los pies y la llaga pre-

ciosa del costado con grande devoción, y abrazólo consigo. Y púsole también en la mano una cuenta de indulgencias que él tenía consigo, para que pronunciase el nombre de Jesús: el cual él pronunció muchas veces con el de la Virgen nuestra Señora. Era ya noche, y apretábale mucho el dolor, y decía á nuestro Señor: Bueno está ya, Señor, bueno está. Llegó el dolor hasta las once ó doce de la noche, y él perseveraba diciendo, aunque ya con la voz muy flaca, Jesús María, Jesús María, muchas veces. Un Padre le tenía el Crucifijo en la mano derecha, y otra persona la vela en la izquierda. En todo este tiempo ninguna mudanza hizo en su rostro ni en los ojos, de las que suelen hacer algunos enfermos: mas antes la serenidad de rostro, que siempre tuvo en la vida, conservó en la muerte. Y apenas estuvo un cuarto de hora sin habla, y con esta paz y sosiego dió su espíritu á nuestro Señor, pasando de la paz y sosiego de la gracia á la que recibiría luego en la gloria, junto con la corona merecida con tantos trabajos y tanto fruto en las ánimas de los fieles. Y cuál sea el grado de gloria que allí recebiría, declara nuestro Señor en el Evangelio diciendo que el que hiciere y enseñare, esto es, el que guardare los mandamientos de Dios y los enseñare á guardar á otros, será grande en el reino de los cielos. Y por este oficio se debe especial gloria y corona á los que han entendido en ayudar á salvar á otros, conforme á las palabras de Daniel, que dice (1): Los que fueren justos resplandecerán como el cielo: mas los que enseñan á otros á serlo, resplandecerán como estrellas en perpetuas eternidades. Y esto nos pronostica en este siervo de Dios el día en que nació, que fué de la Epifanía, donde la estrella guió aquellos santos Reyes al pesebre del Salvador, pronosticándonos en esto que el niño que ese día nació, había de ser estrella resplandeciente en la Iglesia de Dios, que había de encaminar muchas ánimas al servicio de su Criador, como consta por todo lo que hasta aquí se ha dicho. Y como nació en este día, que nos representa el oficio para que Dios lo escogía, así murió el día que el santo Job acabó (según la cuenta del Martirologio Romano) para dar á entender que no sólo había de recebir corona de doctor, sino también de paciencia, la cual conser-

(1) Dan. 12.

vó tan enteramente en diez y siete años de las enfermedades que dijimos.

Fué nuestro predicador muy devoto del apóstol San Pablo, y procuró imitarle mucho en la predicación y en la desnudez y en el grande amor que á los prójimos tuvo. Supo sus Epístolas de coro. Fueron maravillosas las cosas que deste santo Apóstol predicaba y enseñaba. Teníale singularísimo amor y reverencia, y así en las epístolas que nuestro predicador escribió, le imita maravillosamente. Y es de ver que todas las veces que se le ofrecía declarar alguna autoridad deste santo Apóstol, lo hacía con grande espíritu y maravillosa doctrina, como consta de todos sus sermones y escritos.

Hallará el cristiano lector en esta vida que habemos escrito, muchas cosas de que con razón se pueda edificar y maravillar, y especialmente del fervor y sed insaciable que este varón de Dios tenía de la salvación de las ánimas, la cual por tantos medios y invenciones procuraba, predicando, escribiendo cartas, ordenando estudios y colegios, sustentando pobres y respondiendo á todas las horas á los que venían á tomar su consejo. Pero de lo que yo más me maravillo es ver que con toda esta muchedumbre de sus continuas ocupaciones con los prójimos, no por eso perdía aquella acostumbrada mesura y serenidad del hombre exterior, ni tampoco el recogimiento y ejercicios del interior. Y la causa desto parece haber sido la orden de su vida: porque el día daba á los prójimos, mas la noche, á imitación de Cristo, gastaba con Dios. Y demás desto, de tal manera trataba con los prójimos, que no perdía del todo la unión de su espíritu con Él, procurando (como enseña San Juan Clímaco) conservar la quietud interior del ánima entre la variedad y muchedumbre de los negocios del cuerpo, que es obra de varones perfectos.

Y aunque las virtudes y la vida que habemos historiado, basta por milagro, pues fué tan diferente de la de los otros hombres, mas todavía sus discípulos cuentan algunos milagros suyos, los cuales no me atreví á escribir por no estar autenticados por los ordinarios. Murió este Padre á diez de Mayo de 1569. Fué muy sentida su muerte así de la señora Marquesa, que lo tenía por padre, como de la señora Soror Ana, que en el mismo lugar lo tenía. Y toda la Clerecía de las iglesias, y las religiones de San Augustín y San Francisco, y los Padres de la Compañía de Je-

sús llevaron su cuerpo á la iglesia de la misma Compañía, donde está sepultado en la capilla mayor á la parte del Evangelio. Y hízose en la pared un arco para poner la caja en que está el cuerpo, y una losa en la cual están escritos estos versos.

MAGISTRO IOANNI AVILÆ

PATRI OPTIMO,

VIRO INTEGERRIMO, DEIQUE AMANTISSIMO,

FILII EIUS IN CHRISTO P.

Magni Avilæ cineres, venerabilis ossa magistri,
Salvete, extremum condita ad usq; diem.
Salve, dive Pater, pleno cui flumine cœlum
Affluxit, largo cui pluit imbre Deus.
Cœli rore satur, quæ mens tua severat intus,
Milleduplo retulit fœnore pinguis ager.
Quas Tagus, ac Betis, quas Singilis aluit oras
Ore tuo Christum buccina personuit.
Te patrii cives, te consulturus adibat
Advena, tu terris numinis instar eras.
Quantum nitebaris humi reptare pusillus,
Tantum provexit te Deus astra super.

IPSE LECTORI.

Avila mi nomen, terra hospita, patria cœlum.
Quæris quo functus munere? Messor eram.
Venerat ad canos falx indefessa seniles,
Quæ Christo segetes messuit innumeras.

VIDA

DE

DON FR. BARTOLOMÉ DE LOS MÁRTIRES

ARZOBISPO DE BRAGA

POR FR. LUIS DE GRANADA.

CAPÍTULO I.

COMO los cielos están siempre en continuo movimiento, así parece que las cosas de la vida humana ruedan también con ellos, pues vemos que nunca permanecen en un mismo ser. Lo cual señaladamente se parece en las vidas de los cristianos que agora viven, si las comparamos con las de los que al principio del Evangelio precedieron. De los cuales escribe San Lucas que siendo tantos y de tan diferentes estados, tenían todos un corazón y una ánima en Dios. Y en esto veremos claro cuánto han desdicho las costumbres de la cristiandad presente de aquélla que entonces floreció. Lo mismo en parte se podría verificar en los estados de los sacerdotes y de todas las dignidades eclesiásticas, y muy más particularmente en los perlados, los cuales si se compararen con los Ciprianos, Agustinos, Ambrosios, Gregorios y otros tales, veremos claramente la diferencia que han causado los tiempos entre los unos y los otros. Entonces florecía la observancia de aquel canon del Concilio Cartaginense cuarto, donde se manda que el obispo tenga una pobre casa y pobres alhajas para su servicio: y veremos cuánto ha prevalecido la costumbre y mudanza de los tiempos, pues aquel canon ya está olvidado por la costumbre que en contrario hay. Y la razón que para esto se puede dar, es la variedad de los tiempos presentes, que pide esta autoridad y aparato que vemos agora, para acabar muchas cosas que sin ella no se acabarían, por

la malicia de los tiempos y soberbia de los hombres, que si no es con este linaje de autoridad, no se quieren sujetar ni obedecer. Bien veo que no carece esto de fundamento y razón: mas como en las otras cosas, así en ésta se debe tener respeto á aquella común sentencia, *ne quid nimis,* porque medio tienen las cosas, el cual abraza la virtud, desechando los extremos por viciosos. Y para que vean nuestros tiempos (á quien echamos la culpa de nuestros defectos) que sin tanto resplandor y aparato, no faltando la virtud, se puede muy bien gobernar la Igesia, propondré aquí un ejemplo muy notorio de nuestra edad, en el cual se verá claramente cómo este Perlado, cuya vida escribimos, pudo gloriosamente gobernar sus iglesias y acabar cosas que ninguno de sus antecesores, aunque algunos fueron hijos de reyes, pudieron acabar, sin ayudarse para eso ni de la nobleza del linaje, que suele poder mucho en estas cosas, ni deste resplandor ni autoridad temporal. Servirá esta historia para que los que fueren celosos de la salvación de sus almas y de sus ovejas, reciban este desengaño y tengan este ejemplo que imitar, y los que no lo hicieren, no tengan con que honestamente excusarse. Aunque sin este ejemplo debría bastar la autoridad de la santa Escritura, donde nuestro Señor por el profeta Ecequiel reprehende el aparato de los perlados, dándoles en rostro diciendo que imperaban con autoridad y con potencia. Y si esto era inconveniente en aquella ley, que con el resplandor de las riquezas del templo pretendía mover á reverencia los corazones carnales de aquellos hombres, ¿cuánto más lo será en la nuestra, que como escribe San Jerónimo, fundó Cristo pobre, y sus Apóstoles pobres, y los sucesores dellos otros tales? Lo cual entendía muy bien nuestro religiosísimo Arzobispo, el cual en el Concilio Tridentino propuso en quel sacro senado esta querella, señalando los perlados de cierta nación, los cuales venían más como grandes señores del mundo que como ministros de Cristo: y lo que aquí propuso con palabras, guardó todos los veinte y tres años que gobernó su iglesia. Mas ya es tiempo que entremos en su vida, y veamos cómo vino á esta dignidad, y cómo vivió, y cómo enseñó, y cómo se conoció, y cómo después viéndose cargado de años se descargó deste oficio, y (como él decía) quitó de sí esta braga de hierro que grandemente le atormentaba.

Comenzando por lo que se suele escribir, por los principios,

fué este insigne Perlado natural de la ciudad de Lisboa, hijo de honestos padres, no ricos, sino de humilde fortuna: para que por aquí se vea cuánto puede la gracia que así levanta y ennoblece la naturaleza. Siendo pues ya de edad competente, determinó de hurtar el cuerpo á los peligros y lazos del mundo, entrando en la religión de nuestro Padre Santo Domingo el año 1527 en el convento de Santo Domingo de Lisboa. Y después de los ejercicios de su noviciado, hizo profesión á 20 de Noviembre de 1529, siendo General el Maestro de la Orden Fr. Francisco Ferrariense. Estudió con tanta diligencia sus artes y teología, que de allí á algunos días le asignaron por lector en el insigne monasterio de Nuestra Señora de la Victoria, que por otro nombre se llama de la Batalla, donde leyó muchos años teología, y así se hizo muy consumado teólogo, y recibió el grado de maestro en teología el año de mil y quinientos y cincuenta y uno en el Capítulo General que la Orden celebró en Salamanca. Aprendió latinidad de once años, y entró en la Orden de trece á catorce: de manera que fué dos años novicio. Mas tornando al propósito, en aquel tiempo en que se ocupaba en el estudio de la teología escolástica, hurtaba el tiempo que podía para el estudio de la teología mística (que se alcanza con devotas oraciones y meditaciones) leyendo también los teólogos que della trataron, como San Dionisio, San Buenaventura, San Bernardo, Gersón y otros tales, de los cuales como solícita abeja recogía las flores de las sentencias más dulces y devotas que en ellos hallaba, de que recopiló un tratado breve que él traía siempre consigo, que después de acrecentado, se imprimió debajo deste título: Compendio de la Vida Espiritual. Y como él escribía esto, no para sacar á luz, sino para sí solo, no procuró entonces tanto poner las cosas por orden, cuanto recoger allí todos los buenos bocados que hallaba, con que él despertase su devoción. Mas venido este tratado á mis manos y de otras personas virtuosas, pareció que debía imprimirse y salir á luz, para que sirviese á la utilidad de muchos lo que este Padre había hecho para sí solo. Deste monasterio de la Batalla le mandaron ir á Evora á leer teología á Don Antonio, hijo del serenísimo infante Don Luis. Y aquí se ofrece ocasión de declarar el valor y entereza de su virtud: porque siendo levantado el dicho Don Antonio por rey en aquella tierra, y siendo el Arzobispo requerido y persuadido del pueblo

para que se conformase con ellos, nunca el amor que tenía á su discípulo, ni el alboroto ni persecución del pueblo fueron parte para moverle un punto de la entereza de la justicia debida á la Majestad del rey don Felipe nuestro señor: por donde le fué necesario ausentarse del furor del pueblo y acogerse á Galicia hasta que esta tempestad se acabase. Después desta lectura fué electo por prior del convento de Benfica muy contra su voluntad, aunque la casa era muy aparejada para su devoción y espíritu y para pegar el fuego que en su pecho ardía, á los súbditos que allí vivían. Y porque no se divirtiesen los nuevos súbditos saliendo á otras partes á estudiar las artes, él mismo á cabo de tantos años de lector de teología les leyó un curso de artes. Y á vueltas deste estudio de las letras trataba con gran diligencia de ocupar los religiosos en ejercicio de oración y diversas mortificaciones, á los cuales entre otras cosas decía: Hermanos, ya no os tengo de decir que traigáis los ojos bajos, y los brazos recogidos, y el paso sosegado, y la habla baja y religiosa, sino que os deis mucho á la oración: porque si así lo hiciéredes, como ella tiene virtud para componer el hombre interior, así la tiene para componer el exterior: y ésta es la verdadera composición que procede de lo interior del ánima, y que dura más: pero sin oración, esotra composición es postiza y fingida y como máscara que como no tiene raíces, luego se cae y suelta en risas y parlerías y cosas desta calidad. Desta manera el siervo de Dios gobernó aquel monasterio todo el tiempo que tuvo cargo dél. Morando en esta ciudad de Lisboa, tuvo comunicación con algunas personas espirituales, y platicando diversas veces con ellas, aprovechó más en el estudio de la mística teología, á la cual era muy aficionado: y lo que había aprendido en las escuelas de los efectos y virtud de la gracia, y de la caridad, y de la devoción y alegría espiritual, veíalo platicado por experiencia en estas personas. Y no es esto cosa nueva ni de poco fruto, porque otros excelentes y humildes teólogos suelen aprovechar mucho en el conocimiento de Dios y de la verdadera teología, tratando con personas espirituales: porque en las ánimas y vida déstas hallaba y veía verificado y declarado más perfectamente lo que ellos habían estudiado y leído: lo cual es muy conforme al estilo de nuestro Señor, que toma por instrumentos las personas más humildes para confundir y enseñar las almas. Por donde, á los que

desean aprovechar en esta divina teología, convendría, así como los que han estudiado medicina andan con un médico famoso para estudiar la práctica della, así á los teólogos escolásticos acabados sus estudios sería muy provechoso tratar familiarmente con personas espirituales, para ver platicado en ellas los que ellos estudian en los libros, para que juntamente con la ciencia tengan también gusto y experiencia de las cosas de Dios, que es propio de la mística teología, la cual gustando con la voluntad cuán suave y amable es Dios, enseña al entendimiento estas mismas perfecciones divinas, conforme á lo que dice el Profeta: *Gustate, & videte quoniam suavis est Dominus.* Dondo primero dice: Gustad, y después, ved: para que se entienda que del gusto de la voluntad se sigue el conocimiento del entendimiento, que es propio desta mística teología.

CAPÍTULO II.

DE CÓMO FUÉ ELECTO EN ARZOBISPO DE BRAGA.

En este tiempo gobernando este reino de Portugal la serenísima y cristianísima reina Doña Catalina, mujer que fué del rey Don Juan el Tercero, vacó el arzobispado de Braga, y como ella era de tan extremada virtud y cristiandad, deseaba hallar una persona muy religiosa para aquella iglesia, para que ella seguramente descargase su conciencia. En este tiempo un Padre que confesaba á Su Alteza y tenía muy familiar conocimiento deste Padre, le dió información de sus letras, virtud y religión, y entre otras cosas le afirmó que puesto en esta dignidad no había de mudar nada del trato y humildad que en su Orden tenía, así en el tratamiento de su persona como de su casa y familia. Y dando crédito Su Alteza desta información, se determinó de nombrarlo para este cargo: pero antes deste nombramiento fueron tantos los opositores y los fautores de otros, mayormente de los nobles, los cuales están persuadidos que todas las dignidades y honras se les deben por título de su nobleza, que fatigaron á Su Alteza con tantas contradiciones y quejas, que cansada con estas cosas vino á decir: Plegue á Dios que mientras yo gobernare, todos los perlados deste reino sean inmortales, porque no me vea otra vez en otro tal conflicto como éste. Mas con todo esto la cris-

tianísima Señora, fundada en temor y amor de Dios, resistió con estas armas todos los golpes y contradiciones, perseverando constantemente en lo que según Dios había determinado. Y mandando llamar á este Padre, siendo actualmente prior de Benfica, le declaró su determinación. Y alegando él por su parte las razones que tenía para excusarse de tan gran carga, propuso para ella su insuficiencia: mas Su Alteza le respondía que tenía otras informaciones de personas sin sospechas, diferentes de lo que él la decía. A lo cual replicó él diciendo que otros había de quien se tenía mejores informaciones en los tiempos pasados, los cuales como se vieron puestos en dignidades, se mudaron de lo que eran, y que á él podría acaecer lo mismo. Á lo cual Su Alteza como sabia respondió que éstos no se mudaron, sino descubrieron lo que eran. Mas el buen Padre ni con estas razones ni con otras se pudo inclinar á lo que Su Alteza mandaba. En este tiempo el Padre Provincial que entonces era de nuestra Provincia, le llamó á Capítulo después de Completas, y en presencia de todo el Convento de Santo Domingo de Lisboa, después de haberle hecho una plática conforme al propósito, haciéndole postrar en tierra le mandó en virtud de santa obediencia y so pena de descomunión mayor *latæ sententiæ* que aceptase aquel nombramiento que Su Alteza había hecho en él. Entonces atemorizado con este tan riguroso mandamiento del Perlado, que estaba en lugar de Dios, no disputando si podía ó no podía ponerle esta obediencia, húmilmente obedeció, y lo que no pudo acabar la Reina con toda su autoridad y razones, acabó la obediencia del Superior, fiando de nuestro Señor que lo que aceptaba por este medio, Él lo encaminaría á próspero fin. Y levantado en pie, dijo estas palabras en presencia de todos: Yo soy tenido en esta Provincia por hombre amigo de mi parecer: en esto propongo agora de serlo, que en todo cuanto sea posible y se compadezca con esta dignidad, no tengo de mudar la manera de vida que he tenido hasta aquí en la religión, así en el servicio y tratamiento de mi persona como en todo lo que tocare á mi casa y familia. Y vuelto al Crucifijo, dijo con un afecto de santo: Cristo, no me desampares. Después de consagrado, mientras estuvo en Lisboa, jamás salió fuera á caballo, nunca se ocupó en materia de dineros ni rentas, ocupado todo en lo que había propuesto, en lo cual se conservó todo el tiempo que rigió aquella iglesia. Y pretendiendo el Obis-

po de Santo Tomé y Abad del monasterio de Libanes, fraile desta Orden y vecino suyo, persuadirle que se autorizase más en la casa y familia y acompañamiento de su persona, y poniéndome á mí por tercero para esto, ni él ni yo pudimos acabar con él lo que se le pedía, alegando el ejemplo de San Martín, del cual se escribe que entrando en el obispado procuró ser el mismo que era, conservando la misma humildad en el corazón, y la misma pobreza en el vestido, que de tal manera cumplía con la dignidad de obispo, que no dejaba el propósito y estilo de monje. Luego que tomó la posesión del arzobispado, y vió la carga espiritual y temporal que sobre sí tenía, y la cuenta que había de dar de tantas ánimas y tantos negocios temporales que aquella prelacía tiene por razón de la jurisdición temporal que está aneja á ella, era tan grande la aflición y angustia de su ánima, que los días y las noches se le pasaban en llamar á nuestro Señor y suplicalle abriese camino para descargarle de aquella braga de hierro tan pesada: y con esto se le ponía delante la cuenta tan estrecha que había de dar de tantos millares de ánimas, y el temor de las penas del infierno, las cuales se le representaban tan al vivo, como si las viera con los ojos. Movido con estos temores, escribió al Papa dándole cuenta de su insuficiencia y pidiéndole con grande instancia le descargase de aquella carga, protestando que todas las faltas que hiciese en aquel oficio, cargasen sobre su conciencia. Pero aunque eran éstas sus diligencias y deseos, no por eso aflojaba en el cumplimiento de su ministerio, esforzándose al trabajo y pidiendo á nuestro Señor espíritu y fuerzas iguales á él. Y andando visitando sentían los visitadores (que dormían en el mismo aposento, por ser estrecha la posada) que se levantaba de noche, y se ponía de rodillas en un canto de la cámara, y con muchas lágrimas y suspiros pedía á nuestro Señor ayuda para cumplir con aquella tan grande obligación. Mas esto es poco para declarar las angustias y temores que su ánima padecía con esta carga. Y por acortar palabras, diré una cosa que si no pasara por mí, no la creyera. Y fué así, que pocos meses después que tomó la posesión del arzobispado, pasando yo por allí, insistió conmigo con todas sus fuerzas que negociase con Su Alteza le quitase aquella carga, encareciéndome tanto las angustias que su ánima con ella padecía, que llegó á decirme estas palabras: Yo no me ahorcaré, porque es ofensa de Dios: mas ya

he llegado á sentir las angustias que padece un hombre cuando se ahorca. De lo cual yo recebí tan grande pena y desconsolación por lo que tocaba á la honra de Dios y de su Orden, que no lo sabré explicar. Mas esto que yo vi y sentí, el suceso del gobierno deste Padre me ha declarado que fué una singular y admirable providencia de Dios, por los grandes bienes que deste temor se siguieron. Porque como escogiendo nuestro Señor á San Pablo por ministro y instrumento para procurar la salvación de las ánimas, le dió un tan entrañable amor y deseo de la salvación dellas, que codiciaba expenderse todo por causa de su remedio, hasta llegar á querer ser anatema de Cristo redentor nuestro por la salud de sus hermanos, así en el ánima deste siervo suyo infundió este tan gran temor, para que lo que en el Apóstol obraba el amor, en éste obrase este santo temor: el cual también no carecía de amor, porque éste es el estilo de aquella divina Sabiduría que dispone las cosas todas suavemente, y es ésta la consecuencia y orden de sus obras, la cual proporciona siempre las causas conforme á los efectos que quiere producir, y así da grandes fuerzas á los que han de hacer grandes cosas. Y no se maraville nadie de atribuir tanto á este temor, pues el bienaventurado San Jerónimo después de haber contado aquella espantosa penitencia que hacía en el desierto, viene á concluir que el temor grande que había concebido de las penas del infierno, le había condenado á aquella carcelería: aunque muy bien se entiende que ni en el un temor ni en el otro faltaba caridad y amor. Pues este temor le fué todo el tiempo que gobernó, una agudísima espuela, la cual hería su corazón de tal manera que de día y de noche nunca descansaba ni perdía un punto de tiempo que no le emplease en su oficio, de tal modo, que ya no vivía en sí ni para sí, sino todo estaba transformado en el cuidado de lo que había de hacer. Bien podía yo agora divertirme aquí y llorar la condición de nuestros tiempos, considerando cuán diferentes ojos tienen los hombres para saber mirar los oficios y dignidades eclesiásticas, viendo con cuánta sed y hambre se procuran estas sillas, las cuales este varón de Dios, que tenía ojos para mirarlas, las aborrecía más que la misma muerte, y con tanta ansia quería huir dellas, con cuanta las procuran los que de tales ojos carecen. Pues volviendo á nuestro propósito, entendiendo el siervo de Dios la carga que sobre sí tenía, parecióle que á él

decían y que con él hablaban aquellas palabras de los Proverbios de Salomón, que dicen así: Hijo, si saliste por fiador de algún amigo tuyo, mira que estás enlazado y obligado con las palabras de tu boca. Por tanto haz lo que te digo, hijo mío, y trabaja por librarte, porque has caído en las manos de tu prójimo, y por tanto discurre, date priesa, despierta á tu amigo, no des sueño á tus ojos ni te descuides: trabaja por librarte, como la cabra montés de la mano del que la tiene, y como el ave del lazo del cazador. Parece que estas palabras inspiró Dios á este siervo suyo, según el cuidado y diligencia que de día y de noche tenía en procurar el bien de sus ovejas. Éste era todo su cuidado, éste su oficio, éste su manjar, como dijo el Salvador: esto era lo que velando y durmiendo traía siempre ante los ojos, trabajando en esta viña del Señor de tal manera que se hallase descargado el día de la cuenta ante el padre de la familia, y merecedor de la paga prometida. Y con tanta ansia entendía en este negocio, que podía decir como el Profeta, que ni entraría en la morada de su casa, ni se acostaría en su cama, ni daría sueño reposado á sus ojos ni descanso á los días de su vida, hasta hallar lugar para el Señor y morada para el Dios de Jacob, el cual mora en las ánimas puras y limpias. Esto se verá claro en el proceso de la vida deste solícito y vigilante Pastor. Entrado ya pues nuestro buen Pastor por las puertas de la obediencia en este aprisco, la primera cosa que hizo fué mirar el dechado que había de imitar, por ordenar conforme á él su vida, porque en esto se acierta todo ó se yerra todo lo que adelante se ha de hacer. Y para esto, desviando los ojos de nuestro tiempos, púsolos en los de aquellos antiguos Padres de gloriosa memoria, de quien arriba hicimos mención (cuya santidad y vida está ya por el común consentimiento de la Iglesia aprobada) á los cuales con todas sus fuerzas procuró imitar. Y salió tan perfectamente con ello, que decía muchas veces el muy ilustre señor don Fernando Martínez, que fué por embajador del rey de Portugal al Concilio de Trento y trató muy familiarmente con él: Yo no sé cómo vivían San Agustín y San Ambrosio y los otros santos obispos, mas no sé qué más harían ni de qué otra manera vivieran de como este Padre vive. Este ejemplo con otros tales de nuestra edad, de que aquí no hago expresa mención, bastantemente nos declaran que aun en estos tiempos, donde las cosas de la virtud están tan caídas, es posible imitar aquellos santos pon-

tífices que en los tiempos pasados florecieron. Y para mayor cumplimiento, la primera cosa que él hizo fué sacar del Pastoral de San Gregorio y de los otros santos pontífices la manera de vida que los imitadores dellos han de seguir, para lo cual recopiló un tratado que llamó *Stimulus Pastorum,* en el cual trata muy en particular de las virtudes propias del obispo, esto es, de su doctrina, de sus limosnas, de su familia y casa, y otras cosas semejantes: el cual tratado dejó él en poder del Ilustrísimo Cardenal Borromeo, y dél vino á mis manos, y yo vista la utilidad y importancia del libro, sin licencia del autor le hice imprimir.

CAPÍTULO III

DE LA SOBRIEDAD, MODESTIA Y HUMILDE TRATAMIENTO DE SU CASA, PERSONA Y FAMILIA.

DESCENDIENDO pues en particular á la vida de nuestro Pastor, en la primera parte desta historia trataremos de las virtudes principales qne en él resplandecieron, y en la segunda, del cuidado y diligencia con que ejercitó su oficio pastoral. Acordándose pues primeramente de aquellas palabras del Eclesiástico, que dice: Trabaja por restaurar y remediar á tu prójimo, mas mira que de tal manera procures la salud ajena, que no pierdas la tuya, ansimismo consideraba aquel saludable consejo que el Apóstol escribió á su discípulo Timoteo, diciéndole: Mira por ti y por el oficio que tienes de dar doctrina, porque desta manera salvarás tu ánima y las de aquéllos que te oyen. Donde es de notar que primero dice que mire por sí, y después por el oficio que tiene, porque de lo primero se sigue lo segundo: porque el que está ya medrado y aprovechado en sí, fácilmente podrá aprovechar á otros. Lo cual es imitar la orden que vemos en las plantas, que primero se arraigan en la tierra y crecen, y después de crecidas dan fruto, y no antes: contra lo cual hacen los que quieren aprovechar á los otros, no estando ellos aprovechados en sí, y quieren ser primero maestros, sin haber sido buenos discípulos, y limpiar las conciencias ajenas, teniendo amancilladas las suyas, siendo verdad lo que el mismo Eclesiástico dice: *Ab immundo, quis mundabitur?* Y por ser muchos los que caen en este yerro, dice el bienaventurado San Bernardo que tenemos hoy en la Igle-

sia muchas conchas, porque es tanta la caridad de los que tienen oficio de enseñar, que primero quieren derramar que recojer en sí lo que después hayan de derramar. Considerando pues esto nuestro buen Pastor, entendió que primero había de reformar su vida y su casa que las ajenas: por tanto determinó guardar lo que al principio había prometido, que era conservar en su persona y en su casa la templanza y la modestia que él había tenido en el monasterio: lo cual de tal manera cumplió, que antes excedió la obra á la promesa, que faltó. Porque su cama era como la que tenía en el monasterio, muy estrecha, con sus mantas de lana, y sin cortinas y sin otro algún aparato: ni en ella se vió nunca sábana, si no fuese por dolencia, tampoco camisa de lino, sino de lana: en toda su casa no había una sola antepuerta, ni un paño de armas, ni cosa semejante, sino tan desnuda como la celda de un pobre fraile. Pues la familia era también proporcionada con lo demás, que era lo que en ninguna manera se podía excusar, y ésta húmilmente vestida, sin haber escudero en su casa, ni hombre de capa y espada, ni camarero que le vistiese ó desnudase, porque él solo se vestía y desnudaba, como lo usaba estando en su monasterio. La comida era una sola ración de vaca ó carnero, porque el pescado le defendían los médicos, por la mala disposición de una pierna. Al vino echaba tanta agua, siendo hombre de edad, que más parecía agua envinada que vino; y si por acaso le ponían algún manjar más exquisito en la mesa, en tocando en él lo mandaba dar á los pobres: y ofreciéndose huéspedes para comer con él, no quería extenderse á hacer larguezas demasiadas, sino que acordándose que aquélla era mesa de obispo, acrecentaba muy poco más de lo ordinario, por honra dellos. Y quien esta templanza culpare, puede culpar á San Agustín, en cuya vida se escribe que habiendo convidado á algunos obispos, uno dellos más curioso fué á ver lo que estaban aparejando, y viendo el poco recaudo que había, preguntó al santo varón qué tenía proveído para la comida y para los convidados. Respondió él: *Et ego vobiscum nescio:* esto es, tampoco lo sé yo como vosotros. La causa desto es porque los santos varones traen siempre tan levantado el corazón en las cosas altas y divinas, que se avergüenzan de divertirse á cosas tan bajas. Y esto aun entendía Séneca, filósofo gentil, el cual dice: *Major sum, & ad majora natus, quam ut sim mancipium corporis mei.* Que quiere decir: Mayor soy, y para ma-

yores cosas nací, que para ser esclavo de mi cuerpo. Y con ser tales las comidas de nuestro Pastor, no eran más regaladas las cenas, porque quería tener los ejercicios de su recogimiento y oración en la noche, antes de comer cosa alguna: y por esto en los días de cena mandaba poner en su antecámara un par de huevos con pan y vino, y después de haber estado buena parte de la noche con Dios, y tomada ya esta cena tan larga su ánima, salía á su antecámara solo, y sin servicio alguno comía sus dos huevos: y cuando era día de ayuno, poníanle allí la colación, y muchas veces la hallaban entera á la mañana, y dábanla á pobres: y con esta manera de abstinencia y con otras asperezas y disciplinas castigaba su carne y la sujetaba al espíritu, acordándose de lo que el Apóstol dice: Castigo mi cuerpo, y hágole servir al espíritu, para que no sea yo reprobado habiendo predicado á los otros. Y para dar á entender cuán vil cosa era el cuerpo, solía decir que el alma del hombre era como un ángel encerrado en el cuerpo de un caballo. Porque cierto es cosa admirable entre las cosas de Dios ver los altibajos de nuestra ánima. Y parte deste rigor guardaba aun en las dolencias. Por donde aconsejándole los compañeros en una mala disposición que se regalase algún tanto, respondió él: ¡Oh carne y sangre, cuántos abogados tienes! Era tan amigo de la pobreza y virtud evangélica, que le pesaba cuando le daban un hábito nuevo, y holgaba más con el que estaba ya usado, y dándole uno, el otro mandaba dar á los pobres. En esto se conformaba con el glorioso Agustino, el cual dice de sí mismo: Confieso que tengo vergüenza de traer una vestidura de paño fino, y por esto la vendo cuando me la dan, para que pues la vestidura no puede ser común, el precio sea común. Y como él era tan modesto en su traje, así quería que lo fuesen los clérigos. Y particularmente extrañaba tanto en algunos traer en las mangas de la camisa aquellas lechuguillas, que cuando en algunos las veía, las cortaba, condenando en los eclesiásticos toda demasía.

CAPÍTULO IV.

DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES, Y DE SU ORACIÓN Y MEDITACIÓN.

Era este varón de Dios muy amigo y grande encarecedor de la virtud de la oración, como arriba declaramos: y la que él tanto encomendaba á los otros, mucho más la tomaba para sí. Pero de tal manera se daba á la oración y á tratar con Dios, que recelaba no le acaeciese lo que á Moisén, que por estar tan de espacio en el monte tratando con Dios, vino el pueblo á aflojar y á adorar un becerro. Y por eso repartía el tiempo de tal manera, que á imitación del sumo pastor Jesucristo el día gastaba con los prójimos, y las noches con Dios, de tal manera que tocadas las Ave Marías se recogía en su aposento, donde muchas veces se oían sus clamores y suspiros con que trataba con Dios: y en esto gastaba buena parte de la noche, y en estudiar los sermones que había de predicar, los cuales algunas veces estudiaba estando de rodillas, para oir de nuestro Señor lo que había de predicar al pueblo. En este lugar y en este tiempo de las santas vigilias no entrevenía otra cosa sino Dios, despidiendo de su corazón todo otro cuidado y pensamiento. Y con ser él de su naturaleza muy cuidadoso de lo que había de hacer, había recebido esta particular merced de nuestro Señor, que en recogiéndose en su cámara, no le inquietaba nada la memoria de los negocios que estaban á su cargo, con ser tantos. Y si en este tiempo alguno llamaba á su cámara con algún negocio, despedíalo diciendo: *Sufficiat diei malitia sua.* Tenía también un vaso de agua á su cabecera para lavar los ojos en despertando por la mañana, por estar más libre del sueño y más atento á nuestro Señor. Y no se contentaba él con este ejercicio de la noche, sino andando camino y visitando, lo cual hacía todo el año, sacado adviento y cuaresma, que residía en su iglesia conforme al Concilio, siempre echaba delante los compañeros y los mozos un buen trecho, y él se quedaba solo orando, y meditando, y dando suspiros, que á veces se oían: y muchas veces puestos los brazos en cruz, traía los ojos levantados al cielo y puestos en Dios, y su divina Majestad se encargaba de mirar dónde su jumento ponía los pies: y

andando desta manera su camino, tomaba ocasión de cuantas cosas se le ofrecían para levantar su espíritu al cielo, mayormente cuando pasaba por algunos grandes riscos, porque se le representaban aquí las montañas en que los monjes antiguos hacían vida solitaria. Y así pasando por un lugar déstos, comenzó á alabarlo mucho, y diciéndole los compañeros que era aquélla la peor tierra del mundo, respondió que era muy buena *ad elevandam mentem*, como hombre que todo su pensamiento traía en Dios. Y este tiempo del caminar tenía él por el mayor de sus regalos, porque en él se entregaba todo á nuestro Señor, sin impedimento de negocios. Y así en lugar del tiempo que le faltaba en casa, se aprovechaba del que tenía en los caminos: por donde, si preguntando él á algún caminante que encontraba, cuánto había de allí al lugar, le decía que estaba cerca, le pesaba, por ver que se le acortaba el tiempo de su recogimiento y ejercicio interior. Y andando caminando, de tal manera repartía y ordenaba las jornadas, que nunca perdiese la misa. Estando en la ciudad, decíala antes que entrase en los negocios, á tiempo que la oyesen todos los que venían á negociar con él. Y con esta cuotidiana refección procuraba renovar y atizar el fervor de la caridad y devoción, que con la mucha ocupación de negocios suele resfriarse. Sabía él muy bien que este fervor en el estado de la naturaleza corrupta es como el calor en el agua que está al fuego, la cual apartada dél, poco á poco se va resfriando hasta volver á su naturaleza. Lo cual espiritualmente experimentan cada día las personas dadas á la oración, pues en apartándose della, luego sienten remitirse el calor de la devoción que en la oración habían adquirido: y por tanto el que quiere siempre estar devoto, trabaje en cuanto le sea posible por nunca apartarse deste divino fuego: de modo que ha de ser como horno de vidrio, que siempre arde, y no como horno de pan cocer, que á tiempos deja de arder. Este divino calor procuraba nuestro buen Pastor conservar con la misa de cada día. Verdad es que de propósito dejaba un día de la semana de decir misa, para renovar con esto la memoria del temor y reverencia que á este divino Sacramento se debe.

CAPÍTULO V.

DE SU GRANDE CARIDAD PARA CON LOS PRÓJIMOS, Y SEÑALADAMENTE PARA CON LOS POBRES.

PORQUE sería cosa prolija tratar de todas las virtudes que resplandecieron en la vida deste siervo de Dios, solamente haré aquí mención de dos principales, en que él fué muy extremado, que son caridad y humildad. La una, que es fundamento de todas las virtudes, y la otra, que es la primera y reina dellas, las cuales nos dejó el Salvador al fin de la vida muy encomendadas con aquel ejemplo memorable del lavatorio de los pies, que fué obra de grande humildad y caridad: porque lo uno y lo otro nos representa aquel lavatorio. Y como el varón de Dios tenía esto muy entendido, en estas dos virtudes procuró señalarse. Y diremos luego de su caridad para con los prójimos, porque por ésta se entenderá la que tenía con Dios. Pues primeramente, acordándose de lo que el Salvador dice: Lo que hecistes á cualquiera destos pequeñuelos hermanos míos, á mí lo hecistes, por eso no miraba á los pobres como á pobres, sino á la persona de Cristo, á quien representaban, y así nunca se importunaba con ellos, como muchos hacen. La orden que en esto tenía, era que después de haber pagado los salarios á sus criados y oficiales de justicia y familiares de casa, todo el remanente dello se gastaba con todo género de pobres, así de viudas recogidas y de otros pobres envergonzantes como de otra cualquiera manera de pobres: y á los envergonzantes mandaba dar cada mes cierto dinero, pan y vestidos y mantos para venir á las iglesias: y allende desto vestía cada año más de cuatrocientos pobres, y á muchos daba calzas y zapatos. Y para esto enviaba por el mes de Octubre á la feria de Bayona por paño para lo susodicho, y al Algarbe por pasas y almendras para los dolientes, de modo que á Dios hacía Señor de la renta de su iglesia, y él servía de procurador y despensero desta hacienda. Tenía también una particular devoción, que hasta hoy día estando recogido en su monasterio la conserva: porque de todo lo que le ponen delante, partía siempre la mitad para algunos pobres, así del pan como de la carne, fruta y de lo demás, en lo cual parece que tenía por convidado

á Cristo en el pobre, y así partía amigablemente la mitad con él. Tenía en Braga físico señalado con salario para todos los pobres. Holgaba tener los pobres delante de sí cuando comía, porque decía que éstos eran los banqueros por cuyo medio traspasamos todas nuestras caridades y obras pías al cielo. Y cada día se daba limosna general á cuantos pobres se juntaban en su casa, que eran más de mil los pobres ordinarios de su puerta: y tenía ordenado á sus criados que ninguno despidiesen sin limosna. Y entendiendo cuánto más necesaria es la limosna espiritual que la corporal, como verdadero padre tenía cuenta con lo uno y con lo otro. Cada día antes de partir la limosna, mandaba á un Padre sacerdote que les platicase la doctrina cristiana: y estas y otras tales son las invenciones de los fieles y prudentes siervos de Dios, que Él puso sobre su familia, para que les dé á sus tiempos su medida de trigo. Tenía también especial cuidado de los enfermos de la ciudad y de los hospitales, proveyéndolos de medicinas, azúcar y otras cosas de dolientes, y de médico que los curase. Lo mismo hacía con las Padres del monasterio de San Fructuoso y con otros monasterios de monjas pobres. Mandaba también recoger en su casa los peregrinos, y acostumbraba á decir que en aquella casa él solo era peregrino, y que todo lo que en ella había era de pobres, ni conocía otros parientes sino es éstos. Y á una hermana monja que tenía en el monasterio del Rosario de Lisboa, dábale tasadamente cada año lo necesario sin alguna demasía. Ni con pobres de otro obispado tenía cuenta, diciendo que toda la renta de aquel arzobispado era de los pobres dél. Y lo que más es, en tiempo de esterilidades y hambres tenía él la hambre ajena por suya. Acudía con grande caridad y providencia como verdadero padre de pobres á socorrer esta necesidad, enviando á comprar trigo donde había más abundancia en el reino ó fuera dél. Y con ser tan largo para con los pobres y tener tantas necesidades á sus cuestas, no por eso trataba de subir ni acrecentar sus rentas, antes en esto tenía gran moderación, porque ni los arrendadores dejasen de ganar, andando las rentas bajas, ni por otra parte perdiesen, andando altas, y se encareciese el precio de las cosas, como acontece cuando andan altos los arrendamientos. Por eso procuraba que sus arrendadores fuesen las personas más abonadas de la tierra. Y con esta moderación no crecían sus rentas, y á sus recibidores mandaba que las cobrasen con toda

suavidad, excusando prisiones y vejaciones. Y con ser tantas las cargas que tenía á su cuenta, y tan poca la renta, bastaba para todo, por tomar él para sí tan poco, y también porque á veces nuestro Señor como padre piadoso acrecentaba la hacienda que tan bien repartía. Por donde aconteció que tomando cuenta al cillerero del trigo que estaba á su cargo, se hallaron más de mil y quinientos alqueires (una medida de cuatro celemines de Castilla de pan) de más de lo que se metió en el granero, en lo cual no pudo haber yerro. Porque tomando el libro del recibo y gasto, sobrar tan grande cantidad, manifiesta obra parece del que es Padre de misericordia y Padre de pobres. Otra vez le entregaron doscientos cruzados ó escudos que sobraron de visitación, y dando cada día dos y tres ducados de limosna, le duraron dos años, no habiendo ni aun para uno solo. Y aunque tenía personas deputadas para repartir limosnas, siempre quería él traer dinero consigo para quien le pidiese, porque no sufría su corazón que le pidiesen y representasen el nombre de Dios de balde, y desta manera cumplía y entendía lo que el Salvador dice: *Omni petenti tribue.* Quiere decir, da á todos los que te piden. Y ya le aconteció encontrar en el camino con un clérigo con una ropilla tan rota, que se le parecían las carnes, y llevándole consigo á su casa y no habiendo en ella ningún dinero que darle, le dió el manteo que traía. Y sobre todas estas limosnas tenía otras muchas más secretas que corrían por su mano. Y como persona tan dada á obras de caridad, propuso y votó en el santo Concilio de Trento que los obispos después de haber tomado lo necesario para el gasto de su casa y familia, lo demás quedase aplicado á los pobres, como patrimonio de Cristo. Y desde el Concilio todo su cuidado era escribir á Braga que se tuviese muy grande con los pobres. Cuando se retiró al convento de Viana, tenía una celda cuya ventana caía hacia el campo, y por allí acudían los pobres á pedir limosna y él se la daba: y cuando no tenía otra cosa, les echaba la cama. Sucedió esto tantas veces, que fué necesario mudarle á otra celda, porque cuando pensaban que tenía cama, la había dado de limosna. Con esta tan grande liberalidad y entrañas de misericordia para con los pobres, siendo tan pobre para sí, robó los corazones de sus súbditos y los aficionó grandemente á su persona y doctrina. Porque verdadera es la sentencia de Salomón que dice: *Victoriam & honorem acquiret, qui dat*

munera, animam autem aufert accipientium. Que quiere decir: victoria y honra alcanzará el que da dádivas, y con ellas roba los corazones de los que las reciben. Y por esta ocasión, sin andar muy acompañado y rodeado de criados, le amaban y reverenciaban sus súbditos, no como á hombre de la tierra, sino del cielo, pues en él atesoraba, y no en la tierra. Deste tan grande fruto carecen los perlados que quieren tener grande casa y familia, porque no les queda nada, ó muy poco, para ganar las voluntades de sus súbditos con beneficios. Debrían los tales acordarse del ejemplo del Salvador, el cual queriendo lavar los pies de los discípulos, se ciñó un lienzo tan apretado que sobrasen dos cabos, para limpiarlos después de lavados. En lo cual dió ejemplo á los que están en su lugar, para que de tal manera tomen lo necesario para sus personas y dignidades, que sóbre paño para limpiar los pies, que es para socorrer á los pobres de Cristo. Pasemos de aquí á otro más alto grado de caridad, que es el amor de los enemigos. Fué uno de sus beneficiados á Roma, y acusó al buen Padre de muchas falsedades, de las cuales se purgó bastantemente, mostrando claramente lo contrario de lo que fué acusado. Por donde Su Santidad sabida la verdad, mandó castigar á su acusador, y el rey de Portugal informado del caso le desnaturalizó de sus reinos. De modo que la calumnia redundó en daño del calumniador y mayor gloria del calumniado, como suele siempre suceder á los que persiguen los buenos. Porque Pío V, de gloriosa memoria, que entonces presidía en la Iglesia de Dios, le envió un Breve, en el cual le decía que lo tenía por bienaventurado, pues era perseguido por hacer justicia, y que estuviese cierto que aunque viniesen contra él seiscientos testigos contestes, ningún crédito se les daría. Entonces el pobre beneficiado, viéndose perdido, no tuvo otro remedio sino venir y echarse á los pies del Arzobispo con muchas lágrimas, y él mismo hizo otro tanto, y tomándolo en los brazos lo levantó y abrazó, y acabó con Su Santidad y con el rey que fuese perdonado. Así favorece la Divina Providencia á los perlados que pospuestos los temores y respectos humanos hacen lo que deben, aunque les cueste caro. Y desta manera de benignidad usó con otros calumniadores que estando una noche platicando con ciertos Padres unos hombres desalmados, por haber sido castigados quisieron vengarse, y llegando al pie de la ventana donde él les

podía oir, le deshonraron, llamándole hereje y luterano, y otros tales nombres que el furor de la ira les inspiraba. Mas otros buenos hombres desde sus ventanas les reprehendieron ásperamente, alegando que decían mal de un hombre santo. Entonces él con rostro manso y sereno, oyendo las voces de los unos y de los otros, no quiso que se hiciese inquisición de la desvergüenza de aquéllos, venciendo con disimulación los descomedimientos ajenos, que es una de las propiedades que Séneca pone en el hombre sabio, que son, *Scire contemnere & contemni,* que es, saber despreciar y saber ser despreciado.

CAPÍTULO VI.

DE LA VIRTUD DE LA HUMILDAD QUE TUVO.

PASEMOS de la virtud de la caridad á la de la humildad, conservadora desta mesma caridad: porque como el fuego se conserva envuelto en la ceniza, así dicen que el fuego de la caridad se conserva en la ceniza de la humildad. Fué pues siempre nuestro Arzobispo muy aficionado á esta virtud, la cual aunque tiene sus raíces en lo interior del ánima, pero de aquí redunda en lo de afuera así en las palabras como en las obras y en el tratamiento de la persona, y hasta en el mismo hábito y vestidura, porque todas estas cosas se parecen á la madre que las engendró, que es el conocimiento de la propia vileza y desprecio de sí mismo: Y digo desprecio, porque no basta este conocimiento para hacer al hombre humilde, si no se junta con el desprecio de sí mismo: porque la humildad no tiene su asiento en el entendimiento, aunque dél procede, sino en la voluntad, que es el desprecio de sí mismo. Pero de tal manera era nuestro Pastor humilde, que nunca por eso perdió la gravedad que á su dignidad y oficio pertenecía. Mas ésta no era postiza ni fingida (cual es la de muchos otros) sino la que procede del mismo peso de la virtud. Y por esto no menos le obedecían y reverenciaban los suyos, que si fuera un grande príncipe. Y con ser en todas las cosas humilde, no quería por eso perder un punto de la preeminencia de aquella dignidad y de los privilegios de su iglesia, los cuales fué compelido á jurar solemnemente, cuando tomó la posesión. Por donde cuando vino á las Cortes de Tomar, siempre trajo cruz levantada, como Prima-

do que pretendía ser, hasta la cámara de Su Majestad (aunque otros perlados reclamaban) por no menoscabar el derecho de su Iglesia. Y aun á mí me aconteció otra cosa semejante: porque imprimiendo yo el libro de que arriba hecimos mención, llamado *Stimulus Pastorum*, y poniendo al principio el autor, que era él, no quise poner *Primas*, pareciéndome que por la humildad que siempre en él conocí, se ofendería desto: mas no fué así, antes pareciéndole que en alguna manera derogaba esto á la preeminencia de su Iglesia, me mandó rasgar aquel pliego y imprimir otro, en que se pusiese aquella palabra de *Primas:* porque la virtud de la humildad no excluye lo que pertenece á la autoridad de la dignidad. Mas volvamos á la humildad. Subía él por una escalera tan de espacio, que un amigo suyo que iba á su lado le preguntó por qué subía tan de espacio. Respondió él: Voy pensando en los grados que los santos escriben de la humildad, alegando para esto lo que el Profeta dice del varón justo: *Ascensiones in corde suo disposuit, &c.* Desta manera los grandes siervos de Dios, como andan transformados en Dios, en todas las cosas se les representa Dios, así como el que tiene sobre los ojos un vidrio verde, todas las cosas que ve, le parecen verdes. Exhortaba también á sus oficiales y amigos que se guardasen mucho del peligro de la vanagloria, que es viento muy sutil, y entra por doquiera, mayormente cuando halla motivo en las buenas obras que hacemos. Porque es tal la naturaleza deste vicio, que como sea verdad que los otros vicios son combatidos de las virtudes, solo éste toma ocasión para hacernos guerra con ellas. Por donde cuanto el hombre fuere más virtuoso, tanto más se debe recatar deste vicio, que hace armas de las virtudes para destruirlas. Veráse tambien la humildad interior de su ánima en lo que diré. Un Padre muy religioso y muy familiar suyo andaba muy deseoso de morir, y así suplicaba húmilmente á nuestro Señor le sacase desta vida. Preguntóle pues á este siervo de Dios si tenía el mismo deseo, el cual pensando un poco lo que él respondería, le dijo que no tenía tal deseo. Y preguntado por qué, respondió que si nuestro Señor fuese servido, deseaba vivir más tiempo para purgar las negligencias que había cometido en el arzobispado. Con esto cesó luego la tentación de aquel padre, diciendo que si un varón tan santo deseaba vivir porque tenía culpas que purgar, cuánto más lo había él de desear, pues tenía tanto más por que temer.

Era también muy modesto y humilde en las disputas. Cuando se examinaban los que se habían de ordenar, oía primero el parecer de los asistentes, y seguíalo, siendo él tan grande letrado, que por sí pudiera muy bien determinar las dificultades: mas en todo se había como el menor de todos, siendo á la verdad el mayor, por ejemplo de aquel Maestro de humildad, el cual (como él mismo dijo) estaba entre sus Apóstoles y discípulos como ministro y no como señor. Esta misma virtud hacía que no tuviese por agravio apelar de su sentencia para el superior (como otros lo tienen) diciendo que enmendaría sus faltas y ignorancias: y por tanto no sólo no se agraviaba, mas antes holgaba dello, porque como verdadero humilde no fiaba mucho de su parecer, y como temeroso de Dios procuraba por esta vía descargar su conciencia, y como prudente hurtaba el cuerpo al peligro de su ánima, remitiendo á otros la carga. Y aunque tenía Breve de Pío V, de gloriosa memoria, no sólo para que no le pudiesen poner suspición en materia de reformación y corrección, sino también en cualquiera otra materia, con un asunto ó acompañado de dos que le señalaba, que sentenciase las causas, *appellatione remota* (cosa que á nadie fué concedida) nunca quiso gozar deste facultad, sino antes holgaba que apelasen dél, por la razón susodicha. Y por esta misma, cuando en alguna causa estaban los votos partidos, y la resolución quedaba solo en él, no quería tomar esta carga sobre sí, sino mandaba llamar otro letrado de mucha confianza, para que así quedase más libre y segura su conciencia: porque el temor grande de Dios que moraba en su ánima, le hacía siempre tener ante los ojos la hora de la cuenta, procurando cuanto era posible hallarse descargado en ella. Recebía también mucha pena, como verdadero humilde, cuando oía sus alabanzas. Acaeció, pues, que cierta persona le dijo muchas cosas en su alabanza, y después vino á pedille una que él no había de concederle: mas él entonces dijo muy á propósito, no sin donaire, aquello del Evangelio: *Omnis homo primum bonum vinum ponit, & cum inebriati fuerint, tunc quod deterius est.* Mas ya es tiempo que presupuesto el fundamento destas virtudes personales, comencemos á tratar de las que pertenecen al oficio pastoral.

CAPÍTULO VII.

DEL OFICIO DE LA VISITA DEL ARZOBISPADO.

PRIMERAMENTE declaramos la manera y orden que este Pastor vigilantísimo guardaba en sus visitaciones, en las cuales se ocupaba todo el año, sacando los tiempos que el santo Concilio Tridentino manda asistir en la Catredal. Llegando pues al lugar que había de ser visitado, y convocado el pueblo y ayuntado en la iglesia, luego por la mañana decía misa, y crismaba, y predicaba doctrina llana, acomodada á la capacidad de los oyentes, y particularmente reprehendía el vicio de la carne, que en aquella tierra reinaba mucho: y aquí muchas veces se encendía y exclamaba contra los que por este vicio bestial desechaban á Dios de su alma. Acabado de crismar y predicar, sentábase á una mesa á visitar, y dos visitadores en otras dos, y desta manera, siendo el lugar pequeño, en una mañana quedaba visitado: aunque muchas veces se acababa el oficio con el día, y á esta hora se iba á comer, bien cansado: y si estaba algún otro lugarcillo cerca, en la tarde le visitaba, y predicaba otra vez. Y acaeció una vez, estando ya á caballo para partirse, llegar un hombre con un hijo suyo para que le crismasen, y apearse de la mula y mandar proveer el recaudo para este oficio: y diciendo los visitadores que bastaría ir aquel hombre al lugar que estaba delante, respondió él que no era justo, que aquel hombre pedía su derecho, y él era deudor dél, y así se apeó y crismó al hijo. Y con ser tan grande el arzobispado como se ha dicho, nunca buscó ministro que le ayudase al oficio pontifical, sino él solo por sí lo hacía todo. Acabada la visitación del día, confería con los visitadores lo que habían hallado, y él hacía de toda la visitación un memorial de todos los delincuentes en un cartapacio que siempre traía en el seno. Y por ahorrar tiempo en escribir, y guardar mayor secreto, usaba destas cifras, que si los testigos eran de clara fama, ponía una *O* clara, y si no, ponía una *O* escura, y si eran de sospechas, ponía una *S.* Y para mayor claridad tenía repartido el arzobispado en ciertas partes, y de cada una tenía un libro ordenado por abecedario, y estos libros traía él consigo ordinariamente sin que persona alguna los viese. En los cuales de letra suya traía escritas las culpas de los delincuentes con las notas

que declaramos. Asimismo en estos libros traía escritos los beneficiados virtuosos de quien había de confiar, y de algunos decía: Éste parece varón de Dios: y de otros: Es varón de clara fama: de otros decía: Éste sabe letras: y de otros: Nada saben: y de otros: Poco saben. Traía también aquí escritas todas las obligaciones de las iglesias y de los cargos de misas y rentas dellas, y por aquí entendía de la manera que se había de haber en cualesquier negocios, cuando venían á sus manos: y con la diligencia destos libros sabía todo lo que pasaba en su arzobispado. Y demás desto, las obligaciones que más le cargaban de presente, escribía á su modo en papeles pequeños y los pegaba en la pared de su aposento donde los pudiese ver, y cada día los leía, y así mandaba acudir con el remedio necesario con mucha diligencia, y no descansaba hasta ejecutar lo que pedía cada negocio. Pues ¿quién no reconoce en estos cuidados y providencia la diligencia y vigilancia deste buen Pastor? ¿Quién no echa de ver el cuidado que siempre tuvo de acudir á sus obligaciones, sin que jamás se le imputase género de cobardía, por dificultosos que fuesen los negocios que trujese entre las manos? ¿Quién no ve cuán ingenioso y solícito es el temor de Dios y de la cuenta que se le ha de dar de las ovejas redimidas por su sangre, pues de tal pecho como éste proceden todas las invenciones y diligencias? Mas no paran aquí: otras aun nos quedan que referir, bien conformes á esta solicitud y cuidado con el nombre de obispo, que quiere decir especulador, como Dios llama al profeta Ecequiel, cuando lo envió á predicar, pues tan presentes tenía él en los libros los delincuentes que él había de remediar. Acaeció reprehender un clérigo honrado, y diciéndole el clérigo: V. Señoría es mi enemigo, respondió él: Enemigo, aquí os traigo escrito dentro de mi pecho. Y sacó su cartapacio, y mostróle allí su nombre, y con este donaire comenzó á tratar de su remedio. No perdonaba á ningún linaje de persona, y mucho menos á las más poderosas: antes decía que ésta era su ralea propia, porque como él tenía á Dios por su parte, así tenía el ánimo y el corazón esforzado para semejantes encuentros. Y en esto imitaba al santo rey Ecequías, el cual viendo que tenía á Dios de su parte, por ser fiel guardador de sus santos mandamientos, cobró ánimo para rebelarse contra la potencia del rey de los asirios, y así se escribe dél. Lo cual le sucedió más prósperamente de lo que él pudiera

desear: porque escrito está que todos los que esperan en Dios, nunca serán confundidos, esto es, que no les saldrán en vano sus esperanzas. Acaecióle, pues, saber él de un hombre noble, muy esforzado y temido de todos, que había muchos años que estaba apartado de su legítima mujer y envuelto con otras con quien los perlados pasados no se podían averiguar por el temor que dél tenían. Mas contra un hombre tan poderoso prevaleció otro más poderoso, que era el espíritu de Dios. Porque después de habelle reprehendido y afeado con muy ásperas palabras el estado en que estaba, le dijo que no le había de absolver ni admitir en ninguna iglesia hasta que fuese á su casa y hiciese vida con su mujer. Y aunque él hizo fieros y braveó diciendo á otros que había de matar al Arzobispo, pero finalmente se apagó toda esta furia y vino rindiéndose á la iglesia y pidiendo perdón, y cohabitó con su mujer: y desta manera reconciliado con la Iglesia y con la compañera, de ahí á pocos días murió en paz. Otra vez andando visitando en la comarca de la villa de Chaves, supo que un Regidor había quebrado las puertas de la iglesia de la mesma villa y sacado un preso della. Acudió luego el buen Pastor, celoso de la honra de Dios y de la inmunidad de la Iglesia, y manda hacer una procesión, llevando las cruces cubiertas con un velo negro, cantando los clérigos el Psalmo: *Quare fremuerunt gentes, &c.* Y llegados á la iglesia con esta procesión, hizo un sermón á propósito de lo que el caso pedía, y luego mandó pronunciar la sentencia de excomunión y apagar las candelas vueltas hacia abajo: con las cuales cosas quebrantó la dureza del Corregidor y vino á confesar su culpa y pedir perdón, el cual le fué concedido, mas con tal penitencia que estuviese el domingo á la puerta de la iglesia con aquella hacha en los hombros con que había quebrado las puertas de la iglesia, y que juntamente restituyese el preso, lo cual todo se cumplió enteramente. Hecho esto quedó muy en paz y amistad con el dicho Corregidor: porque nada desto hacía el siervo de Dios con ímpetu de ira, sino con celo de justicia: y como esto entendían los delincuentes, quedaban emendados y no enemistados. No mudaba Proteo tantos semblantes y figuras cuantas este prudentísimo Pastor mudaba, acomodándose á lo que pedía el remedio de las ánimas, imitando al Apóstol, que hacía lo mismo, como significó diciendo: *Omnia omnibus factus sum, ut omnes facerem salvos.* Porque como él era señor de

sí mismo y de sus afectos, no seguía el movimiento dellos, sino lo que convenía á la cura de sus enfermos: y así á unos trataba con grande humildad y mansedumbre y con lágrimas de compasión de ver su perdimiento, con que los cautivaba y rendía, y con otros usaba del rigor que pedían sus culpas. Á un clérigo facineroso que andaba á sombra de tejados y por los montes hecho bandolero, le hizo llamar, asegurándole que ningún mal le haría: y como pareciese delante dél, lo asentó en una silla, y hincándose de rodillas y derramando muchas lágrimas por verle tan perdido, le movió á compunción, y desta manera lo emendó y tuvo en su casa mucho tiempo. Con éste se hubo como cordero, mas para otros era un león, cuando el negocio lo pedía. Y así visitando una villa donde el juez della estaba amancebado, y por ruegos desta mala compañía torció muchas veces la justicia, mandóle parecer ante sí y indignado santamente contra él, le dijo: Vos sois un gran ladrón. Y espantado el juez y diciéndole: Mire V. S. cómo habla, le respondió: Yo os lo probaré, porque estáis amancebado públicamente con fulana, y los que quieren algo de vos, negocian por su medio lo que quieren, y así robáis la justicia de las partes, y esto es ser ladrón. Y luego remedió este mal, echando la mujer de la tierra. Estando para decir misa de pontifical, y comenzándose á vestir una dignidad para decir el Evangelio, la cual estaba en la tierra algo infamada, le mandó que no se vistiese con él, por no honrar la culpa honrando la persona culpada. Y finalmente con su buena diligencia sacó á luz este negocio, que por secreta que estaba la mujer en su casa, la hubo á las manos y la echó de la tierra. Y este mismo beneficiado que tanto sintió este golpe, después que cayó en la cuenta, tuvo por grande beneficio la cura que en él se había hecho, y así lo agradeció. Á otro hombre principal que también estaba en pecado, persuadió y obligó con la autoridad que tenía, á morar en la ciudad de Braga y á tratar familiarmente con los Padres de la Compañía, y desta manera lo emendó. Hay en aquel arzobispado un pedazo de tierra muy lleno de riscos y montañas, la cual mucha parte del año está cubierta de nieve, que se llama el Barroso: y así por esto como por la aspereza de los caminos, que no se pueden andar á caballo, nunca fué visitada por ningún perlado de los pasados sino por solo San Giraldo: por lo cual estaba la tierra tan desamparada de sacerdotes, que se les pasaban dos y

tres meses sin oir misa y sin tener quién les enseñase la doctrina cristiana: y así encontrando por el camino con un viejo, y preguntándole si sabía los mandamientos y cuántos eran, respondió que diez: y preguntándole cuáles eran, mostró los diez dedos de las manos. Y llegando á noticia desta gente que el Arzobispo venía á visitar, y teniendo fama de su santidad, determinaron de hacerle un recebimiento con cantares devotos. Y el principio de uno era: Bendita sea la Santísima Trinidad, hermana de nuestra Señora: tanta era la rudeza de aquella gente. Pues ésta visitó nuestro Arzobispo, y asentado en aquellos riscos les predicaba, y doctrinaba, y crismaba. Y porque los clérigos de misa no querían habitar en aquella tierra, sacó él de allí muchos mozos, hijos de vecinos, y llevólos á Braga, y sustentólos en su casa, y hízolos enseñar todo lo que era menester para ser sacerdotes, ordenándolos después de haberla estudiado, sin tener patrimonio, por tener bula de Su Santidad para ello: y después de llegados á este estado, los enviaba á su naturaleza. Y con esta invención proveyó el prudente Pastor á la necesidad de aquella gente inculta. Era infatigable en el trabajo en visitar, y apenas había quien pudiese durar con él. Mas el ejemplo del visitador y la virtud de los visitadores que le acompañaban, los hacía durar en el trabajo: y para esto y para los ministros de la justicia así eclesiástica como secular, que también estaba á su cargo en la ciudad de Braga, buscaba los mejores y más virtuosos letrados que había en el reino, los cuales eran tales, que muchos dellos tomó el Rey nuestro señor para su servicio.

Entre otras virtudes suyas era ésta muy notable y digna de ser predicada: la cual fué, que en todos los veintitres años que gobernó aquella iglesia, no se halla que llevase pena de dinero, ni tampoco usaba de excomunión sino en cosas muy urgentes, por no enlazar las ánimas con censuras. Mas el modo que tenía para castigar y enmendar los culpados, era mandarlos evitar de las iglesias, y finalmente se avergonzaban y arrepentían, y ó se apartaban del pecado, ó se casaban con las mujeres que eran participantes en él, ó con otras. Y desta manera, tan sin sangre y tan sin costa de dineros remedió gran número de personas. Y cuando el negocio destos casamientos se impedía ó se dificultaba por pobreza, él como buen pastor los ayudaba de su hacienda. Aquí hay razón para lamentar el abuso que para esto hay en muchas

partes, porque castigan á los que hallan culpados, en uno ó dos ducados por la primera vez, y por la segunda cargan la pena pecuniaria, y quedándose en la misma tierra con la persona culpada y á trueque de un poco de dinero se aseguran hasta otra visita en su pecado: y desta manera el fruto de la visitación no es enmendar pecados, sino sacar dineros para la cámara del obispo, no sin escándalo del pueblo que ve cómo todo el negocio de la visitación pára en humo. Usaba también nuestro Pastor de artificio para sacar á luz la verdad para la cual no se hallaba suficiente prueba. Porque llamando á los que estaban infamados, y preguntándoles cuánto tiempo había que estaban apartados, y respondiendo ellos el cuánto, de aquí tomaba alguna conjetura para rastrear la verdad, ó á lo menos para confirmar aquel confitente en su buen propósito: y con estas diligencias procuraba limpiar la tierra de los pecados. Usó también de otro artificio para remediar á una mujer adúltera, mandándola parecer ante sí. Mas el marido escandalizado desto fuése tras ella. Entonces el sabio Pastor dijo al marido: Tengo noticia que tratáis ásperamente á vuestra mujer, que es contra la ley del matrimonio: por tanto os quise avisar á vos y á ella, para que viváis en paz y servicio de Dios. Y llamando á la mujer díjole: Yo ando buscando invenciones para avisaros porque vuestro marido no os corte la cabeza: por tanto mirad por vos, porque no perdáis cuerpo y ánima juntamente. Andando él por la comarca visitando, dió peste en la ciudad de Braga, y pudiera él muy bien continuar en este tiempo su visita, y proveer de limosnas para los dolientes de la ciudad, por no poner en peligro su persona, cuya vida tanto importaba para el bien de sus mismas ovejas. Mas no curó él destas filosofías, sino como buen pastor puso á peligro su vida, por acudir á la necesidad corporal y espiritual de sus ovejas. Y dejada la visita, vínose á la ciudad de Braga, donde estuvo todo el tiempo del mal, visitando cada día los heridos y proveyéndolos de todo lo necesario. Y con esta providencia y con el mérito deste sacrificio, en que este buen Pastor se ofrecio á Dios, duró la peste menos tiempo de lo que se pensaba. Este ejemplo (aunque más no hubiera) basta para entenderse la virtud y vigilancia deste Perlado, pues según la difinición del Príncipe de los pastores, aquél es buen pastor, que pone á peligro su vida por la de sus ovejas, como aquí lo vemos. Bastara para loa de nuestro Pastor lo que

aquí se ha referido: mas la caridad suele ser ingeniosa para procurar el bien de la cosa que se ama. Lo cual vemos en los diversos medios que este amador de Cristo buscó para aprovechar sus ovejas, las cuales amaba como cosa tres veces encomendada á S. Pedro por el mismo Cristo, al cual dejaba en su lugar. Y considerando él que pasaban de 1226 iglesias las que tenía á su cargo, y la necesidad que tenía de ministros idóneos para curarlas, procuró con gran brevedad fundar en aquella ciudad un Colegio de los Padres de la Compañía, proveyéndole con iglesias anejas á él con renta competente y con obligación de tener por lo menos cuatro clases de gramática y lección de artes y de casos de conciencia, donde hay más de mil y quinientos estudiantes. El cual Colegio, demás del fruto cuotidiano que hace en confesar y predicar y administrar los sacramentos en esta ciudad y su comarca, sirve para enseñar las dichas ciencias, con que los estudiantes aprenden y se habilitan para el ministerio de todas estas iglesias de Braga. Aquí se me ofrece notar á los que murmuran de tantos estudios y colegios como hay en este reino, los cuales si supiesen la obligación que tienen los reyes de Portugal, cargada por los sumos Pontífices, para dilatar la fe y predicar el Evangelio en el medio mundo que está á su cargo, entenderían que aunque todo este reino fuese de colegios, era poco para cumplir con esta obligación de acudir á tantas naciones de bárbaros y infieles, muchos de los cuales están dando voces, y pidiendo la fe, y muriendo de hambre por no haber para tantos pan. Pero dejando esto á parte, solamente diré lo que á este arzobispado de Braga toca, por parecerme que no saben qué cosa es razón y cristiandad los que desto murmuran. Porque siendo verdad que este arzobispado tiene más de mil y doscientas iglesias, síguese que ha de tener necesariamente otros tantos curas, y éstos forzosamente han de ser confesores, y para esto han de saber algo de casos de conciencia, porque de otra manera pecaran mortalmente oyendo confesiones. Porque si es pecado mortal hacer uno oficio de médico, si no sabe medicina, así lo es hacer uno oficio de confesor, que es ser médico de las ánimas, sin saber lo que se requiere para esta cura: el cual pecado es tanto más grave, cuanto es mayor el daño de las ánimas, que han de durar para siempre, que el de los cuerpos, que se acabarán mañana. De aquí nace que siendo los confesores ignorantes, ellos se van al infierno y llevan

tras sí los penitentes. Porque como dijo Cristo nuestro redentor, si un ciego guía á otro ciego, ambos caen en el hoyo. Pues por esto digo que los que desto murmuran, no saben qué cosa es cristiandad. Porque siendo uno de los principales sacramentos de la Iglesia cristiana la confesión, y ser necesario para ella, demás de las dos llaves de orden y de jurisdición, otra de ciencia, ¿en qué razón cabe confesar la necesidad deste sacramento en la Iglesia cristiana, y no querer que haya doctrina para la administración dél? Y si es tan grande el número de las iglesias, no ha de ser menor el de los enseñados para ellas.

Para este mismo ministerio procuró con toda diligencia fundar el Seminario que mandó el santo Concilio de Trento, para que allí se criasen ministros en buenas costumbres y doctrina para este oficio. En lo cual entendió con tanto calor y diligencia, que en medio año, juntando muchos oficiales, hizo casa bastante para sesenta moradores, y él primero contribuyó de su mesa ciento y veinte mil maravedís de renta para él, y hizo que todos sus beneficiados contribuyesen por lo mismo. Lo cual acabó fácilmente, lo uno por su virtud y ejemplo, y lo otro por ser poco lo que cabe á los prebendados: porque á quien tiene cien mil maravedís de renta, no le caben más de dos mil de contribuciones. Y como sean muchos los beneficiados en tan grande prelacía, hay renta bastante para la sustentación del Seminario, en el cual se crían los naturales del Barroso, de que arriba hecimos mención.

Mas no pára aquí la diligencia y cuidado de nuestro buen Pastor: porque considerando él que el pasto de las ánimas es la palabra de Dios, y viendo que no era posible proveer de predicadores á tan grande número de iglesias, proveía á lo menos de predicadores mudos, que son libros santos. Para lo cual compuso él un Catecismo, en que declara copiosa, llana y devotamente todos los puntos principales y documentos de la doctrina cristiana, para que los curas en lugar de sermón lean un pedazo deste libro, y sobre la lección digan lo que Dios les diere á entender. Y para las fiestas señaladas de nuestro Señor y de su bendita Madre escribió también sus breves sermones y colaciones, en que declara el misterio de la fiesta y la historia della, el cual anda junto con el mismo Catecismo, y está entendido que el pueblo huelga mucho con lo uno y con lo otro. Y así con esta di-

ligencia y con la de los Padres de su Orden ha desterrado muy gran parte de la rudeza y ignorancia extendida por toda aquella tierra. Á esta providencia ayuntó otra, que fué impetrar de Su Santidad un jubileo para los que se confesaren y comulgaren las cuatro Pascuas del año: y con este cebo tan sabroso se ha movido gran parte de la gente á frecuentar los sacramentos de la confesión y de la sagrada comunión, que es otro pasto y mantenimiento más suave de las ánimas. El fruto que se ha seguido así del trabajo de la visitación como destas providencias que habemos referido, es, que estando la gente de aquella tierra tan envuelta en vicios sensuales, que no se tenía por infamia este vicio, están las cosas ya tan mudadas, que muchos se han emendado, y el que no lo está, es tenido por infame, habiendo antes llegado las cosas á aquel estado miserable que condena Séneca diciendo que entonces estarán perdidas las repúblicas, cuando los vicios tuvieren nombre de estilo y costumbres de la tierra, porque de ahí se sigue que el vicioso no se tiene por infame.

Y no contento con su vigilancia, buscaba fieles ayudadores para llevar esta carga dondequiera que los hallaba, á imitación del rey Saúl, que dondequiera que hallaba un varón fuerte, le juntaba consigo para servirse dél en la guerra. Pues así este Padre buscaba los mejores letrados y de mejor vida que había en la tierra, y demás de darles competente salario, los tenía de las puertas adentro de su casa para aconsejarse con ellos cada hora que fuese necesario, mandándoles que tuviesen siempre abiertas las puertas para oir las partes: y encomendábales que cuando hubiesen de condenar alguno, mirasen primero á sí y á sus faltas, y después diesen la sentencia. Y la clemencia que encomendaba á los otros, guardaba él en sus determinaciones, procediendo más por amor y benevolencia que por censuras y rigores de justicia. Lo cual se entenderá por un Concilio Provincial que celebró en la ciudad de Braga con los obispos sufragáneos, donde se ordenaron muchas leyes prudentísimas y muy acomodadas al bien común de toda aquella provincia: y teniendo por cierto los eclesiásticos que él con su gran celo y religión los había de apretar mucho, no fué ansí, porque al tiempo de publicar los decretos, él mismo en nombre de la clerecía apeló para la santa Sede Apostólica de algunos dellos que parecían demasiado rigurosos, y así quedaron todos entendiendo que él como piadoso y vigilante

Pastor usaba de blandura cuando convenía, y con su mucha prudencia y autoridad alcanzó muchas declaraciones del sacro Concilio Tridentino en dudas que había, y hizo muchas constituciones nuevas, y reformó los estilos de la Audiencia de Braga, con que se puede agora gobernar muy suavemente.

Acerca de los que se habían de ordenar, ponía grandísima diligencia, doliéndose de los abusos que en esta parte hay. Porque muchos de los Ordinarios encomiendan el examen á sus oficiales, algunos de los cuales son como mercenarios, que no pretenden más que llevar su salario, haciendo este oficio superficialmente, y más por cumplimiento que con deseo de acertar. Y así aprueban algunos que no debrían, porque donde no hay temor de Dios, no se hace cosa á derechas. Por tanto nuestro buen Pastor, aunque tenía muy buenos oficiales, quería él también entender en esto, demás de haber encomendado el examen á los Padres religiosos. Y no contento con la suficiencia de las letras, no hacía menos caso de sus costumbres, y para esto los mandaba hablar con algunos hombres prudentes de quien tenía confianza, para que le diesen información de su capacidad, y después al tiempo de matricular estaba él presente con dos letrados suyos, y veía los papeles y diligencias que habían de traer de su buena fama y costumbres, y miraba los libros que consigo traía de la visita, para ver si hallaba alguno comprehendido en ellos. Y aconteció hallar algunos culpados y tocados de algunos vicios, y á los tales reprehendía y no les daba las órdenes hasta que le constaba la emienda. Con esta diligencia condenó la negligencia de algunos perlados que contentos con la suficiencia de las letras, no miran tanto por lo que toca á las costumbres, siendo esto lo principal. Y cuando nuestro Perlado celebraba este sacramento de las órdenes, lo administraba con grande majestad, como quien tenía los ojos abiertos para conocer la dignidad dél. Y ponía muy grandes miedos á los que tomaban órdenes, haciéndoles pláticas santísimas, como las hiciera cualquiera de los Padres antiguos que conocían la alteza deste ministerio. Bastaba el trabajo continuo de los caminos y visita de todo el año para que cuando viniese á la ciudad, tomase un poco de reposo: mas no era así, porque el tiempo que en ella residía, predicaba la cuaresma y adviento y fiestas principales y domingos, y esto con gran fervor y espíritu, no cuidando de sutilezas, sino de lo que convenía para reformación de las costumbres.

CAPÍTULO VIII.

DE LA JORNADA QUE HIZO AL SANTO CONCILIO DE TRENTO.

Estando nuestro buen Pastor ocupado en la gobernación de su Iglesia, fueron convocados los perlados para ir al Concilio de Trento, y aunque él pudiera excusarse de tan largo camino, por la dolencia que tenía en una pierna, pero movido con un grande ardor y deseo de ayudar por su parte á la reformación de las cosas, se esforzó como gigante á correr este camino, no llevando consigo más compañía de la que era necesaria, como quien iba más confiado en la providencia de nuestro Señor para aprovechar en algo, que en el aparato y fausto de la compañía. Iba por su compañero el P. Fr. Enrique de Brito, fraile de su Orden muy religioso, que después fué por sus méritos y virtud arzobispo de Goa: y llegando á alguna ciudad donde había monasterio de su Orden, enviaba la gente de su familia á alguna posada, y él solo con su compañero iba á posar á los monasterios, en alguno de los cuales era conocido y tratado como merecía, y en otros pasaba como cualquiera de los huéspedes ordinarios, postrándose en tierra ante el prior y pidiendo su bendición, como es costumbre de los huéspedes que vienen de camino. En el insigne Convento de San Esteban de Salamanca lo hizo así, y siendo después conocido por razón de un Padre portugués que estaba allí estudiando, el Padre Prior y todos los Padres del Convento, y señaladamente los viejos, se echaron á sus pies pidiéndole su santa bendición con tanto amor y reverencia como si fuera nuestro Padre Santo Domingo, por la fama que habían concebido por sus grandes virtudes y evangélica vida. Y el santo varón cuando así los vió, les dijo: Oh Padres míos, ¿para qué hacen eso? ¿No me dejarán dar un hartazgo de fraile, que ha días que ando muy lejos de serlo? Y en este monasterio dió órdenes á muchos religiosos dél en el oratorio de los novicios, y diólas con aquella gravedad y santidad que él solía darlas, predicando y engrandeciendo la dignidad dellas, para que entendiesen los que las recibían, la obligación y cargo qüe tomaban para sí. Lo cual fué materia de grande edificación para todos, especialmente para los Padres viejos que allí asistían, por haber renovado la reli-

gión y manera con que los Padres antiguos administraban este sacramento.

Llegado pues á Trento, asistiendo á las cosas del Concilio, todo su intento era que se tratase de la reformación de los abusos y se dejasen otras cosas que eran de menos substancia, alegando que hacer lo contrario era imitar á Faraón, que mandaba matar los hijos varones y guardar las mujeres flacas. Quejóse públicamente en el Concilio del fausto en que vivían algunos perlados, señalando la nación donde más se hallaba este estilo defendido con imagen y titulo de autoridad, como quiera que sea mayor la que nace de la virtud y celo de la honra de Dios y salvación de las almas, que la de cualesquier otros medios humanos. Allí también propuso y dió su voto que se hiciese un decreto en que se mandase á los perlados que después de tomada la renta que convenía á la decencia de sus estados, lo demás se gastase en obras pías. Mas no pudo salir con lo que pretendía, porque hubo otros muchos votos en contrario. Era tenido por muy libre en votar, como hombre que tenía á Dios en su provecho y no tenía ojos para mirar á más que á solo Él, y así aconteció que tratándose de la reformación y diciendo que los Ilustrísimos y Reverendísimos Cardenales no tenían necesidad de reformación, volviéndose para donde estaban los Cardenales asentados, les dijo que ellos eran la fuente donde todos los demás perlados habían de beber, y por eso convenía estar esta fuente muy limpia, pues eran tantos los que habían de beber en ella. ¿Quién pues no verá aquí estar este pecho lleno de Dios, pues en las barbas y presencia de tres Cardenales que representaban la persona de Su Santidad, á quien todos los Padres del Concilio reverenciaban, osase decir unas palabras de tanta libertad? ¡Oh cuán grande cosa es el temor de Dios, pues donde éste reina, echa fuera como más poderoso todo otro temor humano! En este tiempo el Cardenal de Lorena, tío del rey de Francia, determinó de ir á Roma á verse con Su Santidad y tratar con él sus negocios, en cuya compañía fué nuestro buen Pastor, no sólo para visitar aquellos santos lugares, donde están los cuerpos de los Apóstoles, sino para pedir también á Su Santidad algunas cosas que le parecían convenientes para socorrer las necesidades de sus ovejas, porque para eso ningún camino rehusaba. Y como en todos los lugares se hiciese gran recibimiento al dicho señor, nuestro Per-

lado hurtaba siempre el cuerpo á todas las honras y se iba por otro camino. Y llegando á un lugar donde se veía Roma, apeóse de la mula y mandó apear á todos sus criados, y lleno de alegría en el Espíritu Santo, hincado de rodillas, comenzó á decir: ¡Oh santa madre nuestra! ¡Oh escuela de la religión cristiana! ¡Oh columna y fundamento de la verdad, de donde sale la luz del mundo y el conocimiento del sumo bien, donde están los cuerpos de los sagrados Apóstoles con otros mártires innumerables! Hizo allí un grande sermón á los suyos del amor con que habían de tratar las cosas de aquella su santa madre, de donde salía la doctrina católica, la cual cuanto más vieja, tanto más había de ser amada, añadiendo á esto que con justísima razón pusiera nuestro Señor el gobierno de su Iglesia entre los italianos de aquella ciudad. Y desde este lugar se fué á pie con su familia á Roma, donde fué muy bien recibido del Papa y de los Cardenales por la fama de su virtud y libertad con que habló en el Concilio. Fuése á aposentar al monasterio de su Orden, porque no quiso ir á casa del Embajador de Portugal, por excusar el aparato y regalo de las mesas de los embajadores, como hombre habituado á la templanza de la vida monástica. Y quejándose el Embajador á Su Santidad de haberse ido á posar al convento y no á su casa, respondió Su Santidad (como tenía ya sabida la templanza del buen Pastor): Dadle vos dos huevos asados duros, y él aceptará vuestra posada.

Presidía entonces en la Iglesia católica Pío IV, el cual le convidó y mandó poner su mesa junto á la suya, donde acaeció una cosa notable, y fué, que dándole audiencia Su Santidad la primera vez en presencia de algunos Cardenales y Obispos, y mandándole el Papa que se sentase, él con su acostumbrada libertad (que no la había perdido en Roma) respondió: Santísimo Padre, yo no puedo asentarme estando los Obispos hermanos míos en pie. Y pareciéndole á Su Santidad que tenía razón, y usando de su acostumbrada benignidad, mandó que todos se asentasen. El día que comió con el Pontífice, viendo que la mesa se servía con vajillas de plata, díjole que por qué no se servía de porcelanas, que era un servicio muy hermoso. Á lo cual Su Santidad respondió: decid vos al Cardenal don Enrique que me las envíe, y yo comeré en ellas. Y sabiendo esto nuestro serenísimo Cardenal, le envió un gran presente dellas. Mas aquí se debe advertir

que era tan grande el descontento que nuestro Arzobispo recibía de ver vajilla de plata en las mesas de los obispos, que aun la extrañó en la mesa de Su Santidad, y por esto le convidó con las porcelanas. Bien veo que muchos se ofenderán con este parecer, alegando que se sirven de plata porque á la hora de la muerte hallen allí fácil remedio para pagar á sus criados. Es tan ingenioso el amor proprio, que siempre halla razones y color de piedad para las cosas que quiere, y es tan sutil que como dicen los santos, en todas las cosas se entremete, y aun en los muy divinos ejercicios, sin que se entienda: por lo cual los que hilan más delgado en el servicio de Dios y le quieren ofrecer un sacrificio puro y limpio, siempre viven recatados deste contrario que traen dentro de sí, y examinan muy bien el intento que en eso tienen, por no engañarse con la apariencia del bien. Otros medios hay para satisfacer á los criados sin dar de sí esta nota, que es servirse como grandes señores, resplandeciendo sus aparadores y mesas con vasos de plata, estando la tierra llena de lágrimas y necesidades de pobres, cuyos padres han de ser ellos.

Mas tornando al propósito, demás deste favor, el Papa le otorgó á nuestro Perlado otras gracias y facultades para proveer algunas necesidades de sus ovejas, y entre éstas una fué poder dispensar en el fuero de la conciencia en primer grado de afinidad. Asimismo le concedió que cuando algún juez procediese contra él con censuras, su confesor le pudiese absolver *in foro conscientiæ*. Y demás desto le otorgó un jubileo perpetuo, de que arriba hecimos mención, para sus súbditos, confesándose las cuatro Pascuas del año. Y entendiendo que como persona tan amadora de la pobreza no ternía tan buena cabalgadura para caminar, le dió una mula suya blanca muy hermosa, y le hizo otros favores.

CAPÍTULO IX.

DE LAS PRINCIPALES COSAS QUE ACABÓ NUESTRO ARZOBISPO.

JUNTEMOS agora el fin con el principio. Digo pues que mi intento principal en esta historia fué declarar que sin demasiado aparato y grande familia podrá un perlado acabar todo lo que pertenece á su oficio, teniendo las otras partes que se re-

quieren, que son virtud, prudencia, diligencia en los negocios y largueza en las limosnas, y con esto, gravedad en sus costumbres, no la que es artificiosa y postiza, sino la que nace del mismo peso y dignidad de la virtud: lo cual bastantemente quedará probado, si declaráremos las cosas que este buen Pastor intentó y acabó el tiempo que gobernó su iglesia. Porque primeramente con su Cabildo (que es la cosa para que mayor poder y autoridad se requiere, por ser los Cabildos muy privilegiados y graves) acabó lo que ninguno de sus antecesores (aunque dos dellos fueron hijos de reyes) pudieron acabar. Porque estaba su Cabildo en posesión inmemorial de señalar los visitadores de la ciudad de Braga, así el clero como los legos: de donde se seguía que ni el Pastor conociese la cara de sus ovejas, ni (lo que más es) la vida de los eclesiásticos, que cuanto conviene que sea más perfecta, pues son espejos del pueblo, tanto conviene que sea más sabida y emendada. Pues entendiendo nuestro Pastor la desorden deste abuso, confiado en Dios y en la razón de la justicia, puso el pecho á extirparlo de su iglesia. Y después de muchos trances y lites que en este conflicto se pasaron, finalmente se acabó el negocio tan prósperamente, que por muchas razones que los Capitulares alegaron contra su Pastor, no solamente no prevalecieron, mas antes fueron gravemente reprehendidos por Pío V, de santa memoria, por estas palabras: *Non erubuerint tanquam suspectum recusare venerabilem fratrem nostrum Bartholomæum, archiepiscopum Bracharensem.* Y desta manera se concluyó este tan grave negocio, y la concordia fué tal, cual convenía para el servicio de nuestro Señor y bien de la justicia. Y ésta fué que el Perlado visitase por sí solo la clerecía de la ciudad de Braga, y para la visita de los legos desta ciudad nombrase él dos Capitulares, los cuales le diesen cuenta de lo que hallasen en la visita, para que así el Perlado tuviese noticia entera de la vida y costumbres de los súbditos que estaban á su cargo. Y demás désta, que se puede nombrar por una notable hazaña, acometió otra no de menor fruto, sin tener ejemplo que imitar ó alegar en todo este reino, y aun más adelante, que fué fundar el Seminario que el santo Concilio ordenó para criar ministros en letras, recogimiento y buenas costumbres, para el servicio de tantas iglesias, que en este arzobispado hay, pues como ya dijimos, pasan de mil y doscientas y veinte y seis, para las cuales no era posible hallar idóneos

ministros hechos, si no se trabajase por los hacer. Porque si el Turco (aunque este ejemplo sea profano) tiene cuidado de criar soldados para la guerra desde niños, para que aprendan á matar hombres, ¿cuánto más lo debe tener la Iglesia para criar ministros desde mozos y para salvar las ánimas? Este decreto del Concilio agradó tanto á nuestro Pastor, que dió por bien cumplida jornada tan larga para esta causa. Y acabado este decreto con otros tales, llegando á la posada, se hincó de rodillas, dando gracias á nuestro Señor por lo que estaba tan bien ordenado, diciendo que bien se parecía asistir el Espíritu Santo en los Concilios, pues establecían en ellos tan saludables decretos.

Con estas dos cosas tan señaladas juntaré la tercera, no menos provechosa, que fué fundar allí el Colegio de los Padres de la Compañía, así para enseñar los del seminario como para tanta muchedumbre de clérigos que para aquella prelacía son necesarios, según ya dijimos.

Y demás desto, porque Viana es una gran villa y de mucho trato, por ser puerto de mar, fundó en ella un monasterio de su propia Orden desde los primeros cimientos, y lo dotó bastantemente con un monasterio antiguo que estaba anejo á la mesa episcopal, para que allí viviesen letrados que respondiesen á los casos de conciencia, y juntamente con esto predicasen y confesasen en la tierra. Y este monasterio junto con el colegio susodicho son dos plantas que siempre están dando fruto de saludable doctrina, no una vez en el año, sino todos los días del año. Pues todas estas cosas acabó nuestro Pastor con su pobre casa y familia, la cual no solamente no le fué impedimento para obras tan grandes, antes le fué mucha ayuda, porque por haber sido él tan pobre para sí, demás de las limosnas que arriba contamos, tuvo también caudal para edificar estas dos tan señaladas casas. Acabó también otra cosa de grande importancia, que fué tener paz con los señores de la comarca, y especialmente con el Vizconde de Ponte de Lima, con quien sus antecesores habían tenido pleitos sobre los derechos de sus patronazgos: con el cual de tal manera compuso los negocios y quedó tan en su gracia, que llegando á visitar su lugar, le salió él á recibir, y le pedía humildemente su bendición.

Y cuando algunos otros señores por virtud de sus patronazgos le presentaban algún ministro menos digno, de tal manera y

con tales palabras y cortesía lo excluía, que no quedaban ofendidos los señores, por tener entendido que en nada le movía pasión, sino razón y temor de Dios.

De otras cosas muchas que nuestro buen Pastor acabó, no se hace aquí mención sino déstas, por ser tan señaladas: con lo cual los perlados temerosos de Dios y deseosos de su salvación verán por experiencia que sin mucho aparato de pajes y escuderos pueden muy bien cumplir con las obligaciones de su oficio y acabar cosas dificultosas y grandes: porque el perlado que religiosamente vive y tan liberalmente gasta lo que tiene con los pobres, Dios y los hombres y el mismo mundo los favorece y ayuda en todas sus cosas. Y los que esta manera de vida tan humilde y pobre condenaren, condenen también á San Agustín, de quien se escribe que solas las cucharas tenía de plata, mas todos los platos de que se servía eran de barro ó de madera, y las otras alhajas de su casa eran tales, que á la hora de su muerte no hizo testamento porque como pobre de Cristo no tenía de qué hacerlo. Condenen á San Ambrosio, que hasta los cálices de plata mandaba fundir para rescatar cautivos: lo cual el santo varón no hiciera si él tuviera con qué rescatarlos. Condenen á San Exuperio, de quien escribe San Jerónimo estas palabras: *Sanctus Exuperius, Tolosanæ urbis Episcopus, esuriens pascit alios, & ore pallente ieiunijs, fame torquetur aliena: nihil illo ditius qui corpus Domini canistro vimineo, sanguinem portat vitro.* Quiere decir: San Exuperio, obispo de Tolosa, padeciendo él hambre, da de comer á otros, y trayendo el rostro amarillo por su flaca comida, padece tormento con la hambre ajena, y no hay cosa más rica que este perlado, el cual por dar toda la hacienda que tiene á los pobres, trae el cuerpo de nuestro Señor en un canastillo de mimbres y su sangre preciosa en vaso de vidrio. Este era el estilo y la vida de aquellos Padres que eran regidos, no por espíritu humano sino divino, el cual los movía á esta manera de vida pobre y humilde. Y pues los santos pontífices que esta manera de vida escogieron, son alabados y celebrados en la Iglesia por grandes perlados, no tienen muy buena excusa los que escogen otra manera de vida contraria á ésta, pareciéndoles que es más á propósito para hacer bien el oficio pastoral, ni pueden con razón alegar la mudanza de los tiempos que pide otra cosa, pues en éste mismo tiempo vivió este Perlado con esta misma templanza, y también

el Reverendísimo Carlos Borromeo, de feliz memoria, y otros que aquí podríamos nombrar, sin que esta modestia menoscabase su autoridad: y no sólo eso, sino que antes le acrecentase muy mucho más, teniendo el pueblo por nuevos hombres venidos del cielo á los que pudiendo ser ricos con el mundo, quisieron más ser pobres con Cristo.

CAPÍTULO X.

DE CÓMO DEJÓ EL ARZOBISPADO.

DIJIMOS al principio de la manera que nuestro Pastor entró en el Arzobispado, que fué por la puerta real de la obediencia. Ahora veamos de la manera que salió. San Bernardo escribe al Papa Eugenio que mire mucho por sí, por razón del peligro en que vive. Porque luego (dice) recibirás grande pena con la muchedumbre de negocios que te apartarán los brazos de tu madre Raquel, y de ahí á poco continuándolos sentirás la misma pena, aunque ya no tan grande, y finalmente con la continuación dellos vendrás á criar callos en tu ánima y no sentir el daño que recibes. Éste es un común peligro en que se ven los varones recogidos y virtuosos, cuando el mundo los saca á plaza y constituye en dignidades: ca ninguna cosa hay tan áspera y dificultosa que la costumbre (especialmente de muchos días) no la haga fácil y aun suave. Pues deste tan común peligro, de tal manera libró nuestro Señor á nuestro Pontífice, que no solamente no bastó la costumbre de veinte y tres años que gobernó aquella iglesia, para criar estos callos en su ánima, mas antes cuanto más continuaba este oficio, tanto más sentía el peso de la carga. Y así sus voces ordinarias en cartas y fuera dellas eran éstas: Las tribulaciones de mi corazón se han multiplicado. Y de la manera que San Gregorio se lamenta en el principio de sus Diálogos, de haber salido del puerto quieto y seguro de su monasterio al piélago de los negocios del Pontificado, así se quejaba este varón y así gemía y suspiraba por aquella quietud y silencio que había perdido. Este descontento (demás de haber escrito á Su Santidad, como se ha dicho) le hacía escribir á todos los que para esto podían ayudar, y tanto más apretaba este negocio cuanto más le iban faltando las fuerzas y la salud para los trabajos. Y en este

tiempo me escribió, alegando estas y otras razones, para que yo las representase al serenísimo rey Don Enrique, suplicándole se contentase con tantos años de trabajo, y le dejase descansar. Lo cual hice, por la grande instancia con que me pedía hiciese oficio de fiel amigo para con él y no sé si de infiel para con Dios. Mas este escrúpulo me quitó el prudentísimo y cristianísimo Rey, estando en la cama enfermo del mal que falleció, diciéndome: Dejaldo, que así como está, hace más fruto que todos cuantos le pueden suceder. Y así en este tiempo no se pudo efectuar su deseo, hasta que yendo á las Cortes de Tomar y siendo benignamente recibido de Su Majestad, así por la fama de su santidad como por la rectitud y entereza que había tenido en las alteraciones pasadas del reino, deseando hacerle todo favor y merced, él no pidió otra cosa sino una carta de favor para Su Santidad, para que quisiese dar descanso y libertad á veinte y tres años de trabajo. Vista pues por Su Majestad la razón y instancia con que él pedía esta carta, se la otorgó, escribiendo á Su Santidad muy encarecidamente sobre ello. Y desta manera se le cumplió aquel tan grande y tan antiguo deseo de su libertad. Pero entretanto que las bulas venían, él quedó con la misma administración del Arzobispado que antes. Y porque ellas tardaron algún tanto, y era razón que no se le negase el estipendio de aquel trabajo, hubo dificultad en la justificación y derecho que en esto había, y comenzóse á intentar pleito sobre ello. Lo cual era cosa tan ajena de la condición deste Padre, que impetró de Su Majestad que esto se determinase por jueces árbitros sin figura de juicio, y así se hizo. Y lo que de aquí se concluyó fué que se diese lo que merecía el tiempo de su trabajo: lo cual no quería este Padre para atesorar en la tierra, sino en el cielo, y acabar aquel monasterio de su Orden: porque para sí no era más que una muy tasada sustentación, y por eso tratándose de la pensión que se le había de dar, no pidió más que solo eso. Mas Su Majestad no tuvo respecto á lo poco que él como pobre fraile pedía, sino á lo que más convenía, y así le mandó dar mil ducados de pensión, de los cuales daba al monasterio de Viana, donde se recogió, lo necesario para su persona y una mula y dos mozos que le acompañan, cuando va á predicar por los lugares de la comarca, y lo demás párte con sus grandes amigos, que son los pobres de Cristo.

Recogido pues en este monasterio que él mismo fundó, vive

como cualquiera de los religiosos, hallándose en todas las horas del coro sin faltar á alguna, y empleándose y entregándose todo á nuestro Señor sin algún otro cuidado y obligación, alegrándose y dando muchas gracias á Dios porque de un mar tan inquieto de negocios lo trajo al puerto de la quietud y recogimiento tan deseado, experimentando en sí lo que Salomón dice, que es árbol de vida el cumplimiento del deseo.

Era tanto el gusto que tenía en la oración, que hacía algunos movimientos con la boca notables, de que se inquietaba todo el coro. Y preguntándole un día el Padre Fr. Juan de la Cruz que por qué hacía aquellos ademanes, respondió que iba imaginando, cuando oraba, que chupaba la sangre de Cristo, y de la suavidad que desto sentía, nacían, sin reparar en ello, aquellos ademanes.

Mas no contento con el fruto de su propio aprovechamiento, también procura en cuanto le es posible, el de sus hermanos: porque pudiendo ya descansar (por pasar de los años que la ley antigua diputaba para los ministros del templo) no lo hace así, porque teniendo en cuerpo flaco esforzado el espíritu, va á predicar todos los domingos por los lugares comarcanos. Y para esto se levanta á las tres de la mañana, y reza en el coro con los religiosos todas las horas hasta Nona, y luego se apareja para decir misa, y hace que la oigan los dos mozos que van con él, mandándoles luego almorzar, porque no tomen nada del pueblo donde va á predicar. Y si llega muy temprano á él, predica antes de la misa, y despídese del pueblo, avisándole que ya él y los suyos han oído misa, porque no se escandalicen los flacos, yéndose antes della, siendo éste su gran cuidado, y el que siempre ha tenido de no dar motivo de ofensión á nadie. Y llega este cuidado á términos que cuando come huevos en viernes delante de otros, dice que no extrañen lo que hace, porque tiene bula de Su Santidad para esto. Y la costumbre que antes dijimos que tenía en el Arzobispado, de partir la comida con los pobres, también la tiene agora. En todo lo que es contra su regalo, sigue lo que la Orden y la obediencia mandan, sin admitir ninguna particularidad en la mesa, cama, hábitos y tratamiento de su persona.

Es en aquella tierra tenido por santo, y con este presupuesto asisten á su misa muchos dolientes de diversas enfermedades, para pedirle la bendición, haciéndoles la señal de la cruz. Lo cual él á los principios extrañaba mucho: mas ya agora no lo extraña

tanto, antes á todos recibe benignamente y les da su bendición. El suceso desto, que es dar salud á los dolientes, no se ha procurado saber, y por eso nada osamos afirmar, sino algunas cosas de que luego haremos mención, aunque yo más caso hago de los ejemplos de las virtudes que nos edifican, que de los milagros que nos espantan, pues éstos los pueden hacer alguna vez hombres malos, mas las virtudes no caben sino en los verdaderamente buenos..

En aquella villa de Viana estaba una mujer casada, cinco días había con dolores tan recios de parto, que no hablaba, ni comía cosa de sustancia, y las comadres que allí asistían, tenían por cierto que la criatura de que estaba preñada ocho meses había, estaba muerta, porque ya les olía mal, y el médico que esta historia me contó, le aplicaba los remedios que la medicina enseña para despedir la criatura muerta. Viéndose pues desconfiados de todo remedio humano, acudieron al divino. Y como en aquella tierra este Padre es tenido de todos por santo, procuraron haber alguna cosa de sus vestidos para socorrer á la doliente, y dando cuenta desto al Padre Fr. Juan de la Cruz, que es muy familiar amigo suyo, dióles una túnica que tenía en su poder, que era del siervo de Dios, sin que él lo supiese, y vistiéndola á la doliente, luego á la hora habló y dijo: Sana estoy, y procedió adelante la salud, y cumplidos los nueve meses parió un hijo vivo y sano.

Sabido esto en la tierra, de ahí á pocos días estaba otra mujer de parto tres días había, sin poder despedir la criatura: acudió entonces la parte á pedir la misma túnica, diósele, y luego parió.

Un doliente tenía dentro de la garganta una esquinencia que le ahogaba: procuraron los parientes haber una cinta deste Padre, y no faltó quien la hubo á las manos sin saberlo él. Púsose sobre el doliente, y luego echó por la boca toda la ponzoña de sangre y materia que tenía dentro, y con esto recibió salud.

Una mujer le presentó un muchacho de poca edad con una parte de la cara cancerada con el mal que llaman *Noli me tangere;* y presetando al Arzobispo tres veces, y haciéndole la señal de la cruz, quedó sano, como hoy día se muestra en esta ciudad.

Llegando un navío á la barra del pueblo, que venía cargado de trigo, levantóse una tan brava tormenta, que estaba el navío

para perderse en unos bajíos de aquella barra, donde poco antes se habían perdido otros dos navíos con tormenta. Acudieron los pescadores con sus barcos á socorrerle, y las mujeres déstos y la gente del pueblo estaba en la playa dando voces por el peligro de sus maridos. Oyendo pues el Padre las voces y entendiendo el peligro, se recogió luego á su celda á hacer oración, y con esto escapó el navío de aquel tan evidente peligro, lo cual todos atribuyeron á su oración. Pero sobre todos estos milagros es mayor la santidad deste varón de Dios y el desprecio de sí mismo y de cuanto poseía, el cual milagro encarece el Eclesiástico por estas palabras: Bienaventurado el rico en quien no se halla mácula de pecado, ni fué tras el oro, ni puso su confianza en los tesoros del dinero. ¿Quién es éste, y alabarle hemos? Porque hizo maravillas en su vida. Y habiendo sido aprobado y examinado con el dinero, fué hallado perfecto: por tanto su gloria será eterna, y sus limosnas recontará toda la Iglesia y la congregación de todos los santos. Éstos son pues los milagros que nos dan testimonio de la verdadera santidad, lo cual significan aquellas palabras que dicen que fué probado y examinado como el oro, y fué hallado perfecto. Para lo cual es de saber que como dijo un sabio, la piedra que llaman toque, declara cuál sea el oro verdadero y cuál el falso, mas ese mismo oro es el toque en que se conocen los buenos y los malos, ca según los hombres precian ó desprecian el oro, así juzgamos de su virtud y santidad. Pues según esto, si despreciar el dinero, que es cosa tan baja, es tan grande argumento de virtud y santidad, ¿cuánto más lo será haber despreciado honras, dignidades y mandos, que son cosas tras que todos los hijos de Adán tan perdidos andan, que se meten por lanzas por ellos? Los cuales este varón de Dios no sólo despreció, mas hizo tantos extremos para huir dellos, cuantos hacen otros por alcanzarlos: porque claramente se ve que no es ésta obra de la naturaleza, sino de la divina gracia, no de carne ni de sangre, que ama las cosas de la tierra, sino del espíritu de Dios, que siempre aspira para las del cielo.

Al fin desta historia me pareció explicar de qué principios procedió esta tan grande solicitud y vigilancia de nuestro Pastor, para que se estime en mucho lo que fué causa de tanto bien, que fué el haberse dado mucho por los ejercicios espirituales de la oración y meditación, en que este siervo de Dios siempre se

ocupó. Porque con la continuación destos ejercicios se va criando y arraigando en el ánima un profundo temor de Dios, el cual le hacía en su oficio trabajar sin descansar. Mas cuán amigo él fuese destos santos ejercicios y del recogimiento y virtud que para ellos se requiere, se entenderá por lo que él dijo á un familiar amigo suyo. Porque morando él antes de su elección en el monasterio de Santo Domingo de Lisboa, y hallándose allí inquieto con muchas ocasiones de negocios y visitaciones, dijo á este su amigo: Holgara que sin culpa mía se levantara alguna tempestad contra mí, para que por ella me condenaran á estar preso en una celda, porque allí podría yo más libremente buscar á Dios y á mí. Esto pues nos declara cuán amigo era del recogimiento y ocupación interior quien tomaba por partido verse preso, por estar suelto y desocupado.

Vivía con gran cuidado de la pureza de su conciencia y en excusar cualquiera pecado, aunque fuese muy venial. Lo cual se entenderá por lo que aquí diré. Escribía por mano de un religioso pidiendo cierto favor al rey para una persona, alegando en la carta que le tenía muchas obligaciones. Y escrita ya gran parte della, dijo: Tener yo algunas obligaciones, es verdad: mas muchas, no. Y mandó romper la carta y comenzar otra. Y diciéndole el escribiente que no parase en aquello, y porfiando en esto, no quiso quietarse, sino dijo: Tengo sesenta años, y no quiero hacer cosa que tenga que confesar. Otros ejemplos semejantes se dejan, por evitar prolijidad, en que se parece bien que el Espíritu Santo moraba en esta ánima.

Digo pues que de los ejercicios de la oración, acompañados con la pureza de la vida, salen hombres perfectos y grandes perlados, como en nuestro Arzobispo se ha visto. Aquí tienen los perlados impresa la imagen pastoral y de los medios y ejercicios que para eso les han de ayudar, para que siguiendo este ejemplo reciban del Príncipe de los pastores el premio de sus trabajos, con tantos grados de gloria cuantas ánimas encaminaron al cielo con su industria.

HISTORIA DE LAS VIRTUDES

Y OFICIO PASTORAL DEL

SRMO. CARDENAL DON ENRIQUE

ARZOBISPO DE ÉVORA

QUE DESPUÉS FUÉ GLORIOSÍSIMO REY DE PORTUGAL

AL SERENÍSIMO PRÍNCIPE ALBERTO

ARCHIDUQUE DE AUSTRIA

Y CARDENAL DE LA SANTA IGLESIA DE ROMA

Y LEGADO DE LATERE, ETC.

AUNQUE V. A. tiene tantos ejemplos domésticos y familiares de tantos príncipes y emperadores que tan gloriosamente imperaron, en que poner los ojos, pero no dejará de alegrarse con otro más familiar ejemplo y más vecino á nuestros tiempos, que fué del Cardenal Don Enrique, hermano de la Emperatriz, de gloriosa memoria, abuela de V. A. en el cual resplandecen tanto así las virtudes personales de Su Alteza como las del oficio pastoral, que justamente pondrán grande admiración á quienquiera que las leyere. Y porque yo traté cuasi treinta años con Su Alteza, puedo como testigo de vista dar fe de muchas dellas: entre las cuales justamente se puede gloriar agora que está en el cielo, de haber hecho más obras públicas en servicio de la Iglesia, que todos cuantos prelados hubo en su tiempo. Porque él fundó desde los primeros cimientos la Universidad de Évora con todos los privilegios que tienen las otras Universidades. Y para lectores y estudiantes de todas las facultades de teología edificó un colegio de la Compañía de Jesús en Évora, donde hay más de ciento y cuarenta Padres, y otro colegio

para cincuenta teólogos con un cuento de renta. Y instituyó otras cincuenta prebendas, veinte y seis para casos de consciencia, y veinte y cuatro para artistas y teólogos. Edificó también un hospital en esa misma Universidad con trescientos mil de renta, en que se curasen los estudiantes pobres. Edificó también otro colegio de los Padres de la Compañía de Jesús en la ciudad de Lisboa, donde estudian más de mil y trescientos estudiantes, y donde se leen dos liciones de casos de consciencia. Reformó también la Orden de S. Bernardo, de que él era abad, y reparó el monasterio de Alcobaza, proveyendo la sacristía de muchos ornamentos, y edificó mucha parte del monasterio. Resuscitó también la Orden de Sanct Benito, que estaba caída en estos reinos. Edificó tres monasterios de Frailes Descalzos, de que era muy devoto. Reparó el monasterio de Peralonga, edificando buena parte dél. Multiplicó las parroquias en Lisboa para mayor comodidad de los fieles, y instituyó el obispado de Elvas, tomando para esto un pedazo grande de su arzobispado de Évora. Y sobre todo esto asentó el primero la Inquisición en estos reinos, venciendo grandes demandas que sobre esto se levantaron. Y finalmente todo su estudio era hacer siempre cosas que redundasen en gloria de Dios y en edificación de los prójimos. Y porque nuestro Señor fué servido que acabase gloriosísimamente su vida, entregándole el ceptro deste reino, no tractaré yo aquí de las virtudes y oficio de rey, porque esto quedará para los coronistas, sino sólo del oficio pastoral que administró el tiempo que vivió con este cargo. Donde V. A. podrá ver como en un espejo las virtudes que le vienen por herencia y que le pertenecen á la dignidad de Legado apostólico y Inquisidor general que V. A. tiene. Cuya serenísima persona y estado nuestro Señor prospere siempre con favores del cielo.

HISTORIA DE LAS VIRTUDES

Y OFICIO PASTORAL DEL

SRMO. CARDENAL DON ENRIQUE

Arzobispo de Évora

QUE DESPUÉS FUÉ GLORIOSÍSIMO REY DE PORTUGAL.

Cuán especial sea la providencia que nuestro Señor tiene de su Iglesia, declarólo Él á los discípulos cuando los envió á predicar el Evangelio, diciéndoles que Él estaría con ellos hasta la fin del mundo. Y qué sea lo que significa estar con ellos, declarólo el evangelista Sanct Marcos diciendo que ellos fueron por el mundo predicando y que el mismo Señor obraba juntamente con ellos, para que tuviese efecto su doctrina. De modo que el estar con ellos era obrar juntamente con ellos. Y así ellos eran los que plantaban y regaban, mas Él hacía crescer y multiplicar y fructificar las planctas, que es lo principal, como el Apóstol dice. Esto mismo nos representó Él en el libro de los Cantares, diciendo que tenía una viña en un lugar muy populoso y que la había entregado á ciertos viñaderos que la cultivasen y diesen el fruto de ella, prometiéndoles él también el premio de sus trabajos. Y no contento con la diligencia y providencia de estos obreros, dice él que no por eso se descuidaba de la viña, mas antes la tenía delante de los ojos y que de día y de noche velaba sobre la guarda della. Los primeros obreros de esta viña fueron los sanctos Apóstoles, después de los cuales sucedieron los obispos y los varones apostólicos que con el mismo espíritu tractaron de labrar y cultivar esta viña y acrescentar y conservar con sus ejemplos y virtudes las plantas della. Y porque esta viña ha de durar hasta la fin del

mundo, tiene siempre cuidado el Señor de criar nuevos obreros para que acabados los unos, sucedan los otros, que son, como dijimos, los sanctos pontífices y pastores, para que prosigan lo que los otros continuaron. Y apenas se halla edad en todos nuestros tiempos ni pasados donde no haya habido entre estos obreros algunos tan señalados que se diferenciasen de los otros como clarísimos luceros entre las estrellas. Entre éstos se han señalado en santidad y cuidado de su grey dos insignes Cardenales, uno en España, que fué el Serenísimo Don Enrique, cardenal de los Sanctos Cuatro Coronados, que después fué rey de Portugal, y el Ilustrísimo Cárolo Borromeo, cardenal de Sancta Práxede. Y porque al presente un familiar suyo, varón elocuente, tracta de escribir su vida para ejemplo de todos los prelados, parescióme que cometía un grande crimen de ingratitud si habiendo yo tractado casi treinta años con nuestro Serenísimo Cardenal y visto sus heroicas virtudes y las obras que hizo en utilidad y provecho común de la Iglesia, las dejase sepultadas en perpetuo olvido y defraudase á todos los amadores de la virtud de tales ejemplos. Porque realmente sus obras han sido tales, que así como en sus días se han despertado los deseos y propósitos de algunos imitadores suyos, como adelante veremos, así en los tiempos advenideros habrá otros que los quieran imitar. Y para llevar en esto alguna orden, diré primero de las obras públicas, que son á todos los presentes notorias, para que lo sean también á los advenideros, y luego diré de sus particulares y personales virtudes. Y si en alguna cosa de éstas tocare en mí, será por ser ella necesaria para lo que tengo de referir, como luego se verá.

Comenzando pues yo á tratar este religiosísimo Príncipe, y viendo sus virtudes tan señaladas y el celo que tenía de la salvación de las ánimas, díjele que había razón para tener Su Alteza escrúpulo de estar en muchas villas y lugares principales de su arzobispado, que es muy grande, sin tener pasto ordinario de doctrina, y que Su Alteza era el pastor principal á cuyo cargo estaba proveer por sí ó por ministros competentes de pasto á sus ovejas, porque por eso tenía tanta renta eclesiástica, para que no solamente hobiese con qué sustentar su casa y familia, sino también á los ministros y ayudadores de su oficio, que son aquéllos que promete Dios por Hieremías diciendo: *Dabo vobis pas-*

tores juxta cor meum, et pascent vos scientia et doctrina. Oídas estas palabras y otras semejantes, como no era necesario poner espuelas al que corría, no fué menester más persuasión para buscar luego predicadores y repartirlos por los lugares del arzobispado, dándoles de su casa competente estipendio para su sustentación y con cargo de proveelles de lo que en el arzobispado vacase. Y halláronse de éstos hasta trece ó catorce que predicaban por el arzobispado donde él les mandaba, de los cuales son vivos algunos el día de hoy y están muy bien parados. Y éste fué un principio para fundar el Colegio y Universidad de Évora, para que allí se pudiesen criar personas para este ministerio. Y vióse luego el fructo que de esta providencia se siguió: porque no en balde dijo Salomón por sus acostumbradas metáforas: Donde no hay bueyes, están los pesebres vacíos: mas cuando hay mieses en abundancia, ahí se ve la fortaleza y provecho del buey. Visto este buen suceso, comenzó el Príncipe á concebir más altos propósitos y á no querer para esto vivir de prestado: y yo también, visto que la tierra era tan buena para sembrar en ella cualquier buen consejo y advertimiento, de ahí á algunos días que tuve más noticia de las cosas de la tierra, díjele que se entendía haber gran rudeza y ignorancia generalmente en los curas y confesores de aquel tiempo, y para esto mandó que se juntasen todos los confesores de la ciudad de Évora ciertos días en la iglesia mayor, y que un teólogo sobre tarde los advirtiese de los principales puntos que habían de guardar en su oficio. Mas como esta diligencia no sirviese para los lugares de la comarca, dije á Su Alteza que para tantos lugares no se podían hallar curas y confesores idóneos, que debía Su Alteza de criarlos, llamando á esta ciudad algunos sacerdotes de la comarca, proveyéndoles de lo necesario y dándoles lectores de casos que por espacio á lo menos de dos años los instruyesen en esta facultad. Mas como esto era cosa nueva, llamó á su Provisor y á un visitador suyo de los más principales y trató con ellos este negocio, hallándome yo presente. Ellos entonces extrañaron la novedad del negocio, poniendo dificultad en las voluntades de los que habían de ser llamados, pues tan de mala gana dejan los hombres sus casas y sus pajuelas. Mas sin embargo de esta dificultad y de otras que allí se alegaron, prevalesció el temor de Dios y obligación que Su Alteza tenía á acudir á esta necesidad por este me-

dio, pues no se ofrescía otro, y así se hizo y se ha continuado hasta hoy con dos liciones de casos que se leen en el colegio de la Compañía de Jesús. Y Su Alteza dejó renta perpetua para que esto dure para siempre. Y las mismas dos liciones ordenó que se leyesen á los confesores en la ciudad de Lisboa, aunque en ésta no se da á los oyentes el estipendio que en Évora. Y para que se vea cuánto puede un buen ejemplo, lo mismo ordenó para siempre nuestro religiosísimo Arzobispo de Braga en su arzobispado. Y lo que más es, la reina Doña Catalina, de gloriosa memoria, pasó en esto tan adelante, que dejó renta perpetua para treinta clérigos de esta tierra, ó de fuera della, dando á los de la ciudad de Lisboa doce mil maravedís, y á los de fuera diez y seis mil para ayuda á su sustentación, para que por espacio de tres años oyesen cada día dos liciones, una de la *Suma Cayetana* y otra del *Catecismo del Concilio,* que es una compendiosa teología para aviso de los curas. Y para esto dejó cien mil maravedís de renta al monasterio de Sancto Domingo de Lisboa, con obligación de proveer estos dos lectores. Con esta providencia ha sido desterrada muy gran parte de la ignorancia de los curas y confesores.

Mas nuestro Príncipe, cebado con el gusto de este buen suceso y entendiendo cuánto importa la abundancia de la buena doctrina para edificación de las ánimas, determinó hacer un estudio universal de gramática, artes, teología y juntamente de los mismos casos de consciencia y sagrada Escriptura. Y para que hobiese bastante número de lectores para todas estas facultades y clases, edificó un colegio solemne de los Padres de la Compañía de Jesús, donde hay más de ciento y treinta Padres, cuyo instituto entre otras cosas se extiende á enseñar todas estas ciencias, para que así haya suficiente número de lectores ordinarios para todas estas facultades, y lectores con otros sobresalientes para cuando cayeren enfermos ó fueren impedidos los lectores principales, y otros para que estudien y emprendan y den calor al estudio y con su ejemplo despierten á los otros oyentes. Demás de este colegio ordenó otro para cincuenta teólogos, dándoles nueve años de tiempo, cinco para oir y cuatro para pasar lo oído, para que de aquí salgan teólogos insignes que se puedan graduar. Al cual colegio dejó un cuento de renta, que salen veinte mil maravedís á cada colegial. Y estas prebendas se dan por

oposición, para excluir los ruegos y adherencias que en semejantes cosas suelen entrevenir. Á este colegio puso por nombre Nuestra Señora de la Purificación. Y fundó otras cincuenta prebendas repartidas en tres partes, conviene á saber, doce para los artistas y otras doce para teólogos estudiantes pobres, y las veinte y seis que sobran para cumplir el número de cincuenta, para los casuistas, esto es, para aprender casos de consciencia que sirven al oficio de confesores, para desterrar con esto la ignorancia y rudeza que hay en muchas partes, el cual es uno de los importantes negocios que hay en la Iglesia. Y todos estos susodichos tienen cuatro años de tiempo y doce mil maravedís de partido cada un año para ayuda de su sustentación, aunque los casuistas no tienen más de tres años. Y todas estas prebendas también se dan por oposición, como las otras cincuenta del Colegio de Nuestra Señora de la Purificación.

Y porque este cuerpo de la Universidad fuese perfecto sin que nada le faltase, como prudente padre de familia mandó hacer un hospital donde se curasen los estudiantes pobres, porque no echasen menos al regalo de la casa de sus padres. Al cual dejó trescientos mil maravedís de renta. Y como al Colegio de los cincuenta teólogos intituló con nombre de Nuestra Señora, así lo hizo también á éste, poniéndole por nombre Nuestra Señora de la Piedad, conforme al oficio piadoso que allí se había de ejercitar curando los enfermos. Y así en ambos nombres quiso que se nos representase la memoria de la gloriosa Virgen nuestra Señora, de quien él era muy devoto.

Desta manera, pues, como este negocio se comenzó puramente por Dios, así Él lo favoreció: porque sucedió tan prósperamente, que de ahí á algunos años fueron muchos graduados así en artes como en teología. Y de los teólogos salían tantos á predicar las cuaresmas, que ningún lugar, por pequeño que fuese, carescía de predicador. De modo que como antes faltaban predicadores para los lugares, agora ya faltaban lugares para los predicadores. Con este fructo se holgaba tanto el buen Príncipe de lo que había hecho, que no se hartaba de dar gracias á nuestro Señor por haber gozado en sus días del fructo de sus trabajos. Y tan lejos estaba de tener vanagloria de esta obra tan insigne, y de pensar que había hecho en ella algún servicio á nuestro Señor, que no la miraba como á servicio suyo, sino como á be-

neficio divino, por haberle tomado nuestro Señor por instrumento para una obra perpetua que tanto importaba para edificación de las ánimas.

Y no menos se alegraba de la institución de los mozos que aprendían gramática: porque de toda la comarca acudían á este estudio gran número de mozos. Á los cuales de tal manera enseñan estos Padres, que juntamente con las letras los crían en temor de Dios y buenas costumbres, porque á esto también entre otros oficios se extiende su instituto. Hacen á todos juntos oir una misa cada día por la mañana, y está uno de los Padres en medio de ellos para que estén con silencio y atención en la misa: y todos los viernes acabadas las liciones les hace una plática cada preceptor en su aula, que dura poco más de media hora, en la cual les enseñan la doctrina cristiana y cómo han de confesarse y obedescer á sus padres, y otras cosas de virtud. Y cada uno dellos se ha de confesar una vez en el mes, por lo cual tienen esta orden. Dicen á un banco, donde están diez ó doce mozos asentados, que se aparejen para confesar el día siguiente, y otro día á otro banco, y así todos los demás. Y de esta manera cada día hay confesiones, y al cabo del mes salen todos confesados, porque los confesores tienen sus memoriales ordenados de manera que ninguno pueda faltar desta buena institución. Salen muchos para ser religiosos, y así uno de los preceptores me dijo que en este año pasado de 1586 halló por su cuenta que setenta mozos déstos habían entrado en diversas religiones. Pues desta manera gastando todo el día en sus liciones y la noche en la cuenta que han de dar dellas, se destierra la ociosidad, madre de todos los vicios. Y esta misma institución de mozos y confesores plantó este religiosísimo Príncipe en la ciudad de Lisboa, donde son enseñados y doctrinados más de mil y cuatrocientos mozos de la manera que está dicho. Para la cual fundó otro colegio, cuyos Padres tienen á su cargo este mismo ministerio.

Esto daba grande contentamiento á nuestro Príncipe, porque entendía cuánto importaba para la buena vida la buena institución de la juventud. Y por ser esta materia muy necesaria y ser grande la negligencia de los padres en la criación de sus hijos, me detendré un poco en esta parte, aunque sea contra las leyes de la historia, representando á los padres el consejo del Eclesiástico, el cual les amonesta que no pierdan esta ocasión que la na-

turaleza les da en la tierna edad de sus hijos, para poder informarlos en buenas costumbres sin repugnancia y contradición. Porque así como en la cera blanda fácilmente se imprime cualquier figura, y la vara verde dobláis á vuestra voluntad, lo cual no se hace estando seca, porque entonces antes se quebrará que se doblará, así esta edad primera es obediente para lo que quisiéredes hacer. *Hinc dicit Hieronymus: Quemadmodum, inquit, aqua in asesta digitum sequitur præcedentem, ita ætas mollis ac tenera in utramque partem flexibilis est, et quocumque duxeris, trahitur.* Por donde si en esta edad el mozo toma algún siniestro, dificultosamente se curará después. *Unde est illud Salomonis proverbium: Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea. Hinc idem Hieronymus difficile credit quod rudes animi perbiberunt lanarum conchilia. Quis in pristinum candorem mutavit? Recens testa diu et saporem retinet et odorem. Græca narrat historia Alexandrum potentissimum regem, orbisque domitorem, et in incessu Leonidis pædagogi non potuisse carere vitiis.* De un filósofo refiere Plutarco que deseaba dar voces á los padres que siendo diligentísimos en procurar de dejar ricos á sus hijos, eran negligentísimos en trabajar que fuesen virtuosos, siendo cierto que riquezas sin virtud son para mayor perdición así espiritual como temporal de su dueño. Y cuán grande sea el castigo y el pecado de los tales padres, vese muy bien en las grandes calamidades que se siguieron por haber sido Helí sacerdote negligente en castigar á sus hijos, las cuales padecieron así él como ellos y todo el pueblo de Israel, siendo en una bataila presa el Arca del testamento y muertos treinta mil hombres con los hijos mismos mal enseñados. Y toda esta miserable tragedia procedió de la negligencia de este padre en castigar á sus hijos. *Contra vero laudatur Abraham patriarcha et in divinos archanos consortium adsciscitur hoc præcipue nomine, ait Dominus. Laudatur etiam beatus Job quod tanta cura quidquid filii deliquissent, quotidianis sacrificiis expiare curaverit. Sic enim legimus: ne forte peccaverint filii mei et benedixerint Deo in cordibus suis. Quo in loco sic Origenes: ne forte, inquit, filii mei male aliquid in corde suo cogitaverint adversum Deum. Oh sinceritas patris! Oh dilectio parentis! Oh studium genitoris! Non enim tanto pro corpore sollicitus erat, sed plus de anima cogitabat. Dic, oh beate Job, quomodo permitteres aliquid mali filiis tuis in verbis aut in operibus evidentioribus, cum ita sollicitus fueris in*

occultis? Concluyamos pues en esta materia con aquella sentencia de Salomón que dice: *Noli subtrahere a puero disciplinam: si enim percusseris eum virga, non morietur. In virga percuties eum, et animam ejus de inferno liberabis.*

Mas aquí se me ofresce ocasión de responder á dos cosas que algunos podían preguntar acerca de lo dicho. La una dellas es dónde pudo este Príncipe, no teniendo bienes patrimoniales, proveer de rentas bastantes para tantas cosas como están dichas. Á esto se responde que las rentas del arzobispado de Évora son muy grandes, por ser la tierra más fértil y grasa que hay en este reino. Y así la renta de la mesa arzobispal y de la fábrica y de algunas iglesias curadas es muy grande, y las calongías pasan de dos mil ducados. Y de todas estas rentas tan copiosas se ayudó con facultades apostólicas para provisión de lo susodicho, dejando competentemente á todos los ministros todo lo que bastaba, y aprovechándose de lo que sobraba á unos, para remedio de otros. Esto fué conforme al ejemplo de los Apóstoles, los cuales de tal manera distribuían aquella masa de la hacienda que en aquel tiempo tenía la Iglesia, que era el precio de las haciendas que los fieles ponían á los pies de los Apóstoles, los cuales con lo que sobraba á los más ricos, proveían á los más pobres, repartiendo á cada uno, como escribe S. Lucas, según su necesidad. Y con este tan caritativo repartimiento, ni á los ricos sobraba lo superfluo, ni á los pobres faltaba lo necesario. Desta manera pues proveía este varón apostólico á todas estas necesidades. Y no por eso disminuyó el número de los ministros de la iglesia catedral, antes los acrescentó. Porque la renta de una calongía aplicó para doce capellanías, que se dan por oposición á los teólogos de aquella Universidad, los cuales con esta esperanza se animan á estudiar, viendo que por lo menos tienen ya más á la mano alguna de estas prebendas que les puede caber, y la renta de otra calongía aplicó para los oyentes de los casos. Y para suplemento de esto partió dos calongías por medio, y hizo cuatro, cada una con mil ducados de renta: y con esto no se disminuyó el número de los ministros, antes se acrescentó. Desta manera, pues, como buen padre de familias constituído por Dios para repartir su hacienda, proveyó á unos hijos sin detrimento de los otros.

La otra objección es de algunos que extrañan tan gran número de estudios y estudiantes como tiene este reino. Éstos es-

tán tan atentos al acrescentamiento de sus patrimonios y tan deseosos que por título de nobleza fuese todo para ellos, que tienen por mal empleado todo lo que se gasta en otros usos, y no advierten la grande obligación que los reyes deste reino tienen de dilatar la fe y la predicación del Evangelio en la mitad del mundo que les cupo en la división y repartimiento dél. Porque con esta condición les otorgaron los sumos pontífices la contratación y comercio de esta grande parte del mundo, por lo cual, aunque en el mundo hobiera muchas más Universidades y Estudios, era todo poco para cumplir con esta obligación. Porque muchas tierras de gentiles están pidiendo el pan de la palabra de Dios, y no hay quien se lo reparta, porque con todo esto la mies es copiosa y los obreros son pocos. En la ciudad de Córdoba se hacen las agujas que llaman cordobesas, en grande abundancia, porque no se hacen para sola Córdoba, sino para toda España. Y en Granada hay gran número de telares de seda, por la misma razón. Pues así decimos que todos estos estudios y estudiantes no sólo se crían para el servicio de las iglesias de este reino, sino para la mitad del mundo que está á cargo dél, para la cual todo es poco. Tiene también este reino necesidad de gran número de sacerdotes y confesores por una causa muy política y muy bien ordenada que hay en él. Ésta es que por habitar muchos labradores en el campo lejos de poblado y de la iglesia matriz, por donde no pueden cómodamente venir á oir misa domingos y fiestas, mayormente en la fuerza del invierno y del estío, están repartidas por el campo sus ermitas, cada una de las cuales tiene su cura que les va á decir misa estos días y á sacramentarlos. De modo que la villa de Montemayor, demás de tener ella para sí cuatro parroquias, tiene su comarca doce ó trece de estas ermitas con sus curas.

Pasemos adelante á declarar el cuidado que este Príncipe tenía de sus oficiales y criados: lo cual en parte se entenderá por lo dicho. Porque quien tanto cuidado tenía así de la doctrina de los confesores como de la buena criación de los mozos, no había de ser negligente en el cuidado de su familia y de los oficiales y ministros que le ayudaban al gobierno de sus ovejas. Antes en esto era tan extremado, que á éstos tenía por costumbre decir que el mayor servicio que le podían hacer y con que más ganaban su gracia, era ser ellos muy virtuosos y ejemplares. Don-

de resultó que todos ellos procuraban dar de sí muy buena cuenta, no sólo por lo que tocaba á su consciencia, sino también por agradar á su Pastor. Y de aquí procedió tener muy buenos oficiales para servicio del arzobispado, entre los cuales el más virtuoso era más privado y mejor prebendado. Donde vemos cumplido lo que dice el Sabio: *Qualis rector civitatis, tales et inhabitantes eam. Et illud Salomonis: Rex qui sedet in solio judicii, dissipat omne malum intuitu suo.* Y para mayor cautela, en el tiempo de la visita de las iglesias mandaba que el predicador denunciase de su parte al pueblo que quien tuviese queja de alguno de sus oficiales, diese orden cómo esto llegase á noticia de Su Alteza para proveer en ello. Y si alguno hallaba culpado, no quedaba sin debido castigo.

Aquí viene á propósito decir algo de la rectitud y entereza de su justicia. Y para declaración de esto referiré una cosa que le acaesció siendo arzobispo de Braga primero que lo fuese de Évora: donde halló grandes abusos y licencias en los eclesiásticos, por donde le fué necesario trabajar en romper aquella tierra que estaba como un monte bravo. Para lo cual me dijo él una vez que le había Dios puesto para reformar las cosas caídas y reducillas á su orden. Acaesció pues mandar prender una dignidad de la iglesia, y como los canónigos vivían antes con tanta libertad, sin que el prelado pudiese con ellos, alteráronse tanto con esta novedad, que le hicieron un oficio diciendo que todos se irían á meter en la cárcel con él. Mas nuestro Príncipe con ánimo católico y generoso aceptóles este ofrescimiento, y así mandó que todos fuesen á la cárcel presos. Y como ellos vieron cuán de veras iba este negocio, cada uno de ahí adelante abajó su cerviz y miró por lo que le convenía. Y con el castigo de las cabezas los otros miembros eclesiásticos, temiendo el golpe que les podía venir, tomaron otro paso y procuraron, como se suele decir, ser castos ó cautos. Y así cesó el mal ejemplo que los eclesiásticos daban á los legos.

Juntamente con ser arzobispo de Évora era también Inquisidor general en estos reinos, y él fué el primero que fundó y plantó la Inquisición en ellos, vencidas grandes dificultades y pleitos que sobre esto se removieron, y á su industria y trabajo se debe este inmenso beneficio para estos nuestros tiempos tan necesario. En el cual oficio fué extremado el cuidado que tuvo

de las cosas de la fe, por cuya providencia ha sido nuestro Señor servido que tratando en esta ciudad de Lisboa todas las naciones de la cristiandad por razón de su grandeza y de la comodidad del puerto que tiene, y muchas de ellas sospechosas en la fe católica, ha conservado nuestro Señor la sinceridad y pureza della. Y él fué el que plantó la Inquisición en este reino y el que como está dicho, la favoresció y á la hora de la muerte encomendó á uno de los principales ministros della. Y porque el Santo Oficio procediese con mayor rectitud, demás de lo que el derecho dispone, mandó promulgar una censura que ninguno intreviniese con ruegos para impedir la justicia de este tribunal. Usaba también de una singular providencia cuando alguna mujer, teniendo fama de devota, caía en una falta pública tocante al Sancto Oficio, de que los hombres poco aficionados á las cosas de devoción toman ocasión de murmurar de la gente recogida. Y no faltan algunos predicadores que se quieren congraciar con ellos respondiéndoles al mismo tono, con que la gente devota queda desfavorecida, y la que no lo es, acobardada para no serlo. Pues en este caso el buen Príncipe, temiendo el escándalo de los flacos, mandaba llamar á los prelados de los monasterios para que avisasen á los predicadores no dijesen en sus sermones palabras que desmayasen y enflaqueciesen á la gente devota, entendiendo que no era razón perturbarse los buenos por la caída de uno, sino antes moverse más á la virtud por el ejemplo de los muchos que estaban en pie.

Acaesció también en su tiempo hallarse dos confesores culpados en su ministerio, y con la misma prudencia no quiso que esto saliese á plaza, sino mandó juntar en el monasterio de Santo Domingo de Lisboa á todos los confesores de la ciudad para que se hallasen presentes á la penitencia y auto que allí se hacía, poniéndoles censuras sobre el secreto de lo que allí pasara. Lo cual él hacía como buen pastor, porque no se retirasen los flacos con estos vanos temores del uso de este tan necesario y divino sacramento, que es medicina de todas nuestras dolencias. Y como él era juntamente inquisidor y pastor, como inquisidor castigó severamente los culpados, y como prudente pastor proveyó con el secreto en el peligro y escándalo de los flacos, acordándose que el Salvador no quiso que se arrancase la cizaña con perjuicio de la buena simiente.

Entre estos cuidados y providencias no sólo cumplía él con las dos obligaciones susodichas de pastor y inquisidor, sino también con la que tenía de legado de Su Santidad con autoridad sobre todas las religiones. En las cuales procuraba con todo estudio que se guardase la observancia regular, y principalmente favorescía el ejercicio de la oración, poniéndola donde faltaba. Y si alguna alteración ó negligencia de los prelados se ofrescía, luego procuraba el remedio: y para esto tenía tan particular conoscimiento de la cualidad de las personas de quien se podía fiar y informar, como si de ningún otro oficio tuviera cuidado sino de éste. Y con el cuidado de lo espiritual no se olvidaba de lo temporal, acudiendo liberalmente á las necesidades de los monasterios. Y entre otros cuidados y providencias tocantes á esta materia fué una levantar y reformar la Orden de S. Bernardo, que estaba algo caída, y algunos monasterios della en poder de comendatarios. Y para esto ordenó que las abadías no fuesen perpetuas, sino trienales, y establesció muchas cosas tocantes á esta reformación y al modo de las elecciones que se habían de hacer así de abad mayor como de los otros inferiores.

Y no menos cuidado tuvo de la Orden de S. Benito, cuyos monasterios estaban aseglarados y en poder de comendatarios. Y vacando éstos, restituyó los tales monasterios á su orden y antigua disciplina, trayendo Padres de provincias reformadas para este efecto. Y aunque generalmente era padre de todas las religiones, particularmente era aficionado á los Padres Descalzos de la Orden de S. Francisco, enamorado de aquel continuo uso de su oración y de aquella humilde pobreza y aspereza de vida, ajena de todo regalo. Y con esta afición les edificó tres monasterios á su modo de ellos, uno en la villa de Alcobaza, y otro legua y media de Évora, y otro junto á los muros de ella, donde él pensaba ir á recoger y recrear su espíritu muchas veces con Dios.

Mas por haber él fabricado estas casas conforme al instituto y modo de su pobreza, no dejaba de acudir al reparo de los monasterios más solemnes conforme á la grandeza de ellos, como parece en lo que edificó en el monasterio de Peralonga, de Betlén y de Alcobaza. Porque con corazón generoso gastaba largo donde era menester, y como prudente entendía que todo esto redundaba en la gloria de Cristo y hermosura de su Iglesia, la cual representa David vestida de diferentes colores, por la dife-

rencia de diversos estados que hay en ella. Por donde, como la humilde pobreza imita á Cristo, así el resplandor de las iglesias lo glorifica.

Y no contento con los tres monasterios susodichos de Descalzos que edificó, crió otra nueva provincia de ellos, haciendo un cuerpo de todas las casas recolectas que estaban derramadas por todo el reino, dándoles nombre de provincia, para que de aquí saliesen nuevos enjambres de espirituales abejas que fundasen y poblasen otros monasterios con el mismo rigor y orden de vida. Y no se me debe extrañar poner á estos Padres nombre de abejas, porque como éstas entran en el jardín de flores, del cual sacan materia para hacer sus panales sin detrimento de las flores de este jardín, antes pagando este beneficio con el panal que dejan fabricado para su dueño, así estos Padres viven en el mundo sin detrimento del mundo, pues un pobre hábito de sayal á poder de remiendos les dura cuasi toda la vida. Y conforme á esto es la mesa y la cama y la casa con todo lo demás, que á pocos pasos se halla. Y con todo esto sirven al mundo con el ejemplo de su penitencia y con el socorro de sus oraciones.

Entre los oficios de los prelados, á cuyo cargo principalmente está lo espiritual, también es anejo parte de lo temporal, que es el cuidado de los pobres, y señaladamente de las viudas. De lo cual también se encargaron los Apóstoles en la primitiva Iglesia como padres de pobres, aunque el ministerio de esto encomendaron á siete diáconos, de los cuales el primero fué S. Esteban. Pues sucediendo los obispos á los Apóstoles en la dignidad, también les han de imitar en esta obra de caridad, haciéndose padres de pobres y viudas, como ellos lo fueron. Y aunque el Apóstol quiere que seamos liberales para con los pobres, pero no tan estrechamente, que padezcamos nosotros por aliviar á ellos. Mas nuestro Príncipe pasó tan adelante en esta obra de misericordia, que gastaba más en limosnas que en su casa y familia. Porque teniendo veinte y tres cuentos de renta, los once gastaba en su casa y los doce en obras pías, entrando en esta cuenta lo que gastaba en edificios eclesiásticos y reparo de monasterios. Tenía también sus listas y memoriales de los pobres y necesitados de su iglesia, señalándoles ciertas limosnas de trigo y de dinero que á sus tiempos se les daba: mas particularmente acudía á las necesidades estrechas de personas nobles, á las cuales secreta-

mente y con liberal mano solía proveer. Y por esto vivía con gran cuidado de no encargarse de muchos criados, aunque por esto fuese de muchas partes muy importunado. Pero no bastaban importunidades para hacerle desistir de lo que una vez deliberadamente asentaba. Y cuando fallesció el señor Don Duarte, su sobrino, á quien amaba tiernamente, fuéle necesario encargarse de la mitad de los criados y familia de este señor, y de la otra mitad se encargó el rey Don Sebastián, que quedaban desabrigados. Mas todavía sintió esto como nueva carga, por ver que por esta causa se habían de estrechar las limosnas de los pobres.

Y para concluir esta primera parte de las virtudes pastorales de nuestro Príncipe, podré en verdad afirmar que una de las personas de nuestra edad más república y amiga del bien común, fué este Príncipe. Porque todos sus cuidados y pensamientos eran ordenar cosas que redundasen en provecho común de todos: porque no sólo tenía cuenta con las cosas de su iglesia, sino también tendía los ojos adelante, acudiendo al bien común de otras iglesias. Porque él en su vida quitó de su arzobispado, que era muy grande, una buena parte, criando un nuevo obispado de Elvas con toda su comarca. Y de tal manera trazó esto, que el Cabildo de su iglesia y los demás ministros no se agraviasen, aguardando las vacantes de las prebendas y yendo poco á poco engrosando las rentas del obispado, el cual tiene agora cuatro cuentos largos de renta. Y la provisión de la persona fué tal, que nos representa los prelados de la primitiva Iglesia: porque este prelado, contento con un día y victo muy tasado, todo lo demás gasta en pobres y en rescatar los captivos de su obispado. Y con esto es más amado y reverenciado que si todo lo gastara en aparato de casa y familia. Y él es el primero que se levanta á los maitines, y éstos acabados, dice su misa, y todo el día gasta en su iglesia confesando.

Y porque la perfecta providencia no sólo entiende en las cosas grandes, sino también deciende á las pequeñas, dividió la parroquia de Santa Justa en la ciudad de Lisboa, por ser demasiadamente grande, en otras cuatro parroquias, para comodidad de los fieles. Y si el ceptro del reino le durara más tiempo, otras muchas cosas acabara, por aquella natural condición que tenía de atender al bien común, que es propria de altos y generosos corazones: la cual se deriva en los ánimos grandes del piélago de

aquella suma y infinita bondad, cuyo oficio es estar siempre haciendo bien y comunicándose á todas sus criaturas según la capacidad de ellas.

Vengamos á las virtudes personales deste Príncipe, que por ser él de tanta cualidad, pondrán más admiración al que las leyere, y mayor vergüenza para el que no las imitare. Y pongamos en el primer lugar la que es materia sobre que se asientan las otras virtudes como el fino rosicler sobre el oro, que es la pureza de su vida. De la cual virtud lo dotó nuestro Señor dende su primera edad como á persona que criaba y guardaba para tan grandes cosas. Porque como los yerros de los príncipes en esta materia no pueden ser del todo secretos, por andar siempre acompañados de criados, nunca dende estos primeros años hasta el fin de la vida se sintió en él algún rastro de mal olor, y así creemos haber salido desta vida con corona de pureza virginal. Y como él era en sí tan puro, así era enemigo de toda deshonestidad y especial favorecedor de la virtud contraria á este vicio. Y así después de tomado el ceptro, como cabeza general de todos los maestrazgos, determinaba de ampliar con beneficios y rentas el monasterio de las Comendadoras de Sanctiago, casa muy religiosa y de gloriosa fama, para que las doncellas huérfanas de padre y madre se recogiesen allí con toda clausura hasta que les deparase nuestro Señor estado y remedio de vida. Y si la muerte no lo atajara, llevara este propósito adelante.

Pasemos desta virtud á la guarda de ella, que es la devota oración. Porque como la virtud de la castidad sea especial don de Dios, como se escribe en el libro de la Sabiduría, síguese que uno de los principales medios por donde se alcanza, es por la oración, la cual aunque sea común ayuda para todas las virtudes y necesidades de la vida, mas particularmente es necesaria para alcanzar los dones de Dios. Y aliende de esto, como en ella gustan los que tienen purgado el paladar de su ánima, la suavidad de la alegría espiritual, fácilmente con este cebo dan de mano á todos los deleites sensuales. Pues en esta virtud fué nuestro Príncipe (cuanto lo sufrían las obligaciones necesarias del oficio pastoral) muy extremado. Y para esto muchas veces se iba á recoger á algunos monasterios que estaban fuera de la ciudad, llevando siempre consigo su San Bernardo y una ó dos personas religiosas familiares suyas, con las cuales algunos ratos del día ó

de la noche (según la cualidad del tiempo) holgaba de platicar en cosas espirituales y pasos de las sanctas Escripturas, ó ejemplos de sanctos, dando y tomando con ellos en estas materias, sin tratarse en estos lugares de otras. Porque como persona que amaba á Dios, holgaba de hablar y oir hablar de quien amaba. Asistía también con grande devoción á las horas y oficios divinos, ocupando su pensamiento en los misterios que la Iglesia nos representa en sus tiempos. Y para atizar y encender más su devoción, escrebía algo de lo que allí meditaba: y así dejó escriptas algunas homilías sobre pasos del Evangelio y una devota meditación sobre la oración del Paternoster. Escribió también un paráfrasi sobre el Psalmo 41, que comienza: *Misericordiam et judicium cantabo tibi, Domine,* donde el rey David enseñado por el Espíritu Sancto pinta todas las condiciones y virtudes que un buen rey ha de tener. Y por el grande amor que él tenía al rey Don Filipe nuestro Señor, me dijo que le quería enviar la declaración de este Psalmo como á persona que tanto huelga con tales presentes, y más dados por tal mano. Mas otro intento tenía el Espíritu Sancto cuando esto le inspiraba, porque lo que pensaba ser para otro, era para sí: porque este Psalmo nos leyó víspera de nuestra Señora de las Nieves, que fué el día de la rota de África, por donde hubo él de suceder en el reino y aprovecharse de lo que había escripto sin saber que era para sí.

En estos monasterios decía casi cada día misa con tanta devoción, que la ponía á quien se la oía, regalándose con ella con nuestro Señor y gastando en ella una larga hora. Y decía muy sabiamente que no hallaba mayor aparejo para decir misa con devoción un día, que haberla dicho el día antes. Y estando enfermo, y diciéndole los médicos y el confesor que le haría mal estar tan largo espacio en pie diciendo la misa, respondía que no quería carecer de la consolación que aquí recebía, y que fiaba de nuestro Señor que esto no dañaría á su salud.

Y como él tenía tan larga experiencia del gusto y fructo deste divinísimo Sacramento, así era muy favorecedor de la frecuencia dél, y por eso nunca quiso en su iglesia poner tasa y regla general de comulgar de tantos á tantos días, como otros prelados hacían, porque entendía que siendo tan diferentes los espíritus y estados de las personas, no se podía dar una misma regla para todos, y que esto había de quedar para la discreción del pru-

dente y experimentado confesor, el cual examinada la consciencia y vida, con todas las otras circunstancias del penitente, le alargue ó estreche la licencia para esto. Porque este pan celestial pide hambre, junto con la pureza de la vida, cuanto mayor sea ésta, tanto le dé más larga la licencia. En la primitiva Iglesia, cuando era tan grande la devoción de los fieles, cada día se les daba esta licencia, y duró esto hasta el tiempo del Papa Anacleto, cuyo es este decreto: *Omnes fideles, peracta consecratione, communicent, qui noluerint ecclesiasticis carere liminibus.* Y aun en tiempo de Sant Hierónimo, que fué cuasi trescientos años después del nacimiento de nuestro Salvador, duraba esta costumbre en las iglesias de Roma y de España, como lo refiere el mismo Santo en el primer tomo de sus Epístolas, en una que escribe á Licinio Bético, el cual por una carta le pedía respuesta de ciertas preguntas, de las cuales una era si era lícito comulgar cada día. Al cual responde por estas palabras: *De Eucharistia autem quod quœris, an accipienda quotidie sit, quod romanœ ecclesiœ et hispanœ observare perhibentur, etc. Et paulo post: Eucharistiam vero absque condemnatione nostri et purgante conscientia moneo semper accipere et Psalmistam audire dicentem: gustate et videte quoniam suavis est Dominus.* De estas palabras colegimos cuán señalada era la devoción de nuestra España, pues en tiempo de este sancto Doctor era tanta la frecuencia deste divino Sacramento, que se recebía cada día. Lo cual no digo para que se haga así agora, porque como está dicho, esto se ha de tasar por el juicio del padre espiritual y no por regla universal que comprehenda á todos.

Mas volviendo á nuestro Príncipe, con la devoción y consolación que rescebía en la misa y en el ejercicio de la oración y meditación, era su ánima muy regalada y esforzada para el cuotidiano trabajo de los cargos que tenía. Lo cual comúnmente se hace en el ejercicio de la devota oración, como el mismo Señor lo promete por Esaías á los guardadores de su ley, diciendo que él los alegrará en la casa de su oración. Así también lo dice San Bernardo por estas palabras: *orando bibitur vinum spirituale, quod lœtificat cor hominis, vinum scilicet Spiritus Sancti, quod inebriat mentem et carnalium voluptatum infundit oblivionem. Sucnectans, interiora arentis conscientiœ escas bonorum actuum dirigit et deducit per quœdam animœ membra, fidem roborans, spem confortans, vegetans, ordinansque charitatem, et impinguans mores.*

Pues esta alegría, entre muchos efectos admirables que tiene, uno dellos es afligir su carne con asperezas y obras penitenciales por amor de Dios. Porque como este amor haga aborrescer el pecado, así hace aborrescer la carne, enemiga del ánima y atizadora de los pecados. Pues no era razón que nuestro Príncipe, siendo extremado en todas las virtudes, caresciese de ésta, que paresce estar muy lejos del estado y condición de los príncipes. Mas no lo estuvo del nuestro, pues el amor de Dios es fuerte como la muerte, y así rompe por todas las dificultades que se le ponen delante. Y acerca desto diré una cosa que no podrá dejar de causar grande admiración. Olvidándose de quién era y sus achaques y indisposiciones, morando en el colegio de Évora, después de todos recogidos se levantaba de noche y se iba al coro á tomar una disciplina como la tomara un fraile descalzo. Pues ¿quién no verá por este indicio cuán íntimamente era tocado de Dios, que sobre todos los oficios y trabajos que tenía de vigilante pastor, tomaba también éste que tan fuera parecía estar de la condición de su estado? No se acordaba que era cardenal, ni legado apostólico, ni hijo de rey, sino de que era hombre pecador que con todos estos títulos y dignidades había de parescer desnudo ante el tribunal de Cristo y dar tanto más estrecha cuenta que los otros cuanto mayores cargos tenía, pues está escripto: *exiguo conceditur misericordia, potentes autem potenter tormenta patientur.* Por lo cual, siguiendo el consejo del Apóstol, hacíase juez de sí mismo por no ser después juzgado, y como el Sabio dice, antes del juicio aparejaba la justicia. Y uno de los principales aparejos era la penitencia y el dolor de los pecados, y la aflicción de la carne, y la devota y entrañable oración: lo cual todo junto se halla en una disciplina tomada con estos afectos susodichos, y cierto es éste un muy agradable sacrificio que el penitente ofresce á nuestro Señor de su propria carne. Vea pues el que tiene ojos para saber mirar la dignidad de las cosas espirituales, qué espectáculo tan hermoso era ver á este Príncipe de noche, solo, delante el Sanctísimo Sacramento, desnudas las espaldas, con el azote en la mano, castigando su carne y diciendo con el Profeta: *Quoniam ego in flagella paratus sum. Et illud ejusdem: Clamavi in toto corde meo, exaudi me, Domine.* Pues ¡cuán benignamente aceptaría el Rey del cielo esta penitencia de un hijo del rey de la tierra, tan humillado delante de sí, pues tan

propicio se mostró al rey Acab, con ser idólatra, por verlo ante sí humillado! Y si es tan cierto y tan inefable el favor de la divina gracia á quien se dispone para ella, como el de las causas naturales cuando hallan la materia dispuesta, ¡qué favores de Dios recebiría quien así se disponía y aparejaba!

Á lo dicho añadiré otra cosa no menos nueva que la pasada. Como este Príncipe era íntimamente tocado de Dios, según está dicho, así por Él era movido y enseñado en lo que había de hacer, y por esto no quería gobernarse por esta carta de navegar, por la cual el mundo navega, el cual tiene muchas leyes contrarias á las divinas. Y por esto procuraba seguir otro norte y otros ejemplos de los que vemos en estos postreros tiempos, en que la caridad está muy refriada, y abunda la maldad, como dice el Salvador. Y por esto hacía lo que nuestro Señor mandaba por su profeta diciendo: *State super vias, et videte quæ sit via bona, et ambulate in ea* (1). Pues conforme á esto miraba él prudentemente los caminos y manera de vida que los prelados de la Iglesia han seguido después de los primeros fundadores de la fe, que fueron los Apóstoles, y halló que los más vecinos á ellos fueron los que más procuraron imitar en la vida á los que sucedieron en la dignidad. Y parecióle que en éstos había de poner los ojos, que fueron por mejor camino, y que éstos había de tomar por dechado y ejemplo de su vida, cuales fueron Cipriano y Agustino y Ambrosio y otros tales. Y vió en éstos la moderación y templanza con que vivían, tan sin aparato de mundo, imitando cuanto lo sufría la condición de los tiempos, aquella templanza del Apóstol que dice: teniendo alimentos y con qué cubramos nuestros cuerpos, estemos contentos. Y porque las alhajas de su casa no eran de precio, cuando se ofrescían grandes necesidades, acudíanse á los vasos sagrados, y éstos mandaban fundir para acudir y socorrer á las necesidades de los pobres, como San Ambrosio escribe de sí que lo hizo: aunque por esto fué calumniado, mas él supo muy bien defenderse de esta calumnia. Lo mismo se escribe de S. Agustín, porque no tenía él vajilla de plata que poder fundir para esta necesidad, porque como dél escribe Posidonio, todos los vasos de su mesa eran de madera ó de barro, y solas las cucharas tenía de plata, por causa de los huéspedes. Pues ¿qué

(1) Hier. 6.

diré de S. Exuperio? Diré lo que dél escribe S. Hierónimo en sus Epístolas por estas palabras: *S. Exuperius Tolosanæ urbis episcopus, esuriens pascit alios, et ore pallente jejuniis, fameque torquetur aliena: nihil illo ditius, qui corpus Domini canistro vimineo, sanguinem portat vitro.*

Pues siguiendo tales ejemplos nuestro buen Príncipe, acordó de deshacerse de la vajilla que como hijo de rey tenía de plata, y servirse de estaño, pareciéndole que más obligación tenía á cumplir con las leyes de obispo y ministro de Cristo que de personal Real.

Bien veo que algunos perderán de vista la alteza de esta obra, paresciéndoles indigna de un príncipe tan señalado, porque la mirarán con ojos de carne. Pero más indigna cosa es querer con estos ojos examinar las obras del espíritu de Dios, porque lo que con este espíritu se hace, con este espíritu mismo, y no con el humano, se ha de examinar. Lo cual entendió aun Aristótiles filósofo, diciendo que no se ha de examinar con la prudencia humana lo que se hace con instinto divino. Y quien esto condena, condene á S. Eduardo, rey de Inglaterra, que llevó á cuestas desde el Palacio Real hasta la iglesia de S. Pablo un pobre llagado, riéndose de esto sus cortesanos. Mas S. Pablo aprobó este hecho dando al enfermo súbita salud. Condene también á S. Luis, rey de Francia, que como si fuera monje, maceraba su carne con cilicios y ayunos, y ciertos días servía por su persona á la mesa de doscientos pobres antes que él comiese, y todos los sábados se recogía en un lugar secreto y allí lavaba humildemente los pies á ciertos pobres y los alimpiaba y besaba, y lo mismo hacía á las manos. Y condene otrosí al rey David que en una muy grande y solemne procesión vestido de una sobrepelliz bailaba con todas sus fuerzas delante del Arca, que no era más que figura y sombra del Santísimo Sacramento. Y porque la Reina su mujer, hija del rey Saúl, condenó esto, la castigó Dios con perpetua estirilidad, para que nunca naciesen hijos della. Y por aquí se verá lo que dice el Apóstol, que el hombre animal no tiene habilidad para juzgar las cosas del espíritu de Dios (1). Por tanto nuestro Príncipe hacía poco caso de estos juicios, porque entendía la obligación que tenía de imitar á los santos obispos que en lugar de los Apóstoles sucedie-

(1) I Cor. 2.

ron, porque de otra manera monstruosidad sería la dignidad alta y la vida baja, el oficio apostólico y la vida común.

Pretendía también nuestro Príncipe avergonzar con este ejemplo á algunos prelados de nuestros tiempos, que son más largos de lo necesario en el aparato y servicio de sus casas: porque se acordaba muy bien de aquel decreto del Concilio Cartaginense IV, donde se manda que el obispo tenga la casa pobre y las alhajas della pobres, y que con la fe y méritos de sus virtudes alcance la autoridad de su oficio. El cual decreto está el día de hoy en algunas partes tan olvidado, que los obispos quieren competir con los grandes señores en el aparato y resplandor de su casa y familia, porque el amor natural que todos los hombres tienen de la propria excelencia, les persuade que sin este aparato no tendrán autoridad ni para castigar los delitos ni para ser obedescidos, cuyo parecer contradice al decreto susodicho y á la común doctrina de todos los decretos antiguos, y contra los dichos y ejemplos de los santos, y contra la experiencia de algunos religiosísimos prelados de nuestros tiempos, como fué el Ilmo. Cardenal Borromeo que se deshizo de todas estas cosas, y con el ejemplo de esta modestia cobró más autoridad y crédito en su iglesia que si tuviera sus salas adornadas con rica tapicería y doseles de brocado. Y no es ejemplo de menor eficacia, aunque la persona sea viva, el de nuestro Rvmo. Arzobispo de Braga Fr. Bartolomé de los Mártires, el cual imitando á S. Martín, de tal manera cumplía con la dignidad de obispo, que no se olvidaba de la modestia de religioso: porque en lo que tocaba al servicio y mesa de su persona, con tanta templanza se tractaba como cuando estaba en el monasterio. Ni bastaron persuasiones de nadie para hacerle tomar otro modo de vida. Mas lo que quitaba de sí, gastaba con los pobres de su obispado. Y con todo esto fué reverenciado de todos los señores de aquella comarca y de todo el pueblo, y con esto acabó lo que otros con mucho aparato no acabaron. Pues ¿qué diré de S. Ambrosio, el cual teniendo la misma templanza en su casa, alcanzó tanta auctoridad con sola virtud, que tuvo por muchos meses excomulgado al emperador Teodosio, monarca del mundo, y le defendió la entrada de la iglesia y obligó á hacer pública penitencia, y después de hecha, queriendo asentarse en la capilla mayor con los sacerdotes, le hizo salir de ella, diciéndole que la púrpura hacía reyes y no sacerdotes? Y á todo esto

obedeció el Emperador. Por donde paresce que la verdadera autoridad es la que se alcanza con la virtud, y ésta alcanzarían los obispos, si el pueblo viese que todo lo que tienen, quitan de sus casas y gastan en remedio de los pobres. Porque á los que esto hacen, no mira el pueblo como hombres humanos sino como á divinos, porque de éstos es olvidarse de sí y emplear su persona y bienes en remedio de viudas y de huérfanas, y por estas virtudes son no solamente más amados, sino más obedescidos y reverenciados, porque en ellos reconocen á Dios que en tales corazones mora. De Agesilao, clarísimo rey de los lacedemonios, se escribe que en el hábito y servicio de su mesa no se diferenciaba de los otros hombres, diciendo que no era proprio de los reyes aventajarse á sus vasallos en el tractamiento y aparato de sus casas, sino en el valor de sus personas y resplandor de sus virtudes. Pues según esto, ¡cuán grande confusión será la de los que están puestos en la Iglesia en lugar de los Apóstoles por espejo y dechado de toda sanctidad y virtud, que no lleguen á tener en sus casas la templanza que tenía un rey profano y gentil!

Heme extendido tanto en esta materia para declarar que el medio que tienen los prelados que desean acertar en los tiempos presentes, es volver los ojos á los pasados y procurar de imitar aquéllos que ordenaron sus vidas más con espíritu divino que humano, suplicando á nuestro Señor que después de este azote común que ha rescebido la Iglesia con las herejías de estos miserables tiempos, cumpla con nosotros lo que promete por su Profeta diciendo: Destituye tus jueces para que sean tales cuales antes fueron, y tus consiliarios serán como los que fueron en los tiempos antiguos, y después desto serás llamada ciudad del justo y ciudad fiel (1).

Mas volviendo al propósito desta virtud susodicha, añadiré otras que fueron muy proprias y familiares deste Príncipe. Entre las cuales una era gran secreto en las cosas que lo pedían, no fiándolas más que de sí y de su confesor, que tenía muy conocido y experimentado. Á esta virtud añadiré otra, que es la moderación y templanza que tenía en no hablar palabra alguna en perjuicio de nadie, lo cual hacía él no sólo como temeroso de Dios, sino como prudente, recelando que podría llegar alguna

(1) Esai. I.

palabra de estas á oído de la persona de quien se dijo, lo cual sería una grande lanzada.

También me paresció referir en este lugar una cosa que sirve grandemente para la virtud de la prudencia y para acertar los hombres á escoger lo más seguro en las cosas que tienen pro y contra, haz y envés. Sucedió, pues, en este reino un muy grave negocio litigado por ambas partes, alegando cada una sus razones. Y porque una de las personas que tenían principal voto en esta materia, era Su Alteza, propúsome el caso y las razones que había por ambas partes, y hecho esto, como prudente y sospechoso de sí mismo si por ventura le movía en este negocio alguna afición, preguntóme si en la manera de proponerme las razones de ambas partes le había sentido alguna más afición á la una que á la otra. Por este ejemplo se entenderá la prudencia grande deste Príncipe y la sospecha que deben tener los hombres de sus proprios juicios y paresceres cuando en ellos entreviene alguna afición ó pasión: porque como quien se pone un vidrio verde ó colorado sobre los ojos, todo le paresce de aquella misma color, así debe pensar que la afición ó pasión es como otro vidrio que todo lo representa conforme á lo que ella quiere. Por tanto, el que quisiere acertar, se debe desnudar de sí mismo y de todos sus apetitos, y aun con todo esto no se tenga por satisfecho, porque siempre debe estar sospechoso de sí mismo, acordándose de aquella notable sentencia de S. Gregorio, el cual dice que muchas veces nuestro espíritu miente y engaña á sí mismo, haciéndonos creer que en la buena obra amamos lo que realmente no amamos, y que en la gloria y honra del mundo no amamos lo que verdaderamente amamos.

Pues por este ejemplo entenderá el hombre que no siempre se debe fiar de sí mismo, por no caer en alguno de estos inconvenientes. Y en consecuencia de esto añadiré otra cosa que sirve para el mismo propósito. Era este Príncipe por una parte tan humilde, y por otra tan deseoso de acertar en las cosas, que de muy buena gana oía cualquier aviso que se le daba, y tenía este por particular beneficio, y así lo agradescía, acordándose de lo que dice Salomón: Arguye al sabio, y amarte ha, enseña al justo, y á toda priesa tomará el aviso que le das. Lo contrario de lo cual se dice de los malos, los cuales á ningunos tienen por mayores enemigos que á los que les dicen las verdades. Desto pue-

do yo ser buen testigo, que siempre hallé en él muy buena acogida y mucha benignidad con cualquiera cosa que le advertía. Y si era cosa que tenía descargo, familiarmente y sin porfía alguna lo daba.

Pero todo esto es poco en comparación de lo que agora diré. Acaesció avisarle su confesor de cierta cosa que tocaba á la consciencia, y él pretendía defender con sus razones la opinión contraria. Y en esto entrevino alguna porfía de parte á parte. Pasado esto, recogiéndose después y pensando en la porfía que había tenido con el padre espiritual, quedó tan arrepentido y tan penado por lo que había hecho, que determinó hacer la satisfacción conforme á la pena rescibida, y el día siguiente mandó llamar á su confesor, y olvidándose de su dignidad y de la natural gravedad que siempre en la vida conservó, se quitó el bonete y se hincó de rodillas delante dél, pidiéndole que por amor de Dios le perdonase la culpa de la porfía pasada, y rogándole que no tomase de esto ocasión para acobardarse y dejar de avisarle siempre de todo lo que tocase á la consciencia. No sé si los ojos de carne perderán también de vista la alteza desta virtud como de las pasadas. Mas lo que es más glorioso en este Príncipe, es que no contento con las virtudes ordinarias que tienen los hombres de bien, que viven limpiamente y sin perjuicio de nadie, pasó tan adelante, que no contento con estas comunes virtudes, llegó á éstas, que son proprias de los grandes siervos y amigos de Dios y que no hacen caso de las leyes y juicios del mundo. Y pues dice S. Augustín que en todas las páginas de la Escriptura está escripta esta sentencia, que Dios resiste á los soberbios, y á los humildes da su gracia, por aquí se entenderá cuánta gracia había rescebido de nuestro Señor, á quien se humillaba. Y en esto paresce que el espíritu que este Príncipe tenía, no era del mundo, sino de aquel Señor que dice: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. Servirá este ejemplo para que por él se entienda la reverencia y obediencia que los grandes señores deben tener á sus padres espirituales y confesores, cuando fueren tales.

Entre todas estas virtudes personales no es razón que quede en olvido la paciencia deste Príncipe, hermana de la humildad y la que según doctrina del Apóstol es la prueba verdadera de la virtud. La cual singularmente resplandesció en este Príncipe en

las adversidades que padesció: porque siendo el más flaco y delicado de sus hermanos, fué el que más vivió de todos, porque le alargó nuestro Señor la vida para todas estas obras de tanta edificación como aquí se ha referido. De manera que él solo quedó de la sangre Real para sentir los dolores de tantas muertes. Porque vió la muerte de cinco hermanos y tres hermanas, y entre ellos la del infante Don Luis, que él grandemente amaba, y así era dél muy amado. Vió también la muerte de la reina Doña María, su madre, y del rey Don Manuel, su padre, y de la reina Doña Catalina, su cuñada, y sobre todo la de dos sobrinos, que fueron el rey Don Sebastián y el infante Don Duarte, la cual sintió grandemente, no sólo por razón del deudo tan conjunto, sino porque le cortaron el hilo de todas sus esperanzas y deseos. Porque vivió mucho tiempo con deseo de dejar todos los cargos y oficios que tenía, y recogerse con dos ó tres criados, y entregar lo que le restaba de la edad, con su ánima y con Dios. Y por esto insistía con el rey Don Sebastián que casase, para que el reino tuviera herederos: y fallescido él sin hijos y perdida esta esperanza, quedábale otra en el señor Don Duarte, con que se consolaba. Mas perdida también ésta con el fallescimiento dél, vió frustrados todos sus intentos y propósitos, y en lugar de la quietud que deseaba, obligado á nuevos cuidados y trabajos. Mas valióle mucho para todas estas angustias de las muertes susodichas estar fundada su ánima sobre una firme piedra, que era un grande temor de Dios y una profundísima humildad y reverencia á la divina Majestad, no disputando de sus juicios sino adorándolos y reverenciándolos y captivando su entendimiento y sujetándolo á todo lo que de su divina Providencia viniere. Todos los hombres comúnmente desean reinos y señoríos, por donde dijo aquel emperador profano que si las leyes se habían de quebrantar, había de ser por causa de reinar. Lo cual estaba tan lejos del ánimo deste Príncipe cuan lejos estaba su espíritu de los que estos deseos tienen: el cual tenía el reinar por una tan pesada y peligrosa cruz, que no sólo no la comprara por dineros, mas diera cuanto tenía por descargarse della. Este lenguaje no lo entienden todos, sino solos aquéllos que tienen puesta la suma de toda su felicidad en agradar á su criador y procurar la salvación de las almas, y todo lo que hay fuera de esto tienen por cosa impertinente y de poco valor.

De esta calamidad se siguió otra más pesada, ca nunca un mal suele venir solo: porque deseando el reino tener hijos sucesores de su rey, apretaron por todas vías que pidiese licencia para tomar estado de matrimonio, y á esto también le obligaban por consciencia. Y dado que esto era para tal ánimo el más pesado yugo que se le podía poner, todavía venció la grande instancia que sobre esto se le hizo, y así lo aceptó, pero con tanto desgusto suyo, que el día siguiente comenzó á echar sangre por la boca y enfermar. Y cresciendo el mal de cada vez más, llegó á tal estado, que los médicos determinaron que no tenía salud ni disposición para casar. Pues como su confesor le diese esta nueva tan alegre para él, levantó las manos juntas en alto, diciendo: Loado sea nuestro Señor que así me ha consolado. Y añadió, diciendo al confesor: Habéisme quitado de los hombros una carga de plomo tan grande como toda esta casa. Y el alegría de esta nueva fué tal para quien tan grande amador era de la hermosura de la castidad, que el día siguiente se halló tan aliviado, que determinó ir á Almerín, que es una casa de solaz donde los reyes suelen ir á montear, y allí estuvo con algún alivio: pero el mal estaba ya tan apoderado dél, que todavía se fué continuando hasta la fin. Esto paresce haber sucedido así por la divina Providencia, sin la cual ninguna cosa se hace en el mundo, parte porque no perdiese este Príncipe la corona de la pureza virginal que hasta allí había conservado, y parte por haber querido nuestro Señor por sus altos juicios conservar, hermanar y unir estos dos reinos en un mismo cuerpo debajo de una católica y religiosísima cabeza. Los cuales juicios no han de ser escudriñados, sino adorados y reverenciados y temidos por tan justificados como es la fuente de do proceden, que es Dios.

Llegado pues ya el tiempo en que nuestro Señor quería dar fin á estos trabajos y principio á la gloria que con tantas obras públicas y limosnas había este Príncipe merecido, tenía él ya mucho antes ordenado su testamento, y todas las veces que iba á recogerse al monasterio de Alcobaza, lo reveía y reformaba. En el cual testamento fué tan largo en las mandas y obras de casamientos de huérfanas y rescate de captivos, como se esperaba de un Príncipe que tan largo había sido en la vida en semejantes obras. En este tiempo teniendo él ya por cierta su partida y aparejado lo necesario para ella, me preguntó si me parescía que faltaba

algo por hacer. Y respondí que no más que dejar recaudo para todo lo que después de sus días sobreviniese, para que á todos hiciese razón y justicia. Respondió él que ya estaba proveído. Díjele yo luego que se esforzase y alegrase en Dios, pues iba á parecer ante un juez que tanto se precia de hacer mercedes y perdonar pecados. Para esto le traje á la memoria lo que el Salvador respondió á S. Pedro cuando le preguntó si perdonaría hasta siete veces á quien contra él pecase. Al cual Él respondió: No digo yo siete veces, mas setenta veces siete, que es, cuantas veces contra ti pecare, tantas le has tú de perdonar. De las cuales palabras puede colegir el verdadero penitente cuán largo será aquel Señor, que es padre de misericordia, en perdonar pecados, pues á mí que soy tan inhumano y de tan estrecho corazón, me manda ser en este caso tan liberal. Con esta autoridad se alegró nuestro Príncipe como quien tan experimentada tenía la bondad y largueza divina.

Cuatro días antes que fallesciese, entendió él que iba enflaquesciéndose y caminando para lo postrero, que era un jueves antes de la Septuagésima del año 1580. Y este día se confesó y rescibió la sagrada comunión, y el domingo siguiente á las siete de la tarde comenzando el eclipse de la luna de aquel año, comenzó él también á entrar en pasamiento. Y luego mandó llamar á su confesor para que estuviese allí á su cabecera, diciéndole que tenía un grande dolor en el bazo, y que se consolaba acordándose de las palabras del sancto Simeón, que dijo á nuestra Señora que su ánima sería atravesada con un cuchillo de dolor. Y en este tiempo mandó aparejar la Extrema Unción, y como el Capellán Mayor quisiese hacer este oficio, dijo que el Arzobispo de Lisboa lo había de hacer, porque él era súbdito suyo, y de mano de él quería recebir este sacramento que nuestro Señor ordenó para el postrero de los trabajos y peligros desta vida.

Comenzó pués el Arzobispo á hacer este oficio con grande sentimiento y devoción, y como no estaba él ejercitado en él, cuando erraba en alguna palabra ó ceremonia, el doliente la advertía: tan entero estaba en su juicio. Acabada la unción, comenzamos los Religiosos que presentes estábamos, que no eran muchos, por ser esto cuasi á la media noche, á rezar un poco alto los psalmos acostumbrados en este tiempo. Y porque esto perturba-

ba algún tanto la quietud de espíritu que él entonces quería tener, dijo que lo dejásemos reposar un poco. Y desta manera perseverando en todos sus sentidos, dió el ánima al Señor que la crió, y así partió aquel bendito espíritu desta vida mortal para rescebir la corona de justicia que nuestro Señor le tenía guardada, la cual él había fabricado con tantas limosnas y obras públicas que dejó hechas para gloria de Dios y edificación de su Iglesia.

Resta tractar agora de la traslación de su cuerpo, que no fué menos admirable que la pureza de su vida. Porque pasados tres años menos dos meses, ordenaron de trasladar su cuerpo al monasterio de Betlén, que es el enterramiento nuevo de los reyes, y habiéndolo sepultado sin quitarle nada del vientre, echando sobre el cuerpo cal terciada para que se gastase más presto, lo hallaron tan entero como el día que lo sepultaron, sacado un poquito que tenía gastado de lo bajo de la naríz, y esto sin ningún mal olor. Y creyendo que olería, tenían aparejada una redoma de bálsamo para untarlo, y no fué necesaria, porque ningún mal olor tenía, y las cuerdas y enlazamientos de los miembros tan enteros, que lo pudieron desnudar de las ropas con que fué sepultado, que estaban ya gastadas, y le vistieron una camisa y un jubón, y calzaron unas calzas y zapatos, y vistieron una sotana de raso carmesí con su bonete de lo mismo, y sobre todo su roquete, y desta manera le enterraron en una caja aforrada de carmesí, cubierta con una pieza de tela de oro. Á este aucto se hallaron presentes el Arzobispo de Lisboa, y el Obispo Capellán Mayor, y el Obispo del Algarbe Don Alonso, y el de Ceuta, que agora es deán de la Capilla, y el confesor de Su Alteza, con seis Padres de la Compañía de Jesús. Y esto hecho, vinieron los oficiales principales de la casa de Su Alteza, y maravillados de lo que vieron, se hincaron de rodillas y con grande admiración y reverencia le besaron la mano. Y el rostro estaba tal, que claramente reconocieron ser él, aunque la boca estaba un poco abierta por estar la quijada de la barba algo caída, que es la figura que habemos todos de tener en este paso.

Éste es, pues, el fin en que vienen á parar todas las grandezas del mundo: el cual nos representan aquellas palabras que mandó Dios predicar á Esaías, diciendo: Toda carne es heno, y toda gloria della es como la flor del campo. Esta gloria que aquí dice, son los príncipes y reyes del mundo, y éstos también como

los más bajos tienen un mismo paradero. Si no, miraldos después de comidos de la tierra, y cotejad los unos con los otros, y decidme quién déstos fué rico, quién pobre, quién sabio, quién ignorante, quién noble, quién de bajo linaje, quién emperador y quién pobre labrador. Á todos iguala la muerte, á todos deja igualmente pobres y desnudos. Aquel gran soldán Saladino, que tantas tierras conquistó, cuando murió, mandó que pusiesen en la punta de una lanza una camisa y diesen un pregón diciendo que de cuantos reinos y señoríos había conquistado, no le quedaba más que una camisa, con que le amortajaron. Y en la sepultura de aquel gran rey Ciro, tan engrandecido en la sancta Escritura y tan poderoso en las armas, se puso un epitafio que decía así: *Yo soy Ciro, que trasladé la monarquía de los asirios á los persas. Ruégote, caminante, cuando aquí llegares, que no tengas envidia desta poca de tierra con que mi cuerpo está cubierto.*

Esto es, pues, lo que este grande monarca y todos los otros iguales sacan deste mundo. Por donde parece ser verdadera aquella sentencia de S. Ambrosio, el cual dice que sola la misericordia es compañera de los difunctos. Porque cuando los deudos, amigos y criados dejan al señor en la sepultura y se vuelven sin él á sus casas, sola esta virtud lo acompaña y defiende en tan grande soledad, porque como el Eclesiástico dice, la misericordia del varón es como un saco lleno de bienes que lleva consigo, la cual misericordia conservará la gracia del hombre como la lumbre de los ojos. Y el mismo añade diciendo que ella le defenderá de sus enemigos mejor que la lanza y el escudo del hombre esforzado. Por donde podremos entender cuán acompañado de estas armas entraría nuestro Rey en el cielo, pues tantas obras de misericordia espirituales y corporales hizo en este mundo.

VIDA

DE

SOR ANA DE LA CONCEPCIÓN

Á LA MUY ILUSTRE SEÑORA

DOÑA JUANA DE LUNA

Muy gran razón tiene v. m. para gloriarse en Dios y darle gracias por esta hermana que le dió, cuya vida en pocas palabras le envío aquí escrita, para juntar con otras semejantes que con ella van: porque como sea cosa propia del verdadero amor trasformar al que ama en la persona amada, no podrá v. m. dejar de imitar las virtudes de hermana tan querida, mayormente teniéndola en el cielo aposentada en el tálamo del Esposo que ella tanto amó, pues siendo esposa de tan rico y tan alto Rey, no podrá dejar de alcanzar mercedes de gracia para los padres y hermanos que en este mundo dejó, pues ni la gracia ni la gloria deshacen el vínculo de la naturaleza, antes la perfeccionan. Y por ambos títulos tendrá v. m. ayuda para ganar en ese estado vidual mucha parte de lo que ella mereció en el estado virginal. Porque aunque no llegue al galardón de ciento, que se da á las vírgines, llegará al de sesenta, que se da á las santas viudas, como se dió á Ana en el Evangelio y á la santa Judit en el Testamento viejo, con las cuales tendrá v. m. su parte en el reino del cielo. Cuya muy ilustre persona nuestro Señor prospere con abundancia de sus dones y gracias.

AL CRISTIANO LECTOR

Muy celebrada sentencia es entre todos los sabios que es largo el camino de las palabras, y muy breve y compendioso el de los ejemplos. La razón es porque las palabras comúnmente no hacen más que enseñarnos el camino de la virtud y los medios por do se alcanza, mas los ejemplos de los buenos demás desto incitan y mueven nuestra voluntad á poner por obra lo que leemos en sus vidas, considerando el premio y los grandes regalos y favores que nuestro Señor hace á sus fieles siervos en esta vida, los cuales despiertan y encienden nuestro deseo de servir á un Señor que tan buen tratamiento hace á los que de todo corazón le buscan. Y porque la dificultad con que está acompañada la virtud, retrae á los hombres de ella, suelen los ejemplos vencer esta dificultad cuando consideramos que personas flacas y delicadas pudieron con el favor de la divina gracia caminar á la perfición y no sólo cumplir con los mandamientos sino también abrazar los consejos, mortificando su carne y ocupándose día y noche en el ejercicio de la oración. Las cuales dos cosas se nos representan en el libro de los Cantares debajo destos dos nombres, mirra y encienso, tantas veces en este libro repetidos. Ca por la mirra, que es muy amarga, aunque muy saludable, entendemos la mortificación de nuestra carne y de todos sus apetitos, y por el encienso, que es oloroso y sube á lo alto, entendemos la oración, que son los dos principales ejercicios de la vida espiritual. Para los cuales tendrá el piadoso lector singulares ejemplos en la vida desta Religiosa, aunque muy breve, y así verá en ella muchas cosas dignas, no sólo de edificación sino mucho más de admiración. Y porque del maravillarse vinieron los hombres á filosofar, que es inquirir las causas de las cosas de que se maravillaban, no será fuera de propósito inquirir aquí la causa desta admiración: aunque en esta parte me detendré algo más de lo que piden las leyes de la prefación, por servir ella no sólo á la historia desta vida, sino también á las que después de ella se siguen.

Pues tomando este negocio dende sus principios, es de saber que en el hombre justo y virtuoso hay dos maneras de ser, que son, ser de naturaleza y ser de gracia, y por otros nombres, ser natural y ser espiritual, que es, ser y buen ser. Entre estas dos maneras de ser, el segundo es más excelente que el primero, porque más excelente cosa es el buen ser que el ser. Y pues nos consta que el ser natural que tenemos (que es ser hombres) es de Dios, sin que el hombre pueda hacer un cabello suyo blanco ó negro, como el Salvador dice, síguese de aquí que el buen ser que tienen los justos, que es ser buenos y virtuosos, es dádiva y obra de Dios. Por donde si el hombre atribuye á Dios el ser natural que tiene de hombre, y á sus fuerzas é industria el ser que tiene de justo y bueno, la mayor honra toma para sí y la menor da á Dios. Pues de lo dicho claramente se infiere que la virtud y la santidad es obra de la mano Dios, aunque no sin intrevenir aquí el mesmo hombre. Porque Dios que crió al hombre sin el hombre, no lo santifica sino obrando juntamente con el hombre.

Concluído pues por lo dicho que Dios es el principal auctor de nuestra sanctificación y justicia, réstanos inquirir de qué manera y por qué medios obra Él en las ánimas esta sanctidad y justicia. La respuesta es notoria, porque ésta óbra Él mediante la gracia y las virtudes infusas con los dones del Espíritu Sancto y otros auxilios y favores con que despierta y mueve las ánimas á toda virtud. Mas entre estas ánimas hay algunas que Él quiere levantar á estado de perfección, y como para esto use Él de diversos auxilios y socorros de su gracia, pero el más común medio es prevenirlos con bendiciones de dulcedumbre, dándoles un sobrenatural gusto y suavidad de los bienes del cielo, el cual gusto á las veces es tan grande, que como dice Enrico Herpe, sobrepuja á todos los deleites del mundo, aunque todos ellos se hallasen en el corazón de un hombre. Lo cual significó la esposa en los Cantares cuando hablando con su esposo, le dijo que sus pechos eran mejores que el vino, entendiendo por estos pechos la leche de la divina consolación, y por el vino todos los deleites del mundo, á los cuales todos excede la leche desta divina suavidad. Y por ser ella tan grande y sobrenatural, no se conoce enteramente sino por sola experiencia, como el mismo Cristo lo significó por S. Juan, diciendo así: Al que venciere, daré yo un

nombre nuevo, que es un nuevo ser, y un maná escondido, el cual no conoce sino quien lo ha recibido. Lo mismo significó el Profeta Real, hablando con el mismo Dios, por estas palabras: ¡Cuán grande es, Señor, la muchedumbre de vuestra dulzura, la cual tenéis escondida para los que os temen! De modo que solos éstos que con temor filial y verdadero amor buscan á Dios, gozan desta dulcedumbre, y solos éstos dice S. Augustín que entienden esta doctrina, y no otros, y así dice él: Hay un deleite interior del corazón, para quien es dulce y sabroso el pan celestial. Y luego más abajo dice: Para entender este lenguaje dadme un amador de Dios, y éste sentirá lo que digo: dadme un deseoso del mismo Dios, un ferviente en su amor, uno que viva en este mundo como peregrino y extranjero, uno que esté sediento deseando la fuente de la eterna gracia, uno que esté suspirando por ella, y éste entenderá lo que digo. Pues por estas palabras declara S. Augustín la grandeza desta suavidad y lo que S. Juan dijo que era maná escondido y que nadie lo conocía sino el que lo había probado.

Mas agora habemos de inquirir los efectos que obra esta suavidad en el ánimo del que camina á la perfección. Á esto respondo que son muchos, pero cuanto pertenece á nuestro propósito, apuntaremos aquí solos tres. El primero es desprecio de todas las cosas del mundo, las cuales parecen vilísimas en comparación deste gusto celestial: por lo cual dice S. Bernardo que en gustándose la suavidad espiritual, luego toda carne pierde su sabor. Y por nombre de carne entiende él todos los gustos y bienes de la tierra, que á los tales parecen vilísimos, como largamente se declara en el libro de la Sabiduría. Esto mismo aun más largamente explica S. Gregorio diciendo que esta suavidad es aquella perla preciosa del Evangelio, por la cual el sabio mercader vende todas sus cosas por comprarla. Sobre lo cual dice el mismo S. Gregorio así: El que ha gustado, en cuanto es posible en esta mortalidad, la dulzura de la vida espiritual, luego desampara todas las cosas que amaba en la tierra, y en comparación della todas le parecen viles, deja lo que tenía, derrama lo que había atesorado, arde en el amor del cielo, no le agrada nada de la tierra, parécele feo todo lo que antes le parecía hermoso, porque sola la claridad desta perla preciosa resplandece en su ánima.

El segundo efecto que desta suavidad se sigue, es un ardentísimo deseo de padecer grandes trabajos, y aun derramar su sangre, para gloria de un Señor que tan suave y amoroso se le ha mostrado, reconociendo en esto ser Él digno de que se padeciesen no una sino mil muertes, si fuese posible, por Él. Esto nos representa el Salvador en la fiesta de su gloriosa transfiguración, donde fué tan grande la consolación que S. Pedro y sus compañeros recibieron, que quisieron perpetuarse en aquel monte toda la vida. Mas en esta fiesta tan gloriosa dice el Evangelista que trataron allí con el Salvador Moisés y Elías de la pasión y de los dolores gravísimos que había de padecer en Hierusalem. En lo cual se nos da á entender que cuando más favorecidos y regalados fuéremos de Dios, entonces nos habemos de ofrecer más á padecer todos los trabajos y tormentos que se nos ofreciesen por la gloria de un Señor que tan benigno, tan piadoso, tan amigo se nos mostró. De donde nace que cuando no se le ofrecen al hombre trabajos de fuera, él mismo los busque dentro de sí, maltratando su cuerpo con ayunos y vigilias y disciplinas y cilicios y duras camas, lo uno para satisfacer á la divina justicia por las ofensas de la vida pasada, y lo otro por tomar venganza de su carne, que fué la atizadora desos pecados. Y por tanto, como aborrecen al pecado en sumo grado, así en el segundo aborrecen su propria carne por la parte que es seminario de muchos pecados. Mas en este tiempo es menester discreción y templanza, porque no exceda el hombre con el fervor deste nuevo vino los límites de la razón, porque no se inhabilite para los trabajos que le quedan por pasar, como á muchos acaece.

El tercer efecto de esta suavidad es que cebadas las ánimas con ella, querrían estarse días y noches conversando con el auctor desta suavidad. Y porque ésta señaladamente se comunica en la oración, como el Señor lo promete á sus fieles siervos por Esaías, de aquí es que todo el tiempo que pueden se ocupan en este ejercicio. Y de aquí resulta una suave impresión en el ánima, la cual hace que aunque se ocupen en las obras exteriores, no por eso pierden la ocupación interior. Y esto nos significa Salomón en sus Cantares cuando dice que las vestiduras de la Esposa huelen á encienso: porque por estas vestiduras entendemos las obras virtuosas con que el ánima del justo está vestida y adornada, y por el encienso, que es oloroso y sube á lo alto, se entiende la ora-

ción, como arriba dijimos. Pues decir que estas vestiduras huelen á encienso, es dar á entender que estas obras exteriores no carecen de la devoción y oración interior. Éste fué el ejercicio común de todos los santos, los cuales obrando desta manera, cumplían con aquel consejo del Salvador, que dice: Conviene siempre orar sin desfallecer. Porque el que desta manera obra, siempre ora. Y por esto comparaban al sancto Egidio con la golondrina, porque ésta come volando, y lo mismo hacía este sancto, porque en todas las obras que hacía, también oraba.

Pues esta suavidad hace al ánima perseverar, en cuanto le es posible, días y noches en este ejercicio de la oración. Ni debe parecer esto increíble, porque no hay cadena que más preso tenga el corazón, que el deleite, del cual no se aparta sino con gran dificultad. Esto experimentamos alguna vez cuando oímos una música de cámera muy suave con gran gusto y atención, porque si entonces nos hablan algo, apenas lo entendemos, y si de allí nos apartan, recibimos pena, porque nos privan de aquella suavidad. Pues según esto, siendo tan grande la suavidad de que las ánimas purgadas y limpias gozan con la comunicación de Dios, ¿qué maravilla es querer estar siempre gozando della, y recibir pena cuando della la apartan? Lo cual es en tanta manera verdad, que como dice S. Buenaventura, hasta la misma carne, enemiga del espíritu, por la parte que le cabe en este ejercicio de los relieves y alegría del espíritu, recibe pena cuando le apartan dél.

Pues para prueba de todo lo dicho basta la historia de la vida desta virgen, en cuyas virtudes y ejercicios veremos cumplidos y verificados estos tres efectos susodichos, y junto con esto entenderemos lo que al principio propusimos, esto es, cuál era la causa de todos estos favores y regalos tan extraordinarios que hace nuestro Señor á sus familiares amigos: los cuales nos darán aquí materia de admiración y motivos para alabar y glorificar á Dios en sus sanctos, que es el dador de todos estos bienes.

COMIENZA LA VIDA

DE LA M. R. MADRE

SOROR ANA DE LA CONCEPCIÓN

MONJA EN EL MONASTERIO
DE NUESTRA SEÑORA DE LA ESPERANZA
EN LA CIUDAD DE LISBOA,
DE LA ORDEN DEL GLORIOSO PADRE SANT FRANCISCO

EN el mes de Septiembre del año de 1569 falleció en el monasterio de Nuestra Señora de la Esperanza una Religiosa llamada Ana de la Concepción, hija de Don Antonio de Luna y de Doña María Bocanegra, muy nobles por sangre, pero más nobles por haber dado al mundo tal claridad y ser troncos donde nació un árbol que tan glorioso fruto dió al cielo: cuya gloria y honra ellos han más de estimar que toda la que el mundo y los reyes dél les pueden dar. Esta planta tan bien nacida fué criada dende su niñez en aquel solemne monesterio de la Concepción de Beja, en el cual mamó la leche y costumbres santas de la religión y comenzó á ejercitarse en aquel rigor de penitencia que con su tierna edad se compadecía, teniendo por maestra á una santa vieja, á la cual amaba y reverenciaba como á madre y temía como á maestra. Acaeció pues una vez que lloviendo y tronando fuera de tiempo, y congojándose mucho la vieja, mandó á la niña que fuese al claustro y hiciese la señal de la cruz en el aire. Y esto hecho, súbitamente cesó la lluvia y los truenos. Otra vez acaso quebró un vidrio, y derramando muchas lágrimas con grande inocencia y simplicidad, se fué al coro y puesta de rodillas suplicó á nuestro Señor lo sanase. Y viendo Él como padre benignísimo aquellas lágrimas de tanta fe y simplicidad, condescendió á su petición, pronosticando en esto los favores y mercedes espirituales que adelante le había de hacer. Viniendo pues su maestra á buscar el vidrio, le

halló entero y sano: lo cual fué cosa pública y notoria á todas las Religiosas. En esta pureza y simplicidad vivió esta virgen hasta edad de trece años, en la cual edad fué llamada de sus padres para darle otro estado de vida, que ella no quiso aceptar, porque en este tiempo tenía ya ella hecho voto de virginidad. Por lo cual sus padres acordaron que entrase en el monesterio de Nuestra Señora de la Esperanza, siendo ya de edad de catorce años, en el cual vivió confirmando con obras y vida santa la esperanza que tenía de gozar de su Dios, que era lo que ella pretendía. Hizo profesión á los diez y seis años debajo la regla de Santa Clara, la cual tan firmemente guardó cuan alegremente la prometió. Mostróse luego en ella un fervor y deseo grande de servir á Dios, y amor del Esposo celestial, y perseverando en él, le conservaba con el rigor de la penitencia y observancia de su regla. Fué obedientísima á sus perlados, y muy celosa del bien común, y muy estrecha en la pobreza y aspereza de vida, y en la penitencia tan extremada, que no pareció posible sufrirla un cuerpo tan delicado y flaco: porque trajo mucho tiempo vestido un jubón de cilicio muy áspero, y heríase en los pechos con una piedra como otro S. Hierónimo, no perdonando á la ternura de su edad ni á la delicadeza de su cuerpo. Ayunaba casi todo el año á imitación de los santos Padres del yermo, y en lo que comía, echaba agua fría para que con ella quedase la comida desabrida, como se escribe de su glorioso Padre Sant Francisco. Solía estar algunas veces dos días sin comer, especialmente los días de comunión. Y cuando la reprehendían algunas monjas destos excesos, respondíales con grande espíritu: La falta que siente el cuerpo, y el mal tratamiento que recibe, suple Dios añadiendo nuevas fuerzas y abundancia de gracia. Y por mortificar el apetito de las cosas sabrosas, nunca comía fruta, siendo casi natural comida de las mujeres mozas, aunque ésta no lo era en el sexo y gravedad y en la madureza de su vida y costumbres. No tenía tiempo cierto y deputado para dormir, mas cuasi todo el día y la noche gastaba en su oración continua, aunque alguna vez la naturaleza cansada de tan perpetuas vigilias la constriñía á dormir un poco. Y muchas religiosas deste monesterio son testigos que la hallaban antes y después de maitines en el coro. Y preguntada por qué no dormía, respondía: ¿Quién amando duerme? Lo cual era manifiesta señal de su grande amor, con el cual es-

peraba toda la noche á su amado y lo hallaba y gozaba dél. Porque en la oración, que es el tiempo en que Él más blanda y familiarmente se suele comunicar, era esta Religiosa tan continua, que cumplía muy bien lo que el Salvador aconseja, que es, orad siempre sin cesar. Porque tan elevada andaba y tan absorta en Dios, que aun ocupándose en las obras exteriores que mandaba la obediencia, no dejaba el ejercicio interior. De donde nacía que muchas veces tratando esta Religiosa con otras, se encendía tanto en pláticas espírituales, de que ella sabía mucho, que les tomaba las manos y hábitos, y los besaba, estando toda llena de espíritu. Todas sus pláticas eran del amor de Dios, y de todas sacaba materia para le engrandecer y alabar, provocando y pidiendo á todas que amasen á su Dios, porque en esto quería tener á todas por compañeras. Su caridad era grandísima, principalmente para con las enfermas, y llegó á tanto, que suplicó con mucha instancia á nuestro Señor en la peste grande, que si alguna Religiosa de aquel monesterio hubiese de morir, fuese ella y pagase por las otras. Era también liberalísima para con todas de aquella pobreza que tenía. Tuvo muy claro juicio y grande entendimiento, y decía ella que muchas cosas de la santa Escritura le eran fáciles de entender, y así traía á su propósito muchos pasos della sin haber aprendido latín. Muchas veces la vieron arrebatada, y llamándola, no acudía á quien la llamaba, y á veces estaba tan fuera de sí, que no sabía quién entraba ó salía en su celda, principalmente en los días de comunión, en los cuales tenía más particulares favores del cielo. Muchas veces no tomaba lavatorio, porque cuando se lo iban á dar, estaba sin sentido. Y decía á una Religiosa muy amiga y familiar suya que luego en comulgando sentía á Dios en su corazón y le parecía que la hostia que recebía, era una brasa encendida, y las manos del sacerdote de la misma manera, y así quedaba interiormente tan abrasada con el fuego del divino amor, que por espacio de dos días estaba casi sin acuerdo ni memoria de las cosas del mundo. Decía también esta Religiosa que en todo tiempo y lugar se hallaba prompta para la oración. En lo cual se ve cuán dispuesta estaba su ánima para vacar á Dios. Á esta amiga suya contó una vez que le pareció haber hallado á nuestro Señor y que le decía aquellas palabras de Sant Pedro: *Domine, jube me venire ad te,* y que viniéndola á buscar la Madre Abadesa, se abrazó con ella pensando

ser el Esposo: tan trasportada la tenía el espíritu y deseo de gozar dél. Decía también que muchas veces durmiendo recibía grandes consolaciones espirituales con olores suavísimos del cielo. Creció en ella tanto el fervor del espíritu, que de un exceso grande que tuvo dél, se le alteró la sangre de manera que echó grande cantidad por la boca con grandes accidentes, en los cuales tenía algunos coloquios con Dios, y en ellos explicaba muy á su propósito algunos versos de los Psalmos. Pedía también que le leyesen la Pasión de S. Juan y que en este tiempo nadie estuviese con ella ni supiese las mercedes y favores que de Dios recibía. En las mayores fiestas tenía mayores accidentes, y claramente se parecía en ella que procedían de amor de Dios, porque nunca los médicos vieron ni hallaron escrita semejante enfermedad, y así lo decían, no sabiéndole dar remedio. Y ella también los desengañaba diciendo que para su enfermedad no había medecina humana. Cumpliendo una vez con la penitencia que en la confesión le fué dada, tuvo tan grande contrición, que en el primer Paternoster, llegando á aquella palabra, *fiat voluntas tua*, arrebatóse de manera que quedó en el coro grande parte de la noche sin sentido alguno, y deste modo la hallaron cuando volvieron las monjas á maitines. Muchas veces estando en el coro sentía tan grande fuerza de espíritu, que se asía de las columnas de la tribuna donde está el Santo Sacramento, porque sentía levantarse del suelo, y con esto encubría aquellas mercedes y favores divinos. Dijo que una vez había oído los azotes que el Esposo de su ánima recibió, y que nunca jamás perdió el sonido de ellos, antes le causaban ríos de lágrimas que de sus ojos perpetuamente corrían, acordándose de la muerte y pasión dél, deseando padecer con Él todos sus tormentos. Tenía esta virgen en el lado izquierdo sobre el corazón una rueda ó círculo maravilloso, y si alguna Religiosa ponía sobre él la mano, sentía dentro del pecho un extraño ruido. Era tan grande el deseo que tenía de padecer por Cristo, que le suplicaba muchas veces le diese en esta vida á sentir las penas del infierno y todos cuantos males hay en el mundo. Sufrió los trabajos y dolores á imitación de Fray Jacopone, varón sancto, con tanta paciencia y alegría, que nunca jamás la vieron quejarse. Era de su naturaleza alegre, pero con grande modestia, y era también avisada y de suavísima conversación, por lo cual era de todos muy amada. Tuvo profundísima

humildad, sobre la cual fundó todas las demás virtudes, por las cuales mereció ser tan amada y favorecida de Dios. Dos años antes que muriese, tuvo una gravísima enfermedad, y luego los médicos la dieron por muerta: pero ella afirmó que por entonces no moriría, como no murió. Llegado pues el término de su vida, ocho días antes confesó generalmente y dióse con más espíritu y fervor á la oración. Decía en este tiempo á las monjas que suplicasen á Dios, luego que fuese muerta, que no permitiese estar apartada dél: por lo cual parece que le fué revelada su muerte. El día que murió, gastó todo en oración delante del Santísimo Sacramento, y volviéndose ya de noche á su celda, le vino uno de sus acostumbrados accidentes, con que se fué para el cielo á gozar del Esposo que en esta vida tanto amó. Murió de edad de veinte y siete años en el tiempo que al principio dijimos. Algunas veces se vió su lecho tan claro como si en él estuviera alguna hacha encendida. Un día antes que falleciese, vieron tres Religiosas tres círculos muy grandes de fuego que bajaban del cielo y se ponían sobre el lecho en que ella murió. Otra vez estando en el coro puesta delante del Santísimo Sacramento, sintió un rayo de fuego que salía del sacrario y le traspasaba toda de tal manera que cayó al suelo como muerta. Una muy virtuosa monja algunos días antes que falleciese, la vió llevar debajo de un palio hasta el sacrario, y oyó voces del cielo que cantaban: *Accipere præmium in æternum*. Otras muchas cosas se saben de esta virgen que no se pueden escribir, mas deben ser creídas, pues Dios tenía aquella alma tanto de su mano, tratándola con los regalos y favores que suele dar á los que del todo se le entregan. Esto se escribe para gloria y edificación y consolación nuestra, pues merecimos una tan grande honra y ejemplo en la tierra y una tan poderosa intercesora en el cielo.

VIDA

DE LA MUY ILUSTRE SEÑORA

DOÑA ELVIRA DE MENDOZA

MUJER QUE FUÉ DEL MUY ILUSTRE SEÑOR

DON FERNÁN MARTÍNEZ MASCAREÑAS.

PORQUE algunas señoras nobles y muy amigas de la virtud desean saber algo de la vida de la muy ilustre señora Doña Elvira de Mendoza, que es en gloria, para edificación y consolación determiné escribir algo de sus muchas virtudes, como persona que la trató mucho tiempo familiarmente y tuve especial noticia de sus cosas. Húbose también respecto en esto al ejemplo que de aquí podrán tomar muchas nobles señoras, viendo que donde hay amor de Dios, no son impedimento los estados y honras y vida de casadas para dejar de imitar la vida de las Religiosas, que más apretada y rigurosamente viven, como se verá en esta señora.

Y para decir algo de su origen y nobleza, ella fué nieta de Doña Elvira de Mendoza, que vino de Castilla por camarera mayor de la reina Doña María, mujer del rey Don Manuel, la cual trajo consigo un hijo de poca edad, y después de ya crecido casó con una noble señora, de la cual tuvo algunos hijos, y entre ellos fué esta señora, á quien pusieron el nombre de su agüela, que era Doña Elvira de Mendoza. Á la cual siendo ya de edad casó su padre con Don Fernán Martínez Mascareñas, nieto del conde Don Fernán Martínez: el cual tenía una hermana por nombre Doña Violante, que casó con un hermano desta señora. De modo que este casamiento fué trueque de hermano y hermana con hermana y hermano.

Después de casada esta señora, vivía como las otras señoras de su calidad, muy amiga de su marido y muy bien quista de todos, porque naturalmente era bien acondicionada, discreta y muy humana para con todos. Pasando algunos días en esta manera de vivir, comenzó á leer libros de buena doctrina, y éste fué el principio de su vocación, como lo ha sido de otros muchos que leemos en las historias pasadas y habemos visto en nuestros tiempos, entre los cuales no se debe olvidar el Padre Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús, que tan extendida está por todo el mundo. Y cónstanos que siendo hombre de guerra y de mucho pundonor, la lición de un libro santo que acaso se le ofreció, fué el primer principio de la mudanza de su vida y de las maravillas que nuestro Señor por él ha obrado. Y no es maravilla que estas mudanzas de vida comiencen por la lición de tales libros: porque son tan grandes los motivos que nos propone la fe y religión cristiana para emendar las vidas, que cualquier hombre que tocado de Dios atentamente los pensare ó leyere, no podrá dejar de maravillarse de ver cómo los hombres que estas cosas creen, viven tan descuidadamente. Porque ¿qué cosa más poderosa para mover nuestros corazones que ver los premios que la fe propone á la virtud así en esta vida como en la otra, y ver por otra parte tan espantosas amenazas y castigos que propone en esta vida, y mucho más en la otra, para mover nuestras voluntades al temor de Dios? Pues con esta consideración comienzan algunos á mirar por sí y poner orden en su manera de vida, para escapar de tan grandes males y venir á gozar de tan grandes bienes como la fe nos propone. Y continuando más esta lición, hallan en ella otros motivos aun mayores que estos para hacer esta mudanza. Porque mayor motivo para esto es adorar un Dios tan amigo de los hombres y tan enemigo de los vicios, que por salvar los hombres y destruir los vicios bajó del cielo á la tierra, y se vistió de carne humana, y padeció muerte de cruz. Pues con la consideración destas cosas suelen despertar del sueño del mundo aquéllos á quien la piadosa mano de Dios toca, la cual á ninguno falta, pues Él dice por S. Juan: Yo estoy á la puerta, y llamo.

Desta manera pues llamó á esta señora, en la cual había menos que hacer, por estar ella fuera de los pecados en que la gente del mundo suele estar envuelta. Y así continuando la li-

ción, continuaba también la meditación de los mismos misterios que leía, y con ésta juntaba la oración, que es compañera desa meditación. Y en este ejercicio suele nuestro Señor prevenir las almas que Él escoge para sí, con bendiciones de dulcedumbre y suavidad espiritual, como Él mismo lo promete á los tales, diciendo que Él los alegrará y consolará en la casa de su oración. Lo cual declara S. Bernardo por estas palabras: En la oración se bebe aquel vino espiritual que alegra el corazón del hombre, que es el vino del Espíritu Santo que embriaga el ánima y causa en ella olvido de todos los otros deleites mundanos, confirmando la fe, y esforzando la esperanza, y ordenando y encendiendo la caridad. Pues con esta caridad anda siempre en su compañía el gozo del Espíritu Santo y el alegría y suavidad espiritual, la cual es de tanta virtud y eficacia, que causa luego en el ánima menosprecio de todos los otros gustos y deleites del mundo. Y esto testifica el mismo S. Bernardo diciendo que en gustándose la suavidad espiritual, luego toda carne pierde su sabor: porque es tan grande la consolación y contentamiento que el ánima recibe con esta visitación de nuestro Señor, que ningún caso hace de todos los bienes y gustos que el mundo puede dar. Lo cual declara la Esposa en los Cantares cuando dice que los pechos del Esposo son más suaves que el vino, entendiéndose por los pechos la dulce leche de las consolaciones divinas, y por el vino todos los gustos y deleites del mundo. Esta leche había gustado S. Augustín, de quien se escribe que le eran molestas todas las cosas deste siglo, por la dulzura de Dios y por la hermosura de su casa que él había amado. Tiene también otra propiedad esta suavidad espiritual, que el que más della gusta, más hambre y deseo tiene della y más se aplica á los ejercicios con que ella se alcanza, que es la oración y consideración de las cosas divinas. Lo cual cumplió esta señora muy por entero, entregándose, cuanto á la condición de su estado le era posible, á los ejercicios de la oración. Para lo cual á imitación del profeta Daniel tenía tres tiempos deputados para este ejercicio, uno en la mañana, y otro después de comer, mientras su marido reposaba, y otro en la noche después de cerradas las puertas y recogida su gente. Porque en este tiempo, asentada á los pies de la cama de su marido y vuelto el rostro á unas iglesias que tenía delante, en las cuales estaba el Santo Sacramento, gastaba ordinariamente

cuatro horas en oración, en la cual era tan grande la alegría espiritual que su ánima recibía, que me decía ella algunas veces que así se estuviera hasta la mañana, si no fuera por detener tanto una servidora que la aguardaba á acostar. Y ni por huéspedes que tuviese, ni otras ocasiones, jamás perdía este su ordinario ejercicio de la oración. Y estando una vez enferma, y apretándola mucho los médicos diciendo que le era necesario reposar en la cama y dejar este ejercicio, nunca lo pudieron acabar con ella. Mas yo, vista la necesidad, la importuné que obedeciese á la medecina, y lo que pude acabar fué que quitaría una hora de aquellas cuatro que tenía de ordinario.

Con esta suavidad anda junto el amor de nuestro Señor: porque viéndose el ánima tan regalada y visitada dél, y conociendo por esto cuán suave y amoroso sea para los que se llegan á Él, de aquí le procede un ardientísimo deseo de servir y agradar á un Señor que tan benigno y suave se le ha mostrado. Y este amor es la raíz y fuente de todo el aprovechamiento espiritual: porque de aquí primeramente nace un tan grande aborrecimiento del pecado cuan grande es el amor para con Dios: porque Dios y el pecado son entre sí contrarios, y por eso cuan grande es el amor de lo uno, tan grande es el aborrecimiento de lo otro. Y de aquí nasce que los que comienzan á amar á Dios, tienen tan grande aborrecimiento de los pecados y tan firme propósito de no volver á ellos, que los que antes que deste divino amor fuesen tocados, cometían por cualquiera ocasión que se les ofrecía mil pecados mortales, después de tocados dél antes querrán padecer mil muertes que cometer un solo pecado.

Y llega este santo odio á tanto, que no sólo aborrecen el mismo pecado, sino también su propria carne como á raíz y seminario de todos los pecados, porque el amor proprio con que ella desordenadamente se ama, es el veneno y manantial cuasi de todos los pecados. Por lo cual aconsejaba Santa Caterina de Sena á todos los amadores de Dios que con el mismo odio santo que aborrecían el pecado, aborreciesen santamente su misma carne, tratándola ásperamente como á fuente casi de todos los pecados.

Y la primera cosa que para esto se requiere, es quitarle el regalo de los manjares: porque cuanto la carne anda más harta y más regalada, tanto sus apetitos son más vehementes y tanto más fuertemente rebela contra el espíritu. De donde se sigue que

los habituados á regalar y tratar blandamente su carne, nunca la podrán subjetar á la obediencia del espíritu. Por lo cual dice Salomón que el que dende su niñez trata regaladamente su siervo, que es su cuerpo, después lo hallará rebelde y contumaz, esto es, dificultosísimo de subjectar al espíritu. Y demás deste provecho se sigue otro no menor desta virtud, la cual demás de ser obra penitencial y satisfactoria por las culpas cometidas, es también grande ayuda para la oración. Por donde en las vidas que leemos de los Santos, siempre andan juntos el ayuno y la oración, como se escribe de aquella santa viuda Ana del Evangelio, de la cual escribe S. Lucas que nunca salía del templo, ocupándose en ayunos y oraciones día y noche. Porque el ayuno, descargando el cuerpo del peso de los manjares, lo alivia y hace ligero para la contemplación de las cosas del cielo. De modo que el ayuno es como templar la vihuela, y la oración es la que hace la música suave en ella, cuando está templada. Por lo cual buscó esta señora en su estado manera cómo ser tan extremada en esta virtud de la abstinencia como lo era en su compañera la oración. Porque primeramente su comer era muy poco, y aunque era muy importunada que comiese, venció con su perseverancia y discreción esta importunidad de tal manera que ya la dejaban de importunar. Miraba también entre los manjares que se traían á la mesa, el que era el más desabrido, y de ése comía muy poco. Por donde un sobrino suyo que comía á la mesa, en tocando en algún manjar desabrido, decía luego por donaire: De éste comerá agora mi señora. Otra cosa diré, que supe de su boca, que parecerá increíble, mas pongo á nuestro Señor por testigo que la supe della. Díjome pues que habiendo tantos años que era casada, y habiendo ordinariamente en la mesa de su marido perdices ó cosa de aves, nunca esta señora metió en su boca un bocado de cosa que tuviese pluma. Y por este hábito y costumbre de tantos años vino á parecerle que la carne de aves no era cosa comedera más que piedra ó palo. Véase pues agora cuán grande era el señorío que tenía sobre su apetito quien teniendo cada día á la comida y cena estos bocados delante, pudo en tantos años guardar esta tan rara y extremada regla de abstinencia: y por aquí se verá cuánto podía el amor de Dios en su ánima, pues por el gran deseo que tenía de agradarle, perseveró tantos años en esta abstinencia. Ni piense nadie que padecía tra-

bajo en enfrenar su apetito absteniéndose del manjar precioso que tenía delante, porque la perfecta virtud no obra con dificultad, sino con suavidad, porque el amor de Dios y la devoción y la costumbre loable todos los trabajos hacen fáciles y suaves.

Y no sólo con la abstinencia, sino con todas asperezas que podía, mortificaba su carne y correspondía á lo que el amor de Dios le pedía, que era padecer trabajos por Él. Porque traía como otra Judit un áspero cilicio de día, y quitábaselo de noche. Y el cilicio era tan áspero, que vino á causarle una grave enfermedad en las caderas, que le duró gran parte de la vida. Lo cual no se dice para aprobarlo, pues el Apóstol nos manda que se tomen estos rigores con discreción, de modo que mortifiquemos la carne y no la matemos, sino para declarar el fervor de su espíritu y deseo de afligir su carne y padecer algo por Dios.

Y acordándose también de la pobreza de Cristo y de la desnudez y desabrigo que padeció en el pesebre y en la cruz, quitábase ella en tiempo de invierno el manteo que suelen traer las mujeres debajo de la saya, para padecer frío por amor de Dios. Y en lo demás de sus vestidos sólo aquello poseía, que era puntualmente necesario, sin cosa alguna curiosa ó superflua.

Tiene otra cosa el amor de Dios, que no sólo despide del corazón todos los otros amores ilícitos, mas también templa y ordena los que son honestos y lícitos, como son los de las mujeres para con sus maridos y de los padres para con sus hijos. Y este beneficio había recibido la Esposa en los Cantares, cuando dice que el Rey la había llevado á la celda de los vinos y ordenado en ella la caridad. Y por este vino entendemos esa misma caridad, la cual enciende y embriaga las ánimas de los perfectos en el amor de Dios. Y á esta orden de la caridad pertenece amar las cosas que merecen ser amadas, conforme á la dignidad y merecimiento dellas, de tal modo que amemos más las cosas mayores que las menores, y no por el contrario, porque de no guardarse esta orden de amor procede la perturbación y confusión de todas las cosas divinas y humanas. Pues esta gracia dice la Esposa que le fué concedida, que era saber guardar la tasa y medida con que cada cosa debe ser amada. Porque solo el Criador merece ser amado sin tasa y sin medida, mas todo lo que está fuera dél, tiene su peso y medida. Pues esta ley y regla de amor guardó muy bien esta señora, la cual antes de ser tocada

del divino amor, amaba tan excesivamente y tan sin orden al marido, que le parecían muy bien aquellas matronas antiguas que se mataban ó hacían extraordinarios excesos por las muertes de sus maridos. Mas después que el amor de Dios se apoderó de su corazón, luego despidió dél lo que le era contrario, y dejó lo necesario para cumplir con la ley del matrimonio sin perjuicio del amor divino.

Y de aquí procedía holgar ella que en las pascuas y fiestas principales del año estuviese el marido ausente, por poder ella emplearse más libremente en la contemplación y sentimiento de los misterios que la Iglesia nos representa estos días. Y siendo cosa común que las mujeres desean la presencia de sus maridos estos días, y ellos suelen cortar el hilo á los negocios que tratan, por tener estos días en sus casas, esta señora deseaba lo contrario, por gozar más libremente de la presencia de nuestro Señor, y así decía ella: tenga él salud doquiera que esté, porque estos días quería yo tener á solas con Dios. Y esto no era por falta de amor para con el marido, porque antes era tan grande, que me dijo una vez que en mucho tiempo nunca había tenido día alegre sino cuando vió á este señor entrar por sus puertas volviendo del Concilio de Trento, á donde había ido por embajador. Mas con todo esto, vencía el amor de Dios al del marido, como el de Abraham al de su muy querido hijo Isaac.

Y como del fuego saltan centellas, así saltan del fuego de caridad deseos encendidos de agradar á nuestro Señor, y señaladamente de padecer trabajos por Él, como cosa que más le agrada y más declara la fineza de la virtud. Lo cual se vió en esta señora, que entre otros actos de caridad tenía grandes deseos de derramar su sangre y padecer martirio por la gloria de nuestro Señor y porque no hubiese en el mundo luteranos y herejes que le ofendiesen. De modo que aunque no fué mártir por la obra, fuélo por el deseo que dél tenía. Lo cual S. Cipriano tiene por un linaje de martirio, diciendo que una cosa es faltar el corazón al martirio, y otra faltar martirio al corazón.

Y para que se entienda cuánto había crecido esta señora en este divino amor, contaré aquí una cosa de grande admiración. Había criado ella un sobrinito huérfano, heredero del mayorazgo y casa de su padre, al cual crió dende cinco ó seis años de edad, y remiróse en criarlo en toda virtud y cristiandad y en todas las

buenas artes y letras de cristiano y de caballero, en las cuales todas salió muy aprovechado. Por donde esta señora le había cobrado un grande amor, no sólo por razon del deudo, sino por la buena criación que en él había hecho, y por ser ella de su natural condición muy amorosa y no tener hijos. Y por todas estas causas de amor, y por ser él también sobrino del marido por parte de su hermana, cresció tanto este amor como si fuera mil veces su hijo. Agora diré una cosa al juicio humano increíble, mas muy verdadera. Érale este amor grande impedimiento para la paz interior y sosiego que ella deseaba tener en su ánima. Porque este amor no carece de los cuidados de la salud y hacienda, honra, pleitos y negocios de la persona que se ama, lo cual no puede dejar del todo quieto el espíritu de la persona que desea estar muerta al mundo para vivir á solo Dios. Pues por evitar estos inconvenientes, decía ella algunas veces que si la muerte tomase este sobrino en estado de salvación, holgaría que se lo llevase nuestro Señor para sí, por razón del impedimiento que este amor le causaba para la paz interior de su corazón, en que mora Dios. Pues por este ejemplo verán los amadores de la perfección cuán á solas quiere nuestro Señor ser amado, y cuán vacío quiere Él que esté el corazón del amor demasiado de las criaturas, para ponerlo en Él todo, pues todo lo crió Él y todo es suyo, y así no quiere admitir á otro que igualmente sea amado, porque como dice el Profeta, estrecha es la cama y no caben dos en ella, y la vestidura es angosta y no puede cubrir á entrambos. Pues quien fuere justo apreciador de las cosas espirituales, entenderá el deseo desta señora por un linaje de sacrificio semejante al del patriarca Abraham, el cual estuvo aparejado para sacrificar un hijo que mucho amaba, por amor de Dios, y esta señora deseaba el fallecimiento de un sobrino, al cual no menos amaba que Abraham á su hijo, y esto por serle algún impedimiento este amor para la pureza y grandeza del amor que ella deseaba tener á Cristo.

Casó después este sobrino con la señora Doña Cecilia, la cual parece haber escogido nuestro Señor por oraciones desta señora, por las muchas virtudes y nobleza de condición que en ella resplandecen, á la cual amaba ella con el mismo amor que el sobrino, y así se alegraba con ella. Mas con todo este amor, nunca quiso que morasen en su compañía, deseándolo ellos mucho,

por parecerle que la inquietaría el cuidado de sus cosas. Porque siempre procuraba tener el corazón suelto y libre para vacar á Dios sin impedimiento alguno. Por este ejemplo se entenderá la grandeza de su caridad.

Pero no menos me admira la profundidad de su humildad, que es guarda desa misma caridad: porque como el fuego se conserva cubierto con la ceniza, así se conserva el fuego de la caridad con la ceniza de la humildad, porque cuanto la caridad levanta, haciendo al hombre semejante á lo que ama, que es á Dios, tanto la humildad abaja con la consideración de la propia vileza. Esta virtud tenía esta señora tan arraigada en su corazón, que muchas veces me decía que no hallaba con quién compararse sino con el mismo demonio. De lo cual confieso que me espantaba mucho, por tener conocimiento de la pureza de su vida. Y entiendo ser ésta una de las maravillas de Dios y obra de su gracia, disponiendo los ánimos de sus siervos de tal manera que las virtudes dellos, que los otros conocen, ellos solos que las tienen, no las conozcan. Lo cual nos representa aquella claridad del rostro de Moisén, con que bajó del monte de Dios, la cual todo el pueblo veía con grande admiración, y él solo no la veía.

Desta humildad interior para con Dios nacía la exterior para con los hombres, por lo cual era tan llana, tan afable y tan cortés con todas las personas que la visitaban, por bajas que fuesen, como si fueran sus iguales. Y por esto era en gran manera bien quista y amada, por ser honradora de todos, no considerando en ellos la nobleza del linaje terreno, sino la imagen de Dios y la generosidad de la sangre de Cristo.

Y por esta misma humildad jamás mandó llevar á la iglesia alcatifa ó almohada, ni aun una esterilla, sino sobre la tierra desnuda estaba de rodillas ó postrada. Por donde ninguna persona de aquel lugar, por honrada que fuese, llevaba nada desto á la iglesia, viendo que una tan principal señora no lo llevaba.

Pues sus limosnas eran tan comunes, que su despensa estaba abierta para todos los pobres y necesitados. Y una vez acaeció ofrecerse una grande necesidad á un pobre antes que ella y el marido heredasen, y no hallando á mano cosa que poder dar, quitóse los zarcillos que en aquel tiempo como moza traía, y diólos al pobre, por no oir en vano petición que se le proponía en nombre de Cristo.

En este tiempo, después de ya fundada en la virtud, comulgaba todas las veces que podía, y holgaba de comulgar los domingos en su parroquia en compañía de cuantas prietas y blancas se ponían en la mesa, y ella entre ellas, para dar ejemplo y animar con ello á la frecuencia deste divino Sacramento. Y con esto se confesaba muy á menudo, porque con el gran temor de Dios que en su ánima moraba, padecía trabajo de escrúpulos, los cuales muchas veces se ocasionan deste mismo temor, que les hace tener por culpa la que no lo es, mayormente aquéllos que no saben hacer diferencia entre el sentimiento y consentimiento, que son cosas diferentes. Porque el sentimiento ó movimiento malo no está en nuestra mano, porque es efecto del pecado original, mas el consentimiento, en que está el mérito ó demérito, en nuestro poder está, con el ayuda de nuestro Señor, y sin él no hay pecado.

Era también esta señora muy amiga de la honestidad de las mujeres y tan enemiga de las que bebían vino, que obligándola los médicos en una grave enfermedad á que bebiese un poquito de vino, por la flaqueza de su estómago, nunca se pudo acabar con ella, porque entre otras virtudes suyas era muy constante en todo lo que según Dios determinaba, como persona que no era caña liviana que se mueve á todo viento.

Iba todas las veces que podía al monesterio de las monjas de aquella villa, y acabada la comida, que siempre era muy leve, recogíase al coro y estaba allí hasta que su gente antes de las Avemarías venía por ella. Y decía ella que holgaba mucho de estar en oración cuando sabía que sus criadas no la aguardaban, porque entonces estaba más quieta.

Todo el tiempo que estuvo casada, siempre tuvo asentado en su corazón que si Dios dispusiese de la vida del marido antes de la suya, había de recogerse ella en aquel monesterio de Montemayor. Y siendo Dios servido de acabar él primero que ella, lo curó ella en su enfermedad y lloró en su muerte con todo el dolor que pedía el apartamiento de tan buenos casados. En lo cual imitó lo que S. Hierónimo escribe de Santa Paula, la cual de tal manera sintió la muerte de su marido, que hubiera ella de morir, y así se entregó al servicio de la cristiandad, como si para esto siempre deseara su muerte. Y así esta señora se dió tal priesa en disponer de sus cosas, que antes de un mes las tuvo concluí-

das y se recogió á su monesterio, sin llevar consigo criada que la sirviese. Y como su deseo era entregarse toda días y noches á la comunicación de nuestro Señor, lo cual no podía en estado de casada, cuando se vió libre de las obligaciones de aquel estado, luego á velas tendidas se daba toda á la oración, en la cual recibía tan grandes consolaciones de nuestro Señor, que en una carta me escribió que no daría una sola hora de aquella vida por todo cuanto el mundo le pudiese dar.

Estando allí, se levantaron algunos pleitos sobre la herencia y otras cosas que la pudieran inquietar: mas decía ella que era tan grande la consolación y merced que de nuestro Señor había recibido en aquella manera de vida, que holgaba de padecer trabajos por amor de quien tanto bien le había hecho.

Mas porque la fineza y prueba de la virtud no está en los gustos y regalos de la oración, sino en la paciencia y sufrimiento de los trabajos, proveyó nuestro Señor que esta señora padeciese en su vida muchas maneras de trabajos, porque la grandeza de la caridad que tenía con todos, y más con sus deudos, le hacía tener por suyos los trabajos ajenos, de los cuales padeció muchos en la vida de casada. Mas después que entró en el monesterio, no quiso nuestro Señor que toda esta vida fuese de gustos y regalos espirituales, sino probóla y ejercitóla con grandes y prolijas enfermedades, las cuales ella llevaba con tanto contentamiento, que solía decir: Dios, Dios es mi padre, y padre piadoso, y así tomo todos estos males como de su piadosa y bendita mano. Y pudo muy bien beber este cáliz amargo de los dolores con el gusto de cáliz suavísimo de las divinas consolaciones, porque nunca nuestro Señor da á sus amigos á beber del un cáliz sin el otro.

Lo que hasta aquí está dicho, declara la pureza de la vida desta señora, mas de su felice tránsito no tengo que escribir, porque no me hallé presente á él. Lo que desto nos consta es que ella se mandó sepultar en un capítulo harto pobre y estrecho de aquel monesterio, donde las otras monjas se sepultaban. Y teniendo ella su enterramiento muy honrado en la capilla mayor de Sant Francisco, donde su marido y suegro estaban sepultados, no por eso eligió allí sepultura pública y honrosa, sino escogió ésta pobre y humilde de aquellas Madres. Y creo que no dejaría de ser motivo para esto excusar los gastos de las pompas funerales, que se hacen más por respectos y honras de mundo, de que

ella estaba muy lejos, que por amor de Dios. S. Augustín escribe en sus Confesiones que su santa madre tuvo siempre propósito de enterrarse con su marido, mas á la hora de la muerte no hizo caso desto: de lo cual S. Augustín se alegró por verla fuera de aquella humanidad, que procedía más de carne que de espíritu. Pero esta señora, que tenía al Espíritu Santo por maestro, dél aprendió á no hacer caso destos afectos humanos, deseando más ser honrada en el cielo que en la tierra, donde es razón creer que para siempre gozará de la presencia de aquel Señor que amó sobre todas las cosas y á quien con tanta pureza sirvió. Y nadie pida en esta vida milagros, pues muchos santos reconoce la Iglesia por tales, que en su vida no hicieron milagros. Mas la Iglesia toma la alteza de su vida y doctrina por testimonio y argumento cierto de su santidad. Ni S. Hierónimo en la vida de Santa Paula escribe milagros, sino solas sus virtudes, las cuales son más cierto argumento de santidad que los milagros.

VIDA DE UNA DEVOTA MUJER

POR NOMBRE

MELICIA HERNANDEZ

NATURAL DE LA VILLA DE CASTELO BLANCO

AMA QUE FUÉ DE LA SEÑORA DOÑA CECILIA DE MENESES

DIRIGIDA Á ESA MISMA SEÑORA DOÑA CECILIA.

REVOLVIENDO agora, muy ilustre señora, algunos papeles que tenía arrinconados y casi olvidados, hallé entre ellos algunas memorias de las cosas que estando en Setúbal, noté de aquella bendita mujer por nombre Milicia Hernández, ama de v. m. Porque confesándola yo muchas veces, advertí en ella algunas cosas de mucha edificación, con las cuales quise agora en esta carta renovar la memoria de v. m. Y no dubdo que se alegrará con ellas, por ser cosas de la ama que la crió y dió leche, y por la grande estima de su santidad y amor que v. m. le tenía. Pero no es aquí mi intento escribir su vida, porque no sé todo el proceso della, sino algunas cosas particulares que como dije, pude alcanzar en aquel poco tiempo que la traté. Y por ser cosas de edificación, y más de mujer casada y ocupada en el gobierno y provisión de la casa de vuestra merced, que es cosa que la pudiera distraer de sus ejercicios y recogimiento, me parecieron dignas de escribirse, para que por este ejemplo entiendan las mujeres casadas y otras muy ocupadas cuán poderosa sea la divina gracia y cómo por virtud della se halla quietud entre los cuidados, y recogimiento entre las ocupaciones, y paz entre las contradiciones, y soledad entre la compañía, y ocio espiritual entre los muchos negocios. Y como sea verdad que los ejemplos de las personas santas muevan mu-

cho más que las palabras sanctas, mucho más nos mueven los ejemplos domésticos y familiares que vemos con los ojos y tocamos con las manos, como éste lo es para v. m. Y no menos creo que gustará dél la señora Comendadora, esclarecida en toda virtud y nobleza, con todas esas nobles señoras que están debajo de su gobierno, mayormente siendo v. m. testigo de vista de todo lo que yo aquí escribo, y así podrá declarar más á la larga lo que yo aquí apunto brevemente y más como cifrado que explicado.

Del principio de la vida de esta mujer.

ESTANDO esta devota mujer sirviendo en casa de su señora, y teniendo á su cargo el gobierno y provisión de toda ella, de tal manera resplandecía en ella y en su mismo aspecto y mansedumbre todo genero de virtud, que una noble señora que moraba en esa misma casa, enamorada de la pureza de su vida y deseando de imitar algo della, le pidió con grande instancia le quisiese decir por escrito el principio y progreso della, alegándole para esto muchas razones. Mas nada de esto pudo acabar con ella, por ser muy amiga de secreto, como adelante se verá. Pasáronse en esto algunos días, y finalmente vencida de este piadoso ruego, tomó juramento sobre que nadie viese lo que escribía sino un Padre espiritual suyo letrado, para que enmendase lo que le pareciese, y no hiciesen otra cosa más de lo que él dijese. Y con este presupuesto, estando ella doliente de la enfermedad que murió, comenzó á escribir lo que se sigue, del principio y progreso de su vida, lo cual atajado con la muerte no acabó.

Comienza pues desta manera.

En el nombre de Jesús y de la Virgen nuestra Señora, porque se saque de aquí alguna gloria de Dios y provecho de las criaturas, y porque tomen fuerzas para servir á Dios, escrebimos esto, y para que se descubra el tesoro del recogimiento. Como viniese á aquella tierra un Padre muy devoto, el cual predicaba mucho el recogimiento, hubo una persona que le pareció bien esto, y tomó la tercia parte del Rosario después de recogida toda la gente de su casa, porque quedase más quieta, en lo cual sentía mucha devoción y lágrimas cuando ofrecía los paternoster á los misterios. Y como nuestro Señor la quisiese llevar más ade-

lante, comenzó una noche, en la cual se halló sin devoción mucho más que en las otras. Yo como flaca é imperfecta no volví más dende unos días á recogerme, y nuestro Señor por su bondad volvióme á dar gracia para que una noche entre diez y once me volviese á recoger, haciendo la señal de la cruz y la confesión. Y yo deseaba ser allí la Magdalena y derramar aquellas lágrimas que ella derramó á los pies del Señor, y Él por su bondad me las quiso dar, y me parecía que me veía á sus pies, en lo cual he tenido muy gran consolación. Pasado esto, oí un tono muy grande de una voz, al cual yo pensé que despertase toda la gente, y hube tan grande miedo que me puse la cara sobre las rodillas, y me parecía que vía en espíritu pasar por encima de mí una ave abrasada en fuego. Y después desto vi una claridad, en la cual vi unos pies, uno sobre otro, de los cuales vi derramarse mucha sangre. Y viendo estas cosas, juzguen cuál estaría mi ánima, cuán consolada y obligada á buscar siempre aquel recogimiento. Dende algunos días muy de mañana me parecía que estaba otra vez á los pies deste Señor, y me decía que se quería venir á mí. Yo le respondí que no era digna. Y Él me volvía á decir que se quería venir á mí, y yo le decía: Pues que Vos, Señor, lo queréis, yo no puedo más hacer que humillarme á Vos. Y dende ahí se me acrecentaron los deseos de recebir el Santo Sacramento: y si no lo recibía, era reprehendida de palabras, diciéndome que me apartaba del camino. Y vi en espíritu una gran cantidad de panales en el altar, y decíanme que no había más consolación en esta vida que comulgar y confesar muchas veces. Y en este tiempo no se recibía el Sacramento en aquella tierra tantas veces como yo quería. Y como el Señor era servido de se dar, ordenó que viniese un obispo, el cual proveyó que se diese, por la cual causa hubo tanta frecuentación de muchas personas que comulgaban muy á menudo. Y otro día por un escrúpulo dejé de comulgar, y sentí que por eso fuí reprehendida. Y ansí consolada con estos gustos, pareciéndome un día que estaba con el Señor, decíale que no me atrevía sufrir vivir casada, por lo cual el Señor puso en mí los ojos de reprehensión, y yo me arrepentí mucho de lo que había dicho. Y como estos días primeros anduviese yo como absorta en Dios con la fuerza del divino amor y con la novedad desta suavidad, que nunca yo había probado, no acudía tan bien á las cosas y servicio y provisión de casa, por lo cual espantá-

base mi compañero y indignábase contra mí, diciendo que me parecía con Juan, que era un hombre tonto que andaba por las calles como loco: por lo cual viéndome yo afligida con estas reprehensiones, estando en mi recogimiento, comencé á representar al Señor mi desconsolación, y Él como padre de misericordia me esforzó para sufrir, y me consoló.

Un día estando yo en el monesterio de Nuestra Señora de Gracia, deseando comulgar, pedí al arcángel S. Miguel que pidiese á nuestro Señor que diese gracia á aquellos Padres para que me diesen el Sacramento, y luego vi en espíritu á este glorioso Arcángel bajar de lo alto, el cual me decía: no os congojéis, que á la primera misa comulgaréis. Y fué ansí. Otra vez estando rezando la tercera parte del Rosario, me pareció que vía este bienaventurado Arcángel que con claridad me decía: Ved lo que queréis, porque en todo tiempo me hallaréis muy aparejado á lo que quisiéredes. Y ansí por la bondad de Dios fuí muy dichosa en tomar muchas veces el Santo Sacramento, siendo tan indigna. Un día estando en una iglesia, recelando no me quisiesen dar los Padres el Sancto Sacramento, dije al Señor así: estoy aquí como si no os fuese nada. Y el Señor por su bondad habló interiormente con mi ánima palabras con que me consoló. Y otro Domingo de la Trinidad, estando recogida me parecía que me decían: tú tienes parientes en el cielo. Y yo respondí: Señor, ¿qué parientes son ésos? Y paréceme que respondieron: S. Miguel y S. Lorenzo.

§. II.

Hasta aquí llega lo que esta mujer escribió, porque la muerte que sobrevino, no le dió lugar á más: y por eso lo que aquí se sigue, son algunas cosas que me ocorren á la memoria por diversas veces que hablé con ella, después de las cuales contaré algunos milagros que nuestro Señor hizo por ella, con los cuales se confirmará la verdad de lo que hasta aquí se ha dicho y adelante se dirá.

La orden que guardaba en el oficio que á cargo tenía, era que proveía á boca de noche todo lo necesario para otro día, y el día siguiente se levantaba muy de madrugada y puesta á los pies de su cama, estaba un grande espacio en oración. De ahí se

iba á la iglesia á recibir el Santo Sacramento, y ella misma llevaba consigo la toalla que le habían de poner á los pechos para la comunión, y perseveraba en la iglesia hasta acabadas todas las misas. Y vuelta á casa tornaba á cumplir con las obligaciones de su oficio, y los ratos del día que le vagaban, luego se iba á recoger en su oratorio. Y érale tan fácil levantar su espíritu á Dios, que muchas veces quedaba alienada y fuera de los sentidos.

En la casa donde moraba su señora en Setúbal, hay una tribuna sobre la iglesia donde estaba el Santo Sacramento. Fuése una tarde allí con una amiga suya á hacer oración, y allí se quedó tan alienada de los sentidos, que hasta boca de noche, tirando tres veces por ella, nunca dió acuerdo de sí. Y contaba esta su amiga que en este rapto tenía los ojos como saltados y el rostro muy encendido.

Para explicar cada una de sus virtudes en el grado que las tenía, me hallo muy corto de palabras, pero mucho más para declarar el secreto que tenía en todas las cosas que pasaba con el Señor y en las respuestas y documentos que interiormente recebía dél, tanto, que parecía tener en lo íntimo de su corazón escritas aquellas palabras de Esaías, *secretum meum mihi, secretum meum mihi.*

En la caridad y amor de Dios había crecido tanto, que le ardía el pecho continuamente con el fuego deste amor, y así se puede creer que con la continuación deste fuego se vino á secar y se le causó la enfermedad de tísica, de que falleció siendo ya de edad de cincuenta años. Díjome una vez á este propósito: paréceme que toda cuanta agua hay en aquel mar, no bastara á apagar el fuego que traigo en este pecho. Y estando enferma del mal que acabó, y poniéndole sobre el corazón paños para refrescar el ardor dél, dijo á una grande amiga suya que se los ponía: ¿Cómo han de poder refrescar esos paños un corazón que arde en amor de Dios?

Era otrosí admirable en ella la virtud de la mansedumbre, de lo cual no es pequeño argumento que por espacio de ocho años que tuvo cargo del gobierno de todas las cosas de aquella casa, lidiando continuamente con todos los hombres y mujeres della, de los cuales oía muchas injurias y quejas, jamás salió de su boca palabra desentonada, sino, sea por amor de Dios, ó, no

se puede hacer más, ó tal cosa. Después de fallecida, llorándola una negra de casa, decía que en ocho años que había tratado con ella, nunca por desmanchos que hiciese, había sido negra de su boca. Y deshonrando un criado desta casa á esta negra, diciéndole que no hacía ella más de lo que le mandaba la bruja de la ama (la cual estaba presente) y queriendo la señora de casa deshonrar al criado por esta injuria, el ama acudió á la señora suplicándole con grande instancia que nada le dijese, porque él decía en aquello lo que en ella cabía, antes si dijera lo contrario, le debía de reprehender, pues ninguna virtud cabía en ella. Y esta mansedumbre representaba su rostro y sus palabras y modestia, de modo que nadie la miraba que no le pareciese resplandecer en ella la pureza de su ánima. Y con todo esto padeció muchas persecuciones de maldicientes, y particularmente de algunos predicadores, por ocasión de frecuentar los sacramentos. Mas nunca por eso se oyó una sola palabra de querella de su boca, ni tampoco dejó por todas estas tempestades de continuar con grande humildad lo que hacía. En lo cual parece que cumplía lo que dice el Sabio, no quieras ser humilde en tu sabiduría. Esto es, no quieras so color de humildad subjetarte á los dichos de los apasionados.

Mas ¿con qué palabras declararé la resignación de su voluntad en la de nuestro Señor? Estaba tan puesta en nunca salir desta divina voluntad un punto, que no sólo en la guarda de sus mandamientos, mas en todas las cosas que había de hacer ó decir, primero levantaba el corazón á nuestro Señor suplicándole no la dejase salir un punto de su voluntad, y esto tan por menudo, que si había de beber un jarro de agua ó hablar alguna palabra, primero levantaba el corazón á Dios, diciendo: Señor, enseñadme lo que tengo de hablar, dadme gracia para que nunca haga ni diga más de lo que fuese vuestra voluntad. Y cuando había de salir fuera de casa con su señora, primero se recogía en su oratorio á hacer oración, y desta manera siempre conversaba con Dios, trayéndolo presente entre las ocasiones que se ofrecían, andando más en Él que en sí. Y en este trato y conversación recebía grandes lumbres y doctrinas de nuestro Señor, que interiormente la instruía en lo que había de hacer, y la animaba á sufrir y padecer. Y esto era tan continuo, que parecía ser su ánima escuela donde siempre se enseñaba esta filosofía del

cielo. En lo cual se ve claro cómo Dios es maestro de los humildes, y lo que la Escritura dice, que los hombres habían de ser enseñados de Dios.

También faltan palabras para explicar la devoción que tenía al Santísimo Sacramento del altar, y así lo recebía cuantas veces podía. Y recelando que este pan del cielo le faltase, por las contradicciones que se levantaban por esta frecuencia, y proponiendo ella delante de nuestro Señor este recelo, y pidiéndole su favor, vió en espíritu que le daban la llave de un cillero, diciéndole que nunca le faltaría este pan que tanto deseaba. Y así contaba ella que se le ofrecían muchas ocasiones para comulgar, que realmente parecía providencia deste Señor. Porque acudiendo muchas veces tarde á las iglesias, donde no había esperanza de hallar misa, hallaba todo recaudo para esto. Muchas veces me dijo que estando en oración se hallaba en espíritu en algunas procesiones en las cuales se llevaba el Sanctísimo Sacramento, y que oía cantar con voces admirables aquel verso que dice: *Tantum ergo Sacramentum* etc. y como ella no sabía latín, en lugar desto decía: Sancto era el Sacramento. Y era tanta la devoción que con este Señor tenía, que estando á la hora de la muerte llamando á aquella señora á quien ella había criado, le encomendó dos cosas entre otras, la una el recogimiento de la oración, y la otra, que le había de prometer allí de comulgar cada ocho días. Y esto le pidió con grande instancia, y así se lo prometió la señora, y tan bien lo cumplió como lo había prometido.

Esta misma señora me contó que estando una vez esta bendita mujer para comulgar, al tiempo que le dieron la hostia, vió esta su señora abajar súbitamente el sacerdote como á besarle los pies. Ella entonces pensó que el Sacramento se le había caído en el suelo y que se abajaba á tomarlo. Acabando el sacerdote de desnudarse, vino á esta señora, los ojos bañados en lágrimas, diciéndole: Señora, tened sobre los ojos esta mujer, porque sabed cierto que estando yo agora para comulgarla, el Sacramento se me fué de la patena y entró en su boca.

Tenía esta bendita mujer una amiga honrada tan gran tahur de corazón, que de noche estaba imaginando que jugaba á las cartas, ni había quien se las sacase de las manos. Hizo esta bendita mujer oración por ella con grande instancia, y totalmente

se le mudó el corazón y la condición, y comenzó á aborrecer sumamente lo que sumamente apetecía.

Había también en aquel lugar una señora recién casada, la cual era muy aficionada á leer libros de caballerías fabulosas, y junto con esto era amiga de andar bien ataviada. De lo uno y de lo otro le pesaba mucho á esta sierva de Dios, y por la grande afición y obligación que le tenía, hizo instantemente oración por ella. Y supe yo de la misma persona á quien esto tocaba, que estando una noche durmiendo, oyó una voz que tres veces le dijo: Hulana, nuestro Señor Jesucristo te llama á juicio. Á estas voces despertó la persona con grande pavor, y estando ya acordada, oyó dos veces la misma voz, con que quedó mucho más atemorizada, creyendo que aquello era citarla para la muerte. Y luego levantándose por la mañana fué á Sant Francisco y confesóse generalmente, y luego ordenó su vida de tal manera que cada quince días confesaba y comulgaba, y tenía cada día su oración y recogimiento, y las galas y libros fabulosos aborreció como la muerte, aunque por eso era murmurada de los deudos. Y creciendo más cada día en virtud, se recogía tres veces al día á su oración, en la madrugada hora y media, y antes de comer otro tanto, y de noche otro mayor espacio. Y con esto vino á moderar el amor excesivo que tenía á un hijo de seis ó siete años, al cual amaba en tanto grado, que viéndole con alguna mala disposición, desfallecía. Mas después que fué tocada del amor divino y gustaba cuán suave era el amor deste Señor, quedó libre desta pasión, y así amaba á este hijo con la templanza debida.

Estas obras y esta pureza de vida hacía rabiar á los demonios de invidia de sus virtudes, y así le aparecían algunas veces en figura de gitanos y atormentábanla de manera que me dijo ella que le parecía que le molían todo el cuerpo. Mas después se veía cercada de una claridad dentro de la cual no podían entrar los demonios, sino de fuera le aparecían diciéndole mil injurias. Otra vez vino el demonio en figura de pobre llamándola por su nombre, Milicia, Milicia. Y levantándose ella dos veces de la oración para acudir al pobre, dió él una gran risada diciendo: eso quería yo, hacerte levantar de ahí.

Un viernes en la noche, estando sola en su casilla, dijo á sí misma: este día abofetearon y azotaron y crucificaron á mi Se-

ñor. Pues ¿cómo tengo yo de acostarme en cama? Y diciendo esto, asentóse y púsose en oración. Y veis aquí el demonio le aparece en figura de un mulato, los cabellos engreñados como de negro, diciendo con grande escarnio: mirad la bestia que porque su Dios esta noche fué abofeteado, no se quiere acostar: llamándola bestia, burrona, necia y otras tales cosas. Y toda la noche pasó en esto.

Una persona noble estando muy enferma pidió mucho á esta bendita mujer que rogase á Dios por ella. Tomó esto ella muy á su cargo, rogando á nuestro Señor por ella con grande instancia: y estando ella en su oratorio, hallóla su señora derramando muchas lágrimas, y rogándole que le dijese la causa dellas, nunca lo pudo acabar con ella hasta que después de muy importunada la obligó con juramento que no descubriese aquello á nadie mientras ella viviese. Asentado esto, díjole: lloro, señora, porque fulano tiene gran deseo de vivir, y él fallecerá un día después del miércoles de la ceniza por la mañana y entrará en juicio con Dios. Lo cual puntualmente así se cumplió, porque ese mesmo día y á esa misma hora falleció.

§. III.

Vengamos al último trance de su muerte. Tres días antes que falleciese, se tañió por sí la campanilla del oratorio de casa tres veces, dando cada vez tres toques como cuando llaman á la portería de los monesterios. Y la primera vez sería entre las once y las doce de la noche. Y luego esotra noche pasó lo mismo, mas fué entre las ocho y las nueve de la noche. Y luego la otra noche se tañió también de la misma manera, mas fué luego á boca de noche. Y espantada la señora de lo que pasaba, estando el oratorio cerrado con llave, fuése á esta bendita mujer espantada, diciéndole: ama, ¿qué es esto? Respondió ella: Señora, ¿no ve v. m. que muero, y no me lo quiere creer? Y diciéndole que un Fray Fulano no le traería el hábito en que se había de sepultar, dijo ella: no lo ha de traer ése, sino el mayor enemigo que he tenido. El cual era uno de los que la perseguían por sus comuniones. Y asimismo dijo ella: me ha de decir la misa del oficio. Y así se cumplió como ella dijo.

Estando al punto de fallecer, se despidió de todas las personas que tenía razón, y principalmente de la señora que ella

había críado, con estas palabras: Hija, yo me parto desta vida para la otra: habéisme de prometer que todos estos primeros ocho días habéis de comulgar. Ella le respondió que así lo haría. Añadió más, que ya que era aquella la postrera cosa que en esta vida le pedía, que se la había de prometer. Ella le prometió que lo cumpliría. Y esto era que tuviese mucha cuenta con el ejercicio de la oración, porque ya que nuestro Señor nos abriera con sus llagas las puertas del cielo, para que allá pudiésemos enviar nuestras mercadurías, que procurase ella mucho de enviarlas allá, y que éstas no fuesen como de mercader pobre, que no tiene sino paños groseros, que son oraciones sin atención y devoción, sino que fuesen de los que trataban en seda y en paños finos: y que así como un mercader no tiene cosa con que se sustente sino con su trato, así nosotros entendamos que no podemos medrar con Dios sino tratando con Él por oración, encaminando por ella nuestros deseos de la tierra al cielo. Y la misma doliente, confiada en la bondad de nuestro Señor, le prometió que si ella fuese tan dichosa que mereciese ser oída, le pediría diese gracia para cumplir lo dicho. Y asimismo le pidió que sufriese con paciencia las cargas del matrimonio, porque nuestro Señor nos da muchas veces en este estado materia de merecer con la paciencia.

Después que nuestro Señor la llevó desta vida, estando una persona en oración, vió á esta difuncta con la misma figura y hábito que tenía cuando era viva, y díjole que le hacía saber que nuestro Señor le había puesto en lugar de descanso sin pasar por purgatorio, porque Él había tomado la dolencia pasada en lugar de purgatorio. Díjole otrosí que tuviese mucho temor de Dios y lo amase mucho, porque había allá muy rigurosos juicios, y que se tomaba muy estrecha cuenta, que la tuviese ella muy grande en amar á Dios, porque solo el amor la pusiera en tan buen lugar.

§. IV.

Después de su fallecimiento acaecieron algunas cosas miraculosas, con que nuestro Señor dió testimonio de la virtud desta bendita mujer. Mas yo fuí poco curioso de saber esto, sino fueron algunas que aquí brevemente refiero, y una dellas, por ser cosa notable y muy averiguada, escribí entre los milagros de nues-

tra Introducción del Símbolo. Ésta fué que queriendo el señor de aquella casa ir á pescar con una caña que tenía él muy buena, y mandando á una su criada que la limpiase del polvo, puso ella la punta en tierra y cargó tanto la mano que saltaron dos pedazos de lo postrero de la caña, cada uno tamaño como un dedo. Entonces la señora, recelando el enojo que el señor de la posada había de recibir, volvióse á su ama, que era ya difuncta, por la grande fe y devoción que tenía con ella. En esta sazón pidió aquel caballero que sacasen la caña allá fuera adonde estaba, y llevándola así y quedando los pedazos en las manos de la señora, la caña se enteró como estaba de antes. Y viéndola un niño entera, hijo desta señora, y diciéndole que la caña estaba sana, dióle ella un bofetón diciéndole que mentía. Acudió luego una criada de casa diciéndole lo mismo, y tampoco fué creída, sino antes reprehendida por lo que decía. Finalmente salió una parienta desta señora, y viendo la caña entera y sana, volvió con grande pavor y espanto afirmando lo mismo, teniendo esta señora los pedazos de la caña guardados, los cuales yo le pedí y tuve más de dos años en mi poder. Y como el señor esto supiese, nunca más quiso usar de aquella caña, teniéndola por cosa sagrada y de milagro. Y son vivas hoy día casi todas las personas que esto vieron. Mas no extrañe nadie este milagro por parecerle cosa de poca importancia, porque otro semejante á éste se escribe de San Benito y otro de S. Antonino. Y San Gregorio en sus Diálogos, tratando de un milagro que nuestro Señor hizo por Sant Bonifacio siendo muchacho en materia pequeña, dice que nuestro Señor hace algunas veces milagros en favor de sus siervos en cosas de poca substancia para que con esto cobren confianza que no les faltará en cosas mayores quien les acude y socorre con las menores.

Mas no es solo este milagro que nuestro Señor hizo por honra de su sierva, sino otros también sucedieron, de los cuales referiré algunos que yo supe de cierto. Entre éstos uno fué que cierta persona tenía una pierna y un brazo paraliticado y tan insensible que aunque se lo cortaran, nada sintiera. Dió parte desto á una grande amiga suya, y díjole que tomase un pedacico de manteo que había quedado desta sierva de Dios después de fallecida, y que lo quemase y hiciese ceniza y la mezclase con un poquito de agua, y que con esto le hiciese tres cruces en el

brazo y en la pierna doliente. Y hecho esto, luego meneó el brazo y luego quedó tan sana como si nunca hubiera tenido mal. Esto supe yo así de la persona doliente como de la que la curó, las cuales ambas eran personas nobles y de autoridad, y al cabo me dijo la persona que la curó, estas palabras: Esto puede Vuestra Reverencia creer por tanta verdad como si lo viera con sus proprios ojos, porque pasó así.

Una mujer tenía un dolor grande en la garganta, y con la fe que tenía con esta sierva de Dios, tomó un poquito de su cofia y púsola en este lugar, y luego tuvo salud.

Otra mujer tenía una postilla en el rostro muy mala. Puso sobre ella un poquito del hábito desta sierva de Dios, y luego se le quitó, y asimismo dió salud á dos niños que estaban con grandes fiebres.

Estando ella muy mala del mal que falleció, y teniendo tan postrado el apetito del comer, que no podía pasar sino algunas yemas de huevos escalfados, tenía la señora de la posada dos tostones en monedas que entonces corrían, puestos en un cabo para mandar comprar de allí huevos. Pasados ocho días, fué la señora á ver el dinero que allí había puesto, en compañía de una tía suya, y hallaron que todo el dinero que habían puesto, estaba entero, gastando cada día más de diez huevos: de lo cual ambas dieron fiel testimonio.

Esto es, muy ilustre señora, lo que tenía apuntado en mis papeles el tiempo que estuve en Setúbal, donde confesaba á esta sierva de Dios. Bien creo que v. m. que la trató más tiempo, sabrá otras cosas, y bien sé que con la memoria de las unas y de las otras se consolará y tendrá por dichosa haberse criado con la leche de persona que tanta parte tenía con nuestro Señor. El cual la muy ilustre persona de v. m. prospere en su santo temor y amor. De Lisboa, á 22 de Septiembre, 1584.

CARTAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

I.

A un Padre Jesuíta (1).

Muy Rvdo. Señor.—Sabe Nuestro Señor con cuánta pena leí la carta de v. m., porque no quisiera yo que con tanta costa nuestra creciera el provecho de Vuestras Reverencias: porque en este negocio no temo el daño de quien padece la injuria, sino de quien la hace, porque bien sé que el estilo de Nuestro Señor es hacer dulces las aguas con sal, y alumbrar los ojos con barro, y sanar las llagas con leche de higos, y multiplicar los hijos de Israel con la persecución de Faraón, y el pueblo de los cristianos con la guerra de los tiranos. Antes la más común manera de obrar suya es usar de los medios de sus adversarios para hacer sus hechos, como usó de la venta de Josef, con que los hermanos querían deshacer sus sueños, para verificar sus sueños. Y así me parece que en esto ha de venir á parar esta nueva contradición, que aunque tira á derribarlos, les ha de ser ocasión de andar más humildes, más religiosos, más ejemplares, más cautos y más devotos, y por consiguiente, más bien quistos y más bien acreditados del mundo. Y así lo que aquel Padre toma por medio para abatirlos, toma Dios por remedio para levantarlos: y más verdad es que él barbecha para Vuestras Reverencias, que Vuestras Reverencias para el Anticristo. Para mí tengo por cierto que Aquél de quien dice Job: *Qui ponit ventis pondus,* y proveyó á San Pablo de áquel estí-

(1) Esta carta fué publicada por el Lic. Muñoz en la *Vida y virtudes del V. P. M. Fr. Luis de Granada,* libro III, cap. IV (Madrid, 1639).

Túvose también presente una copia antigua que posee D. Luis Jiménez de la Llave, de Talavera de la Reina.

mulo de la carne para que la grandeza de las revelaciones no le ensalzase, así ha proveído á Vuestras Reverencias deste azote, para que la grandeza del aplauso y buen recibimiento del mundo no los levante. Acuérdese V. R. que los sembrados á tiempos han menester blandura, y á tiempos helada y seca, para que con lo uno suban á lo alto, y con lo otro arraiguen en lo bajo. Y lo mismo han menester las plantas espirituales que Dios planta en su Iglesia para ser en ella glorificado: porque así como con las alabanzas, cuando no son demasiadas, crece la virtud, así con las tribulaciones la fortaleza. Alégrese V. R. que la Compañía procede por los mismos términos por donde procedió la primitiva Iglesia, y ¡ay de Roma cuando le faltare Cartago! Lo que á V. R. pido es que ruegue á Nuestro Señor en celo de perfecta caridad que no nos azote por la culpa de uno, que éste es el mayor temor que tengo. Yo no tendría por inconveniente que por parte del Consejo de la Inquisición se pusiese silencio á persona que escandaliza el pueblo poniendo boca en el estado que la Iglesia tiene tan aprobado, y llamando uñas del Anticristo á los que no puede probar que sean herejes: porque tales habían de ser los que ese nombre merecían.

El libro envío á V.R. que ha contentado mucho al Dr. Torres, y paréceme que con razón: así pienso hará á V. R. Agora imprimo aquí la tercera parte del Libro de la Oración, que al principio prometí, con algunas otras cosas añadidas. Cuando estuviere impreso, lo enviaré á V. R. y todavía espero los dos sermones que V. R. me escribe. Y porque estoy en Semana Santa con cargo de predicar tres sermones, no me alargo más en ésta, sino suplicar á Nuestro Señor more siempre en su ánima y le saque con muchas riquezas y prosperidad desta nueva tribulación. De Lisboa, postrero de Marzo de 1556.

De V. R. siervo en el Señor=*Fray Luis de Granada.*

II.

Fr. Luis de Granada, Provincial de la provincia de Portugal, de la Orden de Santo Domingo, al Cristiano Lector (1).

POR la parte que me cabe, cristiano lector, de haber trabajado en que saliese á luz la obra presente (demás de la amistad y obligación que tengo al autor della) me pareció que estaba en razón declararte al principio lo que della siento.

Fácilmente me concederás que entre todos los libros manuales que se han escripto hasta agora para aviso de confesores, uno de los más provechosos ha sido la Suma Cayetana. Declaran esto las muchas y diversas impresiones deste libro en toda la cristiandad: porque apenas se hallará libro que en tan poco tiempo tantas veces y de tantas maneras haya sido impreso como éste. Y no es cierto de maravillar. Porque el libro (entre otras muchas excelencias) tiene autoridad, brevedad, resolución grande de las materias, muy acertados pareceres, reglas universales, que comprehenden muchos casos particulares, y sobre todo esto maravillosa traza en la manera del proceder, que es una de las cosas que más ayuda no sólo á la inteligencia de las cosas, sino también á la memoria dellas.

Deseaba pues yo mucho ver este libro en lengua que lo pudiesen todos entender. Y deseaba también ver un poco de más claridad en el estilo, porque el autor así como fué ingenioso y breve, así muchas veces es dificultoso y escuro. Y porque en la materia moral no son tan provechosas las reglas universales como las particulares, deseaba también (demás de lo dicho) ver acompañadas las materias deste libro con algunas decisiones de casos particulares: y esto hecho, no me parecía que quedaba más que desear.

---

(1) Esta carta ó prólogo figura al frente de la *Svmma | Caietana, sacada en len | guaje Castellano: Con An | notaciones de muchas | dubdas y casos de | conscien | cia | por el M. Pavlo de Palacio | Natural de Granada. | Segunda edicion, en algunos passos | acrecentada. | Por mandado y con approbación del Reueren | diss. y Sereniss. S D. Enrique, Carde | nal, Iffante de Portugal, y Arçobispo | de Ebora. & cæt. | Fue impresso en Lisboa en la rua de los Escude | ros en casa de Ioannes Blauio de Colonia. a | cabose a los X dias de Setembro | De. 1560. | Con priuilegio Real.*

Quiso pues nuestro Señor cumplirme este deseo: porque verdaderamente creo que todas estas cosas caben en la obra presente: porque Cayetano, que tan dificultosamente hablaba por términos tan escolásticos y latinos, que apenas lo entendían los sabios, agora habla tan claramente en lengua castellana, que con mediana atención le podrán entender los simples. Porque no va trasladado escrupulosamente palabra por palabra, como hacen los intérpretes, sino sentencia por sentencia, como hace el parafraste. Y las materiás que universalmente se trataban, van tan acompañadas de casos particulares, que apenas hay cosa digna de saberse en todos los Sumistas, mayormente en la Suma Silvestrina y en los eruditísimos libros *de Jure & Justitia* del clarísimo maestro Soto, que en ellos no se halle, tocando las cosas brevemente y citando los lugares, para quien más copiosamente los quisiere ver. Y demás desto añadiéronse otros muchos nuevos títulos, en que el autor parecía algo diminuto, como son: Acusación, padres, heredar, hallar, y otros semejantes, como parecerá en sus lugares.

Mas con todo esto, como sean los pareceres de los hombres diversos, algunos por ventura se agraviarán desta obra, quejándose de lo que Alejandro se quejó, cuando Aristóteles sacó á luz los libros de la filosofía, diciendo que ya no le quedaba con qué ser más que los otros hombres. Estos por ventura dirán que no convenía que las materias de teología (que están reservadas en secreto para solos los teólogos) se hagan comunes á todos, mayormente siendo algunas muy dificultosas de entender en cualquier lengua que se escriban, y otras de tal calidad, que no convenía comunicarse á todos. Á esto se responde que pluguiera á Dios que las cosas de la Iglesia estuvieran en tal estado, que no fuera necesario escrebir libros en romance para aviso de confesores. Mas quien considerare cuántos curas y confesores, así clérigos como religiosos, habrá en todos los reinos de España (donde entra Castilla, Portugal, Aragón, Cataluña, Valencia, Galicia y reino de Granada, con las Indias Orientales y Occidentales) verá claramente cuántos millares de confesores habrá, no sólo en innumerables aldeas y lugares pequeños, sino en muy populosas y grandes cibdades, que ni saben latín, ni hay remedio para que dejen de confesar, y ni todos son tan rudos que dejen de entender algo, si lo leen en lengua inteligible, ni

todos tan malos que no deseen saber algo para mejor ejercitar su oficio. Y supuesta esta común calamidad de la Iglesia (tan llorada de los buenos y tan sin esperanza de remedio en estos tiempos) claramente se verá que menos inconveniente es socorrer á la Iglesia con esta manera de remedio, que dejar de todo punto el negocio sin remedio. Mayormente que por experiencia hemos visto muchos religiosos muy resolutos en materias de casos de consciencia, leyendo libros de romance. Porque pues la filosofía y medicina y todas las artes liberales también se pudieron escrebir y saber en algarabía, no veo por dónde no se pueda escrebir y saber en romance la materia de casos de consciencia. Y si algún prelado (á imitación del serenísimo y cristianísimo Cardenal Infante Don Enrique) quisiese instituir sus confesores para descargo de su conciencia (como en la epístola precedente (1) se declara) no le será necesario esperar cuatro años de gramática para que así los puedan instituir en esta sciencia.

Y aunque haya en esta materia algunas cosas que no se puedan entender, puesto que se escriban en romance, pero otras muchas hay muy fáciles, que se entenderán, y así el confesor sabrá las unas y dubdará de las otras, que es lo que basta para poder ejercitar este oficio, como dicen los doctores.

Y si algunas cosas hay que no convenga enseñar al pueblo, para que no tome de ahí licencia de desmandarse en algo, á esto también se tuvo particular respecto, escrebiendo las verdades seguras y llanas, callando las que pudían parir esta manera de perjuicio.

Y porque la materia moral es la más incierta de todas, por eso van aquí alegados todos los autores cuyas son las sentencias y pareceres de las cosas que se determinan. Y demás desto, fué cometido el examen deste libro por el Serenísimo Cardenal Infante Don Enrique, Inquisidor general destos reinos, á los Reverendos Padres Fray Bartolomé de los Mártires y Fray Diego de Morales, profesores antiguos de teología, los cuales diligentísimamente lo vieron y examinaron.

Confieso que la impresión no va tan castigada como tal obra merecía, mas los yerros están señalados en el principio del libro, y por allí podrá cada uno emendar el suyo en poco tiempo

(1) Dedicatoria del autor.

Puesto caso que no se emendaron algunas mentiras fáciles, donde los impresores (como gente de lengua peregrina) unas veces ponen a por o y otras o por a, y cosas semejantes, que más perjudican al ornamento de las palabras que al entendimiento de las cosas.

Todo este beneficio se debe al muy reverendo señor maestro Paulo de Palacio, que nos comunicó este precioso tesoro, de cuyas letras y ingenio no hay necesidad de tratar al presente, pues la misma obra da de ello tan evidente y glorioso testimonio. Pero mucho más se debe al Serenísimo Cardenal Infante, por cuyo mandamiento se escribió la obra presente, y con cuyas mercedes se sustenta el maestro della: y no sólo el maestro, sino también los discípulos que la oyen, para que tengan aquí ejemplo los prelados de nuestros tiempos y sepan el camino por donde pueden desterrar la ignorancia y rudeza de sus ministros, causadora de muy gran parte de los males del mundo.

III.

Al Reverendísimo Señor Don Fray Bartolomé Carranza, Arzobispo de Toledo (1).

†

REVERENDÍSIMO y Ilmo. Señor.—*Gratia et pax Christi.*—No se ha ofrecido hasta agora cosa nueva que escribir á V.S.Reverendísima, y por eso aguardé á la vuelta de este Padre para escribir con él. Yo llegué aquí bueno, y luego fuí al Arzobispo (2), y halléle todo lleno del espíritu de aquel Padre (3), y así todas sus palabras y pareceres en él, *præsertim* que el negocio estaba ya concluído, y el Catálogo (4) dado al impresor, y todas las obras de Fr. Luis de Granada prohibidas en él. De manera que á no venir yo acá, *actum erat de negotio prorsus.* Agora hay es-

(1) Carta hológrafa, conservada en la Bibl. de la R. Academia de la Historia, de Madrid, *Proc. de Carranza,* t. XX, pág. 83.

(2) D. Fernando de Valdés, inquisidor general y arzobispo de Sevilla.

(3) Melchor Çano.

(4) Alude al Catálogo de libros prohibidos por el inquisidor general Valdés, impreso en Valladolid en Agosto de 1559.

peranza de algún remedio, á lo menos de que me dejará reformar el libro *de oratione* á su gusto, y que así lo pasará: aunque de esto no hay palabra del Arzobispo, sino de algunos de esos señores, que ven cuán justificada es esta petición. Ayúdanme á esto el Padre Francisco (1), el embajador de Portugal, Gutierre López y Don García (2) y la Princesa. Y con todo esto habrá un pedazo de trabajo, por estar el Arzobispo tan contrario á cosas (como él llama) de contemplación para mujeres de carpinteros, etc. Él se fué luego de aquí, y tarda en venir, y esto me hace estar parado. Interin predico, y á Dios gracias con acepción del pueblo: y pienso que el Señor es servido de ello, y tomo ocasión de la dilación del negocio para ello. Al Rey escribió ayer Gutierre López de mi venida aquí, *me inscio,* y que convendrá detenerme para cosas que él imagina. No sé que me diga, sino *angustiæ mihi sunt undique.* No querría ir al cielo por Valladolid, si no fuese por servir á Dios y á V. S. Rma. *Ipse dirigat gressus meos.*

Estoy determinado de no irme de Castilla hasta dar cabo á este negocio, ya que lo he comenzado, porque *ago causam orationis & omnium prorsus, quantum ego arbitror.* Y no me pesa de cualquier trabajo ó vergüenza que por esto se pase, pues es negocio del Señor.

Todavía no se perderá escribir V. S. al regente Figueroa y al Obispo de Cibdad Rodrigo sobre este caso. Podrá ser que de aquí me parta á Peñafiel, que está allí la Condesa de Ureña, á reformar allí estos librillos. No tengo al presente más que escribir, sino suplicar á nuestro Señor la Reverendísima y Ilustrísima persona y estado &. Lo demás podrá saber del portador (3).

Siervo de V. S. Rma.=*Fr. Luis.*

---

(1) San Francisco de Borja.

(2) Don García de Toledo, ayo del príncipe Don Carlos.

(3) La fecha de esta carta, escrita en Valladolid, debe colocarse entre los días 17 y 22 de Agosto de 1559. El 17 firma Valdés la carta puesta al principio del *Catálogo,* que Granada encontró ya dado al impresor, y el 22 fué preso Carranza, á quien sin duda Fr. Luis escribía suponiéndole en libertad.

IV.

Al Reverendísimo y Serenísimo Infante Don Enrique, cardenal de la Santa Iglesia Romana y arzobispo de Évora, &c. su humilde siervo Fr. Luis de Granada (1).

UNA de las cosas más para sentir que hay en nuestros tiempos, Reverendísimo y Serenísimo Príncipe, es no estar aun entendido de muchos cuál sea el oficio propio y las partes principales del verdadero prelado. Porque algunos pensarán que hinchen enteramente la medida de este oficio, si vivieren limpiamente, si celebraren y rezaren sus horas devotamente, si administraren justicia en sus iglesias, y tuvieren sus criados y familia bien regida y disciplinada. Los que hacen esto, no piensan que merecen el postrer lugar entre los perlados de su tiempo. Mas quien atentamente considerare las obligaciones de este oficio, verá que no es solo esto lo propio y lo principal del verdadero perlado: porque vivir limpiamente y rezar ó decir misa devotamente, oficio es de buen súbdito: hacer justicia y castigar los delitos de su Iglesia, oficio es de buen juez: tener los criados y la familia bien instruída y doctrinada, oficio es de persona discreta y bien mirada: ser hombre espiritual y de grande oración y contemplación, si no hay más que esto, más es oficio de buen religioso que de buen perlado: y no basta para lo uno lo que basta para lo otro, así como en la guerra no basta ser buen soldado para ser buen capitán, porque uno es el instituto de la vida monástica, y otro el de la apostólica, cual es la de los obispos, á

(1) Hállase esta carta al principio de la obra siguiente:

Treinta | y dos Sermones en | los cuales se decla | ran los mandamientos de la ley, ar- | ticulos de fe, y sacramentos con | otras cosas provechosas sa- | cadas de latin en ro- | mance. | Por el R. P. F. Juan de | la Cruz, de la orden de san- | cto Domingo. | Fue examinado este | libro por el R. P. F. Francisco Forei- | ro examinador de libros por co- | mision del sancto oficio | en estos reinos de | Portugal. | En Alcala, | En casa de Andres de Angulo, | Año de 1568. | Vendense en casa de Francisco Lopez, | librero en corte. | Esta tasado en dos reales.

Al fin: *Fue impresa la presente obra | en Alcala de Henares, en casa | de Andres de Angulo, a | cabose en fin de Fe- | brero año de | 1568.*

Esta obra fué reeditada en Madrid el año de 1792, perdiendo bastante en corrección la carta dc Fr. Luis de Granada.

la cual pertenece, no sólo ser santo, sino santificador de otros: no sólo tener gracia de vida contemplativa, sino también de activa: no sólo tener espíritu para aprovechar á sí solo, sino también para aprovechar á otros, ardiendo en vivas llamas (como un serafín) con el celo de la honra de Dios, y haciendo arder á los que tocaren con su palabra, y deseando con tan encendido deseo la salvación de las ánimas, que no perdone á hacienda, ni honra, ni vida, por el bien de ellas. De manera que oficio de perlado, mirando lo propio y lo esencial de él, no entiendo yo ser otro que oficio de médico espiritual, porque por eso entre otros nombres se llama cura, y así como el médico que tiene á cargo un enfermo de mucha cualidad, todo su negocio es probar todas las vías y modos que le son posibles para darlo sano, para esto va y viene á visitarle muchas veces, para esto prueba unas y otras maneras de remedios, para esto entra en consejo con otros médicos, y no deja piedra por mover para darlo sano. Pues éste es el oficio del médico espiritual, y ésta la solicitud y diligencia con que ha de entender en este negocio, tentando y probando todos los medios que le fueren posibles para curar las enfermedades espirituales y sacar los hombres de pecado. Así lo significó el Sabio (aunque por otra metáfora) cuando dijo: Hijo mío, si hobieres salido por fiador de otro, y obligado tu persona por él, y prendádote con tus mismas palabras, para remedio desto toma, hijo, mi consejo y trabaja por salir de esa obligación. Y para esto discurre á una parte y á otra, date priesa, despierta tu amigo, y despierta tú también con él, y no des sueño á tus ojos, ni dejes cerrar tus párpados, y trabaja por escapar de ese peligro, así como la gama que se sale de entre las manos, y el ave del lazo del cazador. Tal pues ha de ser la solicitud y diligencia del perlado, tal su espíritu, su fervor y su cuidado, diciendo siempre con el Psalmista: Si diere yo sueño á mis ojos, y si dejare plegar mis párpados, y si diere descanso á mi vida, hasta que halle lugar para el Señor, y morada para el Dios de Jacob. Así andan y discurren aquéllos á quien el Espíritu Santo mueve para esto, del cual se dice que hace sus ministros como la llama de fuego, que es el más activo y más ligero de todos los elementos. Así andaban los Apóstoles (cuyos sucesores son los obispos) así discurrían por el mundo, así tentaban todos los medios y se ponían á todos los peligros para ganar ánimas para Cristo: ni tenían otra vida ni

otra gloria sino ésta, como lo significó uno de ellos cuando dijo: Nosotros vivimos, si vosotros estáis en el Señor. ¿Qué otra cosa quiere decir el anillo que traen en el dedo, sino que son esposos de la Iglesia y que han de entender siempre en engendrar hijos espirituales en ella? Pues para esto, ¿qué otros medios hay más proporcionados que tener á la mano mucha copia de predicadores, y doctores, y curas, y confesores idóneos, que son los ministros de esta regeneración? ¿Con qué se fundó la Iglesia sino con sacramentos y doctrina? Y ¿con qué se ha de conservar y multiplicar sino con ella misma? Y después de esto ¿qué otro medio hay más principal que andar siempre en persona visitando sus pueblos, castigando los delitos, reconciliando los desavenidos, socorriendo á los necesitados, predicando en público, amonestando en secreto, amplificando el culto divino, y mirando por el servicio y limpieza del altar, y buscando siempre ayudadores y obreros para este ministerio? Del rey Saúl se dice que doquiera que hallaba algún hombre esforzado, que lo llamaba y traía á su campo. Y éste mismo había de ser el oficio del buen perlado, andar siempre buscando ayudadores para esta obra, aprovechándose de los ya criados y criando otros de nuevo, enseñándolos y instituyéndolos en todo lo necesario. Porque por esta causa los mismos decretos y concilios que mandan al obispo vivir pobremente, quisieron que tuviese grandes rentas y patrimonios, para que con ellos pudiesen sustentar todas estas cargas, sin las cuales no se puede bien administrar este oficio. Porque ¿qué se puede hacer sin confesores idóneos, sin predicadores idóneos, sin visitadores idóneos y sin curas idóneos? Un hombre solo, por suficientísimo y santísimo que sea, ¿qué puede hacer más que por uno solo? Pues ¿cómo tendrá tantos curas y confesores como ha menester un grande obispado, sino los instituye y cría de nuevo? ¿Cómo tendrá proveídos todos sus pueblos de doctrina (sin la cual muere de hambre el ganado por falta de pasto) si no gasta un pedazo de lo que tiene en sustentar este ministerio? Por do parece que no es oficio principal de perlado oir causas y castigar delitos, sino trabajar por todos estos y otros medios por evitarlos. Porque no es su oficio como el de la Ley, que castigaba los delitos y no daba gracia para evitarlos, sino como el del Evangelio, que de tal manera castiga los males, que da gracia para vencerlos. Porque si el Concilio Cartaginense IV

manda al obispo que no entienda por su persona en la provisión de las viudas y pobres, sino por otros ministros inferiores, como hicieron los Apóstoles, porque él se ocupe siempre (como allí se le manda) en leer, orar y predicar, ¿cómo será su principal oficio asistir á oir y sentenciar causas, para lo cual quiere San Pablo que se diputen los más bajos ministros de las iglesias?

Esto es, Serenísimo Príncipe, lo que los Santos entienden que es ser prelado, y esta luz quiso nuestro Señor que Vuestra Alteza tuviese, y que conforme á ella administrase su prelacía. Porque para esto buscó por todas partes predicadores de muy religiosa vida y doctrina, y los derramó por todas sus iglesias, mandándolos de unas á otras á sus tiempos, porque no tuviesen ocasión de aquerenciarse en las tierras y tomar casa y pucheros en ellas, para que cada día renovasen sus espíritus con estas mudanzas y así fuesen tanto mejor oídos de los pueblos, cuan menos enfadados estuviesen de su doctrina y menos ofendidos de su vida. Para esto, viendo que le faltaban confesores idóneos y que no había dónde proveer á tanto número de iglesias, determinó enseñarlos de nuevo: y para esto de dos en dos años manda escoger treinta sacerdotes de todo el arzobispado, á los cuales provee de mantenimiento y estudio por este tiempo, mandándoles oir cada día dos liciones de casos de consciencia, y con esto se ha remediado maravillosamente y en muy breve tiempo esta falta, y con esto mismo tiene más clara experiencia de quién es cada uno, para ver lo que puede poner á su cargo. Para esto fundó también el Colegio de los Padres de la Compañía de Jesús con grandes y magnificentísimas expensas y rentas, para que en él se enseñe no solamente latinidad y lenguas, sino también artes y teología, y se críen aquí otros para predicadores, como allí se crían para confesores. Y porque no faltasen oyentes en estas facultades, señaló un muy competente número de artistas y teólogos, á quien se da lo necesario para su mantenimiento, para que así se críen y perseveren en el estudio. Sobre todo esto hay aun otro Colegio de niños huérfanos que enseñan por las iglesias la doctrina cristiana, y son ellos enseñados á leer y escribir y buena crianza, y otro de mozos de coro, que sirven en la iglesia principal y viven con recogimiento, estudio y disciplina. Callo otras muchas cosas que Vuestra Alteza cada día anda trazando y ordenando, así para amplificar todo esto, como para per-

petuarlo, no contentándose con hacer oficio de pastor temporal, sino procurando ser (á imitación de Cristo) eterno sacerdote, para que como el otro santo Patriarca habla dende la sepultura, así Vuestra Alteza aun después de ella ayudase con todas estas providencias á esta tierra. Y aunque todo esto es digno de grandes loores, mucho más sin comparación lo es el medio que para esto tomó, que es haber moderado los gastos de su casa, y fundido las vajillas y aparadores de oro y plata para estas obras, y venido á comer en platos de estaño, y no más preciosos manjares que los que dicen con este metal. ¡Oh, quién tuviera agora licencia para encarecer este ejemplo y decir lo que siento acerca de él! ¡Oh, de cuántas cosas del mundo triunfó el corazón y ánimo que aquí llegó! ¡Oh, cuánto celo, cuánta luz, cuánto temor de Dios, cuánto desprecio de mundo fué menester para abrir este nuevo camino, y cuántos andamios de otras virtudes fueron necesarios para subir á esta virtud! ¿Qué más hizo aquel santo Exuperio, obispo de Tolosa, de quien escribe San Jerónimo que por dar cuanto tenía á los pobres, moría de hambre y traía el cuerpo de Cristo en una cestica de mimbres y su sangre en un vaso de vidrio? Pues ¿cómo se sufre que tenga vajillas de oro y plata á su mesa quien ha de fundir los vasos sagrados para suplir esta falta? Y con ser esta obligación tan clara, no me maravillaría que el mundo (según tiene los ojos enfermos) cegase con el resplandor de esta nueva luz y enfermase con esta medicina.

Y para dar nuestro Señor á entender cuán acertados medios eran éstos para encaminar la salud de las ánimas, quiso que de una tierra inculta (que era su iglesia cuando la tomó á su cargo) esté agora hecha un paraíso de deleites y vergel cerrado. Podría contar por sus nombres muchas villas y ciudades donde á fuerza de censuras y penas acudían los hombres á las misas de obligación y á los sacramentos de confesión y comunión, donde agora vemos entre semana tanta frecuencia de sacramentos, tanto concurso á las iglesias, tanto uso de oración y lición de libros devotos, y tanta paz y concordia entre los desavenidos, con otros muchos bienes, que vemos cumplido en nuestros tiempos lo que mucho antes estaba dicho por Esaías: En las cuevas donde moraban los dragones, nascerán cañaverales y juncos, y habrá por ahí camino seguido, y llamarse ha camino santo. Y no menos

parece haber echado el Señor su bendición sobre esta tierra y hecho con el siervo lo que se prometió al hijo diciendo: Derramaré mi espíritu sobre tu simiente, y echaré mi bendición sobre tus hijos, y crecerán en la tierra como los sauces par de las corrientes de las aguas.

He dicho esto, Serenísimo Príncipe, no cierto por lisonjear (que muy lejos está de eso mi corazón) sino porque es verdad (porque á no serlo, todo este reino me tendría por mentiroso) y tal verdad como ésta convenía que se supiese por todo el mundo para ejemplo de otros perlados, para que vean que ni es imposible hacer agora lo que los Santos enseñan, ni tampoco infructuoso. Y si los perlados cortasen un poco de lo que arrastra, y moderasen sus gastos y familia conforme á los decretos de los Concilios, y no conforme á la prudencia del mundo, fácilmente podrían hacer otro tanto. Mas después que con esta prudencia se persuaden ser necesario tener casa de príncipes y señores para conservar la autoridad de sus oficios, no sobra paño para nada de esto. Debrían considerar que de una manera han de procurar los príncipes del mundo su autoridad, y de otra los sacerdotes de Cristo: porque aquéllos han de buscarla con riquezas y fausto, mas éstos con virtudes y ejemplo, como dice el Concilio Cartaginense IV por estas palabras: El obispo tenga pobre casa y pobres alhajas, y procure alcanzar la dignidad de su autoridad con fe y merecimientos. Debrían considerar que una de las cosas que más destruyó el pueblo de Israel en tiempo de los Macabeos, fué no hacer los hombres caso de las cosas que eran honrosas en su patria, sino de las que eran honrosas en Grecia, que era despreciar las honras católicas y religiosas, y preciar las gentílicas y profanas: á los cuales parecen imitar los obispos cuando no viven como ministros de Cristo sino como señores del mundo. Debrían considerar cuánto más importaría para esa misma autoridad emplear veinte mil ducados de renta en sustentar pobres y viudas y en criar y sustentar ministros de iglesias, que en criados y caballos y diferencias de manjares y vajillas. Porque no se espanta ya el mundo de estas grandezas de mundo, por ver las calles y plazas llenas de ellas: mas espántase de ver un hombre divino, que ponga debajo los pies lo que el mundo adora, y que gaste todos sus tesoros en remedio de pobres, y que siendo para todo el mundo largo, para sí solo sea

rigoroso. De éste se espanta el mundo, de esto se maravilla la carne y la sangre, éste tiene por sumo milagro y con esto se le predica de verdad el menosprecio del mundo, y al que esto hace, no le miran como á hombre de la tierra, sino del cielo, y así le reverencian y veneran, y ven en él á Dios.

Mucho me he detenido en esta parte con deseo del fruto que de este ejemplo se podría sacar: vengo ya al propósito de esta epístola y de esta obra. Hame dicho Vuestra Alteza muchas veces que porque en su Iglesia y en todo este reino hay muchas aldeas y iglesias apartadas en los campos, donde no puede haber tanta copia de predicadores, que para remedio de esto sería bien escribir algún Homiliario de buena y llana doctrina, para que se pudiese los Domingos leer en lugar de sermón, y mientra esto no se hacía, que se debía leer algún breve catecismo, para que por él se enseñase al pueblo clara y distintamente la suma de la doctrina cristiana, por ser cosa de gran lástima ver la rudeza y ignorancia que tienen las personas que viven en estos lugares, donde se les pasa la mayor parte de la vida sin doctrina. Quisiera yo tener habilidad y tiempo para servir á Vuestra Alteza en este negocio: mas mientra nuestro Señor de otra cosa no provee, parecióme que podría aprovechar para el propósito este breve catecismo, que escribió un muy docto y católico varón: el cual yo hice trasladar en lengua castellana al Reverendo Padre Fray Juan de la Cruz (que para esto tiene especial gracia) con licencia de quitar lo que le paresciese menos suave, y añadir de otros autores (aunque esto fué pocas veces) lo que le pareciese necesario, para que con él pudiese Vuestra Alteza acudir á esta necesidad, mandándolo leer en sus iglesias y donde más le paresciese necesario. Y aunque había algunos otros catecismos en romance que pudieran servir para este propósito, pero unos me parescieron demasiadamente largos, otros demasiadamente cortos, otros, aunque tenían buena doctrina, carecían de afectos y autoridades de sagrada Escritura (que son dos cosas en toda buena doctrina necesarias) otros estaban escritos á manera de diálogos, que es estilo dulce, pero no conveniente para leer en las iglesias: mas éste solo entre todos me pareció carecía de todos estos inconvenientes, porque no es demasiadamente breve ni largo, y tiene junto con la doctrina (que es muy erudita) sus afectos y sentimientos entretenidos en sus lugares, y

sobre esto va todo él tratado con estilo de sermones, hablando generalmente con todo el pueblo, con sus exordios, epílogos y transiciones, que es el estilo que más armaba para este propósito Y lo que es más de estimar, todas las materias se tratan con muy escogidas autoridades de la Escritura divina, así del Viejo como del Nuevo Testamento, que son las palabras más profundas, más dulces, más provechosas y de mayor autoridad y eficacia que pueden ser, pues son palabras salidas del pecho del mismo Dios. Reciba pues V. A. este pequeño presente con su acostumbrada serenidad, pues la pobreza de mi ingenio no sufre hacerle otro mayor. Cuya reverendísima y serenísima persona y estado nuestro Señor prospere por largos tiempos.

V.

Al Beato Juan de Ribera, obispo de Badajoz (1).

RMO. y muy Iltre. Señor.=Con la licencia que V. S. me tiene dada por ciego, tomo atrevimiento á escrebirle por mano ajena, aunque quisiera no serlo, para los negocios en que agora anda, que son los mayores que puede haber: porque todo el peso de la salud del mundo pendía deste Concilio universal y de la ejecución que se ha de proveer de los Concilios provinciales, porque lo uno sin lo otro no basta, como para haber de entender no basta el entendimiento posible, si no hay entendimiento agente. Pero como las llagas de la Iglesia son tan grandes y tan antiguas, no me parece que se pueden curar con solo tinta y papel, quiero decir, con solas ordenaciones y palabras, si no hay juntamente obras y vida en los que son cabezas de la Iglesia, porque á éstos seguirían luego los inferiores, *iuxta illud: qualis rector civitatis, tales et inhabitantes eam.* Y si á esto no mueve á los perlados la calamidad presente de la Iglesia, no sé qué cosa haya en el mundo que los pueda mover: porque con estar la cristiandad estrechada en un rincon de Europa, en nuestros días se ha perdido con tantas herejías, no un reino solo, sino muchos reinos y provincias y cuasi la mitad de la cristiandad. Y sabemos que esta tan grande tempestad tomó ocasión de los desórdenes

(1) Carta autógrafa (sólo el cumplido y la firma son de mano de Fr. Luis de Granada) existente en el Archivo de la Compañía de Jesús.

de las personas eclesiásticas, y así, todo el intento desta secta perversísima es querer que no haya Iglesia, pretendiendo destruir y anular todas las religiones y todos los grados de la hierarquía eclesiástica, y así, nuestro Señor ha permitido por justo, aunque oculto juicio, que en tantas partes la hayan extinguido: y mucho es para temer que no habiendo en la Iglesia reformación, el mismo Dios y la misma causa pronuncia la misma sentencia, mayormente viendo que no escarmentamos en cabeza ajena: porque así lo hizo Dios con el reino de Judea, viendo que no había escarmentado con el castigo del reino de Israel, y así dice por Ezequiel: *Et vidit prœvaricatrix Juda quod pro eo quod mœchata esset adversatrix soror eius Israel, abiecissem eam, et dedissem ei libellum repudii, et non timuit, etc.* Y luego añade: *In via sororis tuœ ambulasti, calicem sororis tuœ bibes.* Ni debemos confiar en decir que no le queda á Dios altar libre en el mundo, si España se pierde, porque tampoco le quedaba después de destruído Israel más que solo Judea, y porque continuó sus pecados, *dixit Dominus: Etiam Judam auferam a facie mea,* y así lo hizo. Ni tampoco debemos de confiar en la potencia de España y autoridad del Santo Oficio que defiende la fe, porque cuando hay pecados y Dios quiere castigar, ni la potencia del imperio romano basta contra su ira, ni otras monarquías tan poderosas que por esta causa se deshicieron: y en harto peligro se vió ora la cristiandad, si Malta se tomara, y ya otra vez se perdió España por pecados que agora no faltan, mayormente llegando ya las herejías á los montes Pireneos. Florentísimo y segurísimo reino fué siempre el de Francia, y el otro día estuvo á punto de perderse con una revuelta del tiempo por ocasión de las herejías. Y si estas tan grandes, tan presentes y tan vecinas llamas y castigos de Dios no bastan para mover los perlados á reformar sus casas y cortar un poco de lo que arrastra, sospecharé que vendrán á cumplirse en nosotros aquellas palabras del Señor que en el libro de Josué se escriben: *Domini enim sententia fuerat, ut indurarentur corda eorum (regum scilicet Canaam) et caderent, et nullam mererentur clementiam.* Crea V. S. que según los pecados que veo en el mundo, y los gastos y excesos en comer, y beber, y vestir, y jugar, he gran miedo á algún azote grande.

No tenía Dios en todo el mundo más que una casa y un templo y un altar, y estaban los judíos muy confiados que no los había

Dios de desamparar por no quedar sin templo, y mandólos desengañar por Hieremías diciendo: *Nolite confidere in verbis mendacii, dicentes, templum Domini, templum Domini, templum Domini, etc.* Y porque no se emendaron con esta confianza, dice el mismo Profeta: *Repulit Dominus altare suum, maledixit sanctificationi suæ.* Son palabras éstas que me espantan, y declaran la graveza del furor y indignación de Dios, pues no contento con destruir la tierra, se dice que *repulit altare suum et maledixit sanctificationi suæ.* Y harto ciego es quien no teme este castigo, viendo que desde oriente á poniente apagó Dios la candela de la fe por los pecados de los hombres, como él amenaza en el Apocalipsi diciendo: *Age pœnitentiam, sin autem, veniam ad te, et movebo candelabrum tuum.* Así lo amenazó, y así lo hizo. Y quien no teme este castigo por tenerse por mejor que aquéllos, y por eso no teme, basta esta soberbia y falsa seguridad para ser por ella castigado. Y entre las cosas que hay que moderar, una de las principales es el fausto de las casas y familia de los perlados, sobre la cual materia hallará V. S. mucho escrito en el *Stimulus Pastorum* del Arzobispo de Braga, que es un libro que todos los perlados debían leer. Y en este reino hay algunos que viven con gran modestia en esta parte, y el Señor Cardenal es uno dellos, que se deshizo de toda su plata y se ha servido con estaño con dos ó tres platos de manjares que le sirven en la mesa, sin otras demasías, y con lo que de aquí ahorra, ha hecho colegios de muchos estudiantes eclesiásticos en Évora, y fundado allí una Universidad, de donde manan dos fructos: el uno éste, y el otro el buen ejemplo que da, junto con las muchas limosnas que hace.

Nuestro Señor dé á V. S. mucha abundancia de su espíritu para que él con estos señores tan principales de tal manera provean á las cosas de la Iglesia y ejecuten el sancto Concilio, que basten para aplacar la ira de nuestro Señor y quitarnos el cuchillo de la garganta. El cual la Rvma. y muy Iltre. persona de V. S. conserve siempre en su sancto temor y amor. De Lisboa á XV de Noviembre de 1565.

Siervo de V. S.=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito:

† Al Rvmo. y muy Iltre. Señor el Señor Obispo de Badajoz.

VI.

Al Duque de Feria (1).

ILUSTRÍSIMO Señor.=*Pax Christi.*=Yo estaba deseoso de dar cuenta á V. S. del estado en que estaban las cosas destos príncipes, en que V. S. tanto trabajó, y esperando la conclusión de algunas cosas, no lo [he] hecho hasta agora que esperaba escribir de aquí con mensajero proprio al embajador, para que él enviara la carta á V. S. cuando este correo vino con una de V. S. y otra de Su Majestad para mí, y por ambas le beso las manos, aunque la segunda fué en mí mal empleada, por estar ya en aquel estado que dijo el Poeta: *Posui finem curis: sors & fortuna, valete.* Pero V. S. hizo en esto lo que mil años ha tengo *citra omnem adulationem* conocido de su natural nobleza. Mas yo le confieso que entre todas cuantas cosas tengo leídas de Salomón, ninguna ni me cuadró tanto ni aprovechó tanto como una brevísima sentencia que dice: *Somnia extollunt imprudentes.* Porque uno déstos (cual yo soy) con cualquier motivo déstos viene á presumir de sí más de lo que es, y esperar más de lo que será. Pero como quiera que ello sea, V. S. hizo su oficio, y yo haré el mío. Y pues V. S. fué el despertador de la carta, á él envío con ésta la respuesta tan ruda como su autor, que ningún estilo sabe destas cosas. Todavía holgué por lo que toca á los Padres de la Compañía, á quien daré parte della.

Tornando al propósito, el Cardenal me hizo venir á este monasterio de nuestra Orden, que está legua y media de Almerín en esta sierra, de donde hasta agora no he salido para Almerín. Y la causa del llamamiento no fué otra cosa sino declararme la disposición en que el Rey estaba, y lo que después de la ida de V. S. había pasado, para que viese cómo no había habido disposición para monstrar aquel papel al Rey, y así lo notificase á V. S. para que entiendese cómo no había cesado esto por causa suya. Y si en la relación desto descubriere algo de nuestras humanidades, bastarme ha por desculpa saber que hablo con V. S. que es quien es, y en parte nos conoce.

(1) Carta holósgrafa en el Archivo General de Simancas, Estado, legajo 386, folio 94.

Sabrá V. S. que algunas personas desta Corte principales (deben ser del Consejo y otros, porque desto no sé cosa cierta) visto que quedaban fuera de aquel despacho y que ponían allí otros á quien no reconocían ventaja, y más al secretario, han procurado de alterar y indinar al Rey todo cuanto han podido, aprovechándose para esto de la edad del Rey, que oye á todos y no puede entender fácilmente quién habla con pasión, y quién con razón. Y para granjear mejor la benivolencia del Rey, el exordio es más artificioso que lo pudiera hacer Quintiliano. Porque entran con color de procurar la autoridad del Rey, la cual le hacen creer que se la quieren usurpar la Reina y el Cardenal. Y llegó el negocio á términos que viendo que en el despacho metían tres devotos de la Reina y tres del Cardenal, tomaron de aquí motivo para hacerle creer que ambos querían dividir entre sí las mercedes del reino y dejarle á él solo. Y éste he sabido después acá que fué el motivo de los dos más que el Rey quería añadir en el despacho, de que yo di cuenta á V. S.

También se le quejaron de V. S. porque había declarado los que habían de entrar en el despacho, presuponiendo que estando la cosa secreta, se podría alterar aquel negocio, mayormente viniendo en ello la Reina. Y con esto le afearon la restitución del secretario y criaron invidia contra el Cardenal, diciendo que él había sido el autor desto, añadiendo que era grande afrenta de Su Alteza haber venido de otro reino á poner leyes en el suyo. También tuvieron no sé por qué vía alguna sospecha de aquel papel, aunque muy escura, y desto también se aprovechaban para indignar más á un mozo de quince años.

Después desto sucedió que el secretario se vió con el Cardenal, y se quiso justificar y compurgar con él y ofrecerse á servirle. Y de ahí á pocos días estando en consejo y preguntándole el Rey qué tenía de partido el visorey de la India, respondió el Cardenal que le parecía tener ocho mil ducados, aunque no sabía lo cierto, pero que el secretario lo sabría. Destas dos cosas tomó el Rey ocasión para creer que ya el Cardenal estaba de la banda del secretario, y así se le quejó desto, y también de todo lo hecho hasta allí, *et quod gravius est,* desto y de otras conjeturas, y de las muchas hablas que le hacen estas personas que dije, vino á quejarse al Cardenal, diciendo que él y la Reina estaban ya hechos á una contra él, y otras cosas conformes á aquellos años.

Mire V. S. hasta dónde he llegado con él: pero bástame ser V. S. á quien escribo. Estas quejas que tengo dichas, no fueron en un tiempo, sino en diversos.

El Cardenal, cuanto á la reconciliación del secretario, tuvo poco que hacer en satisfacer al Rey, pues tan flacos eran los argumentos contra él. Cuanto á lo hecho y asentado con V. S. respondió que hasta agora no le pesaba por lo hecho, ni nunca le pesará: porque para hacer y dar á la Reina la desconfianza que tenía de que no la querían, era bien empleado meter en el despacho cuantos mozos de cámara ella tuviese. Y que los que lo contrario le decían, no tenían cuenta más que con solo su interese, y no miraban los grandes inconvenientes que se seguían de quedar la Reina apartada de su compañía y con título de agraviada. Y cuanto á lo que decía que se juntaba con la Reina en disfavor suyo, respondió que bien sabía él que siendo de menos edad, cuando no entendía el pro ni contra de las cosas, nunca favoresció el parescer de la Reina en cosa que le paresciese no tener razón, como fué cuando le quitó el confesor, y en otras cosas tales: que cómo teniendo ya él edad para sentir cualquiera cosa, había de hacer lo que nunca hizo cuando no la tenía. Todas estas grescas han pasado entre el Rey y el Cardenal en este Almerín, que son anejas á reyes de quince años. Por donde suplico á nuestro Señor dé á Su Majestad cien años de vida porque no deje tantos estados en poder de pocos años. Pero con todo esto el Rey corre muy bien con el Cardenal, porque el Cardenal le lleva amorosa y comedidamente y con buenas razones, y con los buenos servicios y asistencia que le hace, ya están en buena paz y concordia. Por estas cosas que tengo referidas, dice el Cardenal que en ninguna manera conviene mostrarle el papel, porque no tome de aquí motivo el Rey para dar crédito á estos terceros. Pero que cuanto á los puntos que á él tocan, él los guardará muy enteramente, y así me mandó lo escribiese á V. S.

La Reina vendrá aquí muy presto, y si no fuera por los tiempos, ya fuera venida. El Cardenal hubiera de ir por ella, y por estar malo no va, aunque está ya sin calenturas: pero creo irá el señor Don Duarte y otros. El Rey cada día le envía recaudos y de la caza que mata. El otro día dió él la primera lanzada á un puerco, y luego se lo envió. El Capellán Mayor y los Padres de la Compañía, y sobre todos el Cardenal, están muy bien anima-

dos para la conservación de la paz, y así espero en nuestro Señor que con tan buenos terceros la habrá: aunque no faltan otros *qui odio rerum suarum mutari omnia student.* Y esta diversidad de lenguajes causa un poco de confusión.

Luego me tornara de aquí para Lisboa, pero quiso el Cardenal que estuviese hasta que la Reina viniese, porque el secretario dicen que no querría dejar su oficio: y porque recelan que el Capellán Mayor ó la Reina le podrán favorecer en esto, quiso que estuviese yo aquí para dar testimonio cómo V. S. siempre trató los negocios con este presupuesto, que le diesen satisfación de su oficio. Solo este tranco tenemos agora por pasar. A Don Martín envié la carta de V. S. y la de Su Majestad para que las mostrase al Cardenal, porque sabía cuánto había de holgar con ellas, y para si me mandaba escribir alguna cosa más de lo platicado, y respondióme una que con esta va.

Cuanto al señor Don Lorenzo espero en nuestro Señor que le dará todo lo que V. S. como buen padre le desea, porque el celo que V. S. tiene de la fe y del bien común, merece esto y mucho más. Y aun espero en nuestro Señor que ese mozo ha de llevar á V. S. á mucho mayor perfección de la que sin él tuviera, porque acordándose de aquello de Daniel, *quod Deus cœli habet flatum hominum in manu sua,* no puede V. S. dejar de tener siempre los ojos atentos á un Señor de cuyas manos como de un hilo está colgada una pieza que V. S. tanto ama. Y esa mala disposición no es otra cosa sino un despertador desta memoria. Á la señora Duquesa no puedo dejar de besar las manos de Su Señoría, puesto que no la conozca, porque basta el conoscimiento que de V. S. tengo. Cuya ilustrísima persona y estado nuestro Señor prospere siempre. Deste monesterio de Almerín á 24 de de Enero [1569].

Al embajador no encomiendo á V. S. porque sé cuán á cargo lo lleva. Á la señora Marquesa envío esa carta, porque por ahí me suele Su Señoría escribir por vía de nuestro embajador.

Siervo de V. S. Ilma.=*Fray Luis de Granada.*

VII.

Á un sacerdote (1).

GRATIA *& pax Christi.*=No quiso Gonzalo Fernández irse sin un renglón mío y hacerme caridad en esto, porque como hombre necesitado y agora más ocupado tengo mayor necesidad del socorro de las oraciones de v. m. Digo esto porque entiendo agora en la impresión de nuestros sermones, que es obra de mucha ocupación. Y porque ella se ordena para gloria de nuestro Señor y edificación de las ánimas, V. R. la debe tomar á su cargo, para que el Señor le dé la prosperidad que para esto se requiere.

Gonzalo Fernández me da siempre nuevas de V. R. y del fructo que nuestro Señor hace por sus manos doquiera que está. Débele dar infinitas gracias por haberle tomado para instrumento de su gloria y salvación de las ánimas que Él compró con su sangre. No entiendo que haya en el mundo mayor gloria ni de que más se deba tener envidia que ésa. Porque verdaderamente se puede decir el día de hoy, *messis quidem multa, operarii autem pauci.* Cristo more siempre en su ánima con abundancia de su gracia. De Lisboa á X de Julio, 1573.

Siervo de V. R.=*Fray Luis de Granada.*

VIII.

Carta del Padre Fray Luis de Granada al Cristiano Lector (2).

COMO sea verdad, cristiano lector, que la más alta y más admirable obra de Dios sea la sacratísima Humanidad de nuestro Salvador y las obras que en ella obró, de aquí nasce que el medio más eficaz que hay para levantarnos al conoscimiento de aquella soberana grandeza, es la consideración de los misterios desta sagrada Humanidad: porque por ellos se conosce la inmen-

(1) Carta hológrafa en poder de D. Luis Jiménez de la Llave, de Talavera de la Reina. Es una sola hoja, faltando la segunda, donde sin duda estaría el *sobrescrito.*

(2) Hállase al principio de las *Meditacoens e Homilias do Card'al D. Henrique,* Lisboa, 1574.

sidad de la caridad, de la bondad, de la misericordia, y de la justicia divina, y de la providencia y cuidado paternal que tiene de los hombres, ordenando cosas tan eficaces y tan poderosas para levantar sus corazones al amor de su bondad, al temor de su justicia, á la esperanza de su misericordia y á la imitación de todas las virtudes que en todos los pasos de su vida sanctísima como piedras preciosas resplandecen. Éste es el camino real por do caminaron todos los Sanctos, y en esta consideración empleaban las noches y los días. Éste era el pasto con que sustentaban sus ánimas, éste el convite real de diversos manjares con que las recreaban. Pues como tanta parte de nuestro aprovechamiento consista en este sancto ejercicio, no hace pequeño servicio á nuestro Señor, ni pequeño beneficio á los hombres, quien en esto ayuda á la devoción de los fieles. Y por no carescer yo de alguna parte deste merescimiento, procuré haber licencia del Serenísimo Cardenal Infante nuestro señor, para que el fructo destas sanctas meditaciones y homilías, que Su Alteza para sola su particular devoción escribió, no fuese para él solo, sino que se comunicase á muchos, pues (como los filósofos dicen) tanto es el bien mayor y más divino, cuanto es más comunicado, pareciéndome que no menos devoción y sentimiento causarían en los que devotamente las leyesen, que debrían causar en su mismo autor cuando las compuso: porque están ellas tan llenas de sentencias y doctrinas tan provechosas, van acompañadas con tantos y tan dulces y devotos afectos y sentimientos, son las sentencias tan proprias y tan acomodadas á los misterios que tratan, es el estilo por una parte tan dulce, y por otra tan grave y tan elegante, que quienquiera que las leyere, conoscerá que el estilo es de Príncipe y de pecho Real. Todo esto me movió mucho y me dió cierta esperanza del fructo que se seguiría de comunicarse á los fieles estas meditaciones y homilías. Mas mucho más moverá á todos la circunstancia de la persona del autor: porque ¿qué cosa más para maravillar que ver un príncipe engolfado en un mar de todos los negocios de un reino, así eclesiásticos como seculares, así de guerra como de paz (el cual apenas tiene una hora que sea suya, por dar audiencia á cuantos la piden, así grandes como pequeños) y que con todo esto, entre tantos cuidados y desasosiegos tuviese el corazón tan libre y tan quieto que pudiese sentir y escribir cosas que no pueden sentir ni escribir sino aqué-

llos cuya vida no se emplea en otra cosa que en tratar y comunicar con Dios en soledad? Y donde los otros príncipes cansados de los negocios toman por refrigerio reir y pasar tiempo en cosas sin provecho, aquí se toma por refrigerio en ese poco espacio que queda de los negocios, ocupar el corazón en estas tan católicas y sanctas consideraciones, de las cuales procedió esta escriptura. Y porque á Su Alteza no quedase por cumplir alguna de sus obligaciones, se quiso ocupar en este sancto ejercicio, demás de ser común padre de pobres, columna de la fe, amparo de las religiones, reparador de los templos, favorecedor de todas las buenas letras y estudios, y fundador del Colegio y Universidad de la ciudad de Évora y de otros Colegios de la Compañía de Jesú y de muchos monesterios. Y así tuvo por bien conceder la licencia que se le pidió para publicar esta escriptura, con la cual espero en nuestro Señor que los religiosos y devotos lectores serán grandemente aprovechados y consolados. Lo cual todo se ha dicho, no para gloria de los hombres, sino para alabanza y gloria de aquel soberano Señor, cuyas son todas las mercedes y gracias concedidas á los hombres, pues como dice el apóstol Sanctiago, todas las dádivas buenas y todos los dones perfectos de lo alto vienen y todos descienden de aquel Señor que es padre de las lumbres, el cual vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

IX.

Á Gabriel de Zayas, secretario de Felipe II (1).

†

MUY Rvdo. y muy Ilustre Señor.=*Gratia & pax Christi.*= Por algunas vías tengo entendido el deseo que v. m. tiene de hacerme merced, y el gusto que tiene en leer algunas cosas mías. Esto me dió atrevimiento á escribir ésta, para enviar con ella una de Don Fernán Martínez, su servidor, que como testigo de vista referirá la aprobación de nuestro Libro de la Oración, que fué hecha en el Concilio y confirmada por Pío IV. Digo esto porque un religioso ha levantado agora una tempestad contra este libro y contra otros Padres de otra Orden, sobre la cual hay mu-

(1) Carta hológrafa en mi poder.

cho que decir, y poco ó nada que escribir: pero el Capellán que allá está del Cardenal Infante, dará á v. m. cuenta larga de todo. Y por ella verá v. m. la envidia que nuestro adversario tiene á todo lo bueno, y los espíritus engañados que levanta contra ello. Y porque este Padre habrá ya dado á v. m. cuenta de todo, no alargo ésta más, sino quedo suplicando á nuestro Señor more siempre en el ánima de v. m. con abundancia de su gracia. De Évora á 29 de Mayo [1576].

Siervo de v. m.=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito:

†=Al muy Reverendo y muy Ilustre Señor el Señor Secretario Grabiel de Zayas, en Corte.

X.

Á Gabriel de Zayas, secretario del rey Felipe II (1).

†

Muy Ilustre Señor.=*Gratia & pax Christi.*=Los días pasados el Señor Don Juan de Borja me mostró una de v. m. en la cual mostraba tener deseo de tenerme en cuenta de sus siervos. Yo estimé en mucho esta merced y dende entonces me tuve en esta cuenta. Y agora se ofrece ocasión de mostrar yo esta confianza, pidiendo favor á v. m. para el negocio de que le dará cuenta el licenciado Diego Fernández que lo ha de tratar. Y es el examen y privilegio de un Santoral que envío á esa Corte, repartido en tres cartapazos, de los cuales van agora dos y luego irá el tercero, y mi deseo es se cometan á tres examinadores, á cada uno el suyo, por mayor brevedad. Porque como soy viejo y enfermo, deseo antes que muera ver estas vigilias de muchos años en poder de Matías Gast, con quien trato estas materias y otras por consejo de v. m., de que no me va mal. Al presente me hallo aquí en esta villa de Montemor, donde reside el Señor Don Fernán Martínez muy servidor de v. m. y pareció á su S. que no debía en este negocio faltar carta suya: mas no por falta de confianza en virtud de v. m. mayormente en cosas de servicio de nuestro Señor como ésta es. El cual la muy ilustre persona

(1) El holómgrafo consérvase en Madrid, Biblioteca de la Real Academia de la Historia, depósito de San Román, caja 6.ª núm. 34.

de v. m. prospere siempre. Desta villa de Montemor á 27 de Junio [1577].

Siervo de v. m.=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito:

Al muy Ilustre Señor el Señor Gabriel de Zayas, Secretario del Consejo del Estado de Su Majestad en=Corte.

XI.

Á la Católica Majestad del rey Don Filipe, nuestro Señor (1).

ALGUNAS personas insistieron comigo, Católica Majestad, hiciese imprimir algunas escripturas mías en esta forma mayor (las cuales andaban repartidas en libros pequeños) porque en esta forma se podrían mejor perpetuar en las librerías comunes y defenderse de las injurias del tiempo: lo cual no podiera tan bien ser, andando ellos repartidos en muchos pedazos pequeños, que fácilmente se pierden y desaparecen. Mas para este efecto parece que no habrá otro medio más conveniente que dedicarlos á V. M., porque desta manera con el resplandor y amparo de su Real nombre serán ellos más perpetuos que con esta nueva forma con que agora salen á luz. Y allende desta razón era justo que quien nasció y se crió y estudió en los reinos de Vuestra Majestad y escribió parte desta escriptura en ellos, con ella misma testificase la reverencia y acatamiento que los súbditos naturales por todo derecho deben á su natural rey y señor. Y por cumplir yo en esta parte lo que debo, perdonará V. M. el atrevimiento de haber querido ofrescerle este tan pequeño servicio y tan indigno de su Real grandeza. La cual nuestro Señor conserve y prospere por muy largos tiempos para gloria de su sancto nombre, amparo de su fe, y común salud y defensión de todo el pueblo cristiano. De Lisboa á 19 de Enero de 1579.

Siervo y vasallo menor de V. M.=*Fray Luis de Granada.*

(1) Dedicatoria de la edición que Fray Luis de Granada hizo de sus Obras, Salamanca, 1579.

XII.

Al Cristiano Lector (1).

Parecióme al principio deste libro advertir al cristiano lector que en esta nueva impresión en marca mayor están todos los libros que hasta agora con el favor de nuestro Señor tengo escrito en lengua vulgar, que son cuatro, es á saber, Guía de Pecadores, Libro de Oración y Meditación, Memorial de la Vida Cristiana y Adiciones deste Memorial. Y puesto caso que en tiempos pasados escribí otros tratados más pequeños, pero todo lo que en ellos había de provecho, puse en éstos. He dicho esto, parte porque sepa quien este libro tuviere, que en él tiene todo lo que tengo hasta esta era de mil y quinientos y setenta y nueve escripto, y parte porque no juzgue por mío todo lo que fuera destos cuatro libros hallare (porque muchos toman algunos pedazos dellos, y júntanlos con otras escripturas, y publícanlo todo en los títulos del libro por cosa mía) y parte también, porque los que quisieren trasladar estos libros en alguna otra lengua, entiendan que el original más fiel y más correcto es éste que agora sale á luz en esta impresión de Salamanca de 1579. Verdad es que pocos días ha recopilé en breve el Libro de la Oración: el cual no va aquí, lo uno porque es parte deste libro tomado palabra por palabra dél, y lo otro, por ser libro pequeño, que se puede traer en el seno, y es más proprio para rezar ó meditar por él, que para andar en esta forma grande. Más libros que éstos no oso prometer para adelante, aunque no faltaba en qué poder servir á la piedad cristiana: pero la edad, aunque no me quita este deseo, no parece que podrá dar espacio para otra cosa, si el común Señor (cuya gloria todos deseamos) no alargare los plazos de la vida y venciere el temor de nuestra natural desconfianza. Vale.

(1) Advertencia puesta por Fray Luis de Granada en la edición de sus Obras, Salamanca, 1579.

XIII.

Al rey Felipe II (1).

Católica Majestad.=Ya que tomé atrevimiento para ofrecer á V. M. este tan pobre presente, también lo tomaré para ofrecerle con él mis pobres oraciones, aunque éste no es oficio nuevo, porque muchos años ha que lo hago, aunque pobre y indigno sacerdote, puesto que more en otros reinos, los cuales esperamos que presto sean de V. M. para que así como la fe con su favor se ha dilatado por las partes de Occidente, así se dilate por las de Oriente, y así lo que el demonio ha ganado en la desventurada Alemania, lo pierda en estos nuevos mundos que él hasta agora ha poseído. Y no es de maravillar que todos hagan este mismo oficio. Porque quien considerare que Dios escogió á V. M. en estos tiempos tan calamitosos para que fuese defensor de la República cristiana, columna de la fe, muro contra herejes y paganos, vara derecha de justicia, reformador de las Religiones y ejemplo de virtudes, no tenga este cuidado de pedir á nuestro Señor conserve esta candela que Él nos ha dado, por muchos años. Y si nuestro Señor de pocos días á esta parte ha llevado á su reino algunas personas muy conjuntas á V. M., sepa que éste ha sido aviso de padre, para que demás de la luz que Él le ha dado, conociese por experiencia que todo ese poder tan grande está en las manos de Aquél que tiene las llaves de la muerte y de la vida, sin la cual todo el poder humano es nada, y porque aquí entenderá V. M. á quién ha de recurrir en todos sus negocios, y en quién ha de poner toda su confianza, acordándose del psalmo que dice: *Hi in curribus et hi in equis, nos autem in nomine Dei nostri invocabimus*, y lo que dice el Sabio: *Equus paratur ad diem belli, Dominus autem salutem tribuit.* Admirable historia es la batalla de las once tribus contra solo el tribu de Benjamín, que fué de cuatrocientos mil hombres de pelea contra veinte y cinco mil, y siendo tantos aquéllos, y teniendo causa justísima, y habiendo primero consultado á Dios y señaládoles Él mismo capitán, fueron estos muchos dos veces vencidos de aquellos pocos, no por más de por ir confiados en la grandeza de su

(1) Consérvase el autógrafo en el Archivo General de Simancas, Estado, legajo 419, fol. 23.

poder: tanto desagrada á Dios esta confianza en sus propias fuerzas, cuyo castigo suele ser que vean por experiencia que en solo Dios se ha de poner la confianza, como lo conocieron éstos, y con este conocimiento volvieron á la batalla y salieron vencedores, destruyendo y aniquilando todo el poder de los contrarios. Historia es ésta digna de que V. M. la lea, y si alguna vez tomare V. M. este mi libro en las manos, será gran merced para mí, pero mayor será leer V. M. los libros sagrados de los Reyes y el Paralipómenon, y ahí verá cómo todos los reyes que fueron grandes honradores de Dios, gozaron de grandes prosperidades y victorias, y todos los que no lo fueron, padecieron grandes calamidades. Y perdone V. M. este postrer atrevimiento, que es de vasallo que mucho le ama y desea servir, cuya Real y Católica Majestad prospere nuestro Señor y favorezca el cielo. De Almerín á 30 de Enero [1580].

Siervo y vasallo menor de V. C. M.=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito:

Á la Católica Majestad del rey Don Felipe nuestro señor.

De Fray Luis de Granada, para con el libro que han de enviar de Salamanca.

XIV.

Á Gabriel de Zayas, secretario de Felipe II (1).

†

ILUSTRE Señor.=*Gratia & pax Christi.*=Una de v. m. recibí del primero de noviembre, en la cual vi la verdadera caridad que v. m. tiene para comigo, pues me avisa tan comedidamente de lo que me conviene, como quien desea verme acreditado con Su Majestad y no culpado. Por esta caridad le dará nuestro Señor, aquél que es la misma caridad, el debido premio. Y fuera para mí gran consolación hallarse v. m. en esta tierra para saber enteramente lo que pasaba: porque nunca nuestro Señor permitirá que yo haga contradición á cosa de virtud, mayormente entreviniendo aquí la autoridad de Su Majestad. Yo escribo sobre esto á Su Majestad, y el descargo escribo al P. Confesor, y las

(1) Carta hológrafa en el Archivo General de Simancas, Estado, leg. 163.

cartas van abiertas, para que si Su Majestad las quisiere leer, lo pueda hacer. Y del P. Confesor puede v. m. haber las cartas, y por ellas verá la culpa ó desculpa que tengo.

Otra carta escribí á v. m. en que iba una descripción de las cosas de Lisboa hecha por un hombre resoluto en esta materia. No sé si v. m. la recibió, porque aquí no hace mención della. También los días pasados le envié una carta del P. Confesor de nuestro sancto Rey, que trataba de su dichoso acabamiento, y nunca supe de v. m. si la había recibido. Era escritura de mucha edificación, y por tal la envié á v. m. Cuya ilustre persona nuestro Señor prospere siempre. De Lisboa á XV de noviembre [1580].

Siervo de v. m.=*Fray Luis de Granada.*

Aquí va una para el P. F. Hernando del Castillo. Suplico á v. m. la mande encaminar.

Sobrescrito:

Al ilustre Señor el Señor Grabiel de Zayas, secretario de Su Majestad en=Corte.

XV.

Á Gabriel de Zayas, secretario de Felipe II (1).

Ilustre Señor.=*Gratia & pax Christi.*=Aunque S. M. tendrá entera noticia de todo lo que ha pasado en esta tierra, parecióme que le debía dar información de alguna parte dello por el modo que yo por mi teología lo he concebido: y no sé cómo mejor pueda declarar esto que por la historia de lo que acaesció al rey Acab con el profeta Miqueas, porque preguntándole este rey de parte de Dios si iría á pelear contra el rey de Siria, entre otras cosas que sobre esto pasaron, finalmente vino á declararle el Profeta y decirle: Vi á Dios asentado en un trono muy alto, y todo el ejército del cielo que asistía delante dél: y preguntando Dios qué medio habría para engañar al rey Acab para que fuese á pelear contra el rey de Siria y muriese en la batalla, y respondiendo unos de una manera y otros de otra, salió en medio el espíritu malo y dijo: Yo acabaré eso, porque seré el espíritu de mentira en todos los profetas de Baal, los cuales le

(1) Carta autógrafa en el Archivo General de Simancas, Estado, legajo 419, folio 22.

asegurarán la victoria, y así irá y morirá. Respondió Dios: Tú le engañarás, y prevalecerás. Así lo prometió el demonio, y así se cumplió. Pues trayendo lo dicho á comparación de nuestro propósito, parece que desta manera Dios, por sus altos juicios, preguntó quién irá y engañará á Don Antonio, que apostató del orden sacro como otro Juliano, y tomó hábito de capa y espada, para que tome las armas y usurpe el reino que no le pertenesce, y se pierda él y todos cuantos le ayudaren. Á lo cual parece que se ofreció otro semejante espíritu de falsedad como aquél, el cual dijo: Yo iré, y seré espíritu de mentira en muy gran parte de los teólogos y predicadores deste reino, para que no vean que Don Antonio tiraniza el reino, para el cual ningún derecho tiene, y con ser esto cosa tan manifiesta. Y un maestro de teología muy docto y que más de diez años la había leído, predicó en la iglesia de Betlén, en presencia del ejército de Don Antonio, que presente estaba, que so pena de pecado mortal estaban todos obligados á tomar las armas por él, alegando para ello que si estaban obligados los hijos á volver por sus padres, mucho más lo estaban á volver por su patria, con otras razones á este propósito, y á este mismo tono predicaban todos los otros predicadores, engañados con este espíritu de mentira, añadiendo que pelear contra castellanos era pelear contra luteranos. Y cuanto al precepto que puso el Nuncio de no hablar los religiosos en esta materia de la sucesión pro ni contra, dijo otro maestro en teología, catedrático de la Escritura de Coimbra, que este precepto no obligaba, porque era contra el derecho natural que los hombres tienen de defender su patria, y todos se apegaban á esto. Y habiendo puesto este mismo precepto el P. Bobadilla, apelaron dél con un notario, cosa nunca vista en la Orden. Por lo cual este Padre dijo al Vicario general que entonces era, que no publicase este precepto del Nuncio, porque no habían de hacer caso dél y era poner nuevos lazos á las ánimas sin fructo alguno.

Pasó más adelante este espíritu de falsedad, y persuadió á los hombres que podían tener odio formado á los castellanos, por lo cual un virtuoso Padre de San Agustín, vista esta ceguedad, predicó en la iglesia mayor que entendiesen que los castellanos también eran prójimos como los otros hombres, etc. por lo cual se alborotó toda la iglesia contra él, y abajando del púlpito, la justicia lo llevó preso á aquel mal Obispo de la Guarda, y él lo en-

vió preso con un corregidor á otro monesterio fuera de su Orden. Y conforme á esta doctrina los confesores enviaban los penitentes á comulgar, no haciendo caso deste odio: y lo que no menos declara el poder deste enemigo, es que los confesores de todas las Órdenes que iban á confesar los soldados del campo de Don Antonio, los absolvían, sin tener ojos para ver que todos estaban en pecado mortal, pues iban á pelear en guerra notoriamente injusta: y este mismo espíritu hizo creer y afirmar á muchos letrados que los sacerdotes que pelearon y mataron en esta guerra, no quedaron irregulares. Y este furor y odio vino á términos que si algún hombre cuerdo, al tiempo que ellos blasfemaban de los castellanos, callaba su boca y no les ayudaba á ello, por el mismo caso lo tenían por castellano y por traidor. Y al Vicario general, porque no había escrito ni venido á besarle la mano y ofrecerse á él, tenían en la misma cuenta, y de cualquier paja tomaban ocasión para esto, tanto, que por ser yo amigo del Prior de la Batalla, le tenían por castellano, y ser castellano era ser traidor á su patria: y en los púlpitos se predicaba que todos los que en aquel tiempo estaban fuera de Lisboa en sus quintas, eran traidores. Finalmente cresció tanto la diligencia ó ambición de Don Antonio, que envió un religioso, por nombre Fray Lorenzo Lobato, acompañado con cuatro criados, para que predicase por todas partes del reino que aun estaban por él, que tomasen las armas en su favor, predicando grandes cosas de su poder y llevando una provisión que en cualquier día que llegase á un pueblo, se juntasen todos, para que predicase lo que está dicho.

Bien pudiera yo alegar aquí la excusa del Vicario general pasado en no haber acudido á Lisboa á enfrenar las lenguas y manos de sus religiosos, porque si esto intentara, ellos dijeran que era castellano y traidor á su patria y desfavorescía la causa de Don Antonio, y ninguna dubda hay sino lo menos que hicieran él y su Obispo, fuera meterle en hierros: mas mi intención no fué querer en esta carta desculpar este Padre, aunque es él muy virtuoso, sino dar cuenta á S. M. de la orden y del espíritu con que este negocio proscedió. Y nuestro Señor la ilustre persona de vuestra merced prospere en su servicio. De Lisboa á 23 de Noviembre [1580]. Y perdone la mano ajena por la falta de la vista.

Siervo de v. m.=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito: Al ilustre Señor el Señor Secretario Zayas.

XVI.

Al rey Felipe II (1).

Sacra, Católica y Real Majestad.=Con la reverencia debida á la Católica Majestad responderé á la que me fué dada, declarando primero en suma todo lo que ha pasado. Su Santidad envió aquí un *motu proprio,* en el cual venían tres censuras, una para mí, que dentro de un día aceptase la vicaría desta provincia, y otra para que los religiosos me obedeciesen, y otra para que convocados los frailes á Capítulo se eligiese provincial dentro de un mes. Yo no pude dejar de aceptar el dicho cargo por la censura que entrevenía, y quisiera luego presentarme á V. M. y ver lo que mandaba. No lo hice por las indisposiciones que tengo para caminar, de que luego diré, y también por estar esta tierra impedida con la peste, y no la quisiera llevar comigo á V. M., mas envié luego al Padre Prior de Évora (2), que es la más grave persona que tenemos en esta provincia, para que hiciese este oficio por mí, del cual hasta agora no ha habido respuesta, y dícenme que no le dejaron entrar en esa ciudad. También escribí al Padre Confesor dándole cuenta de la pobreza de personas que hay en esta provincia, porque el Provincial de ella se quedó en Roma, y de cuatro meses á esta parte son fallecidos cuatro Padres que pudieran ser provinciales, declarándole fielmente el paño que nos quedaba, para que V. M. viese lo que mandaba, ó nos proveyese de provincial y personas de la provincia de Castilla, como ya se hizo en tiempo del rey Don Juan III.

Esto es en suma lo que pasa. Lo que está hecho es que yo luego envié patentes por toda la provincia convocando los electores á Capítulo dentro del mes señalado, y otra patente que todos los infamados en este crimen de las guerras se presentasen en Capítulo so pena de expulsión de la provincia, para que allí fuesen sus culpas oídas y sentenciadas, si no estuviesen ya sentenciados: para lo cual visité este monesterio de Santo Domingo de Lisboa, mandando debajo de precepto formal me denunciasen las culpas de los que estaban infamados y no penitenciados,

(1) Carta holögrafa en el Archivo General de Simancas, Estado, leg. 163.

(2) Al margen, de letra de Zayas: *Correa.*

para que yo las presentase en Capítulo y allí fuesen examinadas y sentenciadas, y así lo hice, oyéndolos á todos y tomando sus deposiciones firmadas de sus nombres. Verdad es que antes del Capítulo determinaré á sentenciar á cuatro delincuentes, por ser públicos y notorios y no tener necesidad de ser examinados, y ser los que más daño hicieron en este negocio por su autoridad y letras, y porque no nos pervirtiesen la elección de provincial, como siempre lo hacían en las elecciones pasadas. La cual sentencia envío aquí, si V. M. la quisiere ver: y antes de la promulgación della, fuí á mostrarla al Duque este domingo pasado 29 de Enero, y acabándosela de leer, me entregó una de V. M. en que me mandaba ir á esa ciudad y cesar del oficio de vicario y declarar para cuándo podría ser allá. Á esto respondo que luego lo haré de muy pronta voluntad, mas no podrá ser tan presto como yo quisiera, porque paso de setenta años y tengo una flaqueza, inflamación en las caderas del continuo uso de predicar, que no puedo andar en un día más que tres ó cuatro leguas, y esto mudando caballerías y apeándome muchas veces y descansando, y aun estos días han de ser interpolados. Con esto se junta que de un ojo no veo nada, y del otro cuasi nada, por lo cual una vez caí en la mar y otra en la tierra, y ambas con manifiesto peligro de muerte. Las cuales indisposiciones alegué pocos días ha al legado Riario debajo del juramento, para que me excusase del oficio de provincial que me encargaba, y por esto me excusó.

Estando pues yo para partir, fuí luego lunes 30 de Enero á confesar al Duque, que había de comulgar la fiesta de Nuestra Señora, y á despedirme dél para partirme otro día, y él sabidas estas mis indisposiciones y visto el tiempo que era, me mandó que sobreestuviese en la partida y le enviase el *motu proprio* original. Luego se lo envié, y espero segundo recaudo del Duque, y rompí la carta que tenía escrita á V. M. en respuesta de la suya, en que refería lo que en esta, por causa de esta nueva adición que aquí escribo, que no iba en la otra.

Lo que me aliviaba el trabajo desta jornada era ir á besar la mano á V. M. por haberme hecho Dios dos veces su vasallo, y cumplido lo que tanto le suplicaba para amparo de la cristiandad y dilatación de la fe por las partes de Oriente, así como se ha dilatado en las de Occidente, y yo había de ser el primero de

todos: mas por los impedimentos ya dichos y por las pestes lo dejé, esperando aquí por la buena venida de V. M.

También convenía esto para declarar á V. M. el camino por donde creo que esto vino, porque de saberlo resultará tener V. M. menos queja ó ninguna de Su Santidad, que es lo que todo cristiano debe pensar. Habrá menos de un mes que falleció Fr. Francisco Forero, que fué secretario del Concilio, y de ahí fué á Roma, donde estuvo muchos meses, y por la eminencia de sus letras y facultad de lenguas estuvo en mucha gracia del Papa y de los Cardenales. Éste era íntimo amigo del Vicario absuelto por el Legado, y sabemos cierto que él escribió luego á Roma, y venía tan alabado en el *motu proprio* este Padre Vicario, es propio lenguaje suyo y parece claro ser ladrón de casa quien informó á Su Santidad de las partes que este Padre absuelto tenía, y de las que yo tenía para este cargo, y de las que faltaban al Padre Vicario instituído por el Legado, por carecer de todo género de letras, de modo que no sabe leer expeditamente latín, como se puede fácilmente ver. Así que por esto consta haber sido ladrón de casa quien esto escribió, y no otro que aquel Padre, por lo susodicho, el cual escribiría á algún cardenal amigo suyo y éste daría á Su Santidad la información que el Padre le daría, y esto contesta con la carta que Fray Antonio de Sosa, procurador de la Orden en Roma, me escribió, la cual yo enviaba con el Prior de Évora á V. M., porque en ella decía que el Papa mandó llamar á nuestro General y le preguntó si tenía algunas nuevas desta provincia, y él respondió que ningunas, y que llamó también al dicho Procurador de la Orden, y que respondió lo mismo. Siendo esto así, paréceme que Su Santidad proveyendo á la quietud de esta provincia que tanto tiempo estaba sin propio pastor, ordenó lo susodicho, creyendo que en lo hecho se entremetería su Legado por su propia voluntad, como lo hace en otras cosas, porque nunca nuestro Señor querrá que haya en su iglesia pontífice que haga cosa contra quien vida, hacienda, honra y todos sus estados pone por defensa della.

También me quiero atrever como antiguo en este reino y tan deseoso del servicio de V. M. á declararle sumariamente los humores deste reino, pues sabe que cada nación tiene los suyos propios. Y usando de las palabras de San Jerónimo, yo que ha tantos años que navego por este mar, denuncio al que comienza á

navegar por él los bajos que en él hay, que son los humores propios ó vicios de esta nación. Y aunque V. M. por la grande experiencia de negocios y prudencia que nuestro Señor le ha dado, los habrá olido en estos pocos días que la ha tratado, todavía me atreveré yo á fiarlos de los oídos de V. M. Estos humores son invidia, maledicencia, poco secreto, menos verdad, mucha credulidad, fáciles en decir y más fáciles en creer, de donde nace el propio humor de la tierra, que son mixericos (1), granjeando amistades, criando enemistades, vendiéndoseos por amigo á costa de hacer otro enemigo, que es el séptimo vicio que según Salomón Dios abomina. Perdóneme V. M. este atrevimiento, porque el verdadero amor es desvergonzado y atrevido. Cuya Sacra, Católica y Real Majestad con todos sus estados nuestro Señor nos guarde por muy largos tiempos. De Lisboa, 31 de Enero [1581].

Menor siervo y vasallo de V. M.=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito:

Á la Sacra, Católica y Real Majestad del Rey nuestro señor.

XVII.

Al rey Felipe II (2).

SACRA, Católica y Real Majestad.=Dos cartas tengo recibidas de V. M., y ambas fueron para mí gran merced y materia de mucha consolación: porque en la primera me libraba V. M. de una gran carga que sobre mí tenía de penitenciar á los delincuentes, que es cosa que nadie querría ver por su casa: y en la segunda me libró de otra angustia que grandemente me afligía, que era ver la razón que V. M. tenía para quejarse de Su Sanctidad, y lastimábame ver materia de querella entre las dos columnas del mundo. De la cual pena quedo agora libre.

También quiero decir á V. M. lo que supe tres días ha. Vino á esta celda un Padre de la Compañía, italiano, que está al presente aquí, á quien por parte del rey Don Anrique, que es en gloria, fué cometido escribir en latín la historia del descubri-

(1) No *nuxericos,* como se lee en la *Col. de Doc. inéd. para la Historia de España,* tomo XXXV, pág. 186.

(2) Carta autógrafa en el Archivo General de Simancas, Estado, leg. 425.

miento de la India Oriental dende su primer principio, junto con el proceso y dilatación de la fe della. Este Padre me leyó cuatro ó cinco hojas de su historia, por las cuales entiendo ser uno de los más elocuentes hombres que hay en su Orden, donde hay muchos eminentes en esta facultad. Este linaje de hombres tienen grande conoscimiento de los autores por sus estilos, como los otros hombres conoscen por los rostros á los otros hombres. Éste pues me dijo que había leído este *motu proprio* de Su Santidad, y que no le parecía ser el estilo del Gloriero. Yo tengo de deponer este mi dicho al Inquisidor, y él será llamado y declarará las causas por donde le parece no concordar el estilo desta bula con el del sobredicho abreviador: y este estilo comprende no una sola, sino muchas cosas que él declarará, lo cual servirá para más claro conoscimiento de la falsedad. Yo por entonces no hice mucho caso desto, porque no me pasaba por la imaginación tan grande maldad: mas agora, con lo que se ha descubierto, entiendo ser cosa que servirá mucho para el propósito. Y nuestro Señor la Sacra, Católica y Real persona y estados de V. M. prospere siempre con favores del cielo. De Lisboa á 9 de Febrero [1581].

Siervo y menor vasallo y orador de V. M. que sus pies besa.=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito: Á la S. C. R. Majestad del Rey nuestro señor.

XVIII.

Al rey Felipe II (1).

SACRA, Católica y Real Majestad.=Con dos cartas respondí á una que agora recibí de V. M., en una de las cuales le daba cuenta cómo luego á la hora hice lo que V. M. me mandaba, las cuales ó habrán ya ido por vía del Duque, ó no tardarán. Agora escribo para hacer saber á V. M. cómo el inquisidor que conoce desta causa, insiste en ver la carta que Fr. Antonio de Sousa me escribió con el *motu proprio,* para cotejar la letra della con las otras dos que yo tengo suyas, las cuales con ésta envío á V. M. para el mismo efecto y experiencia. Esta carta original envié yo al Prior de Evora para que la fuese á mostrar á V. M. y le diese cuenta de lo acontecido, pues yo no estaba en disposi-

(1) Carta hológrafa en el Archivo General de Simancas, Estado, leg. 163.

ción de tomar este camino: mas con andar tres días buscando entra da en Elvas, no la halló, y él debe tener guardada esta carta. Dice pues el Inquisidor que parezca esta carta y que se coteje la letra della con la destas dos que yo envío, y que si desdijere la letra, es argumento claro que es la carta falsada, con todo lo demás: mas que si ninguna diferencia hubiere en la letra, dice que el mal recaudo, si lo es, vino de Roma. Mande pues V. M. pedir esta mi carta al Padre que ahí mandó traer preso el Legado, y puede hacer este mismo examen de letra con letra para tener más clara noticia del caso. Y porque el Inquisidor dice que ésta es la llave del negocio, mande V. M. que así esta carta como estas mías vengan á sus manos, porque él insiste mucho en esto.

Cuanto toca á las cualidades del Padre que está preso, pongo á nuestro Señor por testigo que es uno de los graves y religiosos Padres de esta provincia, y que demás de las otras virtudes vive con mucho temor de Dios, y es tan ajeno de ambición, que en la elección pasada de provincial, estando en iguales votos con Fray Antonio de Sousa, casó su voz, y con esto salió Fray Antonio provincial, y agora cuando el Legado le absolvió, replicando nosotros, él luego á la hora sin réplica obedeció. Y si V. M. quiere más noticia dél ahí están Francisco de Saa y Paulo Alfonso que la darán, porque lo conocen muy bien.

Y si V. M. fuere servido que yo le escriba por extenso de la manera que yo imagino haber procedido en este negocio, hacerlo he, porque hay en él cosas que no pueden saber sino los ladrones de casa. Porque nosotros conocemos á Fray Jerónimo y á Fray Antonio de la Cerda y á Fray Vicente, porque conversamos con ellos toda la vida, y el conocimiento de las personas da mucha luz á los negocios que corren por sus manos. Mas porque esto toca en declarar faltas ajenas, no querría yo tratar estas materias sino compelido por necesidad y obediencia. Y nuestro Señor guarde la S. C. y R. persona y estados de V. M. prospere siempre con favores del cielo. De Lisboa á 14 de Febrero [1581].

Siervo y vasallo menor de V. M. que sus pies besa.—*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito:

Á la Sacra, Católica y Real Majestad del Rey nuestro Señor.

XIX.

Á Gabriel de Zayas, secretario de Felipe II (1).

MUY Iltre. Señor=*Gratia et pax Christi.*=Suplico á v. m. me perdone la mano ajena por la mala disposición de un ojo: y por la obligación que tengo á dar á v. m. cuenta de mí, escribo ésta para compurgarme de algunas culpas, de que v. m. me hace cargo. El Duque me dijo que v. m. sospechaba de mí, por ocasión de una carta que escribí á Su Majestad, que dubdaba el derecho de Su Majestad á este reino. Nunca esto me pasó por pensamiento, porque sin ser jurista veo la razón clara de este derecho: porque si la señora Doña Catalina dice que es hija de varón, y Su Majestad de mujer, ella también es mujer, y cuanto á esto ambos son iguales, y Su Majestad excede en ser varón con otras cualidades importantísimas para el bien común deste reino. Mas la razón que tuve para escribir á Su Majestad que se declarase su derecho á los procuradores del reino para que ellos lo declarasen á sus pueblos, es ver el común de la gente asirse á mil ramillas para dubdar deste derecho, y esto es cosa muy general. Y de aquí nasce otro escrúpulo, que los que compraron algunas piezas del saco desta ciudad, preguntan á los confesores si las pudieron comprar, y ellos comúnmente responden que la justicia del saco pende de la justicia de la guerra, y ésta del derecho de Su Majestad, donde ellos, ó por su malicia, ó por ignorancia, ó por pasión, vienen á tropezar, asiéndose á algunas razoncillas, que su ruin voluntad les enseña, *juxta illud: Peccator homo vitabit correptionem, et secundum voluntatem suam inveniet comparationem:* y para remedio de estos inconvenientes deseaba yo alguna pública declaración de esta verdad, que viniese á noticia de todos. Esto me movió á lo que escribí.

También el Duque me dijo que v. m. se maravillaba de cómo yo no entendí que aquel Breve era falso, y creo que el Duque respondió por mí á v. m. diciendo que muchos letrados, tratando el negocio algunos días, tampoco lo entendieron, hasta que fueron avisados de los italianos. Yo me maravillo de ver cuán mal tiene v. m. conocido mi espíritu, viéndole expresado en

(1) Carta autógrafa en el Archivo General de Simancas, Estado, leg. 163.

tantas escrituras. Bien sabe v. m. cuán fácil cosa es ser engañado de otros quien no usa ni sabe engañar. Yo certifico á v. m. que aunque el Breve estuviera mil años en mi mano, nunca me pasara por pensamiento ser posible que religioso falsase letras apostólicas, y en caso de Cena, y más en materia de jurisdicción espiritual, y que con esto dijese cada día misa. Yo nunca estuve en Roma, ni traté nunca materia de breves, ni sé de esta facultad más que una piedra. Y en el punto que rescibí el Breve, envié luego al Prior de Évora con él y con la carta de Fray Antonio de Sousa, para que todo lo presentase á Su Majestad, resignándome totalmente en sus manos, para no salir un punto de lo que él mandáse, como después lo hice en todo. Pero madrugaron tanto los devotos del Padre de la Cerda, que enviaron dos mensajeros, un secular y un fraile, que fugó del convento para esto, que llegaron primero y los dejaron entrar en Elves, y luego tomaren las puertas y no dejaron entrar al dicho Padre que yo enviaba, aunque anduvo tres días en la recuesta, y por esta ocasión me hacen cargo de haber comenzado á ejecutar el Breve sin haber dado cuenta á Su Majestad, siendo ellos los que me cerraron la puerta para que no la diese, y siendo el plazo tan corto de un mes para convocar á Capítulo. De todo esto me pareció darle cuenta, puesto caso que me certifican estar yo muy desacreditado con Su Majestad y con v. m. Por todo sea nuestro Señor bendito, porque después de haber perdido la Reina y el Rey Don Enrique, no quedándome ya más que la gracia sola de Su Majestad para acudir con ella al remedio de esta triste provincia, que está más perdida que nunca, también ésta he perdido. Mas *Dominus pars hæreditatis meæ et calicis mei*, y Éste me basta, porque uno de los sus nombres hebreos de Dios es *Sadai,* que quiere decir, *qui sufficit.* Mas lo que siento es que el castigo desta provincia es semejante al que dijo Dios por Hieremías: *Plaga inimici percussit te castigatione crudeli, pervenit enim gladius usque ad animam.* Cuatro Padres insignes de esta provincia nos llevó la peste, y otros cuatro tales absolvió de priores el Padre Vicario. Agora veremos quién queda para ser provincial. Sea Dios bendito en todos sus juicios, y Él more siempre en el corazón de v. m. con abundancia de su gracia.

Á cuya Majestad plega que á la hora de mi muerte me halle yo tan inocente en su juicio cuanto lo está el Padre Fray Jeró-

nimo Correa del crimen por que está preso, porque no temería más su juicio que lo temió Santo Domingo nuestro padre. Y si tomaren juramento á cuantos religiosos hay en esta provincia, dirán lo mismo, por saber con cuánta religión y temor de Dios este Padre ha conversado toda su vida. De Lisboa á 21 de marzo [1581].

Y porque está escrito: *Erue eos qui ducuntur ad mortem*, yo que comencé á hablar de Fray Jerónimo Correa, también diré esto. Hácenle cargo de que no publicó el precepto del Nuncio, que era de no hablar pro ni contra en el negocio de la subcesión. En este tiempo había dogmatizado Sotomayor, catedrático de Escritura en Coimbra, que este precepto no obligaba, porque era contra *jus naturale defendendi patriam*, y otro famoso teólogo, que había leído teología quince años, pasó tan adelante que predicó públicamente en Betlem al ejército de Don Antonio que *tenebantur sub peccato mortali pugnare pro defensione patriæ*. Pues creyendo esto todos los religiosos, ¿qué fruto se seguía de publicar aquel precepto, sino cargar lazos sobre lazos á las ánimas? Iten hácenle cargo que no acudió á Lisboa á enfrenar los predicadores que predicaban en favor de Don Antonio. Si Don Antonio enviaba predicadores por el reino con provisiones reales para que predicasen en su favor, uno de los cuales predicó en Leiría, estando ahí el obispo Piñeiro, ¿qué hiciera si viniera este Padre á Lisboa á enfrenar los predicadores en las barbas de Don Antonio? *Noli resistere contra faciem potentis, nec coneris contra ictum fluvii. Eccli 4.* Ahí tiene Su Majestad á este señor obispo y á Paulo Alfonso y á Francisco de Saa. Mande informarse déstos, y entenderá cuánto repugna la vida de este Padre á tan horrible crimen como le imponen, el cual está tan lejos de toda ambición, que teniendo iguales votos con el que salió provincial, que eran diez y ocho y diez y ocho, casó su voto, porque el otro saliese por provincial y excusar á sí de serlo. ¿Dónde está aquí la ambición?

Perdóneme v. m. tan prolija carta, porque quizá será ésta la postrera, pues tantas le he escrito y á ninguna me ha respondido.

Siervo de v. m.=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito:

Al muy ilustre señor el señor secretario Zayas.

XX.

Al Lector (1).

UNA de las condiciones que tiene la naturaleza humana, cristiano lector, es que no luego cae perfectamente en las cosas, sino (como dicen los filósofos) procede de imperfecto á perfecto. Y así me ha acaescido con este libro, que volviéndolo á pasar de nuevo, y mirándolo no con ojos proprios sino ajenos, hallé algunas cosas que sobraban y otras que faltaban, y en las unas y en las otras hice lo que nuestro Señor me dió á entender. Y no contento con esto, puse algunas notas y vírgulas por las márgenes, para que por ellas entendiesen las personas simples y ignorantes en qué habían de parar, y de qué cosas habían de hacer más caso para su aprovechamiento y doctrina. Porque no es de todos los ingenios saber escoger las cosas y dar á cada una su precio. Y por ser esta edición la más emendada, á ésta remito todas las otras, y ésta pido á los impresores sea tenida por el original. Vale.

XXI.

Al P. Pedro de Ribadeneira (2).

†

MUY Rvdo. Padre.=*Gratia & pax Christi, etc.*=Muy gran caridad y consolación fué para mí recibir carta de quien ha cuarenta y un años que está en la Compañía, por do parece ser tan antiguo como lo es ella, y así tendrá dos coronas ante nuestro Señor, una de su propria persona y otra de haber ayudado á fundar una Orden que *expandit palmites suos usque ad mare, et usque ad flumen propagines ejus.* Huelgo mucho que ponga V. R. en lengua común la Vida de su Padre, y ha días que deseaba yo esto, para que se conociese la traza y orden de las obras de Dios,

(1) Advertencia puesta al frente del *Libro de la Oración* impreso en Salamanca, 1556, la cual dejó de colocarse en el lugar que cronológicamente le correspondía.

(2) Consérvase el autógrafo en el Archivo de la Compañía de Jesús.

la cual se vió en la fundación de la Iglesia cristiana, y agora se ha visto en la de la Compañía, la cual con tan humildes principios y tantas contradicciones llegó en tan poco tiempo á la cumbre en que agora la ha puesto Dios: y esta tan grande prosperidad y multiplicación de casas y de colegios, aun en tierras de herejes, manifiestamente declaran ser Dios el autor y factor de la Compañía, porque desta manera crecen las cosas en que Él pone su mano.

Cuanto á lo que V. R. pregunta, yo no sé más de lo que V. R. puede haber leído en la Historia de San Antonino y en la Vida de Nuestro Padre, que escribe Surio en las vidas del mes de Agosto. Porque en ambos lugares se escribe que impetrada la confirmación de su Orden envió sus compañeros á predicar por diversas partes, y entonces no podía haber coro, mas teniendo conventos y número de religiosos, luego tenían coro.

Cuanto á Francisco Filipe, él ha que me ayuda aquí á escrebir cuatro ó cinco meses ha: paréceme que es su intento entrar en la Compañía ó asentar con algún hombre principal. Placerá á nuestro Señor que Él se lo dé, pues lo merece por sus buenas costumbres, y le cumpla su buen deseo. Y no se ofreciendo más, nuestro Señor la muy reverenda persona de V. R. guarde y le dé su santo temor y amor. De Lisboa 22 de Julio [1581].

Siervo de V. R.=*Fray Luis de Granada.*

Perdone V. R. á un medio ciego la mano ajena.

Sobrescrito:

† Al muy Reverendo Padre el P. Maestro Pedro de Ribadeneira, de la Compañía de Jesús, etc. Toledo.

XXII.

Á San Carlos Borromeo (1).

RMO. y Ilmo. Señor.=*Impetrata paterna benedictione.*=Cuando vino á mis manos el *Stimulus Pastorum* que V. S. Reverendísima enviaba á su autor *(Fr. Bartolomé de los Mártires)* sin que él supiese nada, lo hice impremir en esta ciudad. Mas

(1) Copia en la Bibl. Ambrosiana de Milán, F. 67 inf. fol. 273, y en Roma, Archivo de los PP. Barnabitas: *S. Carlo Borrom*, *Lettere di Governo*, parte II, vol. II, pág. 388.

agora quiso nuestro Señor que también viniese á parar en ellas ese Compendio que ahí envío de la Vida Espiritual, y no sé declarar cuánta confusión y edificación pudiera él causar en mi ánima, si ella estuviere bien dispuesta.

Mas confieso que hasta agora no he leído cosa que mejor me pareciese, y por esto me atreví á lo impremir sin su mandamiento, aunque él no me lo contradijo. Y dende el principio de la impresión siempre se me ofreció V. S. Reverendísima, pareciéndome que recebiría en esto grande gusto y servicio.

Porque como dijo nuestro Señor de su doctrina, *qui voluerit voluntatem Patris mei facere, agnoscet de doctrina mea utrum ex Deo sit, etc.*

Así quien anduviere en busca del amor de Dios y de la bienaventuranza que en esta vida puede nuestra ánima alcanzar, conocerá muy bien el valor y excelencia deste libro, que tan particular y tan metódicamente trata de la práctica desta doctrina.

Con esto sepa Vuestra Reverendísima Señoría que no le olvido cada día en mis pobres oraciones, porque la caridad que nuestro Señor me dió para con Él, hace que no me olvide. Y si no es mucho atrevimiento, querría pedir á V. S. no me olvidase en las suyas. Cuya Reverendísima y Ilustrísima persona nuestro Señor prospere siempre. De Lisboa 30 de Enero [1582].

Siervo humilde de Vuestra Reverendísima Señoría.=*Fray Luis de Granada.*

XXIII.

Á San Carlos Borromeo (1).

Rmo. y Ilmo. Señor.=*Impetrata paterna benedictione.*=Una carta me fué enviada de Roma que V. I. Señoría escribió á Su Sanctidad en favor de nuestros libros, y Su Sanctidad me envió un Breve tan favorable como V.S. Reverendísima lo pedía. Esto ha sido para mí materia de confusión por una parte, y por otra de admiración y hacimiento de gracias á Nuestro Señor, pues siendo yo hijo de una mujer tan pobre, que vivía de la limosna

(1) Copia en la Bibl. Ambrosiana de Milán, F. 67 inf. fol. 265, y en Roma, Archivo de los PP. Barnabitas: *S. Carlo Borrom. Lettere di Governo*, parte II, vol. II, pág. 388.

que le daban á la puerta de un monasterio, me trajo á estado que Su Sanctidad y V. S. Reverendísima escribiesen esas cartas de mí. Sea por todo la gloria á aquel Señor *qui infirma mundi eligit, et contemptibilia et ignobilia, et ea quœ non sunt, qui suscitat a terra inopem et de stercore erigit pauperem, et ex ore infantium et lactentium perficit laudem.*

Y para dar á V. S. Reverendísima cuenta de mí, tengo agora acabados dos libros de mucha escritura. Uno es *Silva locorum communium,* que es de todas las materias predicables. Y el modo dél podrá V. S. colegir de un pedazo que desta materia está en el tercero tomo de los Sermones, antes de la Ascensión. Y entremetí estas materias allí, que venían al propósito de las Rogaciones, desconfiado de tener espacio de vida para acabar el libro que destas materias trataba, porque á lo menos aquel pedazo se lograse. Mas nuestro Señor por su bondad me dió más vida de lo que cuidaba, y así pude acabar este libro.

El otro es la Introdución del Símbolo de la Fe, repartido en cuatro partes principales, en que se trata de los principales misterios de nuestra fe, y señaladamente del admirable misterio de la nuestra Redempción, y en la tercera destas partes se prueba por testimonio de los profetas y por las obras que se siguieron en el mundo después de la venida de nuestro Salvador, desterrando la idolatría y trayendo los hombres al conocimiento del verdadero Dios (como estaba profetizado) por el verdadero Mesías prometido en la Ley. Esta parte es para los que se convierten á nuestra santa fe del judaísmo cada día, y para confirmación de los ya convertidos para confirmarlos en la fe, cuando están flacos, de que hay mucha abundancia en este reino de Portugal. Por lo cual el Cardenal Inquisidor general de España dice que este libro era necesario para este reino, como él me lo significó por sus letras. También creo servirá para los que están firmes en la fe, porque *proficiant de fide in fidem firmiorem.* Este libro está también acabado, y placerá á Nuestro Señor que presto venga á manos de V. Ilma. Señoría.

Este favor y testimonio que ha procurado, no tanto por mí (pues es tan poco lo que me puede quedar de vida) cuanto para el crédito de mis escritos, no tengo con qué servir sino con mis pobres oraciones, lo cual ha mucho [hago], porque sigo todos los días en la misa ofreciendo á nuestro Señor á V. Rma. S.ª junto

con el Patriarca de Valencia, porque ambos *operantur opus Domini.* El cual la Ilustrísima y Reverendísima persona y ánima de Vuestra Señoría prospere siempre con favores del cielo. De Lisboa á 9 de Septiembre 1582.

Humilde siervo de V. Ilma. y Rma. Señoría.=*Fray Luis de Granada.*

XXIV.

Al Beato Juan de Ribera, arzobispo de Valencia (1).

†

RMO. y Ilmo. Señor.=*Impetrata paterna benedictione.*=El P. Comisario de los PP. Recolectos me visita muchas veces, y da nuevas de V. Rma. S. y de sus santos ejercicios, tales cuales yo deseo saber, y con esto excuso el escribir á V. Rma. S. y saberlas dél. Agora se ofreció enviar á V. S. estas nuevas de aquellos sanctos mártires de Inglaterra, de los cuales el embajador que allá está, escribe á Su Majestad brevemente, mas un amigo de don Juan Idiáquez escribe más á la larga de la manera que el negocio pasó. Es historia que ha sido para mí de grande consolación, y por eso no me pude contener que no diese parte á V. Rma. S. deste convite celestial. Porque no sé qué manjar haya más suave ni cosa de más admiración y devoción, que ver la lealtad que estos sanctos sacerdotes guardaron para con su creador, renovándonos en esto la memoria de los mártires antiguos, y mostrándonos que no falta en estos miserables tiempos quien imite la constancia de los mártires de aquellos. Bendito sea nuestro Señor, que tal espíritu y tal fortaleza dió á la carne y á la sangre.

También envío á V. S. Rma. el traslado de un Breve que Su Sanctidad me envió, que sirve para dar más autoridad y crédito á nuestros escritos, los cuales pretendió oprimir y escurecer Fray Alonso de la Fuente. Mas nuestro Señor no desempara á los que con sana intención le desean servir. Y porque la caridad hace todas las cosas comunes, creo que la que V. S. Rma. tiene

(1) Carta hológrafa en el Archivo del Colegio de *Corpu Cshristi* de Valencia.

para con este su siervo, hará que también se alegre con este testimonio de Su Santidad, y más procurado por el santo Cardenal Borromeo y por el Cardenal Paleoti, que son los que V. S. Rma. conoce. Por todo sea nuestro Señor para siempre bendito.

De mí no tengo que escribir á V. S. sino que á Dios gracias todavía vivo, aunque esperando cada día el postrero, porque esto pide la edad y las flaquezas della, y con todo eso me ha dado nuestro Señor espacio para acabar todas cuantas cosas tenía comenzadas, las cuales están ya en Madrid para examinarse y dar licencia para que se impriman, y solo esto me queda por ver concluído, si fuere dello servido nuestro Señor. El cuidado de pedir á nuestro Señor mercedes para V. S. R. nunca jamás lo pierdo, y muy de corazón. Plegue á su misericordia ser Él servido de oirme y aunque sea atrevimiento lo mismo suplico yo á V. S. Cuya Rma. y Ilma. persona nuestro Señor acresciente siempre con nuevos favores del cielo. De Lisboa á X de Septiembre de 82.

Siervo indigno de V. Rma. y Ilma. S.ª=*Fray Luis de Granada.*

Suplico á V. S. Rma. que vista esa historia de los mártires ó trasladada, me la mande volver, para leerla muchas veces.

Sobrescrito:

Al Reverendísimo y Ilmo. Sr. el Sr. Patriarca y Arzobispo de Valencia.

XXV.

Á S. Carlos Borromeo (1).

RMO. y Ilmo. Señor.=*Impetrata paterna benedictione.*=El Padre portador désta es persona de letras y merecimiento. Va por orden de Su Majestad y con licencia de sus perlados á Flandes, para doctrinar y sacramentar el ejército y ayudarlo en lo espiritual. Y sabiendo la devoción y reverencia que yo tenía á V. Rma. S.ª pidióme ésa, porque si le fuese necesario algún favor por sus buenos intentos, lo tuviese V. Rma. S.ª por bien empleado en su persona, y así lo suplico yo por mi parte.

Cuya Rma. y Ilma. persona nuestro Señor conserve siempre en su sancto temor y amor. De Lisboa X de Octubre de 82.

Humilde siervo de V. Rma. y Ilma. S.ª=*Fray Luis de Granada.*

(1) Bibl. Ambrosiana de Milán, F. 67 inf. fol. 273 verso.

XXVI.

Al M. R. P. M. Fr. Vicente Justiniano Antist (1).

Muy Rdo. Padre.=*Gratia et pax Christi.*=Nuestro Señor pague á V. P. la caridad que me hizo con su carta, que bien parece proceder del amor sincero que V. P. tiene á Cristo, de do nace el que tiene á los que piensa ser sus siervos: y aunque en esto se engañe, la materia es de tal cualidad, que el engaño es meritorio.

Del libro que V. P. me envió, no sé que le pueda decir en pocas palabras, sino confesar que nuestro Señor me lo envió por mano de su siervo: porque él es tal, que parece haberse escrito para mí solo, según que mi ánima se edifica, y confunde, y avergüenza con las cosas que cuenta de este santo varón (2), y con las de otros que á su propósito refiere. Porque lo que V. Paternidad refiere de aquel religiosísimo Padre que á la hora de la muerte deseaba más plazo de vida, y el temor que tenía, y lo que refiere de aquel bendito Padre Fr. Bartolomé Pavía, de la dolencia que padesció, y de aquellos tan recios dolores, es cosa para hacer temblar las piedras: mas lo que refiere de sus jaculatorias cuando estudiaba las liciones que había de leer, me edificó en gran manera y me dió á entender cómo los que están llenos de Dios, en todas las cosas lo hallan. Y no podía dejar de ser muy regalado de Dios quien tal manera de jaculatorias halló.

En lo demás del libro, el estilo es castísimo y ajeno de toda afectación, y no hay en él cosa que notar. Mas lo que mucho me contentó, es la orden del proceder, que es por el curso de la vida del Padre y de los años en que cada cosa acontesció, porque de todo se teje una historia, no sólo muy provechosa, sino también muy gustosa por la variedad de las cosas que en ella se tratan. Porque esta manera de proceder es más suave que la de aquéllos que proceden cuasi por lugares comunes, haciendo un capítulo de la humildad del santo, y otro de sus abstinen-

(1) Publicada por el P. Galiana en su *Commentarius de Scriptis Fr. Ludovici Granatensis*, Valencia, 1769, pág. 40.

(2) Se alude á la *Verdadera Relación de la Vida y muerte del P. Fr. Luis Bertrán*, escrita por el P. Antist y publicada en Valencia, en casa de la Viuda de Pedro de Huete, 1582.

cias, &c. Placerá á nuestro Señor dar á V. P. tiempo y gracia para desenterrar las virtudes de otros sanctos nuestros, que están como sepultadas. Y la causa de lo estar es no saber nosotros estimar el precio de estas margaritas, y por eso no hacemos caso dellas.

Lo que V. P. pide que el P. Vicario General le mande proveer de algún escribiente, no ha lugar, porque expiró su oficio por la muerte del Reverendísimo: mas entiendo que el señor Patriarca proveerá eso de buena voluntad, y así se lo suplico yo. Y dende aquí pido su sancta bendición, protestando que no hay día que no le presente á nuestro Señor, con el cardenal Borromeo, porque solos estos dos perlados *nominatim* encomiendo cada día á nuestro Señor, no por otra causa que por tenerlos por verdaderos siervos y ministros suyos.

El señor su hermano me visitó tres veces y se me ofreció á enviar la Vida de San Vicente, que V. P. ha escrito, de quien soy muy devoto por las razones que V. P. entenderá. Yo en cosas de Corte puedo poco ó nada, porque cuanto á esto estoy en la cuarta especie que V. P. refiere. Sólo con el Duque de Alba podía, por ser mi confesado, mas parece que su fin será presto, según está muy al cabo.

Nuestro Señor la muy reverenda persona de V. P. conserve siempre en su sancto temor y amor. De Lisboa á 6 de Diciembre [1582] (1).

Siervo de V. P. Reverenda.=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito:

Al muy R. P. mío el P. Maestro Fr. Vicente Justiniano Antist. En Valencia.

(1) Esta carta en el original no lleva año. El P. Galiana le señala el de 1583, pero con error manifiesto, como se deja ver por las últimas palabras que al Duque de Alba se refieren. El Duque murió el 11 de Diciembre de 1582.

XXVII.

A la Duquesa de Alba (1).

Excma. Señora.=La gracia y consolación del Espíritu Santo sea siempre con V. E.

Los que conocimos á este Príncipe que nuestro Señor sacó deste destierro y llevó á su gloria, para darle el premio de tantos trabajos como padeció en servicio de su Iglesia, aunque sentimos la común pérdida de tal persona, pero témplase este dolor considerando la vida que vivió, y la manera con que la acabó: porque tal fué lo uno y lo otro, que nos da á todos una tan cierta esperanza de su salvación, como si la viéramos con los ojos. Solamente habemos sentido la parte del dolor que cabe á V. E. Mas este señor, antes que Dios le llevase, nos certificó que nuestro Señor la había de ayudar en este trabajo. Y cierto él tuvo mucha razón de esperar esto de V. E. porque considerando su prudencia y las grandes obligaciones que tiene á nuestro Señor, verá cuánta razón tiene de ofrecer este sacrificio por los grandes beneficios que dél tiene recibidos, uno de los cuales es haber sido la Señora más bien casada que ha habido en nuestros tiempos, y ser ella único ejemplo y dechado de amor y paz entre los casados.

Otro beneficio fué haberle dado Dios por compañero desta peregrinación uno de los más valerosos, más virtuosos y más católicos señores que ha habido en nuestros tiempos, y tal, que si nuestro Señor concediera á V. E. facultad para escoger en todo el mundo un hombre con quien casar, es cierto que no escogiera otro más calificado ni más bien casado que el que le dió.

Otro beneficio es haberle Dios conservado cincuenta y tantos años: porque si divirtiere los ojos por todas las Señoras casadas en España, y viere cuán limitada fue la vida de sus maridos, hallará muchas viudeces muy tempranas, y muy pocas casadas que tan largo espacio lo fuesen como V. E. Y junte

(1) Publicada por el Lic. Muñoz en la *Vida y Virtudes del V. P. M. Fray Luis de Granada*, Madrid 1639, libro III, cap. XI. Hanse tenido presentes las copias que existen en la Biblioteca Nacional de Madrid, códices 2058 y 6035.

con esto los peligros de que nuestro Señor le ha librado, andando siempre entre arcabuces y tiros de artillería cincuenta y tantos años ha que trata las armas, y que nunca rehusó los mayores peligros, que es un género de milagro. Y esto por haber inclinado nuestro Señor sus oídos á las devotas oraciones, misas y plegarias de V. E. para conservarlo en medio de tantos peligros. Pues ¿no será razón que padezca V. E. algún trabajo por quien tales y tantos beneficios le ha hecho? ¿No será razón decir ahora lo que dijo el Santo Job á su mujer, que le reprendía, Si habemos recibido tantos bienes de la mano del Señor, ¿por qué no recibiremos ahora estos trabajos que Él nos envía? No quiere el Eclesiástico que tengamos la mano abierta para recibir, y estrecha para dar, y mucho menos lo quiere Dios, sino pues que tuvimos la mano abierta para recibir lo que nos da, la tengamos también abierta para dárselo cuando nos lo pide.

Mas no se acaban aquí los beneficios divinos: otro queda mucho mayor, que es tener V. E. que tan familiarmente lo trataba, tan grandes prendas de su salvación, las cuales tenemos también nosotros, y más particularmente yo, que tuve cargo de su conciencia desde que entró en esta ciudad. Y es verdad cierto que las más veces que lo confesaba, salía confuso y avergonzado de mirarme á mí, y por otra parte ver su compunción y devoción, y sus lágrimas, y las palabras que decía, y el sentimiento de las cosas de nuestro Señor, y aquella tan gran determinación que tenía de no hacer cosa que fuese pecado mortal, lo cual encarecía él diciendo que ni á trueque de ir al cielo, si esto fuera posible, haría un pecado mortal; y esto no por temor de las penas del infierno, que nada le movía, sino por los beneficios que había recibido de nuestro Señor, y por su bondad, lo cual nunca se le caía de la boca. Y porque algunos le tenían por demasiadamente entero en la ejecución de la justicia, me certificó muy de verdad que no le remordía la conciencia de haber en toda su vida derramado una gota de sangre contra su conciencia, y que cuantos degolló en Flandes, era por ser herejes y rebeldes. Pues ¿con qué palabras explicaré aquellas tres finezas y virtudes que declaró á Su Majestad en esta dolencia? Porque entre otras palabras dijo así: Yo estoy, Señor, para partirme desta vida, donde nadie puede dejar de decir verdad. Tres cosas diré á Vuestra Majestad: la una es que nunca se ofreció negocio vuestro, por

pequeño que fuese, que no le antepusiese al mío propio, aunque fuese importantísimo: la segunda es que mayor cuidado tuve siempre de mirar por vuestra hacienda que por la mía, y así no soy en cargo á vos ni á ninguno de vuestros vasallos de un solo pan: la tercera es que nunca os propuse un hombre para algún cargo que no fuese el más suficiente de cuantos yo conocí para ello, pospuesta toda afición. Tres cosas son éstas que las podemos contar por tres maneras de milagros: porque ¿cuándo en tantos años de Capitán General, donde tuvo por soldados á tres emperadores y á un caballero que después fué papa, se vió tal virtud, tal lealtad, tal conciencia y tal templanza en tan grande fortuna?

Pero dejo aparte estas virtudes imperiales, y vuelvo á las espirituales. Confesaba y comulgaba cada mes, y las fiestas principales, y todos los días que nuestro Señor le había dado alguna señalada victoria: y así comulgó este Agosto pasado el día de Nuestra Señora, que es á quince, y luego á los veinte y cinco, que fué la victoria de la batalla desta ciudad, y luego el día de Nuestra Señora de Setiembre. Y por ser tan vecinas estas comuniones y ser él tan humilde, no lo osó él hacer sin pedirme para ello consejo. Comulgaba también todos los años víspera de San Francisco, en reconocimiento de la merced que Dios le había hecho en darle por compañera de sus trabajos á V. E. Tenía su oración cada noche por largo espacio ante un crucifijo que tenía, quejándose de sí mismo cuando le faltaba la devoción y se le derramaba el corazón. Y diciéndole yo que no se congojase, porque el reposo de la contemplación no era para personas de tantos negocios y discurso como él tenía, respondió que viviera muy desconsolado si le quitasen la esperanza de poder llegar algún tiempo á esta manera de ejercicio. Y porque en las enfermedades no podía tomar este tiempo para la oración y meditación, usaba de unas breves oraciones que llaman jaculatorias, aun cuando estaba hablando con los que le visitaban, y decíame que le iba muy bien con ellas. Y estando en la mayor flaqueza de la enfermedad, preguntándole yo si usaba destas breves oraciones, díjome que sí, aunque con mucha flaqueza, mas que la bondad de nuestro Señor le esforzaba á que el peso de la enfermedad no bastase para oprimir estas memorias de nuestro Señor. Vea V. E. cómo se podían hallar estos ejercicios

en quien siempre trataba las armas, sino en un santo rey David. Enviábame cada mes quinientos reales para que los repartiese entre viudas pobres, y decíame que no cerrase la puerta á cuantas viniesen. Y diciéndole yo que por tener deudas, no le apretaba por limosnas, respondió él: ¿yo no compro un caballo por mil ducados? Eso no me pone en necesidad. Y el día que expiró, él mismo de su propia voluntad, sin acordárselo nadie, se acordó de los pobres, y no pudiendo casi hablar, mandó á Don Hernando que me dejase limosnas para otros dos meses, que eran mil reales. Esto digo que pasó por mis manos, que de la largueza de las limosnas que él toda la vida hacía á sus vasallos, y las que dejó por su fallecimiento á pobres, y para que haya pósitos de pan en todas sus tierras, V. E. lo sabe mejor que yo.

Y cual fué la vida, tal el término della: porque en treinta y tres días que duró la enfermedad, comulgó cuatro veces, y las tres dellas estando ayuno, porque guardaba la obligatoria, que se pueda recibir sobre comida, para más cerca de su tránsito. Y así le cumplió nuestro Señor este deseo, y este día le recibió, y llevó por compañero deste destierro. Y al tercero día que estuvo enfermo, no aguardó más para confesarse: y en una destas confesiones hizo un coloquio con nuestro Señor con tales palabras y consideraciones, que bastaban á convertir un gran pecador: mas yo no tengo memoria de tantas cosas como allí dijo, sino de la suma de todas ellas, la cual era que si no había de seguir otra manera de vida que la que hasta allí había tenido, que no quería más vida: y así la acabó con grandísima conformidad con la voluntad de Dios, diciendo con grande ánimo: Vamos, y dando gracias al Señor Don Hernando, que le dijo que ya se podía aparejar para la partida, como él contará á V. E. Vea pues agora V. E. qué se puede esperar de tal vida y deste acabamiento tan glorioso: y con éste junte otra señal de su predestinación, que es el gusto y la consolación que recibía en hablar de nuestro Señor, cual nunca yo he visto hasta ahora en personas de su calidad: porque cada vez que venía á confesarle, habíamos de estar dos ó tres horas hablando en esta materia, aunque muchas veces estuviese con dolor de cabeza.

Todas estas cosas bien consideradas son bastantes para mitigar el dolor desta pérdida, si se puede llamar pérdida tan grande ganancia para la persona que se ama. Vemos que cuando está

un vaso al fuego, no le solemos tomar por la parte que quema, sino por la que está fría: y pues este caso tiene cosas que dan dolor, y otras que dan consolación, que son las que aquí están referidas, trabaje V. E. por poner los ojos en las cosas que la han de consolar y mover á dar gracias á nuestro Señor, y apártelos de las que la han de desconsolar y impedir la conformidad que debe tener con la voluntad de quien esto ordenó. Las personas que piden alguna cosa prestada á sus ámigos, dos veces les dan las gracias por ella, la una, cuando la reciben de su mano, y la otra, cuando á cabo de cierto tiempo se la vuelven, y tanto más, cuanto más largo espacio se han servido de ella, porque entonces más de corazón dan las gracias. Pues bien sabe V. E. que la vida de los casados no es de juro y de propiedad: prestada es por cierto tiempo, por el cual se casa una criatura mortal con otra mortal. Y pues V. E. dió ya gracias á nuestro Señor cuando le prestó y concedió la vida deste señor, agora está obligada á darle mayores gracias, cuando le vuelve á dar lo que le prestó, pues bien sabe que casó con hombre mortal, y no inmortal, y que la ley de los casados es que necesariamente el uno haya de ver el fin del otro, y que se recompense el alegría del casamiento con la tristeza del día del acabamiento, pues en solo el cielo hay alegría sin tristeza, mas en esta vida anda mezclado lo uno con lo otro, antes muchas veces el fin de un placer es principio de un pesar, como V. E. lo habrá experimentado, y agora de fresco lo experimentó, cuando apenas era acabada la alegría del nacimiento del nietecito, cuando sucedió la dolencia de su agüelo: porque éstas son las pensiones desta vida mortal. Así que ahora es tiempo de dar gracias cuando volvemos el depósito que nos encomendaron, y como dice San Jerónimo, no tengamos pena por lo que perdemos, sino alegría por lo que recibimos. Dirá V. E. Bien entiendo eso, mas quisiera yo que lo llevara Dios en su casa, y servirle yo en su dolencia. ¿Dónde podía él, Señora, más honrosamente acabar que en su oficio? Su oficio fué gastar toda la vida en defender unos reinos y conquistar otros: pues ¿dónde le podía tomar más naturalmente su fin, que acabando la vida en su oficio? Y aunque si V. E. se hallara presente, fuera la mejor enfermera de su dolencia, pero sepa cierto que ninguna falta hizo su ausencia, porque estos señores sus sobrinos le sirvie-

ron como hijos á padre, con tanto amor y cuidado de noche y de día, acostándose vestidos para acudirle cada vez que llamaba, que cuanto á esto ninguna falta hizo su ausencia. Y tengo por cierto haber ordenado esto nuestro Señor: porque no pudiera dejar de recibir mucha desconsolación, teniendo á V. E. presente; porque así me lo significó él cuando supo que se ponía en camino para venir á verle: porque él me había dicho que aunque allí donde estaba sentía muy tiernamente la pena de V. E. mas que por otra parte esforzaba Dios tanto su espíritu, que con este esfuerzo vencía esta ternura: lo que por ventura no fuera, si aquí viera sus lágrimas.

Resta pues que V. E. haga agora lo que San Jerónimo escribe de Santa Paula, la cual habiendo sentido tan agramente la muerte de su marido, viéndose ya libre desta aflicción, de tal manera se entregó á nuestro Señor, como si siempre deseara esta libertad. Y aunque él por sus méritos y calidad y por la mansedumbre y paciencia con que sufrió esta enfermedad, es de creer que está libre de las penas del Purgatorio, pero V. E. viva para pagarle el extraño amor que siempre la tuvo, haciendo bien por su ánima: el cual amor era tan grande, que deseaba él que V. E. acabase primero, aunque fuera para él muy agrio trago, por excusarle la pena que había de recibir si él fuese delante. Más de un mes antes de su enfermedad le comencé yo á prevenir para esta jornada, diciéndole que ya era tiempo de aparejarse para ella, pues la edad y los achaques della esto pedían; y así lo entendió él muy bien, como V. E. con su prudencia lo entenderá, y dará gracias á nuestro Señor porque Él lo dispuso de otra manera de lo que él deseaba, pues más justo es querer nosotros lo que Él quiere, que querer Él lo que nosotros queremos, y más razón es conformarse nuestra voluntad con la suya, que la suya con la nuestra. El cual la excelentísima persona y estado de V. E. conserve con favores del cielo, y la esfuerce y consuele en este trabajo. De Lisboa quince de Diciembre de 1582.

Fr. Luis de Granada.

XXVIII.

Á la Duquesa de Alba (1).

EXCMA. Señora.=La gracia y consolación del Espíritu Santo more siempre en el ánima de Vuestra Excelencia.

Ha sido tan grande el sentimiento de la Señora Duquesa deste trabajo de V. E., que demás del oficio que como buena hija ordena ella de hacer para consolar á V. E., quiso que también yo le escribiese, pareciéndole que por la devoción que V. E. tenía con mis libros, no le pesaría con esta carta. En la cual no trato de quitar un tan justo dolor como el que se recibe de tal apartamiento y de tal pérdida, sino de mitigarlo y reducirlo al juicio de la razón. Porque ésta dirá á V. E. que la primera ley de los buenos casados es que el uno ha de ver el fallecimiento del otro, y que la alegría del día del casamiento se ha de recompesar con la tristeza del día del apartamiento. Y por esta ley han pasado todos cuantos ha habido casados dende el principio del mundo hasta hoy. Y ésta es la condición de las cosas desta vida, que siempre andan juntas las alegrías con los pesares. Y así vemos cómo se recompensa el alegría de un hijo que nace, con la tristeza de los dolores de la madre que lo pare: y todas las cosas humanas corren por este camino.

También debe V. E. acordarse que si es verdad (como el Salvador dice) que ni un pájaro cae en el lazo sin la voluntad de Dios, mucho menos se acabará la vida del hombre sin esta voluntad. Y pues cada día pedimos á Dios en la oración que se cumpla su voluntad en la tierra como en el cielo, no es razón que seamos contrarios á nosotros mismos no cumpliendo lo que pedimos, sino abajando húmilmente la cabeza á todo lo que Él dispone de nosotros y de nuestras cosas. Y haciéndolo así, los trabajos nos darán ocasión de paciencia y una grande corona por ella. Mas de otra manera, los trabajos con la impaciencia se hacen mayores, y se pierde el mérito que se pudiera ganar con ellos. El dolor y las lágrimas no sirven sino para curar pecados, pues por ellas se perdonan: mas las tribulaciones y trabajos no sólo no se quitan con ellas, mas antes se acrecientan. Y por eso

(1) Copia de la Biblioteca Nacional de Madrid, códice R. 5.

no acierta quien aplica esta medicina á otra dolencia que á aquella que, como dijimos, se cura con ella.

También tiene V. E. otra grande consolación en la fe y vida deste Señor, pues ella fué tal, que nos da firme esperanza de su gloria. Porque haber conservado él la lumbre de la fe católica entre tantos vientos de herejías que pretendían apagarla, no pudo ser sino por singular don de Dios y por estar ella muy arraigada en su ánima. Y pues la fe es el fundamento y raíz de todas las virtudes, no pudo ser sino que tal raíz brotase de sí grandes virtudes. Y no contento con tener él esta fe, procuraba de reducir á ella todos sus vasallos y confirmarlos en ella. Por lo cual es de creer que tantas coronas tendrá en el cielo, cuantas ánimas ganó por este medio. Y pues V. E. ve cuán apresuradamente corren los términos de nuestra vida y cuánto tenemos andado della, espere en Dios que muy presto se verá en la gloria con la compañía que agora le falta, sin temer jamás de perderle. Y el fruto que de aquí quiere nuestro Señor sacar, es aquel que dice S. Pablo: La viuda que es verdaderamente viuda y desconsolada, ponga toda su esperanza en Dios, y ocúpese en santos ejercicios de oraciones y devociones, y el amor que tenía repartido entre Dios y el marido, póngalo todo en Cristo, porque en Él hallará mucho más de lo que perdió, pues Él tiene por título padre de huérfanos y juez de viudas. Y así vemos de la manera que se compadeció de aquella viuda del Evangelio, cuyo hijo llevaban á enterrar: porque enternecidas sus piadosas entrañas del dolor que la viuda padecía, se llegó á ella, y le dijo que no llorase: y esto hecho, le resucitó al hijo, y se lo entregó vivo. Y pues este Señor cuando subió al cielo no mudó la condición que nos mostró en este mundo, así es de creer que también agora se compadecerá de las viudas y las consolará con darles su amor y con otras muchas cosas con que Él suele consolar á los que le aman, pues según el Apóstol Él ordena todas las cosas para su mayor bien. Y pues V. E. gozó de tan buena compañía tantos años que Dios se la conservó, más razón es dalle gracias por lo mucho que le dió, que quejarse por lo poco que le quitó.

Y nuestro Señor la Excma. persona y estado de V. E. prospere siempre y la esfuerce y consuele en este trabajo.

De Lisboa, á 3 de enero, 1583.

Excma. Señora,

Capellán y siervo de V. E.=*Fray Luis de Granada.*

XXIX.

Al Beato Juan de Ribera, arzobispo de Valencia (1).

ILMO. y Reverendísimo Señor.=*Impetrata paterna benedictione.* =Con tan buen mensajero como el Padre Comisario, no era razón dejar de dar cuenta á V. S. Ilustrísima cómo todavía soy vivo, aunque viejo y flaco, y así he acabado ya el oficio de escribir, y querría agora, dándome nuestro Señor su gracia, gastar eso poco que queda de vida, en aparejarme para el día de la cuenta, pues está tan cerca. Y para esto no ayuda poco el libro de la Vida del bendito Padre Fr. Luis Beltrán, que el P. M. Justiniano me envió, con que mucho me he consolado y maravillado de ver cómo aun en nuestros tiempos tiene nuestro Señor siervos que imiten las virtudes y maravillas de los Sanctos antiguos. Y V. S. debe mucho á nuestro Señor por haber conversado y tratado familiarmente ese bendito Padre, porque no podrá dejar de haber participado mucho del olor de sus virtudes y de su sancta conversación. Y por ser tan eficaz el ejemplo de las vidas de los Sanctos, leo agora el Martirologio de Pedro Galesinio, protonotario, donde hallo muchos bocados muy sabrosos, y donde veo una tan copiosa mies de sanctos y sanctas y de mártires gloriosísimos. Y por aquí entiendo cuán grandes sean los tesoros y el fructo de la pasión de Cristo y la eficacia de su redempción, la cual crió en medio de la gentilidad estos hombres divinos, los cuales hizo semejantes á los ángeles, siendo antes semejantes á los demonios. Y aquí se ve el cumplimiento de aquella profecía de Esaías: *In cubilibus, in quibus prius dracones habitabant, orietur viror calami et junci, et erit ibi semita, et via sancta vocabitur.* Por aquí también se ve á la clara la excelencia de la religión cristiana, en la cual ha habido esta innumerable muchedumbre de sanctos, y tan grandes sanctos, la cual en ninguna otra se ha hallado como en ella. He dicho esto porque procure V. S. por vía de Medina ó de Salamanca haber este libro, porque se consolará mucho con él.

---

(1) Carta autógrafa, la cual se conservaba en el Convento de Predicadores de Valencia. Fué publicada por el P. Galiana en su *Commentarius de Scriptis F. Ludovici Granatensis*, Valencia, 1769, pág. 44.

Nuevas de esta tierra son que el Duque de Alba es ido al cielo, y que murió una muerte cristianísima, cuatro veces en espacio de un mes que duró la enfermedad, confesado y comulgado, y la vida que vivió era merecedora de tal muerte, por las muchas veces que confesaba y comulgaba, y por los ejercicios de oración y meditación que de noche tenía, y por las muchas limosnas que hacía, estando tan pobre y tan empeñado. Por aquí verá V. S. cuán poderosa es la divina gracia, pues de tan buenos soldados hace tan buenos cristianos.

No se ofrece otra cosa sino certificar á V. S. que en todas las misas le ofrezco á nuestro Señor en particular, pidiéndole su gracia: y así suplico á V. S. se acuerde de mí en las suyas, lo cual pido no solamente agora, sino también después que V. S. supiere que soy ya partido desta vida. Cuya Ilustrísima y Reverendísima persona nuestro Señor conserve siempre en su sancto temor y amor. De Lisboa y de Enero 18 de 1583.

Indigno siervo de V. S. Ilustrísima.—*Fray Luis de Granada.*

Ya sé que perdonará V. S. á un medio ciego la mano ajena.

Sobrescrito:

Al Ilustrísimo y Reverendísimo Señor el Señor Patriarca y Arzobispo de Valencia, mi señor. Valencia.

XXX.

Al Beato Juan de Ribera, arzobispo de Valencia (1).

†

ILMO. y Rmo. Señor.—*Impetrata paterna benedictione.*—Tomo atrevimiento y licencia para escribir á V. R. S.ª y por mano ajena, porque los ojos y la flaqueza de la edad me dan licencia para esto, y así suplico á V. S. lo haga cuando me quisiere hacer merced de alguna letra suya. Este día estuve con el señor Duque de Gandía, que extrañamente ama á V. S. y se regala con su memoria, y él mismo pareciéndole que era regalo para Vuestra Señoría ver letra mía, me pidió con mucha instancia esta letra. Él había pasado esta noche con intensísimos dolores de la ijada, habiendo precedido antes dos días gravísimos dolores de

(1) Carta autógrafa en el Archivo del R. Colegio de *Corpus Christi* de Valencia.

la gota, con dos cauterios que le dieron en un brazo para divertirla, y acabado el martirio de la gota sucedió el de la ijada, y éstos padecidos con tanta paciencia, que es para conocer en su ánima la presencia de nuestro Señor. Díjome que estos días pasados no pidía á nuestro Señor más que paciencia, mas que esta noche le apretó tanto el dolor, que ya le pidía salud, y en amaneciendo me envió á pedir que le ayudase con oraciones, y fué nuestro Señor servido que ese día le hallé reposando y durmiendo, aliviados mucho los dolores. Y V. S. está obligado á ayudarle con sus oraciones á este tan grande amigo que tiene, que no sé si lo tiene mayor en toda la tierra. Él me dió un gran recaudo de parte de V. Ilma. S. por el cual le beso las manos. Él tenía mandado encuadernar y dorar dos libros desta nuestra Introducción, uno para la Duquesa y otro para V. S. y como tuvimos por carta que ya lo tenía, cesó la enviada. Y porque se espera presto otra segunda impresión, recibiré caridad que Vuestra Señoría me avise de las faltas désta y de cómo le va con ella. Y excúsome de la filosofía natural de la primera parte con Sant Basilio y Sant Ambrosio que trataron este argumento en su Examerón. Hice esto por cebar á los hombres del mundo con el gusto desta filosofía natural, para levantarlos después á la sobrenatural, que se trata en las otras tres partes que se siguen.

En la otra pasada se me olvidó responder á V. S. acerca de nuestro santo Arzobispo de Braga, el cual gastados diez y ocho años en el gobierno de aquella su Iglesia, acabó con Su Sanctidad con favor de Su Majestad que le quitasen aquella braga de hierro que él llamaba, y así se recogió á un monesterio nuestro que él fundó, y allí muerto á todas las cosas del mundo vive para solo Dios y para gustar de aquellos dulces bocados que en su libro nos dejó. No tiene más que un solo criado, y pidió para sustentarse no más que sesenta mil maravedís: mas Su Majestad le mandó dar mil ducados de pensión, y éstos gasta con pobres, y conserva en esta vida el estilo que tenía en la otra, que es dar la mitad de la comida que le ponen, por Dios: de modo que si le ponen una tortilla de huevos delante, parte la mitad della con un cuchillo por medio y come la una mitad, y manda dar la otra al pobre......

El cuidado que V. S.ª me pide de encomendarlo á nuestro Señor, nunca lo perderé, aunque sé cuán pobre y desnudo estoy

ante nuestro Señor, como hijo de padres que acabando de pecar se hallaron desnudos. Y este Señor la Ilma. y Rma. persona y ánima de V. S.ª prospere siempre en su sancto temor y amor. De Lisboa á 14 de Octubre de 1583.

Siervo de V. Ilma. y Rma. S.ª=*Fray Luis de Granada.*

XXXI.

Al Padre Pedro de Ribadeneira (1).

Muy Reverendo Padre en Cristo.=*Gratia & pax Christi.*= Vuestra Paternidad me ha ganado por la mano, porque deseaba escribirle y darle las gracias por este libro que los Padres de aquí me habían dado como á hijo antiguo que saben ser yo de la Compañía: el cual he leído, y agora torno á leer la quinta parte, maravillado de la vida y heroicas y admirables virtudes de aquel nuevo espejo de virtud y prudencia, que en nuestros tiempos envió Dios al mundo para salud de infinitas almas. Á todos mis amigos, sin recelo de lisonja, he dicho lo que siento deste libro, y es que en esta nuestra lengua no he visto hasta hoy libro escrito con mayor prudencia, y mayor elocuencia, y mayor muestra de espíritu y doctrina en la historia, y mayor temperamento en alabar su instituto, sin perjuicio de todas las Órdenes (antes con grande loa de todas ellas y de sus institutos) y más discretas y concluyentes razones para defender y aprobar los suyos, de cuantos hay en semejantes ó desemejantes materias escritos. Y ha propuesto V. P. á todos los hijos de la Compañía un perfectísimo dechado de todas las virtudes del Padre della, que ellos trabajárán siempre por imitar, y nuestro Señor pagará á V. P. el fruto deste trabajo y el beneficio perpetuo que en esto hace á todos sus hermanos presentes y venideros. Y fué cosa muy conveniente hacer V. P. esto en este tiempo, donde da testimonio de muchas cosas como testigo de vista, y otras que pasó con el Padre, y hace más verdadera su historia, pues se escribió en tiempos de tantos testigos de vista, donde no era lícito desviarse un cabello del hilo de la verdad. Por aquí tengo entendido ser verdad lo que dijo Quintiliano, que la elocuencia era

(1) Esta carta fué publicada por el P. Ribadeneira en su *Vida de S. Ignacio*, Madrid, 1586.

virtud y parte de la prudencia, por ser ella *prudentia dicendi*. Sea nuestro Señor bendito, que guió á V. P. en esta derrota por camino tan derecho, que sin envidia alabó su Orden, y sin querella engrandeció las otras. El cual more siempre en la muy religiosa alma de V. P. con abundancia de su gracia. De Lisboa, víspera de San Juan, de 1584.

De V. P. siervo indigno por Cristo.=*Fray Luis de Granada*.

XXXII.

Al Padre Pedro de Rivadeneira (1).

(Fragmento)

CUANTO toca al libro de V. P. confieso que no dije en la carta (de 23 de Junio) todo lo que siento. El fruto dél será que el Padre Ignacio no murió, sino que está tan vivo retrato de virtud en esas letras como si lo estuviera entre nosotros, y ahí lo tienen siempre vivo sus hijos para ver en él, no la carne y sangre, sino su espíritu y vida y ejemplos de virtudes. Y lo que más noté en esta historia, es que el que escribe la vida de un santo, ha de participar el mesmo espíritu dél para escribirla como conviene: lo cual aprendí, no de Quintiliano, sino de San Buenaventura, que escribe la vida de su Padre San Francisco, y como él participaba el mismo espíritu del Santo, así la escribe muy bien escripta, aunque las palabras no sean ciceronianas. Y para decir la verdad sin lisonja, esto fué lo que más en su historia me contentó, porque en ella vi en el hijo el espíritu de su Padre: y porque éste es don del Padre de los espíritus, á Él debe V. P. dar las gracias. Y así le confieso que ninguna cosa hay en la escritura que me desagrade, sino que todas me edifican y contentan, y querría por una parte no perdellas de la memoria, y por otra que del todo se me olvidasen, por leer muchas veces el mesmo libro con el gusto que recebí la primera vez que le leí.

Los milagros que V. P. al cabo refiere, son para mí tanto más admirables que los otros, cuanto es de mayor fruto la mudanza de los ánimos que la de los cuerpos. San Bernardo refiere

(1) Publicada por el P. Ribadeneira en la *Vida de S. Ignacio*, Madrid, 1586.

en la vida de San Malaquías que este santo resucitó un muerto, y después dice que mudó el corazón de una mujer muy brava, y este segundo tiene por mayor milagro que el primero: y tales son los milagros deste santo varón, que son las mudanzas de corazones y vidas que él y sus hijos han hecho en todas las partes del mundo. Y ¿qué mayor milagro que haber tomado Dios á un soldado desgarrado, y sin letras, y tan perseguido del mundo, por instrumento para fundar una Orden de que tanto fruto se ha seguido, y que en tan breve tiempo se ha extendido tanto por todas las naciones del mundo? Sea pues bendito el autor de tales maravillas, el cual more en el ánima de V. P. con abundancia de su gracia. De Lisboa, á 28 de Julio [1584].

Indigno siervo de V. P.=*Fray Luis de Granada.*

XXXIII.

Al M. R. P. M. Fr. Vicente Justiniano Antist (1).

Muy R. Padre.=*Gratia et pax Christi.*=Recebí la de Vuestra Paternidad con todo lo que con ella venía, y con la caridad y amor que lo mandaba, y cada cosa de estas fué para mí materia de mucha edificación y consolación, especialmente con la carta que me escribe, donde me refiere lo que el Padre Fr. Nicolás Factor dijo de nuestro sancto Fr. Luis: porque cierto sus palabras y exclamaciones más eran del Espíritu Sancto que suyas.

Voy también leyendo la *Vida de Nuestro Padre S. Vicente,* y he llegado ya al Capítulo XVIII, y sin ninguna lisonja digo á V. R. que me espanto cómo un hombre valenciano habla como si hubiese nascido en el riñón de Castilla, cumpliendo aquello que dice Quintiliano, *quod oratio sit vere Romana, non Civitate donata.* Pero lo que mucho más me contenta son las sentencias y documentos que V. R. va dando al propósito de los pasos de la historia, como lo hace S. Gregorio en sus Diálogos y S. Buenaventura en la leyenda mayor de la *Vida de S. Francisco.* Mas esto no se hace sin espíritu y particular gracia de nuestro Señor,

(1) Carta autógrafa, la cual se conservaba en el Convento de Predicadores de Valencia, y fué publicada por el P. Galiana en su *Commentarius de Scriptis F. Ludovici Granatensis*, pág. 42.

y hace muy bien en poner los autores que cita, en la margen, por no cortar el hilo de la historia con muchas alegaciones. Mas con licencia de V. R. al principio del libro pusiera los nombres de los autores que alega, y la autoridad que tienen, y á qué propropósito dijeron lo que escribieron del Sancto, porque no todos conocen quién fué Flaminio, Ranzano y otros que se alegan.

Á lo que V. R. me pregunta, cuándo fué beatificado S. Gonzalo de Amarante, de quien aquí rezamos, digo que fué año de 62, según me tengo informado. De S. Pedro González hallará Vuestra Reverencia lo que escribe S. Antonino, III Parte, Cap. X, § 5, que cierto es grande culpa nuestra no estar ese Sancto canonizado, mayormente que los pescadores de esta Ciudad se ofrecen á hacer el gasto, y hacen su fiesta, pero dicen la misa de *festo omnium Sanctorum,* y es una grande Confraría de todos ellos. La Vida de él está escrita á la larga en el *Flos Sanctórum Portugués* de este reino. Si hallá no la hay, y V. R. me avisare, hacérsela he trasladar.

Otra Vida escribió Andreas Resende, grande humanista, de un fraile lego de su tiempo, por nombre Fr. Pedro, portero del Monasterio de Évora. Aquí la busqué con diligencia: no la pude hallar. Dícenme que en Évora se hallará, y si á mis manos viniere, yo la enviaré á V. P. Y en gran manera me huelgo que haya tomado á su cargo la *Corónica de la Orden,* por ser cosa tan necesaria á los nuestros Religiosos y Religiosas. El P. Maestro Fr. Fernando del Castillo me leyó un pedazo de la Vida de Nuestro Padre: mas hace largas digresiones de historias profanas al propósito de algunos lugares, los cuales impiden el hilo de la devoción de los que las leen para sola su edificación. También en las historias de los Sanctos más nos edifican sus ejemplos que sus milagros, y por eso querría que en esto también hubiese su temperamento, con algunas consideraciones que declaren el amor y deseo que nuestro Señor tiene de honrar á sus Sanctos, pues tanta cuenta tiene con sus andrajos y cenizas. Esto hice yo en algunos milagros que refiero en nuestra *Introducción del Símbolo de la Fe,* y por aquí conocerá V. R. lo que aquí apunto y no sé explicar.

Cuanto á la impresión de la *Apología de las llagas de Santa Catalina,* pareció aquí á un Padre muy docto y muy prudente, que por estar aquí este negocio muy apagado y llano, no se de-

bía imprimir: pero yo guardaré este de V. P. por si alguna tempestad se levantare, lo que no esperamos.

Aquí me dijeron que habían encomendado á V. P. el Priorazgo de Valencia: no sé si diga si me plugo, si me pesó: porque no querría ver un tal espíritu y estilo y ingenio [ocupado] en buscar de comer : *nolo te operari cibum qui perit, sed qui permanet in vitam æternam.* Nuestro Señor esfuerce á V. P. y le dé su gracia, para que sea ambidextro y pueda con lo uno y con lo otro: y su muy Reverenda persona conserve en su sancto temor y amor. De Lisboa á 19 de Septiembre de 1584 años.

Siervo de V. P.=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito:

Al muy R. P. Maestro Fr. Vicente Justiniano, Prior del Monasterio de Predicadores. En Valencia.

XXXIV.

†

Al Beato Juan de Ribera, arzobismo de Valencia (1).

Ilustrísimo y Reverendísimo Señor.=*Impetrata paterna benedictione.*=Dos cartas he recibido cuasi juntas de V. Ilustrísima S.ª á las cuales quisiera responder más despacio. Y porque la Madre Priora tuvo el papel de Soror Agullona todo este tiempo, y no lo pude haber de ella hasta este sábado por la mañana, ni tampoco lo pude leer despacio, como era menester, no podré agora responder á la primera carta de V. S. por este ordinario. Solamente responderé á la segunda, en la cual lamenta V. S. este común azote que nos vino por el fallecimiento deste gran Prelado (2): y un familiar suyo, persona principal, me escribió todo la historia de su dichoso y doloroso tránsito, la cual yo tenía sacada de muy buena letra para enviar á V. S. por saber cuánto se consolaría y edificaría en saber la muerte y la preparación de ella deste sancto Prelado. Y estando yo con este treslado en la mano, este sábado quiso nuestro Señor que vino á mis manos la carta que con ésta va, del que me escribió la historia, y jun-

(1) Carta autógrafa en el Archivo del Real Colegio de *Corpus Christi* de Valencia.

(2) San Carlos Borromeo.

tamente me la envió impresa en latín y en lengua italiana, como aquí la envío á V. S. como un gran tesoro, y más con la esperanza que este Padre nos da de escribir toda su vida......

Tiene V. S. de espantarse con gran razón de aquella pastilla que le llevó el P. J. Layeme, porque también el P. Confesor y yo quedamos espantados, y yo lo estaré toda la vida como de cosa nunca ya vista en el mundo. Á otro camino escribiré á V. S. lo que siento de esto, y también del papel de la M. Agullona. Nuestra M. Priora deseaba escribir sobre ello, mas no tiene un punto de tiempo, porque no quiere perder lo ordinario de estar con el Esposo. Solamente dice ella y esotra hermana que lo que ella llama lumbre, es todo amor, que no puede arder en la voluntad sin que presceda esta luz del entendimiento. Y porque las cartas y papeles que yo enviaré á V. S., son de cosas secretas, y sería peligroso perderse, avíseme V. S. de alguna persona muy conoscida de Madrid, á quien yo envíe las cartas, y con buen porte, para que vayan más seguras......

Y á vueltas de cosas tan grandes diré también que aquella buena mujer prieta está aparejada para ir á servir á V. S. y de aquí á un mes esperamos unos carros que van á Madrid para llevarla. Y por falta de tiempo no alargo ésta más, sino pido á V. S. el favor de sus oraciones, porque yo con toda mi pobreza no le falto con las mías. Y nuestro Señor la Ilustrísima y Reverendísima persona de V. S. conserve siempre en su sancto temor y amor. De Lisboa á 12 de Enero [1585].

Siervo indigno de V. Ilma. y Rma S.ª=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito:

Al Ilmo. y Rmo. Señor el Señor Patriarca, etc.

XXXV.

Al Beato Juan de Rivera, Arzobispo de Valencia (1).

†

ILMO. y Reverendísimo Señor.=*Impetrata paterna benedictione.*=Una recibí agora de Sevilla de V. S. y por ella entiendo no haber recebido otras dos juntas que le escribí á Valencia,

(1) Carta hológrafa en el Archivo del Real Colegio de *Corpus Christi* de Valencia.

en una de las cuales le enviaba impreso en lengua latina y también en toscana el fallecimiento y preparación de la muerte del Ilmo. Cardenal Borromeo, escrito por un familiar suyo que á todo se halló presente, y con esto iba una carta del mismo de algunas cosas que sucedieron después de su fallecimiento. Y tiene V. S. Reverendísima mucha razón de sentir esta pérdida, porque verdaderamente aquel Perlado era una candela que alumbraba con su ejemplo toda la Iglesia y confundía á los regalados y negligentes y esforzaba á todos los virtuosos, y no sé si de aquí á muchos años tendrá la Iglesia otro como él, pero nuestros pecados este azote y otros tales merecen.

Y porque en aquellas cartas escribía más largo, en ésta seré breve, mas haré lo que V. S. manda, que es encomendarlo á estas dos siervas de nuestro Señor. Y encomendándolo yo á Ana Rodríguez, ella me certificó que la primera persona que encomendaba á nuestro Señor era á V. S. y la segunda era yo. Ella ha llegado á tal estado que todas cuantas cosas hay en la vida le son penosas, si no es estar en una actual unión con Dios, tanto, que come en dos bocados apresuradamedte por volver luego á este ejercicio del [cual sale] presa con una tan grande suavidad y paz interior que *exuperat omnem sensum,* y por esta causa le dan gran pena las visitaciones, porque la divierten de esto, por lo cual ahora se fué á esconder media legua de esta ciudad cabe un monesterio de monjas descalzas, y vístese de prieto sobre lo pardo para no ser conocida ni buscada. Díceme V. S. que se maravilla de la estampa que llevó el Padre Sánchez. Yo tengo materia de admiración para toda la vida, porque nunca tal cosa leímos, y espero enviar á V. S. el traslado de ésta, cuando volviere á Valencia, para el Señor Duque de Gandía y otra para el Señor Marqués de Almazán, pues V. S. es tan devoto de sus virtudes......

Yo, á Dios gracias, tengo salud, la que se sufre en esta edad, de manera que puedo cada día decir misa, y en ella y fuera de ella hago lo que V. S. me manda, aunque como pobre y necesitado, y también ofrezco á nuestro Señor la oración que V. S. hace por mí, porque por cierto tengo que no me olvida en ella Él more siempre en el ánima de V. S. cuya Ilustrísima y Reverendísima persona Nuestro Señor prospere siempre. De Lisboa 10 de Hebrero 1585.

Siervo de V. Ilma. y Rma. S.ª=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito:

Al Ilmo. y Rmo. Señor el Señor Patriarca y Arzobispo de Valencia en Sevilla. Porte un real.=Sevilla.

XXXVI.

Al Padre Diego de Guzmán (1).

†

MUY Reverendo Padre.=*Gratia & pax Christi.*=Sea Nuestro Señor bendito, que ha dado vida á V. R. hasta agora. Bien se me acuerda que le vi en Pliego muchos años ha, enseñando la doctrina, y después le vi en Lisboa antes que partiese para Roma, y parésceme que todavía persevera en ese mismo oficio de enseñar la doctrina, que cuanto es más humilde, tanto será más grato á Nuestro Señor.

Pídeme V. R. que escriba la vida del P. Maestro Avila. Bien veo cuánta razón hay para que tal vida se escribiese: mas yo estoy ya tan inhábil con la edad para el trabajo del escribir, que no sé lo que podré. Y era menester que algunos de los que más familiarmente le trataron, me enviasen algunos memoriales de las cosas que ellos saben. Y su vida será más dificultosa de escribir, porque sus virtudes eran más espirituales que corporales, porque con sus enfermedades y continuo uso de predicar, no podía hacer las abstinencias del P. Ignacio, que son de las que el mundo más se admira.

Tampoco sé los principios de su vida, y los nombres de sus padres, y el lugar donde nasció, y dónde estudió, y dónde comenzó á predicar. Todo esto es menester que se escriba, y el P. Loarte, si es vivo, y el P. Río sabrán algo desto, y el Padre que copiló sus Epístolas, las cuales también declaran mucho de su espíritu y de la orden de su vida: á lo menos la tercera Epístola del primer tomo, donde reparte las obras y ejercicios del día, bastantemente declara que no diera él aquellos consejos ni aquella orden de vida, si él no la guardara para sí. Si yo tuviese todos estos memoriales que aquí digo, por ventura me esforzaría á escribir esta vida, la cual ayudaría mucho para la inteligencia

(1) Carta autógrafa en el Archivo de la Compañía de Jesús.

de su doctrina, ayudándome V. R. con sus sanctas oraciones, porque este negocio es más arduo de lo que paresce: porque nadie puede escribir bien las virtudes y ejercicios espirituales de un sancto, sino quien tuviere el mismo espíritu, como se ve en la vida de San Francisco, escrita por San Buenaventura, que llaman la Leyenda mayor. Y pues V. R. se acuerda de mí para mandarme, acuérdese para encomendarme á Nuestro Señor en sus sanctos sacrificios y oraciones: el cual la muy Reverenda persona de V. R. conserve siempre en su sancto temor y amor. De Lisboa á 15 de Abril de 1585 años.

Siervo de V. P.=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito:

† Al muy Reverendo Padre el P. Don Diego de Guzmán, en el Colegio de la Compañía de Jesús, en Roma.

XXXVII.

Al P. Diego de Guzmán (1).

MUY Reverendo Padre.=*Gratia et pax Christi.*=Una de Vuestra Reverencia recibí con un pedazo de la Vida del P. Avila, que es en gloria, y con lo uno y con lo otro recebí grande consolación por saber nuevas de V. R. las que me dieron más largas dos Padres que de ese sancto Colegio de Nápoles llegaron aquí para pasar á la India, con los cuales recebí particular consolación por darme cuenta de las ocupaciones de V. R. con toda su edad y falta de oir, y con las de los Padres de ese Colegio que tan ocupados andan en la edificación de los prójimos, ordenando sus congregaciones en todas las suertes y estados da gentes. Sea nuestro Señor bendito, que se sirve de VV. RR. como de instrumentos vivos para reparación de las ánimas que Él redimió con su sangre.

Cuanto á lo que V. R. manda de escrebir la Vida del Padre Ávila, al principio me quisiera excusar con mis ocupaciones y falta de fuerzas, y agora se me ofrece otro mayor impedimento: porque trayendo á la memoria sus cosas y leyendo sus epísto-

(1) Copia de Don Ramón Cabrera, archivero de la casa de Alba á principios del siglo XIX, el cual la sacó de otra tomada por Don Juan B. Muñoz del original que existía en la Biblioteca de la Universidad de Granada.

las, hallo en lo uno y en lo otro tan grandes virtudes, que las pierdo de vista y me hallo insuficientísimo para escrebir la vida de un hombre tan sobrenatural y todo divino, porque me parece que estaba tan transformado en Cristo, que todo lo humano estaba oprimido con la gloria del espíritu. Mas todavía eso poco que pueda alcanzar mi rudeza, entiendo que no carecerá de fructo para todas las personas que tienen por instituto aprovechar á las ánimas: porque ciertamente aquí hallarán los tales un perfectísimo dechado en que vean lo que han de hacer y lo que les falta. Mas para esto se requiere que V. R. me ayude con sus oraciones muy de veras, pues solo él ha sido el motivo de tomar yo este trabajo. Y demás desto escriba V. R. á esos Padres que saben algunas cosas de su vida, de que V. R. hace mención en su carta, para que ellos me envíen los memoriales para juntar con lo que V. R. me escribe, y con lo que yo sé, por haber tratado muchas veces con este varón de Dios, y particularmente en Zafra, donde moraba con él en una misma casa y mesa, y también en Priego, donde vi á V. R. muchos años ha enseñando la doctrina á los niños, y parésceme que en ese oficio quiere nuestro Señor que V. R. acabe la vida.

Otra vez torno á suplicar á V. R. me ayude para esta obra con sus oraciones, porque le certifico de verdad que es imposible acertar enteramente á escrebir su vida sino quien tuviere el espíritu que él tuvo, porque nuestra suficiencia no llega á más que á ver su conversación y las obras que hacía, y doctrina que predicaba. Mas las raíces y fuentes desto, que eran las virtudes y el espíritu y los conceptos interiores de su ánima, no les vemos en sí mesmos, y habémoslos de conjeturar por lo que vemos de fuera. Mas aquel Señor de quien se dice: *desiderium pauperum exaudivit Dominus,* ha de oir esta manera de oración y deseo grande que V. R. tiene como legítimo hijo de la gloria deste su bendito Padre. Y si nuestro Señor por sus oraciones fuere servido que esto llegue á su deseado fin, tendrá V. R. por compañera en esta alegría á la santa Condesa de Feria, hija tan querida deste Padre. Y more siempre nuestro Señor en el ánima de V. R. con abundancia de su gracia.

Á 28 de Marzo de 1586.

Siervo de V. R.=*Fray Luis de Granada.*

XXXVIII.

Al P. Pedro de Ribadeneira (1).

Muy Rdo. Padre.=*Gratia et pax Christi.*=Recibí la de V. P. juntamente con la merced que me hizo de un presente tan gracioso como es la *Vida del P. Ignacio* vuelta en latín para que todas las naciones extranjeras de Francia y Alemaña vean este consejo de nuestro Señor de haber tomado un soldado para fundador de una Religión, que en tan breve espacio se ha extendido por todas las regiones del mundo con tan gran fruto de las partes á donde ha llegado. Y también creo que no menos fruto ha de hacer en Inglaterra, donde hay muchos católicos escondidos. Dé V. P. gracias á nuestro Señor por haberle tomado por instrumento para que represente á sus religiosos la memoria viva y los ejemplos deste gran siervo de Dios. No digo más en esta parte, porque me tomó la de V. P. con una recia enfermedad, sobre la que vino otra de los ojos, por donde no hay ver ni hacer letra: y con ésta podrá V. P. responder á aquel P. Cartujo que me quería encargar deste nuevo trabajo, porque realmente no estoy para ello ni para acabar algunas cosillas que tenía comenzadas. Y para esto que queda de vida, suplico á V. P. me ayude con sus santas oraciones. Cuya muy reverenda persona nuestro Señor guarde y aumente en su santo servicicio. De Lisboa y Setiembre de 1586.

Siervo de V. P.=*Fray Luis de Granada.*

XXXIX

Al P. Pedro de Ribadeneira (2).

†

Muy Rdo. Padre.=*Gratia et pax Christi.*=Recibí la de V. P. y ya yo sabía lo que en ella me escribe del P. Ávila, junto con la parábola del niño y del gigante, que V. P. abrevió. Yo la tengo más extendida, y no tome V. P. pena por haber yo escrito

(1) Copia en la *Vida del P. Pedro de Ribadeneira*, pág. 64 del códice 5663 de la Biblioteca Nacional de Madrid.

(2) Carta autógrafa en el Archivo de la Compañía de Jesús.

la historia de este Padre, porque le certifico que si algo tiene bueno, es de lo que yo me aproveché de la historia de V. P. Y la que agora me hizo merced de enviar en latín, me ha desmayado, mayormente en esta edad donde ya no tengo fuerzas para limar lo que escribo, sino va todo corriendo con la pluma por abreviar y no cansarme. Por tanto pierda V. P. ese cuidado y tómelo de escribir las vidas de esos santos que Dios ha dado á esa sancta Compañía, porque ésos han de ser perpetuas columnas y fundamento de la sanctidad que ha de haber en ella. Y por falta de tiempo no alargo ésta más, sino quedo suplicando á nuestro Señor more siempre en el ánima de V. P. De Lisboa y Deciembre 21 de 1586.

Siervo de V. Rda. P.=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito:

† Al muy Rvdo. Padre el Padre Pedro de Ribadeneira en el Colegio de la Compañía de Jesús en Madrid.

XL.

Al P. Juan Diaz (1).

Muy Rvdo. Señor.=*Gratia & pax Christi.*=Quise hacer saber á vuestra merced que tengo escrito un gran pedazo de la vida de nuestro santo Padre Ávila, y pienso que pasará de veinte pliegos de escritura, según lo mucho que hay que decir de este santo varón. Y el mérito de esto es de vuestra reverencia, pues me dió la historia tan aparada y concertada, que me dió mucho alivio. Creo que antes de cincuenta días se acabará: y luego querría que saliese á luz, si á vuestra reverencia le pareciere. Y holgaría de ver este tratado de Amor de Dios con Las Reglas, para ver si todo junto hará un volumen como *Audi Filia,* ó poco menos. Y pues vuestra reverencia me ayudó con la escritura que me envió, ayúdeme agora con oraciones, porque son necesarias para acertar á escrebir esta historia, acompañándola con la Sancta Escritura y calificando las cosas de ella. Y por estar agora de priesa no alargo ésta más. Solamente pido que

(1) Carta autógrafa en el Archivo de S. Pedro de los Naturales de Madrid: *Proceso del B. Juan de Avila,* Informaciones del Señor Doctor D. Juan de Mendieta, fol. 38.

vuestra reverencia se acuerde de mí ante nuestro Señor. El cual more siempre en la muy religiosa ánima de vuestra reverencia. De Lisboa, á 21 de Deciembre de 1586.

Siervo de v. m.=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito:

Al muy Reverendo Señor el Señor Joan Diaz, en Madrid.

XLI.

Al Rmo. Padre General de la Compañía de Jesús (1).

†

REVERENDÍSIMO Padre nuestro.=*Impetrata paterna benedictione.*=Con el correo pasado escrebí á V. Rma. Paternidad, dándole cuenta cómo, á petición del Padre Don León Henriquez, había escrito la Vida del Cardenal Infante, que después fué rey nuestro señor, y con esta carta había de ir la misma Vida, y por olvido fué la carta y no fué la Vida: y no me pesa dello, pues agora irá á mejor recaudo con el Padre procurador de la provincia. Y el intento del Padre Don León y el mío era para que Vuestra Reverendísima Paternidad mandase al P. Mafeo, ó á quien mejor le pareciese, que la volviese en latín, para que corriese por toda la cristiandad, y todos se aprovechasen de los ejemplos de virtudes que en ella hallarán, y reconociesen la devoción y amor grande que este religiosísimo Príncipe tuvo á la Compañía de Jesús. Yo no hice más que ponerla en mi lengua, y dar fe, como testigo de vista, de las virtudes deste Señor: mas no me atreví á escribirla en latín, por ser mi estilo muy bajo y no tener ya fuerzas para limar lo que escribiese, por la mucha edad. Y por esto, y por lo que la Compañía de Jesús debe á este Príncipe, remití esta traslación á las manos de V. Rma. Paternidad, pues tiene cabe sí personas que puedan hacer esto muy bien hecho.

Y porque la escritura no es más que de siete ó ocho pliegos de letra de mano, y parecería poca cosa, si se imprimiese sola, parecióme se debía juntar con la Vida del Ilmo. Cardenal Borromeo, la cual escribe agora en Milán un familiar suyo, por nombre *Carolus a Basilica Petri, clericus regularis S. Pauli decollati,*

(1) Carta autógrafa en el Archivo de la Compañía de Jesús.

que al presente es rector del colegio donde reside, al cual yo tengo escrito sobre esto, y agora también le escribo. Porque ambas á dos vidas juntas harán un mediano volumen, y viene muy á propósito la una vida con la otra, pues ambas son de dos religiosísimos Cardenales de nuestros tiempos, que fueron como dos lumbreras del mundo.

En esto no tengo más que decir, ni en otra cosa, sino ofrecerme á V. P. Rma. como verdadero hijo suyo, que no menos lo soy que todos los que están debajo de su obediencia, aunque sea el hábito diferente: y nuestro [Señor] la Reverendísima persona de V. P. prospere siempre con favores del cielo. De Lisboa y Abril á 25 de 1587.

Perdone V. Rma. Paternidad á un medio ciego la mano ajena, y hágame V. P. Rma. caridad que esta carta, que va para el Prior de Favencia, se la mande encaminar con la que va para el Padre Carolo, *de quo, etc.*

Siervo de V. Rma. Paternidad.=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito:

† Al Rmo. Padre nuestro, general de la Compañía de Jesús. Roma.

XLII.

Al P. Juan Diaz (1).

G*RATIA & pax Christi.*=Hoy sábado recebí una de vuestra merced, en que me escribe está muy consolado con la historia de nuestro santo Padre Ávila. Yo confieso á vuestra merced quedó ella muy baja para lo que yo siento de él: mas como yo estoy tan viejo y tan quebrado, no tuve fuerzas para apurar más la materia, como lo hiciera si me tomara con más fuerzas. Y cuanto á lo de expenderse los libros, ya vuestra merced sabe cuán fresca y amable está todavía la memoria de este santo varón, que muy pocos habrá que por tan poco dinero no quieran tener la historia de tal vida: y el historiador es conocido (2), que

(1) Carta autógrafa en el Archivo de S. Pedro de los Naturales de Madrid, en el *Proceso del B. Juan de Avila,* Informaciones hechas por el Doctor Don Juan de Mendieta, fol. 39.

(2) *Tan conocido* puso el escribiente, pero Fr. Luis de Granada en su humildad tachó el *tan.*

también hace al caso, y sólo los Padres de la Compañía bastan para acreditarla y expenderla por el amor que le tiene, y por lo que resulta de crédito y reputación á la misma Compañía, por algunas cosas que la historia tiene tocantes á esto. Por tanto, vuestra merced no tema empeñarse para esta obra, procurando que el papel sea muy bueno, y así lo sea la impresión. Yo para mí ningún interese pretendo, porque con un solo libro me contento, que acá no faltará.

En esta ciudad se expenderán algunos, porque también es aquí muy celebrada la memoria de este santo varón, mayormente si viniera acompañada con la vida de esas tres santas portuguesas. Quien más priesa da á esto es aquella santa Condesa, que como está tan enferma, desea ver antes que muera la vida de éste su santo Padre, y todos los señores de la casa de Arcos y de Gibraleón.

En lo que toca á dirigir la historia al Patriarca *(Don Juan de Ribera)* la razón es una estrechísima amistad entre nos, y muy largas mercedes que me ha hecho y hace para sustentar mis escribientes y para remedio de algunas pobrísimas y santas mujeres que hay en esta ciudad, y no tengo otra cosa con qué gratificar y servir á un Perlado que tiene por oficio predicar, sino con inviarle la imagen de este predicador evangélico. Y more siempre nuestro Señor en su santa ánima. Y si algún servicio en esto le he hecho, acuérdese de mí en sus santas oraciones, como hace el P. Diego de Guzmán. De Lisboa 13 de Junio 1587.=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito:

Al P. Juan Diaz, en Madrid.

XLIII

Á la Marquesa de Villafranca (1).

G*RATIA et pax Christi.*=La Señora Doña Catalina de Mendoza me envió una de V. S. que fué para mí materia de grande consolación por todo lo que en ella venía, y particularmente por lo que me escribe del Señor D. Pedro, que es mi hijo de penitencia, cuyas manos beso muchas veces, y aquí le envío

(1) De una copia de D. Ramón Cabrera.

un librico á propósito de lo que Su Señoría gusta. También me alegré con el nuevo fruto y parto que Nuestro Señor le había dado. Él sea por todo bendito, pues ya V. S. tiene cuatro hijos, y Nuestro Señor le dará los más que sea servido, para gloria suya. También me consolé porque olí en la carta la devoción y espíritu de V. S. y deseo de imitar aquella sancta agüela que Nuestro Señor le dió, la cual me crió dende poca edad con sus migajas, dándome de su mismo plato en la mesa de lo que ella misma comía. Y fué Dios servido que después le viniese á predicar muchas veces al Halambra, y ella viniese con las señoras sus hijas á oirme á nuestro Monasterio.

Cuanto á lo que V. S. me pide, que es un tratado para mujer casada, advierto que el P. Fr. Luis de León escribió uno que imprimió en Salamanca. Yo no estoy ya para escribir, porque me faltan las fuerzas; mas lo que puedo decir es que la regla de los casados es la misma que han de guardar los cristianos, porque muy poco más se añade á éstos, y lo principal que para las casadas se requiere, es que no hagan ídolos de sus maridos y de sus hijos, porque éste es el mayor peligro que hay en las bien casadas, y principalmente en las señoras de grande estado. Y para esto deben acordarse y traer algunas veces á la memoria que maridos y hijos son hombres de carne, mortales y pasibles, sujetos á todos los accidentes, enfermedades y acaescimientos de todos los otros hombres, y que Dios tiene las llaves de la vida y de la muerte, de la salud y de las enfermedades; y reconociendo esto, los ofrezcan á Dios y los tomen por dados de su mano por el tiempo que Él fuere servido, y dándole gracias por las vidas dellos y ofreciéndolas á Dios para que Él las conserve, y aparejando los corazones para todo lo que Él quisiere hacer dellos. Éste es el principal documento de las casadas; y las que esto no hacen, si algún desastre acaesce, dan con la cabeza por las paredes y hacen y dicen mil desatinos quejándose de Dios.

Después desto se sigue el cuidado de la buena crianza de los hijos, desvelándose en esto y ayudándolos con oraciones.

Tras desto se sigue la obediencia á los maridos, y el excusarles todas las materias de desgustos, y si ocasión hubiere, disimular los celos, la cual no querrá Dios que haya. Estas oraciones han de ser ayudadas con misas y limosnas á pobres. Esto me pareció escribir á V. S.; lo demás le enseñará el Espíritu

Santo, el cual ordena la caridad y quiere que el primer amor se dé á Dios sin tasa y sin medida, y el segundo al marido con tasa y por medida, para qũe no ponga inpedimiento al de Dios empapándose mucho en el marido y olvidándose de Dios, el cual more siempre en el ánima de V. S. con abudancia de su gracia. De Lisboa y Octubre á 17 de 87.=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito:

Á la Marquesa de Villafranca.=Nápoles.

XLIV.

Al Rmo. Padre General de la Compañía de Jesús (1).

RMO. Padre nuestro.=*Impetrata paterna benedictione.*=No creo que extrañará V. Rma. Paternidad escribirle yo sin haberle visto ni servido, pues pienso que sabrá cuán antiguo hijo soy de esa sancta Compañía, y esto me movió en parte á escribir las historias de dos vidas, una del Padre Maestro Ávila, que fué tan devoto de ese tan religioso instituto, la cual tengo agora en las manos á punto de acabar, movido á esto por persuasión del muy Rdo. P. Diego de Guzmán, que reside en Nápoles: la otra es del serenísimo y cristianísimo Cardenal Don Enrique, que después fué rey de Portugal, nuestro señor, el cual fué devotísimo de esa sancta Compañía, y favorecedor de sus casas y colegios, y el que fundó el insigne colegio de Évora. La primera vida es para andar en romance, junto con otras obras de este Padre: mas la segunda querría que anduviese en latín, para que corriese por todas partes y lenguas. Y porque es escritura de pocos pliegos, que serán hasta diez ó doce, andará muy desacompañada si se imprimiere sola, y por eso deseo que se imprimiese con otra vida del Ilmo. Cardenal Borromeo, la cual escribe un familiar suyo en elegante estilo latino, llamado *Carolus a Basilica Petri, sancti Pauli decollati, clericus regularis:* y demás de esta conveniencia, parece ser buena combinación de dos Cardenales religiosísimos, y ambos contemporáneos de nuestra edad.

Esta vida escribí yo á instancia del muy Rdo. Padre Don León Enriquez, que fué confesor de nuestro Cardenal, y me dijo

(1) Carta autógrafa en el Archivo de la Compañía de Jesús.

algunas cosas de su vida, y sé que redundará de esta historia mucha gloria para los Padres de esta sancta Orden con el testimonio y aprobación de una persona tan señalada en el mundo. Mas porque yo no tengo el estilo que merece esta historia, remito á V. P. Rma. que la mande poner en latín al P. Mafeo, que está por allá, ó al P. Ribadeneira que está acá, ó á otro cualquiera que V. Rma. Paternidad señalare. Y por ser ésta obra que redunda en mucho servicio de nuestro Señor y edificación de la Iglesia, no la encarezco más á V. P., pues tan deseoso está de todo lo que sirve á la gloria de nuestro Señor. El cual la reverendísima persona de V. P. con su sancta Compañía prospere siempre con nuevos favores del cielo. De Lisboa y Deciembre á 3 de 1587.

Perdone V. P. Rma. á un medio ciego la mano ajena.

Siervo y hijo menor de V. Rma. P.=*Fray Luis de Granada.*

Sobrescrito:

† Al Rdo. Padre nuestro, general de la Compañía de Jesús. Roma.

XLV.

Al P. Pedro de Ribadeneira (1).

Muy Reverendo en Cristo Padre: No sé con qué pueda servir á Vuestra Paternidad el cuidado que tiene de regalarme con el fruto de sus trabajos, y particularmente con esta Historia de Inglaterra, que la tengo por muy semejante á las historias sagradas, donde se cuentan también como aquí los desafueros de los malos reyes, y el estrago de la religión en tiempo de Manasés y Sedequías y en el primero de los Macabeos. Todo el libro pasé de tabla á tabla, y lloré muchas lágrimas en algunos lugares dél, mayormente en la muerte de la Reina de Escocia. Tienen aquí grandísima doctrina los privados y consejeros de los reyes, donde verán cumplido lo que se dice: *Malum consilium consultori pessimum*. Y verán cómo las pretensiones de subir á lo alto con artificios y medios humanos, sin temor de Dios, vienen á dar tan grandes caídas, que aquel malaventurado arzobis-

(1) Publicada por el P. Ribadeneira al frente de su *Historia del Cisma de Inglaterra*, Madrid, 1595.

po Volseo, no contento con el lugar á que el mundo le había levantado del polvo de la tierra, aspiraba á ser Papa. Nuestro Señor pague á Vuestra Paternidad el trabajo deste libro, que ha de hacer gran fruto doquiera que se leyere. Del estilo no digo nada, porque sé nació con Vuestra Paternidad, y ése había yo menester para saber alabar esta obra: y por no decir tampoco della, concluyo suplicando á nuestro Señor more siempre en el ánima de Vuestra Paternidad. De Lisboa á 13 de Agosto de 1588 años. =*Fray Luis de Granada.*

XLVI.

Al Maestro Alonso de Villegas (1).

(Dos fragmentos)

Todo lo que vuestra merced tiene escrito, envié yo ahora á Italia al Príncipe Joan Andrés de Oria como un presente riquísimo, y yo también gasto buena parte del tiempo en leer en las vidas extravagantes de los santos no canonizados, que es para mí lectura de grande edificación y consolación, y querría que nunca se acabare, porque el estilo de vuestra merced es muy propio y sin ninguna afectación, que detiene los lectores con gusto y suavidad.

No sé en qué determina vuestra merced de ocuparse lo que le queda de vida. Y digo esto, porque sería de mucho provecho un libro de ejemplos, conforme á otro que anda en latín sacado de diversos autores, como de los Diálogos de S. Gregorio, del *de Vitis Patrum,* del *de Gestis Anglorum* de Beda, de la Corónica de Santo Domingo, de S. Francisco, del Orden de Cistel, del Espejo Historial, del libro *Apum,* de Cesario, de Pedro Damián, de Clímaco, del Orden de Ermitaños y de vidas de san-

(1) El Maestro Villegas, al publicar estos dos fragmentos, escribe lo siguiente: Entre otros motivos que tuve para ocuparme en este libro, fué uno escribirme el Padre Maestro Fray Luis de Granada (que Dios tiene en el cielo) en dos cartas, entre otras muchas que yo estimo en mucho por prendas caras de tan insigne varón, en la una, una cláusula que dice así: *Todo lo que vuestra merced tiene....*

En otra carta al cabo dice: *No sé en qué determina vuestra merced...*

Prólogo de la obra: *Fructus Sanctorum y Quinta Parte de Flos Sanctorum, que es libro de ejemplos*, etc. Cuenca, 1594.

tos. Sería una Silva de varia lección, y en que vuestra merced podría ocuparse. Porque quien tan buena elección y estilo tiene para escribir historias, no será razón estar ocioso lo que le queda de vida, que no es poco, según el curso de las edades, porque el retrato de vuestra merced no parece muy viejo, y nuestro Señor alarga la vida á los que tan bien la emplean. El cual more siempre en la alma de vuestra merced con abundancia de su gracia.

De Lisboa á veinte y nueve de Octubre de mil y quinientos y ochenta y ocho años.=*Fray Luis de Granada.*

SERMÓN EN QUE SE DA AVISO

QUE

EN LAS CAIDAS PUBLICAS

DE ALGUNAS PERSONAS

NI SE PIERDA EL CRÉDITO DE LA VIRTUD DE LOS BUENOS
NI CESE Y SE ENTIBIE EL BUEN PROPÓSITO DE LOS FLACOS

COMPUESTO POR EL

R. P. M. FR. LUIS DE GRANADA

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO

EN LISBOA
IMPRESO CON LICENCIA DEL SANCTO OFICIO Y DEL ORDINARIO
POR ANTONIO RIBERO
M. D. LXXXVIII.
Véndense en casa de Juan Despaña, librero.

LICENCIA Y APROBACIÓN

Digo eu frey Bertholameu Ferreira, Mestre em sancta theologia, Deputado do Sancto Officio & examinador dos livros nestes reinos, que vi por mandado de S. A. este sermão do muito Reverendo Padre Mestre F. Luis de Granada, & tenho a doctrina delle por catholica, como he toda sua doctrina, & por muito necessaria & proveitosa nestes tempos, & digna que se imprima, & se imprima nos coraçôes dos homens: em fee do qual assiney aqui.

Frey Bertholameu Ferreira.

¶ Podese imprimir o sermão composto pello Reverendo Padre Mestre Frey Luis de Granada, cuio titulo he: Sermón en que se da aviso que em las caídas, &c. Em Lisboa a xvij de Dezembro de 88.

O Arcebispo de Lisboa.

AL CRISTIANO LECTOR

COSTUMBRE ha sido siempre en la Iglesia de todos los ministros de la palabra de Dios acudir con su doctrina á las necesidades espirituales de ella, y de aquí procedieron tantos libros que en diversos tiempos se han escrito contra diversas herejías, y otros que trataron de la divina Providencia contra los que (viendo las calamidades y desórdenes de la vida humana) la negaron. Y no sólo con sus escrituras, sino mucho más con la doctrina de sus sermones, procuraron ocurrir á estas necesidades, alumbrando y desengañando á la gente de poco saber. Pues considerando yo agora algunas necesidades que se han ofrecido en nuestros tiempos, y á que los predicadores y ministros de la palabra de Dios deben acudir, ya que yo por causa de la edad no puedo ejercitar este oficio, quise con el favor divino ayudar algo con la escritura, suplicando á nuestro Señor muy de corazón quiera Él dar virtud á estas palabras, para que prendan en los corazones de los que las leyeren, y les den luz y conocimiento de lo que en semejantes ocasiones deben hacer. Y si esta escritura no bastare para enfrenar á los que en estos casos hablan con poca caridad y mucha soltura, á lo menos aprovechará á los flacos y pusilánimes, para que ayudándoles nuestro Señor no desmayen ni desistan de sus buenas obras y sanctos propósitos.

ARGUMENTO DESTE SERMÓN

Dos principales males se siguen cuando alguna persona de grande reputación de sanctidad cae en algún error ó pecado público. El uno es descrédito de la virtud de los que son verdaderamente buenos, pareciendo á los hombres ignorantes que no se debe fiar de ningún bueno, pues éste que parecía tal, vino á dar tan gran caída. El otro es el desmayo y cobardía de los flacos, que por esta ocasión vuelven atrás, ó desisten de sus buenos ejercicios. Y en estos casos, así como son diversos los juicios y pareceres de los hombres, así lo son también sus afectos y sentimientos: porque unos lloran, [otros ríen] y otros desmayan: lloran los buenos, ríen los malos, y los flacos desmayan y aflojan en la virtud, y el común de la gente se escandaliza. Pues de todas estas cosas, con el favor y ayuda de nuestro Señor, pretendo tratar en este sermón y inducir á todos los fieles á lo que en semejantes casos, según Dios y toda buena razón, deben hacer y sentir.

SERMÓN

DEL

P. MAESTRO FRAY LUIS DE GRANADA

FUNDADO SOBRE ESTAS PALABRAS DEL APÓSTOL:

Quis infirmatur, & ego non infirmor?
Quis scandalizatur, & ego non uror?

2. Corinth. 11.

Esto es:
¿Quién está flaco en el espíritu, que yo no me compadezca dél?
Y ¿quién se escandaliza, que yo no me abrase?

NUESTRO glorioso Padre Santo Tomás en una muy devota oración, en la cual pide á nuestro Señor muchas virtudes y gracias, una de las principales es, que siendo tantas las alteraciones y mudanzas desta vida, nunca desfallezca entre las prosperidades y adversidades de ella, sino que en las prosperidades le dé gracias, y en las adversidades tenga paciencia, y así ni en las unas se levante y envanezca, ni en las otras se acobarde y desmaye. Dejemos agora las prosperidades, pues tan fuera están nuestros tiempos de ellas, y tratemos de las adversidades, de que estamos por todas partes cercados. Entre las cuales unas son corporales, como son las guerras, hambres y mortandades, y otras espirituales, que tocan más en lo vivo, como son las herejías, que hacen guerra á la fe, y los malos ejemplos y vida estragada de los malos, que perjudican á las buenas costumbres. Los cuales ejemplos, que son hechos y dichos de los malos, son tan poderosos para dañar, que sus palabras cunden

como cáncer, y sus hechos inficionan y matan las ánimas, por las cuales Cristo derramó su sangre. Pues contra los tales dice San Bernardo: Si el Salvador dió su sangre en precio y redempción de las ánimas, ¿no os parece que le persigue más (cuanto en sí es) el que con malas palabras y malos ejemplos aparta las ánimas de su servicio, que el que derrama la sangre que Él ofreció por ellas? Y si el demonio se llama homicida en el Evangelio, porque mata las ánimas incitándolas á pecar, ¿no será también homicida el que con su mala vida y mal ejemplo hace lo mismo?

Mas entre los malos ejemplos que se ofrecen en la vida humana, el más dañoso es cuando una persona tenida en gran reputación de sanctidad viene á caer en algún público pecado. Porque aquí es donde los buenos lloran, y los malos ríen, y los flacos desmayan, y finalmente cuasi todos se escandalizan y pierden el crédito de la virtud de los buenos. Contra éstos no tengo otra más eficaz respuesta que la que San Augustín da en un caso semejante, que fué la caída de una persona religiosa de las que militaban debajo de su regla y compañía. Donde el sancto Doctor, predicando contra el escándalo del pueblo, dice estas palabras: Decidme, hermanos, ¿por ventura mi casa es mejor que el arca de Noé, en la cual de tres hijos que este sancto tuvo, uno fué hallado (1) malo? ¿Por ventura es mejor que la casa del patriarca Jacob, en la cual de doce hijos que tuvo, uno solo fué virtuoso (2), que fué Josef? ¿Por ventura es mejor que la casa del patriarca Isaac, en la cual de dos hijos que le nacieron de un parto, el uno fué escogido de Dios (3) y el otro reprobado? ¿Por ventura es mejor que la casa de Cristo nuestro Salvador, en la cual de doce Apóstoles que Él escogió, uno le fué traidor (4) y lo vendió? ¿Por ventura es mejor que la compañía de los siete Diáconos llenos del Espíritu Sancto, escogidos por los Apóstoles para tener cargo de las pobres y viudas, entre los cuales uno, por nombre Nicolao (5), vino á ser heresiarca? ¿Por ventura es mejor que el mismo cielo, de que tantos ángeles cayeron (6), y que el paraíso de la tierra, en el cual los dos primeros padres del género humano, criados en justicia y gracia, fueron echados de este lugar (7) por su pecado? Hasta aquí son palabras de S. Augus-

(1) Genes. 9. (2) Genes. 37. (3) Genes. 28. (4) Joan. 13.
(5) Act. 6. (6) Apoc. 12. (7) Genes. 3.

tín, de las cuales coligimos dos cosas: la una, que nadie se debe espantar como de cosa nueva que en todos los estados, por perfectos que sean, haya algunos que cayan: y la otra, que no debemos juzgar por los que caen, á los que quedan y están en pie, como lo vimos en este mismo discurso, donde entre ésos que cayeron, quedaron otros que perseveraron en su virtud. Y por aquí entenderemos la poca razón que tienen los que se maravillan y escandalizan cuando alguna persona notable desvara y cae. Porque ¿quién más sancto que David, varón escogido, y conforme á la voluntad de Dios, y lleno de espíritu profético, y vemos (1) cuán feamente cayó? Y ¿quién más sabio que Salomón, que tantos misterios y maravillas alcanzó y escribió en el libro de los Cantares, y vemos á qué extremo de maldad llegó (2), pues vino á adorar ídolos? Y destos ejemplos pudiéramos traer infinitos, de que están llenas las historias eclesiásticas, pero uno solo referiré aquí, que se escribe luego al principio de las Vidas de los Padres del yermo. Y éste fué, que un monje que moraba en lo más apartado de aquel desierto, el cual había vivido muchos años ejercitándose en grandes abstinencias y virtudes admirables, y recibido de Dios muchas revelaciones con espíritu de profecía, y con esto á cabo de muchos años y de muchos sanctos trabajos recibió de nuestro Señor un tan grande favor, que por mano de los ángeles era proveído de mantenimiento: porque llegada la hora del comer, entrando más adentro de su cueva, hallaba un pan muy blanco y muy suave, que comía dando gracias á Dios y gastando lo más del día y de la noche en himnos y oraciones. Viéndose pues honrado con tantos favores, vino á reinar en su corazón un pensamiento de que por el mérito de sus trabajos había alcanzado tan grandes favores. Y como sea verdad lo que dice Salomón (3), que antes de la caída se levanta el corazón del hombre, comenzó el demonio á solicitarle por esta vía y armarle lazos para la caída. Y dejando á parte el proceso de toda esta tentación, que fué largo, finalmente vino á inflamar su corazón con un tan grande ardor del vicio sensual, que se determinó de dejar el yermo, y así lo hizo, aunque en medio del camino le acudió nuestro Señor y lo revocó de su mal propósito. Por aquí, pues, verá el hombre

(1) 2 Reg. 11. (2) 3 Reg. 11. (3) Prov. 18.

la poca razón que tiene para escandalizarse destas caídas de nuestros tiempos, pues un tan grande sancto como éste, á quien los ángeles servían y traían de comer, vino á dar tan gran caída. Y no es razón que porque éstos y otros tales cayen, condenemos á la universidad de todos los otros buenos, ni por la sanctidad fingida y falsa de algúnos juzguemos que todos los buenos son tales. En el Testamento viejo había muchos falsos profetas que decían haberles Dios enviado á profetizar y enseñar á su pueblo: mas no por ser éstos falsos y engañadores dejamos de creer que había otros muchos profetas verdaderos, como fueron Esaías, Hieremías, Ecequiel, Daniel, con otros muchos. Y en el Testamento nuevo hubo también otros muchos falsos apóstoles, de quien se queja el apóstol San Pablo diciendo (1) que eran obreros engañosos y que se transfiguraban en los verdaderos Apóstoles de Cristo. Y no es esto, dice él, de maravillar, pues también Satanás se transfigura en ángel de luz, y por esto no es maravilla que sus ministros quieran contrahacer á los verdaderos ministros de justicia, cuyo fin dice él que será conforme á sus obras. Pues siendo esto así, ¡cuán grande yerro sería que por la máscara destos falsos apóstoles dejásemos de creer á los verdaderos! También entre los discípulos de Cristo hubo algunos que se escandalizaron de su doctrina y se despidieron dél: por donde el Señor dijo á los más que quedaban (2): ¿Vosotros también queréis os ir? Á lo cual respondió San Pedro por todos: ¿Adónde iremos, Señor, pues tienes palabras de vida? Mas aunque aquéllos se escandalizaron y se fueron, quedaron los otros setenta discípulos, y después predicaron la buena nueva del Evangelio al mundo. También entre aquellos sanctos monjes del desierto hubo algunos engañados del demonio, mas no debemos juzgar por éstos á los otros sanctísimos Padres. Y descendiendo á las cosas humanas, ¡cuántas veces acaece que una mujer casada de grande estima viene á ser comprehendida en adulterio! Pues ¿luego por este ejemplo condenaremos á todas las otras casadas? No por cierto. Y si esto sería gran locura, no es menor que por un bueno que cae, ó por un hipócrita que se descubre, juzguemos por tales á todos. Á este propósito hace lo que acaeció al profeta Elías (3) estando en una cueva en el monte Oreb, huído de la reina Jeza-

(1) 2 Cor. 11. (2) Joan. 6. (3) 3 Reg. 19.

bel, que lo buscaba para matarle. Al cual apareció Dios (que nunca desampara á los que son perseguidos por Él) y díjole: ¿Qué haces aquí, Elías? Él respondió: He celado y vuelto por la honra del Señor Dios de los ejércitos, porque los hijos de Israel han desamparado tu ley, y derribado tus altares, y muerto á tus profetas, y he quedado yo solo, y agora búscanme para matarme. A esto le respondió el mismo Señor, y entre otras cosas le dijo que no era él solo el que había conservado la fe con Dios, porque en ese pueblo tan perdido tenía Él siete mil hombres que no habían inclinado sus rodillas ante el ídolo de Baal. Esto parece, pues, que se puede con razón responder á los que por la caída pública de uno piensan que todo es ya perdido, y que no hay que fiar de nadie, por bueno que parezca, pues tiene Dios otros muchos siervos escondidos, que el mundo no conoce. Y este juicio redunda también en daño de los mismos que esto juzgan, porque con esta siniestra opinión que tienen de los buenos, pierden el fructo que pudieran sacar de su doctrina y buen ejemplo, demás de ser este juicio temerario, y de cortos y precipitados entendimientos, y injurioso á los buenos, que deben ser muy reverenciados, pues á sola la virtud se debe reverencia y honra. Y contra éstos milita un decreto del Papa Zeferino, el cual hablando destos juicios dice así: Temeraria cosa es juzgar los hombres los secretos y intenciones de los corazones, y no viendo de fuera sino obras buenas, temeridad es por sola sospecha condenar las personas, pues nos consta que á solo Dios pertenece saber lo secreto de los corazones. Aristóteles dice que una de las causas por donde los hombres yerran en el juicio de las cosas, es no considerar todo lo que hay en ellas, y moverse fácilmente á determinarlas por mirar algo y no mirarlo todo. Y éste suele ser uno de los medios por donde el demonio engaña á muchos. Para lo cual tenemos ejemplo en Balam y en el Rey de los Moabitas (1) el cual viendo que Balam, mirando todo el ejército de los hijos de Israel asentado en un valle, y pareciéndole dende allí muy hermoso, le comenzó á bendecir y alabar. Indignado desto el Rey (que lo había traído para maldecir al pueblo) le dijo: Vamos á otro lugar, dende el cual veas parte deste pueblo y no le veas todo, y así quizá le maldirás. Pues esto mismo hace el demonio

(1) Núm. 23.

para engañarnos, haciendo que en estos casos pongamos los ojos en uno solo que cae, y no miremos los muchos que están en pie y perseveran en la virtud. Y así nos arrojamos muy de priesa á juzgar las cosas sin más deliberación. Por donde prudentemente dicen los juristas que la precipitación en la determinación de las cosas es madrastra del juicio de la verdad.

Preguntará pues agora un hombre que desea salvarse, lo que debe hacer en estos acaecimientos. Respondo que (pues el Apóstol dice (2) que á los que aman á Dios, todas las cosas suceden para mayor bien suyo) lo que debe hacer en estos casos es no condenar á los otros, sino temer á sí mismo, y escarmentar en cabeza ajena, y mirar que si aquél cayó de un estado tan perfecto, mucho más cerca está de caer el que está en estado menos perfecto. Pues de semejantes caídas no toman los siervos de Dios ocasión para estimar á sí y despreciar á los que cayeron, sino para vivir de ahí adelante con mayor temor y desconfianza de sí mismos, diciendo entre sí: Yo soy hombre como aquél, y concibido en pecado como él, y subjecto á las mismas tentaciones que él, ni tengo más prendas de Dios que él, y navego en el mismo mar que él, sin haber llegado á puerto seguro, ni sé si tengo don de perseverancia hasta la fin, el cual sé que no cae debajo de merecimiento, porque lo da Dios á quien Él es servido. Pues ¿qué hay en mí para que no corra el mismo peligro que aquél? Y por esto muy á propósito me previene y avisa el Apóstol diciendo (2): El que piensa que está en pie, mire por sí no caya. Si cae David y Salomón, ¡pobre de mí, qué haré yo! Éste es, pues, el fructo que saca el humilde y prudente siervo de Dios de semejantes caídas, más temor, más humildad y mayor cuidado de huir todas las ocasiones que le pueden atravesar el pie para caer, y no condenar á muchos por ejemplo de uno.

Y advierta también quien en estos casos desea acertar, que no se indigne contra aquél que cayó, sino antes se compadezca de su caída, y no pierda la esperanza de su enmienda. Porque muchas veces las grandes caídas vienen á ser ocasión de grandes penitencias y mudanzas de vida. En las Vidas de los Padres del Yermo se escribe de una Religiosa que después de veinte años de vida perfecta vino á dar una muy fea caída,

(1) Rom. 8. (2) 1 Cor. 10.

y desesperada y aborrecida de sí misma, fué á acabar de perderse al mundo. A la cual un sancto monje, tío suyo, por nombre Abraham, revocó de aquel estado por un medio extraordinario y admirable, y llegó á hacer tal penitencia tres años que vivió, que vino á hacer milagros. Pero más admirable ejemplo es el del rey Manasés, de quien cuenta la Escritura divina (1) que hinchió á Hierusalem de sangre de profetas, entre los cuales aserró al gran profeta Esaías. Y por estos pecados fué llevado preso á Babilonia y puesto en hierros: donde la pena abrió los ojos que había cerrado la culpa, y hizo tal penitencia, que por ella no solamente fué perdonado y librado de la cárcel, mas también restituído en su reino, habiéndolo dejado tan estragado y ocupado de idolatrías, que por estos pecados (de que él fué causa) siendo él perdonado, el reino fué destruído y llevado á Babilonia cautivo. ¡Tan grande es la misericordia de Dios, y tánto puede para con Él la penitencia después de muy grandes culpas! Lo cual he dicho, para que nunca desconfiemos de la caída de nadie, por grande que sea.

Del sentimiento que los buenos tienen en las caídas de sus prójimos, y de la fiesta y alegría de los malos.

Lo que hasta aquí se ha dicho, sirve para remediar el daño que destas caídas se suele seguir, que es perderse el crédito de la virtud. Mas agora trataremos de los otros efectos que de aquí suelen seguirse (según arriba tocamos) que son llorar los buenos, y reir los malos, y desmayar los flacos.

Y tratemos primero de las lágrimas de los buenos, las cuales proceden de la naturaleza y condición de la caridad: de la cual virtud dice el Apóstol (2) que no se alegra con la maldad, mas alégrase con la verdad. Porque como los buenos aman á Dios sobre todas las cosas, y á los prójimos como á sí mismos, no pueden dejar de sentir los males dellos, y mucho más los espirituales, que tocan más en lo vivo, y por esto tienen muchas causas por qué llorar. Lloran porque sienten la muerte del ánima que cayó; lloran porque el justo se desvió del camino de la justicia; lloran por ver que el que era hijo de Dios, se hizo pecan-

(1) 4 Reg. 21. (2) 1 Cor. 13.

do esclavo del demonio; lloran por ver que aquel lobo infernal arrebató una oveja de la manada de Cristo, y se la tragó; lloran por ver diminuído el reino de Cristo, y acrecentado con un vasallo más el del demonio; lloran por ver que una estrella que resplandecía y alumbraba con la luz de su buen ejemplo, se eclipsó y escureció; lloran por ver que el ánima que era esposa de Cristo, se hace sierva del demonio; lloran por el grande daño que el ánima de un justo recibe pecando, porque á la hora se sale Cristo della por una puerta y el demonio entra por otra y se apodera de la posada: de modo que la que era templo vivo del Espíritu Sancto, se hace cueva de serpientes y basiliscos. Ésta es, pues, la causa del dolor y sentimiento de los sanctos, cuando ven los pecados de sus prójimos, mayormente los de aquéllos que habían de ser luz y guía de otros. De aquí procedían las lamentaciones de Hieremías, en las cuales lloraba tan amargamente los pecados de su pueblo, que vino á decir aquellas palabras de tanto sentimiento (1): ¡Oh vosotros que pasáis por este camino, mirad si hay dolor semejante á mi dolor! Y no menos llora Esaías esta calamidad sin querer admitir consolación alguna, sino hartarse de llorar los males de sus prójimos y los castigos dellos. Y así dice (2): No trate nadie de consolarme, porque mi dolor es tan grande, que no admite consolación. De aquí también procedieron las lágrimas del Apóstol, que él derramaba por los que pecaron y no hicieron penitencia de sus pecados, como lo escribe á los de Corinto (3). De aquí el dolor que muestra en la Epístola á los de Galacia, diciendo (4): Hijuelos míos, que torno á pariros de nuevo con dolores hasta que Cristo sea formado en vosotros. Mas todo esto es poco en comparación de lo que escribe á los Romanos (5), haciendo un solemne juramento y trayendo al Espíritu Sancto por testigo de lo que afirmaba, diciendo que era continuo el dolor y tristeza de su corazón por ver la ceguedad de los judíos sus hermanos, ofreciéndose á ser anatema de Cristo por amor dellos, que es carecer por algún tiempo de todos los bienes y riquezas que esperaba de Cristo por sus trabajos.

Pues ¿qué diré de las lágrimas de los sanctos del Testamento nuevo? ¡Con qué lágrimas llora San Cipriano las caídas de los que por temor de los tormentos de los tiranos habían renegado

(1) Thren. 1. (2) Isai. 22. (3) 2 Cor. 12. (4) Gal. 4. (5) Rom. 9.

la fe! ¡Cuál era el sentimiento de nuestro Padre Santo Domingo, de quien se escribe que se derretían sus entrañas como la cera en el fuego con el dolor y celo de la gente que perecía por sus pecados! ¡Cuál el de su hija Sancta Catarina de Sena, la cual con un nuevo y extraño encarecimiento y dolor de la perdición de los hombres pedía á su Esposo que atapase con ella la boca del infierno, para que ninguno entrase allá!

Pero sobre todos estos sentimientos es admirable el del sancto profeta Esdras (que redujo el pueblo de Israel del cautiverio de Babilonia á Hierusalem) el cual viendo el pecado que el pueblo había hecho casándose con mujeres hijas de gentiles contra la Ley de Dios (1) fué tan grande su sentimiento, que rasgó sus vestiduras hasta la túnica interior, y arrancó los cabellos de su cabeza y los pelos de la barba, y postrado ante la presencia de Dios, extendiendo sus manos, dijo que se confundía y avergonzaba de levantar sus ojos ante la Divina Majestad, y esto, no por sus pecados proprios, que no los tenía, sino por los de su pueblo. Para que por este ejemplo vean los hombres desalmados, que triunfan y hacen fiesta en la caída de sus hermanos, cuán lejos están deste afecto y sentimiento. Lo cual tengo por una gran señal de reprobación, así como lo contrario es señal de predestinación. Y esto se puede entender por aquella visión del profeta Ecequiel (2), en la cual le mostró Dios en espíritu seis hombres con armas en las manos, entre los cuales venía uno vestido de blanco, con un tintero en la cinta. Y á este escribano mandó Dios que fuese por medio de la ciudad de Hierusalem, y pusiese una señal, que llaman Tau, sobre las frentes de los hombres que hallase gimiendo y llorando por las ofensas y abominaciones que se hacían contra Dios; y á los seis hombres armados mandó que sin ninguna piedad pasasen á cuchillo todos los moradores de la ciudad, sin perdonar á viejos, ni mozos, ni vírgines, ni niños, ni mujeres; mas que no tocasen en aquéllos que viesen señalados en la frente con aquella señal susodicha, y que comenzasen de su sanctuario, que es, de los sacerdotes y ministros del templo. Por lo cual entiendo (como dije) ser este gemido y sentimiento una gran señal de predestinación.

Estas lágrimas eran de varones sanctos y honradores de

(1) 1 Esd. 9. (2) Ezech. 9.

Dios. Mas ¿qué diremos aquí de las lágrimas del mismo Señor de los sanctos? El cual sabemos que lloró sobre la ciudad de Hierusalem (1) no tanto por la destruición de ella cuanto por la causa, que era el pecado de no haber recibido á su Salvador. Pues ¿qué cosa más admirable y más digna de la bondad de Dios que llorar el mismo Juez ofendido los pecados que contra Él se cometieron, y las penas con que los había de castigar? ¿Qué diré también del sentimiento de los mismos ángeles, especialmente de los de nuestra guarda, cuando ven miserablemente caídos á los que ellos tan solícitamente guardaban? Sobre lo cual dice San Augustín, hablando con Dios: Señor, cuando hacemos buenas obras, alégranse los ángeles, y entristécense los demonios; mas cuando las hacemos malas, alegramos á los demonios, y privamos (cuanto en nos es) de su alegría á los ángeles. Porque como ellos se alegran cuando un pecador se levanta y hace penitencia (2), así los demonios se alegran cuando un justo cae y desampara la penitencia.

Y para confirmación desto no dejaré de referir aquí lo que acaeció á uno de aquellos sanctos Padres del yermo, el cual después de haber llegado á la cumbre de todas las virtudes, comenzó á envanecerse y atribuir á sus merecimientos y trabajos la sanctidad que tenía. Y conociendo esto el demonio, y entendiendo cuán cerca está la caída de quien así se levanta (3), tomó forma de mujer muy bien parecida, y llegando á boca de noche á la cueva del monje, lloraba y rogábale le diese lugar en ella, porque aquella noche las bestias fieras no la despedazasen. Vencido pues él con este color de piedad, la recibió. Entonces el enemigo comenzó á inflamarlo con ardores de un fuego infernal, y tanto pudo, que finalmente el desventurado, vencido de aquella furiosa pasión, extendió sus brazos para abrazar la mujer. Y entonces el demonio dió un grande y terrible aullido, y deshízose en el aire como sombra que era, dejando burlado al miserable cautivo. Estaba á la sazón allí una gran cuadrilla de demonios esperando el fin de la batalla, y vista la victoria levantaron las voces en el aire con grandes risadas y alegrías diciendo: ¡Ah monje, monje, que te levantabas hasta el cielo, cómo has caído en el infierno! Aprende, pues, aprende, que el que se levanta será

(1) Luc. 19. (2) Luc. 15. (3) Prov. 16.

humillado. Veis pues por este ejemplo el alegría y fiesta que hacen los demonios en nuestras caídas. Veis cumplido lo que dice San Augustín, que como los ángeles se alegran cuando un pecador hace penitencia, así los demonios, capitales enemigos nuestros, se alegran y triunfan cuando un justo desampara la penitencia. Pues si esta alegría es propria de los demonios, enemigos de Dios y nuestros, ¿qué podemos juzgar de los que en estas caídas se alegran, sino que tienen el mismo espíritu de ellos, pues así se alegran como ellos? Y si la alegría de los demonios nace de ser enemigos de Dios y nuestros, ¿qué podemos aquí juzgar de los que así se alegran, sino que son enemigos de Dios y nuestros? Porque si fueran verdaderamente amigos, llorarían nuestros males, y no se alegrarían con ellos. Dijo nuestro Salvador que Zaqueo el publicano y de linaje de gentiles era hijo de Abraham (1), porque imitaba la sanctidad dél: ca de aquél se llama uno en la Escritura hijo, cuyas obras imita. Pues ¿cúyos hijos llamaremos á éstos que imitan al demonio, y se alegran de lo que él se alegra, y hacen fiesta de lo que él la hace, sino del mismo demonio? Éstos, pues, con sus escarnios son impedimientos de la virtud, ponzoña del mundo, escándalo de los flacos, compañeros de Herodes, que buscan á Cristo recién nacido en las ánimas de los nuevos para matarlo, lobos vestidos de piel de oveja para engañar, cizania que ahoga la simiente de la palabra de Dios, para que no crezca en las ánimas, hombres desalmados que no tienen de cristianos más que la crisma y la fe y esperanza muertas, para que por esa fe que tienen, sean juzgados cuando desta vida partieren.

¡Cuán diferente era el espíritu y ánimo del grande emperador Constantino, de quien se escribe esta memorable sentencia: Si viese caído un sacerdote en algún pecado, yo mismo le cubriría con mi manto, por evitar el escándalo y mal ejemplo que de aquí se sigue á los flacos! Pues considerando el Apóstol estas caídas, y sintiendo el escándalo que de aquí se seguía á los flacos, dice (2): ¿Quién está flaco que yo no lo esté? Y ¿quién se escandaliza, que yo no me abrase? ¡Quién tuviera ojos para ver de la manera que ardían las entrañas deste Apóstol, cuando

(1) Luc. 19. (2) 2 Cor. 11.

veía una ánima, por quien Cristo derramó su sangre, caer del estado de la gracia en las uñas y garganta del dragón infernal! Y no menos sentía esto el Real Profeta, cuando decía (1): *Vidi prævaricantes, & tabescebam*, dando á entender que se deshacía y consumía su ánima cuando consideraba las ofensas que se hacían contra Dios.

De la gravedad del pecado del escándalo, y del azote con que Dios lo castiga.

MAS ¿quién declarará con palabras la gravedad deste pecado que llamamos escándalo? Y por escándalo no entendemos aquí la admiración y espanto que los hombres conciben con semejantes caídas, sino por este término entendemos en rigor de teología cualesquier palabras y obras con que damos á otros motivos para pecar y apartarse del bien. Pues cuán grande sea este pecado, declárالو el Salvador en el Evangelio por estas palabras (2): Quienquiera que escandalizare uno de estos pequeñuelos que en mí creen, seríale mejor que le atasen una piedra de molino al cuello, y lo sumiesen en el profundo de la mar. ¡Ay del mundo por razón de los escándalos! Porque supuesta la malicia de los hombres, no pueden faltar escándalos, mas ¡miserable de aquél por quien el escándalo viene!

Ni faltan ejemplos para declarar la gravedad de este pecado. Todos sabemos cuán grande fué el pecado de David, cuando tomó la mujer ajena y mató á su marido, y lo que nuestro Señor encareció en este pecado, fué el escándalo, diciendo (3): *Quoniam blasphemare fecisti inimicos nomen Domini*, esto es, porque diste motivo á las naciones comarcanas de blasfemar el nombre del Señor, poniendo mácula en él y diciendo que era injusto, pues había escogido para rey de su pueblo un hombre que cometió un tan gran pecado. Y por esto le envió el mismo Señor á decir que el niño que había nacido de aquel adulterio, moriría en pena deste escándalo. Y por más oraciones que hizo David, y más lágrimas que derramó, y más extremos que hizo por la vida de aquel niño (tanto, que sus criados no le osaban

(1) Psalm. 118. (2) Matth. 18. (3) 2 Reg. 12.

dar la nueva de su muerte, pareciéndoles que reventaría de dolor) con todo esto nunca Dios lo quiso oir (1).

Y aunque éste es un grande argumento de la malicia deste pecado, otro os contaré mayor de dos sacerdotes, hijos del sumo sacerdote Helí, los cuales usaban tal mal del oficio sacerdotal, que retraían los hombres del culto y servicio de Dios. Y así dice la Escritura (2): *Erat igitur peccatum puerorum grande nimis coram Domino, quia retrahebant homines a sacrificio Domini.* Y en este tiempo apareció Dios de noche al niño Samuel (3) mandándole que dijese á Helí que Él haría un tan gran castigo en el pueblo de Israel, que quienquiera que lo oyese, le retiniesen las orejas: porque sabiendo el escándalo que sus hijos daban al pueblo, no los castigó con el rigor que el caso pedía. Y el castigo que de ahí á poco se siguió, fué, que viniendo los Filisteos á hacer guerra á los hijos de Israel, en la primera batalla les mataron cuatro mil hombres (4). Por lo cual los capitanes del ejército enviaron por el Arca del Testamento, en que tenían puesta su confianza, para que los defendiese de sus enemigos. Traída pues el Arca, sucedió el negocio tan al revés de lo que pensaban, que trabada la batalla (cosa de grande admiración) los Filisteos mataron treinta mil hombres de los hijos de Israel, y prendieron la misma Arca del Testamento. Y los dos sacerdotes hijos de Helí, que venían con ella, murieron en la misma batalla: y la mujer del uno de ellos, oída la muerte de su marido, murió de parto. Y el Sumo Sacerdote (que era ya muy viejo) oídas estas tan tristes nuevas, y más la prisión del Arca, estando sentado en una silla, cayó de espaldas, y hizo pedazos la cabeza (4). Por donde se entenderá con cuánta razón dijo Dios que haría por aquel pecado de escándalo un castigo tan grande, que á quienquiera que lo oyese, le retiniesen las orejas.

Pues ¿quién oyendo este tan terrible azote, no temblará deste pecado, el cual en cierta manera podemos decir ser el mayor de los pecados, por grandes que sean? Porque todos los otros pecados, aunque sean grandes, no dañan más que al hombre que los hace: mas éste daña á sí y daña á los otros que aparta del camino de Dios. Pues ¿con qué se satisfará este daño, que es matar una ánima que Cristo compró con su sangre? Porque si oro es lo que

(1) 2 Reg. 12. (2) 1. Reg. 2. (3) 1. Reg. 3. (4) 1. Reg. 4.

oro vale, sangre de Cristo es lo que esa sangre costó. Mas con todo esto procure el hombre descargarse de esta culpa en la manera que le fuere posible. Del sancto Fray Raimundo (que recopiló las Decretales, por las cuales hoy día se gobierna la Iglesia) se escribe que tomó el hábito de nuestra Orden, y la causa fué, porque estando en el mundo había persuadido á un mancebo que no fuese religioso, y herido con este escrúpulo, parecióle que no tenía otro medio más conveniente para satisfacer este daño, que tomar él el mismo hábito que había impedido. En la ley antigua (1) mandaba Dios que el que hiriese á una mujer preñada, y la hiciese abortar y malparir, estando ya la criatura en el vientre animada, que pagase con su propria vida la que había quitado á la criatura. Pues esto mismo hacen los que con escarnios y vanos temores y nombres ignominiosos retraen del buen camino á los que han concebido en sus ánimas á Cristo que es el buen propósito de servirlo. De donde se sigue que si estos hombres se condenaren, no sólo padescerán penas por sus proprias culpas, sino también por las de aquéllos que pervertieron. Por lo cual todo entenderá el cristiano cuán justo fué aquel ¡ay! y aquella exclamación de Cristo, cuando dijo (2): ¡Ay del mundo por razón de los escándalos!

Y con ser esta culpa tan grande, no faltan algunos cristianos que, ó por ser faltos de devoción, ó por su particular inclinación, tienen una manera de hastío y asco á todos los ejercicios de devoción y á las personas que los ejercitan, diciendo que son devocioncillas y cosas de mujercillas. Y de aquí nace que cuando sucede alguna caída déstas, luego se alegran, y hacen fiesta, y se confirman en la mala opinión que tienen destas cosas. Á los cuales está ya promulgado el azote de Dios por Salomón, que dice (3): El que se alegra en la caída de su prójimo, no quedará sin castigo. Porque ó en esta vida ó en la otra será más rigurosamente castigado.

Y no faltan algunos predicadores que tienen el mismo afecto y desgusto de aquéstos, y aun pasan tan adelante que vienen á revesar en los púlpitos la poca devoción que tienen en sus corazones. Los cuales parece que de mastines que habían de guardar el ganado, se hacen lobos que lo derraman, pues habien-

(1) Exod. 21. (2) Matth. 18. (3) Prov. 17.

do de animar y esforzar á los flacos y reprimir las lenguas de los maldicientes, los ayudan con algunas puntadas que dan en sus sermones, con que desmayan y escandalizan los pequeñuelos. Y para afear esto no dejaré de referir aquí una providencia notable del serenísimo rey de Portugal don Enrique, el cual siendo cardenal y inquisidor general deste reino, tenía cuidado (cuando alguna persona que profesaba virtud y devoción era castigada por el Sancto Oficio) mandar á todos los predicadores que no hablasen palabra alguna con que se pudiese entibiar y enflaquecer la devoción del pueblo. Éste era pecho verdaderamente cristiano, muy semejante al que el Apóstol tenía cuando decía (1): ¿Quién está flaco, que yo no lo esté, y quién se escandaliza, que yo no me abrase? Pues así temía este Príncipe el escándalo que los pusilánimes conciben con las palabras dichas en aquel lugar de verdad. Y si á los predicadores parece bien el celo de este cristianísimo Príncipe, procuren imitarlo, y entiendan que su oficio es esforzar los flacos en estas ocasiones, y no desmayarlos, pues basta al diablo su malicia (2), sin que ellos la acrecienten favoreciendo á los que por su poca devoción condenan la devoción de los otros.

Estos son los que suelen decir que basta rezar un Pater noster, y comulgar una vez en el año, y no curar de esas novedades y sanctimonias. Pues ¿qué dirán éstos á San Pablo, el cual quiere que los hombres hagan oración (3) en todo lugar? Y en otra parte nos aconseja hacer oración sin cesar (4). Y en otro lugar repite la misma sentencia diciendo (5): Daos á la oración con toda instancia, velando y perseverando en ella con hacimiento de gracias. Pues si San Pablo, en quien Cristo hablaba, nos pide tan continua oración, ¿cómo decís vos que basta un Pater noster? Y si no os mueve lo que dice San Pablo, muévaos el mismo Cristo, el cual en un lugar dice que conviene siempre orar sin cesar (6), y en otro apercibiéndonos y previniéndonos para el día de la cuenta que todos habemos de dar (pues todos habemos de ser presentados ante el tribunal de Cristo) nos manda que velemos y hagamos oración en todo tiempo, para que seamos merecedores de escapar de todas las plagas que han de

(1) 2 Cor. 11. (2) Matth. 6. (3) 1. Tim. 2. (4) 1 Thes. 5. (5) Ad Col. 4. (6) Luc. 18.

venir al mundo antes del juicio final (1). Cotejemos pues agora estas palabras y consejos de Cristo con vuestros pareceres. Vos decís que basta un Pater noster en este tiempo. Cristo dice tantas veces como habéis oído, que hagamos oración sin cesar. Una de dos ha de ser, ó el Evangelio yerra, ó vos erráis, pues los pareceres son contrarios. Mas el Evangelio es imposible errar: luego síguese que vos sois el que erráis y os engañáis. Mas replicaréis vos diciendo que en esta sazón de tiempo conviene lo que decís. Bien sabía esto el Hijo de Dios, que es juez de todos los siglos, y no hace esa distinción que vos hacéis. Antes cuanto los tiempos fueren más peligrosos, tanto mayor necesidad hay destas armas espirituales, como lo mostró el mismo Señor, cuando al tiempo de su pasión armó sus discípulos con ellas, diciendo (2): Velad y orad, porque no caigáis en tentación. Pues luego, ¡qué tan grande desatino es al tiempo de la batalla rendir las armas, cuando las hubiérades de tomar! Porque si es gran peligro hacer esto en las batallas corporales, ¿cuánto mayor lo será en las espirituales, que son más peligrosas, y donde se aventura más, que es perder la vida eterna?

Mas á todo lo que hasta aquí se ha dicho, me podréis responder: Padre, esta continuación de oración, que vos alegáis de S. Pablo y del mismo Cristo, no pertenece á los preceptos y mandamientos divinos, sino á los consejos, á que no estamos obligados. Porque en la Iglesia cristiana hay perfectos y imperfectos, hay flacos y principiantes, á los cuales San Pablo da leche de doctrina como á niños, y ésta es la mayor parte del pueblo cristiano. Respondiendo pues á esto, querría yo dar aquí un grande y necesario desengaño á todos los que desean salvarse. Sabed, pues, que por flacos y principiantes que sean los hombres, están obligados á evitar todo pecado mortal so pena de estar en mal estado, y entre los mortales el de la fornicación, que es el más ocasionado. Por donde en el primer Concilio que se celebró en el mundo, en que se hallaron los Apóstoles, fué muy detestado este vicio. Porque moviéndose en el principio de la Iglesia una grande duda sobre si los que se convertían de la gentilidad á la fe, estaban obligados á guardar la ley de Moisén (3), en este sacro Concilio se determinó que no estaban

(1) Luc. 21. (2) Matth. 26. (3) Act. 15.

obligados á esta guarda, sino que les mandasen que se apartasen del pecado de la fornicación y de comer las carnes sacrificadas á los ídolos. Y es cosa mucho de notar que habiendo otros muchos pecados mortales, que todo fiel cristiano está obligado á evitar, de solo éste se hizo mención en aquel primer Concilio del mundo. Preguntaréis la causa. Ésta es ser este pecado el más ocasionado de cuantos hay, porque tiene el hombre al enemigo de sus puertas adentro: por donde, aunque no haya demonio que le tiente de fuera, la concupiscencia y la mala inclinación de su carne basta para hacerle guerra continua. La cual inclinación es tan vehemente, que confiesan los teólogos que en ninguna parte quedó la naturaleza humana más cruelmente herida por el pecado original, que en esta inclinación, que sirve para la propagación del género humano. Pues como los Apóstoles, llenos del Espíritu Sancto, entendían muy bien esta teología, aquí pusieron mayor recaudo, donde reconocían mayor peligro. Y conformándose el apóstol San Pablo con este decreto apostólico, escribiendo á los de Tesalónica, les encomienda esta misma guarda por estas palabras (1): Hermanos, ruégoos y pídoos con toda instancia que procuréis agradar á Dios y vivir de la manera que yo os enseñé. Pues bien sabéis, dice él, los preceptos y mandamientos que de parte de Cristo os tengo dados. Porque la voluntad de Dios no es otra que la sanctificación de vuestras vidas, y ésta es apartaros de toda fornicación, para que sepa cada uno conservar su cuerpo con sanctidad y honra, y no con deseos apasionados, como hacen los gentiles que no conocen á Dios, los cuales andan sumidos en el cieno deste vicio sensual. En las cuales palabras veréis cómo resume el Apóstol la voluntad de Dios y la sanctificación del hombre en apartarse deste vicio carnal. Por donde considerando aquel grande monje Antonio el estrago que este espíritu de fornicación hacía en el mundo, tuvo deseo de ver cosa que tanto daño hacía. Al cual apareció en figura de un negrillo muy feo, y así le dijo el Sancto: En figura vilísima me has aparecido, y por eso de aquí adelante no te tengo de haber miedo.

Digo, pues, que por nuevo y principiante que sea un cristiano, está obligado á vencer este enemigo tan familiar y tan po-

(1) 1 Thes. 4.

deroso, guardando castidad. Y sabemos, como dice San Augustín, que entre todas las batallas de los cristianos, las más recias son las que militan contra esta virtud, donde es cuotidiana la batalla, y muy rara la victoria. Y lo que es aun más de temer, que no sólo estamos obligados á guardar castidad en el cuerpo, sino también en el ánima. Ca por esto dijo el Salvador (1): Quien viere una mujer y la codiciare, ya tiene cometido adulterio en su corazón. Porque en el juicio de Dios todo es uno, la obra y el deseo determinado della, así en el bien como en el mal. Por donde tanto mereció Abrahán, estando aparejado para sacrificar su hijo, como si de hecho lo sacrificara: y así no menos peca el que desea cometer este pecado, que si por obra lo cometiera. Pues según esto, como Sant Hierónimo dice, *Quis gloriabitur castum se habere cor?* Quiere decir: ¿Quién se gloriará de tener casto y limpio su corazón, si no procura todas las otras diligencias que se requieren para la guarda desta limpieza?

Entre las cuales la primera es la oración (de que arriba tratamos) que es arma general contra todas las tentaciones del enemigo. Otra es la templanza en el comer y beber, porque enflaquecida la carne con la templanza, enflaquécense también los apetitos y encendimientos que nacen della. Otra es la guarda de los ojos, que son puertas del ánima, por las cuales muchas veces entra la muerte, como entró á David (2) y á nuestra primera madre (3). Otra es, y muy principal, huir las ocasiones deste vicio y la comunicación de personas de sospechosa edad, aunque sean virtuosas: porque éstas afecionan más los corazones con la muestra de la virtud. Y es tan grande esta tentación, que San Augustín afirma que en su tiempo vió por esta ocasión caídos cedros del monte Líbano y guías de la manada y grey de Cristo: esto es, personas de grande opinión de sanctidad caídas en pecado, de cuya caída no dudaba yo más, dice él, que de Ambrosio y Hierónimo. Ved pues agora vos qué debe de hacer la vara tierna del desierto, cuando ve caídos cedros del monte Líbano, quiero decir, qué deben sentir los flacos, que son como caña vana que se muda á todos vientos, cuando ven éstos tan fuertes y tan levantados en sanctidad, tan feamente caídos.

Pues si éstos, por sólo no evitar la ocasión susodicha, dieron

(1) Matth. 5. (2) 2 Reg. 11. (3) Genes. 3.

tan gran caída, ¿qué será de vos, hombrecillo flaco, que tan lejos estáis desta sanctidad, y decís que para ir al cielo basta un Pater noster, sin esas novedades y sanctimonias de algúnos? No quiero alegar contra vos otro testigo sino vuestra misma consciencia. Meted la mano en vuestro seno, y examinad los secretos y rincones de vuestro corazón, y ved los que esto decís y hacéis, de la manera que guardáis la limpieza de vuestra ánima, y muchos hallaréis en quien se verifica lo que dice un Apóstol (1): *Habentes oculos plenos adulterii & incessabilis delicti*, esto es, que tienen los ojos llenos de adulterios y de delictos que nunca cesan. Y dice esto, porque están tan desapercibidos y desproveídos de armas espirituales contra este vicio, que apenas abren los ojos para ver cosa de codicia, que no la codicien. Y esto es lo que llama este Apóstol delicto que nunca cesa, porque por maravilla se ofrece á los tales esta ocasión, que no den de ojos en ella, por no andar apercibidos con estas armas susodichas.

Reprehensión de los flacos, que por vanos temores aflojan de sus buenos propósitos.

MAS dejemos agora éstos, y vengamos á los flacos, de los cuales dijimos que en estas caídas públicas de los buenos desmayan y desisten de sus buenas obras y devotos ejercicios por miedo del mundo. Los que esto sienten, y así lo hacen y dicen, más parece que viven con el mundo que con Cristo, pues por temor del mundo dejan á Cristo. Debrían los tales acordarse de lo que aprendieron en las cartillas, que es ser el mundo uno de los tres enemigos del ánima, no menos pernicioso que los otros dos. Por donde á éste atribuye el Salvador la ceguedad de los príncipes de los judíos, los cuales conociendo que Él era el verdadero Mesías, no lo osaban confesar. Porque, como dice el mismo Señor (2), amaron más la gloria del mundo que la de Dios. Y á otros también reprehende por la misma causa, diciéndoles (3): ¿Cómo podéis vosotros creer, pues buscáis la honra y gloria unos de otros, y no curáis de la verdadera gloria, que viene de Dios? Pues con éstos juntemos los que por este mismo respecto del mundo no osan declararse con buenas obras por siervos de Cristo. Contra los cuales dice Salviano: *Qualis inter christianos Christi*

(1) 2 Pet. 2. (2) Joan. 12. (3) Joan. 5.

honor est, ubi religio facit ignobilem? Quiere decir: ¿Cuál es la honra que tiene Cristo entre sus cristianos, cuando mostrarse uno siervo suyo es caso de menos valer? Por este miedo humano negó San Pedro (1). Y no es tanto de maravillar que hubiese vergüenza de parecer discípulo de un hombre preso y reputado por engañador del mundo. Mas vos pasáis adelante, porque tenéis vergüenza de parecer discípulo de Cristo, creyendo agora que reina en cielos y tierra y está asentado á la diestra del Padre. Con razón podemos temer que en el día del juicio tomará Dios á San Lorenzo ó á cualquier otro mártir, y mostrando las señales de las heridas que recibió, os dirá: Este sancto no dudó confesarse públicamente por discípulo mío, aunque sabía cuántas heridas le había de costar: y vos por unas niñerías y vanos temores del mundo dejáis de declarar por las obras que sois discípulo mío. Así que, Señor, el mundo es honrado de nosotros, desamparando á Vos. Si el mundo aprobare nuestro servicio, serviros hemos, y si lo reprobare y contradijere, dejarlo hemos. De modo que en el albidrío del mundo está puesto nuestro servicio para con Vos. Pues ¿cómo no vemos cuán grande sea este descomedimiento contra aquella soberana Majestad? Y así contra ellos dice Él (2): Quien tuviere vergüenza de parecer mi siervo delante de los hombres, yo me despreciaré de tal siervo, cuando venga en mi majestad y gloria, en presencia de mi Padre y de sus ángeles. Y déstos dice Salomón (3): *Aversio parvulorum interficiet eos.* Quiere decir que por temores de niños y de cosas de aire vienen á apartarse del bien. Y déstos mismos dice David (4): *Sagittæ parvulorum factæ sunt plagæ eorum.* Quiere decir que por miedo de saetas de ballestillas de niños desisten de los ejercicios virtuosos, dejan las buenas obras y se apartan de Dios. Porque ¿qué son sino ballestillas de niños las murmuraciones y nombres ignominiosos con que el mundo persigue á los flacos? Muchos de los cuales son como bestias espantadizas, que sin haber cosa de peligro se espantan y huyen. Porque bien mirado, sombra es y cosa de aire todo lo que el mundo hace y puede hacer en disfavor de la virtud. Crece aun este miedo de los pusilánimes y flacos, cuando la caída de algún bueno, ó tenido en cuenta de bueno, viene á ser castigado públicamente por el Sancto Oficio. Por-

(1) Luc. 22. (2) Luc. 12. (3) Pov. 1. (4) Psalm. 63.

que éste es el caso con que más se acobardan los que aun no están fundados y arraigados en la virtud. Y es éste un temor tan contra razón, como si las ovejas tuviesen miedo de su mismo pastor, que es el que con mayor solicitud las guarda y defiende de los lobos. Porque ¿qué otra cosa es el Sancto Oficio sino muro de la Iglesia, columna de la verdad, guarda de la fe, tesoro de la religión cristiana, armà contra los herejes, lumbre contra los engaños del enemigo, y toque en que se prueba la fineza de la doctrina, si es falsa ó verdadera? Y si lo queréis ver, extended los ojos por Inglaterra, Alemania, Francia y por todas esas regiones septentrionales donde falta esta lumbre de la verdad, y veréis en cuán espesas tinieblas viven esas gentes, y cuán mordidas están de perros rabiosos, y cuán contamidadas con doctrinas pestilenciales. Y ¿qué fuera de España si cuando la llama de la herejía comenzó á arder en Valladolid y en Sevilla, no acudiera el Sancto Oficio con agua á apagarla? Y por aquí veréis que como entre las plagas de Egipto fué una cubrirse toda la tierra de tinieblas escurísimas (1), mas en la parte donde habitaban los hijos de Israel había clarísima luz, así podemos con razón decir que estando todas esas naciones escurecidas con las tinieblas de tantas herejías, en España y Italia por virtud del Sancto Oficio resplandece la luz de la verdad. Así que, hermanos, los que sois católicos y dados á los ejercicios de virtudes y buenas obras, no tenéis por qué temer. Porque como dice el Apóstol (2), *Principes non sunt terrori bóni operis, sed mali. Vis non timere potestatem? Bonum fac, & habebis laudem ab illa.* Quiere decir: Los príncipes y jueces de la república no son para causar temor de las buenas obras, sino de las malas. Si quieres no temer este tribunal, haz buenas obras, y por él serás alabado. De modo que este sancto tribunal no es contra vos, sino por vos, porque á él pertenece hacer huir los lobos de la manada, y proveerla de pasto conveniente, que es de doctrina sana y limpia de todo error.

Teman, pues, los malos y los engañadores: mas los que sinceramente buscan á Cristo con buenas obras y ejercicios virtuosos, no tienen por qué temer. Cuando aquellas sanctas mujeres iban al sepulcro á ungir el cuerpo del Salvador, aparecióles un ángel con el rostro resplandeciente como un relámpago (3), con

(1) Exod. 10. (2) Rom. 13. (3) Matth. 28.

lo cual espantadas las guardas de los soldados, cayeron en tierra como muertos. Á las sanctas mujeres consoló el ángel con blandas palabras, diciéndoles: *Nolite timere vos.* Como si dijera: Estos enemigos de Cristo y siervos del demonio teman, y tiemblen, y caigan en tierra como muertos: mas vosotras, que buscáis á este Señor y venís á ungir su cuerpo y hacerle este devoto servicio (aunque no necesario) no tenéis por qué temer, sino por qué alegraros, pues hallaréis vivo al que buscábades muerto, y daréis esta buena nueva á sus discípulos. El rey Asuero, que era monarca del mundo, tenía puesta pena de muerte á quien entrase en la sala donde él estaba. Entró pues la reina Ester sin su licencia (1) y viendo el Rey airado, desmayó y cayó en tierra. Entonces el Rey, como la amaba mucho, la esforzó y consoló diciéndole que no temiese, porque aquella ley no se entendía en ella, sino en los atrevidos y descomedidos. Pues conforme á esto os digo, hermanos, que el justísimo tribunal del Sancto Oficio no es para que teman los domésticos y familiares siervos de Cristo, sino los ajenos, engañados y pervertidos con falsas doctrinas. Y por tanto sabed que la mayor ofensa que podéis hacer al Sancto Oficio, es aflojar en la virtud y buenas obras por este temor tan sin fundamento.

Mas por ventura dirá alguno destos flacos: Veo que una persona que tenía grande opinión de sanctidad y frecuentaba los sacramentos y oraciones, vino á dar en una caída pública, y temo yo no venga también este azote por mi casa. Esto es lo que me hace desmayar. Pregúntoos yo agora: ¿cuántas personas os parece que habrá en la Iglesia cristiana, que se ocupen en buenas obras y sanctos ejercicios sin ninguna ficción ni engaño, que no han caído, antes vemos á muchos perseverar en la virtud hasta el fin de la vida? Pues ¿qué seso es poner los ojos en una sola persona que cayó, y no en tantas virtuosas que perseveran y están en pie? ¿Por qué os ha de mover más la flaqueza de uno para haceros desmayar, que la constancia de muchos (de que está llena la Iglesia) para os esforzar? Porque es cierto que el Espíritu Sancto, que bajó sobre los Apóstoles el día de Pentecostés, nunca más desamparó ni desamparará la Iglesia, y así siempre habrá en ella muchos que sean templos vivos, don-

(1) Esth. 5.

de Él haga su morada, los cuales despreciando el mundo con sus locos juicios y pareceres, se rijan por este espíritu y doctrina de la Iglesia. Siendo pues esto así, ¿por qué ha de poder más con vos la caída de uno, que la perseverancia de todos aquéllos en quien el Espíritu Sancto mora?

Quiero mostraros con un ejemplo cuotidiano la poca razón que en esto tenéis. Decidme: ¿cuántas mujeres recién casadas mueren de parto? Diréis que algúnas. Pues ¿dejan por esos miedos los padres de casar sus hijas? Claro está que no, porque sería gran locura por unas pocas que de esa manera peligran, dejar de dar remedio á sus hijas: porque no miran los hombres cuerdos á esas pocas que peligran, sino á otras muchas que tienen dichosos y felices partos. Pues ruégoos me digáis, si ése es juicio y consejo acertado, ¿por qué no usaréis de ese mismo discurso en el negocio de vuestra salvación, que es no poner los ojos en uno que cayó, sino en millares de buenos que perseveran en el bien? Muchas mujeres que mueren de parto, no os desmayan, y ¿una sola persona caída os acobarda y retira del bien? Tenéis ojos para mirar en un solo mal ejemplo, y ¿estáis ciegos para ver tantos buenos ejemplos?

¿Queréis que os diga de dónde nace este juicio tan pervertido? Nace del grande amor que tenéis al mundo y á los bienes temporales, y del poco que tenéis á Dios y á los bienes espirituales, y por esto, lanzas y peligros que se os atraviesen, no bastan para retiraros de procurar los temporales, y una pequeña paja que se os ponga delante, os hace desmayar en el amor de los espirituales. Allí engullís y tragáis los camellos, y aquí os ahogáis con un mosquito. ¿Queréislo ver más á la clara? Decidme: ¿cuántos hombres de los que van á las Indias, mueren en esta jornada? ¿Cuántos de los que navegan, come la mar? ¿Cuántos mueren en las guerras? Diréis que muchos. ¿Dejan pues los hombres por estos peligros de navegar ó militar ó ir á las Indias? Claro está que no, porque el amor grande del interese les hace tragar todos esos inconvenientes. Y con ser esto así, basta para desistir de lo que toca á la salvación de vuestras ánimas una sola sombra de peligro. ¿Veis luego la raíz donde procede esta desorden? Y esto es de lo que San Augustín, hablando con Dios, se queja y maravilla, diciendo: Soberano Hijo de Dios, á quien el Padre Eterno entregó todo juicio, ¿cómo consientes

que los hijos de la noche y de las tinieblas trabajen y hagan más por las riquezas perecederas y por las vanidades del mundo, que nosotros por ti, que nos criaste de nada, y redimiste con tu sangre, y nos tienes prometida tu gloria? Pues ¿qué cosa más desordenada y más injuriosa á la Divina Majestad, que anteponer el polvo de los bienes de la tierra á quien nos promete los tesoros del cielo?

¡Cuán diferentes eran los ánimos de los cristianos en la primitiva Iglesia, pues viendo cada día las cárceles llenas de mártires, y las calles y plazas regadas con su sangre, viéndolos despedazar, y arrastrar, y desmembrar, y asar en parrillas, y cocer en calderas de pez herviendo, todo esto no bastaba para apartarlos de la fe y amor de Cristo, y para vos basta una sombra de peligro tan pequeño! ¡Qué lejos estáis de decir aquellas palabras del Apóstol (1): ¿Quién nos apartará de la caridad y amor de Cristo? ¿La tribulación? ¿La angustia? ¿La desnudez? ¿La hambre? ¿El peligro? ¿La persecución? ¿La espada? Cierto estoy que ni muerte, ni vida, ni ángeles, &c. ni otra criatura alguna podrá apartarnos del amor de Cristo. Y á vos, hermano, un mosquito basta para esto: parece que está en vos la virtud pegada con alfileres, pues tan pequeñas ocasiones bastan para hacérosla dejar.

Por qué permite Dios estas caídas y escándalos en el mundo.

MAS por ventura preguntará algúno cuál sea la causa por que nuestro Señor (por quien se gobierna la Iglesia) permite estos escándalos y caídas, con otros males aun mayores, como son varias sectas y herejías que hacen mayor daño. Á esto responde el mismo Señor, diciendo (2): *Tentat vos Dominus Deus vester, ut palam fiat, utrum diligatis Deum in toto corde & in tota anima vestra, an non.* Quiere decir: Permite Dios que seáis tentados, para que se manifieste si amáis á Dios con todo vuestro corazón y ánima, ó no. Pues por esto permite Él estos escándalos y tentaciones, porque por aquí se vea quién ama á Dios de veras y quién no, quién es leal y fiel y quién desleal y infiel, quién es fuerte y constante y quién caña leviana que se mueve á todos vientos. Veis aquí, hermanos, el fructo que se saca destos escándalos, que es conocimiento de vos mismos, en que se fun-

(1) Rom. 8. (2) Deut. 13.

da la humildad, fundamento de toda la vida espiritual. Porque en estos peligros sucede lo que dice Salomón (1), que el justo permanece como el sol, mas el loco se muda como la luna.

La diferencia destos dos estados declaró el Salvador con una divina comparación, que dice así (2): Los fuertes edifican sobre piedra firme, y por esto no hay batería que los derribe: y los flacos edifican sobre arena, y por esto cualquier viento ó lluvia les derriba la casa. Lo mismo también se ve en la trilla del pan, donde el viento se lleva la paja leviana, mas el trigo se queda en su mismo lugar. El oro y la plata echados en el fuego se purifican y quedan más hermosos, pero la paja y la leña se convierte en ceniza. Lo mismo nos declara el Eclesiástico por otra semejante comparación, diciendo (3): *Vasa figuli probat fornax, & homines justos tentatio tribulationis.* Quiere decir, como declara San Augustín: El vaso de barro bien amasado echado en el horno se fortalece y endurece más: pero el mal amasado con el mismo calor revienta y estalla. Pues eso mismo acaece á los hombres buenos y malos, ofrecida la ocasión de la tribulación.

Y por todas estas comparaciones entenderéis que los flacos que con la ocasión de las caídas ajenas desmayan y desisten de sus buenos ejercicios, son como decíamos de la luna que cada día se muda, son como pajas que lleva el viento, son como barro mal amasado que revienta en el horno, son como caña vana que con cualquier soplo de viento se muda, y finalmente son como el loco que funda su casa sobre arena, y así cualquiera tempestad la derriba. Esto solo debe bastar para que se conozcan y avergüencen los flacos y pusilánimes de la poca firmeza y constancia que tienen en la virtud.

Y como importa mucho que se conozcan los flacos, para que se humillen, así también conviene que se conozcan los fuertes, por el gran fruto que se sigue de ser conocidos por tales: y lo uno y lo otro se descubre en semejantes ocasiones y tentaciones. Lo cual dice S. Pablo por estas palabras (4): *Oportet hæreses esse, ut qui probati sunt, manifesti fiant in vobis.* Quiere decir: Conviene que haya en el mundo herejías y engaños de hombres malvados, para que con esta ocasión se conozcan los verdaderamente buenos, los cuales ni con esta ocasión ni con otra alguna se

(1) Eccli. 27. (2) Matth. 7. (3) Eccl. 27. (4) 1 Cor. 11.

alteran, ni pierden su virtud y constancia. Y con esto quedan refinados y apurados como el oro en la fragua, donde se prueba su fineza. Y así confiesa el Profeta haber sido probado y examinado, diciendo (1): En el fuego de la tribulación, Señor, me probastes, y no hallastes maldad en mí. Y importa tanto que el verdaderamente bueno sea probado y conocido por tal, que el mismo Apóstol (2) hace un largo memorial de todas sus virtudes, y trabajos, y cárceles, y azotes, y naufragios que había padescido por Cristo, y de las grandes revelaciones que tenía, hasta decir que fué llevado al tercero cielo. Pues ¿para qué fin esto? La respuesta es que esto hacía el Apóstol para acreditarse con los de Corinto, á quien había predicado y convertido á la fe, y quería probar que era verdadero Apóstol de Cristo, para que se fiasen de su doctrina y no diesen crédito á los falsos apóstoles que pretendían desacreditarle. De modo que deste crédito pendía la verdad de la doctrina que él había predicado. Por donde entenderéis cuánto importa que el bueno sea conocido por verdaderamente bueno. Pues por esta causa permite nuestro Señor los escándalos y las herejías, para que se conozcan los aprobados y verdaderamente buenos, porque con esto nos aprovechamos de sus ejemplos y consejos y de sus documentos y doctrinas, mayormente siendo los buenos como carbones encendidos, que abrasan y encienden aquéllos con quien tratan.

Para lo cual contaré aquí un ejemplo memorable que refiere San Augustín (3) de dos caballeros recién desposados, los cuales aportando á una ermita, y leyendo en ella la vida del grande Antonio, determinaron renunciar al mundo y entregarse á Dios. Y por este mismo ejemplo las doncellas con que estaban desposados, hicieron lo mismo, entrando en religión. Tánto pueden los buenos ejemplos. ¿Qué más diré, sino que el mismo S. Augustín, que hasta los treinta años de su edad fué hereje maniqueo, movido por este ejemplo, vino á ser de hereje una lámpara clarísima del mundo? De quien canta la Iglesia que después de los Apóstoles y Profetas tiene el segundo lugar en la Iglesia cristiana. Veis aquí pues respondido á la causa por qué permite nuestro Señor haber estos escándalos en la Iglesia, para que por ellos el perfecto y imperfecto, el fuerte y el flaco sean conocidos. Y el

(1) Psalm. 16. (2) 2 Cor. 11. (3) Aug. 8. Confes.

que se hallare fuerte, dé gracias á Dios por su fortaleza, y el que se hallare flaco, se humille y diga con el Profeta (1): Si el Señor no me ayudara, poco faltó para dar una gran caída. Pues por esta causa pedía David á Dios (2) que le tentase y le examinase, porque hasta verse en alguna tribulación no podía tener entero conocimiento de sí mismo. Porque muchos se engañan con una sombra y imagen de virtud y con una ternura de corazón que llega hasta derramar lágrimas: los cuales con todo esto desmayan y cayen en el tiempo de la tribulación.

Del uso y frecuencia del Sanctísimo Sacramento, y de la necesidad que dél tenemos para la defensa de nuestros espirituales enemigos.

§. I.

Al fin deste sermón (aunque salga algún tanto del propósito principal) me pareció tratar del uso y frecuencia del Sanctísimo Sacramento y de la necesidad que tenemos dél, porque ésta es la que da motivo á los poco devotos para murmurar de ella, pareciéndoles ser demasiada. Y por esto será razón tratar della y de los abusos que acerca desta frecuencia pueden entrevenir. Y pues la divina Providencia no permite males sino para sacar de ellos algunos bienes, veamos los que de estas ocasiones debemos sacar. De lo cual algo dijimos al principio deste sermón, mas agora añadiremos lo demás.

Y aunque en este género de argumento hable generalmente con todas las personas, pero más particularmente con las mujeres que con los hombres. Y dígolo, porque no sé qué plaga es ésta, que siendo este divino Sacramento el mayor tesoro y el mayor beneficio que después de la sagrada Pasión se ha hecho al mundo, las mujeres parece que se han alzado con él; porque á muy pocos hombres vemos frecuentar este Misterio. Por donde parece que para las mujeres es menester freno, y para los hombres espuelas muy agudas. Y no sé qué espuela sea más aguda que decirles ser esta omisión y negligencia suya en alguna manera semejante al mayor de cuantos pecados ha habido en el mundo. ¿Escandalizaros heis de esto? Pues para que no os escandalicéis, acordaos de que caminando nuestro Señor á Hierusalén á

(1) Psalm. 93. (2) Psalm. 25.

ofrecerse en sacrificio por la redempción del mundo, viendo la ciudad, comenzó á llorar la calamidad grande que le estaba aparejada (1), y esto, por no haber querido reconocer el tiempo de su visitación ni aparejarse para recibir aquel tan grande beneficio que les ofrecía Dios con la venida de su unigénito Hijo para la salud y remedio de ellos. Pues ved agora vos la semejanza que tiene vuestra negligencia con aquella culpa, pues ofreciéndoseos el mismo Señor cada día en la Iglesia para remedio y salud de vuestras ánimas, no queréis recibir el bien que se os entra por las puertas. Por tanto vea cada uno la cuenta que dará á Dios desta negligencia, pues ofreciéndoseos Él con tanta gracia, no le queréis abrir la puerta de vuestras ánimas.

Éstos son, pues, los que dicen (como ya dijimos) que basta rezar un Pater noster y comulgar una vez en el año, como lo manda la Iglesia, y que esotros espirituales ejercicios son para los que caminan á la perfeción y no para los imperfectos y flacos, que es la mayor parte de la Iglesia. Quiero pues yo agora daros otro desengaño no menos importante que el pasado. Y para esto quiero tomar este negocio dende sus principios, y traeros á la memoria que fuistes baptizados, y que antes del baptismo érades vasallos del demonio y pertenecíades á su reino, y por virtud de este Sacramento fuistes librados deste vasallaje y cautiverio, y allí renunciastes al demonio con todas sus pompas y vanidades, y os armaron caballeros con todas las armas de las virtudes para pelear con este enemigo. Y señaladamente os ungieron con el sancto óleo, como antiguamente se ungían los luchadores, porque habíades de pelear y luchar con este enemigo y con todos los demás. Y por esta razón vos previene luego el Espíritu Sancto para esta batalla, diciendo (2): Hijo, allegándote al servicio de Dios, apercíbete con un sancto temor y apareja tu ánima para la tentación. Y está tan cierta y aplazada esta batalla, que el sancto Job dice que la misma vida del hombre es milicia y batalla sobre la tierra. Y reconociendo esto la Iglesia, manda dar cada noche un pregón general por todas las iglesias de la cristiandad, apercibiéndonos para esta guerra con aquellas palabras del apóstol San Pedro, que dice (3): Hermanos, velad y estad sobre aviso, porque el demonio vuestro adversa-

(1) Luc. 19 (2) Eccli. 2. (3) 1 Pet. 5.

rio como león rabioso anda buscando á quién tragar. Y el apóstol San Pablo al mismo tono también nos previene y apercibe, declarándonos la potencia y fortaleza de nuestros adversarios, y las armas con que nos habemos de defender, diciéndonos (1): No es nuestra pelea contra enemigos de carne y de sangre, sino contra los príncipes y potestades del infierno y contra los espíritus malignos que andan por este aire. Y después de declaradas muchas armas para esta pelea, finalmente concluye con ésta: *Per omnem orationem & obsecrationem orantes omni tempore in spiritu, & in ipso vigilantes in omni instantia & obsecratione.* En las cuales palabras encomienda la instancia y continuación de la oración tan encarecidamente y con tanta repetición de las mismas palabras, queriendo que velemos en este ejercicio en todo tiempo. Y hace tanta fuerza en la oración, porque estos enemigos no pueden ser vencidos sino con socorro del cielo, y la oración es el correo que va allá y lo trae consigo á la tierra. Lo cual avisaba el Apóstol como quien conocía las fuerzas de nuestros adversarios, porque pues ellos nunca cesan de combatirnos, nosotros no debemos andar descuidados.

Y cuáles sean estos enemigos, en la cartilla lo aprendistes que son mundo, carne y demonio. Y por mundo entendemos los hombres mundanales y vanos, que con sus pompas y vanidades y malos ejemplos nos incitan al mal. Y entendemos también por mundo los hombres malos y perversos, que con injurias, infamias, agravios, deshonras y falsos testimonios nos tientan de paciencia y hacen guerra á la caridad, provocándonos á odios y malquerencias. Por carne entendemos lo que llaman los teólogos *fomes peccati,* que es el apetito sensual con sus malas inclinaciones y deseos, que es el manantial y seminario de todos los pecados. Y estos apetitos y pasiones atiza y enciende el mismo demonio, de quien se escribe en el libro de Job (2) que con su vafo hace arder las brasas, que son los apetitos y ardores de nuestra carne. Y del mismo dice otra cosa terrible (3), y ésta es, que á veces los enciende de tal manera, que arden como un aceite que está herviendo á borbollones. Y esto acaece en algunas pasiones y tentaciones tan furiosas y vehementes, que le parece al hombre imposible vencerlas, puesto caso que en esto se engaña.

(1) Eph. 6. (2) Job. 41. (3) Job. 41.

Del tercer enemigo, que es el demonio, no trato, porque ya sabéis que en el Evangelio se llama tentador (1), porque ningún otro oficio tiene perpetuamente sino éste, sin perdonar á nadie. Porque como dice San León Papa, ¿á quién dejará de tentar, pues se atrevió á tentar al mismo Hijo de Dios? *Tantum enim sibi de naturæ nostræ fragilitate promisserat, ut quem verum experiebatur hominem, præsumeret posse fieri peccatorem.* Quiere decir que tanto se prometía de la flaqueza de nuestra naturaleza, que viendo que este Señor era hombre, presumió que también podía ser pecador.

Quiero pues agora, hermanos, entrar con todos en cuenta. Si nos consta por lo dicho que toda la vida del cristiano es una batalla perpetua, y ésta con enemigos tan astutos, tan poderosos y tan crueles y malos, y no va menos en la victoria que el paraíso ó el infierno, y en el sancto baptismo fuimos ungidos y armados para esta milicia, ¿cómo vivimos tan descuidados y desapercebidos? ¿Qué es de la oración? ¿Qué es de la guarda de los sentidos? ¿Qué es del socorro de los sacramentos? ¿Qué es del huir las ocasiones de los pecados? ¿Qué es de los ayunos y penitencias? ¿Qué es de la guarda del corazón, con todas las otras armas desta caballería, mayormente sabiendo que no perdonan á chicos ni á grandes, ni á perfectos ni imperfectos, pues se atrevieron á tentar al mismo Hijo de Dios? ¿Y vos queréis excusar á los principiantes y novicios en la virtud, sabiendo que esos tales están tanto más cerca de caer cuanto menos raíces tienen echadas en la virtud? Porque si el principiante y el imperfecto estuviese más libre y más seguro de los combates del enemigo, tuviérades alguna razón: mas no lo está, sino en tanto mayor peligro cuanto su flaqueza es mayor, y así mayor necesidad tiene de armas y reparos para defenderse. Clara cosa es que el castillo muy fortalecido y pertrechado fácilmente se defiende: mas el flaco y desapercebido mayor necesidad tiene de socorro. Pues lo mismo decimos de los cristianos fuertes y flacos: el fuerte en medio de las llamas está seguro, mas el flaco á veces un soplo de viento, como es una vista de ojos desmandada, basta para derribarlo.

Y descendiendo más en particular, tres géneros de armas usaban los cristianos en la primitiva Iglesia, que eran la palabra de Dios, y la sagrada comunión, y la continua oración. Las cuales

(1) Matth. 4.

declara San Lucas, diciendo (1): *Erant perseverantes in doctrina Apostolorum, et communicatione fractionis panis, et orationibus.* Quiere decir: Ocupábanse en oir la palabra de Dios de la boca de los Apóstoles, y en la sagrada comunión, y en el ejercicio de la oración. Y más abajo dice que perseverando las mañanas en oración en el templo, iban á sus casas á recibir la sagrada comunión, porque no había entonces iglesias para este efecto. Y con estos tres sanctos ejercicios se fundó la Iglesia y se crió y creció hasta llegar á su perfeción.

Mas entre estas armas espirituales la más poderosa es la sagrada comunión. Y así dice San Juan Crisóstomo: *Ut leones spirantes ignem, ab illa mensa discedimus, terribiles dœmonibus effecti.* Quiere decir que con la virtud de este divino manjar salimos tan esforzados como leones que echan fuego por la boca, y hacemos temblar los mismos demonios. Por donde San Hierónimo, donde nuestra letra dice (2): *Panem angelorum manducavit homo,* traslada él: *Panem fortium manducavit homo*, para significar la fortaleza espiritual que este sacramento da á quien dignamente lo recibe. Y por esta causa habiendo nuestro Señor revelado á su Iglesia en tiempo de San Cipriano una grande persecución que se le aparejaba, escribe este sancto obispo (3) con otros treinta y siete obispos al Papa Cornelio que dispense con algunos cristianos, que estaban privados de la sagrada Comunión, para que con la virtud deste Sacramento estuviesen fortalecidos y armados para la confesión de la fe. Porque, como dice él, *idoneus non potest esse ad martyrium, qui ab Ecclesia non armatur ad prœlium. Et mens deficit, quam accepta Eucharistia non erigit & accendit.* Quiere decir que no está esforzado para recibir martirio, á quien la Iglesia no arma con este Sacramento. Porque es cierto que aunque en la torre de David, que es la Iglesia, hay todo género de armas espirituales para pelear en esta milicia, ninguna hay tan poderosa como la sagrada Comunión. De lo cual tienen experiencia muchos que viéndose muy apretados del enemigo, y probando otros remedios, ninguno hallaron más eficaz que este divino Sacramento, recibiéndolo con toda la humildad y reverencia que se le debe, por el cual cuasi miraculosamente fueron librados.

(1) Act. 2. (2) Psalm. 77. (3) Cyprian. episto. 2.

Siendo pues la vida del cristiano una perpetua guerra (como dijimos) y estando cercados de tan crueles y poderosos enemigos, y siendo la mejor arma de todas este divino manjar, ¿cómo dejamos de aprovecharnos de este tan grande esfuerzo que el Hijo de Dios nos dejó para esta batalla? ¿Cómo pasan tantos tiempos sin aprovecharnos deste socorro? De otra manera se hacía esto en el principio de la Iglesia, donde los fieles comulgaban cada día. La cual costumbre se continuó hasta el tiempo del Papa Anacleto, que fué el quinto después del apóstol S. Pedro. Y conforme á esto se alega un decreto suyo, en que dice: *Omnes fideles, paracta consecratione, communicent, qui noluerint Ecclesiasticis carere liminibus. Sic enim Apostoli docuerunt, & Sancta Romana Ecclesia tenet.* Quiere decir: Todos los fieles, acabada la consagración de la misa, reciban el sancto Sacramento, porque así lo enseñaron los Apóstoles y así lo tiene la sancta Iglesia de Roma. Y aun más os diré, que las Iglesias de España continuaron esta misma frecuencia hasta el tiempo de San Hierónimo, como él lo escribe en una epístola á Licinio Bético. Lo cual redunda en grande gloria de nuestra nación, por haberse conservado en ella esta devoción del tiempo de los Apóstoles.

Dirá pues algúno: Siendo esto así, ¿porqué la Iglesia no nos obliga á comulgar más que una vez en el año? Á esto responde Sancto Tomás que la causa es la malicia y poca devoción de los tiempos. Porque al principio, cuando hervía más la devoción de aquellos primeros cristianos, se recibía este sacramento cada día. Después, diminuyéndose más la devoción, el Papa Fabiano redujo esta obligación á las tres Pascuas del año. Y como las cosas de la vida humana van siempre de mal en peor, y una licencia trae otra licencia, y un vicio otro vicio, viendo esto el Papa Inocencio III, redujo esta obligación á sola la Pascua de Resurreción, y esto no sin grande consejo y prudencia. Porque las leyes generales comprehenden fuertes y flacos, y éstos son los más. Y de éstos hay muchos enredados en pecados, de que no quieren salir: unos enemistados, que no se quieren reconciliar: otros que tienen usurpados los bienes ajenos, y no quieren restituirlos: otros que andan en bandos muy apasionados, heredados de padres y abuelos, sin dar fin á ellos: otros que traen pleitos injustos, de que no quieren desistir, y ya que más no pueden, dilatan la causa con agravio notorio de la justicia: y otros aun más enredados

que éstos en afeciones sensuales, de que no lleva remedio apartarlos, porque los tiene el demonio presos con lazos de grandes afeciones. Pues si á éstos que tan obstinados están en su mal vivir, obligase la Iglesia á comulgar muchas veces en el año, correría gran peligro, ó que no obedeciesen, ó se atreviesen á comulgar indignamente, por no desistir de su pecado. Y por este tan justo respeto no los quiere obligar la Iglesia más que una sola vez, dándoles un año entero de espera para descargarse de sus pecados y habilitarse para la sagrada comunión. Mas con todo eso los obliga á una comunión, porque si esto no hiciese, por ventura estarían toda la mayor parte de la vida sin comulgar, pues vemos agora que á poder de censuras y penas y publicación de su desobediencia los traen á la comunión. Lo cual es indicio que si no fueran compelidos y tenidos por infames, nunca se llegaran á este sacramento, por no desistir de su pecado. Y por esto la Iglesia con mucho consejo, ni los quiso obligar á muchas comuniones, porque los tales no comulgasen indignamente, ni quiso dejar de obligarlos á una, porque si no lo hiciera, muchos dellos estuvieran sin comulgar toda la vida.

§. II.

Pues dejando á estos miserables que por fuerza van á la comunión, tratemos de los que no están en mal estado, como los pasados, y procuran su salvación. Y pues habemos ya declarado la virtud y eficacia de este Sacramento, para exhortarnos á frecuentarlo, conviene que tratemos de esta frecuencia, y lo que hace más al caso, del aparejo que se requiere para ella.

Pues para esto la primera cosa y la más esencial es limpieza de todo pecado mortal. Porque aunque otros sacramentos hay que se pueden administrar á los que están espiritualmente muertos, mas éste es sacramento de vivos, porque comer es obra de vivos, y este sacramento es manjar espiritual que se come, y por esto quien le recibe con consciencia de pecado mortal, come y bebe juicio y condenación para su ánima, como dice el Apóstol (1). Y por esto San Crisóstomo llamó á esta mesa terrible y que está llena de fuego para quemar á los que indig-

(1) 1 Cor. 11.

namente se llegan á ella: y así lo que es vida para unos, es ocasión de muerte para otros conforme á lo que dice un Doctor, que como el sol, el agua y el aire crían y hacen crecer las plantas que tienen sus raíces vivas en la tierra, por el contrario se secan, corrompen y pudren las que están muertas y fuera della. Así este Sacramento sustenta y acrecienta la gracia á las ánimas que viven en Dios: mas las que están muertas, con él se endurecen y se ciegan y se apartan más de Dios. Lo cual vimos claramente en el malvado Judas, de quien se escribe (1) que acabando de recibir la sagrada comunión, entró en él Satanás. Ya había entrado cuando trató con los sacerdotes de la venta de Cristo, mas entonces entró en él más poderosamente, y así no se pudo contener que no fuese luego á efectuar la prisión del Salvador. Y por esto le dijo Él: Lo que haces, hazlo presto, mostrando en estas palabras que no receleba la batalla de la Pasión, mas antes la quería apresurar. Esta misma comparación se pone en el mantinimiento corporal, el cual como da vida y sustenta á los sanos, así suele dañar á los cuerpos de los enfermos, y lo mismo hace este manjar celestial.

Ésta es, pues, la primera cosa que se requiere para comulgar dignamente. La segunda es (como dice Santo Tomás) actual devoción, que es llegarnos con amor y temor á este pan de vida. Ca del amor nace el deseo y la hambre dél, y del temor la reverencia y acatamiento que se le debe. Y los unos y los otros honran á Dios allegándose por amor y abstiniéndose por temor. Desta manera honraron al Salvador Zaqueo el publicano (2) recibiéndole en su casa, y el Centurión (3) confesándose por indigno desta honra. Pero regularmente hablando (como dice el Santo Doctor) más agradan á este Señor los que se llegan por amor que los que se abstienen por reverencia y temor, porque más alabado es en las sanctas Escrituras el amor que el temor.

Y como son diferentes los afectos, así conviene que lo sean los avisos y consejos que acerca de esto se han de dar á los unos y á los otros, ca los unos han menester freno, y los otros espuelas.

Pues á los que han menester espuelas, que son los temero-

(1) Joan. 13. (2) Luc. 5. (3) Luc. 7.

sos, se debe dar el aviso que en esta materia da San Cirilo diciendo: Sepan todos los hombres baptizados y hechos participipantes de la gracia de los sacramentos, que si por un temor ó religión fingida están mucho tiempo sin comulgar, que se alejan del remedio de sus ánimas. Porque aunque esta recusación parece que nace de algún temor y religión, es materia de escándalo y es lazo para las ánimas, y por esto conviene trabajar con todas las fuerzas por limpiar el ánima de pecado, y asentado el fundamento de la buena vida, allegarse con grande confianza á recibir verdadera vida, que es el mismo Cristo.

Á éstos también, cuando están muy medrosos de comulgar por no ver en sí la devoción y fervor que desean, se les debe decir lo que el Salvador respondió á los que le calumniaban porque comía con publicanos y pecadores, diciendo que no tienen necesidad los sanos de médico sino los enfermos (1) y que no vino á este mundo á buscar los justos (porque ningunos había) sino á los pecadores. Y á éstos llama Él con entrañas de caridad y con palabras suavísimas, diciendo: (2) Venid á mí todos los que estáis trabajados y cargados con el peso de vuestra mortalidad y de vuestros pecados, porque yo os daré alivio y refrigerio.

Otra cosa se debe decir á los tales de grandísimo esfuerzo y consolación. Y ésta es, que los que no tienen consciencia de pecado mortal, que es por haberse enteramente confesado, y no sienten en sí propósito de cometer pecado mortal, no teniendo contrición verdadera, sino sola atrición, llegándose con esta disposición á la sagrada Comunión, se hacen de atritos contritos. De donde se infiere una cosa de grande consolación y esfuerzo y de grande admiración de la divina bondad, que por tantas vías encamina nuestro remedio, y ésta es, que puede un hombre llegarse á comulgar en tal disposición, que si entonces muriese sin la comunión, se condenaría, y comulgando se salvaría, porque con sola atrición nadie se puede salvar, mas si con atrición se junta el Sacramento, hácese el hombre de atrito contrito, y así se pone en estado de salvación. Tánto puede la virtud deste Sacramento. Mas no por eso deje el hombre de hacer todo lo posible para llegarse dignamente á este divino Misterio. Todo

(1) Luc. 5. (2) Matth. 11.

esto procede de la virtud inestimable del sacratísimo cuerpo de Cristo nuestro Salvador, el cual, como dice San Cirilo, da esta vida á los que dignamente lo reciben, y los hace incorruptibles y inmortales como Él lo es. Ca no es este Cuerpo de quienquiera, sino de la misma Vida, y así participa la virtud del Verbo encarnado, y está lleno de la virtud de Aquél por quien todas las cosas viven y son. Porque como el hierro encendido en el fuego quema también como si fuese fuego, por participar el calor y naturaleza dél, así porque el cuerpo de nuestro Salvador está unido con el Verbo Divino, participa la virtud dél, y así da vida como Él. Ésta es, pues, una de las causas que debe mover á todos los fieles á frecuentar este Sacramento, para recibir esta vida. Pues con esto se pueden animar los demasiadamente temerosos, representándose á nuestro Señor como enfermos y pecadores, para cuyo remedio dice Él que vino (1). Y también se pueden excusar con decir que Él con su acostumbrada piedad los convida y llama, prometiéndoles refección y alivio de sus trabajos (2). Esto baste para esfuerzo de los temerosos, que han menester espuelas.

De la reverencia y acatamiento que se requiere para la sagrada Comunión, y de los abusos que acerca desto puede haber.

§. I.

VENGAMOS agora á los que han menester freno, que son los que por amor se llegan á esta mesa celestial con la hambre y deseo que deste amor procede. Y digo esto, porque como el amor á veces es atrevido, es menester enfrenarlo con la discreción y templarlo con el temor, como lo aconseja David, cuando dice (3): Servid al Señor con temor, y alegraos delante dél con temblor. Pues este temor concibirán en sus ánimas, considerando los castigos que nuestro Señor tiene hechos por algunos desacatos semejantes. Entre los cuales es uno muy notable el de los hijos del sumo sacerdote Aarón (4), los cuales porque no ofrecieron á Dios sacrificio con fuego del sanctuario, con que había de ser ofrecido, salió fuego del sanctuario y quemó á entrambos, sin que

(1) Luc. 5. (2) Matth. 11. (3) Psal. 2. (4) Lev. 10.

les valiese ni la dignidad de su padre, ni la privanza de su tío Moisén, que hablaba con Dios cara á cara como un amigo con otro. Y hecho esto dijo el mismo Dios: Seré sanctificado en aquéllos que se llegan á mí. Quiere decir que si se llegaren indignamente y con pecado, castigarlos he, y con el castigo mostraré cuán justo y sancto soy, pues no consiento pecado sin castigo.

Á este ejemplo añadiré otro no menos temeroso, y fué así, que el rey de Egipto, por nombre Filopator, vino á Hierusalem (1) y entró en el templo y ofreció sacrificio á Dios (aunque infiel) y pretendió entrar en el más sagrado lugar del templo, que se llamaba *Sancta Sanctorum*, en que estaba el arca del Testamento y el propiciatorio de oro entre los dos querubines: en el cual lugar no podía entrar sino solo el sumo sacerdote, y esto una sola vez en el año. Y como el Rey porfiase por entrar en aquel lugar tan sagrado, recibió luego el castigo de su loco atrevimiento, cayendo en tierra medio muerto, de donde le sacaron sus criados en brazos, porque no acabase allí de morir. Pues si desta manera castigó Dios á quien se atrevía á entrar en el lugar donde estaba el arca del Testamento, que no era más que figura del Sanctísimo Sacramento, ¿cómo castigará á los que atrevidamente se llegaren al que por aquella arca era figurado, sin el temor y reverencia que á tan grande Majestad se debe?

Notorio es también el ejemplo del sacerdote Oza, el cual súbitamente fué muerto (2) porque puso mano en el arca del Testamento, estando en peligro de caer. Y considerando esto el rey David, que la llevaba á su casa con grande solemnidad, concibió tan gran temor deste castigo, que no se atrevió á ello, y así la mandó poner en casa de Obededón. Y oyendo después la prosperidad y grandes mercedes que Dios había hecho al dueño de aquella casa, ayuntó el sancto Rey con el temor que tenía, la confianza, y así no dudó llevar el arca á su casa, pues tan bien pagaba Dios la posada. Pues según esto, los que se quieren llegar dignamente á este misterio, hagan lo que este sancto Rey hizo, y juntando con la confianza el temor, se lleguen á esta mesa celestial.

(1) 2 Machab. 3. (2) 2 Reg. 6.

§. II.

Esto baste por agora, y de aquí recogeremos los abusos que hay en el uso deste divino Sacramento, de que proceden las querellas y escándalos de muchos. Ca muchos hay que comulgan á menudo y que ninguna mudanza hacen en sus vidas, antes tienen sus pasiones, y apetitos, y ambiciones, y cobdicias tan encendidas como los demás. Otros hay que comulgan por estilo y pura costumbre, sin tener la hambre y deseos que pide este pan celestial. Otros comulgan con la misma desgana que éstos, los cuales por sólo ver comulgar á otros, quieren también ellos comulgar. En lo cual particularmente son señaladas algunas mujeres, diciendo: Pues aquélla y la otra comulga tantas veces, yo también quiero hacer lo mismo. Otros hay que comulgan por sola obligación, sin moverlos alguna particular hambre ó devoción, como puede acontecer á algunos religiosos, los cuales tienen por estatuto comulgar cada ocho ó cada quince días. Y puede acaecer algunos menos devotos hacer esto, no por devoción sino porque los necesitan á ello. Todos éstos aprovechan poco ó nada con el uso deste pan celestial. Acerca de lo cual contaré lo que me acaeció con una persona que comulgaba muchas veces, y con todo esto vivía con alguna licencia y soltura. Y maravillado yo que la frecuencia deste sacramento, que tanta eficacia tiene para mejorar las vidas, no mejorase la suya, le pregunté la causa de ello. Á esto me respondió que á la verdad él no se aparejaba con la devoción y disposición necesaria, y que comulgaba más por necesidad que por voluntad, porque un confesor le había comutado ciertos votos en esta frecuencia. Por donde luego entendí que la causa de su poco aprovechamiento era su poca devoción. Porque habéis de saber que como las causas naturales obran conforme á la disposición que hallan en la materia, donde el fuego quema fácilmente la leña seca, y no la verde, por no estar dispuesta para recibir la forma del fuego, así también las causas sobrenaturales, que son los sacramentos causadores de la gracia, obran conforme á la disposición que hallan en el ánima. Y de aquí procede haber algunas personas que tienen por costumbre comulgar á menudo, sin sentir en sí mejoría. Y muchos sacerdotes, á cabo de veinte años que celebran, no reconocen en sí

mudanza alguna. Y la causa es, porque los unos y los otros no frecuentan este sacramento con la disposición y aparejo que se requiere. Y esto es lo que señaladamente ofende á los que desto murmuran, no viendo en ellos el mejoramiento que deste sacramento se espera.

§. III.

Dicho ya del aparejo para este Divino Sacramento, digamos agora de la frecuencia de él. Lo cual en parte se puede entender por lo que hasta aquí está dicho. Pues para esto no se puede dar regla general que cuadre á todos no más que una medida y manera de vestido para todos los cuerpos. Porque en este negocio se ha de tener respeto al estado, manera de vida y aprovechamiento de cada uno, y al aparejo que tiene para llegarse á este Sacramento con menos nota, y á la condición de la persona, y á otras circunstancias semejantes. Y porque la principal regla se ha de tomar del aprovechamiento mayor ó menor del que comulga, según esto á unos bastará comulgar las principales fiestas del año, á otros cada mes, á otros cada quince días, y á otros cada semana, como San Augustín lo aconseja. Asimismo San Buenaventura, con ser un tan grande contemplativo y tan grande maestro de la vida espiritual, como lo muestran sus escrituras, en un tratado que escribió de la perfección de la vida á una hermana suya, no quiere que haya más frecuencia deste divino manjar que de ocho á ocho dias, si no hubiere (dice él) alguna grande hambre deste pan celestial, porque piadosamente se cree ser ésta de Dios, cuando concurre con ella el testimonio de la buena vida. Y así queda el negocio reducido al prudente y experimentado confesor. El cual, según el estado de la persona, la pureza de la vida, el ejercicio de la oración, buenas obras y el aprovechamiento en la mortificación de las pasiones, puede alargar ó estrechar las licencias.

También se debe tener respeto á la edad, mayormente en las doncellas, á las cuales conviene más el recogimiento y encerramiento que á todas las otras condiciones de personas, por el ejemplo de Dina, hija del patriarca Jacob, que tanto mal causó con su poco recogimiento. Y á estas y á las viudas de menos

edad, de que San Pablo hace mención (1), conviene avisar que no pongan todo su aprovechamiento en solo lo que hacen en la iglesia, sino que trabajen por traer la iglesia á su casa, esto es, que hagan iglesia de los rincones della, y que allí tengan todo su trato y comunicación con Dios, como lo hacían en sus cuevas aquellos sanctos del desierto, que sin esta comodidad alcanzaron tan grande perfección, y hurten un pedazo del sueño de la noche para vacar á Dios, cuando todas las cosas están en silencio. Y imiten el ejemplo de Santa Catarina de Sena, la cual fué muy maltratada de sus padres, porque como persona que se ataviaba para el Esposo del cielo, cortó los cabellos que tenía muy hermosos. Y enojados de esto sus padres, le quitaron la celda en que se recogía, y la hicieron servir en todas las cosas de casa. Mas la Sancta no perdió por esto nada de su aprovechamiento, porque fabricó en su imaginación una celda, y haciendo cuenta que su padre era Cristo, y su madre nuestra Señora, y sus hermanos los Apóstoles, andaba tan ocupada en esta imaginación, que no echaba menos la falta de la celda. Y esto mismo aconsejaba ella á su Padre confesor que hiciese. Y algo desto debrían de hacer las mujeres de poca edad, y salir menos veces á la iglesia, y éstas acompañadas con personas honradas ó con su madre, como San Ambrosio lo escribe de nuestra Señora.

Y aunque generalmente hablando, no se deba dejar lo bueno por el escándalo que llaman de fariseos, que es de los que contra razón se escandalizan, mas algunas veces será virtud y caridad tener respeto aun á éstos, cuando son flacos, no siendo con notable pérdida nuestra. Lo cual confirma San Bernardo en una de sus epístolas por estas palabras: De buena voluntad careceré de cualquier provecho espiritual, si no se puede adquirir sin alguna nota ó escándalo. Ca donde hay escándalo, hay detrimento de caridad, y maravillarme hía yo (dice él) que pudiese alcanzarse alguna ganancia con el ejercicio espiritual, entreviniendo en él menoscabo de la caridad. Este aviso, aunque sea general para todos, pero señaladamente pertenece á las doncellas: y así á éstas como á las casadas se debe aconsejar que nunca por sus espirituales ejercicios dejen de cumplir con las obligaciones de justicia, que son, obedecer y servir entera-

(1) 1 Cor. 7.

mente las mujeres á sus maridos, y las hijas á sus padres. Porque siempre lo que es de obligación, se ha de anteponer á lo que es de voluntad y devoción. Y á todas en general se debe aconsejar que las confesiones, cuando son frecuentes, sean breves, por la nota que se da á la gente, diciendo: ¿qué tiene aquélla que acusarse tan largo espacio?

Y porque en este sermón no sólo pretendemos animar los flacos, sino también avisarlos de algunas cosas, para que estén más libres de peligros y den menos ocasión á los maldicientes de murmurar, apuntaremos aquí algunos documentos, entre los cuales uno es avisarles que pongan todo su estudio y diligencia en conocerse, humillarse y aniquilarse en la presencia de nuestro Señor, acordándose de aquel ejemplo notable del grande Antonio. El cual vió todo el mundo lleno de lazos, y espantado de cosa tan grande, exclamó diciendo: ¡Oh, quién escapará de tantos lazos! Y en este punto oyó una voz que le dijo: La humildad. Y puede tener el hombre por cierto que nunca hasta hoy el humilde cayó ni fué desamparado de Dios. Y ninguno hasta hoy se levantó en su pensamiento, que no cayese y fuese desamparado. Lo cual confirma Salomón, diciendo (1): Antes de la caída se levanta el corazón del hombre. Y en otro lugar (2) dice: Á la caída precede la soberbia, y al humilde de espíritu sucede la gloria. Y lo mismo significó el Profeta cuando dijo (3): Cuando se levantare en alto el corazón del hombre, Dios se levantará más alto para derribarlo de su alteza.

El segundo aviso procede de la misma humildad, que es, encubrir el hombre cuanto le sea posible sus buenas obras y los favores que recibe de Dios. Lo cual encarece nuestro Señor tanto, que viene á decir (4) que no sepa una mano lo que hace la otra. Sabe Él muy bien la liviandad de nuestro corazón, el cual compara el sancto Job (5) con la hoja del árbol y con una paja seca, que cualquier soplo de vanidad la menea. Sabe cuán delicado y cuán peligroso es el vicio de la vanagloria, el cual toma ocasión de nuestras mismas virtudes para envanecernos. Los otros vicios se vencen con las virtudes que le son contrarias, mas éste de las mismas virtudes toma ocasión para levantarnos. Y por esto, ni á los mismos confesores debe el peniten-

(1) Prov. 18. (2) Prov. 29. (3) Psal. 63. (4) Matth. 6. (5) Job. 13.

te dar parte de las virtudes ó favores que ha recibido de nuestro Señor, si no hubiere alguna particular necesidad para ello.

Otro aviso es contra unas obediencias que suelen dar algunas mujeres devotas á sus padres espirituales. Porque como ellas por una parte oyen tanto alabar la virtud de la obediencia, y por otra nacen con una inclinación de sujetarse á sus mayores, ambas cosas las inclinan á esta manera de sujeción y obediencia, cuando no tienen otros superiores á quien se sujeten. Y aunque generalmente hablando, toda obediencia sea buena, pero ésta es muy peligrosa, porque della nace una familiar amistad entre el penitente y el padre espiritual, la cual suele el demonio poco á poco fomentar y atizar de tal manera, que como Sancto Tomás dice, muchas veces esta amistad espiritual se transforma y muda en carnal. Y debe la persona acordarse y temblar del ejemplo que arriba pusimos, que San Augustín refiere, de la caída de los altos cedros por ocasión destas amistades espirituales. Basta para las cosas de más peso que suceden, tomar consejo con el Padre espiritual, cuando es persona para eso, acordándose que está escrito (1) que aunque el hombre tenga muchos amigos con quien esté en paz, pero el consejero se ha de buscar uno entre mil. Para dar á entender que ha de ser muy escogido á quien habemos de entregar la llave de nuestro corazón y el gobernalle de nuestra vida. Y por dichosa se puede tener una ánima, á quien Dios depara tal consejero, porque también éste es don de Dios. Y en pago de sus buenas obras proveyó nuestro Señor á Cornelio Centurión de semejante consiliario, diciéndole (2) que enviase á llamar á San Pedro, porque él le diría lo que le convenía hacer para su salvación.

Otro aviso muy importante es que las personas espirituales ni hagan caso de algunas revelaciones ni las admitan, y mucho menos las deseen. Ca en sintiendo el demonio este deseo, luego se transforma en ángel de luz y siembra revelaciones de algunas cosas que pasan en otros lugares, de que él da noticia á quien quiere engañar, y también de algunas cosas que están por venir, que él puede alcanzar por conjeturas, conociendo por las causas de los negocios los efectos que pueden suceder de ellas: y muchas veces acierta en algunas cosas de éstas, para acreditarse

(1) Eccli. 6. (2) Act. 10.

y hacer con esto creer otras falsas y perjudiciales. Y estas revelaciones [son] principalmente á personas espirituales, porque á éstas acomete él más veces, mayormente cuando las ve deseosas de saber alguna cosa por vía de revelación. Á mis manos llegó un hombre virtuoso, al cual, habiendo hecho muchas oraciones para saber una cosa que deseaba, apareció el demonio en figura de ángel y díjole una grande falsedad, y en esto entendió que aquél era demonio y no ángel. Otra mujer honrada tuvo el mismo deseo de saber de una ánima de un defuncto, sobre lo cual hizo muchas oraciones y ayunó muchos días á pan y agua, con lo cual se le desvaneció la cabeza y vino cuasi á perder el seso. Y entonces le apareció el demonio diciéndole que para qué quería saber el estado de las otras ánimas, pues la suya había de ser condenada. Con esta imaginación no sólo vino á perder totalmente el seso, sino (lo que es más para sentir) vino á echarse en un pozo, lo cual pasó así certísimamente en nuestros días. Á Fray Rufino, uno de los compañeros de San Francisco, apareció el demonio en figura de Cristo crucificado, dándole por consejo que desamparase á San Francisco y se fuese á un monte á hacer vida solitaria para gastar todo el tiempo en oración. Y estuvo tan determinado en esto, que si no entrevinieran muchas lágrimas y oraciones de San Francisco (el cual le mostró que aquel crucifijo era el demonio) todavía pasara adelante su determinación. De semejantes ejemplos que éstos están llenas las historias de los Padres del yermo: mas éstas bastarán agora para que las personas devotas no procuren ni admitan ni hagan caso de revelaciones, antes las tengan por ilusiones, y con esto estarán más seguros. Porque si nuestro Señor quisiere revelar alguna cosa, Él dará orden cómo se sepa la verdad de ella.

Otro aviso servirá para algunas mujeres que profesan virtud, encomendándoles el recogimiento de sus casas y que eviten cuanto sea posible, según la condición de su estado, demasiados descursos de unas partes á otras, y coman su pan con silencio. Porque una de las cosas que Salomón (1) nota en algunas mujeres, es que no pueden sufrir la quietud ni tener los pies sosegados en casa, sino andan de una parte á otra: lo cual es cosa que impide mucho el recogimiento del corazón, porque en el

(1) Prov. 2.

cuerpo inquieto no suele estar el corazón recogido. Y más particularmente eviten el comunicar en casas de señoras nobles, porque como algunas de ellas tienen marido, hijos y hijas, y pretenden casamientos y haciendas para ellos, y aun salud en sus enfermedades, y tampoco les faltan pleitos y negocios, suelen pedir socorro de oraciones á este linaje de mujeres, y hacerles por esto algunas limosnas. Y entendiendo ellas que estas caridades se les hacen por el olor de la virtud, á veces procuran de parecer más sanctas de lo que son, y aun de contar algunas revelaciones ó favores de Dios. Y por aquí halla el demonio entrada para prevertirlas y engañarlas. Por tanto, si son pobres, conténtense con un pedazo de pan, y trabajen por ganarlo con sus manos, porque así dice San Hierónimo que lo hacía nuestra Señora, y negocien con Dios lo que les falta, y no anden por casas ajenas vendiendo sanctidad para ganar de comer.

Juntemos pues agora el fin con el principio, suplicando á nuestro Señor que pues Él tiene en su mano los corazones de todos los hijos de Adán, Él los rija y enderece de tal manera en semejantes ocasiones, que ni pierdan el crédito de la virtud de los buenos, ni entibien el buen propósito de los flacos. Y pues Él no permite males sino para sacar bienes de ellos, lo que debemos sacar en las caídas destos nuestros hermanos, es conocimiento de nuestra flaqueza y peligro de nuestra vida, pues todos caminamos por un camino, todos navegamos por un mismo mar y todos somos combatidos de los mismos enemigos, y por tanto en esta vida no hay seguridad, mayormente siendo tan profundos los juicios de Dios, pues muchos navegando prósperamente toda la vida, al tiempo de tomar puerto dieron á la costa. No se alaban, dice San Hierónimo, en el pueblo cristiano los principios, sino los fines. Judas comenzó muy bien y fué escogido de Cristo por uno de sus apóstoles, y de apóstol se hizo demonio y acabó tan mal. San Pablo comenzó persiguiendo la Iglesia, y fué después el mayor defensor della. Por tanto los siervos de Dios en estas caídas públicas (como todos sean de una misma masa) vienen á hacerse más temerosos, más humildes, más cautos, y más desconfiados de sí mismos, y más confiados en Dios, y más rendidos y sujetos á Él, pues Él solo nos puede guardar de estos peligros. Verdad es que prudentemente examinado este negocio, hallaremos que por maravilla el Santo Oficio tiene que ha-

cer con un hombre derechamente virtuoso sin ningún respeto del mundo, sino su principal negocio es contra los engañadores, y burladores, y hipócritas, y lobos vestidos en hábito de ovejas. Éstos son los que castiga. Y este castigo no había de causar en los buenos temor, sino alegría y confianza, viendo las ovejas que tienen pastor que las defiende de los lobos y procura su remedio. Mas el vulgo ignorante y ciego no sabe examinar estas cosas, y de cualquier castigo destos toma ocasión para intimidar y enflaquecer á los buenos, habiendo de ser lo contrario.

Esto basta para esta materia, lo demás enseñará el Espíritu Sancto, que es maestro de los humildes y tiene contados los cabellos de la cabeza de sus siervos. Al cual sea gloria y honra en los siglos de los siglos. Amén.

FIN DEL TOMO XIV Y ÚLTIMO



A MAYOR HONRA Y GLORIA DE DIOS
ACABÓSE LA IMPRESIÓN DE ESTE VOLUMEN EN VALLADOLID.
EN CASA DE ANDRÉS MARTÍN
31 DE DICIEMBRE
1903

TABLA

DOCTRINA ESPIRITUAL

Páginas.

VIDA DE D. FR. BARTOLOMÉ DE LOS MÁRTIRES

CARTAS DE FR. LUIS DE GRANADA

SERMÓN EN LAS CAÍDAS PÚBLICAS

